









# AÑO CRISTIANO,

O EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO,

ESCRITO EN FRANCÉS

— POR EL P. JUAN CROISSET

DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

y traducido al castellano

— POR EL P. JOSE FRANCISCO DE ISLA,

DE LA MISMA COMPAÑIA:

adicionado con las vidas de los Santos  
y festividades que celebra la Iglesia de España,  
y que escribieron

LOS PP. Fr. PEDRO CENTENO Y Fr. JUAN DE ROJAS

DE LA ORDEN DE S. AGUSTIN.

— NOVISIMA Y COMPLETISIMA EDICION,

adornada con hermosas láminas  
abiertas en madera.

—  
**ABRIL.**  
—



—  
**LOGROÑO:**  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. DOMINGO BOIZ.  
**1851.**

derramaron su sangre por la confesion de Jesucristo, no encontramos que se tributase veneracion alguna en las liturgias al glorioso san José. Sin duda las mismas causas que movieron á nuestro Dios para llevarse de este mundo al Santo Patriarca antes de que el Hijo de Dios manifestase al mundo su doctrina, y obrase nuestra salud en medio de la tierra, le movieron tambien para que su padre putativo estuviese sin el culto de los fieles por muchos centenares de años. La causa de la divinidad de Jesucristo, que impugnaron tantos hereges, y la de la virginidad perpétua de su sacratísima Madre, pedían que no se expusiese por entonces á los ojos de los fieles, todavía rudos y tiernos en la fe, la festividad de un justo con el nombre de Esposo de la Virgen, y de Padre de Jesus. Fortalecidos los cristianos en la doctrina del evangelio, y bien instruidos en sus dogmas, les proveyó la Iglesia de todas las ayudas que podia suministrarles la religion en sus trabajos, y les señaló las fuentes de donde podian beber dulcísimos consuelos en sus tribulaciones. Enseñóles que los bienaventurados son en el cielo unos poderosos intercesores para con el Padre de misericordias, por cuyos méritos é influjo les concede liberalísimamente el tesoro de sus gracias.

Aunque el nombre de san José se halla en algunas liturgias griegas y latinas de tiempos muy remotos, es constante que su festividad no fue ordenada en la Iglesia latina hasta que el papa Gregorio XV. lo mandó, arreglándose sin duda al espíritu de la misma Iglesia, que celebraba ya á este gran Santo de tiempo inmemorial, como se deduce de los breviarios Muzárabe, el de Milan, y otros muchos. Y es digno de notarse, que el fervor y cuidado de su culto se ha debido siempre con especialidad al sagrado orden mendicante de Carmelitas, quienes tanto en el Oriente, cuando florecia allí la cristiandad como en Occidente, cuando en el siglo XI. decayó notablemente, conservaron siempre una particular devocion á san José, celebrando su festividad con sumo esmero. La experiencia hizo conocer á los fieles cuán provechosa les era la intercesion del Esposo de Maria; y así, para desahogar sus corazones, clamaron á fin de que tuviese una festividad propia y peculiar su Patrocinio. Los intérpretes de sus votos fueron los Carmelitas descalzos de la congregacion de España, que siguiendo fielmente el espíritu de su santa madre santa Teresa de Jesus, dirigieron á la silla de san Pedro sus humildes ruegos, para que concediese celebrar la fiesta del Patrocinio de san José. En efecto, el día seis de Abril del año de 1682 concedió benignamente el papa Inocencio XI. que en la Dominica tercera despues de la Pascua de Resurreccion pudiesen celebrarse esta festividad, dando á todos los cristianos el consuelo espiritual de enviar al cielo sus votos, alegrándose del poderoso patrocinio que disfrutaban en el santísimo y

virginal Esposo de la Madre de Dios y Madre de los pecadores.

*Que los santos que reinan con Cristo ofrecen á Dios sus oraciones por los hombres, que es bueno y útil invocarlos humildemente, y acogerse á sus ruegos, á su favor y auxilio para alcanzar beneficios de Dios por los méritos de su hijo Jesucristo nuestro Señor, que es nuestro solo Redentor y Salvador, es un dogma de fe conocido siempre en la Iglesia, establecido en los concilios, y singularmente en el de Trento, cuyas son estas palabras: (Sess. 25:) Ignoramos el grado de gloria, y valimiento para con Dios que tiene cada uno de los bienaventurados; pero conjeturando prudentemente de sus virtudes y dignidad, que nos son notorias, es preciso afirmar, que el patrocinio de san José es de los mas poderosos que tenemos en el cielo. De dos principios podemos deducir esta verdad, que son el poder y la voluntad de favorecernos, y ambos están añanzados en la gran santidad de nuestro santo patriarca, y en la dignidad de Padre putativo del Hijo de Dios, á que le destinó la eterna Sabiduría, y de esposo de la Reina de los ángeles. Porque, ¿qué dignidad no contiene en sí ser esposo de María? Si el discípulo amado del Señor es elogiado sin término, solo por haber tenido la dicha de recibirla á su cuidado, ¿cuál será la dignidad de aquél, que fue verdadero marido suyo; que tuvo en ella legitimo dominio y potestad; que fue su señor y cabeza; que la cuidó, la alimentó, y tuvo en su compañía hasta su dichosa muerte? Si el Bautista fue santificado en el vientre de santa Isabel luego que María la saludó, ¿cuánta gracia, cuántos dones, cuánta santificación causaría en nuestro Santo la conversacion continua de su Esposa? Si es imponderable la venturosa dignidad del santo Discipulo porque la llamó madre, ¿cuánta será la de san José, á quien la Virgen llamaria señor y esposo? ¡O sumamente admirable sublimidad de José! ¡ó dignidad incomparable, que la misma Madre de Dios, Reina del cielo y señora del mundo no se desdenase de llamarte señor! Asi exclama el devotísimo Juan Gerson. Esta dignidad se percibe todavía con nuevos brillos de grandeza y de poder, atendiendo á que Dios mismo con una particular providencia le destinó para esposo de María, como sienten uniformemente todos los Padres. El mismo Dios dijo, que la muger habia de ser una ayuda del varon hecha á su semejanza; de lo cual se forma esta reflexion, que es muy óbvia: Si María es semejante á José, y es al mismo tiempo la pura criatura, ¿qué mas gracia, qué mas dignidad y poder tuvo ni tendrá hasta la consumacion de los siglos? ¿cuánta será la dignidad, cuánta la gracia y cuánto el poder de este Santo para decir con verdad que es semejante á su Esposa? Y si la semejanza es causa de amor, ¿cuánto seria amado de la Señora quien tanto se la parecía en las virtudes y en la gracia?*

Sabía María, dice san Bernardino de Sena, cuánta era la unidad matrimonial en el amor espiritual: sabía que san José le había sido dado por el Espíritu santo por esposo suyo, por fiel custodio de su virginidad, y para ser participante en el amor de caridad y obsequiosa sollicitud de la prole divina que había de nacer de su seno: y portanto, le amaba sencillísimamente con todo el ahinco de su virginal corazón. Mas siendo del varón ó del marido lo que es de la muger, creo que la bienaventurada Virgen comunicaba à su esposo todo el rico tesoro de su corazón, estendiéndose su liberalidad adonde llegaba la capacidad de nuestro Santo. Hasta aquí son palabras de san Bernardino: de donde puede inferirse la dignidad, la grandeza y esclarecidos merecimientos del bienaventurado Esposo. Porque si la muger prudente es un don de Dios, como se dice en los Proverbios (*cap. 19*): si es bienaventurado el varón fiel que logra una muger honesta y virtuosa, y es ésta el premio que le concede el Señor en remuneracion de sus buenas obras, como dice el eclesiástico (*cap. 26*.): ¿cuánta será la ventura, el mérito y la dignidad de quien mereció la mas prudente, la mas santa de todas las mugeres, de quien mereció à la misma Madre de Dios? ¿cuánto será su poder, su virtud y su valimiento? Mídalo aquel Dios de bondad, que supo y quiso darle tanta gracia; que à nosotros los mortales solo nos es permitido admirarlo sin llegar à comprenderlo; y el mejor modo de conocer la dignidad de san José, es el sencillo con que dijo san Gregorio Nacianceno las virtudes del marido de su hermana Gorgonia: ¿Quereis saber, dice este Santo, quién fue este grande varón? Yo os lo diré en pocas palabras: Fue un digno marido de Gorgonia: De la misma manera podemos decir, y con infinita mas razon: ¿Quereis saber quien es José? Es un digno esposo de María; y con esto parece que está dicho cuanto se puede desear para formar concepto de la alteza de su dignidad, y de la grandeza de su patrocinio.

Esta consideracion cobra nueva fuerza atendiendo al título de *Padre de Cristo*. Prescindamos de la gloria y dignidad que le podria resultar de que este título de *Padre* le convenga propiamente sin el adito de *putativo ó existimado*. El sabio varón Cornelio Alápide prueba con mucha erudicion y sólides que à san José le conviene propiamente el título de *Padre de Cristo*, y cita en prueba de su modo de pensar à muchos teólogos de reputacion, y al grande padre san Agustín. Las razones que para ello propone, ya de la familia y genealogía de Cristo; ya del derecho legitimo con que el santo poseía el cuerpo santísimo de la Virgen, y de consiguiente aquella purísima sangre de que fue formado el que tomó y unió à sí el divino Verbo; ya del derecho de posesion comun al esposo y à la esposa acerca de los bienes legitímanente adquiridos durante el matrimonio; ya por-

que Jesus tenia el derecho filial respecto de san José, por el cual le pertenecia el reino de Judá, y de consiguiente san José tambien habia de tener el derecho paterno; y otras semejantes, son razones bastante bien fundadas y que ningun teólogo cuerdo podrá tachar de frivolas. Pero sin recurrir á ellas, y quedando el título de san José en el de *Padre putativo de Cristo*, es suficiente para argüir de él una dignidad y un poder casi inmenso, que hacen admirable su patrocinio.

De luego á luego basta para llamarle de algun modo padre del Salvador del mundo; y si este título en Maria arguye una dignidad sobre todos los ángeles y serafines, ¿cuál será la que se suponga en el santo Patriarca? Por este título *estaba sujeto Cristo á san José*, como dice san Lucas (*cap. 2.*); y así como en el Señor arguye esta sujecion una humildad infinita, dice Gerson, así en el santo José denota una dignidad incomparable. Con razon exclama el gran padre san Agustín (*Serm. 24 de Nativ. Dom.*): *Gózate, José santo, gózate y complácete en la virginidad de Maria, pues mereciste tú solo poseer, juntamente con los honores y privilegios del matrimonio, la gloria de un virginal afecto; pues por amor á esta angelical virtud, de tal modo te separaste de los derechos que tenias sobre tu santísima esposa, que en premio eras llamado Padre del Salvador.* ¿Cuántos favores podemos pensar que haria Jesus á su Padre putativo! ¿qué don, qué privilegio le reservaria! Si al Discípulo amado le llenó de gracias con solo reclinarse una vez sobre su amoroso pecho, y llamarle hijo de su Madre santísima; José, que continuamente le hablaba, le tenia en sus brazos, le estrechaba á su pecho, y gustaba sus dulcísimos ósculos, ¿qué privilegios, qué dones no recibiria! Por eso dice Juan Gerson en la oracion de la Natividad de la Virgen, que predicó en el Concilio constanciense, que se puede creer piadosamente, que este Santo fue santificado en el vientre de su madre; y afirma que se contiene así en el oficio Jerosolimitano de este Santo; y que no solo este beneficio, sino el de haber subido en cuerpo y alma gloriosos al cielo juntamente con Jesucristo. Y á la verdad, prosigue este piadoso varón, si el mismo Cristo afirmó, que en donde él estuviese allí habia de estar su servidor y ministro, sin duda que san José está en cuerpo y alma en el cielo, y tanto mas inmediato al trono de la Magestad, cuanto fue mas cercano y esmerado en el ministerio con que le sirvió en la tierra despues de Maria.

De todo lo dicho se infiere cuánto es el poder de san José para favorecerarnos, y se puede formar el siguiente raciocinio: Si justamente tiene el padre dominio en los bienes del hijo, luego se puede decir de este santo Patriarca, que tiene en cierto modo á su arbitrio y en sus manos toda la potestad de Jesus para favorecer á sus devotos: luego tiene un poder, á cuya extension no puede poner limites la necesidad

mas extrema; un poder tan vigoroso que no se le puede representar necesidad ó calamidad que no sea inferior á su beneficencia; un poder en fin, que junto con una voluntad finisima, con que siempre está pronto á oir nuestras miserias, forma un patrocínio completo y perfectísimo: un patrocínio con tanta confianza, seguridad y poderio, como que sus súplicas á Jesus y Maria se pueden reputar por preceptos de un marido á su muger, y de un padre á su hijo. Así lo dice su enamorado devoto Juan Gerson en la admirable obra que compuso á san José, intitulada *la Josefina*; obra dulcísima, poema precioso en verso latino, que dedicó á su Héroe, y de que no tenemos que tener envidia los españoles, teniendo en nuestra lengua otro poema de no inferior mérito, y dirigido igualmente á celebrar las glorias de san José, compuesto por el sábio maestro Valdivieso, que con tanta aceptación anda, no solo en las manos de los eruditos, sino tambien en las de los verdaderos devotos.

No basta que un sugeto pueda favorecernos y librarnos enteramente de calamidad y de miseria, si su voluntad no se inclina á tan piadosa ejecucion: así como no basta tampoco querer proteger á uno, y darle auxilio en sus fatigas, si falta poder y fuerzas para poner por obra lo que se quiere. Por tanto, habiendo ya declarado algun tanto cuán grande es el poder, y valimiento del patriarca san José, resta decir algo de la prontitud y fineza de su voluntad, para que así se pueda formar concepto de la grandeza de su patrocínio, y con cuánta razon le propone con festividad especial la santa madre Iglesia á los fieles sus hijos para su consolación y provecho. Muchas razones se pudieran traer para hacer ver que nuestro Santo tiene una voluntad sencilla y verdadera de favorecer á sus devotos; pero sin mas que considerar la piedad del santo Patriarca y nuestras propias miserias, halláremos suficiente fundamento para deducir lo que deseamos. No tiene duda, que cuanto mayores son las aflicciones de un desdichado, otro tanto mas mueven los corazones humanos á la compasión. Nunca experimentó el pueblo de Dios mas pronta la proteccion divina, que cuando el cautiverio de Egipto llegó á lo sumo de la opresion: cuando se vió perseguido de un rey pérfido y soberbio: cuando en el desierto llegó á secarse de sed: cuando en Babilonia gemía entre la dureza de las cadenas y grillos: cuando Betulia estaba cercada de la sed, de a hambre y de la fiereza de los Asirios, y cuando por todas partes le orrimian las desgracias: entonces las mismas miserias arrancaban del corazón del Todopoderoso la misericordia, aunque por otra parte tuviesen sus ingraticudes irritada su justicia.

Aunque el hombre quiera cerrar los ojos de la razon para no conocer cuánto distamos en este valle de lágrimas de la verdadera felicidad y ventura, se la harán percibir y confesar sus mismas pasiones,

y la inquietud perpétua con que vive. ¡Cuántas miserias nos afligen! ¡cuántos peligros nos cercan! ¡cuántas penas nos ahogan! ¿Adónde volvemos los ojos que no nos sorprenda el temor? ¿qué paso fijamos, que no nos haga estremecer el precipicio? Nuestros tratos, nuestras ocupaciones, nuestros ejercicios, las mismas personas con quienes comunicamos. ¿son otra cosa que una continua cadena de tropiezos, y una serie de desconfianzas, de sustos y de peligros? Vemos á Saul que corre riesgo de perecer estando durmiendo; y lo mismo le sucede á David, cuando por el contrario estaba sujeto á un continuo cuidado y vigilancia: la comida es un peligro para el aborrecido Esaú; y no comiendo, encuentra Jonatás el mismo peligro: Noé pierde el juicio y la razon bebiendo; y el no beber lleva á Ismael á la muerte: en la mar es sepultado Jonás en el vientre de una ballena; y corriendo por la tierra, queda Absalon colgado de una encina pasado el corazón á lanzadas. En todas partes, en todo tiempo, en todas circunstancias es nuestra suerte infeliz: necesitamos de patrocinio y ayuda, y es tal nuestra infelicidad, que aun cuando el hombre se apartase del ruido y comercio de los demás hombres, y habitase en un yermo, donde ni fieras ni serpientes hubiese que le persiguieran, allí mismo tendria que guardarse de sus pasiones, se veria acosado de toda suerte de desventura, y tendria consigo todas las lástimas, solo con tenerse á sí mismo. Siendo, pues, tanta nuestra desventura; si cuando clamamos, clamamos con una voz flaca, formada entre las angustias de nuestro corazón; ¿cómo es posible que deje de moverse á piedad el que es digno esposo de la Madre de misericordia? ¿cómo será posible que no se conmuevan sus entrañas piadosas, teniendo una alma formada de la misma piedad y ternura? ¿Cómo es posible que no sea pronto y seguro el patrocinio de quien nos ama como á hijos, y no desea otra cosa que libertarnos de la opresion y de la miseria?

Ni esto quiere decir que sea precisamente necesario ser desdichados para hallar pronto el patrocinio de san José; porque su generoso espíritu se rige por mas favorables motivos. El asemejarse á su sacratísima Esposa, el seguir las huellas y el ejemplo de aquél que no se desdoló ser reputado por hijo suyo, y colocó en el nombre de Jesús ó Salvador todo el timbre de su gloria: el concurrir por su parte, como tan interesado en ello, á que logre toda su eficacia la sangre que vertió Jesucristo por nosotros, y que no nos sea su pasion estéril por nuestra flaqueza: su alma misma ricamente abastecida de todas las virtudes y dones del Espíritu santo, son el motivo mas poderoso de la finura de su voluntad. Verá á su dulcísima esposa Maria tan pródiga de piedades y misericordias, que á semejanza de la granada, como se dice en los Cantares, abre su seno para derramar el fruto de su proteccion, aun en los mas perezosos en solicitarla: ¿y estará el

santo Esposo mirando tanta piedad con rostro sereno y con entrañas de dureza? Verá á su santísimo hijo Jesus ofrecerse en víctima por el hombre: tomarle como solícito pastor sobre sus hombros para librarle de la perdición: saltar los montes y los collados para socorrerle, y darle su sangre echando á las espaldas y al olvido sus ingratitudes y sus yerros, ¿y no abrirá san José el seno de su piedad? ¿y tendrá cerrada su boca el silencio para que no pronuncie súplicas por nosotros? ¿mirará nuestra perdición, verá desperdiciada en nosotros la sangre preciosa que él alimentó con su trabajo, que cuidó con tanto esmero, y que del cielo le fue singularisimamente encargada como de un valor infinito, y se estará ocioso, sin precaver, en cuanto le sea posible, nuestros precipicios, sin socorrer nuestras miserias, y sin explicar con nosotros la poderosa virtud de su patrocinio? Es tan al contrario, que, según san Bernardo, él mismo abre su pecho para que de sus piedades se surtan y provean todos largamente.

Es dificultoso apurar del todo esta materia, y por otra parte es ella de suyo tan clara, y está tan apoyada con la experiencia, que aun cuando faltaran razones en su abono, ó no fueran bastantes las dichas, suplician por todo las mismas obras. Hombres, mugeres, ancianos, jóvenes, ¿quién podrá negar que apenas ha abierto la boca para implorar el patrocinio de san José, cuando ya ha visto con alegría que le enjuga las lagrimas con beneficios? Cualquiera que sea verdadero devoto del Santo, y quiera repasar su memoria, hallará que muchas veces le sacó del ahogo, que le libró del apuro, que templó sus miserias, que remedió sus desgracias, y que previno su total ruina. Esto mismo han atestiguado muchos devotos de san José; pero los acaecimientos de santa Teresa de Jesus, y sus recomendaciones sobre este punto son de tanto peso, que bastará citar á esta gran Santa, y al mismo tiempo gran Maestra de espíritu, para que quede suficientemente comprobado con la autoridad y con ejemplos, cuanto se ha dicho de lo poderoso que es el patrocinio de san José, de la fina voluntad con que favorece á los que se le encomiendan, y últimamente, de lo provechosa que es esta devoción tanto para los males del cuerpo, como para los del alma.

En el capítulo sexto de la vida de la santa Madre, escrita por ella misma, después de haber dicho la necesidad en que se hallaba, sigue de esta manera, y con estas elocuentísimas palabras: «Tomé por abogado y señor al glorioso san José, y encomendéme mucho á él: vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este Padre y Señor mio me sacó con mas bien que yo le sabia pedir. Ni me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer: es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma. Que á otros santos parece

les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; á este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fue sujeto en la tierra (que como tenia nombre de Padre, siendo ayo le podía mandar) así en el cielo hace cuanto le pide.... Querria yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea mas aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Páreceme há algunos años, que cada año, en su dia, le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la peticion, él la endereza para mayor bien mio.... Solo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere, y verá por la experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca, y tenerle devoción. En especial personas de oracion siempre le habian de ser aficionadas..... Quién no hallare maestro que le enseñe oracion, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino.»

Todas las sábias, altísimas y elocuentes obras de esta gran Santa están recomendando la misma devoción con palabras semejantes á las que quedan referidas que no pueden ser ni mas sólidas, ni mas sencillas, ni mas vivas ni afectuosas para recomendar el patrocinio de san José. La misma Santa refiere en diversos lugares de sus obras los particulares beneficios que recibió de Dios por la mediación de este gran Santo; pero entre todos merece una particularísima atención el que la misma Santa refiere en una carta que escribió á un hermano suyo desde la cárcel de Toledo, en donde se hallaba presa de orden del Nuncio, que la juzgaba una muger hechicera, bruja, engañadora y andariega, como se explica la misma Santa. Allí exprimentó toda la fineza con que este santo Patriarca socorre á sus aficionados y devotos: allí entre los horrores de la cárcel, vió la Santa que se rompían los cielos, y bajaba san José cercado de resplandores y de gloria á consolarla y darla cuenta del dia en que habian de tener fin sus trabajos y comenzarian sus prosperidades, como efectivamente se cumplió: y en agradecimiento á tamaño beneficio dedicó la Santa el convento de monjas Carmelitas de Toledo al glorioso patriarca san José. De todo se infiere, que bien se atiende á las razones, bien se consulte la autoridad, ó bien se quieran examinar los ejemplos y la experiencia, siempre resulta para consuelo de los cristianos que san José es su protector, su amparo, su sombra y su refugio: que su patrocinio no solamente es seguro, sino tambien poderosísimo: que la representacion de nuestras miserias, su piedad y ternura, el ejemplo de su misericordiosísima Esposa y de su Hijo, los intereses de la sangre del Unigénito de Dios vertida por nosotros, y últimamente, la experiencia testificada por los santos, todo está acreditando una volun-

lad finísima, un patrocinio seguro, tan lleno de firmeza como ageno de rezelo. Demos, pues, infinitas gracias á Dios, que quiso prepararnos en su Padre putativo un protector en nuestras miserias y trabajos. Demos gracias á nuestra madre la Iglesia, que solicita y amorosa nos propone esta festividad, para que de ella saquemos copiosos frutos, no solamente para el cuerpo, sino tambien para el espíritu. Y últimamente, procuremos aprovecharnos de las larguezas con que el cielo manifiesta su misericordia y beneficencia hácia nosotros: bien seguros, de que si no recibiésemos en vano la gracia de Dios, como nos amonesta el apóstol san Pablo, serán tan ópimos y copiosos los frutos que sacarémos del patrocinio de san José, que ni las asechanzas del enemigo comun podrán enredarnos en sus lazos; ni los pasatiempos y falsedades del mundo aficionarán nuestros corazones; ni el fuego de la concupiscencia ennegrecerá con su humo pestífero nuestras almas, ni nos abatirán los trabajos, miserias y desventuras; ni las prosperidades y fortuna henchirán nuestros pechos de vanidad y de soberbia; en una palabra, serémos con el patrocinio de san José verdaderamente venturosos, verdaderamente felices y verdaderamente cristianos.

**La misa es del Patrocinio de san José, y en honor de este Santo; y la oracion la siguiente.**

*Deus, qui ineffabili providentia beatum Joseph sanctissimæ Genitricis tuæ sponsum eligere dignatus es; præsta, quesumus, ut quem protectorem veneramus in terris, intercesorem habere mereamur in caelis: Qui civis et regnas in unitate Spiritus sancti Deus per omnia sæcula sæculorum. Amen.*

O Dios, que por una providencia inefable te dignaste elegir al bienaventurado José para esposo de tu santísima Madre, conédenos; que ya que en la tierra le veneramos por nuestro protector, merezcamos que interceda por nosotros en los cielos: Tú que vives y reinas con Dios Padre en unidad del Espíritu santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

**La epistola es del cap. 49 del Génesis.**

*Filius accrescens Joseph, filius accrescens, et decorus aspectu. Filii discurrerunt super murum; sed exasperaverunt eum, et jurgati sunt, inviderunt que illi habentes jacula. Sed et in forti arcus ejus, et dissoluta sunt vincula brachiorum et manuum illius*

Hijo que vas creciendo José, hijo que estás creciendo y hermoso de semblante. Las doncellas corrieron sobre el muro; pero le exasperaron, y tuvieron con él, y le tuvieron envidia los flecheros. Su arco se apoyó sobre el (Dios) fuerte, y las ligaduras

*per manus potentis Jacob: inde pastor egressus est lapis Israel. Deus patris tuus erit adiutor tuus, et Omnipotens benedicet tibi benedictionibus caeli desuper, benedictionibus abyssi iuventus deorsum, benedictionibus uberum et vulva. Benedictionem patris tui confortata sunt benedictionibus patrum ejus: donec veniret desiderium collium aeternorum: sicut in capite Joseph, et in vertice Nazareni inter fratres suos.*

de sus brazos y de sus manos fueron desaladas por las manos del poderoso (Dios) de Jacob: de allí salió el pastor y la piedra de Israel. El Dios de tu padre será tu ayudador, y el Omnipotente te bendecirá con las bendiciones de lo alto del cielo, con las bendiciones del abismo que yace abajo, con las bendiciones de los pechos y del vientre. Las bendiciones de tu padre sobrepujan a las de sus padres; hasta que venga aquel que es el deseo de los collados eternos: caigan sobre la cabeza de José, y sobre la corona del Nazareno entre sus hermanos.

#### REFLEXIONES.

Los patriarcas antiguos tenían la loable costumbre de llamar á todos sus hijos al tiempo de morir, y á cada uno le daban su bendición. Como hablaban por la mayor parte inspirados de Dios, cada bendición era una profecía del bien ó del mal que habian de experimentar en el resto de su vida, y á las veces en estas bendiciones se contenian altísimos misterios, que figuraban en sombra las verdades que cumplió despues Jesucristo, ya en su misma persona, y ya en la doctrina de su ley, de que hizo promulgadores á los santos apóstoles. En la epístola que propone hoy la Iglesia nuestra madre se contiene la bendición que dió Jacob al menor de sus hijos José, y en ella, además de enseñarle las divinas cualidades que habia de tener el prometido, del cual fue figura José, le dá á entender implícitamente en donde habia de colocar su confianza, para hallar un patrocinio seguro contra las adversidades de esta vida. Por eso le dice: *El Dios de tu padre será tu ayudador, y el Omnipotente te bendecirá con las bendiciones de lo alto del cielo y con las bendiciones del abismo.* Toda la confianza deben constituirla los hombres en Dios, si quieren que sus deseos logren el fin á que anhelan: porque solo Dios es el que sabe lo que es conveniente, y solo él tiene poder para dispensarles beneficios. Este mismo Dios quiso misericordiosamente ensanchar nuestros corazones y ampliar mas nuestras esperanzas, haciendo que los justos sus amigos y amados suyos, fuesen tambien para nosotros

unos poderosos intercesores, que le hiciesen presente nuestras memorias, y que en atencion á sus merecimientos lograsen mas fácilmente el remedio de nuestras penas y fatigas. Estas nos rodean, y nos afligen continuamente mientras vivimos esta vida mortal y trabajosa. Como no tenemos en este mundo cosa alguna que sea capaz de saciar un corazon que fue hecho para amar á Dios, vivimos despedazados por nuestros mismos deseos, que siempre que no se terminen al fin debido, causan en nuestra alma una inquietud miserable, y la disipan en trabajosas é infelices pretensiones.

El hombre por sí mismo no es capaz de darse paz en sus pensamientos; sino que continuamente lucha con un tropel de vanidades que le quitan el sosiego, deseando honras, riquezas, puestos, dignidades, y subir siquiera un escalon sobre el sitio en que se halla. Conoce fácilmente que en el mundo no hay un protector ó medianero que pueda darle la mano con la felicidad de discernir si le será ó no conveniente el logro de lo que pretende, y con la voluntad y poder necesarios para satisfacer sus deseos, cuando son justos y razonables. Se ciega miserablemente para no advertir en aquellos protectores que le destinó la divina misericordia, que pueden favorecerle con todas estas ventajas. Deseamos un patrocinio para precaver nuestras desdichas y ruinas, y alcanzar beneficios y venturas, pero apelamos por él á los hombres, que ó no pueden protegernos, siendo ellos por sí miserables y flacos, ó caso que nos favorezcan, suele ser para nuestro daño, y nunca pudieran ser para nosotros mas crueles, que cuando al parecer quieren hacernos dichosos. Está bien que se desee con ánsia un favorecedor en las desventuras, un medianero en las pretensiones, un protector en la fortuna, y uno como columna y estribo donde se puedan colocar con seguridad las esperanzas; ¿pero en dónde se hallarán tantos bienes?

Yerra enormemente quien consiente encontrarle en el mundo, y siempre será una verdad eterna la bendicion de Jacob á su hijo: *El Dios de tu padre será tu ayudador*. En Dios enjugará sus lágrimas el afligido, templará sus miserias el menesteroso, encontrará el triste la risa y el gusto, poder el flaco, certeza el mal seguro, estimacion el despreciado, grandeza el abatido, el pecador misericordia, el justo gracia, y todos amparo seguro, y ventura completa sin rezelos. ¡O Dios, y cuán errados han sido mis pasos cuando los he dirigido á las criaturas, para obtener de ellas los bienes que no podia encontrar sino en ti solo! Aunque esta luz y este convencimiento hayan venido tarde á mi alma, yo haré que de aquí adelante se regulen por ellos todos mis deseos, y que no se extravie mi corazon.

**El evangelio es del capitulo 3 de san Lucas**

*In illo tempore: Factum est autem cum baptizaretur omnis populus, et Jesu baptizato, et orante, apertum est caelum: et descendit Spiritus sanctus corporali specie sicut columba in ipsum; et vox de caelo facta est: Tu es Filius meus dilectus; in te complacui mihi. Et ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta, ut putabatur, filius Joseph.*

En aquel tiempo sucedió, que bautizándose todo el pueblo, y habiéndose bautizado Jesus, y estando éste orando, se abrió el cielo: y bajó el Espíritu santo sobre él en forma corporal, como una paloma; y se oyó del cielo una voz: tú eres el hijo mio amado, en tí me complaci. Y el mismo Jesus comenzaba ya á tener cerca de treinta años, hijo, segun se creía, de Jose.

**MEDITACION.**

*Sobre la vanidad del favor humano.*

**PUNTO PRIMERO.**—Considera cuánta es la debilidad de los hombres para darte ayuda y favor en tus necesidades, y por cuántas hajezas tienes que pasar para haber de conseguirle. El hombre débil, flaco y miserable por su naturaleza no muda de constitucion aunque se sienta en un dorado trono; aunque adorne sus miembros con oro, púrpura y piedras preciosas; aunque le cerquen muchos criados pendientes de sus labios para ejecutar sus órdenes ó sus caprichos; aunque por su voluntad, finalmente, se regulen y distribuyan las fortunas de los otros hombres, y se repartan las dignidades. Tu corazon, tus pasiones tus deseos, tu tristeza, tus remordimientos, la inquietud de tu conciencia, la poca seguridad de la justicia de tu alma, no están en la mano de ningun hombre, ni caen bajo del poder de ninguna jurisdiccion criada. Si estos afectos te hacen infeliz y miserable, en vano procurarás el favor humano, pensando que este puede hacerte venturoso. Lo que no tiene para sí, mal podrá darlo á sus favorecidos. En medio de aquellos resplandores con que brilla la grandeza, hay unas tinieblas densísimas, en que están envueltas las almas de los que la disfrutan; en medio de aquella gran copia de oro y abundancia de todas las cosas, apenas encuentran una que les cause un pequeño gusto, y con que den una satisfaccion á su alma. Esa misma abundancia les aumenta los deseos, y estos les multiplican las necesidades, que por su nullidad son tan insaciables como una sola en la baja fortuna. Si te fuera posible ver claramente el corazon de un poderoso, de

quien tal vez esperas favor, auxilio y consuelo, quedarías lastimado viendo las feas pasiones que le despedazan, los cuidados que le carcomen, las necias esperanzas que le entretienen, los deseos que le atormentan, los disgustos que le martirizan, y el lleno de miseria y de desventura en que vive sumergido. Si duerme, es con un sueño interrumpido, que jamás pueden tranquilizar la Holanda y los brocados: si vela, una multitud de negocios enfadosos le disipan, y hacen que descuide de sí mismo por atender á los intereses ajenos: si se sienta á la mesa, la salud débil, y los humores enfermizos le hacen insípidas las mas exquisitas viandas: si va en fin al espectáculo, al festin, al pasatiempo, la misma costumbre de disfrutarlo se lo hacen zonzos, fastidioso, cansado y aun molesto. ¿Y es posible que has de poner en este hombre tu esperanza para que te de consuelo, para que te libre de miserias, para que te haga venturoso?

¿Y esto á cuanta costa? A costa de humillaciones, de bajezas, de mil sufrimientos vergonzosos, que comparados con el bien que pretendes, son realmente un mal mucho mayor que el que estas padeciéndolo. Unas veces te finges humilde, otras te aparentas modesto, otras afectas una afabilidad risueña, otras te ves precisado á simular con el semblante benigno y amoroso un secreto despecho que está royéndote el corazón. Tienes que frecuentar los palacios, esperar por mucho tiempo en las antesalas, confundido con una multitud de truanes, que como te ven humillado, se atreven á tratarte con la altanería de sus señores: ¿quá mas? Te constituyes en una necesidad de hacer traición á tu alma, á tus ideas, á tus conocimientos, para lisonjear á aquel personaje, de quien esperas la dignidad, el puesto, ó acaso mucho menos. Porque, ¿como es posible que tú te atrevas á llamar blanco á lo blanco, ni á decir bueno á lo bueno, si oyes que lo llama ó reputa por negro y por malo? ¿cómo osarás manifestar la verdad, aunque te la hagan conocer con evidencia tus estudios, delante de aquél que deseas tener benévolo, y ves que se declara partidario de la mentira? Pero aun esto es poco: ese hombre, cuyo favor pretendes, te desprecia, y llevas con paciencia sus desprecios. Ese hombre te insulta, y lleno de rubor bajas los ojos haciendo el sacrificio mas humillante y vergonzoso que puede hacerse á la ambición ó al capricho. Y ese hombre exige de ti una gratitud anticipada, que apenas puedes verificar con tantas bajezas, con tantos sinsabores, con tantos sufrimientos, cuantos bastarían para hacerte su esclavo. ¿Y un favor de tan poca utilidad, un favor tan inútil y tan vano le has de comprar á tanta costa? ¿merece tanto aprecio tu misma inquietud, tu mismo abatimiento, tu deshonor mismo? ¿Serás todavía tan necio, que conociendo todo esto, quieras seguir con esa pretension caprichosa que te ha costado ya tantos trabajos, y que será acaso la ruina de tu familia?

Punto segundo.—Considera que aun cuando el favor humano sea para ti tan eficaz y efectivo, que contra su costumbre verifique con los efectos las esperanzas que tienes concebidas, en esto nada mas ha hecho que doblarte un peso que te oprime: agravarte mas el yugo, y hacerte responsable de mil maneras delante de Dios y delante de los hombres. Al mismo tiempo que te veas favorecido, le verás nuevamente ligado con unas fuertes cadenas que se llaman gratitud; pero que en la realidad no son otra cosa que unos lazos que atan mas fuertemente á tu alma la miseria y la desventura. El que te hizo un favor, te mira como un esclavo de sus caprichos, y ó los has de seguir ciegamente, ó has de quedar con el remordimiento de haberle sido ingrato. Pero supongámos por un momento que tengas valor para resistir á sus injustas pretensiones; supongámos que aquel que te favoreció es tan comedido y ajustado, que deja en tu mano la responsabilidad del cargo que lograste; ¿evitarás por eso los peligros que traen consigo los puestos y dignidades? ¿no es cierto que en los lugares encumbrados hieren los rayos mas frecuentemente y con mas violencia? ¿no ves como los huracanes arrancan los altos y robustos pinos que estan en las cimas de las montañas, cuando en los valles se burlan los humildes juncos de su bravura? Trae á la memoria aquel árbol frondosísimo de estraña grandeza y hermosura que vió en sueños el Rey de Babilonia, y de que habla Daniel en el cap. 4, y verás que su misma grandeza fue la causa de su ruina. Eso enseña que los puestos y altas dignidades no son otra cosa que un recinto de peligros, y un iman que atrae hacia si las desgracias.

Però considera esto mismo con una razon superior á la humana filosofia; mira la superioridad, la dignidad, el cargo, con los ojos sobrenaturales de la fe; precisamente te estremecerás cuando consideres que ha de llegar un dia en que te pida cuenta estrecha de todo un juez recto, infinitamente sabio, y delante de quien nada podrán ni la aduacion, ni la mentira, ni el artificio ni el soborno. Esta consideracion hacia á los Crisóstomos, á los Ambrosios, á los Agustinos, huir las dignidades con mas empeño que el que ponen muchos mortales en conseguirlas. Esta misma consideracion hizo que san Bernardo escribiese al papa Eugenio, admirándose de que hubiese aceptado la Tiara, diciendole (*epist.* 237.): Considero la altura del puesto, y temo la caída; miro la cumbre de la dignidad en que estás, y veo á su lado un profundo despeñadero, que acaba en el abismo. Lograste tu profesion; el favor te ensalzó; ¿pero te dió talento y fuerzas para cumplir exactamente tus obligaciones? ¿te eximió de la responsabilidad de las cargas? ¿no se puede decir con verdad que pretendiste tu misma inquietud, tu opresion, tu peligro y tu ruina?

## JACULATORIAS.

*Sperant in te qui noverunt nomen tuum, quoniam non dereliquisti querentes te, Domine. Salm. 9.*

Los que tuvieron la dicha de conocer tu sacrosanto nombre deben, Señor, poner en ti toda su confianza; bien satisfechos de que jamás desamparas á aquellos que te buscan como á protector y padre.

*Deus meus, adjutor meus, et sperabo in eum. Salm. 17.*

Mi Dios es mi ayudador, mi protector y mi patrono, y en él solo esperaré.

## PROPOSITOS.

1 De todas las cosas de este mundo dice el Espíritu santo que son vanidad de vanidades; pero entre todas ellas apenas hay una á que con mas razon le convenga, que al favor que con tanta ánsia solicitan los hombres de sus semejantes. Cuando me vea oprimido, cuando las tribulaciones aneguen mi corazon, me servirán estas reflexiones y conocimientos para buscar alivio en donde pueda seguramente encontrarle. La razon y la experiencia me han enseñado que fuera de Dios y de sus santos no se encuentra consuelo verdadero; que las pretensiones humanas, además de los trabajos, sinsabores y bajezas que traen consigo, no producen mas fruto que nuevas fatigas, nuevos cuidados, y la responsabilidad tremenda delante del Juez de vivos y muertos, que se verificará sin remedio en el dia terrible de la muerte. Ya es tiempo de conocer al mundo, y de detestar sus engaños; ya es tiempo de entrar en cordura, y de decir á mi corazon; Dios solo es tu tesoro y tu riqueza. La mayor dignidad es contentarte con aquella suerte en que te ha puesto su adorable Providencia. Harlo tiempo has perdido corriendo neciamente tras de una sombra, que siempre huye de ti. Favor especial del cielo ha sido el que hayas conocido tu locura antes de que te la hiciese conocer un precipicio. Si hubieras logrado lo que pretendías, acaso te sucederia lo que á la ignorante mariposa, que deslumbrada con los resplandores de la llama, ella misma hace diligencias para convertirse en cenizas. De hoy mas, Dios es mi ayudador, mi protector y patrono, y en él solo esperaré.

### San Hugo, obispo de Grenoble.

**N**ACIÓ S. Hugo en Castel—Nuevo, á las orillas del Isar, diócesis de Valencia en el Delfinado, el año 1053. Fué de una familia muy distinguida por su antigua nobleza, pero mucho mas por su singular piedad. Su padre Odilon era un caballero universalmente reputado por hombre de gran virtud; despues de haber dado grandes pruebas de su valor en servicio de su rey, acabó dichosamente sus dias en la Cartuja haciéndose discípulo de S. Bruno, y allí murió de edad muy avanzada en manos de su santo hijo Hugo, que le administró los sacramentos. El mismo consuelo dió, y los mismos piadosos oficios hizo con su santa madre, mujer de extraordinaria virtud, que se quedó en el siglo cuidando de su casa, y atendiendo únicamente al cristiano gobierno de su familia.

Costóla poco trabajo la educacion de nuestro Santo. Había nacido Hugo con tan felices disposiciones para la virtud, que sin exageracion se puede decir, que siempre fué virtuoso, y que nunca fué niño. La grande inclinacion que tenia á las letras le movió á hacer algunos viajes á reinos estraños. Pero los estudios no perjudicaron á la devocion; su pudor y su modestia contribuyeron mucho á conservar su inocencia; y aunque su virtud era apacible, dulce y discretamente cortesana, la aliofentaba y nutria con el rigor de secretas, pero muy severas penitencias.

Acabados sus estudios volvió á Valencia, donde fué provisto en un canonicato. Su vida inocente, ejemplar y retirada le granjeó tanta reputacion, que Hugo, entonces obispo de Die, legado del Papa Gregorio VIII, y despues arzobispo de Leon, cautivado de las bellas prendas y de la eminente virtud del santo mozo, quiso tenerle consigo, y darle parte en el ministerio de su legacia. Hizo gran fruto con sus sermones en el clero; pero le hizo mucho mayor con sus ejemplos en lo restante del pueblo.

Celebraba el Legado un concilio en Avifion, cuando llegaron los diputados de la Iglesia de Grenoble, cuya silla episcopal habia vacado, á pedirle por obispo á nuestro Santo. Concediósele el Legado con tanto mayor gusto, quanto ninguno mejor que él tenia conocida y experimentada su virtud y talentos; pero no fué tan fácil vencer la porfia de su resistencia, fundada, al parecer de su profunda humildad, en motivos fuertes y justificados. Vióse precisado el Legado á valerse de toda su autoridad para obligarle á obedecer; y temiendo siempre que no le faltase algun pretesto para eludir su consagracion, le llevó consigo á Roma para que el mismo papa le consagrara. Hizolo su

Santidad con singular dignacion y consuelo, sin hacer caso de las razones que alegaba Hugo para no ser obispo. Informada la condesa Matilde de la gran virtud de nuestro Santo, costeó liberalmente todos los gastos necesarios para la augusta ceremonia de la consagracion, regalándole con el báculo, con otros varios ornamentos del pontifical, y con los Comentarios de S. Agustin sobre los Salmos.

Cuando volvió de Roma, y fué á tomar posesion de su iglesia, quedó penetrado de dolor al ver el lastimoso estado en que halló toda su diócesis. No solo reinaba en el pueblo la usura, la simonia y toda especie de disoluciones, sino que la abominacion de la desolacion se habia apoderado del lugar santo. La vida escandalosa de los que por la santidad de su estado debieran servir de ejemplo á los demas, parecia cerrar la puerta á toda esperanza de remedio. Gemia el santo pastor en la presencia de su Dios, y procuraba aplacar su justa cólera con rigurosas penitencias. Pasaba los días y las noches en fervorosa oracion, llorando los desórdenes de su pueblo; y no perdonaba á ayunos, vigiliat, exhortaciones, instrucciones y visitas, para que el Señor abriese los ojos á aquel ciego rebaño, por cuya salvacion quisiera dar la propia vida, si el mismo Señor se dignara de aceptarla.

No podia tardar en dar el fruto correspondiente un zelo tan puro, tan apostolico y tan desinteresado. Echó Dios la bendicion á sus trabajos. Ganó los corazones de todos con su paciencia, con su apacibilidad y sus ejemplos, y en poco tiempo mudó de semblante todo el obispado de Grenoble. No se puede explicar lo mucho que tuvo que padecer; pasaba los días enteros en instruir y alimentar con la palabra de Dios á aquel pueblo grosero é ignorante; y habiendo encontrado disipadas las rentas del obispado por la mala administracion de sus antecesores, estuvo tres ó cuatro años sin tener con que mantenerse.

Estas cruces y penalidades era lo único que le consolaba en el continuo escrúpulo que le afligia de haber consentido, á su parecer, con demasiada facilidad en su consagracion, y de haberse dejado persuadir á aceptar el obispado. No obstante, le apretó tanto este escrúpulo, representándole siempre sumamente formidable la dignidad episcopal, que á ejemplo de muchos santos, determinó renunciarla. Apenas habia sido obispo dos años, cuando tomada su resolucion, partió secretamente á la abadia de la Casa de Dios, diócesis de Clermont, en la provincia de Auberuia; vistió la cogolla de S. Benito, y en breve tiempo fué modelo cabal de la vida monástica. Pero informado el papa Gregorio VIII de lo que pasaba, le envió precepto formal y preciso para que cuanto antes se restituyese á su iglesia. Vióse obligado á obedecer, á pesar de su repugnancia; su precipitada fuga

habia consternado á sus ovejas; la noticia de su vuelta las llenó de gozo. Persuadidos todas á que el medio único de asegurarse la permanencia de tan santo pastor era la reforma general de las costumbres, se empeñaron á competencia en corresponder á las ánsias de su zelo.

Casi á los tres años, despues que se habia restituido á su obispado, vino en busca suya el famoso San Bruno con sus seis compañeros para echar los primeros cimientos de aquel órden celeberrimo, que siendo uno de los mas bellos ornamentos de la Iglesia de Jesucristo, se ha dilatado por todo el universo con edificacion y aun con asombro del mundo, floreciendo despues de mas de seiscentos años con todo el primitivo rigor que se admiró en su misma cuna, y perpetuando en el orbe cristiano el fervor, la soledad y el retiro de los anacoretas mas antiguos.

Pocos dias antes habia tenido Hugo un misterioso sueño, en el cual se le representaron siete resplandecientes estrellas, que desprendidas del cielo, iban como á esconderse en un desierto espantoso de su misma diócesis, llamado la Cartuja. Acordándose del sueño recibió á Bruno y á sus compañeros con amor y con respeto; y entendiendo de ellos que solo buscaban una soledad retirada y escondida que pudiese servirles de asilo á la corrupcion del mundo, desde luego les señaló y les donó el desierto de la Cartuja, á cinco leguas de Grenoble. Edificóles á su costa la capilla y las celdas para su habitacion; y declarándose desde entonces su protector y su padre, poco tiempo despues pasó á ser como el menor de sus compañeros.

Contentísimo de tener ya dentro de su obispado lo que habia ido á buscar en el desierto de la Casa de Dios, se retiraba á la Cartuja todo el tiempo que le dejaban libre las indispensables funciones de su ministerio episcopal. Viviendo entre los nuevos ángeles del desierto, los restituia con usuras los ejemplos de mortificacion y de humildad que recibia de ellos; solo le distinguian de los demás los excesos de su fervor; echaba mano de los oficios mas viles y mas bajos; era el primero en el coro, y acompañaba las penitencias con oracion casi continua.

En Grenoble vivia como en la Cartuja. Era perpétuo su ayuno; casi todos los dias predicaba á su pueblo; no le conocian por otro nombre que por el de padre de los pobres; quiso vender sus caballos para socorrerlos, resuelto á visitar á pié su obispado, aunque lleno de asperísimas montañas. Velaba con estremada severidad sobre todos sus sentidos. En mas de cincuenta años de obispado nunca miró al rostro á muger alguna.

A tan extraordinaria virtud no podian faltar cruces y mortificaciones. Padeciólas nuestro Santo muy pesadas por toda su vida.

No solo probó Dios su paciencia con frecuentes intensísimos dolores de estómago y de cabeza, efectos naturales de sus penitencias y de su aplicación al estudio; sino que, para purificar más y más su corazón, permitió que por más de cuarenta años fuese combatido de molestísimas tentaciones, que apenas le daban treguas. Verdad es que no le dejaba el Señor sin consuelo en medio de tantas amarguras; derramaba en su alma aquellas dulzuras celestiales, aquel suavísimo secreto bálsamo, aquellas gracias sensibles, por cuyo medio experimentaba frecuentemente templadas sus aflicciones con no sé qué alegría interior, más fácil de sentirse que de explicarse. Regalóle Dios con el don de lágrimas; una conversación piadosa, la lectura de un libro devoto, la vista de un crucifijo bastaban para hacérselas derramar en abundancia. Leíase indispensablemente en su mesa un libro espiritual mientras comía, y se observó que durante la lectura se derretía tanto su corazón en el fuego del divino amor, que apenas tenía libertad para otra cosa que para derramar dulces y copiosas lágrimas; de manera que no pocas veces era preciso mandar al lector que lo dejase.

Su justificación y su desinterés, juntos al elevado concepto que se tenía de su eminente santidad, le hicieron árbitro de todas las diferencias, y pacificador de todas las enemistades. Ni la apacibilidad grande de su genio estaba reñida con la entereza eclesiástica, cuando se atravesaban los intereses de Dios y de la Iglesia. Mostró singularmente este tesón en el concilio que se celebró en Viena del Delphinado el año de 1112, contra los excesos del emperador Enrique IV, que había tratado indignamente al papa Pascasio II, y contra la ambición del antipapa Pedro de León, llamado Anacleto, en defensa del legítimo pontífice Inocencio II. Fué Hugo uno de los obispos que se juntaron en Puy de Velay para escomulgar á Pedro de León, y el que más contribuyó á extinguir el cisma en el reino de Francia, sacrificando á la verdad y á la justicia sus propios intereses, y la amistad que siempre le había mostrado el antipapa Anacleto.

Obligado Inocencio á refugiarse en Francia por la persecucion del cismático concurrente, salió Hugo á recibirle y á besarle el pié en Valencia. Allí le suplicó con las mayores instancias tuviese á bien exonerarle del obispado, y proveer á la iglesia de Grenoble de sujeto digno que enmendase sus muchos yerros, representándole su avanzada edad y molestísimos achaques. Todo fué en vano; porque el papa, que tenía bien conocido su raro mérito y extraordinaria virtud, se contentó con mandarle que moderase sus penitencias, y que pusiese limite al excesivo trabajo de sus apostólicas fatigas. Pero finalmente, viendo que los vehementes dolores de cabeza habían debilitado extraordinariamente su memoria hácia el fin de su santa vi-

da, condescendió el pontífice en que renunciase el obispado, nombrando por sucesor á otro cartujo, llamado tambien Hugo, que despues fué arzobispo de Viena; y nuestro Santo tuvo el consuelo de alcanzarle en vida consagrado por obispo de Grenoble.

Tuvose por una especie de prodigio, ó á lo menos por singular favor del cielo, que habiendo perdido enteramente la memoria para todas las cosas terrenas, la conservó siempre muy viva en todas las especies que tocaban á la religion, ó tenían conducencia con la salvacion eterna. Los pocos meses que sobrevivió á la renuncia del obispado, los pasó casi en oracion continua.

Odórico, obispo de Die, que habia sido dean de su Iglesia de Grenoble, deseó tener el consuelo de recibir el hábito de monje de mano de nuestro Santo; y aunque éste se hallaba casi en el último estremo de su vida, se levantó de la cama para hacer esta ceremonia, dándole fuerzas, y causándole copiosas lágrimas el gozo de ver la fervorosa resolucion de su amado discípulo.

En fin, consumido nuestro Santo al rigor de sus penitencias, de sus trabajos apostólicos y de sus penosas enfermedades, y lleno de merecimientos, murió en Grenoble á los ochenta años y algunos meses de su edad, el día 1.º de Abril del año de 1132. Luego que se esparció la noticia de su muerte, concurrió innumerable gentio de todas partes á lograr el consuelo de reverenciar y besar su santo cuerpo. No fué posible enterrarle en cinco dias por el numerosísimo concurso; y todo este tiempo se conservó el cadáver tan entero, tan fresco y tan flexible como si estuviera vivo. Fué preciso valerse de algun artificio para darle sepultura: echóse la voz de que se le quería exponer en la iglesia para satisfacer á la devocion del pueblo; salieronse todos, menos el clero, los cartujos y algunas otras personas de distincion, á quienes se habia confiado el secreto. De esta manera se le pudo enterrar en la iglesia de Santa Maria, donde el Señor manifestó la santidad de su fiel siervo por los muchos milagros que obró en su sepultura. El papa Inacencio II, que tenia tan bien conocida la virtud de nuestro Santo, mandó al beato Guido, quinto prior de la gran Cartuja, y amigo intimo del santo obispo, que recogiese exactamente en un breve compendio la relacion de sus virtudes y milagros; y habiéndola leído y aprobado, le canonizó solemnemente el año de 1134, estando en la ciudad de Pisa, donde celebraba un concilio. Su sepulcro se hizo cada día mas glorioso por la visible proteccion que experimentaron los fieles, implorando su poderosa intercesion.

**La misa es del Comun de confesor pontífice, y la oracion la que sigue.**

*Exaudi, quæsumus, Domine, Supplicamoste, Señor, que oi-*

*preces nostras, quas in beati Hugonis confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus; et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolvet peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...*

gas benignamente las súplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado Hugo, tu confesor y pontífice, y que nos perdone nuestros pecados por los merecimientos de aquel, que mereció servirte dignamente. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epístola es del apóstol san Pablo á los Hebreos cap. 5.**

*Fratres: Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in eis, quæ sunt ad Deum, ut offerat, dona, et sacrificia pro peccatis: qui condolere possit eis, qui ignorant, et errant; quoniam et ipse circumdatus est infirmitate: et propterea debet quemadmodum pro populo, ita etiam et pro semetipso offerre pro peccatis. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo, tanquam Aaron.*

Hermanos: Todo pontífice elegido de entre los hombres, es constituido en beneficio de los mismos hombres, en orden á aquellas cosas que miran á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios: el cual puede tener compasión de los ignorantes y errados, como que él mismo está rodeado de debilidad: y por esto debe ofrecer sacrificio por los pecados, de la manera que por el pueblo, así también por sí mismo. Ni tal honor se le toma cualquiera por sí, sino el que es llamado por Dios, como Aaron.

NOTA.

«Los Hebreos, á quienes se dirigió esta epístola, eran los judíos recién convertidos, que vivían en Jerusalén y en toda la Palestina. Escribióla el Apóstol en griego y no en hebreo, por ser entonces la lengua griega la más general y conocida en todas las naciones, cuando la hebrea y la siríaca la ignoraban muchos de los mismos judíos, que se habían criado en diferentes provincias.»

REFLEXIONES.

Todo pontífice escogido de entre los hombres, le destina Dios á los hombres para aquellas cosas que tocan al mismo Dios: *Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in eis, quæ sunt ad Deum.* A solo Dios toca la elección de sus ministros. Infeliz de aquel que se entromete en el ministerio de los altares sin legítima vocación. La ambición, el interés y la codicia llenan el sacer-

docio de intrusos, que profanan la santidad de su carácter. Al padre de familias pertenece privativamente la distribución de los empleos de su casa; es propio de su inspección y de su autoridad destinar los primeros oficios á quien quiere; pretender ocuparlos con artificio y con maña, es llenarlo todo de confusión. ¡Buen Dios! ¿cuántos falsos profetas quedarán degradados en el día del juicio universal? Cuanto mas sagrada es la dignidad, cuanto mas elevado es el empleo, tanto mas eminente debe ser la virtud. Aplicase la mano sacrilega al incensario, cuando no es el Señor el que nos destina á esta función. *Ninguno tiene derecho para pretender esta honra, sino aquel á quien Dios llama á ella como Aaron. Nec quisquam sumit, sibi honorem sed qui vocatur á Deo tanquam Aaron.* Y pregunto: ¿se pretende siempre el sacerdocio en fuerza de una vocación legítima? ¿se aspira á este sacrosanto estado, formidable á los mismos ángeles, consultando únicamente la voluntad del Señor? ¿Cuántos hombres terrestres y materiales no consultan mas que á la carne y sangre! ¿cuántas veces la voz de los padres y de los parientes levanta mas el grito que la voz de Dios! Si los hijos no tienen vocación, ¿qué importa? los padres la tienen por ellos. Si no tienen talentos, ¿qué importa? las rentas de un beneficio pingüe lo suplen todo. ¿Y despues nos admiraremos de que Dios se muestre tan irritado, de que haga tan visibles los efectos de su cólera? ¿extrañaremos que destruya los mas ricos patrimonios, que aniquile las casas mas opulentas? *Al verdadero sacerdote* (dice san Clemente Alejandrino, lib. 6.) *no se le tiene por santo porque sea sacerdote: antes se le hizo sacerdote por que se le tuvo por santo.* Importante lección para aquellos que atienden mas á las rentas que á la elevada santidad del ministerio.

Escujo Dios por ministros suyos á hombres flacos y llenos de miserias, para que sepan compadecerse de los miserables y de los ignorantes. *Qui condolere possit iis, qui ignorant et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate.* ¡Lastimoso error, hacer ostentación de una severidad desdeñosa y arrogante! Una de las principales máximas de la secta farisáica era la inexorable y afectada severidad con los pecadores. Murmuraban de Cristo aquellos finisimos hipócritas por la suavidad y por la indulgencia con que los trataba; censuraban las piadosas industrias de que se valia el Salvador para ganarlos y para convertirlos; chocábales, dábales en rostro su divina complacencia, y le hacian causa de lo que debieran hacerle panegírico. Es cierto que una blandura excesiva, una suavidad fuera de sazón, una indulgencia tímida y cobarde, puede ser tan perniciosa como un rigor descompasado. Para curar las llagas es menester mezclar el aceite con el vino. No obstante, los santos que fueron mas rigurosos consigo mismos, fueron por lo comun los mas blandos y be-

nignos para los demás. Pero al contrario pocos doctores se encuentran hoy demasíadamente rigurosos con los demás, que no sean ni-miamente indulgentes consigo mismos.

**El evangelio es del capítulo 25 de san Mateo.**

*In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregré proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni didit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundum propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abscondit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum veró temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi, ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos esta parábola: Un hombre, que debia ir muy lejos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué pues, el que habia recibido los cinco talentos: á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su Señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aqui otros cinco que he ganado. Dijole su Señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste; he aqui otros dos mas que he grangeado. Dijole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

## MEDITACION.

*De la liberalidad con que premia Dios á los que le sirven.*

PUNTO PRIMERO.—Considera las maravillas que obró Dios en favor del pueblo de Israel: dividense las aguas del mar rojo; son sumergidas en sus ondas naciones enteras; ténplause milagrosamente los ardores del sol; iluminanse las tinieblas de la noche; brotan repentinamente fuentes cristalinas de las rocas y peñascos; llueve diariamente del cielo en el maná una comida deliciosa; caen por tierra al son de las trompetas los muros de las ciudades. Todas estas maravillas no eran mas que figuras del paternal cuidado que tiene Dios de sus escogidos, de la liberalidad con que premia á los que fielmente le sirven.

¿Qué bienes hemos recibido durante nuestra vida, que no hayan sido dones de su liberalísima mano? ¿Qué gracias no esperamos de la misma fuente? ¡Y si Dios es tan liberal con todos los hombres: si derrama los tesoros de su misericordia indiferentemente sobre justos y pecadores; comprendamos, si es posible, qué bondad será la suya para con sus queridos siervos, que liberalidad gastará con aquellos que le sirven con fidelidad, y le aman con ternura!

*Quia super pauca fuisti fidelis:* porque fuiste fiel hasta en las cosas mas pequeñas. A la verdad, ¿qué cosa podemos hacer en servicio de Dios, que se pueda llamar grande? Todo cuanto nace de nosotros huele y sabe á nuestra nada. ¿Qué servicio de importancia le podemos hacer? *Et digna ducis super hujuscemodi aperire oculos tuos.* Y vos, Señor, os dignais de volver vuestros ojos hácia esto poco que se hace por vos? ¿Qué digo volver vuestros ojos? os dignais de estimarlo, de alabarlo, de premiarlo con profusion. Vos mismo haceis meritorio lo que hacemos, y á este mérito señalais un premio sin medida. ¡O mi Dios, y qué cosa tan buena es servirte! ¡O Señor, y qué buen amo sois!

*Euge, servus bone, et fidelis:* ea, que eso va bien, fiel y buen siervo mio. ¡Con qué bondad alienta el Señor á sus mas humildes siervos! *Supra multa te constituam:* por esa tu fidelidad en cosas pequeñas, yo te elevaré á las mayores honras. ¡Qué promesa de tanto consuelo! Premia Dios sus mismos dones; pero con qué liberalidad los premia! ¡que solidez, qué dulzura, qué deliciosos gustos no acompañan á este premio! ¡Y despues de esto serán menester grandes razonamientos para convencernos de que debemos servir á tan buen amo! ¿Dónde está nuestra fe? ¿dónde está nuestra razon?

PUNTO SEGUNDO.—Considera no solo con qué bondad, sino con qué

prieta, digámoslo así, premia Dios anticipadamente lo que se hace por él. La paz de la conciencia, mas exquisita, mas deliciosa que todo cuanto encanta los sentidos; el consuelo interior, con el cual no tienen comparacion todos los profanos gustos del mundo, son la renta fija de las almas virtuosas. Gustan cierta alegría pura, hallan no sé qué sólida gloria hasta en los mismos desprecios y abatimientos. Todas las cosas sirven al que sirve á Dios con perseverancia.

Sin hablar de aquellas bendiciones temporales, de aquellas visibles prosperidades que reinan muchas veces en la casa del justo, pongamos los ojos en aquel salario que se reserva para la vida eterna; en aquella preciosa corona, en aquella superabundancia de bienes, en aquella inmensidad de premios eternos.

¡Por un vaso de agua, una bienaventuranza sin fin! ¡por cuatro lágrimas derramadas por las misérias propias, ó ajenas, el gozo eterno del Señor! ¡por una caritativa visita hecha á un enfermo, á un encarcelado, el mismo Dios por recompensa!

Echa aquella pobre viuda en el gazofilacio del templo dos monedillas de cortísimo valor, y Jesucristo las estima mas que los mas preciosos dones. *Venid, benditos de mi Padre*, dice el Salvador, *á poseer el reino que os está aparejado desde el principio del mundo*. El reino que vosotros merecisteis, que vosotros mismos, por decirlo así, conquistasteis y comprasteis. ¿Pero cómo, y con qué? con una corta violencia que hicisteis á vuestros sentidos; con una ligera victoria que conseguisteis de vuestras pasiones; con haber cercenado cien cosillas inútiles ó superfluas; con haberos retirado por algunos pocos días; con una leve mortificación, con una limosna. El reino de los cielos, que solo Jesucristo nos pudo merecer; aquella eterna felicidad, aquel precio del valor infinito de su sangre, aquella gloria que no tiene fin, que no se puede enagenar, esa se nos da por nada. *Absque argento, et absque ulla commutatione* (Isaí. 55.). Y á la verdad, ¿que proporcion hay entre el salario y el servicio, entre el trabajo y el premio?

Y á vista de esto, ¿se nos hará cuesta arriba el servirnos á vos, Dios mio? ¿y se os servirá con flojedad y con disgusto? ¿y habrá quien se retraiga de servirnos?

Añade un san Ilago á los trabajos, cuidados y fatigas del obispado los rigores de la penitencia; retirase á descansar de sus trabajos á la soledad de un espantoso desierto. Y pregunto: ¿tendrá ahora motivo en el cielo para arrepentirse de haber sacrificado tan generosamente las conveniencias transitorias de la vida?

¿Cuándo, Señor, dejaré de ser enemigo de mi quietud y de mi fortuna? ¿cuándo he de comenzar á conocer la gran dicha que es el servirnos? ¿cuándo me he de dejar mover de vuestra liberalidad y del mé-

rito de vuestras recompensas? Desde este momento, mi Dios, si, desde este momento no me alucinarán ya, ni el demonio con sus ilusiones, ni el mundo con sus falsas brillanteces. Conozco ya cuán dichoso es el que se emplea en servicio de tal amo; y que el salario que dais á los que os sirven es sin medida. Esto es hecho; yo quiero serviros sin reservá, y sin negarme á cosa alguna de cuantas me podais pedir.

### JACULATORIAS

*¡Quám magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te! Salm. 30.*

¡Qué gusto, Señor, qué dulces consuelos teneis reservados para los que os sirven y os temen!

*Iusti in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum.*  
Sap. 5.

Los justos vivirán eternamente, y el Señor los tiene guardados grandes premios.

### PROPOSITOS

1 Es cosa bien estraña que siendo Dios tan bueno y tan liberal con los que le sirven, se hallen tan pocos que le sirvan con alegría y con perseverancia; al mismo tiempo que siendo el mundo universalmente tenido por un amo duro, cruel, inexorable, haya tantos que se atropellen por servirle como esclavos. Mas que los trate como tirano, mas que los obligue á continuos y dolorosos sacrificios, mas que solamente los pague en lágrimas y en pesadumbres, mas que no los prometa otro salario que amargos arrepentimientos: ninguno hay que no le sirva con risueña cara, que no se tenga por dichoso de su suerte, que no haga vanidad de su librea. Sea en buen hora el mundo injusto, sea cruel, nada se gane en servirle; ninguno lo ignora, todos convienen en ello; pero con todo eso cada día se aumenta el número de sus esclavos. Al contrario, colme Dios de gustos y de bienes á sus fieles siervos; sea ligerísimo su yugo, sea dulcísima su carga, premio hasta los meros deseos, aunque no lleguen á ejecuciones, pague largamente la voluntad de hacer bien, nada se le escape, nada deje sin premio; sin embargo siempre está Dios mal servido; se tiene por injuria el título de devoto; esto es, de siervo de Dios; se avergüenzan, se corren muchos de declararse por su servicio. ¿Puede haber mas espantosa contradicción entre nuestra fe y nuestra conducta? Haz que cese en tí desde hoy esta contradicción;

sirva á Dios, declaróte altamente por siervo suyo, y averguénzate solo de servirle con flojedad y con tibieza. Nada niegues á tu Dios; bien conoces lo que tanto tiempo ha te está pidiendo, y lo que tú tanto tiempo ha te estás negando. Ese pequeño sacrificio, esa corta victoria, ese acto de generosidad cristiana, la moderacion en esa profanidad, en ese juego, en esas chanzas, apenas te hubieran costado nada, si el mundo te las hubiera pedido por condiciones para entrar en su servicio. Muchos años ha que Dios te las pide, y todavía no deliberas? ¿todavía dudas? ¿todavía no tienes valor para concedérselas? y hasta ahora todo se lo has negado? Ea, pon ya fin desde este mismo día á esas eternas dilaciones; y pues Dios es tan pronto como liberal en el premio, determina desde este mismo punto lo que has de hacer por Dios en adelante, y lo que has de comenzar á hacer desde este propio día; esas paces, esa restitucion, el sacrificio de esa pasioncilla, la fuga de esa ocasion, la reforma de tanta profanidad, ese acto de mortificacion. No te olvides de aquellas hermosas palabras del Sábio; *Desideria occidunt pigram* ( *Prov. 21.* ). Los deseos matan á los perezosos, porque todo se les va en proyectar sin hacer nada. Pasánselos los días en estériles deseos, mientras los justos cumplen lo que aquellos idean y trabajan sin cesar: *Qui autem justus est, tribuet et non cessabit.*

2 Una buena resolucion disminuye, pero no quita el trabajo. Sobresáltase el amor propio, asístanse los sentidos luego que el corazón se resuelve á vencerse. No te dejes espantar de esas imaginarias dificultades, y en sintiéndole con alguna cobardia, alientate á tí mismo con aquellas palabras del Apóstol san Pablo á los Romanos: *Non sunt condigna passiones hujus temporis ad futuram gloriam que revelabitur in nobis.* Qué proporcion hay entre lo poco que se padece, y lo mucho que se espera? *Quod in presenti est momentaneum et leve tribulationis nostrae, supra modum in sublimitate aeternum gloriae pondus operatur in nobis.* Estas ligeras y momentáneas tribulaciones, que apenas nos alligea, cuando desaparecen, nos producen un peso eterno de gloria, en grado tan excelente, que es superior á toda medida. Acuérdate en fin que el mismo Dios quiere ser el premio de lo que hacemos por él: *Ego ero merces tua.* ¿Párecete que no quedaríamos bien pagados á este precio? Haz continuamente estas reflexiones; no hay razon que pueda resistirlas, y nada te puede costar el familiarizarte con ellas.

**DIA II.**

**San Francisco de Paula, confesor.**

**S**an Francisco de Paula, ornamento y milagro de su siglo, nació en Paula, ciudad pequeña de Calabria el año de 1416, de familia honrada y de las mas virtuosas de aquella ciudad. Jacobo Bartolilo, por otro nombre Selicon, y Viana de fuscaldó, sus padres, se persuadieron que este hijo era fruto de un voto que habian hecho al Señor, por in-

tercesion de san Francisco de Asís, cuyo nombre le pusieron; y habiendo advertido que el niño tenía en un ojo una nube que le embañaba la vista, hicieron una promesa al Señor de vestirle por un año el hábito del mismo san Francisco, y que durante este tiempo se criase en uno de sus conventos, y luego se le desvaneció la nube.

Quiso la piadosa madre criar por sí misma á su hijo, y cuidar de su virtuosa educacion. Dejóla poco qué hacer la divina gracia, porque el niño Francisco habia nacido tan naturalmente inclinado á la virtud, que todos sus entretenimientos eran hacer oracion, y estarse en las iglesias. Anticipóse la devocion á la razon; comenzando desde su mas tierna infancia aquella penitente vida, que continuó hasta la muerte.

No contribuyeron poco á fomentar su devocion los buenos ejemplos que observaba dentro de su casa. Sus virtuosos padres, contentos con un hijo y con una hija, que los habia dado el cielo, vivieron en adelante como hermano y hermana, atendiendo únicamente al cuidado de su salvacion y á la crianza de su corta familia. Era Francisco todo su consuelo; pero fué preciso privarse de él por cumplir la promesa que habian hecho. Luego que cumplió trece años, le entregaron á los religiosos de san Francisco en el convento de san Marcos, á una legua de la ciudad de Paula.

Desde luego observaron los frailes en el niño Francisco una gran prudencia en toda su conducta, un entendimiento juicioso y maduro, una docilidad, un rendimiento que no tenia semejante; y añadiéndose á todo esto una devocion, que asombraba á los mas fervorosos, no solo era el objeto de sus cariños, sino la admiracion de todo el convento. Hicieron quanto pudieron para no perder aquel tesoro; pero eran diferentes los designios de la divina Providencia. Habiendo cumplido Francisco el voto de sus padres, les pidió licencia para ir en peregrinacion á Asís, á nuestra Señora de los Angeles, y á Roma. De vuelta visitó los monasterios mas célebres que encontró en el camino; y llegado á Paula, suplicó á sus padres le permitiesen retirarse á cierto sitio solitario, que estaba en una heredad suya distante quinientos pasos de la ciudad. Condescendieron con sus fervorosos deseos, aunque no tenia mas que calorze años, bien persuadidos á que era el espíritu de Dios el que le llamaba al desierto.

Pero su misma fama turbó presto su amada soledad. Concurrían tropas de ciudadanos de Paula á ver aquel nuevo Juan Bautista en el desierto; esto le obligó á retirarse á otro mas desviado, y como á enterrarse vivo en una gruta, que él mismo abrió en una roca sobre la orilla del mar. Allí resució en su persona el tierno anacoreta la abstinencia, los rigores y el fervor de los mas antiguos, y aun se adelantó á las penitencias de muchos.

Su cama era el duro suelo de la misma roca; su comida, yerbas y raíces que arrancaba de un vecino bosque; su bebida, el agua que iba á buscar á un arroyuelo bien distante de su gruta; el vestido, vil y grosero, con un áspero cilicio á raiz de sus delicadas carnes; su ocupacion; leer libros espirituales, contemplar y orar continuamente. Esto es cuanto se ha podido saber de aquella vida escondida, que duró hasta que la Providencia le envió algunos discipulos que fuesen imitadores y testigos de sus virtudes.

No pudo resistirse á los instantes y aun importunos ruegos de algunos fervorosos mancebos, que movidos de su ejemplo, le suplicaron los admitiese por discipulos suyos, y los permitiese vivir en su compañía. Cedió el Santo á sus instancias, y en el año de 1435 permitió se fabricasen tres celdillas, y se erigiese una pequeña capilla, adonde un clérigo de una parroquia vecina venia regularmente á decirles misa y administrarles los sacramentos, juntándose en ella todos á cantar alabanzas á Dios. Esta fue como la cuna de aquella ilustre religion, que con el tiempo fue hermosa porcion del rebaño de Jesucristo, y bello ornamento de su Iglesia; de aquella, que singularizándose entre las demas religiones por su especial cuarto voto de abstinencia, confunde la delicadeza de tan libios cristianos, que pretenden tener legitimos motivos para dispensarse en el ayuno y manjares propios de la cuaresma. De aquella en fin, que fecunda de hombres insignes, y dilatada por todas las cuatro partes del mundo aun en vida de su fundador, conserva hoy, despues de trescientos años, el fervor del primitivo instituto, y realza su ejemplar humilde nombre con el relieve de sus virtudes.

No tenia á la sazón nuestro Santo mas que diez y nueve años; pero su eminente santidad, y las maravillas que el Señor obraba por él, aumentaron tanto el número de sus discipulos que se vió precisado á pensar en edificar un monasterio, que fuese capaz de alojarlos á todos. Quiso poner la primera piedra Pirro, arzobispo de Cosenza; pero como la humildad de nuestro Santo hubiese tomado muy estrechas las medidas, se apareció de repente un fraile Francisco no conocido, y aconsejándole hiciese un convento mas capaz y de estension proporcionada, él mismo formó el plan, le dejó las dimensiones, y desapareció: lo que hizo creer piadosamente al papa Leon X. que el religioso que se habia aparecido habia sido el mismo san Francisco de Asís.

No se puede ponderar el ardor y la fervorosa apresurada ánsia con que los pueblos del contorno concurrían á porfia á adelantar la obra del monasterio. Venían á trabajar tropas enteras de oficiales por su propia devocion, sin ser gravosos á Francisco, ni al convento. Los jóvenes de la primera distincion, y aun las mismas señoras y damas principales, llevaban sobre sus delicadas espaldas las espuertas y el rípió

para el cimiento, que servian á los albañiles, y después los pagaban ellas y ellos los jornales, siendo muy pocos los que no quisiesen tomar parte en este maravilloso edificio; pero lo que mas le adelantó fueron los milagros que obró el Señor por intercesion de nuestro Santo.

Uno de los testigos en el proceso de Cosenza para su canonizacion, depone, que habiéndose hecho llevar al Santo por un vehemente dolor que sintió en un muslo, cuya violencia no solamente le impedia el andar, sino que no le permitia tenerse en pie; Francisco, después de haberle asegurado que aquel dolor era castigo del cielo por el poco respeto que había tenido á su madre, le mandó que él solo llevase á la obra un andamio de tan enorme peso, que muchos hombres apenas le podian mover. No pudo contener la risa el enfermo al oír semejante proposicion; pero el Santo le dijo: *Por caridad haced lo que os mando, que bien podeis.* Obedeció sin réplica, cargó sin dificultad con toda aquella máquina, llevóla á la obra, y quedó del todo sano.

Vinieron á decir á Francisco que un horno de cal se había abierto por diferentes partes con la violencia del fuego, y estaba próxima á arruinarse. Corre al horno, entra en él intrépidamente, anda entre las llamas cerrando las rendijas, remédialo todo, y sesale con grande serenidad sin la mas leve lesion.

Parece que poseia el don universal de milagros. Desprendido del monte un corpulento peñasco, venia á desgajarse sobre el edificio, y á sepullarle entre sus ruinas. Levanta Francisco las manos al cielo, y se suspende el peñasco en lo mas pendiente de la escarpada montafia. Falta agua á los que trabajaban en la obra; hace oracion, y brota una copiosa fuente, que jamás se ha secado. Concluido en fin el portentoso edificio á fuerza de milagros, estableció en él la disciplina regular sin alfojar en el primitivo rigor de penitencia que había entablado en la primera ermita. Y aunque no quiso obligar á sus religiosos á una vida tan austera como la que él hacia, pues había mucho tiempo que se mantenía con solas legumbres, prohibiéndose aun el uso del pescado, mandó que por cuarto voto se obligasen todos á una perpétua abstinencia de carne y de lacticios.

No dudando el arzobispo de Cosenza que era obra de Dios el nuevo instituto, permitió á Francisco que fundase conventos en toda la estension de su diócesis. Los obispos circunvecinos le dieron el mismo permiso, y en poco tiempo vió el Santo establecidos sus hijos en Paula, Paterno, Specia y Corigliano.

Deseosos los sicilianos de entrar á la parte en la dicha de los calabreses, pidieron á Francisco enviase á su isla algunos religiosos. Fue el mismo Santo en persona con otros hijos suyos; y como el patron de un navio no quisiera admitirlos, tendió su pobre manto sobre las ondas, y en aquel nuevo género de embarcacion pasó con sus compañeros

todo el famoso estrecho de Sicilia, siendo cada paso un prodigio; y haciendo en aquella isla muchas fundaciones.

Parece que Francisco tenia la llave de todos los corazones para registrar hasta los pensamientos mas secretos; que estaba á un mismo tiempo en todos los lugares del mundo para ser testigo ocular de los sucesos mas distantes; y que todo el tiempo futuro era para él presente ó pasado, para pronosticar lo que estaba por venir con las circunstancias mas menudas como si lo hubiera visto, ó lo estuviera viendo con sus mismos ojos.

Profetizó la toma de Constantinopla, y mandó en nombre de Dios al rey de Nápoles que atacase á los turcos y los echase de Calabria, no obstante la gran desigualdad de sus fuerzas; pero verificó la profecía una completa victoria. Pronosticó al rey de España que expeleria á los moros de sus estados, y que á sus mismos ojos recobraría el reino de Granada. Movida la hermana del Santo de un amor desordenado, estorbó á un hijo suyo que entrase en la religion de su tio; muere el muchacho dentro de pocos dias, tráele á enterrar á la iglesia del convento, cántale el oficio de Difuntos, y cuando iban á meterle en la sepultura, ordenó el Santo que llevasen el cadáver á su celda. Hizo oracion, y resucitóle. La pobre madre llena de dolor vino el dia siguiente al convento á consolarse con su santo hermano; confesó que era justo castigo del cielo, y que si no hubiera estorbado á su hijo que fuese religioso, sin duda viviria. *Y bien*: la dijo el Santo; *¿darias ahora tu consentimiento?* *¡Ah, hermano mio,* respondió la afligida madre, *y cómo que le daria; pero ya viene tarde!* Pues aguarda un poco, la replicó Francisco; súbese á la celda, dá el hábito al sobrino, baja con él, y presentásele á la madre. Este fue el célebre padre Fr. Nicolás de Alosó, que acompañó á su tio en el viaje de Francia, donde murió con gran fama de santidad.

A vista de tantas maravillas no hay que admirar hubiese hecho en todas partes tan portentosas conversiones. ¿Quién se habia de resistir á un profeta tan poderoso en obras y en palabras?

Informado el papa Sixto IV. de los prodigios que obraba aquel hombre extraordinario, y de los progresos que hacia su instituto en Sicilia y en Calabria, quiso verle; y examinada su regla, la aprobó solemnemente por una bula expedida en 25 de mayo de 1474, nombrando á Francisco por General de toda la orden.

No es posible comprender cómo un hombre solo podia atender á tantos negocios, y á tanta multitud de diferentes acciones, capaces de cansar las fuerzas de muchos y muy robustos. Consultado de todas partes como oráculo del mundo cristiano, á todos responde. Siendo él solo como el alma y el espíritu de su buena religion, prodigiosamente multiplicada, dispone y arregla todos sus concertados movimientos. Buscado de gran-

des y de pequeños para alivio en sus dolencias, y para consuelo en sus aflicciones, á todos atiende, á todos socorre, á todos consuela. Pero en medio de esta continuacion trabajosa de fatigas, pasa las noches en oracion, sin mas cama que una tabla, y una piedra dura por cabecera. Su vida es un perpétuo ayuno: despedaza su inocente cuerpo con sangrientas disciplinas, sirviéndole de instrumento cadenas de duro hierro; su vestido es un cilicio encubierto, ó una túnica de cerdas, que disimulaba la mortificacion sin servir para el abrigo. Su corazon estaba tan abrasado en el amor de Jesucristo, que le bastaba poner los ojos en un crucifijo, ó levantarlos al cielo, para salir fuera de sí arrebatado y extático; y su devocion á la santísima Virgen era tan fervorosa y tan tierna, que solo con oír el dulce nombre de Maria, eran sus ojos dos copiosas fuentes de lágrimas amorosas.

No era fácil estuviere defendida de la persecucion aquella santidad tan eminente. Un célebre predicador, mas aplaudido que discreto, mal informado de su divino instituto, declamó públicamente contra él; pero apenas le habló dos palabras nuestro Santo, cuando le convirtió en uno de sus mayores panegiristas, y fue despues insigne protector de toda su religion.

Fernando I, rey de Nápoles, y sus dos hijos el duque de Calabria y el cardenal de Aragon, dejándose impresionar con demasiada facilidad de los que miraban con desafecto á Francisco, dieron orden de prenderle. El capitán á quien se encargó la comision, fue á ejecutarla; pero apenas se puso en presencia del Santo, y fue testigo de los milagros que obraba, cuando se arrojó á sus pies, y rogándole que pidiese á Dios por él y por aquellos engañados príncipes, volvió á ellos; é informándolos de lo que era verdaderamente el portentoso Paula, hizo que de allí adelante le mirase la corte con ojos muy diferentes.

Estendióse fuera de Italia la fama de su santidad y de sus milagros, y pasando de la otra parte de los Alpes, llegó á la corte de Francia. Hallábase á la sazón el rey Cristianísimo Luis XI, gravemente enfermo en el palacio de Plesis, cerca de Tours; y habiendo experimentado inútiles todos los remedios naturales, acudió por último recurso al Taumaturgo ermitaño de Calabria. Fue menester mas de un breve pontificio para vencer la humilde resistencia del Santo á venir á la corte; pero al fin, obligado de la obediencia al vicario de Jesucristo, se puso en camino, y su viaje fue un itinerario de maravillas; siendo acaso la mayor y la mas admirable de todas su inalterable humildad en medio de tantas honras.

No pudieran hacerse mayores á un legadò de la santa Sede, que las que recibió en la corte del rey de Nápoles. Con todo eso habló á aquel príncipe con libertad de profeta, y le hizo derramar lágrimas de arrepentimiento por muchas cosas que habia hecho. El papa Sixto IV. le re-

cibió en Roma como un ángel del cielo; consultóle gravísimos negocios de la cristiandad, y le hizo la honra de mandarle que se sentase junto á su persona. Quiso conferirle los sagrados órdenes, pero en este punto se mostró inflexible su profunda humildad. De todas las amplias facultades con que le brindó su Santidad, solo aceptó la de poder bendecir velas y rosarios. Resistiéndose el pontífice á confirmar el cuarto voto de perpétua abstinencia que hacían los religiosos de su orden; cogió el Santo la mano al cardenal Julian de la Rovere, que se hallaba presente, y veinte y dos años despues ascendió al pontificado, tomando el nombre de Julio II, y dijo al Papa: *Santisimo Padre, este hará lo que V. Santidad no quiere hacer*: como con efecto sucedió.

Al acercarse á los pueblos, salían todos en tropas ó procesionalmente á recibirle, y pocos lograban de su presencia, que no fuesen testigos de algun milagro. Cuando entró en Vormes, sobre la costa de la Provenza, halló la ciudad casi desolada con una cruel pestilencia; pero no solo quedaron sanos todos los que estaban tocados de la peste, sino que despues acá parece que el contagio ha respetado á aquella ciudad por los méritos del Santo.

Fue recibido en Francia como un hombre enviado de Dios. El Delfin, que fue despues Carlos VIII, salió hasta Amboisa á recibirle. Llegando al palacio de Plesis, el Rey con toda la corte le salió al encuentro; le hizo tantos honores, dice Comines, y le trató con tanto respeto como si fuera el mismo papa. Echóse á sus pies, y le pidió de rodillas alcanzase de Dios que le alargase la vida. Pero el Santo le respondió como prudente, y como profeta: *Señor, la vida de los reyes tiene sus límites como la de los demas hombres; V. M. me ha hecho venir para que le alcancemos de Dios vida mas larga, y el Señor me trae para disponer á V. M. á una santa muerte*. El Rey, á quien hasta entonces el pensamiento solo de la muerte asustaba y aun estremecía, oyó la fatal sentencia con admirable rendimiento á los decretos del cielo. Mandó que alojasen al Siervo de Dios en un cuarto dentro de palacio, para poder hablarle con mas comodidad y con mayor frecuencia: cada día pasaba con él dos ó tres horas, y cuanto mas le trataba, mas convencido quedaba de su extraordinaria santidad; y resignado en fin perfectamente en las disposiciones del Señor, murió en sus manos con demostraciones muy cristianas, despues de haberle encomendado á sus tres hijos, y pedidole el sufragio de sus oraciones por el descanso de su alma.

Carlos VIII aun hizo mas singulares honras á nuestro Santo, que las que les habia hecho su padre. Nada hacia sin su consejo, no solo de las cosas tocantes á su conciencia, pero aun de los negocios pertenecientes al estado; tan cierto es que la virtud es respetable aun de los mayores monarcas. Quiso que fuese padrino de su hijo el Delfin, sacándole de pila, y que le pusiese el nombre que gustase. Fundó un hermoso con-

vento de su orden en el parque de Plessis, otro en Amboisa en el mismo lugar adonde habia salido á recibir al Santo cuando vino á Francia; y hallándose en Roma este Príncipe el año de 1453, fundó en aquella corte el tercer convento de la misma orden, con la advocacion de la santísima Trinidad, queriendo que los religiosos que viviesen en él, fuesen siempre de la nacion francesa. Mostróse el Santo por toda su vida sumamente agradecido á la bondad del Rey y á sus grandes beneficios; y le alcanzó de Dios con sus oraciones dos insignes victorias, una en la batalla de san Aubin, y otra en la famosa jornada de Fournoie. A San Francisco de Paula debe en parte la corona de Francia el ducado de Bretaña, por el matrimonio del Rey Carlos con Ana, heredera de aquel opulento estado; en cuya negociacion se empleó el Santo con feliz suceso. Luis XII, sucesor de Carlos VIII, aún quiso exceder á sus predecesores en las demostraciones de amor y de beneficencia á nuestro Santo, de que le dió pruebas ilustres y gloriosas.

Pero lo mas asombroso en la vida de este hombre extraordinario, fue la inalterable uniformidad de su maravillosa conducta; tan pobre, tan humilde, tan mortificado, tan recojido en medio de la corte del papa y de los reyes, como en la soledad de su primera ermita.

Durante su residencia en el convento de Plessis, acabó de retocar y dar la última mano á las tres reglas que compuso para religiosos, para religiosas, y para la Tercera orden; teniendo el consuelo de verlas primeramente aprobadas por el papa Alejandro VI, y después solemnemente confirmadas el año de 1506 por Julio II, como el Santo lo habia profetizado. Pero el humilde y santo fundador estuvo tan lejos de dar su nombre á la orden, que quiso absolutamente que sus hijos se llamasen como él: *Los humildes* de todos; nombre que en nuestra santa religion los da mas honra, y los llena de mas ilustre esplendor, que los mas magníficos dictados. Y como la caridad, que tenia frecuentemente en la boca, y continuamente en el corazon, fue el móvil de todas sus acciones, quiso que fuese tambien en parte el carácter de sus hijos: de suerte, que de las dos virtudes mas queridas de nuestro Santo, la humildad cristiana y la caridad, la primera dió el distintivo á la orden, y la segunda la sirvió de simbolo ó de empresa, segun las altas disposiciones del cielo.

Llegó en fin el año de 1507, en que aquel hombre portentoso, tan universalmente venerado, y tan profundamente humilde; aquel Profeta, aquel nuevo Taumatúrgo que renovó en su tiempo los mayores prodigios de los pasados siglos; aquel gran santo, cuyas asombrosas virtudes fueron otros tantos milagros, despues de haber visto estendida su Religion en Italia por la benevolencia y estimacion de los sumos pontífices; en Francia por el amor, la liberalidad y el agradecimiento de los reyes cristianísimos; en España por el zelo del Rey Don Fernando el Católico,

y en Alemania por la cariñosa veneracion que le profesaba el emperador Maximiliano I, siendo como el oráculo universal del Orbe Cristiano y la admiracion de los pueblos, colmado de merecimientos, con una enfermedad de pocos dias que para él fue una continua oracion; habiendo juntado á sus religiosos, y encomendádoles mucho el amor de Dios, la caridad y union entre sí, la fidelidad á la santa Regla, y especialmente al cuarto voto de perpétua abstinencia, se hizo llevar á la Iglesia el Jueves Santo, habiendose confesado y recibido el Viático, los pies descalzos y con un dogal al cuello; mandó que le restituyesen á su celda, en la cual el dia siguiente dos de Abril rindió dulcemente su alma al Criador, siendo de edad de 91 años; prodigiosa duracion de vida, que puede reputarse por nuevo milagro en un cuerpo tan estenuado con los trabajos y con la penitencia.

Fue conducido el cadaver del Santo á la iglesia del convento, donde estuvo expuesto tres dias sin poder darle sepultura hasta la tarde del lunes siguiente por el inmenso concurso que acudió á venerarle. Enterráronle en fin; pero el jueves de aquella misma semana, la duquesa de Borbon, hija de Luis XI, y la condesa de Angulema madre de Francisco I, le hicieron sacar de la sepultura, y le condujeron á una bóveda de cantería ricamente adornada, que habian mandado labrar debajo de su magnífica capilla. Allí estuvo el santo cuerpo expuesto por muchos dias tan entero, tan fresco y tan flexible como si estuviera vivo; y allí fué donde un célebre pintor, sacando primero una mascarilla de su rostro, hizo aquel retrato tan parecido, que se conserva hasta el dia de hoy en el Vaticano.

Desde luego comenzaron los fieles á experimentar los efectos de su poderosa intercesion en la multitud portentosa de milagros. Los pedazos de su hábito, y todas las pobres alhajuelas que habian servido al Santo, fueron instrumentos de innumerables maravillas. Toda la Europa, pero especialmente la Francia y la Italia, comenzaron desde luego á solicitar con las mas vivas instancias su canonizacion. Julio II, dió principio á las informaciones. Leon X le beatificó el dia 7 de Julio de 1513, y finalmente, el dia 1 de Mayo de 1519 fué canonizado con extraordinaria solemnidad.

El año 1562 los Hugonotes asolaron la provincia á sangre y fuego, y como principalmente empleaban su sacrilega rabia en las reliquias de los santos, que con diabólico furor reducian á cenizas, entraron como desatadas furias en la Iglesia del convento de Plesis; abren el sepulcro del Santo, encuentran el precioso cadaver entero y sin lesion vestido de su hábito, échanle una soga al cuello; arrástranle impiamente por la iglesia y por el convento hasta llevarle á una pieza que servia de hospederia, allí encienden una hoguera, arrojanle en ella con algazara, y para cebo de la llama echaron una gran cruz de un

crucifijo muy corpulento, que á este fin habian desencavado. Habia el santo profetizado esta horrible impiedad de los hugonotes, señalando hasta el año en que habia de suceder, como algunos meses antes que sucediese se lo declaró al padre visitador José de Teller, un religioso de la órden, que habia recibido el hábito de mano del mismo san Francisco. Pero no quiso Dios privar enteramente á los fieles de tan precioso tesoro; consumió el fuego la carne, mas la mayor parte de sus huesos fue preservada por los católicos zelosos, que se mezclaron disimuladamente entre los herejes, y distribuyeron despues en diferentes iglesias aquellas inestimables reliquias. Al convento de Plesis, y á la iglesia de *nuestra Señora la Rica*, que es parroquia de Tours, tocó una porción de ellas; las demás se conservan con singular veneracion en las iglesias de los Mínimos de Nigeon de la plaza real de Paris, de Aix en la Provenza, de Nápoles de Génova, de Madrid, de Barcelona y de Paula, donde se guarda hasta el dia de hoy como preciosísima reliquia el pobre, viejo y raído hábito que dejó allí el Santo cuando pasó á Francia, por el cual cada día obra el Señor portentosas maravillas.

**La misa es en honra del mismo Santo, y la oracion la que sigue.**

*Deus, humilium celsitudo, qui beatum Franciscum confessorem, sanctorum tuorum gloria sublimasti: tribus, quæsumus, ut ejus meritis et imitatione, promissa humilibus præmia feliciter consequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...*

O Dios, que eres la exaltacion de los humildes, y que elevaste á tu confesor el bienaventurado Francisco á un sublime grado en la gloria de los santos; pedimoste nos concedas que por sus merecimientos e imitacion, consigamos felizmente los premios, que estan prometidos á los humildes. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epístola es del cap. 3 de san Pablo á los Filipenses.**

*Frates: Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei: propter quem omnia detrahen-*

Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida, por amor de Cristo. Antes bien juzgo que todas las cosas son perdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor

*tum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam, et inveniar in illo, non habens meam justitiam, quæ ex lege est, sed illam, quæ ex fide est Christi Jesu: quæ ex Deo est justitia in fide ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius: configuratus morti ejus: si quomodo occurram ad resurrectionem, quæ est ex mortuis: non quod jam acceperim, aut jam perfectus sim: sequor autem si quomodo comprehendam, in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.*

he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiércol, para ganar à Cristo, y ser hallado en él, no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe, para conocer à Jesucristo y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando en mí la imágen de su muerte, á fin de llegar de cualquier modo que sea à la resurreccion de los muertos. No porque ya lo haya conseguido, ó sea ya perfecto; sino que camino para llegar de algun modo adonde me ha destinado Jesucristo, cuando me tomó para sí.

## NOTA.

«El asunto de esta carta en rigor no es mas que dar gracias el Apóstol á los Filipenses, pueblos de Macedonia, por la liberalidad y caridad que habian usado con él; pero á vuelta de esto, no deja de darles en toda ella consejos muy saludables, y lecciones edificativas de la mas elevada santidad y perfecta desasimiento. Escribióse esta epístola en Roma, hacia el año del Señor de 61.»

## REFLEXIONES.

Las que hasta aquí tenia por felicidades, ya comienzo à mirarlas como desgracias por amor de Jesucristo: *Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta.* Solo por una pura ilusion, solo por error podemos juzgar dignos de nuestra estimacion los bienes criados; el capricho del entendimiento humano, la extravagancia de nuestro gusto, una ciega preocupacion puede únicamente darlos algun precio. La medida de su justo valor es la opinion, y ésta crece ó mengua con la pasion. Las tierras, las posesiones, los empleos, que son el objeto de nuestra ambicion, podemos decir que no los gozamos mas que por via de empréstito; somos à lo sumo unos meros arrendatarios ó administradores, que dentro de pocos dias hemos de dar estrecha cuenta de todo lo que se nos ha entregado. ¿Pero qué virtud tienen los bienes del mundo para hacer

¿ un hombre feliz? Nacen con ellos las espinas. ¿ Qué gran fortuna hay sin grandes inquietudes? Toda replecion es enfermedad; no son los mas tranquilos los empleos mas elevados. Es muy raro el mandar dulce, que presto no se convierta en cólera. Desengañémonos, que la tierra en que vivimos solo produce frutos amargos, ágricos y silvestres. ¿ Cuando se ha hallado un corazon que se dé por satisfecho aun en medio de la abundancia? ¿ Y qué abundancia se encuentra en este mundo sin amarguras y disgustos? Y con todo, eso es lo que se llama dicha, felicidad, fortuna y objeto de envidia. El hombre material y terrestre, fácilmente se deja deslumbrar de estas falsas brillanteces; pero un entendimiento ilustrado con las luces de la fe, ¿ es posible que ha de tener por gran fortuna esos oropeles, esos fantasmones de felicidad, esos surtideros de cuidados, esos estorbos de nuestra salvacion! ¿ Qué fortuna puede ser, buen Dios, estar expuestos en esas eminencias á tantas tempestades, á tantos furiosos vientos! ¿ qué fortuna no dar paso que no sea un precipicio; caminar por entre espinas, que punzan, que penetran, que despidan; andar oprimidos con cargas que sufocan! ¿ qué fortuna no brillar, no sobresalir sino para estar descubierto á los tiros del enemigo, para que haga mejor la punteria al que se distingue mas entre la mochedumbre! ¿ qué fortuna, en fin, respirar siempre un aire inficionado, vivir mas atolondrado que los otros, porque está mas cerca el ruido; estar expuesto á tentaciones mas violentas, á riesgos mas peligrosos, á naufragio mas seguro! No; no tengamos envidia á los dichosos del siglo, algun dia darán motivo á su llanto esas soñadas é imaginarias felicidades; en la hora de la muerte ellos mismos las calificarán de verdaderas desdichas. ¡ Oh, qué cosa tan triste es comenzar tan tarde á tener juicio, á conocer las cosas como son, y no como parecen! Dichoso aquel que no espera á que la muerte le quite las cataratas de los ojos para percibir distintamente la vanidad, y ninguna sustancia de lo que deslumbra y de lo que encanta. Todo lo que se llama felicidad en el mundo, solo es bueno para servir de victimas á muchos sacrificios. Dichoso el que á imitacion de san Pablo lo deja todo por ganar á Jesucristo.

**El evangelio es del capítulo 12 de san Lucas.**

*In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia conplacuit patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis: et date eleemosynam. Facite vobis sac-*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que tenéis, y dad limosna. Hacéos bolsillos que no envejecen,

*culos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in caelis: quo fur non appropriat, neque lima corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.*

un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladrón, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

## MEDITACION.

### *De la humildad cristiana.*

PUNTO PRIMER.—Considera que la humildad cristiana es la virtud de las almas grandes, de los genios sublimes, de los entendimientos de primera clase, iluminados con las mas vivas luces de la fe. Es grande error confundir esta noble virtud con la pusilanimidad de las almas apocadas. No es la humildad cristiana aquella oscura y cobarde ociosidad de un corazón insulso, de una razón medio apagada: es un conocimiento vivo, una persuasión efectiva y práctica de su propia miseria y de su nada, que inspira dictámenes y resoluciones correspondientes á esta clara luz, que dicta un verdadero desprecio de si mismo, una respetuosa y tierna confianza en el Señor.

No hay cosa mas razonable, no hay cosa mas noble que este bajo concepto de si propio; porque no la hay mas verdadera. Es menester entendimiento para conocer y confesar que un hombre está lleno de defectos, y falto de todo mérito. Los entendimientos limitados y vulgares solamente admiran lo que tienen dentro de sí, como aquellos infelices groseros aldeanos que nunca vieron mas que lo que hay en sus aldeas. Mas cuando la gracia, por decirlo así, cultiva y perfecciona aquel corazón y aquel entendimiento, cuando á favor de las luces sobrenaturales registra uno lo que es, y lo que puede ser; cuando descubre aquel monton de culpas, aquel hondo sin suelo de miserias, aquella propension natural á lo malo, aquella debilidad, aquella flaqueza para todo lo bueno; ¿Cómo puede dejar de mirarse á si mismo con el último desprecio! ¿Cómo puede sufrir que le alaben sin caérsele la cara de vergüenza! ¿no es cordedad, no es falta de entendimiento, no es especie de locura engreirnos de que nos tengan por lo que no somos, y sentir que nos conozcan por lo que valemos? ¿y no es este el verdadero carácter del orgullo? La humildad, por el contrario, gusta mucho de que nadie se engañe á nuestra cuenta, ¿qué cosa mas puesta en razón? El que desea ser estimado, en ese mismo deseo acredita lo poco que lo merece: ¿qué mayor injusticia que exigir del público un tributo que no se nos debe?

*Quid habes, quod non accepisti?* dice el Apóstol (1. Corinth. 4),

¿Qué tienes que no lo hayas recibido? y si lo recibiste, ¿de qué te glorias como si fuera cosecha tuya? ¿será por ventura menester dar tormento á nuestra razon, para descubrir dentro de nosotros mil motivos para humillarnos? Errores en el entendimiento, pasiones en el corazón, enfermedades en el cuerpo, desvarios en la imaginacion; todo es pobreza, todo es humillacion en el hombre; hasta las prendas mas brillantes que goza están cercadas de sombras. No: no es menester abrir las sepulturas para convencerse cualquiera de que el monarca mas poderoso, y el vasallo mas infeliz, todos son polvo y ceniza: *Quid superbit terra et cinis?* (Ecc. 10). ¿De qué se ensoberbecerá la ceniza? ¿de qué se engrairá el polvo? Ciertamente nada nos debe humillar tanto, como nuestro mismo orgullo. ¡Y será posible, Señor, que todavía me cueste trabajo ser humilde, y serlo á vista de un Dios tan humillado para curar la hinchazon de mi orgullo!

Punto segundo.—Considera que fuera de los motivos que tenemos para humillarnos, debiéramos ser humildes, aunque no fuera mas que por lo mucho que se gana en el ejercicio de ésta importante virtud.

Ninguna hay sin humildad; y todas cuestan poco á una alma verdaderamente humilde. Comunicase á esta, dice el apóstol Santiago, (Jacob. 4.), con abundancia la gracia. Y añade el Sabio: *Finit modestia, honor Domini, divitiæ, et gloria, et vita* (Prov. 22). El que es humilde, teme á Dios; crece en mérito y en gloria; y cuanto mas profundo es el cimiento de la humildad, mas elevado es el edificio de la perfeccion: *Humiles spiritu salvabit* (Psalm. 55). La humildad cristiana es prenda de la salvacion. ¿En quién pondré yo mis benignos ojos, dice Dios por el Profeta? ¿á quién franquearé los tesoros de mi misericordia, sino á un corazón humilde y contrito? *Ad quem respiciam nisi ad pauperulum, et contritum?* (Isat. 66.)

Bien se puede decir que la humildad desarca la cólera de Dios, que le gana el corazón, y le empeña, por decirlo así, en hacer las mayores maravillas: *Quia respexit humilitatem ancilla sua*. La gracia de haber sido elevada á la suprema dignidad de Madre de Dios, no la atribuyó la santísima Virgen ni á su virginidad, ni á su fervor, ni á todas las demás virtudes que poseía en grado tan eminente, sino precisamente á su humildad: *Quia respexit humilitatem*. Seamos humildes, no salgamos jamás de nuestra nada, y aquel gran Dios, que crió de esta misma nada á todo el Universo, se valdrá de nosotros para obrar mil maravillas.

Mira á los apóstoles; pon los ojos en los mayores santos; todos fueron á cual mas humildes. ¡Qué prodigios no obró el portentoso Pauló entre los grandes y los pequeños! Fue sin duda el milagro de

su siglo; ¿pero había en el mundo hombre mas humilde? ¿Cuándo ha de llegar el tiempo de que tantos y tan visibles ejemplos, tantos y tan poderosos motivos, tantas y tan urgentes razones nos ábran finalmente los ojos, sean eficaz medicina á nuestro orgullo, y nos hagan tomar gusto á la humildad!

¡Puedo, Señor, veros á vos tan humilde hasta la muerte, y muerte de cruz; puedo verme á mí mismo tan inclinado de orgullo y de vanidad, y que esto mismo no me sirva para ser humilde! ¡Ah! que bien y fácilmente puedo serlo; mis máximas, mis operaciones, toda mi conducta está gritando lo que soy; pero todo lo espero de vuestra misericordia infinita. Mandáisme que aprenda de vos á ser humilde de corazón; haced que verdaderamente lo sea; con todo el corazón os lo pido: con toda el alma lo deseo.

### JACULATORIAS.

*Loquar ad Dominum meum, cum cinis pulvis et cinis?* Genes. 18.

¿Tendré aliento para hablar á mi Dios, á mi Señor, yo que no soy mas que ceniza y polvo?

*Ego sum pauper et dolens: salus tua, Deus, suscepit me.* Salm. 68  
Pobre soy, enfermo soy; tened misericordia de mí, y sed, Señor, mi salud.

### PROPOSITOS.

La humildad sin la humillacion ordinariamente no es mas que aquel especulativo conocimiento que se tiene del mérito y de la importancia de esta virtud; pero no siempre es la virtud misma. Ninguno es humilde precisamente porque conozca los motivos que tiene para serlo. Las virtudes morales son prácticas. La prueba mas segura, la menos equívoca de la humildad es el deseo de la humillacion. Si esta importantísima virtud consistiera solo en palabras, los cumplimientos menos sinceros acreditarían de humildes á muchos, que se alimentan de orgullo y de vanidad. ¡Cosa extraña! Está uno atestado de nulidades hasta los ojos, tan de bulto, que los mas ciegos las palpan, y no puede tolerar que otros las perciban. Si alguno se las nota, si se las significa, ¡qué odio, qué mortal aversion! Condena él mismo en otros estos propios defectos, y pretende que los demás los disimulen en él, porque son suyos. Corrige desde luego un vicio tan comun y tan injusto. Si no tienes virtud para amar la humillacion, ten á lo menos humildad para sufrirla con paciencia; no te disculpes en aquellas ocasiones en que es maltratado el amor propio, y dispo-

ne Dios que te ajen la vanidad. Puede ser que te alegres de haber callado; no echés á perder con una especie de silencio seco y desahogado, con una palabrilla picante, con cierta indignacion mal disimulada, que sale demasíadamente hácia fuera, no echés á perder el mérito de esta corta humillacion, que es admirable remedio contra las inflamaciones del corazon.

2 No siempre nace del genio ni del mal humor, la demasiada delicadeza y el poco sufrimiento de los amos; un secreto orgullo, una soberbia no muy encubierta, suele ser frecuentemente el verdadero principio de tantas prontitudes, de tantas vivezas impacientes. No pueden llevar en paciencia una palabra menos respetuosa, alborotan la casa al mas leve descuido de un criado; dales en rostro la lentitud espaciosa de la familia; si alguno se muestra menos pronto, menos obediente á sus órdenes, se pone de mal humor. Llama con el nombre que quisieres á esas impaciencias, á esos enfados; cúbrelos con la capa que te pareciere; lo cierto es que serias mas sufrido, si fueras menos orgulloso. Comienza desde este mismo punto á poner en práctica las reglas siguientes. Primera: Escusa con caridad las faltas de otros, y no permittas que tu familia haga conversacion de ellas. Segunda: Cuando te faltaren en alguna cosa que toque inmediatamente á tu persona, como en ciertas atenciones, en ciertos honores, en cierta distincion que té se debe; cuando se hayan olvidado de prestarte ciertos obsequios ó servicios, no pierdas el mérito de estas humillaciones. La poca memoria de unos criados; la groseria ó la mala crianza de otros; la poca maña y la ninguna habilidad de aquellos; la malignidad, el perverso corazon de algunos falsos amigos, te ofrecerán mil ocasiones cada dia de hacer al Señor estos pequeños sacrificios. Tercera: Dite muchas veces á ti mismo lo que se decia san Bernardo: *Adorb á un Dios humillado por mí hasta la muerte, y muerte de cruz; ¡y yo no he de ser humilde!*



### DIA III.

#### **Santa María Egipciaca, la penitente.**

**E**L año 421, imperando Teodosio el menor, sucedió la preciosa muerte de santa María Egipciaca, cuya penitencia y demás admirables virtudes quiso el Señor descubrir al mundo por medio de san Zósimo, como en otro tiempo se valió de san Antonio para manifestar á los fieles la asombrosa penitencia y demás virtudes de san Pablo.

Vivia en un monasterio de la Palestina cierto famoso solitario llamado Zósimo, que criado desde su infancia en los ejercicios de la vida religiosa, y conservando siempre el primer candor de la inocencia, había arribado á una eminente virtud. Merecióse tan elevado y tan general concepto por la pureza de sus costumbres, por su fervor en los penosos ejercicios de la penitencia, por su amor al retiro, por su continua aplicación á la oracion, por su devocion fervorosa y tierna, y por las celestiales luces que el señor le comunicaba, que el obispo diocesano le ordenó de sacerdote.

Habia cincuenta y tres años que vivia Zósimo entregado á los ejercicios de la vida solitaria, cuando le asaltó cierto pensamiento, acompañado de no sé qué secreta complacencia, ofreciéndosele á la imaginacion, que habiéndose retirado al monasterio desde su niñez, acaso no habria otro en todos aquellos desiertos que estuviese tan adelantado como él en el camino de la perfeccion.

Inquieto con estos pensamientos, que no le disgustaban del todo, ni hacia las debidas eficaces diligencias para desecharlos, se llegó á él cierto monge forastero, que noticioso de lo que pasaba en su alma, para desengañarle y para que conociese la ilusion del enemigo, le dijo, que pidiese licencia á su abad para acompañarle á otro monasterio no distante del suyo, pero poco conocido, donde encontraría grandes y poderosos remedios contra la dolencia de su orgullo, á vista de las extraordinarias virtudes que practicaban los muchos monges que vivían en él.

Consintió Zósimo, y admitido en aquel monasterio, á pocos dias conoció su miseria, y estuvo muy lejos de tenerse por perfecto cuando vió la sublime perfeccion de aquellos asombrosos solitarios. Parecia una comunidad de ángeles mortales, que ocupados únicamente en servir á Dios, se olvidaban aun de las mas ordinarias conveniencias de la vida; su retiro era verdaderamente admirable; su ocupacion continua, la oracion el trabajo de manos, y rezar ó cantar el salterio; y aunque parecia imposible mayor ni mas rigurosa penitencia que la que hacían en el monasterio en el discurso del año, luego que llegaba la cuaresma, se retiraban todos á pasarla en el desierto, en memoria de la que el Hijo de Dios pasó en él, para imitarle en el rigor de su ayuno. Esta ceremonia se practicaba de esta manera: Celebrábase la primera dominica de cuaresma una misa muy solemne, en que comulgaban todos los monges; recibían la bendicion de su abad; despedíanse unos de otros tiernamente, dándose ósculo de paz; abriase la puerta del monasterio; salían todos, y pasando el Jordan, cada uno se retiraba á lo mas profundo y escondido del desierto, hasta el domingo de Ramos, en que todos debían volver al monasterio.

Pasó Zósimo el Jordan con los demás monjes. La ansia que tenía de descubrir en aquella espantosa soledad á algun gran siervo de Dios, le fue empeñando mas y mas, y se internó mucho en ella. Veinte dias había que corría aquellos espaciosísimos desiertos, cuando parándose hácia la hora de medio día á cantar salmos, segun su costumbre, advirtió á alguna distancia una como fantasma, ó sombra de cuerpo humano, que corría aceleradamente. Era una muger que iba huyendo de aquel hombre. Zósimo, que no la conocia, se sobresaltó, tuvo miedo, é hizo la señal de la cruz; pero vuelto un poco en sí, resolvió seguirla. Fue hácia ella con apresurado paso, y cuando se halló á distancia en que á su parecer podia ser oido, levantó la voz, y dijo: *Siervo de Dios, ruégote por aquel Señor á quien sirves, que te detengas, y me aguardes.* Hizolo la muger luego que se metió en una especie de foso ú hoyo, donde de algun modo podia encubrir su desnudez. Cuando el santo Viejo se iba acercando hácia el borde, oyó una voz que le dijo: *Padre Zósimo, echa tu manto á esta pobre pecadora, si quieres que reciba tu bendicion, y pueda hablarte.*

Oyéndose Zósimo nombrar por su nombre, no dudó que aquella persona, á quien Dios se le había revelado, era una alma de grande santidad. Arrojóla su manto, y habiéndose cubierto la Santa, salió del hoyo, y se fue hácia el santo Viejo; éste se puso de rodillas, y la pidió su bendicion; pero la Santa, postrándose á sus pies, le dijo: *¿Te has olvidado, Padre, de que eres sacerdote, y de que á ti te toca darme tu bendicion, y rogar á Dios por la mayor y mas miserable pecadora que ha habido en el mundo?*

Concluida esta pequeña contienda de humildad, y levantándose los dos, rogó Zósimo á la santa le dijese quién era, y cuánto tiempo había que vivía en aquel desierto. *Si haré,* respondió ella, *pero hagamos primero oracion, y despues te responderé.* Volvióse hacia el Oriente, levantó las manos y los ojos al cielo, y pasó algun tiempo en oracion. Oraba también Zósimo, y volviendo casualmente los ojos hácia ella, la vió cercada de luz. Entonces se le ofreció si acaso sería algun espíritu ó alguna fantasma. *Ni uno ni otro soy,* exclamó la Santa, tornándose hácia el santo Viejo: *Soy un poco de polvo y ceniza, que no merecia ver la luz del día; pero aunque vil y miserable, soy cristiana;* y diciendo esto, hizo la señal de la cruz en la frente, en los ojos, en los labios, y sobre el corazon. Despues se sentó, y rogando á Zósimo que se sentase: *Sábeta, Padre,* le dijo, *que aquel buen Pastor, que tiene tanto cuidado de las ovejas descarriadas, como de las que nunca salieron del redil, no te ha enviado aquí sin altos fines; sea su nombre eternamente bendito.*

Yo soy una pobre muger natural de Egipto, que habiendo dejado

la casa de mis padres á los doce años de mi edad por vivir á mi libertad, me fui á Alejandria, donde me entregué á todo género de disoluciones por espacio de diez y siete años. No pecaba por interes, pecaba unicamente por pecar; no pretendiendo mas premio del pecado que el pecado mismo. Creeré que hasta ahora ninguna muger ha perdido en el mundo á tantas almas, y que el infierno no ha suscitado en él cortesana mas perniciosa que yo: Viendo un dia que concurría hácia el mar una gran multitud de gentiles para embarcarse, pregunté adón de iban, y habiéndome informado de que pasaban á Jerusalem á celebrar la fiesta de la Exaltacion de la santa Cruz, me dió gana de seguir á la muchedumbre. Embarquéme, y me estremezco de horror cuando me acuerdo de los abominables escándalos de que llené á todo el navio. Vivi en Jerusalem como había vivido en Alejandria, con el mismo desórden, con la misma disolucion, con la misma desvergüenza.

Llegado el dia de la fiesta, concurrí con los demás á la puerta de la Iglesia para adorar la santa cruz; pero al querer entrar, me detuvo poderosamente una mano invisible. Quéle tan sorprendida, como sobresaltada; hice nuevos esfuerzos, pero todos fueron inútiles; cuanto mas forcejeaba, con tanta mayor fuerza era repelida. Abrí los ojos del alma, y conocí que mis enormes culpas eran las que me hacian indigna de ver y de adorar el sagrado madero, en que Jesucristo obró nuestra redencion. Llena de confusion, y deshaciéndome en lágrimas comencé á mirar con horror mis gravísimos pecados; á la confusion, se siguió inmediatamente el dolor; y toda turbada me senté en un rincon de la plaza, donde enteramente me abandoné al llanto, al arrepentimiento, á los gemidos, á los suspiros mas vehementes, que arrancaba el dolor de lo mas íntimo del pecho. En medio de esta desolacion, levanté casualmente los ojos hácia arriba, y ví en frente de mi una imágen de la santísima Virgen. Acordándome entonces de haber oido decir muchas veces, que Maria era madre de Misericordia y refugio de pecadores: *Madre de misericordia, exclamé, tenedla de esta infeliz y miserable criatura; refugio sois de pecadores; pues siendo yo la mayor de todas cuantas ha habido, parece que tengo algun particular derecho á vuestra especial proteccion. No merezco, Señora que mi Dios derrame sobre mi aquella abundancia de gracia que derrama hoy sobre tantas almas felices como se aprovechan de la sangre de Jesucristo, pero á lo menos no me negueis el consuelo de ver y adorar en este dia el sacrosanto madero, en que mi dulce Redentor obró la salvacion de mi alma. Yo os prometo, Señora, que despues de este favor, que espero de vuestra clemencia, me iré prontamente á un desierto á llorar por todos los dias de mi vida mis enormísimas culpas, y á vivir tan*

*retirada del mundo, que pierda del todo hasta su infeliz memoria.*

Animada entonces de una extraordinaria confianza, me levanto intrépida, parto á la iglesia apresurada, y entro en ella sin resistencia como todos los demás. Allí penetrada toda de un religioso temor, y despedazado de dolor el corazón, me postro ante aquella preciosa prenda de nuestra redencion, y detestando amargamente mis maldades, dejo regado el suelo con mis lágrimas.

Hecha esta diligencia, vuelvo con nuevo aliento al sitio donde estaba la imágen de la santísima Virgen, y puesta de rodillas, la digo con la mayor confianza: *Madre de misericordia, despues de Dios vuestra es la obra de mi conversion; no dejéis imperfecto lo que habeis comenzado; indigna soy de vuestros favores, pero no de vuestra compasion; en vos coloco toda mi esperanza despues de Jesucristo; os prometí dejar el mundo; aquí estoy á cumplir lo que ofrecí; dadme á contentar lo que debo hacer, y sed mi conductora en el camino de la salvacion.*

Apenas acabé de hacer esta oracion, cuando oí distancientemente una voz como á larga distancia, que me decia: *Pasa el Jordan, y hallarás descanso.* No deliberé un punto; y suplicando á la Virgen que fuese mi buena madre, salgo al instante de la ciudad, llevando por toda provision tres solos panes. Llegué hacia el anochecer á la orilla del Jordan, donde hallé una iglesia dedicada á san Juan Bautista; entré en ella, pasé en oracion un poco de tiempo; y despues de comer medio pan de los que levaba, gasté lo restante de la noche en detestar mis maldades, en gemir, y en implorar la misericordia divina. Luego que llegó la mañana, purifiqué mi alma con el sacramento de la Penitencia, recibí la sagrada Eucaristía, y volviendo á encomendarme á la santísima Virgen, á quien debo mi conversion, pasé el Jordan en un baje!, y entré en este dichoso desierto siendo de edad de veinte y nueve años, sin que en cuarenta y siete que ha que estoy en el, haya visto otra persona que á ti.

*¿Pues de qué te has mantenido?* la replicó Zósimo. *El poco pan que traje, repondió la Santa, se acabó presto; despues no he comido mas que yerbas y raíces.*

*¿Y te ha dejado en paz el tentador?* la preguntó el santo Viejo. No quieras, Padre, obligarme, prosiguió la Santa, á que te cuente las espantosas tentaciones, los horribles combates, las terribles pruebas á que me vi expuesta por espacio de diez y siete años; solo con acordarme de ellos me estremezco; todo el infierno junto parecia haberse desatado y conspirado contra mí; mis pasiones, mi corazón, mis potencias, mis sentidos parecian haberse conjurado todos para perderme. Qué no me costó combatir contra los violentos deseos de la intemperancia, vencer el lédio y el disgusto, sufrir el rigor de las

estaciones del año, domar la carne, para borrar las ideas del mundo y de las diversiones profanas! Si no pereci, efecto fue de la misericordia del Señor. Para lidiar con tantos enemigos, no usaba de otras armas que doblar la oracion, aumentar la penitencia, tener cada día mayor confianza en Dios y en la proteccion de la santísima Virgen, á la cual debo la gracia de mi conversion y la de mi perseverancia. En ella encontraba cuanto habia menester: ella me asistió en todos los peligros; ella presentó á su Hijo mis lágrimas y mis gemidos, y ella me ha conducido como por la mano en esta penosa carrera: (*Ex M. S. Græco Reg. christianis, et altero Duc. Bavarie colatis, cap. 2.*) *Auxiliatricem habui, ac penitentiam susceptricem, et usque in hodiernum diem in omnibus mihi adfuit protectrix mea, meque velut ad manum semper deduxit.*

Como vió Zósimo que se valia de algunas palabras y lugares de la sagrada Escritura; la preguntó si los habia leído. Nunca he sabido leer, respondió la santa; pero el Señor lo suple todo, cuando es su santísima voluntad. Diciendo esto, se levantó, y encargándole el secreto mientras ella viviese, le rogó que el año siguiente volviese á verla el día de jueves santo, y la trajese la sagrada Eucaristia para poder comulgar. *Hasta ese día*, añadió con espíritu profético, *no saldrás del monasterio, ni estarás en estado de poder salir; pero ese día vendrás á la orilla del Jordan, y en ella me encontrarás:* con lo cual le pidió su bendiccion, y se retiró.

El santo viejo Zósimo, alabando mil veces al Señor por haberle descubierto aquella maravilla de la gracia, se volvió á su monasterio, donde pasó todo el año en perpétuo silencio, y en mas rigurosa penitencia. Llegada la cuaresma siguiente, se halló asaltado de una ardiente calentura, que le molestó por toda ella, y no le permitió salir del monasterio hasta el jueves santo, segun la profecia de la Santa. Este día, obtenida particular licencia de su abad, salió del convento, y llegó ya muy tarde á la orilla del Jordan, llevando consigo la sagrada Eucaristia. Apenas llegó, cuando á la luz de la luna descubrió á la Santa en la orilla opuesta. Era la dificultad como habia de pasar el rio, mas la santa hecha la señal de la cruz, caminó sobre el agua como pudiera por tierra firme. Atónito y asombrado Zósimo, se puso de rodillas; mas la santa le levantó, acordándole que era sacerdote, y diciéndole que mirase lo que trala consigo. Postrada despues á presencia del santísimo Sacramento, y desbaciéndose en lágrimas, pidió al Padre que rezase el credo y el Padre nuestro. Acabadas estas oraciones, la dió el Santo la comunión: y ella, penetrada de los mas vivos sentimientos de devocion, de amor y de reconocimiento, levantando los ojos y las manos al cielo, exclamó diciendo: *Ahora, Señor, dejad ir en paz á vuestra sierva, segun vuestra divina palabra.*

*pues han visto mis ojos la salud que viene de vos: y vuelta despues á Zósimo, le dijo: Padre, otra gracia tengo que pedirte, y es que la cuaresma que viene tengas á bien de volver á aquella parte del desierto, donde me viste la primera vez, y allí me hallarás como Dios fuere servido.* Pues yo tambien tengo que pedirte, la replicó Zósimo, y es que quieras tomar alguna cosilla de lo que te traigo prevenido para comer: la Santa tomó tres granos de lentejas, metiöles en la boca, pidiöle su bendicion, hizo la señal de la cruz, volvió á pasar el Jordan sobre las aguas, y se retiró.

Llegado el año siguiente, y el tiempo acostumbrado en que los monjes se retiraban al desierto, salió Zósimo con los demás, y se encaminó hácia aquella parte de él, donde dos años antes habia encontrado á nuestra santa la primera vez: yendo ahora muy prevenido para no olvidarse de preguntarla su nombre, como se habia olvidado en las dos ocasiones precedentes. Pero ya la encontró muerta, tendido en tierra el cadáver, tan fresco como si acabara de espirar, y junto á el escritas en la arena estas palabras: *Padre Zósimo, entierra aquí por caridad el cuerpo de la pobre Maria, que murió el mismo dia de viernes Santo. luego por recibió la sagrada comunión, y no te olvides de rogar á Dios por ella.*

Enterneciöse Zósimo á vista del santo cuerpo, y derramó algunas lágrimas. Hecha despues oracion, vió venir hácia él de lo interior del desierto un leon de extraordinaria grandeza. Al principio se sobresaltó: pero serenóse presto, viendo que la fiera se acercaba mansamente hácia la santa, y como que la besaba los pies; arrimándose despues al mismo Zósimo, comenzó como á halagarle con blandas movimientos de la cola. Hecho esto, abrió con las garras un hoyo bastantemente profundo; y volviéndose á emboscar en el desierto, dejó libertad á Zósimo para enterrar el santo cuerpo, como lo hizo, cantando los salmos, y las demas oraciones que acostumbra la santa Iglesia en estos casos. Concluido este piadoso officio, se restituyó Zósimo á su monasterio, donde contó lo que habia visto del modo que lo acabamos de referir.

Muy desde luego se comenzó á celebrar el culto de la santa en la iglesia griega, y casi desde el mismo tiempo en la latina. En algunas iglesias se celebra aun el dia de hoy con gran solemnidad su fiesta el dia 2 de Abril, y en otras el dia 9. Dicese que una parte de sus reliquias se trasladó á Roma, cuando los infieles comenzaron á apoderarse de la Tierra Santa. En Tornay se veneran algunas de ellas, las que es tradicion haber dado el papa Hormisdas á san Eleuterio. En Napoles se conserva la cabeza de esta santa penitente, traída á aquella ciudad por el abad de Calabria el año de 1059. El Martirologio Romano anuncia su muerte el dia dos de Abril; pero la fiesta de

san Francisco de Paula nos obligó á trasladar al dia tres la historia de su admirable vida.

**La misa es del Comun de las santas, ni vírgenes, ni mártires, y la oracion la siguiente:**

*Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beata Maria Egyptiaca fecerit gaudemus; ita pia devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum...*

Oye, Señor y Salvador nuestro, nuestras súplicas, para que así como nos alegramos en la festividad de santa María Egipcíaca, así también recibamos el fervor de una devoción verdadera. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epístola es del capítulo 5 del apóstol san Pablo á los Efesinos.**

*Videte, fratres, quomodo caute ambuletis: non quasi insipientes, sed ut sapientes: redimentes tempus, quoniam dies mali sunt. Propterea nolite fieri imprudentes, sed intelligentes quæ sit voluntas Dei.*

Hermanos: Cuidad de caminar cautamente: no como ignorantes, sino como sábios, recogiendo el tiempo, porque los dias son malos. Por tanto no seais imprudentes, sino entendid cuál sea la voluntad de Dios.

**NOTA.**

«Hábla estado san Pablo por mucho tiempo en Efeso, metrópoli del Asia menor, y había trabajado con infatigable zelo en la conversion de sus habitantes. Hallandose preso en Roma, tuvo noticia de que algunos falsos doctores habian entrado en Efeso, y enseñaban en ella mala doctrina, por cuyo motivo escribió esta carta á los Efesos para confirmarlos en la fe y en las verdaderas máximas del evangelio el año 54 de la Encarnacion de Cristo.»

**REFLEXIONES.**

Mirad, hermanos, que camineis con cautela, como prudentes, y no como necios ó como aturdidos. *Videte, fratres, quomodo caute ambuletis: non quasi insipientes, sed ut sapientes.* ¿Puede haber mayor imprudencia que entregarse á un mar borrascoso y lleno de escollos, sin provision, sin remos, sin velas y sin piloto? Puede haber mayor locura, mayor temeridad, que caminar sin armas por pais enemigo? Puede haber mas necia, ni mas lastimosa extravagancia, que andar y mas andar de dia y de noche, sin termino, sin objeto, sin saber donde se va; que meterse con los ojos cerrados en un camino frageso,

pantanosos, y lleno de precipicios? A cuántos se podrá decir con toda verdad: *tu es illo vir?* Tú eres el que cometas esa extravagancia; tú el que haces esa insigne locura.

Es el mundo un mar famoso por sus naufragios. Navéguese por él á vela tendida, ó navéguese á fuerza de remos; no por eso dejan de encontrarse menos piratas, ni menos escollos. No hay hombre en este mundo que no sea navegante. Es la vida, por decirlo así, como un brazo de mar; todos navegan por él; ¿pero piensan todos adónde caminan?

Aquel jóven tan ansioso de divertirse, tan solícito en buscar con qué pasar el tiempo, ó con qué perderle, ¿sabe á lo menos dónde va, ó considera el término adónde navega?

Aquel hombre de negocios, tan hambriento de dinero, tan ocupado en poner en movimiento todas las industrias que le sugiere la insaciable codicia para ganar mas y mas, tan servilmente esclavizado de sus intereses; ¿ha dedicado en muchos años siquiera un cuarto de hora á pensar en el importante negocio de su salvacion? ¿ha tomado algunas justas medidas para salir bien con él? ¿ha expuesto algun caudal para negociar en la eternidad?

Aquellos hombres despejados del siglo, tan hábiles en proyectos, tan fecundos en expedientes, cuyos alcances penetran tan allá; aquellos oráculos de la prudencia humana; ¿saben por ventura adónde caminan? ¿han tomado algunas providencias para su propia seguridad? ¿están alerta para no dormirse sobre el borde del precipicio?

Aquellas mugeres del mundo, criadas en la delicadeza y en el regalo, ocupadas únicamente en su ociosidad, en sus adornos, y en sus diversiones; aquellas mugeres, víctimas de la vanidad y del orgullo, que solo tienen de cristianas el nombre y la exterioridad, ¿piensan acaso que no está muy distante la sepultura; que el día va declinando; y en medio de esos estrados brillantes, de esos profanos sarâos, de esos tocadores, escuela de inutilidades, de esos juegos, de esos licenciosos bailes, se acuerdan por ventura del destino que las está aguardando por toda la eternidad?

¡Cosa estraña! tendríase mucha lastima, tratariase de mentecato á un pobre hombre, que todo el día anduviese dando vueltas sin objeto; sin saber adónde iba; y esos jóvenes divertidos, eternamente descuidados sobre su último fin; esos hombres de negocios, esos esclavos de los placeres, esos mundanos tan ignorantes, tan insensibles en punto de religion, ¿se han de tener por prudentes y por discretos? Decídmelo; pobres hombres, ¿sabeis cuál ha de ser vuestra suerte?

**El evangelio es del espítulo 7 de san Lucas.**

*Ecce mulier, quæ erat in civitate peccatrix, ut cognovit quòd Jesus accubasset in domo Pharisæi, attulit alabastrum unguenti: et stans retrò secus pedes ejus, lacrymis cepit rigari pedes ejus, et capillis capitis sui tergebat, et osculabatur pedes ejus, et unguento ungebat.*

En aquel tiempo: He aquí que una muger que era pecadora en la ciudad, luego que entendió que Jesus comia en casa del Fariseo; tomó un alabastro de unguento; y estando detras de sus pies, comenzó à regar con lágrimas los pies de Jesus, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y los ungió con unguento.

**MEDITACION.**

*De la dulzura de la penitencia.*

**PUNTO PRIMERO.**—Considera que se forma una falsa idea de la penitencia, cuando se concibe llena de amargura y de disgustos. La corteza es amarga, pero el fruto es dulce. Puédese à lo menos comparar con las aguas del Marà, cuya amargura se convirtió en un gusto grato y suavísimo, luego que Moisés sumergió en ellas aquel leño, figura de la cruz del Salvador. (*Exod. 15.*) Los sentidos, las pasiones, el amor propio encuentran à la verdad en la penitencia, aspereza y desabrimiento; mas el alma, que es la que únicamente la toma bien el gusto, la experimenta llena de una exquisita dulzura.

Qué cosa mas dulce, qué gusto mas delicioso, qué alegría mas llena ni mas sólida que la paz de Dios, la cual, como se explica el Apóstol, *excede à todo sentido?* (*Philip. 4.*) Pues esta dulcísima paz es fruto de la penitencia. Formemos concepto de esta dulzura cotejándola con los penetrantes remordimientos de una conciencia delincuente, con aquellas inquietudes que despedazan el alma, con aquellos sobresaltos, frutos naturales y necesarios del pecado.

¡Qué gozo no causa en todo el reino una amnistia ó perdon general del soberano! ¡qué consuelo el de un hijo rebelde, cuando sabe que su padre le ha perdonado! Pues no es menos el que experimenta una alma verdaderamente mortificada y penitente; cada acto de mortificación es como una nueva prenda del perdon de sus pecados; es una bien fundada presuncion de que el Señor la ha restituido à su gracia. Las espinas sirven de defensivo no menos al fruto que à la flor; pero sin comunicarles sus puntas. Por mas que los sentidos se estremezcan, por mas que se queje el amor propio, gusta el alma una

exquisita dulzura, cuando se deja percibir en ella la uncion de la divina gracia, que siempre acompaña á la verdadera penitencia. En estando serena la conciencia, el corazon está contento. El pecador, dice el Espíritu santo, afecta tambien sus apariencias de paz, y aun pretende persuadirnos que la goza; pero bien sabe él mismo que miente, y que esta muy lejos de tenerla: *Pax, pax, et non erat pax.* (Jerem. 6). Al contrario, añade en otra parte el mismo Espíritu santo; bien pod-is decir al hombre justo que se consuele; porque la alegría, la paz, la abundancia de los consuelos interiores son herencia suya que le pertenece; son bienes reservados para él, que embolarán perpétuamente la punta á todas sus penitencias: *Dicite justo quoniam bene.* (Isai. 3.) ¿Cuándo, Señor, ha de llegar el tiempo en que creamos mas á vuestra divina palabra que á las erradas preocupaciones de los sentidos, y á las falsas sugeriones del enemigo de la salvacion?

**Punto segundo.**—Considera que esta dulzura de la penitencia consiste propiamente en aquella paz del alma despues que se convirtió á su Dios; en aquella suavidad interior, en aquella secreta alegría, en aquella dulce esperanza, en aquella confianza filial, que hacen gustar con anticipacion á las almas mortificadas y penitentes las alegrías del cielo: en fin, en aquellas tiernas lágrimas llenas de consuelo, que tal vez derraman á los pies de un crucifijo, en las cuales hallan placer mas delicioso, gusto mas exquisito que todas las fiestas y diversiones del mundo. De aqui nacen aquel semblante siempre risueño y apacible, aquella tranquilidad, aquella paciencia inalterable, aquella constante igualdad de humor, que se observa por lo comun en los hombres mas penitentes. El agrado, la dulzura con que tratan á sus hermanos, es prueba evidente de la que gozan en su corazon.

Son rigidos, son penosos los ejercicios de la penitencia, es verdad; el ayuno macera la carne, la modestia humilla el espíritu, el retiro y la soledad tienen su amargura; á la mortificacion interior no la faltan sus espinas, ni á la exterior sus disgustos. Pero pregunto: ¿es cosa imposible? añadido mas, ¿es cosa que se vea raras veces el que debajo de estas voces que asustan; de estas apariencias que estreñecen; de esas espinas que punzan, se hallen escondidas mil dulzuras, mil flores verdaderas? Consultemos el parecer de todos los santos, pongamos los ojos en santa María Egipcíaca entre los horrores del desierto. ¿Quien la pudo tener en él por tantos años? La gracia del Redentor; no tiene duda. Pero si esta gracia no encerrara el secreto de hacer dulce la soledad, agradable la estancia espantosa del desierto, fáciles las penitencias mas asombrosas, y delicioso el continuo ayuno, ¿creeríamos que una muçer jóven, delicada, criad.

entre las delicias del mundo, pudiese pasar tantos años en los ejercicios rigurosos de tan asombrosa penitencia?

El ayuno que se nos hace tan pesado, tan impracticable, cuando le prescribe la religion, ¡cuántas veces se nos hace muy fácil, ó por cortejar á un grande, ó por hablar á un ministro, ó por adelantar alguna diligencia en una pretension, ó por tomar unas cuentas, ó por informarnos de un pleito, ó por asistir á una fiesta, ó por no levantarnos del juego! ¿qué cilicio mortifica tanto como esos zapatos que oprimen, esas cotillas que ahogan, esa desnudez que yeta, esa extravagancia de modas, que tienen á tantos y tantas en una continua tortura?

¡Mi Dios, cuántas vanas aprensiones se disparan en punto de penitencia con un poco de reflexion, y con un mucho de religion! disponed, Señor, que las que acabo de hacer no sean inútiles. Conozco que debo hacer penitencia; sería el hombre mas infeliz, si me muriera sin haberla hecho. Aunque no hallára en ella mas que amarguras, siempre sería para mi muy saludable; pero siéndome tan necesaria, no puedo ya dilatarla para otro tiempo.

#### JACULATORIAS.

*Redde mihi, Domine, latitiam salutaris tui.* Salm. 50.

Dadme, Señor, á gustar aquella alegría, que es prenda de la paz con vos.

*Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuae latificaverunt animam meam.* Salm. 93.

Si, Señor, á proporcion de las mortificaciones con que he macerado á mi cuerpo, son los consuelos con que habeis regalado á mi alma.

#### PROPOSITOS.

La penitencia solo es amarga en la idea de los que jamás gustaron los frutos de ella. ¡Cosa extraña! todo asusta á los sentidos cuando se ofrece hacer alguna mortificacion por amor de Dios; y estos mismos sentidos se conservan muy serenos, siempre que el mundo, la pasion ó el interés los presenta el propio objeto. Haz hoy alguna reflexion sobre los trabajos que has padecido, sobre las mortificaciones que has tolerado, sobre lo que has tenido que sufrir por el mundo, por tus amigos, por satisfacer una pasion, por algun interés ó por alguna condescendencia; y compara estas penitencias inútiles y amargas con la que has hecho por tus pecados. ¡Qué desigualdad! Contentariase Dios con que hubieses hecho por su amor mucho menos de lo

que has hecho por el mundo. / Y qué consuelo sería ahora el tuyo si, hubieras padecido algo por amor de Dios! qué alegría, qué satisfacción se siente en la pascua cuando se pasó la coaresma en ejercicios de penitencial! Y cuando tú mismo has padecido algo por el motivo de religion, ¡qué gozo es el tuyo! Si no lo has experimentado hasta ahora, haz luego la experiencia. Resuélvete á mortificarte hoy con espíritu de verdadera penitencia, y á la noche gustarás el dulce consuelo que te producirán tus mortificaciones.

2 Pero son muy inútiles los propositos vagos é indeterminados; para que sean eficaces, es menester descender á cosas particulares; Primero: en lugar de irte á pasear ó hacer alguna visita, cuando menos inútil, vete á una iglesia á llorar á los pies de Jesucristo tantas bellas horas como has perdido en vanos entretenimientos. Segundo: Hay mil papeñas industrias para mortificar el cuerpo sin detrimento de la salud. Estar de rodillas sin arrimarse; privarse de ciertas diversiones, por otra parte permitidas, á que se tiene inclinacion; prohibirse por espacio de un año de ciertos manjares, ciertas frutas, ciertas golosinas, á que inclina vehementemente el apetito; negarse ciertas delicadezas, que en suma no son mas que refinadas invenciones de la sensualidad; no comer jamás, sin sazonar la comida con alguna mortificacion; en fin, hacer todos los dias, ó á lo menos en determinados dias de la semana, y singularmente las visperas de las fiestas, y aun los mismos dias de comunión, algunas penitencias con aprobacion del confesor. Las dulzuras interiores que acompañan de cerca á estos piadosos ejercicios, te convencerán presto de que los frutos de la penitencia solamente son amargos en la aprension de los que jamás los gustan.





## DIA IV.

**San Isidoro, arzobispo de Sevilla, y doctor.**

La ciudad de Sevilla y la de Cartagena han estado y están en una justa disputa sobre cual de las dos ha de hacer suya la gloria de haber sido patria del glorioso san Isidoro. A la verdad, las excelentes prendas de este santo Prelado, sus grandes virtudes, su sabiduría portentosa, y el grande nombre que en todos tiempos ha tenido, le

han hecho objeto de los deseos pladosos y de las ansias nobles con que cada ciudad le ha pretendido para su honra; pero lo cierto es, que no se sabe hasta ahora en cuál de las dos ciudades nació: se sabe sí, que desterrados sus padres de Cartagena, habitaron en Sevilla, la cual ciudad, aunque no tuviese la gloria de haber dado á san Isidoro la existencia, la tuvo á lo menos de su educacion, de sus estudios, de sus virtudes episcopales, de haberla tenido por prelado cerca de cuarenta años; y últimamente de haber sido honrada con su muerte, y enriquecida con su sepulcro. Este grande varon, el menor de sus hermanos, san Leandro, san Fulgencio y santa Florentina, tuvo los mismos padres que ellos. Su padre se llamó Severiano; ignorase el de su madre, sabiéndose que el de Turtura, que algunos le aplican, es el nombre de la abadesa que gobernaba el monasterio en que se educaba santa Florentina. Eran descendientes de romanos, gente noble é ilustre, y que á estas prendas apreciables juntaban una piedad sólida. Vióse esto en el cruel destierro que padecieron cuando Leovigildo, protector de los Arrianos, comenzó á perseguir á los Católicos. Los padres de Isidoro se vieron precisados á dejar su patria, su casa y sus amigos, sin otro delito que seguir con teson la verdad del evangelio. Entre estos trabajos nació san Isidoro, cuyas ideas se radicaron tan fuertemente en la imaginacion de su madre, que acostumbra á decir, que apenas habia conocido á Dios hasta que la habia hecho participante de su cruz. Pero estos conocimientos tan saludables, que hubiera podido con el tiempo inspirar en el corazon de Isidoro, faltaron con la muerte de sus padres, quienes oprimidos del peso de la persecucion, de las incomodidades de un destierro, y de los trabajos producidos por la injusticia, perdieron la vida temporal para recibir las eternas recompensas.

Quedó Isidoro al cuidado de Leandro y Florentina, pues san Fulgencio era tan jóven, que necesitaba mas de quien le dirigiese á él, que de encargarse de la tutela y direccion de un niño. San Leandro, y santa Florentina estaban ya en edad proporcionada para darle educacion, y la confianza que de estos tenían sus padres, les hizo morir consolados. En efecto, santa Florentina cuidó con la ternura de madre de la crianza de san Isidoro, y Leandro hacia á un tiempo los oficios de Padre, de tutor y de maestro. Estimulaba su atencion el contemplar ya en Isidoro un varon sumamente recomendable y provechoso para la iglesia, segun daban á entender los prodigiosos anuncios que se habian visto en su infancia. Uno de estos fue, que habiéndole dejado el ama que le criaba en el jardin para acudir á alguna ocupacion ó precepto de sus amos, se advirtió que una multitud de abejas entraban y salian en la boca del niño, formando en ella un dulcísimo panal. El padre de Isidoro, que fue el primero en ad-

vertirlo, llamó á los demas hijos suyos y á todos sus criados, para que viesen y admirasen un caso tan prodijioso. Al observarle con atencion, creció notablemente la maravilla de todos, viendo que las abejas que salian de la boca de Isidoro se remontaban tan altas que parecia introducirse en el cielo. Por todo esto percibieron que san Isidoro habia de ser muy sábio, y que en sus escritos habia de competir una sublime doctrina con una celestiad dulzura.

Con esta persuasion tomó san Leandro con tanto esmero la educacion y enseñanza de su hermano Isidoro, que procuraba su instruccion sin perdonar diligencia ni trabajo. No correspondia á éste el suceso, porque Isidoro se manifestó en sus primeros años tan sumamente rudo, que obligó á su hermano á suplir con el castigo lo que juzgaba falta de aplicacion, ó tal vez desatencion á sus lecciones. Isidoro, que por su parte veia frustrado su trabajo, y que lejos de producirle los agradables frutos de la doctrina y de la estimacion, le ocasionaba disgustos, reprensiones y castigos, llegó á acobardarse de manera, que juzgó imposible vencer su rudeza con ninguna fatiga. Y como veia que el teson de su hermano en hacerle estudiar, y su severidad en vencer con la férula los obstáculos de su tardo talento, determinó abandonar su casa, no pudiendo sufrir ni la rudeza de su ingenio, ni las ágras correcciones de su hermano. Pero la providencia de Dios, que desde la cuna le habia destinado para uno de los mas brillantes astros de la iglesia de España, dispuso que en la fuga que hacia Isidoro de su casa, encontrase los medios de tranquilizar su espíritu, y de concebir un verdadero amor á las ciencias, que hasta entonces juzgaba por inasequibles. Habiase salido, no solamente de la casa de sus hermanos, sino de la ciudad de Sevilla, sin mas rumbo que el que le preparase el destino. Su intento era únicamente abandonar los estudios y sustraerse de la jurisdiccion de su hermano Leandro, que con el mayor empeño queria que los prosiguiese. Cansado del camino, se sentó á reposar junto á un pozo que habia no muy lejos de Sevilla. Mientras se reparaba de la fatiga que padecia, advirtió en unas piedras que estaban junto al pozo ciertos agujeros, y en unos maderos que formaban el brocal unas canales muy hondas, de qué no podia adivinar cual fuese la causa. Vino casualmente á la sazón una muger á tomar agua; y habiéndola preguntado de que podian provenir aquellos agujeros, y canales, élla le respondió que la continuacion del caer agua tanto tiempo sobre aquellas piedras habia formado los agujeros; y las canales que veia en los maderos eran causadas por el continuo ludir de las sogas con que sacaban agua del pozo. Quedó Isidoro suspenso con la respuesta, y reflexionando sobre ella, hizo para sí este discurso. Si el agua y la sogá, sin embargo de ser unas materias tan blandas, hacen tanta impresion en la dureza del

leño y de la piedra con la continuacion, luego no hay cosa que se resista á la firmeza y constancia de nuestras resoluciones. Este discurso fue una antorcha con que ilustró Dios su entendimiento, para que conociese que con la aplicacion podria vencer las dificultades que hasta entonces habia tenido; y así se volvió á su casa con la firme resolucion de hacer quanto le mandase su hermano. Este, como instruido en todas las ciencias sagradas y profanas, quiso que su hermano las aprendiese todas segun su capacidad. Como se aplicaba al trabajo con otro gusto y aplicacion que la que solia antes de haber recibido las mudas instrucciones de la piedra y el madero, comenzó á hacer tan notables progresos, que era ahora la facilidad tanta, enanta habian sido primero la dificultad y la rudeza. Dedicóse á un profundo conocimiento de la lengua latina, averiguando todas sus propiedades, sus raices y derivaciones. Las lenguas santas no le merecieron menos atencion, considerándolas como una llave para entrar en el secreto de la divina sabiduria. Pero en lo que mas se aventajó, segun atestiguan San Braulio y san Idefonso, fue en una elocuencia tan vencedora, y una gracia en el decir tan llena de atractivos y dulzura, que sábios é ignorantes estaban igualmente gustosos pendientes de sus palabras.

A esta energia y facundia en el decir, anadia un profundo conocimiento de las materias filosóficas y sagradas, como lo manifiestan sus escritos. Aunque no se sabe de cierto cuáles fuesen los empleos de su juventud, se dejan conocer de su precisa asistencia á su hermano san Leandro de quien dependia, y de las operaciones, trabajos y dignidades que éste obtuvo. Se sabe que San Leandro, deseoso de apartarse de aquel mar de desasosiego en que habia visto naufragar á sus mismos padres, se hizo religioso en un monasterio de Sevilla. Que sobresaliendo en virtud y letras sobre todos sus coetáneos, fue ensalzado á la prelacia de aquella iglesia. Sabese cuánto fue perseguido del pérfido rey Leovigildo, arriano de profesion, y acérrimo defensor de esta herejia. El haberse retirado san Hermenegildo á Sevilla huyendo de la crueldad de su padre; el haber abrazado abiertamente la religion católica, ya por las persuasiones de su muger la reina Ingunte, ya por las instrucciones de san Leandro, no hay duda que fueron motivos poderosos para excitar la cólera del rey Leovigildo. A éste no se le pudo ocultar el viaje que el santo prelado de Sevilla habia hecho á Constantinopla, y mucho menos la causa y objeto de tan penosa jornada. Como sin embargo de todo esto la fortuna corrió tan adversa para san Hermenegildo, que echado de Sevilla, y preso en Córdoba, vino últimamente á perder la vida y el reino, san Leandro fue participante de todas las amarguras que debia producir una suerte tan dolorosa. El pérfido Rey, insolente con la vic-

toria, descargó los golpes de su venganza contra san Leandro; y aunque san Gregorio no espesa que género de trabajos fueron los que padeció, sabemos por san Isidoro que fue desterrado á Cartagena. El haber pedido san Leandro al santo pontífice Gregorio que le expusiese el libro de Job, y el haber condescendido con su súplica el santísimo Padre, es un argumento nada equivoco de las persecuciones y molestias que padeció san Leandro, y de la saludable medicina con que el mismo pastor de la Iglesia procuró suavizárselas y hacérselas llevaderas por el nombre de aquel Dios á quien el santo Job bendecía humildemente en medio de sus trabajos. En todas estas grandes obras de san Leandro, y en todos los cuidados de su pastoral oficio, debemos suponer que tuvo gran parte su hermano san Isidoro. Desde niño le había tenido en lugar de padre: á san Leandro debía su educación y todos sus estudios: en su compañía ejerció la rigurosa disciplina del monasterio, ejercitándose en todas las virtudes austeras propias de este estado: participaría igualmente de todas las adversidades y trabajos del destierro; y en una palabra, san Isidoro en los años últimos de la vida de su hermano sería un cooperador suyo, que le ayudase á llevar las pesadas y sublimes cargas de prelado, de pastor, de maestro y de sacerdote. Aunque los escritores antiguos de su vida guardan un profundo silencio sobre todas sus acciones hasta el punto en que fue colocado en la cátedra de Sevilla, la razón y buen juicio exigen, que á las reflexiones hechas se les dé alguna más fe y autoridad que á las de una conjetura.

Como quiera que sea, san Isidoro llegó á tener tanta fama y concepto por sus virtudes y sabiduría, que habiendo sido Dios servido de llevarse para sí al santo arzobispo san Leandro por los años del Señor de 599, fue elegido para sucederle en aquella grande prelaicia por unánime consentimiento del clero y del pueblo. Todos conocían que nadie era capaz de llenar el hueco que había dejado san Leandro, prelado tan respetable por todas sus circunstancias, sino su hermano san Isidoro, en quien advertían una santa inocencia de costumbres, junta con una sabiduría celestial. Colocado en la cima de tan sublime dignidad, comenzó á esparcir resplandores á manera de un soluciente, que alumbraba y vivifica á todos con la brillantez de sus luces. Estas se difundieron con tanta copia y rapidez, no solamente en su diócesis, sino por toda España, que de toda ella concurrían á recibir su instrucción, y á participar de su admirable sabiduría. Competía con ésta su prudencia, su castidad, su constancia, su justicia y su modestia. Todas las virtudes de un obispo, todas las cualidades de un padre, y todas las prendas de un maestro, se hallaban como en su centro en san Isidoro. No había ejercicio de caridad ni obra piadosa, en que no tuviese parte. En todo lugar, á toda hora traía su

corazon empleado en aquella santa devocion, cuya regla primera y única, segun san Pablo, es la caridad; pero principalmente sentia un indecible consuelo en la consideracion de la pasion de Jesucristo.

Intentando imitar á este divino Maestro, de tal manera arreglaba sus acciones, que cuanto tenian de asperas y severas para su persona, otro tanto tenian de dulces y agradables para sus súbditos. Tenia siempre presente aquella sentencia de san Agustin que aconseja al prelado: *que solicite mas bien que le amen por la blandura de su trato, que el que le teman por el rigor de sus correcciones.* Así san Isidoro procuraba ejercitar con sus súbditos mas antes el oficio de padre, que el oficio de superior. Ocupábase continuamente en laleccion y meditacion de las santas escrituras; y para habilitar el espíritu á su inteligencia, le purificaba con el ayuno, y le encendia con la oracion. Su mesa, ademas de ser templada y parca, no se abastecia sino de manjares ordinarios, poco distintos ó superiores á los que pudiera usar un religioso, pero al paso que con sigo mismo usaba de una escasez que excedia los términos de una moderada templanza, era para los demas sumamente generoso, y frecuentemente profuso. La encendida caridad que abrasaba su corazon, le hacia mirar á sus proximos como á hermanos, como á hijos, y con todos los titulos y respetos capaces de excitar la ternura. Por esta causa hacia sayas todas sus penas ó alegrías; y habia hecho en sí una naturaleza el alegrarse con los que se alegraban, llorar con los que se afligian, y el socorrer con largas limosnas á los que veía con alguna necesidad ó miseria. Pero en medio de la diversidad de afectos, de que era poseído su corazon, segun lo exigia la suerte próspera ó adversa de sus súbditos, mantenía siempre un semblante alegre y risueño, con el cual miligaba las penas á los afligidos, y consolidaba la delicia en los venturosos. Estaba persuadido á que Dios no le habia ensalzado á la alta dignidad en que se veía para honor propio, sino para el beneficio de sus hermanos; no para mandar con despotismo haciendo el papel de un príncipe poderoso, sino para servir, como dijo de sí mismo el Hijo de Dios; y finalmente no para vaciar los bolsillos de sus súbditos, y oprimirlos con exacciones, sino para desterrar los vicios, plantar la virtud, enseñar la sana doctrina, y dirigir las almas por los senderos de la salud. Estas máximas no eran en san Isidoro una pura teoria privada frecuentemente en los hombres de realidad, sino que al paso que protestaba ser anejas estas obligaciones á la dignidad de obispo, lo confirmaba y testificaba mas poderosamente con sus santas obras.

Entre los objetos que mas arrebataron su pastoral atencion, fue uno el cuidado de la educacion de los jóvenes que se habian de consagrar al ministerio del altar. Cuidaba con sumo esmero de que se

empleasen, no solamente en el estudio, sino en ejercicios devotos y cristianos. Como conocia que no todo espíritu es propio para todo ministerio y estado, deseaba que en el recogimiento, en la aplicacion y en el retiro, diesen los jóvenes una anticipada muestra de las costumbres con que honrarian despues la dignidad del sacerdocio. Para examinar un punto tan importante con toda la delicadeza que le sugeria su zelo, y al mismo tiempo para impedir que los jóvenes anduviesen vagando por la ciudad con grave perjuicio de sus costumbres, cuidó de edificar fuera de Sevilla un magnífico y hermoso colegio. En él vivian encerrados todos los estudiantes, que de la mayor parte de España venian á aprovecharse de la doctrina de san Isidoro; y á ninguno se le daba licencia para salir, antes de que hubiese cumplido el cuarto año de colegiatura. En este seminario de ciencias y de virtud se criaban varones consumados en uno y en otro, capaces de resistir á la miseria de los tiempos, y á las astucias de la heregia. En aquel colegio aprendió las ciencias san Ildefonso, arzobispo de Toledo, y en el mismo colegio se educó y formó san Braulio, obispo de Zaragoza, uno y otro de los mas santos y sábios obispos que ha tenido España, y aun toda la universal Iglesia. Tan admirables efectos era capaz de producir la celestial prudencia y activo zelo con que san Isidoro cuidaba de abastecer su colegio de todos los medios necesarios para hacerle útil á la Iglesia y al estado. Sabia que la raiz de la relajacion, que se advertia en todas las clases del clero, consistia en la ignorancia de las letras sagradas, y en la negligencia con que miraban los fieles el estudio de las santas escrituras. Por esta causa la heregia hallaba entrada fácil para sembrar y persuadir sus errores, sin el temor de hallar resistencia en las luces y conocimientos de los fieles. La misma ignorancia de las sagradas Escrituras, dice el Cerratense, era el origen de la corrupcion de costumbres que se advertia en los clérigos, en los religiosos, y lo que fomentaba el partido de los arrianos. Para oponer un muro fuerte á todos estos males, fundó aquel colegio. Como el Santo no podia enseñar en todas las clases, ni sus cuidados pastorales le permitian ejercitar muchas veces el magisterio, hacia exquisitas diligencias para averiguar en donde habia los maestros de mayor sabiduria y virtud; y hallados, los traía á su colegio á fuerza de ruegos, y con el atractivo de premios cuantiosos y excesivos. De esta manera logró llenar á España de aquellos grandes hombres, que forman su verdadero siglo de oro. Su zelo pastoral no se contenia en los estrechos límites de su colegio de Sevilla: atendia á la educacion y buen régimen de los monasterios, cuidando de que la juventud fuese instruida en la sana doctrina, y en las ciencias provechosas para el servicio y esplendor de la Iglesia. Ponia en esto tanta eficacia, que no contento con excitar á los prelados con

santas amonestaciones y con su ejemplo, usaba del artificio piadoso de regalar á los jóvenes religiosos, dándoles libros y otras veces dineros, con que pudiesen subvenir á sus necesidades los mas aprovechados. Los conventos de virgenes los miraba como jardines amenos, en que el esposo celestial tiene todas sus delicias. Velaba sobre su recogimiento; promovia su observancia; cuidaba de su manutencion y de sus intereses; y aunque su castidad angélica procuraba evitar la comunicacion con toda muger, con todo eso, á las religiosas que sobresalian en virtud, y se adelantaban á las demas en el cumplimiento de sus obligaciones, no solamente las veneraba, sino que las fomentaba con cuantiosas limosnas. Su caridad, su zelo, su fervor y la grandeza de su espíritu, se extendia á todas las regiones, á todos los objetos, á todas las necesidades. Edificó muchos y hermosos monasterios en toda la Peninsula, y deseoso de aprovechar con su persona á aquellos mismos que habia enriquecido con las largas efusiones de su caridad, quiso predicar la palabra de Dios de una manera apostólica, peregrinando de ciudad en ciudad, como de hecho lo ejecutó con grande aprovechamiento de cuantos tuvieron la ventura de oírle. A tan sublimes virtudes era natural seguirse unas obras grandes y ruidosas. Lo fue sin duda alguna la suscripcion al decreto del rey Gundemaro, sobre que la santa iglesia de Toledo fuese reconocida por metrópoli en toda la provincia Cartaginense. En el año de 610 vino san Isidoro á Toledo, trayendo en su compañía á su hermano san Fulgencio y á otros varios obispos; y habiendo recibido á Gundemaro, que acababa de ser electo rey, fue san Isidoro el primero que firmó el decreto famoso. Entre tanto, para reformar los abusos que se habian introducido en la disciplina eclesiástica, y así mismo para afirmar el dogma, dispuso un concilio provincial, que se tuvo en Sevilla en el año de 619. En él se ve una muestra del zelo de este santo Prelado, y de su grande sabiduría. Habia venido en aquel tiempo á Sevilla un Siro, que decia ser obispo, al cual san Braulio le da el nombre de Gregorio. Este tal negaba dos naturalezas en Cristo terminadas por una sola personalidad, creyendo además que la divinidad era pasible. Contra este engañado obispo disputó san Isidoro públicamente, oponiéndole tantas y tan sólidas razones, deducidas de las Escrituras y de los Padres, que el miserable competidor tuvo que darse por vencido, confesando verdadera la doctrina que san Isidoro defendia, é invencibles las sólidas razones con que la apoyaba. Pero los títulos penúltimo y último del concilio segundo de Sevilla son los testimonios mas auténticos de su zelo pastoral, y de la sabiduría copiosa con que en esta materia desempeñó sus obligaciones. A este tenor procuraba este santo Prelado reducir á la grey del Señor á cuantos contemplaba extraviados. San Braulio en la primera carta á san Isidoro hace mencion de

otro sínodo, y de un tal Sinthario, que en él fue condenado; pero de este hecho no tenemos mas noticia que la que resulta de esta carta. No sucede así con el concilio cuarto de Toledo, el cual presidió el Santo como mas antiguo en el año de 633. En este concilio manifestó la grande autoridad que le habian granjeado sus muchos años, su grande sabiduria, y sus continuados trabajos en beneficio de la Iglesia. Se cree que así como el concilio tercero de Toledo fue dispuesto por san Leandro, así tambien el concilio cuarto lo fue por san Isidoro; porque en presencia de este Prelado ¿quién sería el que tuviese aliento para intentar sobresalir en aquellas sublimes calidades de ciencia, prudencia y virtud necesarias para la direccion de un concilio? Sin embargo, se sabe que el Santo estaba sumamente débil de fuerzas y quebrantado de salud. Mas de treinta y tres años que llevaba ya de prelacia, sin intermision en los penosos trabajos de escribir, predicar, corregir y enseñar, le habian llevado á un estado en que tuvo que suplicar á san Braulio que viese y corrigiese el libro de las Etimologías. Esta consideracion favorece la conjetura de los que creen que san Braulio tuvo mucha parte en la formacion de los cánones y decretos de aquel concilio.

Como quiera que sea, san Isidoro llegó á un estado de gloria y de fama en toda la Iglesia, que su nombre bastaba para dar autoridad á cualquiera asamblea. Los multiplicados escritos que habian salido de su fecunda pluma, habian extendido su opinion por toda la tierra. En ellos veían un hombre consumado en las ciencias sagradas y profanas, sin que á su vasta comprension se negasen las flores de las letras humanas, y los adornos de la erudicion. La coleccion de cánones antiguos y legitimos, el prefacio que la precede, el tratado de Varones Ilustres, y otras varias obras, cuyo catálogo puede verse en el libro quinto de la biblioteca de D. Nicolás Antonio, prueban que la sabiduria y extension de conocimientos de este santo Prelado fueron proporcionadas á su heroica santidad. Con uno y otro ilustró la iglesia de España, y se labró unos merecimientos tan grandes, que era justo fuese ya á gozar de las eternas recompensas que le eran debidas. Conoció el mismo Santo que se llegaba ya el fin de sus dias, y el término dichoso de sus gloriosas tareas. Dispúsose para él doblando sus ejercicios piadosos, y principalmente las cuantiosas limosnas que mandó repartir á los pobres. En esto fue tal su esmero, que en el espacio de mas de seis meses anteriores á su dichoso tránsito, comenzaba este caritativo ejercicio al salir el sol, y no le interrumpia hasta la noche, sino el tiempo necesario para reparar sus fuerzas con un moderado alimento. Viendo que le iban faltando las fuerzas, y que se acercaba por momentos la última hora, á causa de que una calentura continua iba poco á poco acabando su vida, mandó llamar á

dos obispos sufragáneos suyos, para hacer en su presencia la ceremonia de la penitencia, según la costumbre de aquel tiempo. Llegados que fueron Juan y Epacio, mandó que le llevasen desde su celda á la basílica de san Vicente mártir. Esta traslación fue solemnizada de un piadoso y numerable concurso que concurrió de todas partes á ver á su prelado, y recibir sus últimas amonestaciones. Los pobres concurrían en tropas abatidos los semblantes y los ojos cubiertos de lágrimas, manifestando su dolor con gemidos y voces lastimeras. Los clérigos, los religiosos y todas las gentes, tanto nobles como plebeyas de Sevilla, llenaron la catedral, en donde no se oía otra cosa que los gemidos y sollozos con que manifestaban su pena por la próxima falta de su pastor y de su padre. Los ojos mas indiferentes estaban anegados en llanto, y los pechos mas duros se deshacían en amargura. Llegado á la iglesia, mandó que le pudiesen junto al cancel del altar, y que ayentasen de allí á las mugeres para recibir la penitencia en presencia solamente de los hombres, conservando de este modo á la honestidad los delicados privilegios que con tanto escrupulo la habia guardado toda su vida. En este estado recibió el cilicio de mano de uno de los dos obispos, y pidió al otro que le cubriese de ceniza; y levantando las manos al cielo, hizo su confesion de esta manera: «Vos, Dios mio, que conocéis los secretos de los humanos corazones, y os dignasteis de perdonar los pecados á aquel publicano, que hiriendo su pecho los confesaba contrito: Vos, Señor, que os dignásteis de resucitar á Lázaro despues de quatro dias muerto y corrompido, colocánlole en el seno del patriarca Abraham; recibid, Señor, en esta hora mi confesion, y apartad vuestros ojos de los innumerables pecados que contra vos he cometido; ni os acordeis de los delitos de mi juventud. Vos, Dios mio, no establecisteis la penitencia para los justos que nunca os ofendieron, sino para mí que soy pecador, y os ofendi mas veces que arenas tiene el mar. Vos, Señor, sabéis que desde el punto que subí á la prelacia de esta santa iglesia, no por mis méritos, sino por vuestra misericordia, y tuve sobre mis hombros esta dignidad, que es mas antes carga que honor, no he dejado de pecar, antes bien conozco que me he afanado en multiplicar mis faltas. Pero vos, Señor, dijisteis que en cualquiera tiempo que el pecador se convierta de sus errados caminos, entregarias al olvido todos sus pecados. Por tanto, teniendo presente vuestro precepto, clamo á vos, Señor, con toda confianza, sin embargo que no soy digno de levantar los ojos al cielo por la multitud de mis pecados. Recibid esta humilde oracion mia, y conceded á un pecador el perdón que os pide, porque si los cielos no estan limpios en vuestra presencia, ¿cómo menos lo estaré yo que he bebido las iniquidades como si fuesen agua!»

Habiendo concluido esta devotísima y tierna oracion, que aumentó el dolor y las lágrimas de todos los concurrentes, recibió de mano de los obispos el cuerpo y sangre de Jesucristo, testificando con profundos gemidos de su corazon su indignidad y las inauditas misericordias del Señor. Despues pidió perdon á todos los circunstantes, diciendo: «Ruegoos, ó sacerdotes de mi Dios, y á vosotros, ó congregacion del clero y pueblo, que dirijais al Señor vuestras oraciones por este infeliz pecador, que ya que no es digno por sus méritos de alcanzar perdon de Dios, logre por vuestra intercesion los efectos de la divina misericordia; perdonadme, aunque no lo merezco, todo aquello en que os haya ofendido, si acaso he despreciado á alguno por odio, si le he apartado de la union de caridad con corazon impio, si acaso he perjudicado á alguno con algun consejo, ó le he hecho daño llevado de la ira: perdonadme, pues en este instante os pido misericordia, y me arrepiento de mis delitos.» A estas voces correspondieron todos los circunstantes pidiendo á Dios con grandes gemidos que le perdonase: y habiendo el Santo perdonado tambien las deudas pecuniarias que algunos le debian, segunda vez habló las últimas palabras con que alimentó espiritualmente sus ovejas, diciendo: «Vosotros santos obispos de mi Dios, y todos cuantos estais presentes, os ruego y pido que guardéis mutuamente la mas fervorosa caridad, no volviendo mal por mal: no queráis ser chismosos en el pueblo, para que así, ni el enemigo antiguo encuentre en vosotros que castigar, ni el lobo rapaz en quien ensangrentar sus garras; sino antes bien el divino Pastor os ponga alegremente sobre sus hombros, para conducirlos á su rebaño.

Habiendo hecho esta devotísima confesion, mandó distribuir entre los pobres todo el dinero que le habia quedado, y solicitó entre tanto que todos los circunstantes le diesen ósculo de paz. Mientras se hacia esta ceremonia decía á los circunstantes: «Si me perdonais de todo corazon todo aquello en que hasta ahora os he ofendido, tambien el Omnipotente Criador os perdonará todos vuestros delitos de tal manera, que el agua sagrada que ha de recibir hoy el pueblo, os sirva para remision de vuestros pecados, y este ósculo de paz sea un testimonio eterno de nuestra reconciliacion.» Concluidas estas venerables y augustas ceremonias, en que se dispuso con la penitencia, y armó con la sagrada Eucaristia para salir de este mundo, le volvieron á llevar á su habitacion, en donde á los cuatro dias, despues de haber recibido la penitencia, murió santamente como habia vivido. Sucedió su tránsito el dia cuatro de Abril del año 336, habiendo gobernado la cátedra de Sevilla por espacio de cerca de cuarenta años con rectitud, integridad, zelo, y todas las virtudes que hacen grande y recomendable á un obispo. Apenas murió, recibió aún de los hombres el justo premio

de los aplausos; porque no solamente san Braulio y san Hdefonso hicieron su elogio aclamándole sábio y santo, sino que el concilio octavo nacional celebrado en Toledo diez y siete años despues de su muerte, no dudó proclamarle con los sobrenombres mas distinguidos. «Doctor egrégio de nuestro siglo: nuevo honor de la Iglesia católica; posterior en edad á los demás doctores, pero nada inferior en la doctrina: el mas sábio que produjeron los últimos siglos, y cuyo nombre debe pronunciarse con reverencia.» Tales fueron los elogios con que le condecoraron los padres de aquel concilio. Imitáronles en los siglos posteriores Isidoro Pacense, Elpando, el papa Leon IV, y todos cuantos llegaron á tener conocimiento de lo sublime de su santidad, y de la basta extension de su doctrina. Su cuerpo fue sepultado en Sevilla, donde permaneció hasta el reinado de Fernando el Grande, y primero de Castilla. Este Rey, igualmente soldado que piadoso, quiso enriquecer la corte de Leon con algunas sagradas reliquias. Para este efecto, habiendo tratado primero con el Rey moro de Sevilla Benavet que le concediese el cuerpo de la Virgen y mártir santa Justa, envió al obispo de Leon Alvito, acompañado de Ordoño, obispo de Astorga, y del conde Munio, con una buena partida de soldados. Propuesta su embajada, é ignorando todos el sitio donde descansaban las reliquias de la santa mártir, se aplicaron á la oracion: de ella resultó que san Isidoro se apareció en sueños al venerable Alvito, le indicó el lugar donde descansaba su cuerpo, y le insinuó que hiciese su traslacion, la cual se verificó con gran pompa, magnificencia y repetidos milagros en el año de 1063; por todo lo cual sea Dios bendito. Amen.

**La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.**

*Deus, qui populo tuo aeternam salutis beatum Isidorum ministrum tribuisti præsta, quæsumus, ut quem doctorem vita habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in caelis. Per Dominum...*

O Dios, que diste á tu pueblo al bienaventurado Isidoro por ministro de la salud eterna: concédenos que tengamos por intercesor en los cielos á quién en la tierra tuvimos por maestro de la vida. Por nuestro Señor...

**La epístola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, cap. 4.**

*Charissime: Testificor coram Deo et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per advocatum*

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muer-

*ipsum et regnum eius, prædica verbum; insula opportune importunè; argue, obsecra, increpa in omni patientia, et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebant, sed ad sua desideria concerbabant sibi magistros, prurientes auribus: et à veritate quidem auditum avertebant, ad fabulas autem convertentur. Tu vero vigila, in omni bus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die, justus judex: non solum autem mihi, sed et iis qui diligunt adventum eius.*

los, por su venida y por su reino, que prediques la palabra; que insulas à tiempo y fuera de tiempo, que reprendas, supliques, amonaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes à sus deseos, que les alhaguen el oído, y no querrán oír la verdad, y se convertirán à las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy à ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez: y no solo à mí, sino tambien à todos los que aman su venida.

#### REFLEXIONES.

La verdadera doctrina del evangelio ha padecido en todos tiempos la contradicción de las pasiones humanas; éstas, como producidas de una raíz viciosa y contraria à la ley del espíritu, no pueden sufrir la moderación y freno que les impone la doctrina evangélica. Por tanto, se esfuerzan à sacudir el yugo à manera de bestias feroces, que atadas à la cadena solicitan su libertad, para hacer víctima suya la sangre mas inocente. San Pablo, escribiendo à su discípulo Timoteo, prevee todas estas verdades, y le prepara para que por medio de la corrección y de la enseñanza disponga los corazones à retener las saludables máximas de la sana doctrina. Toda la vida del glorioso arzobispo de Sevilla san Isidoro fue un continuo tegido del cumplimiento de estas obligaciones; y en toda ella debe hallar el cristiano una copiosa instrucción que le advierta los peligros à que está expuesto, y los deslices en que en esta materia le precipitan sus pasiones. En ningún tiempo se puede decir con verdad que se ve verificada mas lastimosamente aquella profecía de san Pablo, que dice: *Tiempo vendrá*

*en que los hombres no sufrirán la sana doctrina, sino que juntarán maestros que les enseñen según su placer, y que les agraden á los oídos; los cuales apartarán su corazón de la verdad, y se concertarán á las fábulas.* Esta terrible profecía, verificada en nuestro tiempo, es la causa de la relajación de las costumbres; de que el santo temor de Dios se halle tan alejado de los humanos corazones, de que la mentira y falsedad hayan usurpado sus derechos á las divinas verdades; y finalmente, de que la religión cristiana se haya puesto en un estado tan lastimoso, que se pudiera vaticinar su fin, si no obstase la palabra del Hijo de Dios, quien aseguró que no prevalecerían contra ella las puertas del abismo.

Este mal tan fecundo en sí, que produce una asombrosa multitud de daños incalculables, nace de la lección de ciertos libros de doctrina corrompida: la belleza de estilo con que suelen estar escritos; la materia que ofrecen á la vana curiosidad de los hombres, siempre ansiosos de adelantar sus conocimientos mas allá de los límites que puso la divina Providencia á su capacidad; y últimamente, la belleza capciosa de expresiones con que producen sus envenenadas doctrinas, son otros tantos lazos en que caen fácilmente los incautos, causando en ellos un estrago lamentable. La soberbia del hombre es tal, que no necesita de apoyo muy sólido para pretender constituirse maestro en las materias mas ajenas de su profesion: ella le da valor para decidir sobre aquellos puntos, cuya obscuridad hizo á los santos mirarlos con respeto, y consumir muchas horas de estudio y oración para que Dios les declarase su inteligencia; y como les falta el santo temor de Dios, que es la luz del entendimiento humano, truecan fácilmente, no solamente los nombres de las cosas, sino tambien la verdadera sustancia, teniendo la mentira por verdad, y canonizando por bueno lo que es perjudicial y dañoso. Todo cristiano debe estar muy alerta para precaverse de semejante veneno, conociendo que el amor propio y las pasiones miran con gusto la doctrina que las lisongea; y y por el contrario, miran con tedio aquella que las reprime y las modera. De otro modo serán inevitables los daños de la mala doctrina, y su corrupción cundirá insensiblemente hasta llegar á emponzoñar aun aquellos mismos en quienes Dios ha depositado el magisterio de la ley. Los padres de familia deben velar para remediar los daños, á cuyo total exterminio no alcanza ni la vigilancia de los magistrados, ni el zelo de los pastores, ni el penoso y continuo trabajo de los augustos tribunales de la fe. No se puede dudar que la escrupulosa conducta de los padres de familia atajaría todos los males de la doctrina perniciosa, y haría que el pueblo cristiano fuese un pueblo santo, y seguidor perfecto de la doctrina de Jesucristo. La obligación es indubitable; los bienes que se siguen de cumplirla, son cier-

tos y seguros; é igualmente cierta la responsabilidad que de lo contrario echan sobre sus almas. Temed, pues, ó padres de familia, todas las funestas consecuencias de la mala doctrina.

**El evangelio es del cap. 5 de san Mateo.**

*In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendant lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum, ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cælis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat cælum et terra, jota unum aut unus apex non præteribit à lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno cælorum: qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cælorum.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No juzguéis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

**MEDITACION.**

*Sobre la educacion de los niños.*

**PUNTO PRIMERO.**—Considera que la buena educacion de los niños

es á un mismo tiempo una de las mas estrechas obligaciones que tienen todos aquellos á quienes Dios ha constituido en el grado de superiores, y uno de los manantiales mas copiosos de la felicidad de la religion y del estado.

San Pablo, escribiendo á los de Corinto, (*Epist. 4 cap. 5.*) les dice, que habia procurado su instruccion dándoles la leche de la doctrina evangélica, y considerándolos como á niños en la religion del Crucificado. Estaban los Corintios recientemente engendrados en Jesucristo por medio de la gracia del bautismo. Consideraba el santo Apóstol, que de las primeras instituciones que en aquel tierno estado les diese, pendia la buena ó mala conducta de todo el resto de su vida; y así procuraba instruirlos llenando sus corazones de máximas saludables, para que creciesen con ellos, y se fuesen robusteciendo á proporcion que su edad se fuese haciendo mayor y mas madura. El mismo Jesucristo manifestó á sus apóstoles el cuidado y esmero que se debía poner en la crianza de los niños, cuando juzgando ellos que no convenia á la dignidad y autoridad del Salvador ocuparse en cosas tan minimas, el divino Maestro los reprendió blandamente, é hizo que los niños se llegasen á él, los tomó en sus brazos los acarició y enseñó, diciendo que *de ellos era el reino de los cielos*. Siguiendo esta doctrina el padre san Gerónimo, ocupaba toda la ciencia y experiencia de su venerable ancianidad en criar y educar á la niña Paula; y escribiendo á Leta, dice estas nobles palabras: «Si me enviases á Paula, prometo ser su nyo y su maestro. La llevaré en mis brazos: la enseñaré á formar con los tiernos labios las balbucientes palabras; y en esto mismo me tendré por mas glorioso que el filósofo Aristóteles en ser preceptor del rey de Macedonia. El enseñaba á un hombre soberbio, á un rey cruel, que habia de perecer con el veneno de Babilonia; pero yo enseñaré y criaré á una sierva y esposa de Jesucristo, que ha de ser ofrecida al reino de los cielos por eterna compañera de los ángeles.»

Si los santos padres, los apóstoles y el mismo Jesucristo miran con tanto esmero la educacion de los niños, ¿con qué ojos deberán mirarla aquellos á quienes la divina Providencia ha puesto en este mundo en el grado de superiores? ¿qué cuidado, qué delicadeza no debe ser la suya en advertir las palabras que les dicen, y las acciones que les presentan? Los corazones de los niños son como de una blanda cera, y la materia mas proporcionada para recibir todo género de impresiones. Quanto oyen y quanto ven, otro tanto se queda gravado en sus tiernas almas, con tanta profundidad, que en vano se emplean las reflexiones é instruccion de la edad madura para horrar las preocupaciones ó máximas erradas, que recibieren en la infancia. Por otra parte, los niños tienen un derecho de justicia á que los mayores

en edad no perdonen trabajo, cuidado, ni cautela, que pueda ceder en su beneficio. Ellos se encuentran destituidos de todos los medios con que pudieran precaverse del mal. La experiencia no ha podido abrirles los ojos para que vean la enorme diferencia que hay entre la verdad y la mentira, entre lo malo y lo bueno. Están destituidos de las luces de la sabiduría con que pudieran distinguir los caracteres de la virtud, y las líneas horrorosas con que se representa el vicio. Su corazón, enteramente desuado de todos los hábitos, abraza cualquiera sin la menor repugnancia, porque ignora sus consecuencias. La prudencia no ha podido todavía dirigir sus acciones, ni darle aquella astuta sagacidad con que enseña á entre-sacar lo útil de lo dañoso. Un niño, pues, se halla como una tabla rasa, en donde se puede dibujar una figura perfecta ó un monstruo: como un árbol naciente que se le puede dirigir derecho ó torcido; como un hombre inerte, que está á la discrecion de lo que quieran hacer de él; como un objeto en fin, acreedor á todos los cuidados, á todos los esmeros de sus semejantes para ser verdaderamente feliz. Estas consideraciones deben hacer en todos el efecto de procurar por su parte no escandalizar á los niños con las acciones ni con las palabras. Todo hombre que ha llegado á usar de su razon, debe considerarse, cuando trata con los niños, como maestro que les ha destinado la misma naturaleza. Si á esto se llegan los conocimientos sobrenaturales, y las obligaciones mútuas que nos impone la caridad, resulla que la educacion de los niños es una obligacion casi universal y de las mas grandes que tienen sobre sí todos los hombres. Considera, ó cristiano, todas estas verdades, y vuelve despues los ojos á la conducta que hasta ahora has tenido.

**PUNTO SEGUNDO.**—Considera que el descuido de la educacion y enseñanza de los niños es frecuentemente origen de la mayor parte de los daños que se ven en la sociedad humana, y que muchos de ellos son trascendentales á la religion.

El profeta Isaias tratando de la destruccion de Jerusalem, y señalando las causas que habian de ocasionarla, exclamaba diciendo: *¿En dónde está el maestro de los niños?* Sin embargo de que los Hebreos eran tan escrupulosos en la conservacion de su ley, que para que se fijasen en los corazones procuraban imprimirla en los niños desde la infancia, presentándoles á los ojos imágenes de su religion; en tiempo de Isaias habia llegado á ser tal el descuido en esta materia, que se queja el Profeta de él, y vaticina que de allí nacerian todos los males y calamidades que habian de oprimir á Jerusalem. Esta doctrina y esta persuasion, que eran verdaderas en el tiempo de Isaias, no lo son menos en nuestros tiempos. *El corazón de los*

niños dice Quintiliano (lib. 1. Inst. cap. 1 ), *no solamente es blando para recibir las impresiones, y se presta como la cera al sello, sino que además es tenacísimo de lo que recibe; y así como la vasija conserva siempre el olor del licor primero que tuvo, y la lana blanca el primer color de que fue teñida, de la misma manera el corazón del hombre conserva por toda la vida los resabios de las instituciones primeras que en él se depositaron. Con él crecen, y con el tiempo mayores fuerzas van adquiriendo para explicarse en aquellas acciones que son propias de sus principios.*

Un niño que oye continuamente à sus padres la palabra obscena, el juramento, la maldición, la mentira, ¿como es posible que en llegando à una edad adulta no sea un deshonesto, un maldiciente, un falsario y un perjuro? Un niño que ve en sus padres falta de respeto à las cosas sagradas, que no los ve emplearse en ejercicios de piedad, sino que antes por el contrario les oye muchas veces sacrílegas murmuraciones contra los puntos mas sagrados de la religion, ¿cómo es posible que con el tiempo no sea un mal cristiano, un hombre indevoto y un impio? Y si por desgracia se llega à esto el oír aquellas pecias calumnias en que suelen precipitarse los hombres, censurando no solamente las acciones de sus hermanos, sino tal vez las disposiciones de los magistrados, y los santos designios de aquellos que hacen las veces de Dios en la tierra, ¿qué se puede esperar sino que al daño deplorable de malos cristianos junten el defecto horroroso de ciudadanos y vasallos pérfidos? Tú, padre de familia, que lloras y te lamentas de los extravíos de tu hijo y de las disipaciones de su juventud corrompida, vuelve los ojos à ti mismo, y hallarás la causa funesta en los malos ejemplos que le has dado en tu persona. ¿Con qué razon, con qué justicia puede pretender una madre de familias, que sus hijas adornen su hermosura con los preciosos atavíos de la honestidad y de la modestia, cuando ella misma está hecha un ejemplar de lujo, y una piedra de escándalo para todos cuantos la miran? Si sus hijas están mirando tan de cerca las máximas de corrupcion y de profanidad, ¿será posible que dejen de contaminarse sus tiernos corazones? El Espíritu santo dice: *que todo aquel que toca la pez, será manchado de ella.* En consecuencia de esto se puede decir, que todas las malas costumbres, todos los corrompidos ejemplos, y todos los graves delitos que se advierten en el mundo, son una consecuencia natural del descuido con que se mira la enseñanza de los niños, y de las impresiones que hacen en su tierno corazón las obras de sus padres, y de aquellos que les rodean.

## JACULATORIAS.

*Sensus et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua. Genes. cap. 8.*

Señor, todas nuestras inclinaciones, todo el peso de nuestro corazón, nos llevan al mal desde los años mas tiernos.

*Fulgebunt, qui ad justitiam erudiunt multos, quasi stelle in perpetuas æternitates.*

Los que guiasen santamente á sus hermanos dirigiéndoles á la justicia, resplandecerán eternamente como las brillantes estrellas del cielo.

## PROPOSITOS.

1 La caridad y la justicia nos obligan de comun acuerdo á evitar los daños á nuestro prójimo, y á suministrarle todos los medios de su mayor aprovechamiento. Esto mismo debe hacer que los padres de familias pongan el mayor esmero en dar á sus hijos, especialmente cuando son niños, instrucciones y consejos saludables. No basta enseñarles los primeros rudimentos de la doctrina cristiana, y aquellas oraciones comunes con que se ejercita la religion. Las máximas morales, que son las que forman el hombre virtuoso, deben ir embebidas en las obras. Los niños no tienen capacidad para recibir instrucciones especulativas sobre la religion y las costumbres. Se llevan mas bien de lo que ven sus ojos, que de lo que oyen sus oídos; y así logra mayor efecto en ellos un buen ejemplo, que muchos buenos discursos. Por tanto, en su educacion se debe atender á la probidad de sus maestros, y de todos aquellos con quienes tratan. Un criado vicioso, una ama poco virtuosa, unos concurrentes chocarreros, deshonestos ó disipados, son causa suficiente para hacer la perdicion de tu hijo. Entre las mismas diversiones de la niñez suelen ocultarse los fomentos de la corrupcion. Tal vez se celebran por gracias los que son verdaderamente delitos y semillas de grandes males para la edad futura. La palabra atrevida, el enojo importuno, los gestos albaneros, el desprecio de la criada, la accion insultante, la risa con que se burla de los concurrentes, suelen ser en los niños otras tantas gracias que celebran sus padres, y de que quedan muy ufanos, solicitando aplauso de los amigos y parientes. Pero todo esto es á la verdad una manifestacion de las semillas de maldad, que quedaron en nuestro corazón de resultas del pecado del primer hombre. Deben, pues, estos excesos, aunque pequeños, ser corregidos con gracia; y

evitar con discreccion sus perniciosas consecuencias. Unas veces deberán los premios alentar y estimular á los niños á las acciones virtuosas; y otras les retraerá un moderado y discreto castigo. Pero siempre se ha de tener presente, que si las fieras indómitas se amansan y domestican con la maña, con el buen trato y la dulzura, con mucha mas razon debe esperarse esto de la nobleza del hombre. Sobre todo, no olvidéis jamás que para los niños es irresistible la fuerza del buen ejemplo.

#### San Platon, Abad.

FUE san Platon hijo de Sergio y de Eufemia, cuya virtud era igual á su calidad, y ambos eran venerados en Constantinopla por modelos de la vida cristiana entre la nobleza. Nació por los años de 734. Era la virtud como hereditaria en aquella dichosa familia. Tuvo Platon dos hermanas, las cuales se distinguieron en el mundo, mas que por su ilustre nacimiento y por sus singulares prendas, por su vida ejemplar. Por lo que tocó al mismo Platon, se puede decir con verdad que mamó la devocion con la leche, sin que jamás hubiese alojado en sus virtuosas inclinaciones, ni manchado el candor de su inocencia.

Irritada la ira de Dios con las profanaciones y sacrilegios del impio emperador Constantino Copronimo, enemigo declarado de Jesucristo y de sus santos, afligia al imperio con un terrible azote que le desolaba. Era una especie de peste inaudita y misteriosa: aparecia de repente sobre los vestidos una cruz de color azul, formada con perfeccion, y al mismo punto la persona en quien se dejaba ver esta señal, se sentia tocada del contagio, y espiraba sin remedio pocas horas despues. El rigor de este azote se experimentó en Constantinopla mas que en alguna otra parte del imperio; perecieron mas de los dos tercios de aquella populosisima ciudad con muerte repentina, y tocó esta suerte al padre y á la madre de nuestro Santo.

Quedó Platon muy niño, encomendado á la tutela de un tio suyo, que atendió con particular desvelo á su cristiana educacion. Aprovechóse bien de ella. No habia en Constantinopla jóven de su edad de ingenio mas pronto, mas penetrante ni mas desembarazado; de mejor corazon, de mas blando natural, ni de modales mas nobles y mas cortesanias. Sobresalia principalmente su habilidad en el manejo de los negocios; y hallándose á la sazón su tio, y curador, en el empleo de tesorero general del imperio, le dedicó á una mesa de su misma oficina, donde en poco tiempo dió tan grandes pruebas de su

exacta hombría de bien y de sus raros talentos, que apenas se hablaba en la corte de otra cosa.

Como juntaba una singular circunspeccion y gravedad de costumbres á aquella gran madurez de juicio y solidez de entendimiento, descubrió sin dificultad los lazos que el mundo iba armando á su inocencia. Hicieron poca impresion en su espíritu los atractivos de una fortuna brillante, en que le esperanzaba su propio mérito. Inútilmente pusieron su virtud á la mayor prueba con todo aquello que mas pudiera tentar á cualquiera otro corazon menos desengañado ó menos sólido. Inútilmente le presentaron los mas apreciables partidos, le brindaron con los mas elevados empleos. Nunca le deslumbraron las aparentes brillanteces, de que tanto se paga el mundo. Inspiróle su virtud dictámenes y máximas mas conformes á la religion que profesaba. Y aunque jóven rico, y en medio de una corte, donde todo convidaba á la diversion, vivía con la circunspeccion, con el arreglo, con la devocion que pudiera un solitario. El tiempo que los otros jóvenes de su edad y de su esfera dedicaban ordinariamente al juego y á las diversiones, le empleaba él en leer libros espirituales, en oracion, y en obras de caridad. Esta virtud tan ejemplar añadía mucho esplendor á su mérito. Todos aplaudían y aun veneraban á Platon como á la maravilla de la corte. Cuando Dios le inspiró la resolucion de dejarla, por atender únicamente al cuidado de su propia salvacion.

Resuelto ya el sacrificio, distribuyó los grandes y ricos bienes que habia heredado de sus padres, parte en sus hermanas, y lo demás entre los pobres. Rotos estos lazos, salió de Constantinopla á los veinte y cuatro años de su edad, cortado el cabello, vestido de una ropa negra, y se encaminó al monasterio del monte Olimpo, en el sitio llamado *los Simbolos*, para entregarse á la disciplina de Teoclisto, abad de aquel monasterio.

Informado el santo Abad de su nombre, calidad y pocos años, le pareció que un temperamento tan delicado no podría con vida tan rigurosa, y no perdonó á medio alguno para desviarle de aquel intento; pero quedó asombrado cuando oyó la resolucion del generoso mancebo: *¿Qué importa, le dijo, que sea de complexion débil, si la voluntad es robusta? Pues qué, ¿no hemos de contar algo con la gracia? Yo, Padre, no vengo aquí para darme á Dios á medias; lo has de ser el absoluto dueño de mi espíritu, de mi voluntad y de mi vida. A la verdad no podré hacer cosas grandes, pero sabré obedecer.*

Acreditó admirablemente su proceder la sinceridad de su promesa. No hubo hombre mas humilde, mas mortificado, mas exacto, mas rendido. Hechizado el santo Abad de las admirables disposicio-

nes del nuevo discípulo, no omitió diligencia ni arbitrio alguno, que fuese conducente para cultivar aquel nobilísimo terreno. Ocupábase siempre mucho, y le mortificaba mucho mas. Acrisolaba su virtud con sensibles humillaciones, y la ejercitaba en continuas pruebas. Como nuestro Santo únicamente suspiraba por conseguir la mas encumbrada perfeccion, hizo tan grandes progresos en ella bajo la disciplina de tan hábil maestro, que muerto Teoctisto, no quisieron los monges otro superior. En vano se resistió su humildad; la unánime aclamacion de todo el monasterio era prueba de que Dios le queria en aquel empleo, y él le desempeñó dignamente.

Viéndose á la frente de todos, comprendió que era obligacion precisa suya ser superior á todos en todo género de virtudes; y procediendo segun este concepto, solo se conocia que era superior por lo que sobresalian sus ejemplos. Acostumbraba decir que un superior habia de mandar mas con las obras que con las palabras, porque estas mudas exhortaciones hacian mas efecto que los discursos mas elocuentes.

Nunca se le veía ocioso: la oracion y la lectura de los santos padres y de la sagrada Escritura eran todas sus delicias. Su sobrino Teodoro Studita, que escribió su vida, dice que apenas se pueden contar los muchos extractos que hizo de los lugares mas escogidos de los santos padres; y que todos los libros espirituales, que en tan gran número se hallaban en los monasterios, eran efecto de su laboriosidad y piadosísimo trabajo.

Mientras nuestro Santo se dedicaba con tanto desvelo á que floreciese la observancia y el fervor en su monasterio, el emperador Constantino Copronimo turbaba la Iglesia de Jesucristo con la guerra que habia declarado á las imágenes de los santos, y á los defensores de ellas. Fue horrible la persecucion; y fue mas cruel contra los monges, por haberse declarado los mas ardientes defensores de la verdad católica contra el error del impío Emperador. Fueron pocos los monasterios que no se llorasen arrasados; eran desterrados los monges mas santos y mas zelosos; y muchos de ellos recibieron la corona del martirio. Pero el Señor, que nunca desampara á su rebaño, conservó á nuestro santo en el corazon del desierto para volver á encender en él la fe y el fervor despues de la tempestad.

Obligándole algunos negocios á pasar á la corte de Constantinopla, fue recibido en ella como el ángel del desierto. Su presencia animó en todos la piedad, y no contribuyó poco á extinguir las miserables reliquias del incendio que habia excitado la herejia de los iconoclastas. Hizo famosas conversiones; restituyó á su antiguo ser la disciplina religiosa en las comunidades; el zelo y la edificacion en el estado eclesiástico; la reformation de costumbres en todos los estados; y en

fin refloreció con su presencia la religion de tal manera, que parecia haber mudado de semblante toda la corte.

En medio de tan gloriosas como trabajosas fatigas, en que le empuñaba el zelo y la caridad, no se dispensó en alguna de sus ordinarias penitencias. Instóle el patriarca de Constantinopla para que admitiese el obispado de Nicomedia, pero no fue posible vencer su profunda humildad. Suspiraba continuamente por su amado desierto, y así se retiró á él con la mayor presteza, luego que se le permitieron los negocios que le llevaron á la corte; pero su gran reputacion inquietó presto su retiro. Querian que á lo menos viviese cerca de la corte imperial, donde habia hecho en tan poco tiempo tan portentosas conversiones; y sin dar oidos á las muchas razones que alegó, ni rendirse á la resistencia que hizo, le obligaron á aceptar el gobierno del monasterio de Sacudio, ó Sacudion, cerca de Constantinopla.

Luego que entró en él restituyó á su antiguo rigor y pureza la regla de san Basilio. Despidió todos los criados que dormian dentro de las cercas del monasterio, aunque fuera de la clausura, y cuidaban del ganado que se criaba en los pastos que habia sin salir del recinto de las mismas cercas. Desembarazada la casa del ruido de los seglares, volvió á entrar en ella el espíritu de soledad y el monástico silencio. Esta reforma le ocasionó grandes pesadumbres y persecuciones; pero con su lesion, con su mansedumbre y con sus ejemplos, salió al cabo con todo cuanto intentaba.

El año de 786 asistió al sinodo de Constantinopla en la Iglesia de los santos Apóstoles, y en él defendió el culto de las santas imágenes con tanto zelo, con tanta elocuencia y con tanta intrepidez, que desconcertó las artificiosas medidas de los herejes, y consiguió que triunfase la verdad. El año siguiente se halló en el segundo concilio Niceno general, al que suscribió como abad de Sacudion, y donde trabajó tan eficazmente con san Tarasio y los demás padres del concilio en restituir el culto de las sagradas imágenes, que los iconoclastas le aborrecieron siempre como á su mas cruel azote. Vuelto á su monasterio, pasó siete años continuos en la mayor abstraccion y retiro, y en el ejercicio de rigurosas penitencias. Pero habiendolo caído enfermo, se valió de este pretexto para renunciar la abadia, en la cual le sucedió su sobrino Teodoro.

Habiendo repudiado á la emperatriz Maria, su legitima muger, el emperador Constantino, hijo de la emperatriz Irene, se casó públicamente, con escandalo de toda la Iglesia, con Teodora, dama de la misma Emperatriz, y parienta muy cercana de nuestro Santo. Con todo eso él y su sobrino Teodoro fueron casi los únicos que no acertaron á disimular tan gran maldad. Y aunque el Emperador se valió de cuantos medios pudo para reducirle al partido de su escanda-

losa pasión, de ruegos, de promesas y de amenazas, nada bastó para doblar su generosa entereza y su religión. Esto le ocasionó una persecucion deshecha y cruel. Fueron maltratados todos sus religiosos, y alcanzó la desgracia hasta á muchos de sus parientes; pero ni por eso blandió su zelo, ni se alteró su tranquilidad. Vióle el mundo, no sin admiracion, por largo tiempo en un estrecho calabozo, tan sereno y tan recogido como si estuviera en su celda, aunque el carcelero, á quien se encargó su custodia, era el mismo clérigo que había asistido al ilegítimo matrimonio de los adúlteros.

Pero habiendo muerto desgraciada y repentinamente el Emperador, la emperatriz Irene le volvió á enviar á su monasterio de Saccudio colmado de honras, y venerándole como á mártir. Hicieron los bárbaros por este tiempo una irrupcion en aquellas partes, lo que obligó á Platon á retirarse al monasterio de Studio. Los monjes quisieron precisarle á que admitiese aquella abadía; pero el Santo se mantuvo firme en no aceptarla, queriendo vivir no solo como particular, sino en cierta manera como recluso. El tesoro con que se mantuvo en no admitir á la comunión al clérigo que había asistido al escandaloso matrimonio del difunto Emperador, excitó contra él otra nueva persecucion de su sucesor Nicéforo. Encontraron tanto el ánimo de este Príncipe los herejes encubiertos que seguian la corte, y eran enemigos mortales de nuestro Santo, que le desterró á una de las islas del Bósforo. Pero muerto Nicéforo á manos de los Scitas, y derrotado su ejército, el Emperador Miguel, que le sucedió, y era príncipe piadoso, levantó el destierro á Platon. Mas los grandes trabajos que había padecido, su mucha ancianidad y sus continuas rigurosas penitencias, aceleraron su muerte. Viendo que se iba acercando la última hora, llamó á todos los monjes, que eran mas de novecientos, y dándoles su bendición, les rogó que le condujesen á la sepultura que le habían destinado. Luego que la vió, exclamó lleno de consuelo: *Este es el lugar de mi descanso hasta el fin de los siglos;* y añadió despues: *el Señor cumple los deseos de los que le temen, y los libra de sus males.* Concurrieron las personas mas distinguidas de la ciudad á recibir su bendición, y á encomendarse en sus oraciones, siendo de este número el Patriarca Nicéforo. No dejó Platon de orar hasta que dejó de vivir, continuando su amorosa union con el Señor hasta el último suspiro. En fin, habiendo rogado á Dios en voz alta por todos sus hermanos, por toda la santa iglesia, y en particular por todos los que le habían perseguido, murió santamente el sábado de Ramos del año 813, á los 79 de su edad, habiendo pasado los 55 en el monasterio.

*Escribió su vida su sobrino y sucesor san Teodoro Studita, y da fin á ella con esta devota oracion, dirigida á su santo tio.*

«Santo Padre mio, dignate desde lo alto del cielo, adonde te ha colocado el Señor, de volver hácia mí tus benignos ojos, y de ser por tu intercesion mi apoyo, mi luz y mi guia. *Pasce mecum hunc gregem, quem multo labore, et sudore collegisti.* Ayúdame á instruir y á gobernar santamente este rebaño, que juntaste con tantos sudores y fatigas. *Ut tuis insistens vestigiis ambulet per viam mandatorum Dei.* Para que siguiendo tus pasos, é imitando tus ejemplos, jamás se aparte de los caminos y mandamientos de Dios. *Observa, fove, propugna tam magnos, quam parvos, quemadmodum te rogaui in hora exitus tui.* Vela, conserva y defiende, así á los grandes como á los pequeños, como te lo supliqué en la hora de tu muerte. *Tui enim sunt omnes;* porque grandes y pequeños, tuyos son todos, no menos que míos, á quien tú quisiste darles por padre para que teniéndote por nuestro protector en la presencia de Dios, no temamos á nuestros enemigos; nunca caigamos en error, nos mantengamos firmes en la fe, miremos con horror toda relajacion, y perseveremos hasta el último suspiro en la santidad de vida que abrazamos en Jesucristo nuestro Señor, á quien sea gloria, honra y poder, con el Padre y con el Espíritu santo, ahora y siempre por los siglos. Amen.

**La misa es de la dominica precedente, y la oracion la siguiente.**

*Intercessio nos, quaerimus, Domine, beati Platonis abbatis commendat: ut quod nostris meritis non valeamus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum...*

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesion del bienaventurado Platon abad, para conseguir por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor...

**La epistola es de la primera del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo 6.**

*Fratres: Qui volunt divites fieri, incidant in tentationem, et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia, et nociva, quæ mergunt homines in interitum, et perditionem. Radix enim omnium*

Hermanos: Los que quieren enriquecerse, caen en la tentacion, y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y nocivos, que sumergen á los hombres en la muerte y en la perdicion.

*malorum est cupiditas: quam quidam appetens erraverunt á fide, et inseruerunt se doloribus multis. Tu autem, ó homo Dei, hæc fuge.*

Porque la raíz de todos los males es la avaricia, por cuyo amor algunos se apartaron de la fe, y se anegaron en muchos dolores; pero tú, ó hombre de Dios, huye estas cosas.

## NOTA.

«Es probable que san Pablo escribió esta primera carta á su querido discípulo Timoteo en el cuarto viaje que hizo á Macedonia, cuando volvió á Oriente, después de su primera prisión de Roma. Como Timoteo aún era mozo y de poca experiencia, le da en ella saludables consejos, de los cuales pueden aprovecharse todos los fieles.»

## REFLEXIONES.

Son pocos los que están contentos con su suerte. El que se ve en puesto elevado, quiere subir mas alto. No hay estado, no hay condicion en el mundo que tarde ó temprano no cause tedio. La medianía desagrada, la abundancia altera. Van creciendo con nosotros nuestros inquietos deseos; cuanto mas se les sustenta, mas insaciables se hacen. Es nuestra vida una perpétua cadena de inquietudes, y por lo regular es nuestro propio corazon el mayor enemigo de nuestro sosiego.

Los bienes criados solo tienen atractivo cuando no se poseen: en poseyéndose, fastidian. Hágase en el mundo la mayor fortuna que se quisiere; solo se ocupa el pensamiento y el deseo en la que resta por hacer. Los sucesos desgraciados irritan nuestra ambicion; los prósperos la encienden. Todos nacemos con cierto fondo de ambicion, que solo se acaba con la vida. No nos permite vivir tranquilos, porque nunca está contenta. Siempre se considera muy abajo el que juzga que puede subir mas arriba.

Quiere uno hacerse rico, quiere ascender, quiere hacer figura. ¡Qué desvelos! ¡qué cuidados! ¡qué fatigas! ¡qué disgustos! ¿No le ha de costar mil trabajos abrirse camino con tanta multitud de estorbos, por medio de aquella prodigiosa muchedumbre de envidiosos y de concurrentes? ¡Cuántos desaires ha de sufrir! ¡cuántos peligros ha de preaver! ¡cuántos sustos ha de pasar! Ascendió ya un escalon: es preciso que se detenga mucho tiempo en él antes de pasar á otro. Pregunto: ¿la fortuna que se hace, vale por ventura tanto como cuesta? Aumentósele á este ambicioso la renta; pero tambien se le aumentaron con ella los cuidados. Verdaderamente que *Badia omnium malorum est cupiditas, quam quidam appetentes erraverunt á fide, et inseruerunt se doloribus multis.*

Aplicase el otro al comercio, y desde luego se promete que ha de ser tan afortunado como otros muchos que comenzaron con menos fondos. El que tiene ambicion, nunca se imagina sin habilidad y sin génio; al atrevido jamás se le representa el éxito dudoso. ¡O, que es un mar borrascoso, lleno de escollos, y famoso por sus muchos naufragios! No importa, ni por eso ha de dejar de embarcarse. Hácese la cuenta de que si fueren los vientos contrarios, navegará á fuerza de remos; y á pesar de los piratas y de otros cien peligros, siempre arribará á seguro puerto.

Es el deseo de las riquezas el mayor tirano de nuestro pobre corazón. No hay sagacidad, no hay precaucion humana que no esté expuesta á dejarse alucinar, á dejarse engañar de la codicia. Sin duda que por castigar esta insaciable pasion permite Dios cada dia, caidas tan vergonzosas.

Habia echado el Señor la bendicion á tu primera fortuna, tenias ya con qué pasar decentemente segun tu condicion y tu estado. Si hubieras reprimido ese codicioso anhelo de ganar; si hubieras moderado esa desmedida ambicion, esa avaricia, hubieras hecho un negocio mas sólido y mas seguro. Cuando la fortuna no camina muy de prisa, está menos expuesta á tropezar. Los edificios que se levantan poco á poco, suelen ser los mas firmes y mas sólidos. Esa ambiciosa impaciencia de sacudir cuanto antes el polvo en que nació, fue puntualmente la que te llenó de polvo hasta los ojos. La ansia de ser rico precipita, y parece que se complace Dios en confundir las altaneras ideas de esos temerarios ambiciosos.

*Qui festinat ditari, non erit innocens,* dice el Sábio, (Proverb. 28)

La insaciable avaricia hace coger á todas manos; y las fortunas repentinas no siempre son las mas limpias. Pero se consulta poco á la conciencia cuando domina mucho la ambicion. Olvidanse las mas sagradas leyes del parentesco y de la amistad; aun las de la religion apenas se conocen. Donde reina el interés, no se da cuartel á la honrra de bien ni á la buena fe, sino debajo de onerosas condiciones. Importa poco que no se tengan caudales; basta que se tenga crédito; y el crédito es no pocas veces fruto de una temeraria, pero importante osadía. Entra luego el dinero á ser el cimiento sobre que se levanta toda la máquina del edificio. Las pérdidas y los contratiempos irritan mas la pasion, y sirven para que se formen nuevos proyectos. Al mas remoto asomo de una gruesa ganancia abre tanto ojo la codicia; y no pocas veces esta esperanza falaz solo conduce para aumentar la confusion, y para precipitar la ruina: *Est homo laborans, et festinans, et dolens impius, et tanto magis non abundabit,* (Eccl. 11.). Cuesta el elevarse tan alto; cuesta el caminar tan aprisa; y por lo comun solo es para que se haga mas sensible el precipicio, y mas

dolorosa la caída. Tanta verdad es lo que dice el Apóstol; que los que quieren hacerse ricos caen en la tentación, en los lazos del demonio, y en muchos vanos deseos que abollan á los hombres en un abismo de desdichas y de perdición: *Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia, qua mergunt homines in interitum.*

**El evangelio es del capítulo 16 de san Juan.**

*In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, quia plorabitis, et flebitis vos, mundus autem gaudebit; vos autem contristabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium. Mulier, cum parit tristitiam habet, quia venit hora ejus; cum autem peperit puerum, jam non meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est homo in mundum. Et vos igitur nunc quidem tristitiam habetis, iterum autem videbo vos, et gaudebit cor vestrum; et gaudium vestrum nemo tollet á vobis.*

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que llorareis, y gemireis vosotros, pero el mundo se alegrará; vosotros os contristareis, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La mujer cuando pare tiene tristeza, porque llegó su hora; pero cuando ha dado á luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, á causa de la alegría que concibe porque ha nacido al mundo un hombre. Vosotros, pues, tenéis también ahora tristeza; pero volveré á veros segunda vez, y se alegrará vuestro corazón, y ninguno os quitará vuestra alegría.

**MEDITACION.**

*De la imitación de los santos.*

**PRIMO PARENTINO.**—Considera qué dichosos son los santos; pues nosotros podemos serlo tanto como ellos con el auxilio de la divina gracia, siendo cierto que solo estamos en la tierra para gozar en algún tiempo la misma suerte que gozan los bienaventurados en el cielo. Es sin duda grande su recompensa; pero no es menor la que Dios nos ofrece á nosotros. Ellos fueron lo que nosotros somos, y nosotros solo estamos aquí para ser lo que son ellos.

Busquemos el modo de vivir que mejor nos pareciere; forjemos sistemas de conciencia y de moral, como se nos autojare; autoricémoslos, con todas las sutilezas, con todas las benignas interpretacio-

nes del amor propio, siempre será verdad que la vida de los santos debe ser nuestro modelo. Ellos imitaron á Cristo, y nosotros debemos imitarlos á ellos, si queremos tener parte en la herencia de nuestro Padre celestial. Si pretendemos arribar al mismo término, hemos menester seguir el mismo camino. Es cierto que ellos no anduvieron descaminados: ¿pues qué vamos á aventurar nosotros en tomarlos por guías? ¿podemos por ventura escoger otras? Y es cierto que no hay otro camino para el cielo que el que siguieron ellos: ¿dónde iremos nosotros á parar si tomamos otro?

Todos admiramos á los santos, todos los alabamos, á todos nos encantamos sus vidas cuando las leemos. Su inocencia, su modestia, su humildad, su mortificacion, son asuntos de nuestros elogios; y no podemos tener que algun dia sean sus virtudes el argumento de nuestra condenacion? ¿qué cosa esencial hicieron ellos, que nosotros no estemos obligados indispensablemente á hacer? Hicieron ellos rigurosas y largas penitencias por los pecados mas leves; nosotros los hemos cometido gravísimos: ¿pues quién nos ha dispensado de hacer penitencia por estos graves pecados? Ellos vivieron una vida inocente: ¿debe acaso ser menos pura nuestra vida? La regla de su conducta fue el evangelio de Jesucristo: ¿cuál debe ser la regla de la nuestra? ¿tenemos por ventura otro evangelio que autorice la licencia de nuestras costumbres?

Quién viese la conducta de los santos y la nuestra, ¿diria que todos éramos de una misma religion? ¿y no seria un gran prodigio, si siendo tan poco semejantes á los santos en la vida, fuésemos semejantes á ellos en la muerte? ¿dos caminos tan opuestos podrán conducir á un mismo término? En buena fe, ¿nos atrevéremos á esperararlo? ¿y no será una insigne locura prometérnoslo?

Ah! mi Dios, y cuánto tiempo ha que yo me lo estoy prometiendo! ¿Pero en qué principio me fundo? Conozco mi error, y con el auxilio de vuestra divina gracia espero, no ya tener la misma suerte de los santos, pareciéndome tan poco á ellos, sino imitar de aqui adelante á los santos, para lograr su misma suerte.

Punto segundo.—Considera que algun dia serán los santos, argumento de nuestra condenacion, si hoy no son modelo de nuestra vida. Habiendo sido hombres como nosotros, sujetos á las mismas pasiones, capaces de las mismas miserias, fueron fieles á la gracia, y con ella triunfaron del enemigo de la salvacion, cumplieron la ley y llenaron con exactitud todos los deberes de la justicia.

Muchos fueron de nuestra misma edad y de nuestra misma condicion: algunos de ellos de complexion mas delicada; pero cerraron los oídos á las voces de la carne y sangre. No fue respecto de ellos el

mundo ni menos imperioso, ni menos alhagüeno; pero fueron mas generosos, mas fieles que nosotros. No se ensancho para ellos el camino del cielo: tuvieron las mismas dificultades, las mismas cuevas que trepar, las mismas tentaciones, los mismos obstáculos que vencer; pero no tuvieron la misma cobardia. Fueles necesario combatir, fue grande la violencia, y les costó mucho la victoria. Nosotros vamos detras de ellos; ¿pero seguimos sus pisadas? Es menester confesarlo: hemos degenerado mucho de la piedad y de la religion de nuestros padres. Nos lisonjamos de que profesamos la misma fe, de que tenemos la dicha de ser de la misma Iglesia: mas, ¡ó Dios, y qué horrible diferencia de costumbres! Cotejemos nuestra inocencia con la suya, nuestra mortificacion con su penitencia. ¿Qué no hicieron ellos para ser santos? ¿pero qué hacemos nosotros para serlo?

Ciertamente, ó los santos hicieron demasiado, ó nosotros hacemos muy poco. ¿Tendremos valor para acusarlos de que dieron en excesos, cuando todos murieron con dolor de no haber hecho mucho mas, y no pocos con miedo de no haber hecho bastante? Ellos se acreditaron de prudentes en haber sido tan humildes, tan observantes de la ley, tan ejemplares y tan mortificados: ¿nos acreditaremos nosotros de entendidos, trabajando tan poco en ser semejantes á ellos? Los santos no hicieron mas que lo que debian, y ciertamente no hicieron demasiado: ¿hacemos nosotros aquello que debemos, hacemos lo preciso á que estamos obligados, cuando nos parecemos tan poco á los santos? ¿qué tendremos que responder para justificarnos á vista de sus ejemplos?

Aquellas verdades de nuestra religion, que hicieron tanta impresion en su corazon y en su entendimiento, y que hacen tan poca en el nuestro, nada han perdido ni de su virtud ni de su fuerza: las máximas del evangelio no se han envejecido: el premio y los castigos son los mismos: la misma doctrina persevera y los mismos documentos. ¿Pues de dónde nace la enorme diferencia que se observa de dictámenes y de conducta? ¿quiénes van descaminados, los santos: cuya vida fue tan diferente de la nuestra, ó nosotros, que seguimos una senda tan opuesta á la que llevaron los santos?

Representale á un san Platon, ya en la tranquila quietud de su soledad, ya entre el ruidoso estruendo de su desierto: considérale como quisieres, unas veces honrado, otras perseguido de los grandes; siempre le hallarás humilde, siempre mortificado, siempre discípulo de Cristo, siempre fiel. ¿Podré yo decir lo propio de mí entre las ordinarias mudanzas, entre los varios acaecimientos de la vida, y del estado en que me hallo?

¡Oh mi Dios, qué vivas, qué punzantes reprensiones nos están dando las pinturas, las estatuas de los santos! No hay retrato de ellos,

que no me esté reprimiendo mi tibieza en el servicio de Dios, mi cobardía, mi orgullo, la licencia de mis costumbres, y todos los desórdenes de mi vida. Háceme fuerza, Señor, háceme fuerza; y espero que de hoy en adelante, asistido de vuestra divina gracia, al mismo tiempo que honre y que venero á los santos, me esforzaré también á imitarlos.

### JACULATORIAS

*Filii sanctorum sumus.* Tob. 2

Hijos somos de los santos.

*Memento propositorum vestrorum:: quorum intuentes exitum, conversationis imitamine fidem.* Hebr. 13.

Traigamos á la memoria los ejemplos de nuestros mayores, y haciendo reflexion al dichoso fin que tuvieron, imitemos su fe, y vivamos como vivieron ellos.

### PROPOSITOS.

Leense con gusto las vidas de los Santos: se admira su fe, se ensalza su fervor; se engrandeca su aliento; y apenas hay elogio, que no se dé con el mayor encarecimiento á su prudencia. ¿Pero qué fruto se saca de una veneracion tan justa y tan universal? Todo se aplaude, y nada se imita. Se miran las virtudes de aquellos héroes cristianos, como si fueran frutos de paises muy remotos: conócese su mérito, y se estima su valor; pero no pasa la reflexion mas allá de la admiracion y del aprecio. ¡Cosa extraña! á casi todos arrastra el mal ejemplo, y en poquitos hace impresion la virtud mas ejemplar. Apenas hay quien no tenga envidia al que ve mas elevado, y que no haga esfuerzos para subir tanto como él. La misma obscuridad del nacimiento, la misma medianía de fortuna irrita la ambicion, en vez de moderarla. Aunque los siglos no ofrezcan mas que un solo ejemplo en cada clase de prosperidades no esperadas; no hay pobre oficial que no se imagine con tanta destreza, no hay hombre de negocios que no se suponga con tanto genio, no hay soldado infeliz que no espere hacer tan gran fortuna como el otro, que ascendió á ella sin mas caudal, ni mayores fondos. Válgame Dios! cuándo ha de llegar el caso de que inspiren en nosotros la misma noble ambicion los ejemplos de los Santos de nuestra propia edad, y de nuestro mismo estado? Lees con frecuencia las vidas de los santos: bien; ¿y qué fruto sacas de tan importante leccion? Comienza desde hoy á procurar que sea menos inútil para tí. Entre esos grandes modelos hallarás

pocos, en quienes no encuentres algunas virtudes proporcionadas á tu estado, y fáciles á tu imitacion. Quando leas sus vidas, no te dejes llevar mucho de aquellos dones singulares, de aquellas acciones extraordinarias y maravillosas, que arrebatan, que embelesan, que suspenden; pára principalmente la consideracion en aquellos grandes ejemplos de paciencia, de modestia, de mortificacion y de humildad. Observa en unos aquella dulzura, aquella apacibilidad inalterable, que te es tan necesaria: aprende de otros aquella exactitud, aquella fidelidad en las cosas mas pequeñas, de que tienes tanta necesidad; y dile á tí mismo, haciendo reflexion sobre lo que acabas de leer: *Et tu non poteris quod isti, et ista?* ¿Y qué no podré yo con la divina gracia lo que pudieron tantos santos y santas, mas jóvenes, mas tiernas, mas delicadas? *Et tu non poteris?* ¿Porqué no podré yo tener tanta fortaleza y tanto valor, tanta resolucion y tanta perseverancia, tanto zelo y tanta virtud? Nunca leas las vidas de los santos, sin hacerte esta saludable reconvencion.

En materia de devocion ni de enmienda de castumbres son poco eficaces los propósitos vagos y generales: quién se contenta con una resolucion general de hacerlo todo, regularmente nada hace. Lee la vida de algun santo: admira sus virtudes, sus piadosas industrias, sus penitencias; pero de todas aquellas maravillosas acciones entresaca dos ó tres hechos que sirvan á tu imitacion. Aquí el generoso perdón de una injuria; allá el ejercicio continuo de paciencia: en éste una paz inalterable; en aquél ciertos actos de mortificacion usuales y ordinarios, ciertas devociones particulares y fáciles; y desde este mismo dia aplicate á practicar las que escogieres. Pero no basta esto: en habiendo escogido alguna virtud, alguna devocion particular para imitarla, implora por medio de alguna breve oracion (ninguna es mas eficaz que la del dia) la proteccion del santo ó de la santa que tomas por modelo; siendo esta una prueba de la sinceridad de tu deseo, que nunca se queda sin fruto.



## DIA V.

### **San Vicente Ferrer, confesor.**

**SAN** Vicente Ferrer, tan célebre en toda la universal Iglesia, y uno de los mayores ornamentos del orden de Predicadores, nació en Valencia de España el año de 1357, de una familia muy antigua; pero no menos acreditada por su piedad, y por su caridad con los pobres, que por el esplendor de su nobleza.

Entró en el mundo nuestro Santo enriquecido con tan noble natural, y adornado de tan bellas inclinaciones, que fue su infancia un

como preludio de aquel admirable zelo y de aquella eminente santidad, que hasta el dia de hoy forman su mas expresivo carácter. Desde luego fueron los pobres el objeto de su inclinacion y de sus cariños. No podian dar al niño Vicente mayor gusto que encomendarle repartiéndose por su tiernecita mano la limosna. Los juegos con los otros niños de su edad eran siempre sobre cosas de devocion; y todos su entretenimientos se reducian á hacer oracion, y á leer libros devotos. Fue niño poco tiempo, y nunca se deslizó en los vicios de la juventud.

Era de ingenio vivo y penetrante, y de memoria feliz. A los doce años comenzó la filosofia; dos años despues la sagrada teologia, en la cual hizo tan grandes progresos, que á los diez y siete años sabia mas que sus maestros.

Como iba creciendo en sabiduria, iba tambien creciendo en santidad. El estudio no le impedía la devocion. Favorecióle el cielo con el don de lágrimas en una edad poco acostumbrada á semejantes piadosas impresiones. La materia mas frecuente de su meditacion era la pasion de Cristo, y casi desde la cuna mostró su tierna devocion con la santísima Virgen.

Acabados los estudios á los diez y siete años de su edad, le declaró su padre el intento que tenia de colocarle bien en el mundo, caso que no le llamase Dios al estado eclesiástico ó religioso; pero quedó gustosamente sorprendido cuando oyó de boca de su hijo la resolucion en que estaba de abrazar el instituto de santo Domingo, donde florecian la sabiduria, el zelo y el mas ejemplar fervor. Lleno el piadoso padre de un ternísimo gozo; *Ahora sí, hijo mío, le dijo echándole los brazos al cuello, ahora sí que entiendo un sueño que tuve pocos dias antes que nacieses. Soñaba, que entrando en la iglesia de los padres Predicadores, se llegaba á mí un religioso, y me daba la enhorabuena de que tendria un hijo, que con el tiempo seria uno de los mas brillantes astros de su Orden, y cuyo zelo igualaria al de los apóstoles de los primitivos tiempos de la Iglesia.* Al oír estas palabras respondió Vicente: *Pues padre y señor, no dilatemos un momento el cumplimiento de un vaticinio tan dichoso para mí: siendo tan clara la voluntad del Señor, seria muy delincuente cualquiera dilacion.* Admirado y enternecido el padre con la generosa resolucion de su hijo, él mismo le condujo al convento de Predicadores, que habia en la ciudad. Presentóle al prior, que le recibió como un don venido del cielo, conociendo bien el inestimable valor del regalo que le hacia.

Aun no siendo mas que novicio, se dudaba hubiese en la comunidad religioso mas perfecto. Desde luego se propuso por modelo la vida de su santo fundador, y sin ponderacion se puede asegurar que salió la copia perecida al original. Despues de hecha la profesion religiosa, solo se dedicó á desempeñar la perfeccion de su estado; y así

por la santidad de su vida, como por la eminente doctrina que adquirió en la carrera de los estudios, fue sin disputa uno de los hombres más sabios y más santos de su siglo.

El estudio interrumpía poco ó nada la oración: *¿Quieres estudiar con fruto?* dice el mismo santo en su tratado de la vida espiritual, (cap. 2.), *pues procura que la devoción acompañe siempre al estudio. Consulta más con el Espíritu santo que con los libros, y pide incesantemente á Dios la inteligencia de lo que lees. ¿Te cansa, te fatiga el estudio? pues descansa de tiempo en tiempo en las sagradas llagas de Jesucristo: algunos instantes de reposo en su sagrado corazón añaden nueva fuerza, nueva luz al entendimiento. Interrumpe la aplicación con breves, pero fervorosas jaculatorias: no des principio ni pongas fin á la tarea del estudio sin la oración; porque la sabiduría es don del Padre de las luces, y de ningún modo es obra de nuestro ingenio, ni de nuestro trabajo.*

A los veinte y cuatro años de su edad le nombraron los superiores para que leyese filosofía á los frailes del convento: lo que hizo con tanto crédito, que desde luego se declararon por discípulos suyos setenta estudiantes seculares. Avista de aquel primer ensayo de la sublimidad de su ingenio, juzgaron los superiores que para él era corto teatro Valencia. Enviáronle primero á Barcelona, y después á Lérida, que era á la sazón celebrísima universidad de Cataluña. Allí recibió el grado de doctor, siendo de edad de veinte y ocho años, por mano del cardenal Pedro de Luna, legado á la sazón de la silla apostólica en España. Vuelto á Valencia, el obispo, el cabildo y la ciudad, le obligaron á explicar en público la sagrada Escritura, y á leer algunas materias de teología; pero conociendo todos el eminente talento que tenía para el púlpito, no permitieron que le tuviese enterrado. Comenzó á predicar, y comenzó á convertir. No había obstinación que se resistiese á la fuerza y á la eficacia de sus sermones; y las grandes conversiones que hizo, dieron luego á conocer que Dios había enviado en él al mundo un nuevo apóstol.

Componía los sermones á los pies de un crucifijo; y se conocía bien que su elocuencia no podía nacer de otra fuente ni principio. Pero por mucho que se multiplicasen sus ministerios exteriores, jamás interrumpía su continua oración. De tal manera se dedicaba al trato con los prójimos, que nunca perdía el recogimiento interior. Crecía su humildad con su reputación, y aumentaba la penitencia con los trabajos apostólicos. Las exenciones y privilegios personales de los doctores, de los maestros y de los predicadores, no hablaban con fray Vicente: ignorábalas enteramente por lo que tocaba á su persona, y no sabía distinguirse sino por los ejercicios de mayor penitencia y de mayor humillación.

Dicho se estaba que un zelo tan asombroso y una virtud tan sobresaliente, habian de llenar de rabia al demonio, y que éste no habia de dejar en reposo á nuestro Santo. A ningun medio perdonó para derribarle: hizo cuanto pudo para vencerle, ó á lo menos para cansarle. Permitió Dios para probar su fidelidad, y para templar la vanagloria que le podia resultar de verse tan aplaudido, que fuese combatido de las mas vergonzosas tentaciones. No le daba treguas el ángel de Satanás; y fuera de las sugestiones y de los torpísimos objetos que fingia aun á sus mismos ojos corporales, para dar en tierra con su pureza, ponía en movimiento todos los demás artificios, aun mas terribles en esta delicadísima materia.

Vallóse de una muger lasciva y jóven, que fingiéndose enferma, llamó al Santo para que la confesase; luego que se vió con él á solas, empleó todos los medios que supo inventar la pasion y la torpeza para reducirle; pero apenas conoció Vicente el lazo, cuando huyó de él con precipitada fuga. Quiso la irritada muger vengar el desaire de su ciega pasion, levantando al Santo la mas sensible calumnia; pero solo sirvió para hacer mas vergonzosa su confusion, y mas gloriosa la reputacion de Vicente. A esta victoria se siguió otro nuevo ataque. Halló modo de entrar y esconderse en la celdilla del Santo una infame muger pública; entró en ella Vicente, sin saber lo que en ella se ocultaba: hizo su acostumbrada oracion, púsose á estudiar serenamente, cuando de repente salió del rincón donde estaba escondida, aquella mala muger llena de desenvoltura. No se evitaba el escándalo con la huida; y lleno el castísimo Vicente de una gran confianza en la misericordia del Señor, le habló con tanta fuerza, con tan divina eficacia, que al punto la convirtió; lloró, gimió, afligióse; y naciendo su dolor de un sincerísimo arrepentimiento, edificó tanto en adelante á toda la ciudad con el ejemplo de su fervorosa vida, como antes la habia escandalizado con la dissolution de sus desórdenes.

El año 1394, muerto el papa Clemente VII, sucedió aquel gran cisma, en el cual fue nombrado por papa en Aviñon el cardenal Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII. mientras Bonifacio IX, sucesor de Urbano VI, ocupaba la santa Silla de Roma. No habia un año que el Santo estaba de vuelta en Valencia, cuando Benedicto le llamó á Aviñon, le hizo su confesor, y le nombró por maestro del sacro palacio.

Todo lo que tenia sonido ó aire de dignidad era muy contrario al genio del humildísimo Vicente; pero creyendo que oia la voz del verdadero vicario de Jesucristo en un hombre á quien España y Francia reconocian entonces por legitimo papa, obedeció; aunque con un vivísimo dolor de ver el escandaloso cisma, que afligia y despedazaba á toda la santa Iglesia. Era tan dificultoso, y estaba tan obscurecido el

derecho que todos los concurrentes pretendian tener al pontificado que fueron muy excusables muchos y grandes santos, que en aquel tiempo se declararon de buena fe por diferentes partidos. Pero no fue inútil la asistencia de nuestro Vicente cerca de la persona de Benedicto. No contento con gemir incesantemente en la presencia de Dios, le exhortaba continuamente al desinterés y á la union. Hizo muchos viages á Cataluña, Aragon y Francia, con diferentes legacias al Emperador Sigismundo y al Rey Carlos VI., y no contribuyó poco á que se convocase en Constanca un concilio general.

Habia cerca de diez y ocho meses que estaba en Aviñon, cuando se vió asaltado de una violenta y maligna fiebre, que le redojó á los últimos extremos. Estando ya para espirar se le apareció Cristo, y le mandó, que dejando la corte de Benedicto, fuese á predicar como apóstol por todas partes. Su curacion repentina y milagrosa fue prueba visible de la verdad de la aparicion. Ofrecióle Benedicto el obispado de Valencia, y el capelo de cardenal; pero ninguna cosa fue capaz de deslombiarle, ni de detenerle, y partió con potestad de legado apostólico para predicar en todas partes el evangelio.

Pero habiendo sabido que Gregorio XII. y Juan XXIII. para poner fin al cisma, y dar paz á la Iglesia, habian renunciado sus pretensiones, y se habian sometido á la decision del concilio, hizo cuanto pudo para reducir á Benedicto á que imitase el mismo ejemplo; y no habiendo podido conseguirlo, se separó de su comunión, y desde entonces le trató como á cismático.

El santo pontifice Martino V. le hizo de nuevo su misionero apostólico por todo el universo, y corriendo inmensos paises con sus evangélicas misiones, en breve tiempo hizo mudar de semblante á casi toda la Europa. Dió principio á ellas por España el año de 1397, y obró tantas maravillas, así en el pueblo como en el clero, que las conversiones asombrosas que hizo en los reinos y provincias de Cataluña, Valencia, Murcia, Granada, Andalucia, Leon, Castilla, Asturias y Aragon, le merecieron el glorioso título de Apóstol de las Españas. Despues entró en Francia, donde aun fue mas abundante y mas copiosa la mies. El Langüedoc, la Provenza y el Delfinado correspondieron maravillosamente á sus apostólicos trabajos, y en cierta manera se puede decir, que honraron mucho su zelo por la reforma general de costumbres, que desde luego se dejó ver en todos los estados. Pasó á Italia, y corrió con iguales felicísimos sucesos toda la ribera de Génova, el Piamonte, la Lombardia y la Saboya. Penetró por Alemania, predicó en todo lo que baña el Rhin superior, y con tanto fruto en todas partes, que ya solo se le conocia por el nombre de Apóstol de toda Europa.

No es posible referir individualmente los viages apostólicos, los ex-

cesivos trabajos, el asombroso fruto, y todas las maravillas de este gran Santo. Solo con dejarse ver, se sentian movidos á lágrimas y á compuncion los mas endurecidos pecadores, acabando despues su perfecta conversion la divina gracia, que siempre acompañaba á su triunfante elocuencia. El mas ordinario asunto de sus sermones eran las verdades mas terribles de la religion: la muerte, el infierno, y sobre todo la terribilidad del juicio particular y universal. Predicaba con tanta fuerza y con tanto zelo, que llenaba de terror aun á los corazones mas insensibles. Predicando en Tolosa sobre el juicio universal, todo el auditorio comenzó á estremecerse con una especie de temblor, semejante al que causa el frio á la entrada de una furiosa calentura. Muchas veces le obligaban á interrumpir el sermón los llantos y los alaridos de sus oyentes, viéndose el Santo precisado á callar por largo rato, y á mezclar sus lágrimas con las del auditorio. En no pocas ocasiones, predicando ya en las plazas públicas, ya en campaña rasa, se veian quedar muchas personas inmóviles y pasmadas, como si fueran estatuas. Un insigne pecador cayó á sus pies muerto de dolor al acabar de confesarse. En fin, todos decian á una voz, que no era posible oír á Vicente y perseverar en pecado.

No se puede dudar que le comunicó Dios el don de lenguas. El prodigioso número de judios, moros, sarracenos, turcos y esclavos, que sacó de la infidelidad, sin hablar de los millares de herejes, cismáticos y pecadores obstinados, que convirtió en España, Francia, Italia, Alemania, Países-Bajos, y en Inglaterra, prueba concluyentemente, que sin milagro no era posible se dejase entender de tantas y tan diferentes naciones.

Los pueblos salian en tropas á recibirle como á enviado del Señor. Seguiante cuando iba de un lugar á otro, y alguna vez se contaron mas de diez mil personas que iban tras de él al pasar á otra ciudad. Predicando en un gran campo se contaron tal vez hasta ochenta mil almas, que concurrían con el ánsia de oírle. En sola España convirtió á la fe á veinte y cinco mil judios y á ocho mil sarracenos: las demás conversiones no pueden reducirse al guarismo. Luego que se divulgaba el lugar adonde habia de ir á hacer mision san Vicente, se anticipaban los mercaderes á celebrar una especie de feria de géneros pocos veces vistos, y muchas menos usados, llevando cargas enteras de cilicios, disciplinas, cadenillas, rallo, capotillos de cerdas, y otros instrumentos de penitencia de nueva invencion, en que suele ser muy ingeniosa la codicia propia, para contentar la mortificación ajena.

Al don de lenguas y al don de la eficacia, acompañaba tambien el de milagros. Con todo eso seguramente se puede afirmar, que la que el Señor comunicaba á sus sermones no conocia menos de la fuerza

de sus ejemplos, y de la santidad de su vida, que de la virtud de sus milagros, y de la vehemencia de sus discursos.

En sus largos viajes, en medio de sus mayores fatigas, y entre los mas penosos ministerios de su apostólico zelo, jamás aflojó en la mas exacta observancia de la regla que habia abrazado. Por espacio de cuarenta años ayunó todos los dias de la semana, excepto el domingo; y los miércoles y viernes à pan y agua, sin dispensarse jamás en esta rigurosa abstinencia por sus excesivos trabajos. Su cama eran unos sarmientos, ó un poco de paja: todas las noches despedexaba su cuerpo con sangrientas disciplinas. Ni las enfermedades eran bastantes para obligarle à mitigar sus crueles penitencias. Ninguna le hizo exceso en el apostólico desinterés con que predicaba y ejercia todas las demás ministerios; tanto, que pudiera parecer como característica en él la virtud de la pobreza.

Desde el púlpito se iba derecho al confesonario, y nunca supo qué cosa era aceptación de personas. Haciendose todo à todos, ganó millares de almas para Jesucristo, correspondiendo siempre su fervor y su devocion à su mortificacion y su zelo. Siempre que se dejaba ver en el altar, se derretia en tiernas lágrimas: celebraba el santo sacrificio de la misa con tanta fe, con tanto respeto, y con tan visible amor à Jesucristo, que le infundia en todos los circunstantes: la tierna devocion à la santísima Virgen fué, digámoslo así, la devocion de su cariño, y la que inspiraba con mayor cuidado à todos sus penitentes. Tal era el ministro que habia escogido Dios para llevar por el mundo su divina palabra.

Llegando à noticia del rey de Inglaterra las maravillas que obraba el Señor por su fiel Siervo, le escribió una carta en terminos muy respetuosos, y le despachó un gentil hombre para suplicarle le hiciese el gusto de extender hasta su reino los efectos de su apostólica caridad. Mandó equipar un navio à sus reales expensas, y le envió à las costas de Francia para que se embarcase en él nuestro santo, à quien hizo en su recibimiento mas honores, que los que haria à un soberano. Predicó en las principales ciudades de Inglaterra, donde hizo tantos prodizios, como los que habia hecho en todas partes. Habiendo vuelto à Francia, corrió muchas provincias de aquel reino, y siempre con igual fruto. Hallándose en Bourges el año de 1417, recibió cartas de Juan V., duque de Bretaña, en que le suplicaba pasase à hacer mision à sus estados. En todas las ciudades de aquel ducado se le hizo el mismo recibimiento que se pudiera hacer al mismo sumo pontífice. El pueblo, el magistrado formado en cuerno de ciudad, y hasta los mismos obispos, salian à larga distancia à recibirle: cuando se acercó à la corte, salió el duque y la duquesa con toda ella hasta media legua, y le condujeron como en triunfo à la ciudad. En

toda la Bretaña, y en toda la Normandía se conoció muy presto la general reformation de costumbres en la nobleza, en el clero, y en el estado general; pero en medio de estas asombrosas conversiones consumó Vicente el sacrificio de su apóstolica vida.

Consumido al rigor de tantas penitencias y trabajos, había mucho tiempo que vivía como de milagro, cuando cayó malo en Vennes. Los cinco compañeros españoles, que llebaba siempre consigo, y jamás se separaban de su lado, le hicieron grandes instancias para que se dejase trasportar á Valencia de España, pretextando la necesidad de experimentar el mas benigno temperamento de los aires nativos, aunque en realidad deseosos de que aquella ciudad, que había tenido la dicha de que naciese en ella al mundo y á la vida religiosa, lograse tambien el consuelo de darle sepultura. Pero quiso Dios oír las oraciones de los vecinos de Vennes, que no podían sufrir se les pretendiese quitar aquel preciosísimo tesoro. En fin á los 5 de Abril del año de 1419, miércoles de la semana de Pasión, aquel gran santo tan célebre en todo el mundo cristiano, por el inmenso número de conversiones y de milagros, tan singularmente venerado de los pueblos y de los grandes, consultado tantas veces de los sumos pontífices y de los mismos concilios, dotado del don de profecía, y siendo la admiración del universo, murió en Vennes, casi á los setenta años de su edad, y á los cincuenta y dos de su religiosa profesion.

Juan, duque de Bretaña, le mandó hacer magníficas exequias. La duquesa le lavó los pies por sus mismas manos, y Dios hizo muchos milagros por el agua con que se los lavó. Cuéntanse hasta ochocientos y sesenta los que hizo en vida: los que ha hecho despues de muerto son innumerables, y se aumentan cada dia. Canonizó el papa Calixto III el año de 1455; pero la bula de su canonización no se espidió hasta dos años despues por su sucesor Pio II. Todas las alhajas que le sirvieron en vida son hoy digno objeto de la mayor veneracion de los fieles, y obra el Señor grandes milagros por estas preciosas reliquias. Su sagrado cuerpo se conserva hasta el dia de hoy en Vennes con tanta veneracion, como magnificencia.

**La misa es en honra del Santo, y la oracion la que sigue.**

*Deus, qui Ecclesiam tuam Beati Vincentii confessoris tui meritis, et predicatione illustrare dignatus est: concede nobis famulis tuis, ut et ipsius instruamur exemplis, et ab omnibus ejus pa-*

O Dios que te dignaste ilustrar á tu Iglesia con los merecimientos y con la predicacion de tu confesor el bienaventurado Vicente: concédenos á nosotros, humildes siervos tuyos, que imitemos sus

*trocinio liberemur adversis. Per Dominum nostrum...*

ejemplos, y que por su proteccion seamos libres de todas las cosas adversas. Por nuestro Señor...

**La epistola es del capítulo 31 del libro de la Sabiduría.**

*Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. ¿Quis est hic, et laudabimus cum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria aeterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideo stabilita sunt bona illius in Domino, et elemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.*

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es éste, y le alabaremos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro, y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna; pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

NOTA.

«Jesus, hijo de Sirach, y nieto ó viznieto de Jesus, hijo de Josedeo, era respetado no menos por su virtud, que por su aplicacion al estudio de los libros Sacrados. Fue llevado cautivo á Babilonia por Tolomeo Lago, como 320 años antes de Jesucristo: allí compuso este admirable libro, que se intitula: el «Eclesiástico» ó el libro que predica. Reconócele la Iglesia por canónico, esto es, dictado por el Espiritu santo, y como tal le hace lugar en el canon de los sagrados libros.»

REFLEXIONES

*Beatus vir:: qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia, et thesauris.* La felicidad de un hombre rico no consiste en sus tesoros, sino en sus virtudes. Siendo las riquezas un don de la liberalidad del Señor, es de admirar haga la virtud tan pocos progresos entre los ricos, cuando ningunos debieran ser mas virtuosos á título de mas agradecidos. Por eso debiera siempre triunfar la virtud en medio de la abundancia. Lógranse con ella mas medios para santificarse; ¿pues por qué los ricos no deberan ser mas santos?

En medio de eso sucede casi siempre todo lo contrario. Los mas poderosos, los que viven con mayores conveniencias en el mundo, no suelen ser los mas santos, ni aun los mejores cristianos. La opulencia los pone á cubierto contra las misérias de la vida; ¿pero los exime acaso de

las máximas del evangelio? Porque tengan mas bienes que los otros ¿adquieren derecho para tener menos piedad y menos religion?

Alborótase, escandalízase el alma de oír semejante proposicion; ¿pero no hay sobrados motivos para hacerla? Una desordenada licencia de costumbres, una disolucion desenfadada de corazon y de espíritu, y una conducta, no solo poco cristiana, sino punto menos que impia, como la que se observa en la mayor parte de los que se llaman dichosos en el mundo; ¿no da bastante derecho para preguntar si la gente de distincion, si los hombres ricos gozan algun privilegio que los dispense en la severidad de la ley evangélica; ó si la diversidad de condiciones supone alguna diferencia de mandamientos en la ley santa de Dios, respecto de aquellos que profesan una misma religion? Pero á menos que se ignoren los primeros principios del cristianismo, ¿se podrá dudar que esta ley es universal? No hay mas que un evangelio; luego no puede haber mas que una doctrina; y ciertamente si esta doctrina admitiera algun lenitivo, alguna dispensacion, parece no debiera ser en favor de los ricos. Como su misma condicion los espone á mayores obstáculos para conseguir la salvacion, parece que ella misma los está imponiendo la indispensable necesidad de añadir á la observancia de los mandamientos la práctica de la mayor parte de los consejos.

*Fecit enim mirabilia in vita sua.* ¡O con cuánta razon reputa el Sábio por una especie de prodigio, que se vea un hombre rico y al mismo tiempo inocente! Son las riquezas, segun la espresion del Salvador, unas espinas que no solo punzan, sino que hieren y taladran. Con todo eso, hablando en rigor, no son las riquezas en sí mismas, sino el abuso de ellas, el que las hace servir de estorbo á la salvacion.

Llegó uno á ser rico; pues ya no es la religion la que regla ni sus dictámenes ni sus acciones. El puesto que ocupa, el empleo que compró, los bienes que posee, son la regla y la medida de sus deseos, de sus pensamientos, y se puede añadir que aun de las mas esenciales obligaciones de la religion.

¿Logró el otro hacer papel en el mundo, ascender á un empleo que le distingue de los demas? casi nunca cede esta distincion en favor de la piedad. Una fortuna no esperada, una rica herencia, un negociado feliz sacó á aquél del polvo en que se hallaba; pues á dos dias olvidó ya su primera condicion; ¿y que medios no aplica para olvidarla? Bien se puede decir, que siempre que hace fortuna la persona, la hace tambien el amor propio. Raras veces se separan de la prosperidad el orgullo, la delicadeza y el placer. ¿Quién no dirá que el día de hoy el regalo, la indevotion y la ociosidad son pruebas legítimas de nobleza? Lo que no se puede negar es, que ellas como que caracterizan y distinguen á los ricos de los que no lo son. Quien viere la mayor parte de las personas acomodadas y de grandes conveniencias, juzgará que la opulencia y la profa-

nidad son títulos legítimos para ser poco cristianos: pero también lo serán para no salvarse. ¡O buen Dios, qué maravilla tan rara es encontrar á un hombre sin mancha entre la prosperidad y la abundancia! *Beatus vir, qui inventus est sine macula... quis est hic, et laudabimus eum? Fecit enim mirabilia.*

**El evangelio es del cap. 13 de san Lucas.**

*In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lombi vestri præcinati, et lucerna ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod præcignet se: et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit beati servi illi sunt. Hoc autem scitote, quoniam si sciret pater familias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los hallaré velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto que si el padre de familia supiera á qué hora vendría el ladrón, velaría ciertamente, y no permitiría minar su casa. Estad también vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensáis, vendrá el hijo del hombre.

**MEDITACION.**

*De la pronta obediencia á la voz de Dios.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que del mismo modo que Dios merece ser obedecido, merece serlo sin dilacion. Toda obediencia forzada le es desagradable; porque la obediencia menos pronta, á lo menos siempre es señal de indiferencia, y no pocas veces de desprecio.

Las órdenes de Dios no admiten réplica; ¿pues quién podrá con razon diferir el obedecerlas? Cuando Dios nos manda algo, ¿ignoraré por ventura nuestra calidad, nuestra repugnancia, nuestra flaqueza, ó nuestras

necesidades? ¿Qué error, qué blasfemia, imaginar que un Dios tan justo, tan sábio, y tan bueno quiera mandarnos cosas imposibles! ¿qué impiedad creer que nos niegue sus auxilios para cumplir sus mandamientos! ¿Pues porqué no le obedecemos con prontitud? El que manda es un Soberano infinitamente Sábío, es un padre infinitamente bueno. Si merece ser obedecido dentro de un dia, ó dentro de una hora, ¿por qué no merecerá serlo al instante?

Todas esas dilaciones en obedecer, son, digámoslo así, unos como paréntesis del debido rendimiento, son intervalos de desobediencia y de indocilidad. Decláranse concurrentes con el mismo Dios la pasión y el amor propio, y pretenden disputarle la pronta obediencia á sus órdenes. En la realidad se piensa en obedecer al superior; pero ha de ser cuando á uno se le antoja. Esto se llama prestar tantos oídos al humor y á la propia inclinacion, como á la voz de Dios. Manda el Señor que se restituya, que se hagan las paces, que se reforme la vida: consiéntese en ello, pero es con ciertas restricciones, con ciertas cláusulas. Voz es de Dios la voz del director, la del predicador, la del libro, la de la propia conciencia: óyese y aun se quiere hacer lo que dicta, pero en otro tiempo: préstase el consentimiento á la inspiracion, pero casi nunca en el mismo punto en que se siente. De manera, que lo que pide el amor propio siempre ha de ir delante de lo que pide Dios. Lo que se acomoda al gusto de la pasión, del genio, de los sentidos, eso no admite dilacion; mas para hacer lo que Dios manda siempre hay tiempo. Comprende bien la inocencia y la indignidad de estas irreverentes dilaciones.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la obediencia tardía por lo comun se acredita de forzada. La pronta sumision es prueba legitima del amor y del respeto.

¡Cosa extraña! Todas las cosas inanimadas obedecen sin dilacion á la voz de Dios: *Ipse dixit, et facta sunt*: (Sam. 148.). Habló, y fueron hechas todas las cosas; mandó y salieron de la nada todas las criaturas, solo el hombre, que conoce quién es el Dios á quien debe obedecer, es el único que no le obedece con prontitud.

¿Qué caso se hace de un criado tardó y perezoso en ojeantar lo que se le manda? ¿Juzgamos que nos agradecerá Dios aquellos obsequios que le prestamos con disgusto? El amor no sufre dilaciones: siempre se hace con prontitud lo que se hace de buena gana.

Quiere el Señor que se le abra al mismo punto que llama: *confitemur*: porque ni el esposo abre la puerta á los que llegan un poco tarde. Esta importante verdad obligó á todos los santos á velar continuamente para no ser sorprendidos. Ella los hizo tan prontos á obedecer la voz de Dios, de cualquiera manera que se la hiciese entender: con qué escrupulosa exactitud ejecutaban las órdenes de sus superiores! con qué fervor cum-

plian con las mas menudas obligaciones de su estado! (con qué prontitud obedecian al primer golpe de la campana! Las ovejas luego que oven el silbo del pastor, al punto le siguen. Si los apóstoles hubieran dilatado seguir á Cristo luego que los llamó, jamás le hubieran seguido. No debió ni un solo momento Magdalena, cuando oyó que el Maestro la llamaba. ¡Mi Dios, cuántas gracias se han perdido! cuántas inspiraciones se han malogrado! cuántas vocaciones se han desvanecido por no haber os obedecido al momento! Pues que os dignais hacerme conocer cuan peligrosa es la menor dilacion en rendirme á vuestra voluntad; haced, Señor, que en adelante os obedezca con la mas pronta exactitud, como estoy resuelto á ejecutarlo con el auxilio de vuestra divina gracia.

### JACULATORIAS.

*Loquere, Domine, quia audit servus tuus. 1. Reg. 3.*  
 Hablad, Señor, que vuestro siervo oye.

*Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum. Salm. 56.*  
 Mi corazon está aparejado, Señor, mi corazon esta aparejado.

### PROPOSITOS.

Si oyeres hoy la voz de Dios, dice el Espíritu santo, no quieras endurecer tu corazon: *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* Por esta palabra hoy, segun el profeta, se entiende todo el tiempo de esta vida, en el cual continuamente nos está hablando el Señor, ya por libros espirituales, ya por voz de los confesores, ya por el ejemplo de los santos, ya por los accidentes que suceden, y ya por secretas inspiraciones: *Nolite obdurare corda vestra.* Guárdate de hacerte sordo á estas voces. No obedecerlas prontamente, es casi lo mismo que no oirlas, y con las dilaciones se va endureciendo el corazon insensiblemente. Cuando habla Dios, todo debe callar, las pasiones, el amor propio, los respetos humanos. Examina hoy cuánto tiempo ha que el Señor te está hablando, te está llamando con golpes, con gritos, y siempre inútilmente. Pues tiempo vendrá en que callará. Considera bien que desgracia será la tuya, cuando cansado, enfadado el Señor de tu tardanza, ya no te hable palabra. Pero te puede, y aun debe servir de consuelo, que en esta misma hora te está hablando: estas reflexiones de lectura que ahora estás haciendo de este libro, son voces suyas, y es cosa fácil entender bien su language. Desea que para siempre te pongas entredicho á tal juego, á tal comunicacion, á tal concurrencia: quiere que reformes esa profanidad, esa suntuosidad tan poco cristiana: esos modales orgullosos, presumidos, desenfadados y altaneros. Dícete que

endulces ese genio avinagrado, ese natural áspero y desabrido, ese tono de voz allivo y desdénoso. Mandate que atiendas á las obligaciones de tu estado y de tu oficio con mas exactitud: que veles sobre tu casa y familia con mayor cuidado, y con mas zelo: que no te dispenses con tanta facilidad en tus ejercicios espirituales; que los hagas con mas devocion, y no quebrantes con tanta ligereza las reglas que te has propuesto para gobernarte. Pidete ese lijero sacrificio, esa corta mortificación, esa obra de caridad, esa limosna. Previénete que ores, que estés siempre en vela: porque vendrá en la hora en que menos lo pienses. No dejes que se pase el día de hoy sin hacer lo que te mande.

2 Háblanes Dios de muchas maneras: pero nunca se percibe mas clara y mas distintamente su voz, que en el estado religioso, y en cualquiera otro estado de subordinacion y de dependencia. La orden del superior, la voz de la campana, lo que previene el instituto, lo que manda la regla, todas son voces de Dios. No obedezcas á estas voces con tibieza, con desidia, con restricciones, ni con pereza. Ordinariamente la tibieza del alma en el fervor nace de su tibieza en obedecer. Haz desde luego una generosa resolucion de no negar á Dios la prontitud en el rendimiento, que da nuevo esplendor, y aumenta mucho mérito á la obediencia. Sé pronto en dejarlo todo luego que oigas la voz de Dios. Corta la conversacion, despide la visita, levanta la mano de lo que has comenzado; no acabes ni aun de formar la letra luego que oigas que te llama Dios. Al primer golpe de la campana, á la primera orden del superior, á la hora precisa que tú mismo te has señalado para dedicarte á otra cosa, déjalo todo. Vivirán un poco oprimidos con esta puntualidad el genio y el amor propio; pero de eso depende el progreso en la virtud. Sin este exacto fervor, sin esta pronta obediencia, se va poco á poco consumiendo el espíritu al lento calorillo de la flojedad y de la tibieza.



## DIA VI.

**San Guillermo, canónigo regular de santa Genovefa del Monte en Paris, despues abad de Eschil en Dinantarea.**

San Guillermo, tan célebre en el siglo duodécimo por su virtud y por sus milagros, nació en Paris el año de 1103 de padres muy distinguidos por su nobleza, y en su puericia se crió en la abadía de san German de Prez, ó de los Prados, bajo la disciplina del abad Hugo, que era tío suyo.

El bello natural del niño Guillermo, su amor al estudio, y su in-

clinacion á la virtud, dejaron poco que hacer á la educacion. Fue presto la admiracion de aquella religiosa comunidad, á quien edificaba con sus ejemplos. Prendado el abad de las virtuosas inclinaciones de su sobrino, le aconsejó que abrazase el estado eclesiástico. Hizolo nuestro Santo, y desde luego se distinguió en el nuevo estado por la arreglada circunspeccion de sus costumbres. Ordenado de subdiácono, fue provisto en un canonicato de la iglesia colegial de santa Genovefa del Monte, donde todavia no se habia introducido la reforma.

La vida ejemplar del nuevo Canónigo, la inocencia de sus costumbres, su puntual asistencia al coro, y el grande amor que profesaba al retiro, que parece habia de grangearle el cariño y aun la veneracion de sus compañeros, le hicieron odioso á todos. Mirábale como á reformador incómodo y molesto; y reputaban su observancia regular por censura y reprension de su licenciosa vida. Pasó á tanto su aversion, que resolvieron obligarle á renunciar el canonicato. Fingió uno de ellos que queria ser religioso, y fácilmente le persuadió á que le siguiese en tan santa resolucion; pero habiendo descubierto Guillermo el artificio, se quedó en su cabildo, haciendo mayor empeño de ser cada dia mas observante y mas ejemplar, edificando tanto á todo el pueblo, que Esteban, obispo de Paris, le ordenó de diácono, á pesar de los esfuerzos que hicieron sus enemigos para estorbarle este grado.

Vacó por este tiempo el curato ó prebostia de Espinay, que era provision del cabildo de santa Genovefa, á cinco leguas de Paris, y los canónigos no tuvieron duda en proveerle en Guillermo, celebrando se les ofreciese este honrado pretexto para desviarle. Aceptóle el Santo, reteniendo su prebenda, por ser costumbre de aquella iglesia que dicho curato ó prebostia fuese servido por alguno del cuerpo del mismo cabildo.

No gozaron mucho tiempo de la mayor libertad que creian tener ya con haber alejado de sí á aquel virtuoso compañero, cuya observancia les incomodaba tanto; porque habiendo venido á Paris en el año de 1147 el papa Eugenio III, y siendo informado de la licencia con que vivian aquellos canónigos, resolvió con beneplácito del rey Luis el Joven hacerlos regulares. Dióse la comision á Sugerio, abad de san Dionisio, que introdujo en santa Genovefa del Monte á los canónigos reglares de san Victor, dejando á los seculares, durante su vida, la renta de sus prebendas.

Luego que lo supo Guillermo, sin deliberar un punto, renunció al instante su curato para hacerse canónigo reglar; y apenas abrazó el nuevo instituto, cuando fue su singular ornamento. Admiró á los mas perfectos su exactitud en la disciplina regular, su devocion y su

fervor. Hicieronle superior de la casa, y luego se conoció lo que puede en una comunidad religiosa el ejemplo de un superior prudente y santo.

Aunque era muy vivo el zelo que tenia por la disciplina regular, sabia templarlo con tanta prudencia, con tanta modestia, con tanta suavidad, que al mismo tiempo que hacia guardar la observancia, hacia amable el precepto. Habiéndose esparcido en Paris la voz de que habian hurtado la cabeza de santa Genovefa, Guillelmo se ofreció á entrar en un horno encendido, llevando en las manos la cabeza de la Santa, que muchos prelates habian hallado en la caja, para prueba de que no era supuesta.

No se cesó á los limites de Francia la fama de la virtud de nuestro Santo: penetró hasta Dinamarca; y deseoso Absalon, obispo de Roschil, de restituir la pureza de la antigua disciplina en un monasterio de su diócesis, situado en la isla de Eschil, le pareció que ninguno podria ayudarle mejor á conseguir tan santo intento, que el superior de los canónigos reglares de santa Genovefa. Despachó, pues, cartas para este fin al preboste de su iglesia, que comunmente se cree haber sido el célebre Saxon el Gramático, que compuso la historia de Dinamarca. Aunque el abad de santa Genovefa le costó mucho desprenderse del que era como el alma de la religiosa observancia de su casa, con todo eso juzgó que debia hacer á la mayor gloria de Dios este doloroso sacrificio. Partió Guillelmo en compañía de otros tres canónigos que le ayudasen á entablar la reforma.

Fueron recibidos de Waldemar, hijo del mártir san Canuto, con extraordinaria bondad; y el obispo Absalon, uno de los mas insignes prelates de aquel siglo, despues de colmarlos de honras, los hizo importantísimos servicios. Luego que Guillelmo se vió en posesion de la abacia de Eschil, se dedicó con el mayor empeño á establecer en ella la observancia regular. Para conseguirlo juzgó que el medio mas eficaz era ir adélante con el ejemplo. Pero desde luego se descubrió ser empresa mas dificultosa de lo que á él se le habia figurado. Porque así el riguroso temperamento de aquel clima, como el poco uso en la lengua del pais, y la suma pobreza de la casa, pusieron su zelo y su virtud en grandes y muy dolorosas pruebas. Los tres compañeros que habia traído de Paris, no pudiendo tolerar el rigor del frio, ni las demás incomodidades de aquella tierra, le abandonaron, queriendo resueltamente volverse á Francia. Los religiosos de la casa, acostumbrados á la relajacion, no podian sufrir la reforma: el ejemplo solo del Abad los desesperaba, se volvian contra él, y mil veces pensaron acabar con su vida de diferentes maneras. Siendo esto tanto, con todo eso no era lo que mas affligia al santo Abad.

Todo el infierno parece que se había conjurado contra él, iritado de una reforma, que estaba previendo había de encender el primitivo fervor de la religion en Dinamarca. Hallóse asaltado de las mas violentas y mas obstinadas tentaciones. Pero cuanto mas crecian los estorbos, y mas se multiplicaban los lazos del enemigo de la salvacion, mas se daba Guillermo á la oracion y á la penitencia. Premió Dios la constancia y la fidelidad de su Siervo. No solo se suavizó el genio indómito y silvestre de los religiosos, vencidos finalmente de su moderacion, de su paciencia y de su blandura, sino que convirtió á gran número de pecadores, atraídos de la fama de su santidad; y tuvo el consuelo de convertir tambien á la fe de Cristo á todos los gentiles, que habían quedado aun en las costas del mar Báltico.

Contribuyó mucho á estos felices sucesos la multitud de milagros que obró, y puede pasar por el mayor de todos ellos su perseverancia y su tranquilidad inalterable en medio de tantas fatigas y peligros.

Muchas veces le veian derretirse en copiosas lágrimas al pie de los altares, por conseguir nuevas gracias del cielo para sí y para sus hermanos. Nunca se desandaba el cilicio: dormia siempre sobre un poco de paja: jamás usó cosa de lino, y era continuo su ayuno. Siete años antes de morir le fue revelado el dia de su muerte, y en este tiempo principalmente amontonó grandes tesoros para el cielo, doblando su fervor, sus penitencias, su zelo y paciencia.

Siempre que celebraba el sacrificio de la misa regaba los manteles con sus tiernas y fervorosas lágrimas, y cuando subia al altar, consideraba que iba subiendo el monte Calvario. La última coaresma de su vida la pasó en excesivos rigores. El jueves Santo celebró la misa con tan extraordinaria devocion y ternura, que movió á lágrimas á todos los religiosos que la oian. Dióles la comunión de su mano, y despues lavó los pies á gran número de pobres. Acabada la comida, se estaba disponiendo para lavárselos á sus hermanos, cuando de repente se sintió asaltado de un violento dolor de costado, que le obligó á recogerse á su pobre camilla, donde se le excitó una calentura lenta. Finalmente el dia de Pascua, despues de media noche, oyendo cantar en matines aquellas palabras, *ut venientes ungerent Jesum*, clamó que ya era tiempo de que le administrasen la santa Uncion, y recibido este postrero sacramento, penetrado de tiernos afectos de amor de Dios, y de confianza en su misericordia, espiró á los noventa y ocho años de su edad, habiendo vivido cuarenta enteros en Dinamarca, dedicado al ejercicio de todas las virtudes, singularmente al de una rigurosissima penitencia. Sucedió su muerte en el año de 1203, manifestando desde luego el Señor la

gloria de su fiel Siervo por la multitud de milagros que obró en su sepulcro. Veinte y un años despues de su muerte, el de 1224, le canonizó el papa Honorio III.

**La misa es de la dominica precedente, y la oracion del Santo la siguiente.**

*Intercessio nos, quaesumus, Domine, beati Guillelmi abbatis commendat: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...*

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesion del bienaventurado abad Guillelmo, para que logremos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epístola es de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios, capítulo 13.**

*Fratres: Caritas patiens est, benigna est: Caritas non amulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa, non querit qua sua sunt, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati: omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet.*

Hermanos: La caridad es paciente, es benigna: la caridad no tiene zelos, no obra mal, no se ensorberce, no es ambiciosa, no busca sus propios intereses, no se irrita, no piensa mal de nadie, no se alegra de la iniquidad, se alegra de la verdad; todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre.

**NOTA.**

La que se añade al texto griego dice, que esta epístola se escribió en Filipos de Macedonia; pero parece cierto, como advierte Tirino por el mismo capítulo 18 de los hechos apostólicos, que fue escrita en Efeso, donde san Pablo tuvo la primera noticia de las divisiones que se habian suscitado entre los hijos de Corinto. Es una epístola dogmática y moral, porque toda esta tiene de doctrina.

**REFLEXIONES.**

No hay virtud de cuyo nombre, y aun de cuya máscara se valgan mas las pasiones, especialmente entre las personas que hacen profesion de espirituales y devotas, que la caridad. Despues de lo que el Apóstol nos dejó escrito del verdadero carácter de esta virtud, es fácil no equivocarla, y con todo eso á cada paso se equivoca.

¿Qué temible es una pasión disfrazada, y disfrazada con el velo de religión, para insinuarse con mayor artificio, y para dominar con mayor imperio y con mayor seguridad! Pocas veces se corrigen ni aun se conocen los yerros del entendimiento, cuando nacen del corazón, y los cria la voluntad. Con todo eso no sería incurable la ilusión, si se quisiese hacer reflexión á que la caridad dulce y benéfica es el carácter y el distintivo de la virtud cristiana: *Charitas non ambulatur*, la caridad no es envidiosa, dice el Apóstol.

¡O buen Dios, y que gran prueba de una secreta hipocresía es la envidia en personas religiosas, devotas y espirituales! ¿Es por ventura posible amar á Dios, sin alegrarse de que otros le amen? ¿es por ventura posible amar al prójimo, y no complacerse en sus prosperidades? Esta complacencia en una alma verdaderamente humilde no es extraordinaria. La tristeza por la estimación ajena solo se encuentra en corazones orgullosos, presumidos y poco cristianos.

*Charitas non est ambitiosa*. Tampoco es ambiciosa la caridad. Con todo eso vemos no pocas veces reinar la ambición con imperio absoluto en corazones muy presumidos de estar inflamados en la mas ardiente caridad. Siempre es despreciable la ambición, pero nunca se hace mas odiosa que cuando se descubre en ciertos estados, que se fundaron en la iglesia de Dios para asilo de la cristiana humildad.

¿Qué indignidad! ¿que unas personas que por su profesion no deben tener otro modelo que los abatimientos de un hombre Dios, ni otras leyes que las mas perfectas del evangelio, aspiren á los primeros asientos, anhelan por las primeras ocupaciones! Regalos, conexiones, bajezas, negociaciones, ruindades, empeños, artificios sutiles, políticas secretas, parcialidades, todo sirve, y de todo se valen en la ocasion para llegar á sus fines. ¿Qué de hazañerías! ¿qué de afectadas muestras de amistad! ¿qué de industrias estudiadas! ¿qué de mañetas ocultas! y todo para ir grangeando votos, los cuales, aunque den mayor derecho al cargo ó al empleo, no por eso hacen menos indignos los pretendientes. Esas elevaciones artificiales, efectos de la ambición, presto se desmienten á sí mismas. ¡Pero qué daño no hacen á los que se alimentan con ellas! *Interdum dominatur homo homini in malum suum*: (Eccles. 8). Cuando no es el Señor el que te colocó en ese puesto, nunca estarás en él sin peligro. Desdichado de aquel que solo debe la prelación á su ambición: Coré, Dathan, Abirón y Hon perecieron con el incensario en la mano, por haberse entrometido sin vocacion en el sagrado ministerio; por haber intentado usurpar por via de negociacion una dignidad, que tenia Dios destinada únicamente para el mérito y para la virtud; *Multum erigimini, filii Levi*: (Num. 16.). ¿Tú fuiste el que te elevaste por tu industria y por tus artificios? Pues no te podrás mantener mucho tiempo en esa elevacion. Andásele á

uno la cabeza, cuando sube mas alto de lo que debe. ¡Con qué horror mira Dios á un pobre orgulloso *pauperem superbam*: (Ecl. 25). Qué lastimoso desorden de costumbres, y aun de juicio! Unos pobres de profesion, humildes por su propio estado, metarse sobre cuál ha de ocupar mayor monton de tierra, aspirar á lucirlo entre las sombras, á distinguirse entre la obscuridad! ¡O, y con cuánta razon llama el Profeta á estos vanos honores, á estas preferencias arrancadas con artificio, vanidades y locuras llenas de ridiculéz? *vanitates et insanias falsas*.

**El evangelio es del cap. 7 de san Mateo.**

*In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Intrate per angustam portam: quia lata porta, et spaciosa via est, qua ducit ad perditionem, et multi sunt qui intrant per eam. Quam angusta porta, et arcta via est, qua ducit ad vitam, et pauci sunt qui inveniunt eam!*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Entrad por la puerta estrecha: porque es ancha la puerta, y espacioso el camino que guia á la perdicion, y son muchos los que entran por ella: ¡Cuán angosta es la puerta, y estrecho el camino que conduce á la vida, y cuán pocos son los que la encuentran!

**MEDITACION.**

*Del camino de la perdicion.*

**Punto primero**—Considera que hay un camino que guia á la perdicion, y que es grande el número de los que caminan por él. ¿Y no serás tú de este número? No es dificultoso conocer cuál es este camino, porque despues de lo que dijo Cristo, no es fácil equivocarte. Camino ancho, camino muy trillado, doctrina halagüena, moral relajada, nunca fueron el camino de la salvacion. Los santos ciertamente fueron por otro muy diverso. Esas entradas tan floridas, esas llanuras tan amenas engañan á la muchedumbre; pero adonde conducen al fin? Cuando se marcha en compañía por unas llanadas fértiles, frondosas y risueñas, los árboles deleitan, el murmullo de las aguas embelesa, la gustosa conversacion de los caminantes divierte. ¿Pero es puro el aire de esas campiñas? ¿se va con precaucion contra el ambiente contagioso que reina en ellas? ¿y será el cielo el término de un camino, que á cada paso se desvia de él mas y mas?

El camino que guia á la perdicion es ancho y espacioso. Finge el sistema de conciencia que se te antojare: forja la moral mas acomodada que te pareciere; este es el oráculo. Indulgencia universal en

favor de las pasiones; interpretaciones de la ley escesivamente benignas; libertad del corazón y del entendimiento, que tanto debilita la religión, extinguiendo casi la fe; licencioso desorden de costumbres, perniciosas máximas del mundo, que proscriben todo lo que pone á raya los sentidos, todo lo que los refrena; reino del amor propio, donde está cautivo el espíritu del evangelio, y donde triunfan la profanidad, las pasiones y el placer; ¿por ventura teneis por término la felicidad eterna?

¡O mi Dios, y qué extravagancia la de caminar con tanto descaro, con tanta serenidad por un camino que conduce infaliblemente al precipicio! ¿qué locura seguir una doctrina, que reprobó el mismo Jesucristo! ¿qué error gobernarse por unas máximas tan contrarias á la religión! Esta es la conducta de los que tiranizados de su concupiscencia, no tienen otra regla que el antojo de sus deseos. El camino ancho, que guía á la perdición, es esa vida ociosa, regalona y delicada, es esa vida mundana, sacrificada á las diversiones y á los gustos. El camino ancho es esa moral relajada, que pretende ensanchar el camino del cielo, que presume autorizar todo lo que lisonjea á la concupiscencia; esa moral hipócrita, que debajo de unas sendas, en la apariencia rígidas y estrechas, abre un camino acomodado y anchuroso debajo de una exterioridad austera y reformada, y desviando al alma de los sacramentos, la lleva insensiblemente á una vida libertina.

¡Ah Señor, y por qué camino corro yo, cuando mi vida es tan conforme á mis deseos, y tan poco arreglada á las suaves máximas de vuestra ley!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que en materia de salvacion no es el mas seguro el camino mas trillado. Escoge mala guia el que se deja gobernar de la muchedumbre. No usa de su razon el que se deja arrastrar, y es regla muy arriesgada la de vivir como viven los demás.

¿Qué regla mas perniciosa ni mas falsa, que la que ha introducido el desorden, y tiene como autorizada la licencia de las costumbres? Un uso que es abuso, una moda extravagante y de capricho, el ejemplo de una docena de mugeres locas, sin rastro de entendimiento ni de juicio, y de un monton de mozalvetes atolondrados y perdidos; el arte de hacerse rico por medio de grandes y reales usuras, paliadas con el pretexto de un industrioso comercio; una profanidad desmesurada, que confunde todas las clases, que reina en casi todos los estados con nombre de moda ó de costumbres; ¿son estos los modelos que un cristiano se debe proponer? ¿se procede con cordura, se camina con seguridad, cuando sin pararse mucho á discurrir sobre el

camino que se elige; sin informarse siquiera adonde va á parar, se va á ciegas tras la muchedumbre, aquietándose con la engañosa consideracion de que se va por donde van los muchos, los cuales estan en el mismo peligro? Pues esto, y no otra cosa, significa aquella perniciosa máxima, que se ha hecho ya como regla general de las costumbres: *Es menester hacer lo que hacen otros*. Esta es aquella puerta ancha, aquel camino espacioso, que guia á la perdicion; esta aquella moral emponzoñada que tiene en el infierno á tantas almas.

Tiénese por muy severa la moral, la doctrina de Jesucristo. ¿Qué novedad nos causa eso? ¿no nos dejó dicho bien espresamente el mismo Señor que el camino de la perdicion es anchuroso? Es cierto que el mundo enseña una moral mas acomodada, ¿pero es muy conforme á la doctrina del evangelio? ¿puede tenerse algun temor al infierno, y caminar con serenidad por el camino ancho? ¿puede vivirse una vida regalona, delicada, mundana, y estar seguros, sin miedo de que esa seguridad sea una fatal ilusion? Busca uno solo entre los santos que haya seguido ese camino. En todos los estados, en todas las condiciones del mundo ha habido santos; pero no hallarás siquiera uno que no hubiese huido cuidadosamente del camino espacioso; que no hubiese misado con horror esa moral acomodada y condescendiente.

Yo tambien, Señor, le detesto; desde este mismo punto comienzo á mirar con un saludable horror ese camino ancho, por el cual no solo he andado, sino que he corrido tantos años ha á mi perdicion; pero puesto, mi Dios, que por vuestra pura misericordia he comenzado á conocer que iba descaminado, dignaos guiarme de aquí adelante por el camino derecho de la salvacion.

### JACULATORIAS

*Vias tuas, Domine, demonstra mihi: et semitas tuas edoce me.*  
Salm. 24.

Enseñadme, Señor, los caminos que conducen á Vos derechamente, y mostradme los senderos de la justicia.

*Viam iniquitatis amove á me.* Salm. 118.

Apartadme, Señor, del camino de la perdicion.

### PROPOSITOS

1 ¿Será prudencia escojer uno un camino solo porque es llano, porque es hermoso; porque es muy pasajero, sabiendo bien, ó á lo menos revelando con mucho fundamento, que le desvia del término adonde

pretende llegar? Pues esta es á la letra la conducta de los que buscan de propósito confesores condescendientes, acomodados, y de manga ancha, gustando de la moral mas laxa y mas benigna. Los nobles, los ricos, los que están en grandes puestos, por lo comun son de este gusto: quieren que se les lisonjee hasta en la observancia de los mandamientos, hasta en el mismo sagrado tribunal de la penitencia. A un pobre oficial se le proponen, se le declaran y se le intiman sin disfraz, sin lenitivos, sin reparo alguno los mandamientos de la ley de Dios; pero es menester mucho tiento, mucho arte, mucha elocuencia para no ofender, para no lastimar la delicadeza de los grandes, explicándoles las verdades de la religion y las máximas del evangelio. Parece que se hace odiosa la doctrina en siendo demasidamente cristiana: es preciso saberla sazonar con cien condimentos, para que se reciba con gusto. Aunque se predicara á gentiles no se propondria con mas miramiento. ¿Eres tú acaso de los cristianos de ese carácter? ¿eres de los que buscan muy cuidadosamente un confesor laxo, ignorante, condescendiente y poco zeloso? ¿eres de los que siguen opiniones excesivamente indulgentes? Despediras luego á un médico ignorante, ó de aquellos que por lisonjear al enfermo le dejan morir. ¿Las enfermedades del alma, su salud, su vida eterna, piden por ventura menos resolucion, ni menos zelo? El amor propio ciega, el interés atolondra: no consultes á uno ni á otro. En nuestra religion no hay mas que una fe: con que tampoco puede haber mas que una doctrina. No se acomoda Dios con nuestros errores, cuando en ellos tiene tanta parte la voluntad como el entendimiento. No quieras lisonjarte en punto de tanta importancia.

2 *El camino que guia á la perdicion es ancho, y son muchos los que van por él.* No te forjes un sistema de conciencia á tu antojo. Siendo rígido y severo con los otros, no reserves lo indulgente para ti. Esa vivacidad, ese ardor, cuando se trata en cosa que te interese, esa disposicion á defender con el mayor empeño tus derechos, ¿no hacen un poco sospechosa tu doctrina? Esas fáciles dispensaciones en el ayuno, y quiera Dios no sean tambien en la abstinencia; esas diversiones tan frecuentes, esa continuacion en el juego, que parece le tienes por oficio; ese refinamiento en los placeres; ese enfadoso estudio de tus propias conveniencias; esas sumas considerables que prestas á un interés escesivo; esa suntuosidad, esa delicadeza en la mesa; esas indulgentes interpretaciones de la ley: ese gran tren de profanidad; ¿todo esto acredita que vas por el camino estrecho? ¿no demuestra por el contrario que sigues el camino de los réprobos, siguiendo el de la muchedumbre? Ves ahí mucha materia de exámen, y largo asunto para reflexiones; pero no se pase el dia de hoy, sin que experimentes en ti mismo el fruto por medio de una pronta mudanza de vida.

*Nota del traductor.*

«Todo cuanto se dice, así en los propósitos como en la meditación, acerca de la moral relajada, y de las *opiniones laxas, ó nimiamente indulgentes*, se debe entender de las que verdaderamente lo son; no de las que son verdaderamente probables y benignas, según las reglas de la verdadera probabilidad, que enseñan comunmente los teólogos católicos, y tiene permitidas la santa iglesia.





## DIA VII.

**El beato Herman, llamado José, del orden Premonstratense.**

**E**l bienaventurado Herman José, tan conocido por su tierna devoción a la santísima Virgen, fue de nación alemán, de familia honrada, en un tiempo bastante opulenta, pero que se vió despues reducida á una escasa medianía, de bienes de fortuna. Nació en Colonia hácia el fin del siglo duodécimo, y en su educacion se experimentaron los efectos del

triste estado de su casa, porque no fue la mejor; pero el niño Herman fue prevenido con grandes bendiciones del cielo casi desde la cuna.

No se descubrieron en él aquellos defectos, que son tan comunes en la niñez. Era dulce, amable, dócil, y todas sus inclinaciones tan naturalmente propensas á la piedad, que parecia haber ya nacido formado para la virtud.

Anticipóse al uso de la razon la singular devocion que profesó á la santísima Virgen. Aun no tenia siete años, quando huyendo de los divertimientos propios de aquella edad, se retiraba secretamente á una iglesia dedicada á la Reina del cielo, y allí pasaba todo el tiempo que los demás niños empleaban en holgarse. Postrado á los pies de una imagen de la madre de Dios, que tenia á su preciosísimo Hijo en los brazos, unas veces hablaba con la Madre, y otras con el Hijo, con aquel candor y con aquella santa sencillez, que inspira el Señor á las almas inocentes.

Con esta devota simplicidad presentaba muchas veces á la Virgen y al niño Jesus, las flores y la fruta que le daban y él podia recoger, instándoles con piadosa importunidad que admitiesen aquella corta demostracion de su cariño. Asi el Hijo como la Madre se agradaban mucho de aquella inocente candidez; y se asegura que la acreditaron con diferentes milagros.

Pero el mayor de todos ellos, ó uno bien singular, era la ternura con que la santísima Virgen correspondia á los amores del inocente niño Herman. Aparecíasele muchas veces en la Iglesia, colmábale de bendiciones celestiales, instruiale por sí misma, y aun le socorria con algunas cosillas que habia menester, como lo declaró el mismo Herman poco tiempo antes de morir.

Aun no habia cumplido los doce años, quando fue admitido como por alumno en el monasterio de Steinfeldt, del orden Premonstratense; y mientras tenia edad para tomar el santo hábito, le enviaron á Frisia, para que estudiase en una casa de la orden. Hizo admirables progresos asi en las ciencias como en la virtud, creciendo ésta al mismo paso que los años. Vuelto á Steinfeldt, le hicieron refectorero. Pero como este oficio le dejase poco lugar para atender á sus ordinarias devociones, estaba desazonado con él, y aun llegó á mastrarlo. Apareciósele la santísima Virgen, y le reprendió, diciéndole: *Acuérdate, hijo, que tu primera obligacion es la obediencia. Todas esas devociones voluntarias muchas veces son frutos del amor propio. Nunca agradecerás mas á mi Hijo y á mí, que quando te dejares gobernar únicamente de la santa obediencia. ¿No es grande honra y grande dicha tuya el servir á tus hermanos? La caridad encierra en sí todas las demás virtudes.* Hizo tanto fruto esta lección, que en adelante en ninguna cosa hallaba gusto nuestro Herman, sino en obedecer; y quando se átravesaban los

favores del cielo con las obligaciones del oficio, dejaba aquellos por estas.

Seria cosa larga apuntar, cuanto mas referir individualmente, las singulares dignaciones de la santísima Virgen con este su fidelísimo siervo. Apariciones frecuentes, conversaciones familiares, protección muy especial, dones, privilegios, beneficios; en fin, todas aquellas gracias con que esta benignísima Señora acostumbra honrar à las almas mas queridas, mas privilegiadas y mas favorecidas suyas, todas eran muy ordinarias en Herman José. Un religioso premonstratense, confidente suyo, que escribió su vida, asegura con ingenuidad, que à él mismo se le harian increíbles, sino hubiera sido testigo de ellas.

A la verdad, ningun devoto de esta Señora parece que pudo amarla con mayor ternura, ni venerarla con mayor zelo y mas profundo respeto. Solo con ver una imágen de la Virgen se quedaba estático y arrobado. Siempre que pronunciaba su dulcísimo nombre, hacia una profunda inclinacion con todo el cuerpo, postrándose casi hasta la tierra; y aseguraba que sentia entonces una suavidad espiritual muy superior à todo lo que pueda percibir el gusto, y ni apenas concebir la imaginacion. Por su inocentísima vida, por su amor à la Reina de los ángeles, y por su singular castidad, comenzaron los religiosos à darle el nombre de José. El se resistia à admitirle, diciendo que era profanar un nombre tan santo aplicarle à quien no tenia ninguna de las virtudes del santo Patriarca; pero habiéndosele aparecido la Virgen, y habiéndole dado à entender que aquel nombre le convenia, le retuvo hasta la muerte.

Fácil es de comprender de qué medios se valió para merecer del cielo tantas y tan singulares gracias y favores, que contribuyeron mucho à su santificacion. Pudiérase asegurar que la humildad fue el carácter y el distintivo de este gran siervo de Dios, segun el bajo concepto que tenia de sí mismo. Su vida fue un prodigio de penitencia. Casi nunca comia mas que pan y agua, eran continuas sus vigiliass, y cuando se veia precisado à tomar algun descanso, se echaba sobre unos manojos de sarmentos, sirviéndole una piedra de cabecera. Decia que esta vida era tiempo de mortificacion, y que estaria inconsolable si se le pasase un solo momento sin padecer algo. Llegó à tener algun escrúpulo de haber excedido à sus fuerzas los piadosos rigores que arruinaron su salud. Pero las penitencias voluntarias no fueron las que únicamente dieron mucho ejercicio à su mortificacion y à su paciencia. Para templar la satisfaccion que le podian causar los extraordinarios favores que recibía del cielo, y tambien para purificar mas su virtud, permitió el Señor que fuese inquietado y humillado con prolijas y molestas tentaciones, afligiéndole al mismo tiempo con diversas enfermedades corporales, que le redujeron à un estado digno de compasion; sirviendo no

poco para que se hiciese admirar su perfecta resignacion en las disposiciones del cielo, y su invicta tolerancia.

Ordinariamente se aumentaban sus penas interiores y sus dolores en las vísperas de las festividades grandes, disponiéndole Dios de esta manera para que recibiese las extraordinarias gracias, con que solia favorecer á aquella inocente alma en semejantes dias. En la vigilia de navidad se vió reducido á tan lastimoso estado, que creyó habia llegado ya su última hora, cuando á media noche se halló de repente tan sano y tan robusto, que pudo asistir á maitines y á la misa.

Profesaba singular devocion á santa Ursula y á sus compañeras, en cuya honra compuso algunas devotas canciones, y no paró hasta conseguir algunas reliquias de aquel santo ejército de vírgenes, para enriquecer con ellas la iglesia de su monasterio. Pero en la devocion al santísimo Sacramento se excedia á sí mismo, explicándose ordinariamente sus frecuentes visitas, sus continuas adoraciones, y los devotos ejercicios que hacia para venerarle, en amorosos éxtasis y deliquios.

Luego que se vió elevado á la dignidad del sacerdocio, le ocupaba únicamente la magestad del divino sacrificio, mostrando en el fuego que arrojaba su semblante mientras celebraba la misa, el que abrasaba interiormente su inflamado corazon. Solo con verte en el altar avivaba la fe de los circunstantes, siendo indicio las dulces y tiernas lágrimas que derramaban sus ojos, de la abundancia de gracias y dulzuras interiores que inundaban aquella purísima alma.

Por tres dias enteros se le vió arrobado en éxtasis. Compuso una exposicion sobre los Cantares, cuyos sublimes pensamientos acreditan bien la divina luz que recibia del cielo en la íntima comunicacion con el Señor. Ya habia muchos años que este fiel siervo de Dios, consumido de penas interiores y de dolores corporales, estaba tan débil, que al parecer vivia de milagro, cuando quiso en fin el Señor recompensar sus trabajos.

Hacia el fin de la cuaresma desearon mucho ver al bienaventurado Herman José las religiosas Bernardas de un monasterio no muy distante del de Steinfeldt; y aunque el abad le costaba repugnancia dejarle salir, no pudo negarse á las instancias de las monjas. Luego que llegó el Santo al convento, con el mismo báculo que llevaba trazó el hoyo que le habia de servir de sepultura. Sabiendo que le restaban pocos dias que vivir, dobló su fervor, y se dedicó á consolar á aquellas religiosas con el mayor zelo y caridad. El tercer dia de Pascua se sintió extraordinariamente debilitado, y solo pensó en disponerse para la muerte con tiernos y confiantes coloquios con Dios y con la santísima Virgen, estando casi siempre extático y arrobado. Finalmente, el jueves de la semana de Pascua del año 1233, aquella inocente alma, colmada de tantos

favores del cielo, dotada del don de profecía y de milagros, fue á recibir del Padre de las misericordias y del Dios de todo consuelo, el premio debido á su fidelidad y á su inocencia. Enterráronle en aquel propio sitio que el mismo había trazado; pero el abad y religiosos de Steinfeld, no pudiendo sufrir verse privados de aquel tesoro, alcanzaron licencia del arzobispo de Colonia para trasladarle á su monasterio; hallándose incorrupto y entero el santo cuerpo, siete semanas despues de enterrado, cuando se hizo la traslacion, la que quiso el Señor acompañar con gran número de milagros. Desde luego se puso su nombre en los martirologios y calendarios en el dia 7 de Abril, y poco despues se comenzó á celebrar su memoria con fiesta y oficio eclesiastico en la órden Premonstratense, y en varios lugares del arzobispado de Colonia. El año de 1628 se comenzaron á formar nuevos procesos en órden á su canonizacion á instancias del emperador Ferdinando II, y á solicitud del arzobispo elector de Colonia Ferdinando de Baviera. Algunas reliquias del beato Herman José, ricamente engastadas, se veneran públicamente en Colonia, en la abadía del Parque junto á Lobayna, en la de Tongerio, en la Cartuja de Colonia, y en la abadía de san Miguel de Amberes; pero la mayor parte de su cuerpo se conserva en Steinfeldt.

**La misa es de la dominica precedente, y la oracion propia del Santo, que se reza en Steinfeldt, es la siguiente:**

*Deus, qui beatum Hermannum Joseph, confesorem tuum, adeo benedictionibus dulcedinis prevenisti, ut à pueritia creberrimis gloriosæ virginis Mariæ visitationibus et alloquiis frui mereatur; præsta quæsumus, ut innocentis, et sanctæ vitæ ejus vestigiis insistentes, ad caelestem patriam, in qua gloriosus exultat, secári pereveniamus. Per Dominum nostrum...*

O Dios, que preveniste con tantas bendiciones de dulzura á tu confesor el bienaventurado Herman José, que desde su tierna infancia mereció ser regalado con muy frecuentes visitas y familiares conversaciones de la virgen Maria; concédenos que imitando la inocencia y santidad de su vida, lleguemos con seguridad á la patria celestial, donde goza de la eterna gloria. Por nuestro Señor...

**La epístola es del cap. 5 de la del apóstol san Pablo á los de Galacia.**

*Fratres: Fructus autem Spiritus est charitas, gaudium, pax, patientia, benignitas, bonitas,*

Hermanos: El fruto del Espíritu es la caridad, la alegría, la paz, la paciencia, la benignidad, la

*longanimitas, mansuetudo, fides, modestia, continentia, castitas. Adversus hujusmodi non est lex. Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis. Si spiritu vicimus, spiritu et ambulemus. Non efficiamur inanis gloriae cupidi, invicem provocantes, invicem invidentes.*

bondad, la longanimitad, la mansedumbre, la fe, la modestia, la continencia, la castidad. Contra estas cosas no está la ley. Ahora: aquellos que son de Cristo, crucificaron su carne con los vicios y concupiscencias. Si vivimos del espíritu, caminemos también en el espíritu. No seamos avarientos de vanagloria provocándonos mutuamente, y teniendo envidia unos de otros.

## NOTA.

«Desde Licaonia pasó san Pablo á Galacia el año del Señor de 31, y allí predicó la fe de Cristo con tanto fruto, que no obstante la natural rusticidad y grosería de aquellos pueblos, desde luego se mostraron los mas zelosos cristianos. Pero habiendo sembrado entre ellos mala doctrina algunos pseudo-apóstoles y falsos hermanos, les escribió el Apóstol esta carta, mostrando en ella el ardiente y extraordinario zelo, á causa de la grandeza del mal. Escribióla el año 55 ó 56 del nacimiento de Cristo.»

## REFLEXIONES.

*Fructus autem Spiritus est charitas, gaudium, pax patientia etc.*  
Los frutos del espíritu son la caridad, la alegría, la paciencia, la mansedumbre, la bondad, la longanimitad, la fe, la modestia, la continencia, la castidad. No se ven estos frutos en el mundo, porque en él no se ve espíritu, todo es carne. La caridad es poco conocida; la alegría interior está desterrada; la paciencia es forastera; la mansedumbre es artificial; y las demás virtudes solamente son conocidas por el nombre. Estos preciosos dones son frutos de la vida espiritual: esto es, de la vida verdaderamente cristiana: solamente los gustan las almas puras, las personas sólidamente devotas.

¿Cuándo tendrán á bien los mundanos convenir en esta verdad, y dejar á la virtud aquel aire risueño y apacible que le es tan natural; aquella alegría sincera, pura y llana, que es su distintivo; ¿cuándo dejarán de desacreditarla por la falsa idea que forman de su aparato; ¿cuándo dejarán de desfigurarla por los impropios rasgos y groseros colores con que la pintan, por las negras sombras con que la representan! No hay cosa mas risueña que su aire, ni cosa mas apacible ni mas amable que sus modales.

Cuando reina en una alma la virtud, reinan en ella la alegría, la paz, la paciencia, la mansedumbre, el agrado, la bondad y la caridad.

¿Qué cosa podrá turbar la serenidad de un espíritu iluminado con la gracia del Señor, ni la calma de un corazón que tiene dominadas sus pasiones? De aquí nacen aquella igualdad inalterable, aquella apacible perpétua mansedumbre de los buenos, que el mundo ni aun de vista conoce entre los que le sirven.

Pero por mas que se clame que no es tan áspero como se pinta el pais de la virtud, todavía se obstina el mundo en creer que en él nacen las espinas debajo de los pies, y que el camino que conduce á esta region es impracticable. Los que le conocen bien, aseguran que es tierra de promision, que produce abundantes y suavísimos frutos; pero los que estan preocupados de la aprension contraria, insisten en que el aire es contagioso, que es una tierra infestada de monstruos y de fieras, que ella misma se abre entre los pies, y traga á sus habitantes. Con esto se espantan los sentidos, se acobardan y se refiran tantas personas.

Pero, Dios mio, aunque la virtud fuera todo eso que tan erradamente se concibe; aunque costára mucho conseguirla, ¿hay otro partido que tomar? Y si cuesta mucho mas el no abrazarla, ¿no será menor nuestra excusa, y mas sensible nuestro dolor? ¿pues qué locura es no ser verdaderamente virtuoso?

Si las espinas que se encuentran en el camino de la virtud no punzan en la realidad; si en cualquiera otro camino se encuentran mas, y son mucho mas penetrantes; si las cambronerías que le atraviesan dejan bastante espacio y muy acomodado; si los monstruos que se temen son unos fantasmones que en acercándose á ellos se desvanecen; ¿qué dolor, qué desesperacion será para aquellas almas tímidas y delicadas, que estiman, que aman la virtud, pero que no se atreven á acercarse á ella temiendo mil trabajos y dificultades, al mismo tiempo que tan ciegamente se entregan á las inquietudes, á las fatigas, á las congojas, á los cuidados, á las pesadumbres, á los caminos duros y difíciles del mundo, deslumbradas con la esperanza de una vida dulce y tranquila, que solamente puede hallarse en el servicio de Dios! Con razon dice el Apóstol, que no hay ley contra los que gustan los dulces frutos del espíritu. *Adversus hujusmodi non est lex*; esto es, que no necesitan de amenazas para cumplir con las obligaciones de la religion y de su estado. No hay temor en la caridad, puesto que *la caridad perfecta des- tierra todo temor* (1. Joann. 4), por lo que el temor tiene de pena y de fatiga.

*Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis.* Los que son de Cristo tienen crucificada la carne con todas sus pasiones y malas inclinaciones. ¿Pues qué mucho es que reine en ellos la caridad, la alegría, la paz, la mansedumbre y la paciencia? Si las pasiones estan aprisionadas, si estan como enclavadas en

una cruz, no pueden inquietar el alma, no pueden turbarla la paz y la alegría.

**El evangelio es del cap. 13 de san Lucas.**

*In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Contendite intrare per angustam portam: quia multi, dico vobis, querunt intrare, et non poterunt. Cum autem intraverit paterfamilias, et cluserit ostium, incipietis foris stare, et pulsare ostium, dicentes: Domine, aperi nobis: et respondens, dicet vobis: Nescio vos unde sitis.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Esforzáos á entrar por la puerta estrecha; porque os aseguro que muchos buscarán entrar, y no podrán. Y cuando haya entrado el padre de familias, y haya cerrado la puerta, comenzaréis, estando á la parte de afuera, á llamar, diciendo: Señor: ábrenos; y el os responderá y dirá: No os conozco, ni sé de donde sois.

**MEDITACION.**

*Del camino de la salvacion.*

**PUNTO PRIMERO.**—Considera que de solo el Salvador del mundo podemos aprender cuál es el verdadero camino de la salvacion. Cualquiera otro maestro nos descaminará. No hay otro camino para el cielo que el que él trazó y todos los santos siguieron. ¿Cuál es, pues, este camino real, derecho y seguro, que lleva á la vida? Una senda estrecha y cerrada al amor propio y á los sentidos, en la cual se ahoga la vivacidad de las pasiones, nacen las cruces naturalmente, y se despoja el hombre viejo de los malos hábitos. Esta es aquella moral que nunca fue del gusto de los mundanos, porque condena sus diversiones y sus máximas.

El camino de la salvacion es camino de penitencia y de humillacion: en él se abate el alma hasta su nada; piérlense de vista aquellas alturas que están cubiertas de nieblas ó de nieves; camínase al abrigo de una apacible sombra, y no se halla otra comida que el frulo de la cruz, amargo al paladar, pero sustancial y muy provechoso para la salud del alma.

Esta es aquella moral que reprime la orgullosa libertad del entendimiento, poniendo freno al licencioso desorden del corazon; la que aprieta extrañamente á la concupiscencia; reduce á muy estrechos limites al interés, y arregla las costumbres al nivel de las puras máximas del evangelio. Esta es la que no entiende lisonjear á nadie, ni mucho me-

nos sabe qué es aceptación de personas: no confunde á la verdad los estados, las edades, ni las condiciones; pero guardando la debida proporción, todo lo gobierna por un mismo sistema. La modestia en el traje, la frugalidad en la comida, la moderación en los proyectos, la afabilidad, y la igualdad en el trato y en el genio, son los primeros principios invariables de esta moral. En toda ella se lleva siempre la primacía la humildad cristiana; y la devoción, la caridad y la paciencia son las que reinan.

¡Ah, Señor, y qué diferentes son vuestros caminos del que nosotros seguimos! ¡y qué poco se conforman nuestras costumbres con los principios de vuestra moral! Pero si cualquiera otro camino lleva á la perdición; si no debemos seguir otra guía que á vos, si cualquiera otro sistema de conciencia es falso y engañoso; si cualquiera otra máxima es error; si cualquiera otra senda nos descamina: ¿cuál será el paradero de tantas almas como van por el camino ancho, y tienen por muy estrecho el único que guía al cielo? ¡Buen Dios! ¿cuál será el paradero de los mundanos, y de todos los que siguen las máximas del mundo?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no hay mas que una sola religion verdadera, una sola fe, un solo evangelio, una sola doctrina, y consiguientemente un solo camino para el cielo. Este es aquel camino angosto, aquel desierto, por donde es preciso pasar para entrar en la tierra de promision. Si en él se encuentran mares que atravesar, es necesario pasarlos sin ser sumergidos en las ondas; si se hallan barrancos, es menester saltarlos; si salen al encuentro enemigos, es preciso combatirlos y vencerlos.

El camino es estrecho, pero no puede ensancharse; cualquiera otro mas espacioso, mas llano, y mas trillado, desvía del término. La moral de Jesucristo oprime al amor propio, y descontenta á los sentidos; pero cualquiera otra mas acomodada engaña y envenena. Por algo manda el Salvador á todos los cristianos que se hagan violencia, si han de entrar en el reino de los cielos; que se esfuercen á entrar por la puerta angosta: *Contendite intrare per angustam portam.*

¡Pero cuál será el paradero de aquellos mundanos, que se estremecen á solo el nombre de mortificación y de violencia! ¿cuál el de aquellas damas delicadas, que ignoran lo que es penitencia y mortificación! ¿cuál el de aquellas personas religiosas, que olvidadas ya de sus primeros fervores, viven con tibieza y aun con relajacion! ¿cuál el de aquellos ministros del Señor, que van tan distantes de la doctrina de su maestro.

¡O mi Dios, cuántos y cuántos van muy desviados del camino de la salvacion! A vista de esto, ¿qué maravilla es que tantos se pierdan? Propónenseles los mas esenciales mandamientos de la ley; ¡pero cuán-

los claman inmediatamente por la dispensa! No parece sino que la doctrina de Jesucristo está ya anticuada, que no se hizo para los cristianos de este tiempo; y falta poco para que piensen que la moral del evangelio es contra toda razón. El corto número todavía se esfuerza á entrar por la puerta angosta; ¡mas oh, y qué corto es este número! La muchedumbre busca camino mas espacioso y mas llano. ¿Y no seré yo quizá de esta muchedumbre? No pocos son los que se afanan por descubrir algun camino medio; pero este camino los lleva al precipicio. ¡Y despues de esto nos admiraremos de que sea tan corto el número de los escogidos!

¿Tenemos por ventura otra guía que el mismo Jesucristo, ni podemos tener otro maestro? ¿se puede apelar de sus sentencias, ni de sus decisiones á otro tribunal? ¿se espera acaso que algun dia se puedan reformar sus oráculos? Uno de ellos es, *que el camino del cielo es estrecho; que no hay otro camino; que es menester esforzarse á entrar por él; que el reino de los cielos se gana á viva fuerza.* Hombres del mundo, idólatras de los placeres, gritad cuanto quisiéreis contra esta doctrina; apelad de esta sentencia, ¿pero adonde?

¡O mi Dios, y cuánto tiempo ha que estoy andando, y acaso estoy andando muy fuera del camino de la salvacion! Por buscar el mas espacioso, me he descaminado. El dia va cayendo, y yo quizá estoy ya muy cerca del término de mi jornada. Pero pues ya conozco mi descamino, por vuestra misericordia haced que me aparte de él, y que entre en el camino real; lo que ayudado de vuestra divina gracia comienzo á hacer desde este mismo dia.

### JACULATORIAS.

*Erravi, sicut ovis que perii: quare servum tuum, quia mandata tua non sum oblitus.* Salm. 118.

Erré, Señor, y descaminéme, como una pobre oveja descarriada; pero vos, mi Dios, como buen pastor, buscadme, y reducidme al aprisco, porque resuelto estoy á no olvidar jamás los amorosos silvos de vuestra santa ley.

*Viam iniquitatis amove á me; et de lege tua miserere mei.* Salm. 118.

No solamente me habeis de apartar á mi del camino de la perdicion, sino que al mismo camino de la perdicion le habeis de apartar de mi, teniendo misericordia de mi miséria, para que en adelante no me desvie de vuestra doctrina.

### PROPOSITOS.

El dia de hoy se gusta mucho de teólogos condescendientes, y de odi-

niones que acomoden: búscanse profetas que hablen siempre á nuestro paladar. Hablar como habló Jesucristo, es rigidez, es nimia severidad, es una moral que se va acercando al rigorismo. Las voces de mortificación, de abnegacion y de penitencia, ya no se usan; á lo mas se oyen como un lenguaje de antaño, como una gerigonza espiritual, que se habla allá en los claustros. Con todo eso este es el lenguaje ordinario de Jesucristo, que no es capaz de envejecerse, ni de anticuarse. ¿Y no serás tú uno de aquellos espíritus mundanos, disgustados con las máximas del evangelio, que no solo echan menos los groseros manjares de Egipto, sino que se alimentan de ellos aun en el mismo desierto? Dime: ¿vas por el camino angosto? ¿no sigues sendas torcidas, cuando buscas una moral, no solo benigna, sino acomodada y laxa? Coteja el camino que sigues, con el que siguieron los santos. ¿Por qué motivo escogiste á ese confesor mas que á otro? ¿no es acaso porque condesciende contigo, con tu genio, con tus inclinaciones, con tus pasiones? Es muy de tu gusto su condescendencia; ¿pero será igualmente muy de tu provecho? ¿tus costumbres, tus diversiones, tu mesa, tus muebles, tu comercio, tu conducta, acreditan acaso que sigues el camino de Jesucristo, que vas por la senda estrecha? Examinate acerca de un punto tan importante; no dilates la enmienda, y suplica encarecidamente á tu confesor, que nada te perdone, que en nada te lisonjee.

2 Muchos claman contra la moral que ellos llaman relajada, y no por eso tienen vida menos licenciosa. Predican la que llaman austera, y practican la relajada: quieren que otros sigan la estrecha, y ellos van por la ancha. Ya condenó Cristo á estos fariseos. Predica, reprende, corrige mas con tus ejemplos que con tus palabras. Siendo tan severo con los otros, no seas tan indulgente contigo propio. Entra el día de hoy dentro de tí mismo, y examina qué prueba has dado de ir por el camino estrecho. No te dispenses en máxima alguna del evangelio. Contratos, tráfico, gobierno de tu conciencia, ayunos, limosnas, sacrificios, observancia regular, delicadeza de conciencia, modestia, la práctica de las máximas del evangelio, muestran el camino de la salvacion.



## DIA VIII.

**La conmemoracion de los fieles difuntos.**

RECORDAR en el segundo libro de los Macabeos (cap. 12.) que Judas, aquel no menos valiente que piadoso caudillo del pueblo de Dios, despues de haber tomado y saqueado á Jamnia, marchó con tres mil infantes y con cuatrocientos caballos á atacar á Gorgias, gobernador de Idumea. Habiendo venido á las manos los dos ejércitos,

quedaron muertos en el campo algunos pocos judíos, y viendo Julas que acobardados los suyos se iban retirando, recurrió al Señor de los ejércitos, y clamando al cielo con himnos y con cánticos, consiguió una completa victoria. Después de haber dado gracias á Dios en la ciudad de Odollán, y de haber celebrado en ella el día del sábado, volvió al campo de batalla, y recogió los muertos para enterrarlos en el sepulcro de sus padres. Pero todo el ejército Macabeo quedó admirado y sorprendido al encontrar entre las túnicas de los que habían muerto en el combate, algunas cosas que habían pillado en los templos de Jamnia, en el saqueo de la ciudad, como eran piezas de plata y oro, y otras alhajas, que los gentiles habían consagrado á sus ídolos en aquellos templos; lo que era expresamente contra la ley: *Nec inferes quidpiam ex idolo in domum tuam* (Deut. 7.). Todos conocieron claramente que esta había sido la causa de su muerte; y adorando los altos juicios del Señor, que había descubierto lo que se había intentado ocultar, se pusieron todos en oración, suplicándole se dignase olvidar aquel pecado; que siendo de pocos delincuentes, estuvo á peligro de perecer por él todo el ejército. Valióse de esta ocasión el piadoso General para exhortar al pueblo á la mas pura observancia de la ley, pues tenia delante de los ojos el rigor con que habia castigado Dios la inobservancia de sus hermanos y compañeros.

No dudaban los judíos que habia ciertos pecados, cuyo perdón ó remisión de la pena se podia conseguir aun para los que habian pasado á la otra vida, especialmente cuando los que quedaban en ésta se interesaban por dicha remisión, ofreciendo para conseguirla oraciones y otras obras satisfactorias. De estas obras de misericordia hechas en favor de los difuntos habla Tobias, cuando aconseja á su hijo que ofrezca su pan y su vino sobre la sepultura del justo: *Panem tuum, et vinum tuum super sepulturam justí constituo* (cap. 4.); pero que se guarde bien de comer este pan, y beber este vino en compañía de los pecadores: *Et noli ex eo manducare et bibere cum peccatoribus*. Donde se puede observar, que ya entonces se estilaban, no solo las ofrendas sobre las sepulturas, sino los convites y comidas en el día de los oficios, ó de los funerales. ¿Pero qué comidas y qué convites? los que se hacian de limosna á los pobres por via de sufragio por el alma del difunto.

Con el mismo espíritu, y por el propio motivo los vecinos de Jabez de Galaad ayunaron siete días después de la muerte de Saul y de Jonatás: *Sepelierunt in nemore Jabez, et jejunaverunt septem diebus* (1. Reg. 31.); y por la misma razon el piadoso general Macabeo, habiendo hecho una colecta, ó demanda, en que recogió de limosna doce mil dracmas de plata, que corresponden á diez y ocho mil y

cuatrocientos reales de nuestra moneda, las envió á Jerusalem para que se ofreciesen en sacrificio por los pecados de los que habian muerto: *Misit Jerosolyman offerri pro peccatis mortuorum sacrificium.*

Es pues evidente, que era práctica incontestada de los judios, autorizada por los profetas, y por los hombres mas santos de la ley antigua, ofrecer sacrificios por los difuntos que habian muerto en gracia: por lo que añade el sagrado historiador, que el piadoso general Macabeo consideraba estar reservada en la otra vida una gran misericordia para los que habian muerto sin la mancha del pecado: *Considerabat, quod hi, qui cum pietate dormitionem acceperant, optimam haberent repositam gratiam.*

No ignoraba Judas que aquellos soldados, violando un precepto tan expreso de la ley, de no reservar para si cosa alguna de las que estuviesen consagradas á los ídolos, habian cometido una especie de sacrilegio. Pero pudo piadosamente presumir, que arrepiéntendose de este pecado antes de espirar pedirian perdon á Dios; ó que puramente se moverian á quitar á los ídolos aquellas alhajas, como simples despojos de la guerra, sin pasarles por el pensamiento especie alguna de idolatria; ó que sin pensar en llevarlas á sus casas, tendrían ánimo de entregarlas al General despues de la batalla, para que fundidas, se repartiessen entre todo el ejército. En fin, ó la parvidad de la materia, como dice un moderno expositor del viejo Testamento, ó otras circunstancias que ignoramos, pudieron mover á aquel prudente y piadoso General á hacer juicio que no habia sido culpa grave la que habian cometido. Y por otra parte, habiendo muerto en defensa de la verdadera religion y del santo templo, podia creer piadosamente, que antes de su muerte les haria Dios la gracia, ó á todos, ó á algunos de ellos, de que se reconociesen, castigándolos en esta vida para perdonarlos en la otra. *Sancta ergo, et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut á peccatis solvantur.* Pero como quiera, siempre se infiere de aqui (concluye el historiador sagrado) que es santo y saludable el pensamiento de rogar á Dios por los difuntos, para que se les perdone en la otra vida la pena de los pecados, que cometieron en esta.

Tal fue siempre la creencia de los fieles del Testamento antiguo, y tal fue invariablemente la fe de la iglesia católica en el nuevo Testamento, como se evidencia por las palabras del mismo Jesucristo, por el testimonio de los concilios, por el unánime consentimiento de los santos padres, y por la irrefragable autoridad de la tradicion inmemorial.

*Al que hablare contra el Espíritu santo, dice el Salvador, no le será perdonado este pecado, ni en este mundo ni en el otro (Matth.*

12.) A los herejes que niegan, añade san Bernardo, que hay purgatorio en la otra vida: *Non credunt ignem purgatorium restare post mortem*; encargarles que pregunten al que dijo esto, conviene á saber, que hay un pecado, que ni en esta ni en la otra vida se perdona, cómo se explicó tan mal, si es que no hay purgatorio en el otro mundo: *Quarant ergo ab eo qui dixit, quoddam peccatum esse, quod neque in hoc sæculo, neque in futuro remitteretur, cur hoc dixerit, si nulla manet in futuro remissio, purgatione peccati*. (Hom. 16. in Cant.).

El Apóstol habla de la misma manera que su divino Maestro. Si los muertos, dice, no han de resucitar, ¿á qué fin bautizarse por ellos? *Si omnino mortui non resurgunt, ut quid et baptizantur pro illis?* (1. Cor. 15.) Esto es, como expone san Efrén, ¿á qué fin hacer buenas obras, y ayunar por los difuntos, si no esperas resurreccion en la otra vida? (Ephr. in suo Testam.) Y san Cipriano por nombre de bautismo entiende algunas veces las lágrimas de la penitencia: *lacrymis se baptizat*: (Serm. de Caen. Dom.): en cuyo sentido decía el Salvador á los hijos del Zebedeo: *¿Podréis beber el cáliz que yo tengo de beber, y bautizaros con el bautismo con que yo he de ser bautizado?* (Marc. 10.)

Los mas antiguos concilios hablan siempre de las oraciones y de las misas que se ofrecen por los difuntos, como de obras de misericordia fundadas en la constante fe de toda la Iglesia. *Sacramentum altaris non nisi á jejunis hominibus celebretur*, dice el concilio cartaginense, en que suscribió san Agustin el año 397. No se celebre el santo sacrificio de la misa sino en ayunas. *Si autem aliquorum postmeridiano tempore defunctorum commendatio facienda est, solis orationibus fiat*: pero si se quiere ofrecer á Dios alguna cosa por los difuntos despues de mediodia, sean oraciones, y cualquiera otra especie de sufragios, como no sean misas ó comuniones.

El concilio Bracarense, ó de Braga, en Portugal, que se celebró el año de 563, prohibe se hagan sufragios por los que voluntariamente se mataron á sí mismos con muerte violenta y deliberada. El de Vayson en el año de 529, el de Orleans en el de 533, y el de Chalón sobre el Saona, encomiendan que en todas las misas se haga oracion por los difuntos: *Visum est* (dice el último, can. 39.) *ut in omnibus missarum solemnitatibus pro defunctorum spiritibus loco competenti Dominus deprecetur*; porque como no hay día alguno en que no se deba rogar á Dios por nuestras necesidades particulares, tampoco lo debe haber en que no se le pida en la misa por las benditas ánimas del purgatorio: *Ita nimirum nulla dies excepti debet, quin pro animabus fidelium preces Domino in missarum solemnitatibus fundantur*. En todos tiempos ha observado la Iglesia esta pia-

do-a costumbre, añade el mismo concilio: *Antiquitus hunc modum sancta Ecclesia tenet, ut et in missarum solemnitatibus, et in aliis precibus, Domino spiritus quiescentium commendat*: no solo de encomendar á Dios los difuntos en la misa, siuo en todas las demás oraciones. Y segun san Agustín, la Iglesia católica hace oracion en general por todos los difuntos, para que aquellos que no tienen parientes ó amigos que hagan, ó quieran hacer por ellos esta obra de misericordia, la encuentren en la caridad y memoria del comun de todos los fieles: *Dicente beato Agustino, non sunt prætermittenda supplicationes pro spiritibus mortuorum, quas faciendas pro omnibus in christiana, et catholica societate defunctis, etiam tacitis eorum nominibus, sub generali commemoratione suscepit Ecclesia; ut quibus ad ista desunt parentes vel amici, ab una eis exhibeatur pia matre comuni*. Estas son palabras del concilio; en las cuales no hace mas que recomendar lo que san Agustín asegura ser práctica inconcusa y general de la Iglesia: *Hoc á patribus traditum universa observat Ecclesia*. (Serm. 32 de verb. Ap.)

¿Qué hace el sacerdote, pregunta san Dionisio, cuando ruega á Dios por los difuntos? *Precaur oratio illa divinam clementiam, ut cuncta dimittat per infirmitatem humanam admissa peccata defuncto, eumque in luce stans, et regione vivorum* (De Eccles. Hier. c. 7): Implorar la divina clemencia, para que por su infinita misericordia se digne perdonar las penas que corresponden á las culpas de los fieles difuntos, á fin de que, purificadas sus almas, sean admitidas á la claridad y al resplandor, que siempre brilla en la region de la vida eterna.

Roguemos á Dios, dice san Gregorio Nazianceno, así por nosotros mismos, como por aquellos que mejor dispuestos que nosotros, pusieron dichoso fin á su trabajosa carrera: *et eorum qui, quasi in via paratiores, prius ad hospitium pervenerunt, animas commendemus*. (Orat. in Cons.) Por eso, añade san Crisóstomo, no sin razon ordenaron los apóstoles, que en el tremendo sacrificio se hiciese siempre mencion de los fieles difuntos; porque sabian bien el gran provecho que de esto se seguía: *Non temere ab Apóstolis hæc sancita fuerunt, ut in tremendis misteris defunctorum agatur commemoratio; sciunt enim inde multum illis contingere lacrum, utilitatem multam*. (Hom. 6. ad prop. Antioch.)

Rogamos, en fin, dice S. Cirilo, por nuestros hermanos difuntos, porque creemos que sus almas reciben un grande alivio con el santo sacrificio de la misa: *Denique pro omnibus oramus, qui inter nos vita functi sunt, maximum credentes esse animarum juvamen, pro quibus offertur obsecratio sancti illius et tremendi sacrificii*. (Cath. 5. missag.) Y Eusebio refiere en la vida de Constantino el Grande, que man

dó le enterrasen en la iglesia mayor, para lograr mas sufragios del mayor concurso de los fieles. S. Epifaneo cuenta entre las herejias de Aéreo el haber negado que aprovechasen á los difuntos las oraciones, las limosnas y los sacrificios, que se ofrecian por ellos.

Asegura Tertuliano, que los sufragios por los difuntos son de tradicion apóstolica; y hablando de una viuda dice, que encomienda á Dios el alma de su marido, y que nó deje de hacer todos los años un aniversario por ella: *Pro anima ejus oret, et refrigerium interin adpostulet, ei... et offerat annuis diebus dormitionis ejus:* (Lib. de Monog.)

•Establecieron nuestros predecesores, dice S. Cipriano, que si alguno en su testamento nombrare por tutor ó por curador á un clérigo, no se hagan sufragios por su alma: *Episcopi antecessores nostri censuerant, ne quis frater excedens ad tutelam, vel curam clericum nominet: at si quis hoc fecisset, non offerretur pro eo, nec sacrificium pro dormitione ejus celebraretur.* (Lib. 1. epis. 9.)

San Paulino alaba mucho la piadosa accion de un jóven caballero romano, llamado Pamaquio, el cual habiendo muerto su muger, que era hija de la esclarecida Sta. Paula, juntó en la iglesia de S. Pedro á todos los pobres que habia en Roma, y dió de comer caritativamente á aquellos verdaderos protectores de nuestras almas, haciendo esta limosna por sufragio, y para alivio de la de su amada difunta.

En fin, san Agustín, en el libro que intituló *de la caridad con los feles difuntos*, dice lo siguiente: Leemos en el libro de los Macabeos, que se ofreció un sacrificio en Jerusalem por las almas de los que habian muerto en la batalla; pero aunque nada de esto se leyera en la Escritura, bastaria la autoridad de la Iglesia para comprobar esta piadosa costumbre, pues vemos que siempre que el sacerdote celebra, hace conmemoracion de los difuntos: *In Machabeorum libro legimus oblatam pro mortuis sacrificium; sed et si nusquam in Scripturis veteribus legeretur, non parva est universæ Ecclesiæ, quæ in hac consuetudine claret, auctoritas, ubi in precibus sacerdotis, quæ Domino Deus ad ejus altare funduntur, locum suum habet etiam commendatio mortuorum.*

El sacrificio del altar, dice san Gregorio el Grande, aprovecha mucho á las animas del purgatorio: *Multa solet animas etiam post mortem sacra oblatio hostiæ salutaris adjuvare.* En una palabra, todos los padres griegos y latinos tienen el mismo lenguaje.

Parece que lo dicho debe bastar para mover á los fieles á socorrer con sus oraciones, limosnas, ayunos y sacrificios á las ánimas de aquellos, que ciertamente no se ovidarán de sus caritativos bienhechores, cuando se hallen entre los bienaventurados. *Mortuo non prohibeas gratiam,* exclama el Sabio (Eccles. 7.): No niegues á los

muerdos esa sola gracia, ese solo bien que les puedes hacer, y que aquel padre, aquella madre, aquella esposa, aquel hermano, aquella hermana, aquel amigo, están esperando de ti. ¿Y qué pensarán ahora los herejes de su error sobre un punto de fe tan evidente, y sobre una costumbre de la iglesia católica recibida sin intermision en todos los siglos? Tendrán valor para decir con su jefe Calvino: Convento en que fue práctica inconcusa de la Iglesia desde su primitiva institucion hacer oracion y ofrecer el sacrificio de la misa por los difuntos: *Usu receptum est*: pero confieso que todos los padres y toda la Iglesia se dejaron ciegamente arrastrar de un groserisimo error; *Sed omnes fateor in errorem abrepti fuerunt.* (Calv. lib. 3. Instit. cap. 5.) ¡Buen Dios, y qué extravagantemente se desbarra cuando se pierde la fe! ¿Es posible que unos hombres, por otra parte de entendimiento y de juicio, no conozcan que ellos son los que yerran, ellos los que se pierden, ellos los que se precipitan siguiendo á tal maestro y á tal gula?

**La misa es la cotidiana de difuntos, y la oracion la siguiente.**

*Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribus peccatorum, ut indulgentiam quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur. Per Dominum nostrum...*

O Dios, criador y redentor de todos los fieles, suplicamoste concedas á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de ti. Por nuestro Señor...

**La epistola es del cap. 14 del Apocalipsi.**

*In diebus illis: Audivi vocem de caelo, dicentem mihi: scribe: beati mortui, qui in domino moriuntur. Amòdò jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis; opera enim illorum sequuntur illos.*

En aquellos dias: Oí una voz del cielo, que me decia: escribe: bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora les dice el Espiritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

**REFLEXIONES.**

¿Será morir gloriosamente, morir en el lecho del honor, en brazos de la abundancia, cuando á la muerte se sigue una infamia eterna y un infierno sin fin? ¿De qué sirve á la hora de la muerte la triste me-

moria de los gustos pasados? Fiestas mundanas, diversiones multiplicadas, placeres exquisitos, prosperidad sin intermision, suntuosidad, magnificencia, ¿qué poca cosa pareceis á los ojos de un pobre moribundo! ¿Será gran consuelo pasar desde un magnifico palacio á la sepultura? ¿desde una cama blanda, ostentosa y regalada á los infiernos? desde una numerosa corte á las llamas eternas? ¿será feliz el que muere poderoso, estimado, temido, amado de todo el mundo, si se condena?

*Beati, qui in Domino moriuntur.* Este es el único secreto para sér feliz: esto solo vale mas que todos los tesoros del universo, todas las prosperidades de la vida, todas las grandezas del mundo; esta es la única felicidad que hay sobre la tierra: todas las demás son engaño, ilusion, fantasmas, puras quimeras. *Bienaventurados los que mueren en el Señor*, esto es, en su gracia y amistad: eso es morir rico, poderoso, lleno de honor, y colmado de gloria.

Mas que toda la vida haya sido taraceada de mil desgraciados contratiempos: mas que este puñado de dias que se han vivido haya sido una perpétua cadena de infortunios, de desgracias, y de pesadumbres: mas que los trabajos hayan excedido al número de los dias, todo parece un sueño al que muere en el Señor. De nada de eso le resta entonces mas que una memoria muy superficial; comienza para él en aquel momento una felicidad llena y colmada: una alegría pura y eterna: está ya para ser como inundado de una avenida de gustos y de consuelos, para entrar en un pais donde enteramente se gozan dias de calma, despejados y serenos, que sucedan á aquellos dias borrascosos y turbados, de que ya apenas le queda memoria. Muérese en el Señor, pues se muere para vivir. Esto sí que se llama hacer fortuna. ¿Qué se ha hecho de aquellos monarcas poderosos, que hicieron en el mundo tanto ruido? ¿de aquellas personas tan señaladas por sus bellas prendas de cuerpo y alma? ¿de aquellos hombres grandes que ocuparon las primeras dignidades de la Iglesia, y los primeros puestos del Estado? ¿en qué pararon aquellos llamados dichosos, felices y afortunados en el mundo, si se condenaron? ¿y en qué paran todos aquellos que no mueren en el Señor? ¿cuántos de los que leerán estas reflexiones merecerán la misma tristísima suerte por no haberse aplicado á merecer la contrario? Para morir en el Señor, es preciso vivir y perseverar en la gracia del Señor.

#### El evangelio es del cap. 6 de san Juan.

*In illo tempore dixit Jesus turbis judaeorum: Ego sum panis vivus, qui de caelo descendi.* Si En aquel tiempo dijo Jesus á la muchedumbre de los judios: Yo soy el pan que vive, que he

*quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo judaei ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis. Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam aeternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.*

bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decían: ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne? y Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día

### MEDITACION.

#### *De la necesidad de prepararse para la muerte.*

**PUNTO PRINCIPAL.**—Considera que la necesidad de prepararse para una santa muerte es indispensable. No hay en el mundo negocio tan importante como la muerte, no le hay más dificultoso que una buena muerte, y más en quien no se dispone para ella durante la vida. ¿Y hay tampoco negocio más irreparable que el de una muerte infeliz? Con todo eso, para ninguna cosa se preparan menos los hombres que para lograrla dichosa.

Si se muriera dos veces, sería menos imprudencia arriesgarse á morir mal una vez; podría repararse esta falta; se podría hacer penitencia á un mismo tiempo de una mala vida, y de una mala muerte. Pero no se muere mas que una vez sola; y la eternidad, ó feliz, ó desgraciada, depende absolutamente de esta muerte.

Cuanto mas hemos trabajado para el cielo, cuanto mas santamente hemos vivido, mas interés tenemos en acabar la vida santamente, por no perder el fruto de tantos trabajos. Es verdad que una santa muerte es ordinariamente fruto de una santa vida; pero no es menos verdad que una muerte en pecado aniquila todos los merecimientos de la vida mas santa, y que todos los méritos de la mas santa vida no pueden asegurarnos una santa muerte. ¿Y siendo esto así, se piensa mucho en la muerte? Al ver nuestro descuido sobre un punto tan importante, pudiera parecer que no hay cosa mas fácil, ni tampoco mas común que morir bien.

Si para morir bien bastára recibir los postreros Sacramentos, besar con ternura un Crucifijo, y derramar tal vez algunas lágrimas, acaso sería menos intolerable nuestra imprudencia? No siempre es muy dificultoso encontrar un Confesor zeloso y habil, que nos asista en aquel último peligro; pero cuántos hay que murieron con todos estos auxilios, y se condenaron? Morir cubierto de ceniza y de cilicio, morir rodeado de sacerdotes, y de santos Religiosos, es morir con edificación; pero esto precisamente tampoco es morir bien. Morir bien es morir después de haber borrado con la penitencia todas las manchas, todas las culpas de la vida, es morir en estado de gracia; es morir lleno de una fé viva, de una esperanza firme, de una caridad ardiente, es morir con un grande horror á todo lo que el mundo ama, con un amor de Dios sobre todo lo criado. ¿Y todo esto será muy facil á quien amó tan poco á Dios durante la vida? á quien se lo pasó toda la vida casi sin pensar jamás en morir bien?

Cosa extraña! Si uno tiene que representar un triste papel en un teatro, ó que predicar un sermón en un Pulpito, ó que hacer ostentacion de su habilidad y de su literatura en una cátedra, se previene por semanas, por meses, y tal vez por años enteros para salir con lucimiento, siendo así que todo ello es de bien poca importancia. ¡Pero qué tiempo, gran Dios, se emplea en disponerse para morir bien, cuando este gran negocio pide no menos que todo el tiempo de la vida!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que nunca puede ser demasiada la preparacion para una cosa que se hace una sola vez; cuando de hacerla bien esta sola vez pende nuestra felicidad eterna.

Si fuera cosa tan facil lograr una buena muerte después de haberse preparado tan poco para morir bien, muy necios hubieran sido los santos en disponerse á tanta costa, y en haber empleado en esta preparacion toda la vida. ¿A qué fin tanto ayunar, tanta oracion, y derramar tantas lágrimas? ¿á qué fin retirarse de todo el mundo, negarse á toda comunicacion para lograr una santa muerte, si pudieron morir santamente sin todas esas precauciones, y sin tanto aparato de preparativos?

Aquel bizarro jóven, que en lo mejor de su vida renuncia cuanto puede alagar á los sentidos, y va á sepultarse vivo en las melancólicas estrecheces de un riguroso claustro: ¿qué fin lleva en una accion tan heroica, sino disponerse para morir bien? ¿nos atreveríamos á no alabar, á no admirar su prudente, su acertada resolucion? Y que, mientras nuestros hermanos, mientras nuestras hermanas, y nuestros amigos pasan su vida en el retiro, y entre los rigores de la penitencia para disponerse á una santa muerte, y alcanzar la gracia de la perseverancia final; nosotros metidos entre el tumulto del mundo, en-

tregados á todos sus gustos y diversiones; nosotros en un olvido eterno de esta muerte, en una crasa ignorancia de todo lo que es disponernos para ella, ¡esperamos tranquilamente una muerte cristiana! ¡creemos estar preparados para morir, y para morir bien! ¿Hay cosa á que mas nos hubiese exhortado el Hijo de Dios, como quien preveía tan bien nuestra negligencia, que á esta preparacion?

*Velad, porque no sabéis á qué hora ha de venir el Señor* (Matth. 25). *Estad siempre aparejados, porque en la hora que menos lo penséis, vendrá el Hijo del hombre:* (Luc. 12). Lo que digo á vosotros, con todos habla; y así estad alerta: *Quod autem vobis dico, omnibus dico: Vigilate.* (Marc. 13). Es menester estar prontos á cualquiera hora que el Señor llame á la puerta.

Ninguno hay que no convenga en que es necesaria alguna preparacion para morir bien: de aquí nace el miedo que se tiene á toda muerte repentina. ¿Pero qué efecto ha producido este temor? ¿á qué preparacion nos ha movido hasta el presente? Con todo eso, puedo morir dentro de pocas horas. Tan poca seguridad tengo de vivir mañana, como de vivir de aquí á diez años. Si fuera hoy el postrero día de mi vida, ¿estaria bien dispuesto para morir hoy? ¿no tendria algo que temer? Estremézcome con solo este pensamiento. ¿Pero quién me ha asegurado la vida ni aun de aquí á un cuarto de hora? Y si no comienzo á disponerme desde luego, ¡qué dolor! ¡qué desesperacion cuando llegue la postrera!

No lo permitais, Señor, y pues me concedéis á lo menos esta hora, desde esta misma comienzo, Dios mio, á disponerme para morir bien, y á pedir os esta gracia los dias que me otorguéis de vida.

#### JACULATORIAS.

*Paucitatem dierum meorum nuntia mihi.* Salm. 101.

Comprenda yo, Señor, tan vivamente el corto número de los dias de mi vida, que desde luego comience á disponerme para la muerte.

*Timentí Dominum bené erit in extremis.* Eccl. 1.

Solamente los que temen á Dios en vida deben prudentemente esperar una buena muerte.

#### PROPOSITOS.

No es de extrañar que tantos mueran mal, siendo tan pocos los que se disponen para morir bien. La buena muerte es ciencia práctica que solo se aprende mientras se vive; mas para adelantar en es-

ta facultad es menester estudiar mucho, porque el estudio precipitado regularmente solo sirve para hacer mas visible nuestra ignorancia y nuestro atraso. La mejor disposicion para una buena muerte es una santa vida; y la vida debe ser una continua preparacion para la muerte. Cada día debe servirnos de nueva eleccion y de nuevo ejercicio, siendo razon que todas las noches nos tomemos cuenta de nuestro adelantamiento. Es una piadosa costumbre de grande importancia hacer todas las cosas, como si todas ellas fuesen disposiciones para la muerte. Misas, oraciones, limosnas, obligaciones del estado de cada uno, hasta las mismas diversiones, todo nos puede servir para lograr una buena muerte, si todo se hace con el espíritu y con la santa intencion de morir bien. Mucho nos importa saber bien el arte de bien morir: el que ignora éste, aunque sea muy sabio en todos los demás, haga cuenta que nada sabe.

2 Fuera de esta preparacion general, hay otras particulares, que nunca se deben omitir. Elige todos los años un día, que debes dedicar enteramente á este gran negocio. Al despertar considérate en la presencia del soberano Juez, que te pide cuentas de tu administracion: *Redde rationem villicationis tue*; y examina por lo menos en media hora de oracion si tienes bien prevenidas las cuentas. No salgas del cuarto sin haber ajustado lo que tuvieres que ajustar. Nada omitas, nada te perdones nada te disimules; porque tienes que tratar con un juez infinitamente perspicaz, á quien nada se le esconde, aunque quiere por ahora remitirse á ti sobre todos los artículos. Anticipate á la severidad de su juicio por una confesion general sincera y dolorosa. Ajustados los negocios de tu conciencia, arregla los de tu casa y familia. Grande imprudencia es aguardar á la ultima enfermedad para hacer testamento. *Fac testamentum*, dice san Agustin, *dum sanus es, dum sapiens, dum tuus es*: Haz testamento mientras estás sano, mientras estás en tu juicio, y mientras tienes libertad. Comulga como si fuera la última comunion de tu vida. Y si pudiere ser, se tú mismo testamentario de ti propio, y ejecutor de tus legados. Por la tarde vé á hacer oracion sobre la sepultura donde te han de enterrar, ó á lo menos en la iglesia donde ha de estar expuesto tu cadáver, y te han de hacer los oficios de cuerpo presente. Todo lo que leas en este día sea acerca de la muerte, sin ocuparte en todo él en otro negocio que en el de tu salvacion. Pero no te contentes con un día cada año: el retiro de un día cada mes es excelente preparacion para la muerte. Añadó mas: cada semana debe tener la suya, y aun cada día es razon tengas alguna devocion, que sirva determinadamente para disponererte á morir bien. Busca algun libro que te enseñe á prevenirte para una buena muerte. Al fin del segundo tomo del *Retiro espiritual* hallarás admirables ejercicios para esto.



## DIA IX.

**Santa Vautrudis, vulgarmente llamada santa Vaudru, viuda.**

**S**ANTA Vautrudis, hermana de santa Aldegundis, fue hija del conde Valveto, y de la princesa Bertila, y sobrina de Guadelano, maire ó mayordomo del palacio. Nació por los años de 626 en aquella parte de la Austria inferior, que despues se llamó Haynaut.

Correspondió su educacion á su noble nacimiento, y á la eminente

virtud de sus piadosísimos padres; y advirtiendo en la niña su santa madre Bertila aquellas admirables disposiciones para la santidad, que no solo allanan, sino que abrevian el camino, no perdonó á diligencia alguna para cultivar un corazón, á quien el Señor habia prevenido desde la cuna con dulces bendiciones de su gracia. Oyendo Vautrudis con dócil atención las lecciones de su virtuosísima madre, estudiaba aún con mayor cuidado sus ejemplos, y los imitaba. Todo respiraba cristiandad en la devota niña, sus modales, su compostura su modestia, y hasta sus mismas diversiones. No conocia las galas, ni la profanidad, sino para despreciarlas, y así ignoraba absolutamente las modas. Siendo inseparable compañera de su Madre, no se contentaba solo con ser testigo de sus buenas obras, sino que también participaba gustosa de sus penas.

La singular hermosura de que estaba dotada, brillaba mas al lado de su virtud, y así fue pretendida de los primeros señores de la provincia. Entre todos escogieron sus padres al conde Madelgarío, uno de los mas principales en la corte del rey Dagoberto. Casóse con él; y acreditó la experiencia que Dios presidió en este matrimonio, porque se han visto pocos en el mundo mas iguales en todo, y consiguientemente mas felices.

Era hija de dos santos, hermana de otro, esposa de otro, y tuvo cuatro hijos: Landry, Aldetrudis, Madelberta y Dentlin, que todos murieron con fama de santidad, como casi todos los demás de aquella dichosísima familia.

Creciendo cada dia en perfeccion nuestra Santa, no tardó en dar á gustar á su marido la dulzura de la virtud, de la cual le hicieron concebir tan alta estimacion sus ejemplos. No era Vautrudis de una virtud sombría, ceñuda, austera, ni desdenosa, sino dulce, apacible, sólida, oficiosa y humilde, con que hacia admirable impresion en los corazones. Hizola tan grande en el de Madelgarío, que disgustado del mundo, se dedicó únicamente al cuidado de su salvacion, y al estudio de adquirir las virtudes propias de su estado. Habiendo hecho voto de perpétua continencia por consejo de su santa muger, con el consentimiento de ésta, y con parecer de san Auberto, obispo de Cambray, se retiró al monasterio de Haumont, á orillas del rio Sambre. En él tomó el hábito de monje con el nombre de Vicente, y llegó á tan heroica santidad, que la Iglesia celebra con culto público su memoria el dia 20 de Setiembre.

Tres años se mantuvo en el siglo nuestra Vautrudis despues que se retiró de él su marido, ocupada toda en el ejercicio de buenas obras, y en la educacion de sus hijos Aldetrudis y Madelberta, las cuales dieron desde entonces principio á aquella eminente virtud, que con el tiempo subió á tan alto grado, bajo la disciplina y gobierno de su tia santa Al-

degundis. Pero aunque la virtud de nuestra Santa era tan extraordinaria, todavía la llamaba Dios á perfeccion mas encumbrada, y así la tenía destinada aquellas cruces y trabajos, que habían de franquearla el camino para ella.

Representósele en sueños san Gaugerit, obispo de Cambray, brindándola con un cáliz que traía en la mano, y exhortándola á que prosiguiese con aliento el camino de la perfeccion que había emprendido, y á que renunciase enteramente al mundo. Habiendo confiado esta vision, no sin alguna facilidad, á algunas personas indiscretas, tomaron de aqui ocasion, y aun hicieron asunto para mortificarla en lo vivo, haciendo chacota de sus visiones, y divulgando de ella mil especies, tanto mas sensibles, cuanto con mas graciosa malignidad se publicaban en tono mas zumbon y mas festivo. Como la modestia, la inocencia, y la elevada virtud de aquella jóven señora era una muda, pero incómoda censura de la licencia con que vivian tantas mugeres mudanas, y de la disolucion de tanto número de libertinos, no se puede explicar el aplauso con que eran recibidos en los corrillos los graciosos cuentos que se forjaban sobre sus lángidas visiones y revelaciones, que este epíteto se las aplicaba. La disolucion encuentra siempre no sé qué secreta complacencia en persuadirse que la virtud de los buenos es pura hazañería; y triunfa cuando la puede calumniar ó censurar con aplauso. Logróle en esta ocasion. Todo el mundo se desenfrenó contra la sierva de Dios: los nombres de hipócrita ó de ilusa, eran los menos injuriosos, ó los mas moderados con que la trataban. Decíase que los extraordinarios rumbos de perfeccion por donde hasta entonces había afectado caminar, eran lastimosas ilusiones: que todas las obras de misericordia en que se ejercitaba eran artificiosas exterioridades para alucinar al público; que aquel aparato de modestia y de compostura, era un hermoso velo para encubrir mejor sus vicios y su disolucion.

Fácilmente se puede comprender qué sensible sería para una señora virtuosa, jóven, y de la primera nobleza, una calumnia de tan vergonzosa especie, y sobre todo tan mal fundada. Sintió Vautrudis toda su amargura, pero resolvió echársela á pechos sin el menor lenitivo. Ni pensó, ni solicitó otro consuelo que el que buscó á los pies de Jesus crucificado, y encomendó toda su justificacion á la paciencia. Esta cruel persecucion no solo sirvió para purificar su virtud, sino también para que acelerase su antigua resolucion de retirarse enteramente del mundo. Ejecutólo con parecer de san Guislano, su confesor, por cuyo consejo determinó edificar una erudilla sobre el monte de Gastriloc, donde pudiese pasar el resto de sus dias en oracion y en silencio.

No deliberó un punto santa Vautrudis. Valióse de un señor llamado Hidulfo, pariente suyo, que también es públicamente reverenciado como Santo, para comprar el sitio, encargándole hiciese edificar en él una

celdilla, donde pensaba pasar lo que la restaba de vida en ejercicios de penitencia. Hizo Hidulfo mas de lo que se le habia pedido, porque mandó edificar una casa suntuosa; pero la Santa no quiso vivir en ella, y el cielo quiso autorizar pocos dias despues su escrupulosa delicadeza en este punto; porque se levantó un furioso uracan, que echó por tierra aquel soberbio edificio hasta los fundamentos. Alicionado y advertido Hidulfo con este accidente, siguió en todo la planta que le habia dado nuestra Vautrudis, y dispuso se fabricase una estrecha celda con su capilla, en la cual se fue luego á encerrar; habiendo recibido antes el sagrado velo de manos de san Auberto, obispo de Cambray.

Llena de imponderable consuelo al verse ya dichosamente retirada del bullicioso tumulto del mundo, abandonó todo otro cuidado que el de dedicarse enteramente al ejercicio de las mas heroicas virtudes. Su ayuno era continuo; apenas interrumpia la oracion sino con algunos instantes de sueño, que tomaba sobre unos manojos de sarmientos; mortificaba su delicado cuerpo con rigurosas penitencias; y eran sus ojos dos perennes fuentes de lágrimas, que la hacia derramar su ardiente y ternisimo amor de Dios. Pero ni en sus modales ni en sus costumbres se descubria el rigor de su mortificacion; porque siempre se la veia llena de apacibilidad, de dulzura, de urbanidad, y de una modestisima alegría para con todo el mundo; la voluntaria pobreza á que se habia reducido no la estorbaba encontrar arbitrios para socorrer á todos los pobres que recurrían á ella. En su retiro no estaba ociosa; pero una virtud tan sobresaliente no podia menos de excitar la rabiosa envidia del enemigo de la salvacion. No perdonando el tentador ni la tentacion á las grandes almas, nuestra heroica reclusa experimentó presto sus efectos.

Apoderóse de su espíritu un mortal tedio al retiro, llevando de amargura su corazon un repentino horror á la soledad. La oracion, el silencio, la estrechez de aquella pobre celda, todo se la hacia insoportable. La memoria de lo que habia sido; el pretexto de las muchas buenas y grandes obras que podia hacer en el mundo; la dulzura de una honesta y cristiana libertad; sus juveniles años, la esperanza bien fundada de una larga vida, la delicadeza de su complexion, y la ninguna robustez de su salud, todo esto se la representaba con la mayor viveza; toda concurría á hacerla titubear en su resolucion; todo la inclinaba á volverse al siglo, y todo abogaba en favor del amor propio. Bien necesitó de grandes y poderosos auxilios para resistir á tan fuerte como disimulada tentacion; concedióselos el cielo, y correspondió á ellos con valor y con fidelidad. En medio de estas turbaciones, sequedades y descónsuelos, recurría á la oracion, renovaba muchas veces al dia sus propósitos, hacia otros de nuevo, mortificábase mas y mas doblando las penitencias. Despues de Dios colocaba toda su confianza en su dulcisima Madre, á quien profesaba una devoción ternisima, y esta Señora la alcanzó de

su Hijo nuevos y muy eficaces auxilios. Combatió, peleó, triunfó: disipáronse las nieblas, calmó la tormenta, serenóse el cielo; y victoriosa nuestra Santa de todo el infierno, por la gracia del Redentor, gozó tranquilamente de los dulces frutos de su fidelidad.

Esparciose por todas partes la fama de la virtud, y muchas siervas de Jesucristo, movidas del ejemplo de Vautrudis, concurren á ponerse debajo de su direccion. Cedió á la caridad del amor al retraer, y en poco tiempo la que era una pobre celdilla, se vió convertida en convento. Como se observaban mas de cerca los ejemplos de Vautrudis, hacian mayor impresion, y eran mas copiosos los frutos que producian. La devoción mas ejemplar, la observancia mas exacta, el espíritu de penitencia mas constante y mas ferviente, fueron desde luego el carácter y el elogio de aquella religiosa comunidad, que pasó con el tiempo á ser un célebre cabildo de canónigas; y aquel monasterio tan reducido y tan pobre en sus principios, se vió despues cercado de una ciudad considerable, que es hoy la capital de la provincia de Haynaut, cuya formacion se debió á la veneracion, á la memoria, y á las preciosas reliquias de santa Vautrudis.

Habiendo venido á visitarla su hermana santa Aldegundis, abadesa del monasterio de Maubeuge, viendo la pobreza del de Vautrudis, y la cordedad de sus rentas, la instó mucho para que se fuese con ella, y se retirase á Maubeuge con sus hijas. Agradeciésole nuestra Santa; pero no lo aceptó, porque las razones que alegaba para sacarla de Mons, eran puntualmente las que con mayor gusto la detenian en él. Su grandé amor á los rigores de la penitencia la obligaba no solamente á no huir, sino á mirar con especial cariño las descomodidades de la casa; y el mismo Señor se dignó autorizar con un milagro el acierto de esta determinacion; porque habiendo salido un dia á pasearse las dos santas hermanas, y habiéndose alejado del monasterio mas de lo que acostumbraban, al volverse del paseo hallaron ya las puertas cerradas; pero apenas se llegó á ellas santa Vautrudis, cuando se abrieron por sí mismas. Favorecióla Dios con el don de milagros, y tuvo el consuelo de oír de la boca de un ángel que su nombre y el de su hermana santa Aldegundis estaban escritos en el libro de la vida. Desde que mereció esta revelacion, aumentó mas y mas los rigores de su penitencia. Finalmente, llena de gracias y de merecimientos, alcanzó de Dios que la sacase de este mundo el día 9 de Abril de 686, dos años despues de la muerte de santa Aldegundis, y cerca de los sesenta de su edad, habiendo pasado treinta en su monasterio, en cuya capilla fue enterrada, haciendo el Señor muy célebre su sepulcro por la multitud de milagros que ha obrado en él por intercesion de la Santa. La ciudad de Mons la escogió por su patrona, reconociendo con razon que al culto de Vautrudis y á la fama de su santa comunidad debe todo lo que es.

**La misa es de la dominica precedente, y la oracion la siguiente.**

*Exaudi nos, Deus salutaris noster: ut sicut de beata Valde-  
trudis festivitate gaudemus; ita  
pice devotionis erudiamur affec-  
tu. Per Dominum nostrum Je-  
sum Christum.*

O Dios que eres nuestra salud; oye nuestras súplicas, para que así como nos alegramos en la festividad de la bienaventurada Vautrudis, así también recibamos el fervor de una santa devoción. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epístola es del cap. 3 del apóstol san Pablo á los Colosenses.**

*Frates: Omne quodcumque  
facitis in verbo aut in opere, om-  
nia in nomine Domini Jesu Chris-  
ti facite, gratias agentes Deo et  
Patri per ipsum. Mulieres, sub-  
ditæ estote viris, sicut oportet in  
Domino. Viri, diligite uxores vos-  
tras, et nolite amari esse ad illas.  
Fili, obedite parentibus per om-  
nia: hoc enim placitum est in Do-  
mino. Patres, nolite ad indigna-  
tionem provocare filios vestros,  
ut non pusillo animo fiant. Ser-  
vi, obedite per omnia dominis  
carnalibus, non ad oculos ser-  
vientes, quasi hominibus placentes,  
sed in simplicitate cordis,  
timentes Deum. Quodcumque fa-  
citis, ex animo operamini, sicut  
Domino, et non hominibus.*

Hermanos: Todo cuanto hacéis de palabra ó de obra, todo sea en el nombre del Señor Jesucristo, dando por medio suyo gracias á Dios y Padre. Mujeres, estad sujetas, como es justo, á los maridos en el Señor. Maridos, amad á vuestras mugeres, y no seais amargos para ellas. Hijos, obedeced en un todo á los padres; porque esto es agradable al Señor. Padres, no provoquéis vuestros hijos á indignación, para que no se apoquen de ánimo. Siervos, obedeced en todo á los señores carnales, no sirviendo á lo que se ve, como quienes agradan á los hombres, sino temiendo á Dios con simplicidad de corazón. Cualquiera cosa que hagais, hacédla de veras como para el Señor, y no para los hombres.

#### NOTA.

«Era Coloso una ciudad de la Frigia, parte del Asia menor. Nunca habia predicado en ella san Pablo; pero habiendo venido á Roma Epafras, natural de Coloso, á visitar al Apóstol cuando ya estaba en la cárcel, le informó de los maravillosos progresos que hacia en ella el evangelio, y del miedo que tenia de que algunos falsos doctores alterasen la pureza de su fe. Esto obligó á san Pablo á escribir desde la misma prisión esta epístola el año 62.»

## REFLEXIONES.

*Omne quodcumque facitis in verbo, aut in opere, omnia in nomine Domini Jesu Christi.* Todo cuanto lucieres, bien por palabras, bien por obras, hacedlo todo en nombre de Jesucristo. Esta es la idea mas cabal de la vida cristiana; por esos frutos se ha de conocer el árbol; por las palabras y por las obras se han de distinguir los cristianos. ¿Pero se reconocerán el día de hoy por estas señales muchos cristianos entre los que se llaman fieles? Buenas palabras sin buenas obras es hipocresía; buenas obras sin buenas palabras suele ser cobardía indigna y vergonzosa. Pues qué ¿nos hemos de avergonzar del evangelio?

*Omnia in nomine Domini Jesu Christi.* Todo se ha de hacer en nombre de nuestro Señor Jesucristo. Quejémonos del mal suceso de nuestras empresas, de que trabajamos sin fruto, de las calamidades públicas. Y bien, ¿quién tendrá la culpa? Queremos nosotros ser los únicos artifices de nuestra fortuna, y lo somos de nuestras desdichas. ¿En nombre de quién trabajamos? ¿consultamos primero á Dios en todo? Este Señor debe ser el primer motivo y el primer móvil de nuestros proyectos, y de nuestras grandes ideas; ¿pero que parte tiene en nada de lo que hacemos? ¿se hace y se dice en nombre de Jesucristo todo cuanto se dice, y todo cuanto se hace?

Designios grandes, resoluciones osadas, empresas árdidas, negocios espinosos, comercio arriesgado, trabajos inmensos, fortunas brillantes; *In quo nomine hæc fecistis?* En nombre de quién fuisteis emprendidas y fabricadas? Me atrevería yo á responder que en nombre de Jesucristo? ¿pero no me desmentiría mi propio corazón y mi propia conciencia? ¿hay por ventura el día de hoy otro móvil de todos los pasos que se dan, que la ambición, el orgullo, la pasión, el interés y el deleite? hay otra regla de todas las acciones de la vida, que el desorden del corazón, y el desnivel del espíritu? La pasión inspira los primeros pensamientos, ella los conduce, y ella pone en ejecución todos los medios que juzga proporcionados para conseguir sus fines. La pasión es el alma de todos nuestros movimientos, y los que ella no anima salen lánguidos y desmayados. ¡Después de esto nos admiraremos de que con tal guía andemos descaminados, y en tal escuela solo aprendamos á llorar! ¿nos admiraremos de que un edificio, que no tiene otro cimiento, dé consigo en tierra, y sepulte en sus ruinas á los que fian en él! Donde reina una prudencia puramente humana, bien se pueden esperar reveses, trastornos, y lastimosas revoluciones. Son luces muy limitadas, son muy flacos sus cimientos, sus medidas muy falsas para prevenir todos los accidentes, y para ponernos á cubierto de los peligros. Nada hagamos que no sea en nombre de Jesucristo; sean su voluntad y su gloria el

primer motivo de nuestras acciones, y entonces le interesaremos en nuestra proteccion y en nuestra defensa. Todo cuanto hiciéremos será entonces ventajoso, sólido y provechoso, porque todo será meritorio. Gazarémos de unos días llenos, y no afanarémos vanamente en cavar cisternas secas. Hagamos todas las cosas à mayor gloria de Dios y en nombre de Jesucristo, y la misma desconfianza en nuestra propia virtud será nuestra mayor fuerza, porque empeñará al Señor en suplir nuestra flaqueza y nuestra necesidad. Es poderoso el mas desvalido, es opulento el mas pobre, cuando puede seguramente contar sobre este riquísimo fondo. *Pues ora comais, ora bebais, ora hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo à mayor gloria de Dios. (1. Cor. 10.)*

**El evangelio es del capitulo 10 de san Mateo.**

*In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Qui amat patrem aut matrem plus quàm me, non est me dignus. Et qui amat filium aut filiam super me, non est me dignus. Et qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus.*

En aquel tiempo dijo Jesus à sus discipulos: El que ama al padre ó à la madre mas que à mí, no es digno de mí. Y el que ama al hijo ó à la hija mas que à mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz, y me sigue, no es digno de mí.

**MEDITACION.**

*Del buen uso de los trabajos y de las cruces.*

**PUNTO PRIMERO.**—Considera que en vano se huye de las cruces y de los trabajos, porque en todas partes se hallan. No hay condicion, no hay estado, que no los produzca. Cada uno lleva su cruz, hasta sobre el mismo trono crecen; y no suelen ser las que menos pesan, las que menos se perciben. Así, pues, toda nuestra aplicacion debe emplearse en aprovecharnos bien de ellas.

No es verdad que los trabajos sean desgracias y adversidades; antes pueden servirnos de grandísimo provecho, si sabemos usar de ellos. De suyo son un admirable contraveneno; pero facilmente pueden convertirse en ponzoña.

Supongamos que padecemos casi todo lo que padecieron los santos; sábete que porque supieron padecerlo, arribaron à un grado de santidad tan eminente. Al contrario, ¡cuántos reprobos padecieron lo mismo que ellos! Las mismas contradicciones, las mismas calumnias, las mismas ingratitudes, las mismas persecuciones; pero como no tuvieron los mismos motivos ni la misma paciencia, fue muy diversa su suerte. ¿Qué

fruto has sacado tú de tus cruces y trabajos? Para los que están enfermos en el alma no hay cosa mas saludable que la amargura, pero es menester gustarla con resignacion. En aquellos mismos rios, en aquellas mismas fuentes de Egipto, en que los verdaderos israelitas bebían aguas puras y cristalinas, los egipcios no hallaban mas que sangre; los rios eran los mismos; pero el espíritu en unos y en otros era muy diferente.

Con qué disposicion de corazon y de espíritu recibes las cruces que te envía Dios! Ordinariamente se consideran como señales de su indiferencia ó de su cólera; siendo así que siempre y en todas ocasiones son pruebas sensibles de su paternal amor. El mismo fuego que reduce las pajas en ceniza, purifica el oro, y le hace mas resplandeciente. No se te piden ya nuevas cruces, nuevas mortificaciones, mayores penitencias; contentase Dios con que recibas de su mano en espíritu penitente y resignado los trabajos que envía á tu familia, á tu casa, á tu persona, á tu empleo y á tu estado. No quiere que te empeñes, por decirlo así, en nuevos gastos; solo desea que te aproveches de los que haces, sufriendo con paciencia y con cristiana resignacion lo que padeces. ¡Qué dolor, gran Dios, el de no haberse aprovechado de las cruces!

**PUNTO SEGUNDO.**—Considera que es mucha desgracia estar padeciendo siempre, y perder el fruto de lo que se padece. Pues esta es puntualmente la desconsolada suerte de los que no saben aprovecharse de las cruces, ni recibirlas con el espíritu con que el Señor las envía. No solo pierden el fruto, sino que aumentan el peso; no se pierde gota de la amargura que traen consigo los trabajos, cuando se llevan con impaciencia y con enfado.

Si fueran verdaderos males las adversidades, no las hubiera sembrado en todos los caminos y en todos los estados el mismo Jesucristo, aquel soberano médico, aquel benéfico maestro, aquel amoroso padre. No hay en ellas otro mal que la mala disposicion con que las recibes: quita ésta, y cesará toda la amargura. Cuando los humores están destemplados, parecen amargos los manjares mas dulces.

Esas mismas cruces de que tanto te quejas fueron las delicias de los mayores santos. No hubo siquiera uno entre todos ellos, que no hubiese reputado las enfermedades, la pérdida de los bienes, las desgracias y todas las calamidades de la vida, como señales ciertas de predestinacion, y con efecto lo fueron para los que supieron aprovecharse de ellas. En tu mano está que sean lo mismo para tí. Fuera de eso son un copioso manantial de merecimientos; y en poco tiempo sabe hacerse rico para el cielo el que con todo sabe hacer comercio. Grande ejemplo de esto nos presenta hoy á todos santa Vautrudis.

Son las cruces el veneno mas activo para el amor propio. Pocas ar-

mas hay mas afiladas ni mas bien bruñidas para vencer á los enemigos de nuestra salvacion. *La fuerza, dice san Pablo, se aumenta con la flaqueza; por eso me complazco en los oprobios, en las miserias, en las persecuciones, en las grandes pesadumbres que padezco por Jesucristo; porque cuando soy flaco, entonces soy fuerte.* (2. ad Cor. 12.). En verdad que san Pablo no era menos delicado que nosotros, no sentia menos sus trabajos, ni eran menos pesadas sus cruces que las nuestras; pero las recibia con otro espíritu, y con muy diferentes disposiciones. No consiste la felicidad de esta vida en no tener cruces, sino en saber llevarlas.

¡Y cómo he llevado yo hasta ahora, Dios mio, las que vos me habeis enviado! Igualmente me he olvidado, así de la doctrina que me enseñasteis, como del ejemplo que me disteis, llevando vuestra cruz con tan divina resignacion. Conozco, Señor, lo mucho que he perdido en esto. Pero al fin me consuelo con que todavía no se ha apurado todo el caliz; todavía tengo que beber; por vuestra misericordia todavía tengo que vivir. Con el auxilio de vuestra gracia comienzo desde ahora á mirar con otros ojos las adversidades; resuelvo ya á recibirlas como señales de vuestro amor, tambien lo estoy á aprovecharme de ellas como medios eficacisimos para mi eterna salvacion.

#### JACULATORIAS.

*¿Si bona suscepimus de manu Domini, mala quare non suscipiamus?*  
Job 2.

Si he recibido de la mano amorosa de mi Dios tantos bienes, ¿porqué no recibiré de la misma, y con el mismo espíritu, los males que me envia para mi bien?

*Castigasti me, Domine, et eruditus sum.* Jerem. 31.

Castigáteme, Señor, por mis pecados: sea bendita tu misericordia, pues de esta manera aprendi á servirte, y no ofenderte.

#### PROPOSITOS.

1 Puesto que no hay cosa mas comun en todos los estados y en todas las condiciones de la vida que las cruces, es importantísimo saberse aprovechar de ellas. Es este un fruto que se cria en todos los climas, y que se da en todas las tierras; pero conocen pocos lo que merece y lo que vale. A los achacosos les parece amargo, y le desacreditan; y lo mal que saben sazonarle los que no conocen la virtud mas que de nombre, autoriza la errada opinion que se tiene de él. Todos procuran arrojarle de su casa; mas por el mismo caso se multiplica. Son unas

espinas de rara especie; pican mas al que hace mas diligencias para arrancarlás. El gran secreto es tratarlás sin miedo, hasta que se crien callos para no sentirlás. Todos pueden saber este secreto, porque toda su virtud consiste en considerar las adversidades de la vida, ó como castigo, ó como remedio; y muchas veces como cariño de Dios, que nos trata ni mas ni menos como trató á sus mas intimos favorecidos, á su propio unigénito Hijo. *Qui Filio suo non pepercit.* A unos ojos verdaderamente cristianos poco puede costar descubrir este misterio. Penetran mas allá de la corteza, y no juzgan de la virtud del fruto por la hermosura aparente. Comienza desde hoy á instruirte en una facultad que te pueda servir de tanto provecho. No mires ya las que se llaman desgracias, misérias, dolores, trabajos, pesadumbres, adversidades, sino como regalos del cielo: pues á favor de las luces de la fe, no las descubrirás con otro nombre. Si te consideras como pecador, tienes un juez: si como enfermo, un médico hábil; si como siervo fiel, un amo liberal. Imponte una como ley de recibir todos los contratiempos, ó como penitencia por tus pecados, ó como remedio de tus achaques espirituales, ó como gracias muy adecuadas para que asciendas á una eminente santidad; y luego que te suceda alguna adversidad, postrate en tierra para rendir gracias al cielo por tan grande beneficio: besa tiernamente el crucifijo en testimonio de que recibes de buena gana aquella mortificacion, y da una limosna al primer pobre que encontrases en prueba de tu agradecimiento.

2 No basta recibir las cruces con espíritu, y con un corazon verdaderamente cristiano; es menester que el exterior corresponda tambien al interior, y para esto observa los documentos siguientes. Primero: Esfuérzate á mostrar el semblante mas sereno, el gesto mas apacible y todos los modales mas alegres y mas festivos el día que recibieres alguna mortificacion. Segundo: Procura en quanto sea posible no reprender ni corregir á nadie en este día, porque es fácil que la amargura del corazon se comunique á la lengua. Tercero: Busca algun consuelo, si; pero sea únicamente á los pies de Cristo crucificado, ó en presencia del santísimo Sacramento, repitiendo aquellas palabras de David: *Bonum mihi quia humiliasti me.* (Salm. 118). Ninguna cosa me tiene mas cuenta que esta humillacion: *Benedico te, Domine Deus Israel, quia tu castigasti, et tu salvasti me.* (Tob. 11). Seas, mi Dios, eternamente alabado, porque me castigasteis y me salvasteis: *Domine, fortitudo mea, et refugium meum in die tribulationis.* El Señor es mi fortaleza y todo mi consuelo en el día de la tribulacion. (Jerem. 16). Cuarto: Visita á los pobres en el hospital, y consuela á alguna persona atribulada con razones puramente cristianas, dándola á conocer el mérito y el inestimable valor de los trabajos. Esta espiritual industria sirve mucho para fortalecer y para tranquilizar un corazon afligido.



## DIA X.

**San Macario, arzobispo de Antioquia.**

**SAN** Macario, cuyas preciosas reliquias se conservan en Gante con la mayor veneracion, fue de una de las casas mas illustres de todo el Oriente, y de las mas distinguidas, asi por sus empleos como por sus conexiones. Nació hacia el fin del siglo décimo. Desee su padre Miguel, y su madre Maria, que Macario arzobispo de Antioquia, deudo muy cercano del niño fuese su padrino. No se sabe si era la Antioquia

de Pisidia, ó la de la Siria. El arzobispo lo admitió con gusto y puso su mismo nombre á su ahijado. Dejésole por aquellos primeros años á sus padres; pero despues quiso él mismo criarle en la virtud y en el estudio de las letras. Mostró el niño un excelente ingenio, admirable natural, una inclinacion como innata á todo lo bueno, y una docilidad extraordinaria poco regular en los de sus años; con lo que hizo tan grandes progresos en sus estudios, pero singularmente en la importante ciencia de la salvacion, que desde luego se persuadió el santo Arzobispo á que Dios le habia escogido para vaso de eleccion, y para ser algun dia grande ornamento de su santa iglesia; lo que le movió á conferirle los sagrados órdenes, elevándole á la dignidad de sacerdote.

Cada dia confirmaba el jóven Macario con su religioso proceder el gran concepto del piadosísimo Arzobispo. Su aplicacion al estudio, su amor al retiro, su modestia y sus arregladas costumbres le merecieron la admiracion y aun la veneracion de todos. Apenas se vió en el estado eclesiástico, cuando fué modelo y ejemplar de toda la clerecía. Habiéndole encomendado negocios muy importantes, se portó en todos con tanta edificacion, y los desempeñó con tanto acierto, que desde luego le consideraban ya todos como digno sucesor de su ejemplar Arzobispo.

Con efecto, estos mismos eran los pensamientos de aquel insigne Prelado. Cargado de años, y oprimido de achaques, viendo que se acercaba su fin, juntó al clero y al pueblo, y le habló en estos ó semejantes términos: Ya veis, amados hijos y hermanos, que la muerte está llamando á las puertas de este pobre viejo, aun mas agoviado con el peso de la obligacion, que con el de su avanzada edad. Llamame ya para que dé cuenta de mi administracion; y á fin de que el cargo sea menor, os he convocado para daros mis últimos consejos, y para encomendarme en vuestras oraciones. Veisme ya tocando con la mano el término de mi penosa y dilatada carrera: ninguno se interesará mas que vosotros en nombrarme un sucesor, que repare mis defectos. Muchos sujetos teneis beneméritos y dignos; pero si mi voto vale algo, creo que el cielo os señala como con la mano por vuestro pastor á mi sobrino Macario. No os persuadireis que influyen la carne y sangre en esta confiada manifestacion que os hago del concepto que yo formo: su notoria virtud y sus méritos sobresalientes me libran de esta sospecha; y creeré que sin mi recomendacion, ellos mismos clamarian por todos vuestros sufragios. Apenas acabó el santo Viejo de pronunciar estas últimas palabras, cuando toda la asamblea clamó á una voz uniforme: *Macario será nuestro sucesor: no queremos otro pastor mas que el jóven Macario.*

No fue tan fácil lograr su consentimiento, como lo habia sido con-

seguir la aclamacion de la clerecia y del pueblo. Quanto mas le deseaban los otros por arzobispo, mas indigno se juzgaba él de aquella dignidad; pero al fin, habiendo muerto el santo Viejo, se vió precisado Macario á rendirse á las disposiciones del cielo. Fue consagrado y colocado en la silla arzobispal con universal aplauso; pero la nueva dignidad solo sirvió para hacerle mas humilde, y su conducta justificó desde luego el acierto de la eleccion.

Dejáronse ver desde mas alto y con mayor distincion su caridad, su ardiente zelo, y las demás virtudes que estaban como encubiertas en la vida particular y privada. Ya que no pudo ser original, á lo menos fue vivisima copia del retrato que hace el apóstol [de un perfecto prelado. Su zelo no podia ser mas vivo, y al mismo tiempo mas prudente: su caridad no podia ser mas universal ni mas benéfica: su solícitud pastoral no podia ser mas activa, ni tampoco mas dichosa. Era tan poderoso en obras como en palabras: predicaba todos los dias á su pueblo: visitaba por sí mismo los enfermos, y casi todos los pobres vivian á expensas de sus rentas. Eran pocos los pecadores que podian resistirse á su dulzura, y rarísimo el que no se rendia á su zelo. Daba mucho realce á la inocencia de sus costumbres el rigor de sus grandes penitencias; y no contribuia poco para aumentar el fondo de las limosnas su prodigiosa abstinencia, junta con la gran modestia de su vestido, de sus muebles, y de todo el ajuar de su palacio. Su devocion era tan tierna, que siendo casi continua su oracion lo era tambien el torrente de lágrimas que derramaba en ella, tanto, que se veia obligado á tener siempre de prevencion una tohalla ó un pañuelo en el oratorio para enjugarse los ojos. Pudo haber á las manos uno de estos cierto leproso, y apenas se le aplicó con la fe que tenia de la santidad de su dueño, cuando quedó del todo sano y limpio. A este milagro se siguieron otros muchos, los cuales hicieron tanto ruido, que comenzó á asustarse su humildad. Luego que conoció que en su ciudad arzobispal le veneraban como santo, comenzó á mirarse con tedio, y aun con horror. No le fue posible acostumbrarse á los honores que todos le tributaban. La carga que le oprimia, en vez de aligerarse con la experiencia, cada dia se le hacia mas pesada: nunca se juzgó mas indigno del oficio de pastor, que cuando todos le aclamaban por dignísimo. Esto le obligó á tomar la resolucion de echar de sí aquel peso intolerable, para atender unicamente al cuidado de su salvacion en la dulce oscuridad de una vida privada. Tomada ya esta determinacion, encargó el cuidado de su rebaño á un eclesiástico de gran mérito llamado Eleuterio: y habiendo repartido los pocos bienes que le quedaban entre los pobres y las iglesias, salió secretamente de la ciudad, acompañado solo de cuatro de sus discipulos, que no quisieron dejarle; y tomó el camino de Palestina para

visitar los lugares de la Tierra Santa. Hizo todos estos viajes como verdadero penitente, regando con sus lágrimas aquellos lugares donde se había obrado nuestra redencion.

Por mas diligencias que hizo para ocultar quien era, le descubrió Juan, patriarca de Jerusalem, y le recibió con los honores correspondientes á su dignidad y persona. No pudo tolerarlos, y esto mismo le obligó á acelerar su partida. Ocupaban ya los sarracenos la mayor parte de la Palestina, y el santo arzobispo procuraba convertir á cuantos se le presentaban en el camino. Bendijo Dios las apóstolicas diligencias de su zelo, dándole por fruto muchas conversiones, porque fueron no pocos los que abjuraron sus errores, y pidieron el bautismo.

Granjeó con estas conquistas una cruel persecucion. Echaron mano de él aquellos bárbaros, y despues de maltratarle con todo género de ultrajes, le llevaron arrastrando á un calabozo. Para hacer mas solemne burla de la doctrina, que no por eso dejaba de predicar, le tendieron en el suelo en forma de cruz; aláronle los pies y las manos con cordeles amarrados á unos clavos; cargaron sobre su débil estómago una gran piedra encendida, y le hicieron padecer otros tormentos mezclados de mil oprobios é ignominias.

Sufriólos todos el Santo con una constancia que admiró á los mismos bárbaros; pero Dios, que no le quería mártir, se contentó con los deseos del martirio. Apareciósele un ángel, cercado de una luz resplandeciente, que alumbrando las tinieblas del calabozo, y desatándole las prisiones, le dijo que le siguiese; y poniéndole en libertad, le exhortó á que prosiguiese el viaje que el Señor le había inspirado. Convirtió á muchos bárbaros esta maravilla, y los muchos milagros que á ella se siguieron, redujeron á la fe á otros innumerables.

Despachóle sus diputados la ciudad de Antioquia, y enterado por ellos de la resolcion en que estaban sus parientes y todo el pueblo de obligarle por fuerza á volver á su silla arzobispal, se embarcó al punto para el Poniente. Atravesó todo el reino de Epiro y la Dalmacia; penetró hasta la Baviera; pasó por las ciudades de Maguncia y de Colonia, dejando en todas partes visibles señas de su heroica santidad. Pagaba el hospedaje con tantos milagros, que dos criados de cierto señor Bárbaro, llamado Adalberto, que le hospedó en su casa, creyeron haber hallado un medio infalible para hacerse ricos hurtándole el pañuelo, pareciéndoles que esta reliquia hacia tantos prodigios como su dueña; pero castigó el Señor aquella sacrilega codicia, enviando á uno y á otro una grave enfermedad que les condujo al último extremo de la vida, y no sanaron de ella sino por otro milagro de nuestro santo.

Parece que Dios se complacía en señalar cada una de sus jornadas con alguna nueva maravilla: en Colonia libró á su huésped de una epilepsia; en Malinas apagó un furioso incendio; en Tornay apaciguó una cruel sedición; en Cambray le abrió un ángel las puertas de la iglesia de nuestra Señora; y en Maubeuge fue recibido como un profeta. En fin, el año de 1011 llegó á Gante, y luego se retiró al monasterio de Bavon, donde le recibió el abad Etemboldo y sus monjes como á un hombre extraordinario. Fue tal el concepto que se mereció su virtud con ocasion de la estancia que hizo en aquel religiosísimo monasterio, que no perdonaron á diligencia alguna para obligarle á terminar en él sus peregrinaciones.

A la entrada de la primavera del año siguiente resolvió embarcarse para volverse á Levante, á pesar de las lágrimas y de las instancias amorosas del abad y de todos los monjes; pero no quiso el Señor que careciesen de sus preciosas reliquias los que habian sabido aprovecharse tambien de sus virtuosos ejemplos. Acometióle en el puerto una violenta calentura, que le obligó á retirarse otra vez á san Bavon. Cinco ó seis meses vivió despues en el monasterio, en los cuales se dispuso con nuevo fervor y con nuevas penitencias para la muerte, que él mismo habia profetizado, como tambien el lugar donde habian de enterrarle, que era una bóveda ó gruta debajo de la capilla de la Virgen, á la cual habia profesado toda la vida una terminísima devoción, colocauo, despues de Dios, toda su confianza en esta Señora. Habiéndose extendido por todos los Países-Bajos una cruel peste, recurrieron á las oraciones de nuestro Santo, y se dignó Dios oírlos. Pronosticó que él mismo sería tocado del contagio, y que con su muerte se aplacaría la cólera del cielo: el suceso acreditó la profecía. Murió en Gante en el monasterio de san Bavon el día 10 de Abril del año 1012, y en el mismo instante cesó la peste en la ciudad y en todo el país.

Conocióse desde luego en cuantas ocasiones ocurrieron la eficacia de su poderosa intercesion para con Dios; y así á los cincuenta años despues de su muerte, el de 1067, fue elevado su santo cuerpo de la tierra á solicitud de Sigerio, abad de san Bavon, y á instancias de Balduino V, conde de Flandes. Hizose la ceremonia en presencia de Felipe I, rey de Francia, de los principales señores del país, y de un innumerable concurso del pueblo, por Balduino, obispo de Tornay, asistido de otros muchos prelados, y quiso el Señor honrar esta solemne traslacion con un gran número de milagros.

*Nota del Traductor.*

Parece que hay dos equivocaciones, ó dos conocidos errores de

imprensa, así en el tiempo que dice el padre Croisset, que se pasó desde que el Santo, obligado de la calentura, se volvió al monasterio de san Bavon, hasta el día de su muerte, como en el año en que se señala ésta. Dice que *vivió en él cinco ó seis meses*, y que murió el año de 1012. Esto no se puede componer con lo que despues añade, que su cuerpo fue elevado *cincuenta años despues de su muerte*, el de 1067, porque desde 1012 á 1067 van cincuenta y cinco años. Y si la elevacion fué, como asegura nuestro autor, á *instancias de Balduino V, conde de Flandes*, no pudo pasar del año de 67, porque en ese mismo murió Balduino siendo regente de Francia; con que parece se debe decir, que san Macario *vivió despues en el monasterio cinco ó seis años*, y que murió en el de 1017 ó 18.

A que se añade, que si fue *á la entrada de la primavera del año de 1012*, cuando quiso volverse á Levante, segun dice el padre Croisset. ¿cómo pudo vivir despues *cinco ó seis meses*, y morir *el día 10 de abril del mismo año*? Para eso era menester que la primavera empezase por octubre ó por noviembre del año precedente; y siempre saldría errada la cronologia del año en que murió. Por lo que parece indispensable corregir los referidos computos en el modo dicho.

**La misa es de confesor y pontífice, y la oracion la que sigue.**

*Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Macarii, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus; ut qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolvas peccatis. Per Dominum nostrum...*

Suplicámoste, Señor, oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice Macario, y nos absuevas de todos nuestros pecados por los méritos y por la intercesion de aquel, que mereció servirte dignamente. Por nuestro Señor...

**La epístola es del cap. 2 del apóstol san Pablo á los Filipenses.**

*Fratres: Si qua consolatio in Christo, si quod solatium charitatis, si qua societas spiritus, si qua viscera miserationis: implete gaudium meum, ut idem sapiatis, eandem charitatem habentes, unanimes, idipsum sentien-*

Hermanos: Si hay en vosotros para conmigo alguna consolacion, si algun consuelo de caridad, si alguna comunion de espíritu, si algunas entrañas de misericordia: completad mi alegría, de manera que esteis concordes, teniendo la

*tes, nihil per contentionem, neque per inanem gloriam: sed in humilitate superiores sibi invicem arbitantes, non quæ suæ sunt singuli considerantes, sed ea quæ aliorum.*

misma caridad, una sola alma, y una sola opinion; no haciendo nada por tema, ni por vanagloria; sino que con humildad cada uno tenga al otro por superior, no atendiendo à aquellas cosas que le interesan privadamente, sino à lo que tiene cuenta à los demás.

## NOTA.

«Era Filipos una ciudad de Macedonia, donde san Pablo habia trabajado con tanta fatiga como fruto. Habia padecido mucho en ella; pero los grandes progresos que habia hecho en ella la fe, y las crecidas limosnas que el mismo Apóstol habia recibido de muchos particulares, recompensaban abundantemente el trabajo que le habia costado aquella conquista. El asunto principal de esta epístola es dar las gracias à sus bienhechores por los beneficios recibidos, y la escribió desde Roma, por Epatroditas, obispo de Filipos, el año de 62 del nacimiento de Cristo.

## REFLEXIONES.

*Si qua consolatio in Christo.* Si hay algun consuelo es en nuestro Señor Jesucristo. Inútilmente se busca el consuelo en otra parte. Cualquiera otro objeto puede divertir, puede tambien suspender los enojos, las inquietudes, los cuidados que siempre nos acompañan; pero el manantial no hay cosa criada que sea capaz de cegarle. Este nace y brota, por decirlo así, de nuestro propio corazon. Los mayores enemigos de nuestra quietud somos nosotros mismos: nuestras pasiones son nuestros tiranos: es menester domarlas, es preciso exterminarlas, si queremos vivir contentos. Pero este secreto solo Jesucristo nos le puede enseñar; él solo puede darnos el aliento y el valor que necesitamos para vencer à estos enemigos domésticos. A la verdad, como son tan frecuentes, tan comunes, las cruces y las mortificaciones, no es posible gozar por mucho tiempo el fruto de nuestra victoria. ¿Qué condicion, qué estado hay en esta miserable vida sin adversidades? A falta de nuestras propias pasiones, nos ejercitan las de los otros. Pocos dias serenos se logran en el mundo, y aun son muchos menos los de una perfecta calma: los mismos vientos que disipan las nieblas, suelen no pocas veces excitar las tempestades. Todo es revoluciones, desgracias, pérdida de bienes, enfermedades, muertes y contratiempos. Luego que entró el pecado en el mundo, inficionó todas las fuentes: todas son amargas, y solo tiene virtud para endulzarlas la cruz de Jesucristo: ella sola puede hacerlas potables, y en solas sus sagradas llagas hallaremos raudales puros para saciar nuestra sed: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.* (Isai 12.) Esta es

la verdadera fuente adonde debemos acudir para el consuelo, y este es el único manantial que jamás se ciega ni se seca. Los demás son pozos rotos, ó algibes abiertos, que despiden el agua, ó siempre se halla en ellos turbia y cenagosa. Solo Jesucristo es el que sana al criado del Centurion, el que cura á la suegra de san Pedro, el que sosiega el mar alborotado, el que lanza los demonios, y el que enjuga las lágrimas de una madre desconsolada y afligida. Solo en este Señor encuentran los enfermos salud, y los atribulados consuelo. Si hay desdichados en el mundo, es porque no hay en el mundo confianza en Jesucristo. Habiendo fe, habiendo confianza, bastan cinco panes para hartar á cinco mil hombres. El que sigue á este Señor, nada teme; sirviendo á tan buen amo, nada le puede faltar.

*Implete gaudium meum, prosigue el Apóstol, ut idem sopiatis, eandem charitatem habentes, unanimes, idipsum sentientes.* Haced completo mi gozo, de manera que sepa que no hay entre vosotros variedad de opiniones, que á todos os estrecha un mismo amor, y que hasta en los dictámenes del entendimiento todos sois de un mismo sentir. Estos eran los primeros cristianos: qué poco nos parecemos nosotros á ellos! Es como especie de prodigio que convengan tres personas en un mismo parecer. El orgullo es enemigo de la union de los corazones: pensar como piensan los demás, se tiene por vulgaridad, por pobreza de talentos. Hasta en las almas quieren introducir su imperio la ambicion, ó la presuncion de distinguirse. Este es el verdadero origen de las disputas y de las contiendas, el enemigo del reposo público, el que apaga la caridad, el que turba la paz de las familias, el que se introduce hasta en los claustros religiosos, el que ha hallado modo para meter la cabeza hasta en el mismo asilo de la humildad; siendo así que uno de los frutos de la redención debiera ser la union de los ánimos y de los corazones. *Este es el mandamiento que os doy: que os améis los unos á los otros, como yo os amo á todos: (Joan. 13.) La señal por donde el mundo conocerá que sois discípulos míos será si os amáreis unos á otros. (Joan. 13.)*

#### El evangelio es del cap. 11 de san Mateo.

*In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Venite ad me omnes qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite á me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Venid á mí todos los que estais fatigados y cargados, que yo os refrigeraré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón: y encontraréis reposo para

*vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.* vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y la carga mia ligera.

## MEDITACION.

*De lo que endulza y suaviza todas las cruces.*

PUNTO PRIMERO.—Considera qué si son amargas las cruces, ninguno hay que no pueda endulzarlas: en ellas mismas se halla el secreto para quitarlas la amargura. Quitase esta solo con llevarlas en paciencia, solo con tener humildad para verse enclavado en ellas. La cruz de Cristo ennoblece todas las demás. *Clavado estoy en la Cruz*, decía el Apóstol, *pero con mi Señor Jesucristo.* (ad Gal., 2.) No apartemos á Cristo de la Cruz, ó no nos apartemos de la Cruz de Cristo, y todas nos parecerán dulces, porque él se echó á pechos toda la amargura. Solo con mirar la cruz con ojos verdaderamente cristianos, no encontraremos en ella cosa ingrata, sino que sea en la apariencia, y puramente á los sentidos. Allá descubre en ellas el alma no sé qué fondos de consuelo, que se las representan preciosísimas. Satisfacción á la divina Justicia por los pecados pasados; preservativo contra los futuros; remedio soberano contra el veneno de las pasiones; armas formidables á los enemigos de la salvacion; manantial de méritos para la vida eterna: todo esto se halla en el buen uso de las cruces, y este buen uso no es tan dificultoso como parece á primera vista. En tomándose el partido de rendirse á Dios y de obedecerle, cueste lo que costare, cuesta poco mas que nada. Abandónate enteramente en las manos del Señor, y él endulzará tus trabajos.

No hubo santo que no hiciese en sí mismo esta experiencia. San Pedro llama felices á los que padecen por Cristo. San Pablo no solo estaba lleno de consuelo en medio de los trabajos, sino que él mismo asegura era excesiva su alegría, cuando eran mas excesivas sus tribulaciones: (2 Cor. 7.) No hay que pensar se acabaron estas experiencias con los primeros siglos de la Iglesia, porque se han continuado sin intermision en todos tiempos.

Hizolas san Francisco Javier entre los abrasados arenales del Japon; hizolas santa Teresa entre las tenebrosas arideces de su espíritu; hizolas santa Maria Magdalena de Pacis en medio de las pruebas mas terribles. Ni san Macario, patriarca de Antioquia, se halló únicamente consolado cuando el ángel iluminó las tinieblas del oscuro calabozo, ó cuando rompió con tanta facilidad los lazos de las prisiones: no padeció tormento alguno, que no le experimentase sazonado con una dulzura inexplicable. Cada dia están experimentando esto mismo las

almas ajustadas en sus adversidades y trabajos. De aquí las nace aquella paciencia, aquella dulce tranquilidad, aquella admirable igualdad de ánimo, aquella serenidad de corazón, y aquella alegría de semblante en medio de la tormenta. Como está Cristo con ellos en el barco nada se les da por la agitación encrespada de las ondas. Al lado de Cristo nada se teme; y á la verdad, estando en su compañía, ¿qué hay que temer? Muchos son los que padecen sin hacer esta dulce experiencia, porque son muchos los que están enclavados en la cruz, pero no en la cruz de Cristo.

Punto segundo.—Considera que aun cuando las adversidades sean puramente castigo de Dios por nuestros pecados, no por eso son menos dulces, ni menos estimables. Un Dios que castiga en esta vida, es un padre que corrige. Nunca está Dios mas irritado que cuando calla, cuando no habla palabra á vista de nuestras maldades. *Cum iratus fueris, misericordiam recordaberis*. Si por cierto: jamás nos carga el Señor su pesada mano, sin que su amoroso corazón tenga designio de hacernos misericordia. ¡Qué consuelo, qué dulzura, pensar que las cruces mas pesadas son riquísimos tesoros! que las adversidades mas amargas son pruebas sensibles de la bondad de nuestro Dios; y que las mas duras aliecciones son efectos de su misericordia!

La misma mano es la que reparte las prosperidades y las adversidades de esta vida: ¿pues porque no recibiremos unas y otras con la misma sumision, y con igual reconocimiento? A la hora de la muerte ninguna cosa consuela tanto como las cruces y los trabajos, cuando se han recibido con espíritu verdaderamente cristiano. ¿Consolará mucho en aquella hora la memoria triste de los empleos que se gozaron, de los gustos que se disfrutaron, de las prosperidades que nos engrieron? ¡Ah que manantial tan copioso de ayes, de remordimientos, y de un dolor amarguísimo! Los que asisten á un pobre moribundo, ¿soñarán entónces en traerle á la memoria las fiestas mundanas en que se divirtió, los regocijos públicos que él mismo animó con su presencia, aunque sea el mayor príncipe del mundo? ¿Qué se diría de un confesor que emplease aquellos postreros preciosísimos momentos en acordarle el número de sus victorias, la importancia de sus conquistas, la magnificencia de su corte, la suntuosidad de su mesa, la ostentacion de su palacio: en una palabra, todo aquello que contribuye á fomentar el orgullo de los Grandes, todo lo que se llama alegría, gusto, prosperidades, y felicidades del mundo? ¿Qué hombre de razon, aunque fuese el mas libertino, aunque fuese un impio, no gritaría contra la imprudencia, por no decir contra la brutalidad, de aquel bárbaro confesor? A un hombre que está para espirar, ¿de qué se le habla entonces, y de qué se le debe hablar? ¿qué retratos, qué

imágenes se le ponen á la vista? ¿con qué consuelo se le brinda? ¿adónde se le remite para que aliente su confianza? A Jesucristo, y á Jesucristo crucificado. Si el moribundo ha padecido trabajos; si su vida estuvo sembrada de adversidades; si fue perseguido de desgracias y de reveses de la fortuna; ¡qué fuente tan copiosa de consuelo no encuentra en esto mismo un hábil y zeloso confesor para animarle! Sirvese elocuentemente de estos infortunios para despertar su confianza en Jesucristo, y para fortalecerle contra los desalientos y contra los sobresaltos, que son tan comunes en aquella postrera hora: ¿Pues por qué no nos ha de consolar en vida aquello que ha de ser nuestro único consuelo á la hora de la muerte?

En fin, aquel Dios que me aflige, es el mismo que me ama con ternura; y estando bien seguro de su amor, me envía esta enfermedad, esta desgracia, esta adversidad, este trabajo. ¿Pues he de tener yo aliento para quejarme?

¡Ah Dios mio, y qué poco he conocido hasta aquí el mérito de las cruces! ¡qué desgracia la mía en habertas malogrado! Muchas me han oprimido, pero no he sabido aprovecharme de ellas. Haced, Señor, que en adelante sepa reparar esta gran pérdida, encontrando en los mismos trabajos motivos sólidos para abrazarme gustosamente con ellos.

#### JACULATORIAS.

*Virga tua, et baculus tuus, ipsa me consolata sunt.* Salm. 22.

Si, Señor, los mismos golpes de vuestra amorosa vara, de vuestro paternal cayado, son los que me han consolado mas.

*Hæc mihi sit consolatio, ut affligens me dolore, non parcat.* Job. 6.

Sea todo mi consuelo el que Dios me aflija, me castigue, y no me perdone en esta vida, para que me perdone en la otra.

#### PROPOSITOS.

Todo cuanto hay en este mundo está sembrado de cruces: las adversidades son la herencia, y como la legitima peterna de los cristianos; pero el secreto de convertir en agua dulce el agua salobre y amarga, en su mano le tienen. Si le ignoran, es por culpa suya. El mismo fruto de la cruz es remedio maravilloso para endulzar la amargura del mismo árbol. La sangre de Cristo que la regó la bañó, obró esta maravilla, y comunicó esta virtud á las adversidades, con tal que se reciban con un espíritu cristiano. Comienza desde hoy á aprovecharte de un tesoro, que estaba escondido en tu misma posesion.

Acostúmbrate á recibir como venido de la mano de Dios todo lo adverso que te suceda en la vida. Los golpes de mano tan amorosa, aunque parezcan pesados, siempre son cariños: no los consideres de otra manera. ¿Conoces qué se te altera el mal humor, que se inquieta la ira, que la melancolía se revuelve á vista de esa mortificación que te humilla, de ese lance que te escuece? Pues procura serenar el semblante, sosegar el corazón, revestirte de alegría, y decirte á ti mismo interiormente: Dios se ha servido enviarme esta mortificación regalarme con esta enfermedad, con este infortunio, con este contratiempo. Su Magestad, que sabe infinitamente mejor que yo lo que me conviene, juzga que me es muy necesario para mi eterna salvación que yo viva humillado. Quiere sin duda hacerme algun gran favor; pero no quiere concedérmelo, sino con la condicion de que me abraze con esta cruz. ¿Pues de qué tengo que quejarme? No hables ni de tu enfermedad, ni de tu pleito, ni de tu desgracia, ni de tu afrenta, sino siempre en este tono: haz especial estudio de no tratar, ni aun con tus mas estrechos confidentes, sino del valor y mérito de las adversidades y trabajos de esta vida; y ballarás por experiencia, que la práctica de este consejo es remedio eficazísimo para apagar las vivacidades del amor propio; y aunque no sientas en esto mucho gusto, tén por cierto que siempre sacarás de ello gran provecho.

2. Cuanto mayores son las cruces, mayores son las penas: las pequeñas pesan menos, pero son mas agudas, y suelen picar mucho mas. Dedicatc á embotar sus puntas, usando bien de ellas bajo las reglas siguientes. Primera: en sucediéndote alguna mortificacioncilla, dile á ti mismo con san Francisco de Sales: *La mortificación es buena en todo tiempo, es remedio excelente, no hay cosa mas necesaria.* Segunda. Estas cruces pequeñitas tan frecuentes, son ciertas incomodidades ligeras, ciertas desazones interiores, ciertos trabajos casi imperceptibles; como los frecuentes descuidos de los criados y de los hijos, las desatenciones, los desaires, el mal humor de los sujetos con quienes tratamos; la extravagancia, la mala correspondencia, la ingratitude, la mala fe, la emulacion, y las demas pasioncillas que reinan en el comercio humano: todas estas cosas las has de mirar desde aquí adelante á las luces cristianas. Este continuo ejercicio de mortificación bien practicado es un gran caudal con que se puede satisfacer á la justicia Divina, y con qua se pueden ir pagando muchas deudas.



## DIA XI.

### **San Leon papa, llamado el Magno.**

**S**AN LEON, mas grande aún por su eminente santidad, y por todas las heroicas virtudes de que le adornó el cielo, que por las grandes cosas que hizo en beneficio de la Iglesia, y le merecieron con justicia el epíteto de Magno, nació al mundo hacia el fin del siglo cuarto, siendo emperador el gran Teodosio. Fue romano de nacimiento, hijo de Quinciano, originario de Toscana; y así por la delicadeza de su

ingenio, como por su cortesana educacion y urbanísimo carácter, se cree que fue de familia distinguida. Crióse en el seminario del clero romano, donde era costumbre en aquel tiempo criarse la juventud que se destinaba al estado eclesiástico, formándola en la virtud, no menos que en las ciencias. Desde luego se señaló entre todos los demás por la solidez y por la viveza de su ingenio, igualmente que por el candor y pureza de sus costumbres: tanto, que en poco tiempo fue ejemplo y aun admiracion de todo el clero. Conócese bien por las obras de su mano, que han llegado hasta nosotros, lo mucho que adelantó en las bellas letras; pero sobre todo en el estudio de los cánones y costumbres de la Iglesia. Como le destinaba Dios, dice un concilio, para triunfar del error, y para sujetar á la fe á tantos enemigos suyos, le previno con tiempo, adornándole con las armas de la ciencia y de la verdad.

Siendo todavía acólito, fue escogido para llevar á los obispos de Africa las letras apostólicas del papa Zósimo, en que condenaba á los herejes Pelagio y Celestino, con cuya ocasion trató á san Agustín, y contrajo estrecha amistad con él. De vuelta de este viaje fue ordenado de diacono de la Iglesia romana; y el papa san Celestino, conociendo la sublime elevacion de su genio, su elocuencia, su virtud y su gran capacidad, le hizo su secretario; empleo en que dió á conocer la rara extension de sus talentos, dilatando su fama hasta las provincias mas remotas de la iglesia. A él, como á primer ministro de la santa Sede, acudió san Cirilo, patriarca de Alejandria, para informar al papa por su medio de los ambiciosos pasos de Juvenal, patriarca de Jerusalem; pudiéndose decir que sobre los hombros del diacono Leon descansaba todo el peso de los negocios mas importantes de la Iglesia universal.

Con ocasion de la herejia del impísimo Nestorio la tuvo nuestro Santo de mostrar su ardiente zelo por la persona adorable de Jesucristo, y por la honra de su santísima Madre. Obra suya fue la principal parte de lo mucho que trabajó el papa Celestino en este gran negocio, y cuyas fueron las cartas que escribió el papa á san Cirilo, y á los padres del concilio general Efesino. No contento con esto, exhortó Leon y persuadió á su especial amigo Casiano, que escribiese de la encarnacion del Verbo contra la impiedad de Nestorio.

Habiendo sucedido en la silla de san Pedro á san Celestino el papa Sixto III el año de 432, se halló san Leon en estado de hacer mas importantes servicios á la Iglesia, por la entera confianza que debió al nuevo pontífice, cuya inocencia viadico valerosa y ardentemente en presencia del emperador Valentiniano III, al mismo tiempo que con su vigilancia, sagacidad y penetracion, descubria los malignos artificios de Julian, obispo de Eclama, principal apoyo y protector

de los pelagianos. Sucedió por este tiempo aquella fatal division entre Aecio y Alvino, generales del ejército romano en las Galias, que amenazaba lastimosa ruina al imperio y á la iglesia con la inundacion de bárbaros, si san Leon, enviado por el papa Sixto, no la hubiera remediado. Su prudencia, su aguante y su destreza, ganó de tal manera el corazon de aquellos dos generales, que terminadas amigablemente sus diferencias, volvió á unir los ánimos de entrambos, haciendo que atendiesen acordes á los intereses de la religion y del estado, y los persuadió á que empleasen todas sus fuerzas contra los enemigos de la iglesia y del imperio.

Mientras se empleaba Leon en esta importante legacia, murió en Roma el papa Sixto; dejando expuesta la Iglesia á terribles embarazos por el furor de los herejes, que se multiplicaban cada dia, por la crueldad de los bárbaros que iban penetrando todas las provincias del imperio, y por la relajacion de sus mismos hijos, cuyas costumbres eran poco correspondientes á la religion que profesaban. No se hallaba otro que fuese capaz de remediar tantos males sino nuestro Leon; y así, aunque estaba ausente, fue elegido por papa con unánime consentimiento y con aplauso universal el dia 28 de Julio del año 440. En vano se resistió, gimió, lloró, suplicó, solicitó, dilató su vuelta á Roma: vióse, en fin, precisado á obedecer. Ningun emperador entró jamás en la cabeza del mundo con tantas aclamaciones. Fue consagrado el domingo 8 de Setiembre, seis semanas despues de su eleccion, y en el sermon que predicó este mismo dia al pueblo romano, acreditó que hasta entonces no habia concedido el Señor á la silla Apostólica mas digno, ni mas benemérito sucesor de su primer vicario san Pedro.

Instruido perfectamente del estado de la iglesia, empleó toda su aplicacion en el remedio de sus necesidades. Parecióle que debía dar principio por la reformation del clero romano, cuyas relajadas costumbres tenian mucha necesidad de ella, y cuyo ejemplo debía servir de modelo á todo el clero de la cristiandad. No contento con excitarle á la virtud con sus ejemplos, le exhortaba continuamente con sus palabras, pasándose pocos dias sin que predicase al pueblo; y correspondiendo el fruto á su apostólico zelo, en breve tiempo se vió mudado el semblante de la ciudad de Roma. Y considerándose padre comun de todos los fieles, hacia en las demás partes el mismo fruto con sus cartas, que en Roma con sus sermones; de manera, que no habia ángulo en toda la Iglesia universal tan retirado ó tan escondido, adonde no llegasen los efectos de su solicitud pastoral.

Desde los primeros años de su glorioso pontificado resucitó en todas partes la disciplina eclesiástica; dió reglas á los fieles para gobernarse, propias y oportunas para todo género de estados y de con-

diciones; é hizo florecer la primitiva piedad cristiana con muy brillante esplendor en todo el mundo.

Nunca tuvo la iglesia tantos enemigos juntos que combatir, y nunca logró tan gloriosas victorias de todos ellos, por la vigilancia, por la magnanimidad y por el zelo prudente, activo y divinamente iluminado del santísimo Pontífice. Los Maniqueos, huyendo de la dominación de los Wandalos en Africa, habían venido á Italia á inficionarla con sus errores y con sus disoluciones; al tercer año de su pontificado exterminó Leon esta infame secta, desterrándola, no solamente de Italia, sino de todo el mundo cristiano.

Penetrando bien todo el pestilencial veneno del pelagianismo, se aplicó con el mayor ardor á libertar la iglesia de Dios de esta ponzoña; y mandó venir á Roma á san Próspero de Aquitania, para que estando cerca de su persona, le ayudase mejor á combatir contra estos herejes, á quienes los prósperos sucesos habían hecho insolentes, y el número los hacía formidables. Escribió epístolas, compuso libros, celebró concilios, los hizo una mortal guerra, y en fin tuvo el consuelo de ver triunfar la verdad católica de aquel pernicioso error. Fue condenado y privado de su silla episcopal, como hereje, el obstinado Juliano, cabeza de aquel partido, y murió desgraciadamente en país remoto y extraño. Los presbíteros de Marsella, ó los Semi-Pelagianos, encontraron siempre en el pontífice Leon un invencible defensor de la doctrina de la iglesia, y aunque era tan amigo de Casiano, como lo era mucho mas de la verdad, hizo que san Próspero escribiese contra una de sus conferencias, que era la décima tercera; y el mismo Leon escribió á los presbíteros de la Provenza, no perdonando á diligencia alguna para borrar de la memoria de los mortales hasta el nombre de los Pelagianos.

Renovóse en España la herejía de los Priscilianistas; y apenas llegó el aviso al gran Leon, cuando refutó muy de propósito y con el mayor nervio todos los principales puntos de aquella secta, en las varias epístolas que dirigió á los prelados españoles sobre este asunto. Ordenó á los Metropolitanos que convocasen concilios provinciales para exterminar este monstruo, y logró verle aniquilado casi al mismo tiempo que aparecido.

Como el Señor le había escogido para que hiciese triunfar la fe en todo el universo, permitió que en su tiempo se levantasen contra la Iglesia los mayores monstruos, y los mas peligrosos enemigos. Eutiches, abad de un monasterio de Constantinopla, aprovechándose del público horror con que se miraba la impiedad blasfema de Nestorio, se precipitó en el extremo contrario, confundiendo en Cristo las dos naturalezas. Procuró sofocar este monstruo en la misma cuna san Flaviano, patriarca de Constantinopla, condesando en un concilio esta

delestable herejia juntamente con su autor; pero Eutiches no se sujetó á su decision. Valiéndose de aquellas artes y enredos, que son tan propias en todos los herejarcas, él mismo se anticipó, y escribió á san Leon, que habiendo vuelto á levantar cabeza el nestorianismo, él habia salido denodadamente á combatir el error; pero con tan poca fortuna, que ha tenido la desgracia de ser condenado por un conciliábulo de nestorianos, de cuya sentencia apelaba á la de la santa Sede. Era, sin duda, cauteloso el artificio; pero el pontífice no era menos sagaz y prudente, para dejarse fácilmente preocupar. Despachó luego sus legatos, y escribió á Flaviano aquella admirable epistola sobre la encarnacion del Verbo, que despues sirvió de regla á los padres del concilio de Calcedonia para explicar este divino misterio, no perdonando á medio alguno para conseguir que triunfase la verdad.

Informado ya plenamente de las perniciosas opiniones de Eutiches, de la pureza de la fe de san Flaviano, y de todo cuanto habia pasado en el que se llamó despues, y se llama el día de hoy, *el latrocinio público de Efeso*; no se pueden explicar los desvelos, los cuidados, los pasos, los medios que aplicó el solícito Pontífice para extinguir este incendio. Convocó un concilio en Roma, escribió á los emperadores Teodosio y Valentiniano, á las emperatrices Placidia y Eudoxia para interesarlas en la causa de la religion; y muerto ya el emperador Teodosio, se aprovechó de la piedad de la emperatriz Pulcheria y del emperador Marciano, para que se juntasen el célebre concilio general Calcedonense, en que el mismo santo Papa presidió por medio de sus legados, donde la verdad triunfó del error. Eutiches fue condenado, y se concluyó el concilio con las solemnes gracias y públicas aclamaciones, que se tributaron *al muy grande y santísimo pontífice Leon*.

Mientras la fe triunfaba en el Oriente por el infatigable zelo del vigilantísimo Pontífice, gemia en el Occidente la Iglesia por la irrupcion impetuosa de los bárbaros: Atila, rey de los Hunos, superada la Pannonia, habia penetrado con un formidable ejército hasta las provincias mas interiores del imperio, arrasando las campiñas, quemando las Iglesias, y entrando á sangre y fuego en todas las poblaciones. Aquileya, Pavia, Milan, habian experimentado ya el bárbaro furor del fiero conquistador, que él mismo se apellidaba *el azote de Dios*, haciendo vanidad de este renombre; y toda la Italia era ya presa infeliz de este tirano, que no encontrando quien hiciese resistencia al arrebatado torbellino de sus armas, pasado el Pó, iba á conquistar todo el imperio romano, apoderándose de su casi desarmada capital. En tan lastimosa consternacion acudió toda Roma á su amantísimo Pastor, y llena de confianza en el gran poder que su eminente santidad le daba con el Señor, le pidió, le rogó, le conjuró con

los gritos, con los llantos, con los alaridos de todo el pueblo, que el solo saliese á servir de dique al torrente impetuoso de los bárbaros.

Movido Leon de las lágrimas, de los clamores de su pueblo, y poniendo toda su confianza en aquel Señor que tiene en sus manos los corazones de los reyes, se encargó de tan dificultosa, como arriesgada comision. Hallábase Atila al frente de su ejército sobre las riberas del Mincio, en las cercanías de Mantua. Púsose Leon en su presencia, y le habló con tanta valentia, con tanta magestad, y al mismo tiempo con tan dulcísima elocuencia, que aquel bárbaro Rey, azote de Dios y terror de todo el género humano, olvidado de su fiereza, se humilló delante del Siervo de Dios; y ajustada la paz, retrocedió por donde había venido, volviendo á repasar el caudaloso Danubio. Reconoció todo el universo esta maravilla, y Leon rindió al Dios de los ejércitos toda la gloria. Pero aprovechándose de ocasion tan oportuna, apenas se restituyó á Roma, cuando hizo se rindiesen al Señor solemnes gracias con públicas procesiones: desterró todos los espectáculos profanos: reformó las costumbres en todos los estados; renovó la piedad: resucitó la devocion del pueblo con la Reina de los santos y con las reliquias de los mártires, á cuya intercesion atribuía la libertad milagrosa de la afligida ciudad.

Apenas comenzaba á respirar el santo papa, libre de sus congojosos sobresaltos, cuando tuvo noticia de las nuevas inquietudes que causaba en la Iglesia el orgullo de Anatolio, patriarca de Constantinopla, por el empeño en que había insistido, despues del concilio Calcedonense, de mantener los privilegios que pretendia competir á su silla patriarcal, defendiendo deber ser la primada de todo el Oriente. Opúsose valerosamente nuestro Leon á la usurpacion de esta primacia; por lo que irritado Anatolio, no perdonó á medio, diligencia y artificio para indisponer contra él el ánimo del Emperador, y previendo el prudentísimo Pontífice las malas consecuencias que podian resultar de estos mal intencionados oficios del Patriarca, nombró á Juliano, obispo de Cos, para que residiese cerca de la persona del Emperador en calidad de apocrisario ó nuncio suyo; costumbre que observó despues la silla Apostólica en las córtes de los mayores principes. Escribió el papa al Emperador y á la Emperatriz, los cuales hicieron fuertes y repetidas instancias en favor de Anatolio; pero el Santo se mantuvo siempre inflexible, y el Emperador se rindió presto á la eficacia de sus razones.

Siempre infatigable, siempre atento, y vigilante siempre á las necesidades de la Iglesia, escribió á los monges de Palestina sobre los articulos de fe decididos ya en los cuatro concilios ecuménicos: dispuso una regla ó ciclo Pascual, dispensando á los latinos el recurrir

á los griegos ni á los orientales para la celebracion de la Pascua: reformó ó restituyó la disciplina eclesiástica en la mayor parte de las Iglesias de Occidente: escribió á Doro, obispo de Benevento, á Teodoro, obispo de Frejui, y otra tercera epístola á todos los obispos de Campania y de las dos provincias vecinas. Y como todas estas epístolas están llenas de instrucciones prácticas tocante á la disciplina eclesiástica y á la administracion de los sacramentos, se incluyeron en el cuerpo del derecho canónico con el nombre de *Decretales*.

Queriendo la emperatriz Eudoxia vengar la muerte del Emperador Valentiniano su marido, y hacer que el tirano Máximo se arrepintiese de sus crueldades y violencias, el año de 455 llamó á Italia á Genserico, rey de los Wándalos, el cual entró en Roma sin resistencia, y por espacio de catorce dias permitió el saqueo de la ciudad á las tropas. A ruegos y lágrimas del santo pontífice Leon mandó el bárbaro rey que no se quemase la ciudad, que se perdonase á la sangre de los ciudadanos, y que fuesen privilegiadas del saqueo las iglesias principales. En medio de eso fue lamentable la desolacion. Procuró el santo Pastor que su rebaño se aprovechase de ella: hizo reconocer á los romanos que su ingratitude para con Dios era la causa de sus calamidades y desdichas, naciendo estas del poco aprecio que habian hecho de sus consejos, de su profanidad, del licencioso desorden de sus costumbres, y de su obstinada impenitencia.

Llevó consigo Genserico un número prodigioso de cautivos, y como se había apoderado de las riquezas de Roma, los privó al mismo tiempo de los medios que podian tener para su rescate. Consolólos el santo pontífice con sus cartas, y procuró socorrerlos tambien con sus limosnas, fortificándolos tan firmemente en la fe, que de cautivos, al parecer desgraciados, los convirtió en dichosísimos y zelosísimos misioneros de la religion, á la cual redujeron tanto número de bárbaros, que san Leon se vió precisado á enviar pastores para gobernar aquel rebaño, que había aumentado considerablemente en el de Jesucristo.

Los esfuerzos de su vigilancia y de su zelo le daban tantos alientos, que le hacian infatigable en los trabajos. Apenas se puede comprender cómo podía bastar un hombre solo á tantas maravillas. Alimentaba continuamente al pueblo con el pan de la divina palabra: quitaba la máscara al error, y le confundia con su doctrina: era el alma de todos los concilios: proveía todas las iglesias del mundo en sus necesidades: detenía con sola su presencia los ejércitos de los bárbaros: desarmaba con su elocuencia la ferocidad de los mas fieros conquistadores: restituía con su teson la disciplina eclesiástica á su antiguo vigor: hacia florecer con su vigilancia la piedad cristiana hasta en los mas remotos ángulos de toda la cristiandad.

El fue el primer pontífice que dejó á la Iglesia un cuerpo de obras seguído. Tenemos de san Leon ciento y noventa y seis sermones sobre las principales fiestas del año; ciento y cuarenta y una cartas que explican con precision, con elocuencia y con maravillosa claridad la mayor parte de los misterios de la religion, las cuales principalmente dan á conocer el carácter de este gran Papa; pero con aquella magnanimidad de corazon, con aquella elevada y vastísima comprension, con aquella universalidad de talentos, quizá no habrá habido en en el mundo hombre mas humilde. Basta leer los sermones que hacia todos los años en el dia aniversario de su consagracion, para juzgar si es posible unir mayor santidad, ni mayor mérito, con humildad mas profunda.

Despues del saqueo de los Wándales renovó toda la plata en todas las Iglesias de Roma; reparó las basilicas de san Pedro y de san Pablo; estableció capellanes en los sepulcros de los santos Apóstoles; enriqueció las iglesias antiguas, y erigió otras nuevas. En fin, despues de veinte y un años de pontificado, aquel Papa, verdaderamente grande, azote de los berejes, padre de los pobres, luz del mundo cristiano, admiracion de todo el universo y ornamento de la silla apostolica, consumido de los trabajos y de las penitencias, y colmado de merecimientos y de gloria, fue á recibir en el cielo del Padre de las misericordias, el premio que estaba preparado á su eminentísima virtud. Murió en Roma el dia 11 de Abril del año, á lo que se cree, de 461, hácia los sesenta de su edad, poco mas ó menos, dejando la Iglesia del Señor en un estado muy floreciente.

Lloráronle todas las iglesias del mundo; pero lloróle muy particularmente Roma, que no solamente le veneraba como á su pastor y como á su libertador, sino tambien como á su padre. Fue depositado y enterrado su cuerpo con solemne pompa en la basilica de san Pedro; y su culto comenzó á celebrarse desde el sexto siglo en la universal Iglesia, así latina, como griega.

**La misa es en honor del Santo y la oracion la que sigue.**

*Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Leonis confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus; et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolvas peccatis. Per Dominum nostrum Jesum Christum..*

Suplicámoste, Señor, que oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado Leon, tu confesor y pontífice, y que nos perdones nuestros pecados por los merecimientos de aquel, que mereció servirte dignamente. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epistola es del cap. 44 y 45 de la sabiduría.**

*Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi, qui conservaret legem Exodus. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum in odorem suavitatis.*

He aquí un sacerdote grande, que en sus días agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliación. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendición de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio, y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

**Nota.**

«Hacia el año de la creación del mundo 3730, trescientos y mas años antes del nacimiento de Cristo, Tolomeo Lago, rey de Egipto, arrasó toda la Judea, y llevó cautivos mas de cien mil Judíos, entre los cuales fue uno Jesus, hijo de Serabe, hombre de extraordinaria capacidad, y de no menos ejemplar virtud. Ocupábase únicamente en el estudio y en la leccion de los libros sagrados; y así echó mano de él el Señor para componer el libro que llamamos el Eclesiástico, ó el libro que predica é instruye.»

**REFLEXIONES.**

*Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus.* Este es aquel gran sacerdote, que agradó á Dios mientras vivió, y fue hallado justo. Solo se agrada á [Dios sirviéndole y caminando delante de sus divinos ojos por las derechas sendas de la santidad y de la justicia. En este agradar á Dios consiste la verdade-

ra grandeza, el mérito mas real, la mas sólida felicidad: *Hoc est enim amicus homo*, como se explica el Espíritu santo, esto es ser hombre. Agradar á los grandes del mundo no deja de ser honra; pero no pocas veces mas es fortuna que mérito: el genio, la simpatía, y tal vez la lisonja, pueden contribuir á inspirar la inclinacion: no siempre es la virtud el primer móvil de la benevolencia. Cuando el agrado entra por el humor, el favor depende del capricho. Por eso suele ser ya como el destino de los favorecidos, que el favor no se conserve hasta el fin. Pero como para agradar á Dios no hay otro camino que el de la virtud y el de la religion, la amistad de Dios es prueba infalible, y medida segura del verdadero mérito. Agradar á Dios es poseer todo lo que hace á un hombre verdaderamente respetable: agradar á Dios es estar en su gracia, y es lograr uno cuanto ha menester para no necesitar del favor de los hombres, porque la amistad de Dios vale por todo. ¿Qué pueden contra un hombre amado y protegido de Dios todas las desgracias, todos los contratiempos, todos los reveses de la vida? ¿qué puede contra él toda la malignidad de los hombres? Todo esto sirve para aumentar su fervor, y para que crezca su mérito en la estimacion de Dios. ¿Qué objeto mas digno de nuestra ambicion, ni que ambicion mas fácil de contentarse y de satisfacerse! En vano se suda, se afana, se trabaja, se gasta la salud, se sacrifican los bienes, y tal vez hasta la misma vida en servicio de los grandes: no suele bastar todo esto para que se den por bien servidos, para merecer sus agrados. Téngase la voluntad mas sincera, la mas fina, la mas ardiente de servirlos: no se pagan de ella, no alcanza para que nos dispensen su gracia. Pero respecto de Dios, en el mismo punto que tengo verdadero deseo de servirle, le sirvo; la misma voluntad de agradarle, es complacerle. Pero siendo tan estimable, siendo tan ventajoso, siendo tan fácil aspirar y conseguir este favor del Altísimo, ¿se matan mucho los hombres por alcanzarle? ¿se les da mucho de perderle? ¿Con qué facilidad se sacrifica la amistad de Dios al deleite, al interes, á la pasion! Viéndose la facilidad con que se peca, y la grandísima serenidad con que se vive despues de haber pecado: ¿quién no dirá que en perder la amistad de Dios nada se va á perder? ¿quién se mata mucho por volver á ella? Hágase induccion por todos los estados del mundo, aun los que viven en los mas santos, ¿se ocupan mucho en los deseos, en las ansias, en las solicitudes de agradar á Dios? En separando á un lado aquel corto número de almas fervorosas y sedientas de la justicia, aquellas personas de una virtud, de una santidad eminente, que son en la realidad tan pocas y tan raras; cuánta prodigiosa multitud resta de cristianos tibios, helados, que miran esto de servir á Dios con la mayor indiferencia! ¿Cuánta portentosa multitud de libertinos, de hombres sin religion en medio del seno mismo de la

santa Iglesia! Esos ricos comerciantes, esos hombres de corte, esas gentes de negocios, esas mugeres del mundo, esas personas tan poco cristianas, á quienes la ambicion, el interés, el amor á los deleites, y todas las demas pasiones van dominando como por turno y sucesivamente, menos cuando todas juntas las dominan, ¿se ocupan mucho en el deseo, en el ansia de agradar á Dios, dándoseles tan poco ó tan nada por desagradarle?

**El evangello es del cap. 16 de san Mateo.**

*In illo tempore: Venit Jesus in partes Cesareæ Philippi: et interrogabat discipulos suos, dicens: ¿Quem dicunt homines esse Filium hominis? At illi dixerunt: Alii Joannem Baptistam, alii autem Eliam, alii verò Jeremiam, aut unum ex prophetis. Dicit illis Jesus: ¿Vos autem quem me esse dicitis? Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus Filius Dei vivi. Respondens autem Jesus, dixit ei: Beatus es, Simon Barjona: quia caro, et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in caelis est. Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Et tibi dabo claves regni caelorum. Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in caelis: et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in caelis.*

En aquel tiempo vino Jesus á tierra de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discipulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y ellos dijeron: Unos que es Juan el Bautista, otros que Elias, otros que Jeremias, ó alguno de los profetas. Díjoles Jesus: ¿Y vosotros quién decís que soy? Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesus, le dijo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será atado tambien en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado tambien en los cielos.

**MEDITACION.**

*Del rendimiento á la Iglesia.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que así como fuera de la Iglesia no hay salvacion, así tampoco hay verdadera fe sin el rendimiento á

ella. Siendo la Iglesia la única depositaria de las verdades de la religión y del espíritu de Jesucristo, el que no la escucha debe ser tenido por publicano, y en cierta manera como idólatra. Sus preceptos son leyes, sus reglas son decretos, sus decisiones son oráculos. Resistirse á obedecerla, es amotinarse contra Dios. No se da paso fuera de su aprisco, que no sea un riesgo y un precipicio. Aquel leon rugiente, que anda al rededor de él, buscando á quien despedazar con las garras, y á quien devorar con los dientes, en viendo una oveja fuera del redil, al punto la despedaza.

Esta Iglesia tan divina en su origen, tan sobrenatural en sus dogmas, tan santa en sus máximas, tan respetable en todas sus leyes, no es otra que la Iglesia católica, apostólica, romana, fundada por Jesucristo, extendida en todo el universo por los apóstoles, cimentada, por decirlo así, con la sangre de mas de diez y ocho millones de mártires, ilustrada con las brillantes virtudes de tantos santos, á la cual privativa y únicamente dejó Cristo su espíritu; la cual sola no teme al infierno, y en sola la cual se hallan y se pueden hallar los verdaderos fieles. ¡Qué dicha! ¡qué beneficio haber nacido en su seno! ¡haber sido criado con su leche! ¡poder caminar seguramente á favor de su indefectible luz! ¡pero qué desdicha! ¡no dar oídos á sus voces! ¡no ser dóciles á su voluntad! Y dejando sus caminos abrirse nuevas sendas, y caminar por ellas á ciegas y sin guía.

Volvamos los ojos á esa confusa multitud de sectas, en las cuales no hay mas que un fantasma de Iglesia; una máscara de religión; una ley orgullosa, extravagante, quimérica y de capricho; obra de la indocilidad del espíritu humano, y digno fruto de la falta de rendimiento y de sujeción á la Iglesia. Ninguno se hizo jamás sordo á sus voces, que al punto no se hiciese tambien ciego. No se hace mudo; pero parece que solo sabe hablar para hacer notorio á todos cuánto se ha descaminado. ¡Oh, qué digno de compasion es el hombre abandonado á su propia razon y á su orgullo! ¿Puede el infeliz ser entregado en manos de mas peligroso enemigo? ¿puede flarse á peor, á más deslumbreada guía? Admirámonos de que haya sistemas tan monstruosos y tan extravagantes en punto de religión; pero aun mas debiéramos admirarnos si el entendimiento humano, destituido de las luces de la fe, errase menos y desbarrase en menores extravagancias. Una vez abandonado á si mismo, ¿cómo pudiera dar paso que no fuese un precipicio? Oscurecidas sus luces con tantas tinieblas como levantan las pasiones, ¿cómo pueden guiarle bien por el camino derecho? Solo el rendimiento, la sujeción á la Iglesia, puede ponernos á cubierto de tantos y tan conocidos peligros. Sin este ciego rendimiento todo es error, todo descamino, todo desórden. ¿Y he tenido yo hasta ahora este ciego rendimiento á sus decisiones, esta ciega obediencia

¿sus mandatos? ¡Buen Dios, cuánto tendré quizá de qué arrepentirme en este punto!

Punto segundo.—Considera que estando fundado el motivo de nuestro rendimiento á la Iglesia en el Espíritu santo que la anima, y en su infalibilidad, debe ser universal y humilde este rendimiento. El resistirse á obedecerla siempre es orgullo. Conformarse con unas decisiones, y oponerse á otras, es erigir un tribunal superior al suyo: es hacerse juez de las sentencias y de los decretos del mismo Dios. La autoridad de la Iglesia no es arbitraria: no está fundada ni en el consentimiento de los pueblos, ni en la política: no tuvo parte en su institución la prudencia de los hombres: Dios es el que habla: Dios es el que todo lo arregla, y todo lo dispone por el órgano de su divino Espíritu. ¿Con qué rendimiento se debe obedecer á todo lo que manda Dios? Sacrificarle no mas que una especie de rendimiento parcial, es despreciar formalmente su divina autoridad. El amor propio, de concierto con el entendimiento humano, son los que entresacan de la multitud de leyes de la Iglesia, aquellas que son mas de su gusto, y que mas les acomodan. Nuestra elección es propiamente la que entonces les da toda la autoridad que queremos concederlas; porque si consideráramos que todas las leyes de la Iglesia provienen de un mismo espíritu; que cada una de ellas es extensión de nuestra fe; que todas estriban en un mismo fundamento; que todas nacen de un mismo principio, que es la sabiduría, la infalibilidad y la autoridad del mismo Dios; ¿tendríamos atrevimiento para sujetarnos á ellas con restricción y con limitaciones?

Y si es necesario sujetarse universalmente y con respeto á las decisiones dogmáticas y doctrinales de la Iglesia; ¿será por ventura menos necesario rendirse á las canónicas y morales, que hablan con las costumbres? Si aquellas deben hacer esclavo, como se explica el Apóstol, al entendimiento humano en obsequio de la obediencia á Jesucristo, ¿tendrán estas menos fuerza para hacer que el corazón se sujete á lo que manda el evangelio? Todo aquel que soberbia y altaneramente se levanta contra la sabiduría de Dios, es réprobo. ¿Será por ventura menos el que se amolina contra su santidad y contra su divina prudencia? Grande es el número de los herejes de entendimiento; ¿será menor el de los herejes de voluntad y de costumbres? ¿son menos enemigos unos y otros de la cruz de Jesucristo y de su Iglesia?

¿Qué remordimiento ha sido hasta ahora el mío á las decisiones de esta comun madre de los fieles? ¿he sujetado mi entendimiento á todas sus decisiones, y he rendido mi corazón á todas sus máximas? Muchas reflexiones puedo hacer aquí sobre mi indocilidad y sobre mi

presuncion, y acaso encontraré muchos motivos para el dolor y para el arrepentimiento. Dignáos, Señor, de aumentar mi fe, aumentando mi rendida sujecion á vuestra santa Iglesia; y pues lo que debo creer es regla de lo que debo obrar; haced que mis costumbres sean en adelante la prueba mas evidente de mi fe.

### JACULATORIAS.

*Domine, adauge nobis fidem. Luc. 7.*  
Señor, aumentanos la fe.

*Dabis, Domine, seruo tuo cor docile. 3. Reg. 3.*  
Un corazon dócil, Dios mio, un corazon dócil.

### PROPOSITOS.

El espíritu de error no es fácil que se sujete á la Iglesia. Jesucristo es la misma verdad, es vida y es camino. El carácter de la herejía es engañar, descaminar y perder. No quiere el hereje sujetarse al espíritu de Dios, porque solo quiere seguir su propio espíritu: á éste solo consulta, y de aqui nace su rebelion, su obstinacion y sus descaminos. La oveja que se aparta del rebaño, presto se pierde, y tarda poco en ser despedazada. Apénas salió el hijo pródigo de la casa de su padre, cuando se halló en pais desconocido, donde dispó todo lo que llevaba. No solo es la herejía escuela del error, ésto tambien de todos los vicios. Griten, ó hablen de reforma los herejes todo lo que quisieren: cúbranse con la piel de ovejas: pidan prestado á la hipocresia el traje, los modales y la exterioridad de penitencia, de austeridad y de estrechez: dura poco la comedia, y aun mientras ella dura, solo pueden engañar á los estúpidos ó á los simples. En materia de religion, siempre que se descamina el espíritu es en favor de la carne. Recorre todas las sectas: ninguna hallarás que no haya enseñado mil extravagancias; pero tampoco encontrarás ninguna, que no arrastre, como por una necesaria consecuencia, el abismo de mil desórdenes. De toda secta es como fruto natural el desórden, la dissolution, y la mas brutal lascivia. ¿Qué mucho que unos hombres ciegos tropiezen y den de hocicos? ¿pero si estos tropiezos sirvieran siquiera para que abriesen los ojos! Mas, ¡oh, y qué inútilmente se declama contra el error, cuando el entendimiento y el corazon van á una! Todos los votos del corazon son para mantener el orgullo del entendimiento en todos sus derechos; y toda la viveza del entendimiento se emplea en defender las torcidas inclinaciones del corazon. Este es el verdadero principio de la indocilidad, de la preocupacion, de la obs-

tinacion, de la artificiosa conjuracion de los sectarios. Sean de aqui adelante pruebas visibles de tu católico pecho tu docilidad y rendimiento á todas las decisiones de la Iglesia. Huye cuidadosamente de aquellas conversaciones menos religiosas, ó por mejor decir escandalosas, y siempre sumamente perjudiciales, en las cuales parece se quiere erigir un tribunal particular para examinar las decisiones de la iglesia. Sea tu fe sencilla, humilde, respetuosa, universal, y por decirlo así, ciega en cuanto á las bachillerias del entendimiento humano. Sin estas cualidades no será mas que una fantasma de fe.

2 Fuera de estas virtudes generales, observa las advertencias siguientes. Primera: Luego que tengas noticia de que algun libro está legitimamente prohibido y condenado, ora sea por errado en la doctrina, ora por pernicioso á las costumbres, míralo con horror. No solo no le has de tener en tu poder; pero has de zelar con la mayor vigilancia que tus hijos, tus criados y dependientes no le lean, porque serás reo de su desobediencia: el menor descuido en punto tan importante mancha la pureza de la fe, y lastima la delicadeza de la religion. Segunda: Jamás permitas que se dispute, arguya, ni defienda en tu presencia cosa que esté condenada, aunque sea por diversion, aunque sea en chanza, aunque sea con el especioso pretexto de querer instruirse bien en la doctrina verdadera. Esta especie de conversaciones y disputas sobre materias tan peligrosas, son unas como disertaciones críticas y malignas, que cuando menos producen dudas y perplejidades, y no pocas veces fomentan el espíritu de maquinacion y de rebelion, tirando por lo comun á hacer despreciables las decisiones de la Iglesia. Tercera: Imponte una inviolable ley de no leer jamás libro alguno sospechoso, sea en orden á las costumbres, sea en orden á la doctrina. Es esta una materia tan importante, que por grande delicadeza de conciencia que se observe en ella, nunca será excesiva. El veneno mas sutil no es el menos temible, y á la menor sospecha de contagio todos se previenen con preservativos.



## DIA XII.

**San Sabas, mártir.**

**F**UE san Sabas Godo de nacimiento, de aquella parte de la Gotia mas vecina á la Scitia, donde se hallaban muchos cristianos convertidos á la religion católica desde el tiempo del grande Constantino y de sus hijos, antes que aquellas naciones padeciesen la desgracia de precipitarse en el arrianismo.

Educado Sabas desde la cuna en el seno de la religion cristiana,

siguió fielmente todas sus piadosas máximas, arreglando constantemente sus costumbres por la pauta y por el espíritu de la ley santa de Dios. Su natural dulce, afable y naturalmente benéfico, le hizo dueño de todos los corazones. Declarándose desde luego muy enemigo de aquellos vicios que son tan comunes en su edad, y eran como nacionales en los de su país, á nada tomaba gusto sino á los ejercicios de la religión. La pureza fue siempre la virtud de su cariño, y la devoción á la Reina de los ángeles su singular devoción. Había hecho una especie de pacto con sus ojos de no ponerlos en ninguna mujer. La modestia, el huir las ocasiones, la mortificación y la oración fueron las piadosas industrias de que se valió para conservar su inocencia; y aunque criado en medio de un pueblo bárbaro, grosero y duro, le cultivó y aun le pulió tanto su misma piedad, que era la admiración de aquellas gentes, proponiéndole todos por ejemplo y por modelo.

Ya se sabe que todas las virtudes cristianas tienen entre sí una especie de conexión, una unión y parentesco; y así la afabilidad, la humildad, y la paciencia eran en parte como el distintivo de nuestro Santo. La epístola que la Iglesia Goda escribió sobre su martirio á todas las iglesias católicas, y señaladamente á la de Capadocia, dice que san Sabas descollaba visiblemente entre los Godos por su eminente virtud, por su zelo de la religión, y por su ardiente caridad. Poco versado en las letras, pero muy instruido en la ciencia de los santos, confundía los idólatras con sus arregladas costumbres, y los convencía con la elocuencia muda, pero eficaz, de sus ejemplos. Muy oficioso con todos, muy asistente á los oficios divinos, muy zeloso de la honra de la religión, y de los progresos de la Iglesia, sin traspasar los límites de su condición ni de su estado, hacía frutos de apóstol, sin las funciones de predicador.

Tan rico de bienes de fortuna por su opulento patrimonio, como pobre de espíritu por el desprecio con que los trataba, no había para él otro tesoro que la santa cruz, y allí tenía su corazón donde tenía su tesoro. Se había puesto enfredicho perpétuo á toda especie de diversion, y era su vida un ejercicio continuo de mortificación y penitencia: oraba sin cesar, ayunaba todos los días, inspirándole su viva fe y su ardiente caridad, un género de valor superior á todos los peligros. Antes de dar la vida por la fe, se habían ofrecido diferentes lances, en que se mostró esforzado y generoso defensor de la religión. Este es á la letra el retrato de nuestro Santo, que hace la Iglesia Goda en aquella epístola tan llena de edificación, que escribió acerca de su glorioso martirio.

El año de 370 comenzó la persecución, que con tanta violencia y crueldad excitó contra la Iglesia Atanarico, rey de los Godos. Hallá-

base este Príncipe en guerra con otro soberano de su nacion, llamado Fritigerno, quien no pudiendo resistir al poder de sus armas, recurrió á la proteccion del emperador Valente, y para obligarle mas, se hizo cristiano, aunque de la misma secta que profesaba el Emperador, esto es, el arrianismo. Vencido Atanarico, por el exercito imperial, y furiosamente irritado por la rota que acababa de padecer, descargó toda su cólera contra aquellos vasallos suyos, que él trataba de romanos, entendiéndolo por este nombre á los cristianos, resuelto á exterminarlos del todo, ó á reducirlos á las supersticiones de la idolatria.

Fue cruel la persecucion, porque aquel bárbaro Rey quitó la vida á innumerables; á unos, como se explica Sozomeno, despues de examinados por los jueces, y haber hecho por su boca una confesion generosa de la fe; á otros sin darles lugar ni aun para abrirla; pues colocado un idolo sobre un carro, y conducido de órden del tirano por todos los parajes donde se sospechaba que habia cristianos, todos los que inmediatamente no doblaban la rodilla á vista de la estatua, sin mas exámen, ni otra formalidad, eran pasados á cuchillo, ó reducidos á ceniza ellos y sus habitaciones. Refugióse á cierta iglesia gran numero de hombres y mugeres, llevando consigo á sus pequeños hijos: llegaron los paganos, pegaron fuego al templo, y todos quedaron consumidos en las llamas.

Pero el mas ilustre de todos aquellos mártires fue san Sabas. Corridos, y aun horrorizados los mismos magistrados gentiles de tan cruel carniceria, se contentaron con mandar que en adelante todos los Godos comiesen viandas que fuesen primero consagradas á los ídolos, persuadidos á que el disimulo ó la connivencia de los jueces inferiores salvaria á muchos la vida. Algunos paganos del lugar donde vivia san Sabas, al mismo tiempo que ofrecian victimas á los ídolos, quisieron asegurar con juramento que en aquel lugar no habia cristiano alguno: haciéndolo por una especie de amor ó de compasion á los fieles, que por este medio pretendian encubrir á la pesquisa de los comisarios. No pudo sufrir nuestro Sabas aquel oficioso perjurio; y lleno de aquel espiritu religioso enemigo de toda simulacion, abrasado de aquella caridad ardiente que suspira por el martirio, él mismo fue á presentarse á la asamblea, gritando en alta voz que se guardasen bien de jurar por él, porque públicamente declaraba y protestaba á todos que era cristiano. Viéndole tan determinado y tan resuelto los gentiles, se contentaron con jurar ante el comisario, que en aquel pueblo no habia otro cristiano que Sabas. Fue citado á su tribunal, y compareció en él con tanta resolucion y con tanta alegria, que quedó aturdido el mismo oficial gentil. Preguntóle qué bienes tenia, y habiéndole informado no tenia otros que el vestido que traia

á cuestas, no se dignó ni aun de pasar adelante en el interrogatorio, y se contentó con desterrarle del lugar como un infeliz mendigo.

El año siguiente se encendió la persecucion aún con mayor violencia que antes; y como el cura de la aldea donde se habia retirado Sabas, llamado Sansálo, por miedo de ella se hubiese escondido, determinó nuestro Santo pasar á celebrar la Pascua á otra aldea, donde habia un cura, por nombre Gulico. Apenas se puso en camino, cuando le salió al encuentro un varon de grande magestad, y de estatura mas corpulenta que lo regular, el cual le aconsejó que se volviese á su aldea, asegurándole que encontraria en ella á Sansálo. Haciendo Sabas poco caso del consejo de aquel hombre no conocido, prosiguió su camino; pero aunque el aire estaba á la sazón muy sereno, cayó de repente tan gran golpe de nieve, que no le fue posible pasar adelante. Conoció entonces que era del cielo aquel aviso, y retrocediendo al punto por obedecerle, se restituyó á su aldea, donde encontró ya al buen cura Sansálo, en cuya compañía celebró la Pascua con especial ternura y devocion. La noche del martes, estando ya los dos en sus camas para tomar un poco de sueño, fueron arrestados por una patrulla de soldados idólatras, á cuya frente venia por oficial Atarido hijo de Rotesto, uno de los señores principales del pais.

Permitieron á Sansálo que se vistiese; y habiéndolo hecho, le pusieron sobre un carro, pero á Sabas, sacándole de la cama casi del todo desnudo, le llevaron arrastrando por piedras, por espinas y por zarzas; y no contentos con esto, le fueron golpeando cruelmente con varas y con palos por todo el camino. Pero su paciencia fue mayor que la crueldad de aquellos impios verdugos, dignándose el Señor glorificarla por un milagro; porque á la mañana se halló enteramente sano de sus heridas, sin señal de la mas leve confusion; tanto, que él mismo zumbaba á los soldados, preguntándoles donde estaban las señales de lo que le habian atormentado. Irritólos imponderablemente esta animosa serenidad, y amarrándole los brazos á un eje de un carro, y los pies á otro, le tendieron boca á bajo en la tierra, y le dejaron muchas horas en este horrible tormento. Despertaron despues á la huéspeda de la casa para que les dispusese que almorzar mientras ellos se iban á dormir, dando con esto lugar á la compasiva muger para que desatase á nuestro Santo, el cual estuvo tan lejos de aprovecharse de aquella libertad para escaparse, que antes bien con gran paz y sosiego se puso á ayudarla á disponerlos el almuerzo.

Luego que amaneció quedaron aturdidos aquellos bárbaros de la intrepidez y de la resolucion del animoso Sabas; pero mas encarni-

zado con ella el cruel Atarido, mandó que le atasen las manos, y que pues gustaba tanto de estar en aquella casa, le colgasen de una viga del portal. Trajeron despues à su compañero Sansálo, y presentándole algunas viandas consagradas à los idolos, le ordenaron de parte de Atarido que las comiese. *Bien podeis*, le respondió Sansálo, *ponerme en una cruz, y quitarle la vida al rigor de los mas crueles tormentos; pero perdeis tiempo en solicitar que cometa tan sacrilego delito. Mirad*, replicaron los soldados, *que lo manda el Señor Atarido. ¿Y quien es ese Señor Atarido*, les dijo Sabas desde la viga donde estaba colgado, *que tiene atrevimiento para mandar que se haga lo que Dios prohíbe? ¿No es Dios el soberano dueño à quien todos debemos obedecer? Andad y decid à vuestro Señor Atarido, que Dios manda expresamente que no se coman manjares impuros, mas propios para dar la muerte, que para sustentar la vida, de los cuales solo pueden sustentarse los idolatras, tan sucios y tan profanos como ellos.*

Al oír estas palabras un criado de Atarido, encendido en furiosa cólera, le pasó por medio del vientre un chuzo puntiagudo que tenía en la mano, con tanta violencia, que rompiéndose los cordeles, cayó el Santo tendido en tierra. Pero cuando aquel bárbaro le consideraba ya muerto, vió, no sin grande admiracion, que poniéndose prontamente en pié, mirándole y sonriéndose, le dijo: *Sin duda que ya me creias en el otro mundo; pues vesme aqui bueno y sano por la gracia de mi Señor Jesucristo, y sábete que apenas he sentido el golpe.*

Informado Atarido de lo que pasaba, no es ponderable el rabioso furor que se apoderó de su corazon, y mandó que al instante quitasen la vida à nuestro Santo. Cogieronle al punto los soldados, y le llevaron à la orilla del rio Musova para ahogarle, despues de haber puesto en libertad à Sansálo. Sabas, que estaba persuadido à que la mayor dicha que se podia lograr en este mundo, era dar la vida por amor de Jesucristo, consideraba aquella libertad de su compañero como la mas funesta desgracia; y vuelto à los soldados, les dijo: *¿Qué delitos ha cometido ese santo sacerdote, para que le priveis del consuelo y de la gloria de morir conmigo por tan justa causa? Eso no te importa à tí*, le respondieron los verdugos; *y descuida lo que no te toca.* Enternecido Sabas, y penetrado del mas vivo sentimiento, bendijo mil veces al Señor por la gracia que le hacia de dar la vida por él.

Cuando llegaron à la orilla del rio, se movieron à compasion los soldados, y se dijeron unos à otros: *¿A qué fin hemos de quitar la vida à este inocente? démosle libertad, que se escape, y que se esconda, pues será fácil que Atarido jamás entienda palabra.* Oyó el santo lo que trataban, y agradeciéndolos la buena voluntad, los dijo:

*Ejecutad lo que se os ha mandado; porque de otra manera me haréis un mal servicio. Ya estoy viendo los que vienen á conducirme á la gloria; y si vosotros vierais lo que yo, no pensaríais en privarme de una corona, que ha de ser mi eterna felicidad.* Con esto le precipitaron en el río, y dió fin á su glorioso martirio el jueves de Pascua 12 de Abril de 372. Arrojárónele con un grueso madero al cuello para que se ahogase mas presto, y con eso fue fácil sacar á tierra el santo cuerpo. Dejáronle los verdugos en la orilla, donde le respetaron las aves y las fieras, cuidando despues los fieles de recogerle y enterrarle. Julio Sorano, general de las armas romanas en aquella frontera, hombre muy piadoso, pudo fácilmente conseguir de los Godos este preciosísimo tesoro, que envió prontamente á su país Capadocia; á cuya iglesia llegaron casi al mismo tiempo que las santas reliquias, las actas de su martirio escritas por la Iglesia Goda.

**La misa es de la dominica antecedente, y la oracion la que sigue.**

*Præsta, quæsumus, omnipotens Deus ut qui beati Sabbæ martyris tui natalitia colimus, intercessione ejus in tui nominis amore roboremur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...*

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que nos fortifiques en el amor de tu santo nombre, por intercesion de tu bienaventurado mártir Sabas, cuyo nacimiento á la gloria reverenciamos hoy solemnemente. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epistola es del apóstol san Pablo á los Tesalonicenses, capitulo 1.**

*Fratres: Dilecti á Deo, scientes electionem vestram: quia evangelium nostrum non fuit ad vos in sermone tantum, sed et in virtute, et in Spiritu sancto, et in plenitudine multa, sicut scitis quales fuerimus in vobis propter vos. Et vos imitatores nostri facti estis, et Domini, excipientes verbum in tribulatione multa, cum gaudio spiritus sancti: ita ut facti sitis forma omnibus credentibus in Macedonia, et in Achaia. A*

Hermanos: Amados de Dios, sabeis vuestra eleccion; porque nuestro evangelio no se dirigió á vosotros en la palabra solamente, sino en la virtud tambien y en el Espíritu santo, y en gran llenura, como sabeis de qué manera hemos estado entre vosotros por vuestro bien. Y vosotros os hicisteis imitadores nuestros, recibiendo la palabra entre mucha tribulacion con gozo del Espíritu santo: de manera que os habeis

*vobis enim diffamatus est sermo Domini, non solum in Macedonia, et in Achaia, sed et in omni loco fides vestra, quae est ad Deum, profecta est.*

hecho ejemplo para todos los creyentes en Macedonia y Acaya. Porque de vosotros se divulgó la palabra de Dios, no solamente por la Macedonia y por la Acaya, sino que vuestra fe que tenéis en Dios se propagó por todo lugar.

## NOTA.

«Habiendo predicado san Pablo con increíble fruto la fe de Jesucristo en Tesalónica, metrópoli de Macedonia, irritados los Judios que habia en aquella ciudad, determinaron perderle. El Santo, para dejar pasar la tempestad, resolvió retirarse con Silas; y hallándose en Corinto, tuvo noticia por Timoteo de la fidelidad con que los Tesalonicenses perseveraban en la fe; con cuya ocasion los escribió esta admirable carta, que es la primera en el tiempo de las que escribió el apóstol, habiéndose escrito el año 52 de Jesucristo.

## REFLEXIONES.

*Fratres, dilecti á Deo.* Hermanos míos amados de Dios. ¿Puede haber título mas glorioso, dictado mas noble, de mayor honra, de mayor utilidad, ni que lisonjee mejor una generosa ambicion, una ambicion bien nacida? *Amado de Dios* significa una especie de predileccion sobresaliente, un amor que comunica mérito, y una ternura de parte de Dios, que pone el colmo á la felicidad. Ser amados de los grandes es ser favorecidos, pero no siempre es ser dichosos y felices. La emulacion, las inquietudes y la desgracia suelen estar muy cerca del favor; pero la amistad de Dios produce todos los efectos contrarios: de ella nace la caridad, la paz, el fervor, la perseverancia, que es el manantial de todo genero de bienes.

*Hermanos míos, amados de Dios.* Así llamaba san Pablo á los Tesalonicenses por su vocacion á la fe en medio de una nacion idólatra. Sabemos, añade el Apóstol, que fuisteis singularmente escogidos con preferencia á tantos otros, que quedaron sepultados en las espesas tinieblas del gentilismo: *Scientes electionem vestram.* ¿Y no tenemos nosotros, por la misericordia del Señor, igual derecho al mismo título? ¿no se nos podrá llamar *amados de Dios*, sabiéndose la predileccion con que fuimos escogidos? ¡Qué gracia! ¡qué favor tan insigne haber nacido en el seno de la iglesia de padres cristianos, católicos y virtuosos! Bien se nos podrá llamar con el apóstol san Pedro: *Familia escogida, sacerdocio real, nacion santa, pueblo adquirido por conquista, para dar á conocer las perfecciones de aquel Señor que nos-*

*sacó de las tinieblas á la admirable claridad de su luz.* ¿Pero se podrá igualmente decir de nosotros lo que san Pablo decía de los de Tesalónica. *Sois modelo, sois ejemplar de todos los fieles: Ita ut factis sitis forma omnibus credentibus?* ¿Vuestra fe no es estéril, no es imperfecta? ¿es viva, es animada, es activa, es fecunda de buenas obras? ¿Vuestra caridad no es tibia, no es cobarde, no se rinde á la menor tentacion, no bastardea á la mas ligera prueba? ¿es intrépida, es laboriosa, ocupada siempre en el cuidado de agradar á Dios, siempre empleada en el provecho del prójimo, y en la salvacion de las almas? Mi Dios! es cierto que tenemos las mismas obligaciones que aquellos primeros fieles; ¿pero las desempeñamos con el mismo ardor, con la misma fidelidad? ¿y podremos esperar con fundamento merecer algun dia la misma recompensa? ¿se forma una grande idea de nuestra fe y de nuestra caridad, á vista de nuestra conducta? ¿honran nuestras costumbres la religion que profesamos? Habiendo sido tan amados de Dios, ¿correspondemos á este gran Dios con un corazon muy tierno y amoroso?

Pero si entre todos los cristianos hay algunos singularmente amados de Dios, ¿quién dudará que de las personas religiosas se puede y se debe decir, que son aquel rebaño escogido á quien plugó al Padre celestial comunicar su reino; aquella porcion mas favorecida y mas noble de la herencia de Jesucristo? ¿Qué agradecimiento no debemos á tan insigne beneficio! ¿cuál debe ser la fidelidad y la perfeccion de estas escogidas almas! ¿qué espíritu en todos los actos de religion! ¿qué fervor en sus ejercicios espirituales! ¿qué pureza en sus costumbres! ¿qué circunspeccion! ¿qué gravedad! ¿qué edificacion en su porte! El pueblo judío, el pueblo querido de Dios, aquel en cuyo favor obró el Señor tantas maravillas, por su ingratitude y por su infidelidad es hoy el objeto mas conocido de la cólera terrible del mismo Dios.

#### El evangelio es del cap. 14 de san Juan.

*In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Qui habet mandata mea, et servat ea, ille es qui diligit me. Qui autem diligit me, diligetur á Patre meo, et ego diligam eum, et manifestabo ei meipsum. Dicit ei Judas, non ille Iscariotes: Domine, quid factum est, quia manifestaturus es nobis teipsum, et non mundo? Respon-*

En aquel tiempo dijo Jesus sus discipulos: El que retiene mi mandamientos y los observa, aquel es el que me ama. Y el que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré, y le manifestaré á mi mismo. Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿qué quiere decir, que te manifestarás á ti mismo á nosotros, y no al mundo?

*dū Jesus, et dixit ei: Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus: qui non diligit me, sermones meos non servat.*

Respondió Jesus, y le dijo: Cualquiera que me ame, observará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendrémos á él, y haremos en él mansion: el que no me ama, no guarda mis palabras.

### MEDITACION.

*De los defectos que se hallan en el amor que se piensa tener á Dios.*

**PUNTO PRIMERO.**—Considera que la mayor parte de los cristianos solo se aman á sí mismos, aun cuando piensan que aman á Dios. No hay en el mundo quien sepa disfrazarse tan ingeniosamente como el amor propio: valse de todo género de nombres, y de todo género de máscaras: unas veces es fervor, es caridad, es justicia; otras es devoción, es zelo; y muchísimas sale al teatro con el respetable título de amor de Dios. Nunca está mas tranquilo el amor propio, que cuando se disfraza de esta manera, que cuando está abrigado y cubierto con la capa de la virtud.

Pero pregunto, ¿será muy dificultoso descubrirle y reconocerle? Es inimitable, no se puede remedar el carácter del verdadero amor de Dios. Es puro, es desinteresado, es generoso, es constante, es enemigo de las pasiones, es dulce, es apacible, es paciente, es mortificado, es humilde. El orgulloso, el soberbio, el colérico, el inmortificado, el impaciente; el que solo tiene unos relámpagos, unas vislumbres de fervor, unos caprichos de devoción; el que solo busca su interés, su satisfaccion, su propia gloria; por mas que lo afecte, ó por mas que vanamente se lo persuade á sí mismo, está muy distante del verdadero amor de Dios.

Encuéntranse muchas personas que hacen profesion de amar á Dios, y nunca están de mas mal humor, de peor condicion, que cuando le sirven. Dominantes, altivos, enfadosos, inquietos, mal sufridos y aun coléricos, cuando mas se lisonjean de amar á Dios. Los dias solemnes, los dias de comunión no suelen ser los mas serenos. Parece que los ejercicios mas santos los irritan mas la cólera. ¿Semejantes personas amarán á Dios verdaderamente?

Los efectos mas ordinarios del amor de Dios son una dulzura inalterable, una humildad sincera, una paciencia á toda prueba. Las adversidades le excitan, el fuego de la persecucion le aviva mas, la mortificacion le nutre y le alimenta. Es error imaginar que el amor de Dios ignora las atenciones de la urbanidad, los deberes de la sociedad humana, y las obligaciones de la decencia. No hay cosa mas ho-

nesta, mas caritativa, mas atenta, mas cortesana y aun mas garbosa que el verdadero amor de Dios. Los enfados nacen de un corazon inquieto y agitado; el amor de Dios tranquiliza el corazon, y derrama en él un óleo, un celestial unguento que le ablanda, le suaviza, le hace dócil, flexible y manejable. Aquella resignacion perfecta en la voluntad del Señor, aquella alegría espiritual, fruto necesario del amor divino, aquella paz interior que produce la inocencia, son las que causan la dulzura inalterable, la generosidad, la magnanimidad, el aliento, aquel hermoso conjunto de virtudes que brillan en los que aman á Dios verdaderamente. Estas son las señales del verdadero amor de Dios; ¿conoces el tuyo por estas señales? ¿amas á Dios con pureza de intencion, con perseverancia, con fidelidad? ¡Mi Dios, cuántas ilusiones, cuántos engaños se padecen en la devocion!

**PUNTO SEGUNDO.**—Considera que en punto de devocion y de amor de Dios se equivoca muchas veces lo especulativo con lo práctico, y se reputan por movimientos del corazon las que son puramente especulaciones del entendimiento. Conócese cuán digno es Dios de ser amado; asómbrase, atúrdese uno de lo poco que se le ama, y deslumbrado con estos justos y piadosos dictámenes, que no salen de la esfera de la razon, imagina que le ama verdaderamente. Muchos son los que viven engañados, y algun día quedarán sorprendidos, cuando vean y cuando palpen que su amor de Dios no era mas que en idea; porque los dominios del corazon son independientes de los del entendimiento.

Conócese muy bien que Dios merece ser amado; confíesase que es un prodigio de ingratitud el no amarle, ¿pero se le amará precisamente porque se discurra y se hable de esta manera? Presto le desmentiría á uno su mismo corazon. *La caridad, dice san Pablo, es paciente, está llena de bondad, no es envidiosa, nada sabe hacer mal; no es orgullosa, no se hincha, no busca su propio interés; no es arrebatada ni colérica; no juzga mal de persona alguna, no se alegra del daño ajeno, ni de las pesadumbres de otros; antes celebra todos los gustos, todas las prosperidades de sus hermanos; es dócil, es humilde, es apacible y constante.* Mira si tu devocion y si tu amor de Dios se parecen á este retrato.

Pero dices que amas á Dios de todo tu corazon: este es el primer mandamiento, y la basa de todos los demás. Amas á Dios; pero nada sabes padecer por él: amas á Dios, pero tratas con desabrimiento al prójimo, y no aciertas á reconciliarte con tu hermano, amas á Dios; pero en mil ocasiones, y con el mas leve motivo atropellas sus mandamientos; prefieres tus inclinaciones á su voluntad; sacrificas los intereses de Dios, tu conciencia y tu religion,

á tus propios intereses, á tus pasiones, á tu gloria. Amas á Dios. Y dime: ¿te atreverás á defender esta proposicion en su divino tribunal? ¿es amar á Dios amar las honras, los placeres, y no amarse mas que á sí mismo? De esa manera muchos podrian decir que aman á Dios: ¿y no serás tú de este número? Consultemos mas á nuestras operaciones que á nuestros dictámenes, ni á nuestros conocimientos. Para eso era menester poder decir á Cristo con san Pedro: Señor, bien sabeis Vos que os amo; Vos no os podeis engañar; y conoceis que mi corazon está abrasado de un vivo y encendido amor vuestro. Era menester que nuestra humildad, nuestra paciencia, nuestra dulzura, nuestra mortificacion, nuestra caridad con el prójimo, nuestro fervor, nuestra perseverancia pudiesen asegurarnos que amábamos á Dios: cualquiera otro testimonio en esta materia es sospechoso. Ni el mismo Dios entiende otro lenguaje.

¡Ah, Señor, y por cuánto tiempo he vivido miserablemente engañado, creyendo que os amaba! Tantos, tan multiplicados, y tan groseros defectos pudieron abrirme los ojos para conocer mi ilusion, si hubiera sido menos voluntaria. Pero pues os dignais hacerme la gracia de que conozca lo poco que os he amado hasta aquí, hacedme la de que os ame con todo mi corazon desde este mismo punto.

#### JACULATORIAS.

*¿Quis nos separabit á charitate Cristi? ¿tribulatio? ¿an angustia?*  
Rom. 8.

No me separará jamás del amor de mi Señor Jesucristo la angustia ni la tribulacion.

*Certus sum quia neque mors, neque vita, neque creatura alia poterit nos separare á charitate Dei, quæ est in Christo Jesu Domino nostro.* Rom. 8.

Cierto estoy que ni la muerte, ni la vida, ni otra alguna criatura me podrá apartar del amor de Dios, fundado en Cristo nuestro Señor.

#### PROPOSITOS.

El amor de Dios nunca es ocioso ni cobarde: hasta en la misma quietud halla ejercicio. Este sagrado fuego que el Salvador vino á encender en el mundo es tan activo, que en dejando de obrar deja de ser; lo mismo es separarse, que extinguirse. Precisamente ha de calentar, alumbrar y quemar. Un corazon frio, un espiritu ciego, una alma sepultada en sus imperfecciones, no sienten, ó sienten poco el

calor de esta divina llama. Magdalena postrada á los pies del Salvador calla; pero al mismo tiempo los riega con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos, los besa, y derrama sobre ellos un preciosísimo bálsamo. Es menester que las obras publiquen que se ama á Dios: cualquiera otra voz no se deja entender, ó se percibe mal. El amor divino allana todas las dificultades, y sino las allana, las supera. Aquellos que niegan á Dios los pequeños sacrificios que los está pidiendo, ¿cómo pueden decir que le aman? Ten hoy el consuelo de persuadirte á ti mismo, de probarte, de convencerte que amas á Dios. Bien sabes lo que te está pidiendo tanto tiempo ha: tu confesor, tu corazón y tu propia conciencia te lo dicen claramente. No tienes que fatigarte mucho en buscar materia para hacerle un sacrificio: ese resentimentillo, esa diversion, esa pasión por el juego, esa visita poco necesaria, esa delicadeza, ese refinado gusto en vestirse, en componerte, en presentarte airoso en la calle. ¡O qué materia tan preciosa, y acaso tan necesaria! Postrado desde este mismo instante á los pies de tu crucifijo, di á tu Dios que puramente por su amor quieres ir luego á visitar á aquella persona que te ha ofendido; que quieres privarte de tal visita, de tal concurrencia, de tal juego; que quieres sacrificarle tal gala, tal dige, dejándole esta pequeña prueba de que le amas. Mañana no faltará otra que le des.

2 Ni las personas que hacen profesion de devotas deben juzgarse excusadas de semejantes sacrificios. A la verdad, las victimas que pueden sacrificar no son de tanto valor; mas no por eso son de menor mérito, ni suele costar menos el sacrificarlas. No tienen que ofrecer concurrencias profanas, pasión al juego, enemistades mal disimuladas, galas, adornos excesivos; pero cierto apego á algunas alhajas inútiles, aunque curiosas, cierta frialdad, cierto desdago con que tratan á tal y tal persona con quien no congenian, efecto ordinario de no sé que secreta emulacion ó envidia; cierta inmortificación, cierta rusticidad y falta de crianza, cierta groseria natural; aquella desigualdad de humor, aquella falta de agrado, aquella sobra de delicadeza, y victimas son que se pueden y se deben degollar. Determina desde luego á cuál de ellas has de aplicar el cuchillo dando hoy á tu Dios esta prueba de tu amor y de tu zelo. Un espejillo, un adorno de la celda, un mueble, una alhaja demasiado curiosa, darán bien que llorar á la hora de la muerte á muchas almas religiosas, que á poca costa pudieran hacer un gran mérito para con Dios, privándose de ellas en vida.



## DIA XIII.

**San Hermenegildo, mártir.**

**M**URARO Liuva, rey de los Visi-Godos, el año 571, su hermano Leovigildo, á quien habia asociado á la corona, viéndose ya único dueño de casi toda España, y de aquella parte de la provincia Narbonense; que estaba sujeta al dominio de su nacion, resolvió hacer hereditaria en su familia la corona, que hasta aquel tiempo habia sido electivo. Mandó, pues, reconocer por sucesores suyos á sus dos hi-

jos Hermenegildo y Recaredo, y él mismo los puso en posesion de una parte de sus estados; á Hermenegildo consigné la Andalucía, y á Recaredo señaló el reino de Aragon con todas las provincias Celtiberas.

Era Hermenegildo el principe mas cabal que se conocia en su tiempo; de talle magestuoso, de aire noble y desembarazado, de entendimiento vivo y penetrante; dotado de una prudencia, de un valor, y de unas modales tan atentas y cortesananas, que en medio de una nacion bárbara le hacian dueño de todos los corazones. Tuvo la desgracia de ser arriano, como toda la casa real, aunque era sobrino de san Leandro, y de san Isidoro, arzobispo de Sevilla, hermanos de la reina Teodosia, madre de nuestro Santo. Muerta esta princesa, el rey Leovigildo casó en segundas nupcias con Gosvinda, viuda de Atanagildo su predecesor; Princesa tan contrahecha de entendimiento como de cuerpo, de genio maligno, acedo, violento, furiosamente colérico, y sobre todo muy encaprichada en el arrianismo.

Viendo Leovigildo debilitado el partido de los católicos con la rota de los griegos, á quienes habia echado á fuerza de armas de todas las plazas que ocupaban lo largo de la costa, dedicó toda la atencion á buscar para el principe Hermenegildo una esposa, que asegurase con su alianza la paz que acababa de dar á sus pueblos, y alianzase la felicidad del reino con el esplendor de sus prendas personales.

Fijó su eleccion en Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Austrasia en Francia, y de Brunequilde, y nieta por su madre de Atanagildo, y de Gosvinda, su segunda muger; princesa no menos distinguida por su extraordinaria hermosura y por su rara virtud, que por su alto nacimiento. Era católica; y esta sola circunstancia hubiera sido bastante á romper desde luego aquel tratado, si Ingunda por su parte no se prometiera, con el auxilio de la gracia, reducir á la fe á su esposo Hermenegildo, y su suegra y abuela Gosvinda no esperára conquistar con artificio ó con violencia á su nuera Ingunda, obligándola á abrazar el partido del arrianismo.

Desposóse Hermenegildo con Ingunda el año de 579, y apenas arribó á España, cuando echizó á toda la corte. Sola Gosvinda se consumia de envidia y de dolor á vista de las nobles prendas de su nuera, y la que comenzó emulacion, acabó odio y furor desenfrenado. Con todo eso la pareció conveniente disimular por algun tiempo, y hacer todo lo posible para pervertir la religion de su nieta. Con esta idea la hacia á los principios mil caricias, intentando arrancar la fe católica de su corazon, y trastornar su constancia; pero viendo que no la salia bien este medio, recurrió á las injurias y á las mayores violencias. No habia especie de mal tratamiento que no le hiciese, hasta bañarla alguna vez en sangre con los golpes que la daba, y en

cierta ocasion la arrojó de un empellon en un estanque, donde la faltó poco para ahogarse.

Sufria Ingunda esta persecucion con una paciencia, con una dulzura y con un silencio digno de la religion que profesaba; pero como el pálido color de su semblante y los cardenales de los golpes no podian ocultarse á Hermenegildo, y llegase á entender por ellos la crueldad de Gosvinda, tomó la resolucion de retirarse con la Princesa su esposa á Sevilla, capital de sus estados. Aprovechóse Ingunda de esta ocasion para convertir á su marido, y trabajó tan dichosamente en esta grande obra, auxiliada de su tio san Leandro, que al fin tuvo el consuelo de verla efectuada. Instruyó el santo Prelado á Hermenegildo en las verdades católicas que ya tenia el Principe en el corazon, y habiendo esperado á la oportunidad de cierta ausencia del Rey para la ceremonia de la abjuracion y del bautismo, recibió con el sagrado crisma de la confirmacion, aquel valor y aquella constancia de que se forman los héroes del cristianismo, deseando ya con vivas ansias alguna ocasion, en que dar al mundo públicas y ruidosas pruebas de la firmeza de su fe.

No tardó mucho tiempo en ofrecérsele; porque habiendo llegado á noticia de Leovigildo su mudanza de religion, y que hacia pública profesion de la católica, entró en tan furiosa cólera, no dando oídos mas que á su pasion y á los violentos consejos de Gosvinda, la cual no cesaba de irritar mas y mas el fuego de la indignacion; que desde luego le despojó del título de rey que le había concedido, resuelto á despojarle igualmente de todos los bienes, y de la vida misma, si no renunciaba la religion católica que había abrazado.

Pero antes de llegar á estos extremos, le pareció conveniente tentar los medios de la suavidad, y le despachó un señor de su corte con la carta siguiente.

*Hijo mio, mas quisiera hablarte que escribirte; porque si te tuviera á la vista. ¿qué podrias negar á lo que te pidiese como padre, y te mandase como rey? Traerías á la memoria las muchas y grandes señales que te he dado del tierno amor que te profeso, de las que sin duda te has olvidado desde que ascendiste al trono, donde te coloqué yo mucho antes que pudieses tú pensar en ocuparle. Esperaba tener en tí un compañero que me ayudase á conservar el florido imperio de los Godos en el estado en que se ve hoy por mis victorias; pero nunca soñé pudiese llegar el caso de encontrar en la persona de un hijo mio un enemigo mas peligroso que todos los que he vencido. No te contentas con que yo haya partido contigo mi corona; quieres reinar solo; y á este fin, abandonando la religion de tus abuelos, has abrazado la de los romanos que son los mayores enemigos del estado. No ignoras que la nacion de los godos comen-*

*zó á florecer desde que comenzó á ser arriana. Tambien sabes que ninguna cosa enajena tanto los ánimos y los corazones como la diversidad de religion, y consiguientemente que nada pudiste hacer mas ofensivo para el mio, como declararte católico: Acuérdate, pues, hijo mio, que soy tu padre, y que soy tu rey: como padre te aconsejo, y como rey te mando, que vuelvas prontamente sobre ti, y restituyéndote, sin perder tiempo, á tu primera religion, merezcas con tu pronto rendimiento mi clemencia. No haciéndolo así, te declaro que me obligarás á tomar las armas; y en tal caso jamás tienes que esperar misericordia.*

Habiendo recibido Hermenegildo esta carta del Rey su padre, respondió á ella con el mayor respeto: *Que sabia bien lo que debía á su padre y á su rey; pero que tampoco ignoraba lo que debía á su Dios: que esperaba desempeñar estas dos obligaciones de manera, que sin faltar al rendimiento y á la obediencia que debía al uno en lo que no se opusiese á lo que mandaba el otro, conservaría hasta la muerte la religion que habia abrazado, persuadido á que fuera de ella no podia haber salvacion: que le suplicaba no le considerase delincuente por haber renunciado la supersticion arriana luego que el Señor le abrió los ojos para conocer la verdad; que se tendria por dichoso si sellase su religion con su sangre, sin que le restase ya mas que desear que la conversion de toda su nacion y de toda su familia.*

La cristiana magnanimidad de Hermenegildo irritó el ánimo suspicaz y caviloso del arriano padre. Sirvióle de pretexto la conversion de su hijo para excitar una cruel persecucion contra la iglesia. Hizo Hermenegildo que su esposa Ingunda, y el infante su hijo, niño de pocos meses, se retirasen al Africa, para no quedar espuestos á los artificios de los arrianos, y el se mantuvo en Sevilla, creyendo ser esto bastante para su seguridad. Pero Leovigildo, despues de haber corrompido á fuerza de dinero y de estratagemas la mayor parte aun de los mismos católicos que se habian declarado por el santo Rey, resolvió ir á sitiárle en Sevilla. Pudo defenderse Hermenegildo; pero temiendo exponer la ciudad, y respetando, por decirlo así, la sangre de sus vasallos, se retiró al campo de los romanos, no sabiendo la traicion que habian cometido, dejándose corromper con el dinero de su padre contra la fe de los tratados. Conoció apenas entró en su campo, y corrió á refugiarse en Córdoba; pero no teniendo allí por seguro, tomó consigo trescientos hombres escogidos, y se encerró en la ciudad de Osseto, plaza entonces muy fuerte, cuya iglesia singularmente era muy célebre en España, y respetable aun á los mismos godos por los grandes milagros que obraba Dios en ella. Sitiaron y tomaron la plaza las tropas de Leovigildo, que perseguia

furiolosamente á su hijo, resuelto á quitarle la religion ó la vida.

Apurado el Santo Rey, viéndose ya sin otro recurso, se refugió á la iglesia. No quiso Leovigildo sacarle de ella por fuerza, y permitió que su segundo hijo Recaredo, principe jóven que amaba tiernamente á su hermano, y era muy parecido á él en muchas de las bellas prendas que le adornaban, pasase á hablarle de su parte, asegurándole el perdon, con tal que se rindiese y sujetase á su padre. Procedía Recaredo de buena fe, y así representó á Hermenegildo que ya no se hablaba de religion, sino únicamente de pedir perdon al Rey, que se daría por satisfecho con esta sola demostracion de rendimiento. Creyóte el santo Mancebo: vino luego con él á arrojarse á los pies de su padre: recibióle éste con grandes demostraciones de cariño: abrazóle, hablóle con palabras blandas y amorosas, hasta que insensiblemente le fue conduciendo á su campo, donde de repente mandó que le despojasen de las insignias reales, y cargado de cadenas le llevasen prisionero al castillo ó alcázar de Sevilla. En la prision volvió segunda vez á las promesas y á las amenazas para obligarle á abrazar el arrianismo; pero hallándole siempre invencible, mandó le encerrasen en un obscuro y hediondo calabozo, destinado para los reos de delitos mas atroces, y que le tratasen con todo el rigor imaginable.

Entró el Principe en aquel triste calabozo con mayor alegría que había ascendido al trono. Desde aquel punto se consideró como soldado de Cristo, y se dispuso con oracion, con ayunos, y con otras penitencias para entrar en el combate, que estaba ya previendo le esperaba prontamente, en que había de defender la divinidad de aquel Señor, á cuyos ojos había ya comenzado á pelear dichosamente. Vistióse un áspero cilicio, no usó de mas cama que de la desnuda tierra, y añadió otras mortificaciones voluntarias á los trabajos de su rigurosa prision.

Llegó la fiesta de la Pascua, y pareciéndole á Leovigildo que el rigor de los malos tratamientos habría cansado la constancia de Hermenegildo, le envió un obispo arriano, para que de su mano le diese la comunión. Horrorizóse el santo Principe al oír la proposicion del insolente hereje; y revistiéndose de héroe de la religion y de soberano, le afeó con tono imperioso y severo su impiedad, le riñó su atrevimiento, y declarándole resueltamente que quería vivir y morir en la religion católica, le arrojó de su presencia, mandándole que no se volviese á poner en ella. Informado Leovigildo de la invencible firmeza de Hermenegildo, entró en una furiosa cólera, y en el mismo punto mandó á algunos soldados de su guardia, que fuesen á quitarle la vida.

Ya esperaba Hermenegildo que su animosa confesion de la fe le

valdria la corona del martirio, y se disponia para el sacrificio, ofreciéndose victima de su Dios en las aras de sus ardientes deseos. Estaba de rodillas, derramando su corazon en fervorosísimas ansias, cuando entraron los bárbaros en el calabozo, y descargando sobre su real cabeza un furioso golpe de hacha, se la hendaron por el medio, quedando el santo cuerpo tendido en el suelo bañado en su misma sangre.

Al punto manifestó Dios la gloria del santo Mártir, así con músicas celestiales que se oyeron por toda aquella noche al rededor del santo cuerpo, como por las celestiales luces que iluminaron toda la prision.

San Gregorio el Grande, que dejó escrito el triunfo de su martirio, atribuye á sus méritos y á su poderosa intercesion con Dios la conversion del rey Recaredo su hermano, y de toda la nacion de los godos de España á la religion católica, que se siguió poco despues de su glorioso triunfo. Por lo que toca á Leovigildo, añade el santo Pontifice, sintió vivísimamente haberse dejado llevar tanto de su furor, pero este arrepentimiento natural no llegó á convertir aquel obstinado corazon. Conoció la verdad; pero pudo mas con él la razon de estado, y el miedo de que no le despojasen del trono, si mudaba de religion, y así murió en el arrianismo. Sucedió el martirio de san Hermenegildo la noche del sábado Santo 13 de Abril de 586. Su santo cuerpo está en Sevilla, menos la santa cabeza, que fue llevada á Zaragoza cuando los moros se apoderaron de Andalucía. En el Escorial, y en el colegio de la compañía de Sevilla, que tiene la advocacion del mismo san Hermenegildo, se conservan tambien parte de sus preciosas reliquias, como en las ciudades de Avila en Castilla la vieja, y Plasencia en la Extremadura.

**La misa del dia es en honra del Santo, y la oracion la siguiente.**

*Deus, qui Beatum Hermenegildum Mártirem tuum caelesti regno terrenum postponere docuisti: da nobis quæsumus ejus exemplo caduca desplicere, atque æterna sectari. Per Dominum nostrum...*

O Dios, que enseñaste á tu bienaventurado Martir Hermenegildo á que pospusiese el reyno de la tierra al celestial; concédenos, que á su imitacion despreciemos las cosas caducas, y aspiremos siempre á las eternas. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epístola es del capitulo 10 de la Sabiduria.**

*Iustum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi reg-*

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el

*num Dni, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum audivit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Hoc venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam aduersus eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem eternam, Dominus Deus noster.*

reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos; enriquecióle en sus trabajos, y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo rico. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empujó en un dura combate para que sabiese vencedor, y conociese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo, quando fue vendido; sino le libró de los pecadores, y bajó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision, hasta que le puso en las manos el Cetro Real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

## NOTA.

«Algunos herejes tratan de apócrifo el libro de la Sabiduría, porque en él se condenan claramente sus errores, en cuyo numero entran los Semi-Pelagianos, como lo asegura san Agustín. Pero siempre ha sido recibido por toda la Iglesia como obra de Salomon, inspirada por el Espíritu santo, declarandole así el tercer concilio Cartaginense, el papa Gelasio, y el santo concilio de Trento, y citándole como tal san Agustín, con los mas antiguos y mas célebres padres de la Iglesia.

## REFLEXIONES

Por mas que la malicia de los hombres perversos intente poner estorbos á la vida del justo, siempre le guía Dios por los caminos mas derechos y mas seguros: *Iustum deduxit dominus per vias rectas*. No son capaces de detenerle los corazones mas malignos; ni el tiempo mas borrascoso sirve mas que para que camine con mayor celeridad. Si Dios es su guía, ¿qué tiene que temer? El Apóstol decía, que para los que aman á Dios todas las cosas se convierten en bien: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*: todo entra en provecho á los que el mismo Señor escogió para santos. La ciencia de los santos es la ciencia de la salvacion. Concédela Dios á los que tienen razon sana y espíritu dócil. Todos los cristianos estudian en esta escuela; pero qué cortos progresos se hacen en ella! No es falta del

maestro, que esparce los rayos de su doctrina sobre buenos y malos y desata el riego de su celestial sabiduría sobre justos y pecadores; es por el poco caso que se hace de ella, y por el poco gusto con que muchos la oyen. Tiene el mundo sus discipulos: gustan de su doctrina, porque están llenos del espíritu del mundo, y porque se hacen maestros en poco tiempo. ¡Pero en qué ciencia, mi Dios! en aquella que se reduce á saber condenarse sin miedo; á saber perderse con desverguenza y con alegría.

*Honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius.* Hace Dios al bueno mas honrado con las persecuciones, y mas rico con los trabajos, porque le asiste para que se aproveche de ellos. Vale mucho su sudor: enjuga Dios sus lágrimas, cuenta sus pasos, tiene cuidado hasta del menor de sus cabellos; mientras los pecadores se cansan en el camino de la maldad y de la perdicion: *Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis* (Sap. 5.), andando siempre por sendas ásperas y dificultosas. *Ambulavimus vias difficiles.* Digan lo que dijeren, no se van al infierno con mucho descanso. ¡Cuánto da que padecer la tiranía de las pasiones! El que se pierde, se pierde siempre á mucha costa: *vias difficiles.* Las inquietudes, las zozobras, la amargura, inundan el camino por donde corren los libertinos y los impios: *Viam autem Domini ignoravimus:* ignoran el camino del Señor, ignorando la ciencia de los santos. ¡Qué perjudicial es para ellos esta fatal ignorancia! ¡qué caro les cuesta! Posés en buen hora toda la sabiduría del mundo; sabe á la perfección todas las menudencias de la cortesania, de la urbanidad, de la atención, y de la buena crianza; no ignores ápice ni primor de lo que los mundanos llaman gracias, buen gusto, brillantez, esplendor, alegría, esparcimiento y diversion; séa, por decirlo así, como la alma de todos los festines del mundo: *Quid nobis profuit?* Ciencia del mundo, error, ilusión, locura; ¿de qué le servirá á un pecador envejecido, á una persona jóven, haber brillado, haber sobresalido, y haberse despues condenado? *Ergo erravimus á via veritatis, et justitia lumen non luxit nobis.* Luego errámos miserablemente el camino de la verdad: luego no rayó sobre nosotros la luz de la justicia: luego caminámos á obscuras y en tinieblas, ciegos, extravagantes, insensatos. Y esto nosotros, que tanto nos preciábamos de discretos y de entendidos, nosotros, que teníamos lástima, que mirábamos con compasion á los que iban por camino enteramente contrario. ¡O qué confesion tan desesperada! *Talia dicunt in inferno hi qui peccaverunt.* Así discurrirán, así hablarán en el infierno aquellas mugeres profanas que ignoraron su religion, ó que afectaron ignorarla; aquellos libertinos que hacen ostencion de su impiedad y de su disolucion. Mas ¡ó qué dolorosos son los ayes, cuando son inútiles, y cuando son eternos!

**El evangelio es del cap. 14 de san Lucas.**

*In illo tempore dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim edificare, non prius sedens computat sumptus, qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui videant, incipiant illudere ei, dicentes: Quis hic homo cepit edificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus aliam regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem milibus occurrere ei, qui cum viginti milibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longe agente, legationem mittens, rogat eam, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.*

En aquel tiempo dijo Jesus: á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su muger, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discipulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discipulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios, para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluir-la, no digan todos lo-que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? ¿O qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envia embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discipulo.

**MEDITACION.**

*Del ejemplo de Cristo y de los santos.*

**PUNTO PRIMERO.**—Considera que en materia de costumbres, ninguna razon persuade mejor que el buen ejemplo. Estorbos, flaqueza, edad, condicion, preocupaciones, todo se rinde á su invencible fuerza. ¿De dónde nace esa desenfrenada licencia de costumbres: esa corrupcion tan generalmente extendida por todos los estados, esos vicios

que inundan la tierra? Efecto es del mal ejemplo. ¿Pues por qué el buen ejemplo ha de tener menos virtud, menos eficacia sobre los entendimientos y sobre los corazones? No lo es y que excusarse con la delicadeza del temperamento, con la violencia de las tentaciones, con la multitud de todos los peligros; en vano se alegan cien razones frívolas para pretestar cada cual su cobardía: el ejemplo las deshace todas.

Los buenos ejemplos son respecto de ti, ó gran motivo para cumplir con tus obligaciones, ó mayor causa de tu condenacion si no cumples con ellas. El solo ejemplo de un Dios hombre debiera bastar para que vencieses todas las dificultades. ¿Eres pobre? Cristo lo fue. Cosa dura es ser perseguido, calumniado, tratado con el último desprecio: ¿te atreverás á colejar tus trabajos con los suyos? Clamas, levantas el grito contra la injusticia, y contra la calumnia: ¿te tratan por ventura peor que á Jesucristo? ¡Oh, qué remedio tan soberano para muchos males es la vida del Redentor! ¡oh, y qué de quejas puede y debe ahogar aquel silencio en el árbol de la cruz!

Pero él era Dios, y nosotros somos criaturas flacas y miserables. ¿Parécete que has dicho algo? Pues esta reflexion debe dar mayor eficacia á su ejemplo. Si un Dios padece por mis pecados ¿podré negarme yo á hacer penitencia por ellos? Si un Dios vivió en el mundo una vida oscura y abatida, ¿será razon que yo pretenda lograrla honrosa, lustrosa, llena de estimacion, y brillante? Si un Dios perdonó á los que le quitaban la vida en un afrentoso madero, ¿no perdonaré yo á los que me hacen una injuria? Si un Dios creyó que le convenia padecer para entrar en su propia gloria, ¿querré yo vivir delicado, regalado, divertido, para gozar despues de la misma gloria, y entrar en la alegría del Señor? Siéntese bien á pesar de la engañosa resistencia del amor propio la invencible fuerza de tan soberano ejemplo. ¡O gran Dios, y qué de cosas dice la vista de un Dios crucificado, especialmente á un hombre que le mira á la hora de la muerte! ¡qué vivas, aunque mudas, reprensiones! ¡cuántos quedar n confundidos á vista de este divino objeto! ¡qué razon podrá oponer, que pretesto podrá alegar el amor propio, cuando se halle reconvenido con el ejemplo de un Dios crucificado!

**Punto segundo.**—Considera que no es solo el ejemplo de un Dios crucificado y abatido el que te se propone para arreglar tus costumbres: porque este modelo quizá podria parecer muy elevado á los cristianos cobardes. A la vista se te presenta un monton de otros ejemplos, que ni puedes recusar, ni te hacen menos inexcusable.

Pon los ojos de la consideracion en ese prodigioso número de cristianos fervorosos y perfectos de todas clases, de todas edades, de to-

dos estados, de todas condiciones, de todos tiempos, que desempeñaron con tanta puntualidad sus obligaciones, y cumplieron con tanto zelo la voluntad del Señor. Ninguno hay que no sea una reprehension animada de tu tibieza en el servicio de Dios: ninguno hay que no desvanezca tus excusas y tus frívolos pretextos: ninguno hay que no confunda tu amor propio con todos los derechos que puede alegar. ¿Eres joven, de genio alegre, de natural pronto, de complexion delicada? Santa Inés no tenía mas que trece años: san Eleázaro era de un genio mas esparcido que el tuyo: acaso no habrá habido natural mas ardiente ni mas vivo que el de san Agustín: no parece posible complexion mas delicada que la de una santa Teresa, y un san Luis Gonzaga. Los Fernandos, los Loises, los Enriques, las Canegundas, los Eduardos, conservaron su inocencia en medio de las delicias y de los peligros de la corte. En el estajo del matrimonio llegaron á la cumbre de la perfeccion las Mónicas, las Brigidas y las Franciscas; en la humilde condicion de pastoras, de criadas, de labradores y de pobres oficiales, merecieron ser objeto de nuestra admiracion y de nuestro culto las Genovevas, las Blandinas, los Isidros, y los Homobonos. Ni la ciencia sirvió de estorbo á la santidad de tantos doctores, ni el esplendor de la cuna fue embarazo á la eminente virtud de tantos principes canonicados.

No confundió la heroica magnanimidad del animoso Hermenegildo el mal ejemplo de tantos malos cristianos. Nacido en el mismo trono, medido en una cuna real, educado entre las delicias de una corte, heredero presuntivo de la corona, y en la flor de su edad, todo lo sacrifica por amor de Jesucristo; placeres, riquezas, honras, quietud, el mismo reino, y hasta su misma vida. Cuando se atraviesa la religion y la salvacion todo debe sacrificarse. ¡Buen Dios! ¿qué responderán á esto tantas almas cobardes, que sacrifican su conciencia, su religion, su salvacion eterna á un vil interés, á una pasion loca y torpe, á una honra imaginaria? ¿qué excusa alegarán, cuando se las proponga el ejemplo de un san Hermenegildo, y de otros santos, que con mayores estorbos, y quizá con menos auxilios, se hicieron tan grandes santos, correspondiendo á la gracia con fidelidad? ¿y qué responderé yo mismo á las secretas reconvençiones que me está haciendo mi propia conciencia á vista de estos ejemplos?

Nada tengo que responder, Señor; pero si mucho por que confundirme, y porque implorar vuestra clemencia, para que mi confusion y mi arrepentimiento no sean estériles y sin fruto. Yo adoro al mismo Dios que adoraron los santos; tengo la dicha de profesar la misma religion que profesaron ellos. La misma doctrina y el mismo evangelio que sirvió de regla á sus costumbres, debe servir de regla á las mías; espero el mismo premio que ellos esperaron. Haced, Señor, que con el

auxilio de vuestra gracia tenga tambien el mismo aliento, la misma perseverancia, y la misma felicidad.

### JACULATORIAS.

*Attendite ad petram, unde excissi estis. Isai. 54.*

Haced, Señor, que yo me ajuste bien á aquella piedra angular, de donde fui cortado.

*Bonum emulamini in bono semper. Galat. 4.*

¡Oh si avivaseis siempre en mí la emulacion de los santos!

### PROPOSITOS.

1 Es el ejemplo una leccion muda, pero convincente, que á un mismo tiempo demuestra la verdad del precepto, la posibilidad de su ejecucion, la debilidad de los estorbos, y el mérito de la accion. No hay cosa mas elocuente que el buen ejemplo, porque los hombres creen mas á sus ojos, que á sus oidos. Ni es facil disminuir la impresion que hace su fuerza. El ejemplo autoriza el vicio, ó introduce la virtud. Una buena vida es instruccion eficaz para todo género de gentes. Presto se convertiria ó se reformaria el mundo, si los que ocupan puestos elevados diesen buen ejemplo. Toma desde luego la resolucion de imitar los ejemplos de los buenos, y de dar tú tambien buenos ejemplos. Trae á la memoria las cristianas costumbres, el porte ejemplar, y las virtudes mas visibles de aquellos sujetos ajustados y ejemplares que conoces. Muchas veces te ha edificado aquella modestia, aquella circunspeccion de tal y tal persona, aquella compostura, aquella gravedad de acciones y de palabras, aquella devocion con que se le ve en la Iglesia, aquella moderacion, aquella prudencia en varios lances y ocasiones. Te hechiza la virtud, el juicio, la caridad de aquella señorita jóven, y confiesas que aquel caballero, aquel eclesiástico, el otro religioso dan grande ejemplo en el pueblo. Pues dite á tí mismo lo que se decia á sí propio san Agustín: *Et tu non poteris quod isti et ista?* ¿Pues qué, no podré yo con la divina gracia lo que estos y estas pueden? ¿acaso intereso yo menos en mi salvacion que ellos en la suya? ¿profeso otra religion? ¿espero otro premio? Viste un acto de virtud en aquel manco; fuiste testigo por casualidad, de la caridad, con que la otra señora principal asistia á los pobres en las cárceles y en los hospitales; pues en llegando á casa, cuenta lo que viste delante de tus hijos y en presencia de la familia. Ya que suele haber tanta exactitud, y á veces tanto hipo por desembuchar cuanto antes los defectos del prójimo que se han visto, ó se han oido; no seas

menos zeloso, ni menos puntual en referir los ejemplos de virtud que han llegado á tus ojos, ó á tu noticia. No es fácil dar lecciones que sean mejor recibidas, ni mas eficaces. ¡Buen Dios, cuántas murmuraciones, ó á lo menos, cuántas conversaciones menos cristianas y menos caritativas se excusarian con la relacion de estos sucesos edificativos!

2 Pero no basta que te pongas por ejemplar las virtudes de los buenos, es menester que tú mismo te esfuerces á servir de ejemplar y de modelo. Mira si tus hijos, tus criados, y tus amigos tienen motivo para edificarse mucho de tu porte; si tus hijas pueden aprender de tí modestia, compostura, devocion, desprecio de las vanidades del mundo, amor al retiro, y aprecio de la religion. Mira si los que te tratan familiarmente pueden sacar de tu trato lecciones para vivir arreglados, contenidos, devotos, caritativos y ejemplares. Pocos hay, segun el pensamiento de san Pablo, que no puedan y no deban ser predicadores mudos. Los que están en mayor elevacion tienen mayor auditorio, y pueden predicar á mas. Es santa y admirable costumbre decirse cada cual á sí mismo al entrar ó salir de casa, quando concurre con otros, ó quando está entre su familia: Ea, que voy á predicar: mis palabras, mis acciones, mis modales, todo quanto en mí se observare y se notare, ha de servir de sermon.





## DIA XIV.

**San Pedro Gonzalez Telmo, Confesor.**

Por los años del Señor de 1185, reinando en castilla Fernando II, nació san Pedro Gonzalez, llamado comunmente Santelmo. Su patria, aunque ha estado en disputa, todos convienen en el dia que fue Fromista, Villa y Cabeza de Marquesado, que tiene la gloria de haber dado al mundo cristiano un hijo tan benemerito. Sus padres eran nobles y ricos; pero tuvieron que hacer poco en la educacion y crianza de Pe-

dro, habiéndose tomado este cargo sobre sí un tío suyo llamado Don Tello, que era á la sazón Canónigo, y despues fue obispo de Palencia. Esta ciudad, que de tiempos muy antiguos florecia en letras, y en donde habia estudiado Santo Domingo, dió á nuestro jóven maestros hábiles que le instruyesen; y como á las lecciones acompañaban los saludables consejos del tío, y su aplicacion infatigable, llegó á poseer la gramática, retórica, dialéctica, y aquellas artes que suelen llamarse liberales. Para todo daban ocasion las bellas disposiciones con que el cielo habia liberalmente dotado á nuestro mancebo, haciéndole de un entendimiento despejado, y de una docilidad tal, que admitia sin resistencia cuanto sus maestros le enseñaban. Como á su ciencia se juntaba una conducta juiciosa é irreprehensible, no pasó mucho tiempo sin que uno y otro fuese premiado con una canongía, que obtuvo en la misma iglesia de Palencia. No pararon aqui los honores, con que el mundo risueño quiso premiar su verdadero merito y literatura. Esta habia crecido con la aplicacion y con los años, y el cielo, que le preparaba ocasiones de grandes victorias y merecimientos, quiso que el mundo mismo le guardase justicia, siendo promovido por Breve Pontificio á la alta dignidad de Dean de la misma Iglesia en que era canónigo.

Una dignidad eclesiástica debiera haber llenado de turbacion y sobresalto el corazon de quien la mirase por aquel lado que manifiesta sus terribles obligaciones: pero nuestro jóven Pedro la miró solamente como un empleo brillante, que le proporcionaba riquezas, y ocasiones lucidas de gastartas con ostencion y magnificencia. En medio de sus buenas disposiciones, y de sus principios de virtud, sintió toda la fuerza con que la edad júvenil provoca las pasiones, y no tuvo valor suficiente para resistirla. Era jóven, era galan de cuerpo, y adornado de tal afabilidad y dulzura de costumbres, que todos los demás jóvenes le amaban sin envidia, y le admiraban sin emulacion. Para hacer ostencion de su bizarria y gentileza, y al mismo tiempo celebrar la nueva dignidad de dean, dispuso salir por la ciudad á caballo, acompañado de una lucida comitiva, que sirviese á su mayor lucimiento. No se contentaba el jóven desacordado con alimentar su vanidad de mil modos, ya jactándose soberbiamente delante de sus amigos y compañeros, y ya haciendo ostencion necia de su fortuna con señales groseras de una alegría immoderada.

Pero la gracia de Dios, dice el gran padre san Agustín, esconde sus anhelos en todos los acontecimientos de la vida, y cuando menos lo piensa el hombre, se encuentra, ó con la exhortacion, ó con el ejemplo, ó con el milagro, ó con el peligro, ó con otras casualidades, que parecen caprichos de la fortuna, pero no son sino consejos de la divina Sabiduría; misericordias de nuestro Dios, y artificios verdaderos de la gracia. Así le sucedió á Pedro. Manda enjoezar un soberbio caballo, en que

compitiesen el primor, el artificio y la riqueza; y montando en él, sale por la ciudad á hacer ostentacion, mas de la gentileza y hermosura de su persona, que de la alteza y consideracion que se debia á su dignidad. Una gran cuadrilla de nobles jóvenes, ricamente vestidos, hacian compañía á Pedro, sirviendo á su vanidad, y al mismo tiempo procurando competirle en el lucimiento y en la gallardia. Rodean las calles públicas, acompañados de innumerable concurso, que por todas partes los admiraban. Las ventanas y balcones estaban llenos de todo género de gentes de toda clase, condicion, sexo y edades, que en repetidos vivas manifestaban la admiracion que la presencia y la ventura de Pedro les causaba. En tanto llega éste á una plaza la mas pública, y la mas llena del pueblo. La satisfaccion, la alegría, la soberbia, la vanidad, el deseo de gloria y de mas aplauso se apoderan de su alma, y queriendo sacar su apéfito con una muestra de su destreza en correr y manejar el caballo, aplicóle con fuerza las espuelas; corre precipitadamente, pero en medio de la carrera (¡ó vanidad del mundo!) tropieza el caballo, y da con nuestro Joven en medio de un lugar fétido y cenagoso; en donde teniendo que revolcarse muchas veces para salir, se llenó de tanta hediondez, suciedad y porqueria, que excitó la risa y griteria del inmenso concurso que le miraba. El aplauso se convierte en desprecio, la admiracion en risa y chacota; comienzan á silvarle; comienzan á zaherirle con pullas y sátiras; de modo, que fue mayor la confusion, vergüenza y abatimiento con que tuvo que retirarse á su casa ensuciado y asqueroso, que el aplauso, admiracion y triunfo, con que habia sido celebrado. De esta manera quiso Dios llamar para sí á este jóven, y hacer que renaciese por medio del escarmiento, en el mismo dia en que el Verbo encarnado quiso nacer en el mundo.

Luego que Pedro advirtió la burla y escarnio que se hacia de su persona, ilustrado por una luz superior, conoció la vanidad del mundo, lo falso de sus pompas y vanidades, y cuán poco se debe fiar de sus glorias y aplausos aparentes. Determinó despreciarle, y quiso tomar de él esta justa venganza en el mismo lugar en que habia recibido de él tanto desprecio; y así, con voces claras que todos pudieron entender, prorumpió en estas razones: *Supuesto que el mundo me ha burlado de esta manera, haciendo que sus partidarios me insulten y silteen en el mismo dia en que yo le hacia el mayor sacrificio, tambien yo me burlaré de él, vengandome de sus falsedades y cautelas; y para que no tenga ocasion de hacer de mí nuevo escarnio, prometo dejarle desde ahora, y retirarme adonde paxe mi vida con mayor seguridad contra sus lazos y asechanzas.* No eran estos propósitos de aquellos que, á manera de fuegos fatuos, se desvanecen con la misma facilidad que se forman. El misericordioso Dios, que sabe con sabiduria infinita el arte maravilloso de sacar bienes de los males, como dice san Agustin, ha-

bia fijado en el corazón de nuestro Joven escarhecido tal confusión de sí mismo, desprecio del mundo y arrepentimiento de sus excesos, que no seogaba hasta ver cumplido con las obras cuanto con las palabras habia á Dios ofrecido.

Aquella luz sobrenatural con que habia sido ilustrado, le enseñó que no debia retardar al cielo sus votos; sino que á medida del fastidio que habia concebido su alma acerca de todas aquellas cosas perexcederas, que arrebatában antes sus sentidos, debia ser el esfuerzo y prontitud en abandonarlas de una vez para siempre. Mirábase como una nave agitada de los vientos, expuesta á ser sumergida de las inconstantes olas, mientras no anclase en puerto seguro. El consejo de san Gerónimo, escribiendo á Heliodoro, de que para dejar el siglo se debe hacer lo mismo que para abandonar un puerto peligroso y mal seguro; esto es, cortar los cables con presteza sin detenerse á desatarlos, fue el último móvil que llevó á efecto su resolución. En efecto: florecia por aquel tiempo en España la religion de santo Domingo, cuya doctrina y fervor estaban todavia muy recientes en la memoria y operaciones de sus hijos. La santidad de estos, su conducta irrepreensible, y el universal provecho que de su conversacion y documentos recibia el pueblo cristiano, les habia adquirido la estimacion de todos, y el justo concepto de que su instituto era un puerto seguro contra los peligros que el mundo opone á nuestra bienaventuranza. Y así, con admiracion de cuantos habian conocido al jóven Pedro, se desnudó del hombre viejo, renunció á sus riquezas, despreció los deleites y proporciones ambiciosas que el mundo le ofrecia, y se hizo religioso en el convento de Palencia.

Luego que se vió libre de los lazos que hasta entonces habian retardado y aun impedido sus pasos para caminar á la perfeccion, comenzó á ejercitarse con tanto ardor en todo género de virtudes, que en breve era el modelo y admiracion de los mas provechosos religiosos. No parecia sino una abeja solícita y oficiosa, que recogiendo de los demas hermanas las flores de virtud en que resplandecian, formaba en sí mismo un panal delicioso con que recrear al Espíritu divino. Pasó el año de probacion, en que dió muestras mas de un hombre consumado en todo género de santidad, que de un novicio en el ejercicio de servir á Dios; y habiendo llegado aquel dia suspirado y dichoso en que habia de hacer profesion, se preparó con lágrimas, oracion, ayunos y penitencias, y ofreció al Todopoderoso un agradable sacrificio de sí mismo, sin reservarse en este mundo nada. Prometió vivir en perpétua obediencia, en castidad pura, y en pobreza voluntaria, tres lazos sagrados con que quedó separado del siglo, y preso para siempre en el amor y servicio de su Dios.

No retardó el cumplimiento de sus promesas, pues todo el fervor con que habia servido en el año de noviciado, se duplicó y creció exce-

sivamente despues que se vió admitido en la milicia de Jesucristo. Su castidad era angélica, y se dejaba ver la pureza de su corazon en todos sus movimientos, en todas sus obras y palabras. Prevenia la voluntad de sus superiores; y hecho cargo de que es mas grata al Sér supremo la obediencia que las victimas, nada hacia que no procurase cuidadosamente que fuese hecho por obediencia. Toda su riqueza era el ser verdaderamente pobre, despreciando por Cristo no solamente los bienes terrenos con que lisonjea el mundo á sus partidarios, sino las esperanzas de poseerlos. Su vestido era pobre, pobre el ajuar de su celda, y cuantas cosas tenia á uso manifestaban claramente la verdadera pobreza de su espíritu. Ejercitábase continuamente en fervorosa oracion, en donde sentia las delicias que derrama el cielo en los que siguen la vida espiritual; y si habia de interrumpirla, era para ocuparse en otros ejercicios devotos, en penitencias, y en las obligaciones comunes que prescribe la regular observancia. Con estas cualidades se hizo amado de todos, y todos hallaban en el santo Jóven un maestro provecto en todo género de virtud. No podia contenerse dentro del monasterio el buen olor de Cristo que exhalaba su santa vida, y así dentro de poco tiempo creció tanto la fama de su santidad, que aun en los lugares mas remotos era conocida y admirada. Pero no es de maravillar que sucediese así; pues era tal la admiracion, y juntamente la alegría que causaba en sus hermanos la celestial vida de Pedro, que adonde quiera que iban la predicaban por admirable, y la proponian á todos como modelo de la perfeccion evangélica.

No se contentó con esto este ejemplar religioso; reflexionó que el órden sagrado de que se habia hecho individuo, no se habia instituido sino para ganar almas para el cielo por medio de la predicacion. Para este ejercicio sabia que era necesario, ademas de la integridad de costumbres, una ciencia nada vulgar y aprendida sobre los dogmas y misterios de la religion. Aunque habia sido canónigo y dean de una iglesia respetable, como en su promocion habia tenido tanta parte el favor, le pareció que todavia carecia de aquella instruccion y conocimientos que deben adornar á los ministros del santuario, para ser útiles á sus prójimos por medio de la enseñanza. Con esta persuasion se dedicó con actividad al estudio de la sagrada teologia; y como su entendimiento era despejado, su aplicacion continua, y sus deseos de saber sencillos y bien ordenados, en poco tiempo hizo rápidos progresos. Bebia con ansia en los sagrados libros el agua de la católica doctrina, y era tal el deleite que sentia su alma en este divino estudio, que le sucedia engolfarse en él tanto, que pasaba las noches enteras insomnes, sin poderse apartar de aquel sabroso alimento. De este modo iba haciendo en su pecho un rico depósito de sentencias y de doctrina, de donde sacar despues aquellos vivos discursos que tantas almas ganaron para el cielo.

Al mismo tiempo tenía delante de los ojos la vida del patriarca santo Domingo, en donde como en un espejo veía todas las cualidades y dotes de que debe estar adornado aquel que predica la palabra de Dios. Allí aprendió à juntar con la ciencia sagrada una humildad profunda, una continua oracion, un desprecio verdadero del mundo, un zelo ardiente de la salud de sus prójimos, una maceracion de su carne y mortificacion de sus sentidos; y últimamente, à no hacer venal la palabra de Dios, sino à derramarla liberalmente, cumpliendo el precepto evangélico: *Dañ de calde lo que de calde habeis recibido*. Vieron los superiores de Pedro que en breve tiempo se habia dispuesto, no solamente para obtener el sacerdocio, sino para la administracion del sacramento de la penitencia y predicacion del evangelio; y así dispusieron que se ordenase de presbítero, concediéndole al mismo tiempo las facultades y licencias necesarias de confesar y predicar. Todo lo recibió el santo jóven con sumision y con temor, porque no osaba contradecir à las disposiciones de sus prelados, y por otra parte sabia la responsabilidad de los que son administradores ó dispensadores de la sangre de Cristo y de su doctrina.

Constituido predicador y confesor, ¿quién podrá decir el fervor, el zelo, y el fruto con que comenzó à ejercer ministerios tan altos! Enseñaba à todos el camino de la salud, no solamente con las palabras, sino mucho mas con las obras. Si advertia que alguno tenia necesidad de espiar sus delitos por medio de la confesion sacramental, le rogaba, le exhortaba, y no se daba sosiego hasta lograr que se confesase. Dejaba la mesa, abandonaba cualquiera obra comenzada, y emprendia largos y penosos caminos siempre que concebía proporcion de ganar el alma de su prójimo. Cuando se hospedaba fuera del convento, aunque fuese en casa de algun grande señor, exhortaba al dueño de la casa y à toda su familia à que se confesasen; y para esto les hacia unos discursos tan vivos y patéticos sobre la fealdad del pecado mortal, sobre la atrocidad de las penas del infierno, y sobre el estado pacífico y venturoso de los que estan en gracia de Dios, que jamás salió de casa alguna sin que hubiesen purificado su alma todos los individuos de ella por medio del sacramento de la penitencia. Tanta era la fuerza y artificio con que sabia persuadir, y tanta la uncion con que el Espíritu santo enriquecía sus palabras, haciéndolas espadas penetrantes de dos filos, que llegaban hasta dividir el espíritu, como dice san Pablo.

Tanta virtud y sabiduria, tanta gracia y poder para sembrar la palabra de Dios no podian ocultarse, como lo hubiera deseado la profunda humildad del bendito religioso. La fama, que tiene à su cargo hacer notorio al mundo quanto ocurre en él de singular, sea bueno ó sea malo, llevó el nombre de Pedro, junto con lo inocente de su vida, al palacio del católico rey san Fernando. Luego que éste oyó las maravillas que se decian de san Pedro, deseó tenerle à su lado, para que sus ora-

ciones y consejos fuesen parte de los apoyos que sustentaban su corona. Hallábase á la sazón empleado en echar de España la morisma, que tantos años habia la tenia infestada con su dominación, con su crueldad, y con sus brutales costumbres. Tenía declarada guerra á los moros, y como conocia que el Dios de los ejércitos es quien reparte las victorias, sin que nadie pueda confiar en el poder de sus armas, ni en la multitud de sus soldados, deseaba que en sus escuadrones brillase mas la rectitud y buen orden de las conciencias, que lo vistoso de las evoluciones y de las armas. Siempre fue cierto que la semejanza de costumbres produce amor en aquellos que las tienen semejantes, mucho mas si las costumbres son santas y arregladas; y así Fernando III, que era santo, no se negó hasta que vió á su lado al religiosísimo fray Pedro Gonzalez, que tambien lo era. Conocia el piadoso Rey, que para contener la licencia que se propaga fácilmente con el estrépito de las armas, se necesitaba un espíritu no menos fervoroso que prudente, y que supiese segun las circunstancias argüir, rogar y reprender, á veces con el fuego y zelo abrasador de un Elias, y á veces con la dulzura y benignidad de un Juan evangelista.

Como lo pensó, así lo vió por sus ojos confirmado con los efectos; pues apenas entró san Pedro en los reales de Fernando, cuando á manera de trueno comenzó á sonar su voz contra los vicios. Predicaba incessantemente, enseñaba la doctrina cristiana á los soldados, los juntaba en cercos y compañías, y les hacia unos discursos tan vivos, tan amorosos, y tan persuasivos, que en breve tiempo se vió el ejército tan mejorado, que eran ya otras sus costumbres, y otros los fines santos con que batallaban contra los moros. La honra y gloria del Dios de las batallas eran los dos principios que movian sus corazones; por ellos lograbán esfuerzo sus brazos, y por este esfuerzo consiguió Fernando diferentes victorias, siendo una de las mas importantes y señaladas la que le hizo dueño de la famosa ciudad de Córdoba, capital de uno de los reinos que habian formado en España los moros. Una virtud tan sólida, unos ejemplos tan brillantes, una libertad tan evangélica para reprender los vicios, ni podia dejar de ofender á los viciosos, ni de excitar la malignidad de sus corazones para que pensasen en perseguirle; pero este bendito predicador del evangelio, y digno hijo del patriarca santo Domingo, fue muy singular en el género de persecucion que levantó contra él el enemigo común del género humano.

Estaban en conversacion cierto día algunos señores grandes de los que formaban la corte de Fernando. Entre los varios objetos sobre que rodaron sus ociosos discursos, fue uno el bendito religioso, opinando unos que su conducta irreprehensible, su zelo ardiente y la frugalidad con que vivía, eran dignos de la mayor veneracion. Por el contrario, otros le calumniaban notándole de atrevido, y sosteniendo con ardor que to-

da su vida y sus acciones se animaban únicamente de la ambición y de la hipocresía. Oyó la disputa una muger liviana de las muchas que suelen infestar los ejércitos, y determinándose desde luego por aquel modo de pensar, que congeniaba con sus indecentes costumbres, les pidió algún premio, y ofreció aclarar sus dudas solicitando torpemente á san Pedro. Aceptaron la propuesta, como que era lo que mas apetecian sus corazones. Les eran sumamente pesadas las continuas y ásperas reprobaciones con que les echaba en cara sus torpezas; y contemplaban, que si aquella muger podia conseguir con sus astucias y caricias que el Religioso cayese en los mismos delitos que tanto afeaba, tendrian en lo sucesivo un salvo-conduto para emplearse en ellos con menos embarazo. ¡Cuánto se engañan los mundanos, cuando pretenden medir las acciones de los siervos de Dios por las suyas, y calcular sus resoluciones por las que ellos tomarian, segun su depravacion, en determinadas circunstancias!

Concertados pues en el precio, salió aquella muger diabólica á poner en ejecución sus depravados consejos, y armada de todos los artificios que pudo sugerirla su avaricia, su malignidad y su torpeza, pasó al sitio en donde el siervo de Dios estaba aposentado. Hízole saber por un criado que estaba allí una muger, que deseaba hablarle para descubrirle un secreto de grande importancia. Al instante creyó san Pedro que se le presentaba alguna buena ocasion en que la honra de Dios y la salud de sus prójimos habian de tener algun grande provecho; y sin imaginar siquiera que podia ocultarse algun lazo contra su inocencia, mandó que entrase aquella muger en la cámara en que estaba. Apenas se vió la astuta serpiente en presencia del santo, comenzó á sollozar, cubriendo el atrevido rostro de fingidas lágrimas. Púsose á sus pies de rodillas; y con suspiros, que hubieran engañado á cualquiera que fuese menos cándido y sencillo, le pidió que la confesase. Era ya muy cerca de la noche, y temiendo el Santo que si comenzaba á confesarla se podria seguir alguna nota, la pidió que viniese al dia siguiente, y entonces con tiempo y comodidad la confesaria. Santo Padre, respondió la muger, la fama de tu virtud es notoria por todo el mundo; yo se muy bien el ardor con que procuras la salud de las almas y la conversion de los pecadores. Esto mismo me ha traído á tus pies á hacer una confesion ingénnua de mis pecados, para de aquí adelante mudar enteramente de vida. Por tanto te conjuro en el nombre de Dios para que me oigas al presente, y permítas que haga confesion de mis pecados; bien cierto de que si en esta noche me sucediese alguna cosa miserable y horrenda, de modo que muera sin confesion por culpa tuya, tú serás en el tribunal de Dios rea de mi condenacion, y responsable de la perdicion de mi alma.

Consternóse el santo Varon viéndose conjurado de aquella manera; comenzó á escrupulizar y temer de la perdicion de aquella alma, y re-

solvióse á oírta en confesion: para este efecto retiróse á un lugar mas secreto y apartado, y teniendo á sus pies á aquella muger infernal, la mandó que se persignase. Pero la señal sacrosanta de la cruz es un signo no menos odiado y temido del demonio que de sus ministros. En lugar de persignarse, y hacer la confesion que habia prometido, comenzó á poner en ejecución sus depravados intentos. Significó al Santo con las palabras mas seductivas y encantadoras como tenia el alma abrasada por su amor, al cual si no correspondia, triviese por cierto que la era imposible vivir. A estas añadió otras razones, lágrimas, suspiros, y quanto puede sugerir el espíritu infernal de mas activo, para hacer valer sus astucias y engaños. La obscuridad de la noche, lo apartado del aposento, la soledad, la hermosura, la persuasion y un amor, aunque falso, bien ponderado por unos labios hecliceros, y mejor significado por unos ojos bellos y encendidos, eran circunstancias que hacian la tentacion de las mas terribles y peligrosas. La repentina fuga parece que era el remedio mas oportuno; pero quien será capaz de averiguar las diversas maneras con que manifiesta la gracia su poder, y con que quiere Dios ser admirable en sus santos!

Quedó san Pedro atónito oyendo el razonamiento apasionado de aquella infeliz muger; pero inspirado del cielo, pensó en ver cómo podria ganar aquella alma, no con ásperas reprehensiones, ni terribles amenazas, sino con razones blandas, y venciendo los engaños y torpes astucias del demonio con otros blandos, pero saludables arrojios. La gracia y la verdadera virtud saben trasformarse para lograr sus designios, y quando se atraviesa la gloria de Dios y el provecho de los prójimos, son sumamente ingeniosas en sus proyectos. «No permita Dios, respondió el Santo á la propuesta de la muger, no permita Dios, hija mia, que sea yo causa de tu mal, ni de que mueras de repente: cesen tus lágrimas y tu tristeza, que dentro de muy poco estarás libre del peligro; pero es menester que esperes un rato mientras dispongo el lecho, que está descompuesto y desaseado.» Dicho esto, se apartó de ella, y juntandó un grande monton de leña, hizo una hoguera formidable y espantosa. Llamó á la muger, que acudió como quien pensaba ver el triunfo de sus cantelas y hermosura: pero apenas se presentó, quando el castisimo Religioso tendió su manto sobre la voraz hoguera, y echándose encima, decia estas palabras: «Si tan grande es el amor que dices me tienes, ven á gozar de él y satisfacerle á este lecho: tal vez el fuego material apagará el torpe y abominable que te abrasa.» Dicho esto, revolcábase el Santo en las voraces llamas, sin que estas se atreviesen á dañarle, ni á chamuscar siquiera el pelo de sus vestiduras.

Acochaban por las rendijas de la puerta, ansiosos de ver postrada y caída en un cenagal la virtud del santo Padre, aquellos cortesanos que habian excitada y ofrecido premios á la infeliz seductora. Pero quando

vieron con sus ojos la terrible hoguera, la confianza con que el Santo estaba entre las llamas, y en éstas repetido el milagro del horno de Babilonia; ¿quién será capaz de decir la admiracion, la sorpresa, el temor y la consternacion que se apoderó de sus corazones? Abrieron repentinamente las puertas, y avergonzados y contritos se echaron á los pies del Santo, confesaron su delito, y le pidieron perdon de él, venerando de allí adelante su santidad tanto como antes habian murmurado de ella, y sospechado de su verdad y solidez. La deshonesta muger confusa y avergonzada no sabia qué partido tomar; pero el espíritu santo iluminó su alma para que conociese toda la atrocidad de su delito, y pensase expiarle con lágrimas y penitencia. Postróse á los pies del Santo, pidióle que la perdonase, y verificó, llena de lágrimas y compuncion en beneficio de su alma, la confesion que habia fingido para seducir torpemente la inocencia y honestidad, que salieron triunfantes y vencedoras. Así quiso Dios trocar esta muger de vaso de desprecio en vaso de honor; y así quiso manifestar la santidad de su Siervo con las pruebas mas auténticas que tiene la virtud.

Halía ya en este tiempo conquistado á Córdoba el rey Católico, y pensó en retirarse por algun tiempo á su corte. Acompañóle el Santo en el camino; pero luego que llegó á Castilla, se despidió del Rey, deseoso de huir los peligros que encierran los palacios, y de ser mas útil por medio de la predicacion á sus prójimos. ¡Oh virtud, es posible que has de hallar tanta persecucion, tanta aversion y ódio en aquellas mismas mansiones, en que dicen se alverga la justicia! ¡oh cortes! ¡oh palacios, cuánta será vuestra depravacion cuando con tanto ahinco huýen de vosotros los que piensan con verdad en la salvacion de sus almas! Retiróse san Pedro á Galicia, en donde comenzó á ejercitarse de nuevo en la predicacion, y en el ministerio de la sagrada penitencia, ganando para Dios gran número de almas. Sus palabras eran vivas y eficaces; sus discursos recaían siempre sobre los vicios dominantes en la multitud, y lograba frecuentes conversiones, sin que nadie se ofendiese de verse reprendido. La palabra de Dios adquiria una nueva fuerza en sus labios, porque juntamente con ella predicaba la virtud de san Pedro, y todas sus apreciables circunstancias; pero estas mismas le pusieron diversas veces en el riesgo mayor de perderse. Era el Santo de una gentil presencia, de un semblante noble y hermoso, y todo él formaba una figura amable y apeteccible; y he aquí la causa de que su honestidad fuese tan combatida; pero siempre salió victorioso por medio del milagro del fuego que ya queda referido, y de que tuvo que valerse para rebatir las atrevidas sollicitaciones de mugeres deshonestas, que intentaron mas de una vez matar su castidad angélica.

Dios por su parte le ayudaba poderosamente con su gracia, y no parecia sino que habia puesto en su mano el uso de su omnipotencia, se-

gan la facilidad con que se vió confirmada con milagros su virtud y su doctrina. Vióse llegar sediento á pedir un poco de agua para beber, y rehusando una pobre muger darle una corta porcion de vino que la habia mandado guardar su amo, pedirseta el Santo, beber él y su compañero, y quedar en la vasija la misma cantidad que habia primero. Otra vez alimentó á este último en ocasion que le seguia de mala gana en una expedicion de caridad, por causa del cansancio y hambre que padecia, dándole de comer y de beber un pan blanquísimo, y un vino generoso, que manifestaban en su bondad ser cosa del cielo. Mandaba á los elementos, y estos reconocian en él un ministro y un Siervo fiel de su Criador. Manifestóse esto diferentes veces en las aguas del Miño, ya sosteniendo milagrosamente al Santo, y permitiendo que le pasase de un lado á otro sin sumergirle, y ya ofreciendo á su imperio cuantos peces escondian, para que con ellos sustentase á los pobres, y socorriése á los que trabajaban un puente para la pública utilidad. Tambien se vió obedecerle las tempestades, calmando ó dejando libres de sus truenos y relámpagos aquellos lugares en que el Santo estaba predicando.

De este modo, entre los portentos de la gracia y los afanes de su ministerio apostólico, pasó una vida llena de merecimientos y de heroicas virtudes, que le aseguraban de las recompensas eternas. Quanto mas se le acercaba la muerte, tanto mas era su ardor y su zelo en el bien de las almas, superando la caridad, la flaqueza y debilidad de fuerzas, que con la vejez, penitencias y continuos trabajos habia contraido. Pero llegó el tiempo en que quiso Dios darle el premio debido á su fidelidad. Llegó el tiempo en que habian de tener fin tantas fatigas padecidas por sus prójimos, y el cielo le hizo la misericordia de anunciárselo con anticipacion, para que se preparase á disfrutar aquellos bienes eternos que amegan el corazon, y absorven los sentidos. Reveló este secreto el Santo predicando en Persecario, dia del domingo de Ramos. Dijo á sus oyentes como estaba ya muy cercana la hora de su muerte, y los certificó de que no volveria mas á aquel pueblo á predicar la palabra de Dios. «Por tanto, hermanos míos, decia, cuando llegue á vuestra noticia que está ya pronta mi alma á presentarse en el tribunal de Dios, ayudadme con vuestras oraciones, para que me juzgue con misericordia; por que aunque no me recuerde la conciencia de haber ofendido al Señor gravemente despues que dejé al mundo, con todo eso, no me creo de tanta pureza, que no necesite de los sufragios que ofrecen á Dios los fieles por sus hermanos.» Dicho esto, que oyeron con lágrimas aquellas venturosas gentes, se despidió de ellas, y se marchó á Tuy, en donde predicó los dias restantes de la semana Santa, hasta que acercándose ya la Pascua, cayó con la enfermedad postrera, que desde luego se presentó con indicios de grave y peligrosa.

Deseaba el Santo con ansia morir entre los religiosos sus hermanos, y

así habiéndose mejorado algun tanto, creyó que podría llegar al convento de Santiago, de donde era conventual. Era vehemente el deseo, y así le dió tanta fuerza, que la tuvo para ponerse en camino á pesar de su quebrantada edad, y de la enfermedad, que realmente no habia hecho mas que una ligera intermision para volver con mas fuerza. Pero á poco trecho que anduvo, conoció que era empeño vano el querer resistir á la dolencia, que se presentó con nuevos esfuerzos; y volviéndose al compañero, le dijo: Creo, hermano mio, que es la voluntad de Dios que volvamos á Tuy, para que yo muera allí; y así si no lo teneis á mal, hacerme merced de que volvamos atras de nuestro camino. Condescendió el compañero, llegaron á la casa en donde solia hospedarse, agravóse la enfermedad, y sintiendo que llegaba ya la hora de su descanso, llamó á su huésped, y le habló de esta manera: Amado hermano mio; sabed que nuestro misericordioso Dios quiere poner ya fin á mis trabajos; yo he procurado alcanzar de su piedad que suspendiese un terrible castigo, que amenazaba á esta provincia por los delitos de sus habitantes: y por lo que toca á vos estoy sumamente agradecido de la caridad que conmigo habeis siempre usado, y os suplico querais recibir esa correa y ese háculo en muestra de mi agradecimiento, que no tengo otra cosa con que dárosle á entender; y tened confianza en Dios de que algun dia os podrá servir de algun provecho. Recibió el huésped aquel doncello con la mayor devocion; envolvióle en un lienzo blanquísimo; y queriendo en una ocasion partir con un amigo suyo aquel precioso regalo, fue impedido milagrosamente del cielo, y avisado para que lo depositase en la Iglesia catedral, donde se conserva, obrando Dios por medio suyo muchos prodigios.

Llegó finalmente la hora de su muerte, para la cual se habia preparado con ayunos, oraciones fervorosas, y todo género de piedad; y habiendo recibido los santos sacramentos, durmió el sueño de los justos, poco despues del dia de la Resurreccion del Salvador, año de 1246, segun la sentencia mas probable. Su muerte fue exenta de aquel horror que infunde por lo comun en los vivientes; antes bien todos la celebraron como si fuese dia de nacimiento, ó como un dia destinado á celebrar unas bodas eternas del alma con Jesucristo. Celebró las exequias al Santo el grande obispo Lucas de Tuy, bien conocido por sus escritos y su piedad, y cuidó de colocar el venerable cadáver en un sepulcro decente, junto al cual dejó mandado en su testamento que colocasen el suyo. Despues andando el tiempo fueron tantos los prodigios con que quiso el Señor honrar á su Siervo, y tanto el concurso de los que acudian con votos al sepulcro, que don Diego de Avellaneda, dignísimo prelado de aquella iglesia, quiso trasladarle á mejor y mas decente sitio, qual era la capilla de los señores obispos; como en efecto lo ejecutó en 22 de Enero de 1529. Trasládóse el cuerpo del Santo, encerrado en

una arca primorosa de plata, habiendo celebrado la exhumacion del cadáver y su traslacion con aquellas solemnidades de divinos oficios, concurso del pueblo, y devotas procesiones, con que deben celebrarse las traslaciones de los santos. Pero pareciéndole á don Diego de Torrequemada, que un justo tan insigne, y á quien el cielo distingua con tantos milagros, no debia estar confundido con los obispos, resolvió edificar una suntuosa capilla; donde se venerase el cuerpo de san Pedro. Ejecutóse así, y se trasladaron á ella las sagradas reliquias en 27 de Abril de 1579, entre alegres y devotas aclamaciones del pueblo, que celebraban la santidad de su Patrono, y el honor con que lo distinguia el venerable obispo.

Los milagros con que manifestó Dios la santidad de su Siervo después de su muerte en todos tiempos, fueron tantos, y tan frecuentes, que excitaron la admiracion de todos, que concurrían de todas partes con votos y presentallas, testimonios de los favores recibidos. Su sepulcro manó por mucho tiempo un aceite maravilloso, semejante al que se dice haber sudado aquel precioso monumento del monte Sinai, en que por ministerio de ángeles fue depositado el cuerpo de santa Catalina. Los leprosos, paralíticos, cojos, mancos, tullidos, y enfermos de todo género de enfermedades, recibían salud siempre que con verdadera fe se le encomendaban; pero quienes le han sentido mas propicio en las terribles angustias de las tormentas del mar, han sido los marineros. Estos le conocen por el nombre de Santelmo, y con el mismo le invocan en sus aflicciones, experimentando su patrocinio en los naufragios y borrascas; pero no van acertados quando serenadas estas, juzgan que las lucecillas fosfóricas que aparecen en los palos de los navios, son luces producidas por san Pedro, pues antes que el Santo naciesse, sucedia lo mismo en las embarcaciones de los gentiles, en lo que se vé claramente que ningun influjo podia tener su intercesion. Los efectos de la naturaleza y de la gracia no deben confundirse, ni atribuir, tal vez con supersticion, á ésta última, lo que es puramente efecto de la primera. Alabemos á Dios por los beneficios que nos dispensa en sus santos, y porque en san Pedro quiso de varias maneras manifestarse grande y maravilloso.

**La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.**

*Deus, qui in maris periculis  
constitutis beati Petri opem sin-  
gularem ostendis, ejus nobis in-  
tercesione concede; ut in hujus vi-  
tae procellis tuae gratiae lumen*

O Dios, que manifiestas el singular patrocinio del bienaventurado Pedro con los que se hallan en los peligros del mar; concédenos por su intercesion,

*semper affulgeat, quo interna  
salutis portam invenire calcamus.  
Per Dominum nostrum Jesum  
Christum...*

que en medio de las borrascas de esta vida, no perdamos jamás de vista la luz brillante de tu gracia, con la cual lleguemos á encontrar el puerto seguro de la gloria eterna. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epistola es de san Pablo á los Tesalonicenses,  
capítulo 2.**

*Frateres: Fiduciam habuimus  
in Deo nostro loqui ad vos evan-  
gelium Dei in multa solitudine.  
Exhortatio enim nostra non de  
errore, neque de immunditia, ne-  
que in dolo: sed sicut probati su-  
mus á Deo, ut crederetur nobis  
evangelium, ita loquimur non  
quasi hominibus placentes, sed  
Deo, qui probat corda nostra.  
Neque enim aliquando fuimus in  
sermone adulationis, sicut scitis:  
neque in occasione avaritiæ: Deus  
testis est: neque querentes ab  
hominibus gloriam, neque á vo-  
bis, neque ab aliis. Cúm possemus  
vobis onari esse, ut Christi apos-  
toli: sed facti sumus parvuli in  
medio vestri: tamquam si nutrix  
foveat filios suos. Ita desideran-  
tes vos, cupidè volebamus trade-  
re vobis, non solum evangelium  
Dei, sed etiam animas nostras:  
quoniam charissimi nobis facti  
estis.*

Hermanos: tuvimos confianza en nuestro Dios de hablaros el evangelio de Dios con mucha solitud. Porque nuestra exhortacion no es nacida del error, ni de la inmundicia, ni es engañosa: si no asi como Dios nos ha probado para confiarnos su evangelio, asi hablamos, no pretendiendo agradar á los hombres, sino á Dios que sabe como son nuestros co-razones. Porque bien sabeis que nunca os hemos hablado palabras de adulacion: ni hemos vivido dandoos ocasion de avaricia, de lo que Dios es testigo; ni tampoco buscando entre los hombres nuestra gloria, ni entre vosotros, ni en otro alguno. Pudiendo seros gravosos como apóstoles de Jesucristo, nos hemos hecho como párvulos en medio de vosotros, á manera de una nodriza que cria á sus hijos. Tratándoos de este modo, deseábamos con ansia, no solo entregaros el evangelio de Dios, sino tambien nuestra misma alma: porque os estimamos muchísimo.

**REFLEXIONES.**

El caracter de un predicador del evangelio es todo el asunto de la

epístola que la santa Iglesia aplica al Santo que celebra en este día. Aquellas expresiones vivas y llenas de toda la eficacia de la verdad y del desinterés con que habla san Pablo á los Tesalonicenses, delinean perfectamente las principales virtudes de un Santo, que tantas almas conquistó por el ministerio de la palabra. Nada predica tanto como el ejemplo. Toda la humana elocuencia no podrá jamás disputar la victoria á una sola voz que intimen las obras. Jesucristo comenzó primeramente á hacer, y despues á enseñar aquello mismo que obraba. Esta doctrina que infundió á sus apóstoles, y que vemos tan practicada por todos los santos, no es privativa de aquellos que tienen en la Iglesia el ministerio de enseñar. Es verdad, que á ellos principalmente está destinada, bajo de la pena de aquella maldición que Jesucristo echó á la higuera, por haber advertido en ella gran pompa de hojas, en que están significadas las palabras; y nada de fruto, en lo que se da á entender la carestia de buenas obras. Es verdad, que á los predicadores evangélicos se dirige principalmente lo que dice san Pablo en la segunda á los Corintios, cap. 6: *A ninguno deis motivo de ofensa, para que nuestro ministerio no sea despreciado*; pero estas verdades comprenden también á todos aquellos á quienes de cualquiera manera les incumbe el oficio de enseñar á sus inferiores.

Un padre, una madre de familias, ¿cómo podrán reprender en sus hijos, ni en sus criados aquellos mismos defectos de que su conciencia les acusa reos? Está muy bien, que diariamente enseñen á su familia, que la doctrinen en las máximas de la moral cristiana, que cuiden mucho del genio y operaciones de cada uno para darle la dirección correspondiente; y últimamente, que como jueces domésticos corrijan y castiguen los defectos ó delitos, que encuentren dignos de experimentar su severidad. Pero todos los padres de familia deben tener entendido, que nada será tan eficaz para reprender el vicio, ó para recomendar la virtud, como sus mismas obras.

Un hijo, que vé el desorden con que vive su padre entregado al juego, á la diversion, á los espectáculos, al lujo; que mira muchas veces correr por las mejillas de su madre las lágrimas que brota un corazón resentido y despreciado; que advierte el abandono con que mira todas sus obligaciones, aun las mas necesarias para el sustento, y las mas sagradas por su estado; ¿qué caso ha de hacer este hijo de las reconvenciones de su padre, cuando quiera reprehenderle iguales desórdenes y extravíos á los que él comete? ¿Cómo será posible que logre la enmienda de unos delitos, que está recomendando con sus obras? Y tú, dice San Gerónimo, podrá responder el hijo, ¿por qué no haces lo que enseñas? Pero por el contrario: si el Superior de una familia vive arreglado, cada palabra suya es espada de dos

filos: basta sola su presencia para contener los excesos, y muchas veces bastará también para castigarlos en aquel en que no se haya desnudado del pudor y de la sensibilidad.

**El evangelio es del capítulo 10 de san Mateo.**

*In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Euntes predicatē, dicentes, quā appropinquavit regnum cælorum. Infirmos curate, mor tuos suscite, leprosos mundate, dæmones ejicite: gratis accepistis, gratis date. Nolite possidere aurum, neque argentum, neque pecuniam in zonis vestris: non peram in via, neque duas tunicas, neque calceamenta, neque virgam: dignus enim est operarius cibo suo.*

Id, y predicad, diciendo: que se acercó el reino de los cielos. Sanad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad los leprosos, lanzad los demonios: graciosamente recibisteis, dad graciosamente. No poseais oro, ni plata, ni traigas dinero en vuestras bolsas, ni alforja para el camino, ni dos tunicas, ni calzado, ni baston; porque digno es el obreiro de su alimento.

**MEDITACION.**

*De la correspondencia que guarda el mundo con sus partidarios.*

**PUNTO PRIMERO**—Considera que el mundo es tan infiel y tan inconsecuente, que por lo regular á nadie trata peor que á aquellos que se declaran por de su partido. Es natural en los hombres estimar á los que convienen con sus pensamientos, y dar honor á aquellos que aprueban y ensalzan sus caprichos. Como este es un efecto de la semejanza que tienen entre sí las almas, es consecuencia segura el amarse mutuamente los estravagantes, los viciosos, y los caprichudos. ¿Quién había de creer que el mundo compuesto por la mayor parte de las tres clases dichas, no había de seguir en sus operaciones aquellas mismas reglas? La conversion del Santo, que celebramos este dia, manifiesta con claridad lo insubsistente de este modo de pensar. Mientras sigue ciegamente sus banderas, le ama, le estima, le celebra; pero con un amor falso, que casi está tocando con el odio. Contempla sino al jóven Pedro sobre un poderoso caballo ricamente enjaezado, haciendo alarde de su lozania, de su habilidad, de su poder, y de los muchos amigos que le acompañan.

El mundo le admira le aplaude, le colma de sus elogios, y levanta al cielo las voces con que explica sus lisonjas. Contemplad al mismo jóven derribado en el suelo, hollado del mismo bruto que montaba,

afeado con la suciedad del cieno en que se veía sumergido, y mirad al mundo, que debía compadecerle, ayudarlo, levantarlo, y cubrir su ignominia, celebrar con grandes careajadas y gran fiesta su desventurada caída; mirar con risa su vituperio, y convertir en denuestos, chufletas y baldones los recientes aplausos. Este es el mundo, este es su genio; esta infidelidad caracteriza su correspondencia para con los que siguen sus maximas. Pensar que ha de ser humano y condescendiente aun con los de su partido, es pensar que puede hallarse la virtud en un país sojuzgado y dominado por los vicios.

Con todo eso, tú le crees y le sigues; tú aprecias los vanos aplausos con que te entretiene mientras se llega el momento de hacer burla de ti. ¡Oh desventurado! ¡oh necio! *Guardate*, dice san Agustín, (Serm. 81.) *de que los amadores del mundo turben tu juicio y te engañen y seduzcan. Ten entendido*, dice el mismo, (Epist. 26. num. 2) *que los lazos con que el mundo te cautiva y aprisiona, tienen verdadera aspereza y falso deleite: dolor cierto, é incierta delicia; un duro trabajo, y un descanso rezeloso: una posesion llena de miseria, y una esperanza vacia de felicidad.* En todo observa las iniquas leyes de una verdadera protervia. Si ensalza, no es para otra cosa que para preparar una ruidosa caída: si abate, es para aniquilar el mérito y la virtud: si te alaba, es para hacer mas reparable tu burla, y mas ignominiosa tu vergüenza; y cuanto ejecuta con sus partidarios, es dirigido únicamente á su precipicio. ¿No serán suficientes estas consideraciones para que conozcas el caracter del mundo, y te resuelvas á abandonarle para siempre?

Punto segundo—Considera, que no solamente se mofa el mundo de aquellos que mas exáctamente observan su doctrina, sino que ademas los castiga con infortunios, desventuras, suplicios, y una infamia eterna. Fija tus ojos en esos ídolos del poder, que fueron en sus dias los árbitros de la suerte de los hombres, y los objetos magníficos adonde dirigió sus elogios la elocuencia del mundo. Tráe á la memoria tanto conquistador, tanto guerrero, tanto filósofo, que fueron en su tiempo el motivo de las admiraciones universales: ¿qué les ha tributado el mundo por sus servicios? ¿con qué ha recompensado sus obras? Un César, un Neron, un Eliogábalo, un Trajano, que sirvieron al mundo con el mayor esmero, y pusieron en él toda su gloria, ¿qué concepto le merecen al mismo mundo? La muerte violenta de casi todos ellos manifiesta, que si el mundo detestó su existencia cuando le servian, era preciso que no le fuese despues mas grata su memoria; y así se experimenta. El cruel, el lascivo, el ambicioso, el voluptuoso, el obsceno: he aquí los títulos con que se notan en las historias sus nombres.

A esta infamia precede un interior tormento, que no se echa de ver en los que siguen al mundo; pero realmente ellos le padecen. Nada de cuanto tienen les sacia; antes bien no parece sino que aumenta su sed y enardece su ambición la seguridad y posesión de la cosa pretendida. ¿Y cuántas inquietudes deben acompañar á esta posesión tal vez injusta? *Aquellas riquezas, decía san Agustín, (Serm. 15.), que pensais son el depósito de las delicias, son en la realidad el depósito de los peligros. Aquél era pobre; pero dormía seguro: el sueño se acercaba con mas facilidad á la tierra dura, que al dorado lecho. Comparad los cuidados que despedazan á los ricos con aquella dulce tranquilidad de los pobres, que alarga sus dias, y los llena de sosiego y de ventura.* Preciso es conocer que el mundo infiel y mentiroso en sus promesas, no solamente persigue á los siervos de Jesucristo, sino que á sus mismos amadores y partidarios los engaña, los vitupera, los mofa, los castiga.

¿Y tendrá, no obstante esto, tanta fortuna el mundo, que te cuente á ti en el número de sus partidarios? Si todo racional aborrece la falsedad y la protervia, y basta cualquier defecto en este punto para aniquilar en un instante la amistad de muchos años, ¿serás tan insensible, que conozcas la traición que te se hace, y ames y sirvas no obstante al traidor? Apenas has empleado tu vida en otra cosa que en seguir al mundo, y proclamar su doctrina con tus obras. ¡Cuántos desasosiegos, cuántas amarguras por complacerle! ¡Y cuál ha sido el premio con que há recompensado tus fatigas? ¿Qué tienes, qué poseses por fruto de tus obsequios y trabajos? *Llegó la hora de la muerte, dice el Espíritu Santo, (Ps. 75), y los varones de riquezas, los hombres del mundo se encontraron con las manos vacías.* Tú, además de esta burla, estás hecho el juguete de tus deseos, consumido de tus vanas esperanzas, y mortificado de mil maneras. En vista de semejantes perfidias, *dejad de amar al mundo y á cuanto hay en él, que es el clamor de san Juan evangelista: (1. cap. 2.).*

## JACULATORIAS

*Mundus transit et concupiscentia ejus.* 1. Joan. cap. 2.

¡Oh! el mundo y su falso amor se desvanecen, y pasan como si fuera una sombra.

*Universum stratum ejus versasti in infirmitate ejus.* Salm. 40.

Con sábia providencia, Dios mio, llenaste los bienes terrenos de amarguras, para que el corazón del hombre no se fije sino en el bien eterno para que le criaste. (*Aug. Exarr. in Ps. 40, num. 3.*)

## PROPOSITOS.

Es necesario mudar el corazon, esto es, es preciso mudar los afectos. Conocido un daño, es el extremo de la estúpidez permanecer sin pensar en el remedio. Ya sabes que el mundo es infiel, que es protervo, que paga los obsequios y servicios con positivos daños; con que es preciso volver en tu acuerdo, y atajar los progresos á los daños que hasta ahora has padecido. ¿Y qué remedio? En tu mano está, y ya está dicho: mudar la direccion de tu amor: inclinar el corazon al objeto que de justicia merece y debe ser amado. Es preciso levantar el corazon, y dejar de habitar con él en donde estamos necesitados á asistir con el cuerpo. Lo que no es necesario debe excusarse, *que al día le basta su malicia*: (Matt. 6). *Nosotros estamos muertos*, decía san Pablo, (ad Col. 3.) *y nuestra vida está escondida en Dios juntamente con Cristo*. Muertos para el mundo, y vivos para el cielo, deben ser nuestras obras propias de unos hombres celestiales, ó á lo menos no debemos permitir que nuestro corazon se fije en este mundo, á cuyas pompas hemos renunciado.

Hechos cargo de su falsedad, debemos clamar con el profeta David (Ps. 85) *Benchid, Señor, el alma de este vuestro siervo de vuestra soberana alegría, pues yo he levantado ya á vos mi espíritu. Estaba antes apegado á la tierra, y sentía en ella una verdadera amargura; para que no se secase de melancolía, y perdiese toda la suavidad de tu gracia, levantó á tí mi espíritu; llenadle, Señor, de vuestras celestiales delicias. Vos solo sois verdadera dulzura, porque el mundo no da de sí ni tiene mas que hiel, acibar y amargura*. (Aug. Enar. in Ps. 85.). A cualquiera parte que se vuelvan los ojos, no encontrarán mas que escándalos, temores, tribulaciones y peligros. ¿En qué hombre se hallará seguridad? ¿Quién será capaz de proporcionarte una sólida y verdadera alegría? Ni tú á tí mismo: cuánto menos deberás esperarle de cualquier otro! (Aug. ubi supra.).

Luego no hay otro remedio mas que colocar en Dios todas nuestras esperanzas, todos nuestros deseos y todos nuestros cuidados. Ningun otro medio hay de vivir tranquilos y seguros. Aquella pretension fastidiosa que me apuraba la paciencia y me obligaba á atropellar la justicia, la abandonaré desde este día; aquellos obsequios que tributaba al capricho, á la novedad, á la locura, para merecer las atenciones del mundo, desde hoy mismo han de quedar abandonados. Mis palabras no servirán ya á la lisonja y á la adulacion, sino solamente á la verdad: mi corazon tendrá paz, porque se desarraigará del mundo, y se levantará al cielo. Despreciaré al mundo antes que él me haga esta burla junta con un eterno daño; y sepa que si hay quien le siga cíegamente, también hay quien sepa despreciarle.

**San Tiburcio, Valeriano, y Máximo, mártires.**

**E**ra Valeriano un jóven caballero romano, que cautivado de la extraordinaria hermosura y raro mérito de Cecilia, se declaró pretendiente de su mano, poniendo en práctica cuantos medios le sugirieron su amor y su pasión para merecerla por esposa.

Asustaron á Cecilia las diligencias de Valeriano, porque siendo ocultamente cristiana, sin que lo hubiesen legado á entender aun sus mismos padres, habia consagrado á Dios su virginidad desde el dia en que recibió el bautismo. Mientras tanto se concluyó el tratado, y se señaló el dia de la boda. En estos apurados términos, recurrió Cecilia á la oracion, al ayuno, al cilicio y á otras muchas penitencias, mereciendo que el Señor se rindiese á sus lágrimas, y oyese benignamente sus deseos. Efectuóse el matrimonio, y se celebró la boda con ostentacion y con regocijo; pero animada Cecilia de una viva confianza en la bondad del Señor, y en el poder de su omnipotente brazo, hallándose sola con Valeriano, le habló de esta manera: *Yo tenia un secreto muy importante que comunicarte, con tal que me jures que á ninguno se lo has de revelar. Yo te lo juro,* respondió Valeriano. *Pues sábelo,* continuó la Santa, *que tengo en mi compañía un ángel del Señor. guarda fiel de mi virginidad; y lo mucho que te amo me obliga á prevenirte, que si no me correspondieres con un amor puro y casto, serás fanesto despojo de su ira; pues te costará infaliblemente la vida cualquiera licencia ó libertad menos honesta, que quisieres usar conmigo.*

A los principios enmudeció sorprendido Valeriano; pero volviendo en sí, y comenzando á hacer su efecto la gracia la dijo: *Si quieres que te crea, hazme ver á ese ángel que te guarda, porque mientras no debiere á mis ojos el desengaño, me persuadiré á que tienes puestos los tuyos en otro hombre, con agravio de mi feoza y de mi honor.* Harélo, respondió la Santa; *pero antes es menester que te laves en cierto sagrado baño, sin cuya diligencia no es posible ver al ángel que me defiende.* Creciendo mas y mas en Valeriano la ánsia de ver al ángel, la preguntó dónde estaba aquel misterioso baño, y qué diligencia debia practicar para ser admitido en él. *Ve,* dijo Cecilia, *hasta tres millas de aquí por la via Apia, encontrarás ciertos pobres, á quienes yo tengo costumbre de dar limosna: llévalos ésta de mi parte, y pídelos que te conduzcan adonde está el santo viejo Urbano, el cual sabe el secreto del divino baño, te instruirá, y te pondrá en estado de que veas á mi ángel.*

Partió al punto Valeriano: vióse con el santo papa Urbano, y que-

dó presto instruido en todo el misterio. Supo que Cecilia era cristiana, y que el sagrado baño, que le haria capaz de ver á los santos ángeles, era el bautismo de los cristanos. Pidióle con instancia; y deteniéndole el santo pontífice siete dias para instruirle en los misterios de la fe, le administró el santo bautismo, y le despachó á su casa. Apenas entró en ella, cuando se encaminó al cuarto de Cecilia, abrió la puerta, y vió que estaba en oracion de rodillas con un ángel á su lado, cuyo semblante era mas resplandeciente que el sol, y tenia en su mano dos guirnaldas tejidas de rosas y azucenas de exquisita hermosura, que exhalaban una celestial fragancia. Dió el ángel á cada uno de los dos su guirnalda, diciéndoles al presentarlas, era regalo del esposo de las vírgenes, como prenda de la corona eterna, que les disponia en el cielo; y dirigiendo despues la palabra al neófito Valeriano, le dijo: *Pues has resuelto ser virgen como tu casta esposa, me ordena Dios te diga de su parte que le pidas lo que quisieres, porque está pronto á concedértelo.* Al oír estas palabras se postró en tierra Valeriano, y exclamó diciendo: *¡Ah, Señor! la gracia que os pido es la conversion de mi hermano Tiburcio, porque siempre nos hemos amado tiernamente los dos; y así haced que logre la misma dicha que yo. No podias pedir cosa mas agradable al Señor,* respondió el ángel, *que la conversion de tu hermano, y su Magestad te la ha concedido.* Dicho esto desapareció.

No bien habian acabado su oracion los dos esposos Valeriano y Cecilia, colmados de un gozo celestial, y rindiendo al Señor mil bendiciones de gracias, cuando entró Tiburcio en el cuarto, y sintiendo la fragancia, preguntó de dónde podia nacer aquel suavísimo olor de rosas y azucenas, no siendo tiempo de ellas: *A mí me debes ese gusto,* respondió Valeriano sonriéndose: *ahora no percibes mas que el olor, pero en tu mano está tener tambien una guirnalda de azucenas y de rosas, como yo la tengo.* Y echándole los brazos al cuello trasportado de alegría, añadió: *Sábeta que soy cristiano, y espero que presto lo serás tú tambien.* Contóle despues todo lo que le habia pasado, y pidió á Cecilia que le explicase brevemente los misterios de nuestra religion. Como la gracia obraba poderosamente en el alma de Tiburcio, abrió los ojos á la verdad, y exclamó diciendo: *¿Pues qué es menester que yo haga? Es menester,* respondió la Santa, *que sin la menor dilacion busques al santo pontífice Urbano, para que te instruya, y recibas de su mano el santo bautismo.*

No se puede explicar el gozo que recibió el santo Pontífice cuando vió á Tiburcio postrado á sus pies, pidiendo le hiciese cristiano. Era Tiburcio un jóven de gallarda disposicion, de nobles y muy despejadas potencias, de singular vivacidad, y de una intrepidez increíble. Detúvole san Urbano algunos dias en su compañía para ca-

teguizarle; y habiéndole despues administrado el santo bautismo, le volvió á enviar á su casa lleno de alegría, y tan abrasado en ardiente zelo por la religion, que ya todo su anhelo era dar la vida en defensa de ella.

No fue estéril ni ociosa la conversion de los dos santos hermanos; los pobres sintieron presto su efecto, pues muchos se vieron libres de sus miserias con sus cuantiosas y caritativas limosnas. Pero su caridad y su misericordia se explicó principalmente, así en dar sepultura á los cuerpos de los santos mártires, que morian durante la persecucion, como en consolar y alentar á los que estaban encarcelados en odio de la fe.

No podia dejar de hacer gran ruido en la ciudad una virtud tan sobresaliente en personas de aquella edad, de aquel mérito, y de aquella calidad. Llegando á noticia de Almaquio, prefecto de Roma, y grande enemigo de los cristianos, mandó comparecer ante su tribunal á los dos santos Hermanos. Y habiéndose presentado: *Admirado estoy*, les dijo, *que unos hombres de vuestra distincion se hayan mezolado con esos miserables cristianos, aborrecidos y despreciados de toda la tierra. ¿Es decente á personas de vuestra calidad juntarse con esa canalla? Si quereis hacer bien ¿faltarán pobres honrados en quienes expendais vuestras limosnas?*

*Bien se conoce, Señor*, respondió Tiburcio, *que conocéis poco á los cristianos. Solo el titulo de siervo del verdadero Dios en la única religion verdadera, vale mas que todas las riquezas y toda la nobleza. Hasta ahora no ha habido en el mundo pueblo tan discreto, nacion tan prudente como la de los cristianos. Ellos desprecian lo que parece algo á los ojos de los hombres, y en la sustancia es nada; y ellos estiman lo que parece nada á nuestros ojos, y es todo en la sustancia. Y bien, replicó Almaquio, ¿qué viene á ser eso, que en sí es nada aunque parece algo? Este mundo*, respondió Tiburcio, *que solo es una figura fugaz y pasajera; esas honras vanas de que se apacientan los mundanos, ese fantasma de gloria, esa quimérica felicidad de esta vida, tras la cual tan ciegameute se corre. ¿Y cuál es la otra cosa, le preguntó Almaquio, que pareciendo nada á nuestra vista, en la realidad vale por todo? Es la vida eterna*, respondió Tiburcio; *aquella vida feliz para las almas justas, que no tiene fin, y aquella vida miserable para los pecadores, que jamás se acaba. ¿Quién te enseñó todos esos sueños y delirios? le volvió á preguntar Almaquio: No los llares así, dijo Tiburcio, llámalos verdades eternas, y te responderé que me las enseñó el espíritu de mi Señor Jesucristo. ¿Quién fué el que te llenó la cabeza de tantos disparates? insistió otra vez el Prefecto, ¿cuánto tiempo ha que loqueas, que perdiste el juicio, y que diste en esas extravagancias? Con vuestra licencia se-*

ñor, respondió modestamente Tiburcio, *la locura y la extravagancia es adorar por Dios á una estatua de piedra, ó de madera: la extravagancia y la locura es preferir un puñado de dias llenos de trabajos, cuidados y amarguras, á una felicidad llena y eterna. Cuando yo vivia ciegamente en el error en que vos estais ahora, entonces si que era verdaderamente loco y extravagante; pero despues que mi Señor Jesucristo me abrió los ojos por su infinita misericordia, discurre con juicio, y hablo con prudencia. Segun eso, tú eres cristiano,* replicó el Prefecto: *Sí Señor,* respondió Tiburcio, *esa dicha tengo, y me precio mucho de ella.*

Irritado Almaquio de unas respuestas tan firmes, tan animosas y tan prudentes, mandó arrestar á Tiburcio; y volviéndose á Valeriano, le dijo: *Ya ves que tu pobre hermano ha perdido la cabeza. Mucho os equivocais, señor,* respondió el Santo; *nunca le he visto con mayor juicio. A lo que veo,* replicó Almaquio, *tan loco estás tú como él: en mi vida le he visto mayor extravagancia. No siempre hablaréis ni discurreis de esa manera,* respondió Valeriano; *algun dia conoceréis, aunque tarde, que la mayor de todas las locuras era creer que unos hombres embusteros, maldados y deshonestos en vida, se convirtiesen en dioses despues de muertos. ¿Qué idea formais de la Divinidad? ¿puede imaginar que hoy mas que un Dios quien no haya perdido el uso de la razon? ¿hay en el mundo extravagancia mas risible que esa multitud de dioses y de diosas?*

No sabiendo Almaquio qué responder entró en una especie de furor; y sin respetar la ilustre calidad de los dos santos confesores, los mandó apalear tan cruelmente, que faltó poco para que espirasen en aquel suplicio. En medio de él se les oia exclamar llenos de fervorosa alegría: *Seais, Señor, eternamente bendito por la gracia que nos hacéis de que derramemos nuestra sangre por vos, que os dignasteis redimirnos derramando primero la vuestra.*

Llevaron despues á los dos santos hermanos á la cárcel, cuando Tarquiniano, asesor del prefecto, le representó que si no quitaba presto la vida á aquellos dos caballeros, se aprovecharian del tiempo para reparar todos sus ricos bienes á los pobres, y nada se encontraria para el fisco. Hizole fuerza este dictamen, y mandó que al punto fuesen llevados al templo de Júpiter para que le ofreciesen sacrificio, y en caso de resistirse, que les quitasen la vida.

Luego que se pronunció esta sentencia fueron entregados los dos santos mártires á un ministro, llamado Máximo, para que los condujese al suplicio. Admirado Máximo de verlos tan alegres, les preguntó la causa de aquella extraordinaria alegría. *¿Pues no quierdes,* le respondieron los dos fervorosos hermanos, *no quierdes que no quepa el gozo en nuestras corazones, viéndonos ya en el término de*

*esta triste vida, que propiamente es un miserable destierro, para dar principio á otra vida ¡colmadamente feliz, que jamás se ha de acabar? Pues qué,* replicó Máximo, *¿hay otra vida mas que esta? Y como que la hay,* respondió Tiburcio; *nuestra alma, que sola siente la alegría y la tristeza, es inmortal; y despues de esta vida tan corta, tan llena de miserias y trabajos, hay otra que no tiene fin. Esta es dichosa y feliz para los Cristianos que mueren santamente; y al contrario es eternamente desgraciada para los que no fueron Cristianos.*

Penetrado Máximo de esta verdad, dijo á Tiburcio: *Pues á ese precio yo quiero ser cristiano; y desde luego hago voluntariamente sacrificio de esta mi corta y miserable vida. En esa suposicion,* le dijeron los dos Santos, *haz que se suspenda hasta mañana la execucion de la sentencia: llévanos á tu casa, y esta noche recibirás el santo Bautismo, para que en el mismo punto de nuestra muerte veas por tus propios ojos un rayo de la gloria que gozaremos.* Hizose todo así. Aquella noche concurrió secretamente á casa de Máximo la misma santa Cecilia; y con sus fervorosas exhortaciones excitó en todos aquellos nuevos Cristianos mas vivos y mas encendidos deseos del martirio. Al día siguiente, en el mismo punto en que fueron degollados los dos santos Valeriano y Tiburcio, vió Máximo sus dos resplandecientes almas como dos luminosos astros, conducidas en manos de ángeles á la gloria, de donde se desprendia un brillante resplandor que le deslumbraba. No pudiendo contenerse, ni reprimir las lágrimas, prorumpió en estas exclamaciones: *¡O generosos siervos del verdadero Dios! O qué dichosos sois! O quién pudiera comprender la gloria que gozáis, y yo estoy viendo con mis propios ojos! O si pudiera yo lograr la misma suerte que vosotros, ya que tengo tambien la dicha de ser Cristiano!* A esta ruidosa conversion de Máximo, uno de los principales ministros del Prefecto, se siguió la de otros muchos Cristianos, y presto fue premiada con la corona del martirio. Porque noticioso Almaguio de lo que pasaba, mandó que al punto fuese moído á palos con bastones gruesos y nudosos, lo que se ejecutó con tanta crueldad, que el santo mártir espiró en aquel tormento. Sucedió el martirio de estos grandes santos al principio del tercer siglo. Sus cuerpos fueron enterrados á cuatro millas de la ciudad, cerca del lugar donde fueron martirizados. Desde el cuarto siglo fueron venerados con público culto en toda la Iglesia. El año de 740 el Papa Gregorio III. renovó su sepulcro, y hácia el fin del mismo siglo, Adriano I. mandó edificar en honra suya una Iglesia. En el año de 821 fueron trasladados sus santos cuerpos á Roma, juntamente con el de Santa Cecilia, por el Papa Pascual, quién los colocó todos en una Iglesia dedicada á esta Santa Virgen.

**La misa es en honra de los santos mártires, y la oración la siguiente.**

*Presta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui sanctorum martyrum tuorum Tiburtii, Valeriani, et Maximi solemnia colimus, eorum etiam virtutes imitemur. Per Dominum nostrum...*

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que los que celebramos la fiesta de tus santos mártires Tiburcio, Valeriano y Máximo, imitemos también sus virtudes. Por nuestro Señor...

**La epístola es del cap. 5 del libro de la Sabiduría.**

*Stabunt justi in magna constantia adversus eos qui se angustiaverunt, et qui abstulerunt labores eorum. Videntes turbabuntur timore horribili, et mirabuntur in subitatione insperato salutis, dicentes intra se, paventiam agentes, et præ angustia spiritus gementes. Hi sunt, quos habuimus aliquando in derisum, et in similitudinem improperii. Nos insensati vitam illorum astimabamus insaniam, et finem illorum sine honore: ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.*

Estarán los justos con grande ánimo contra los que les afligieron, y les quitaron el fruto de sus trabajos. Los malos á su vista se llenarán de temor, y de horrible espanto; y estarán sorprendidos del susto, viendo al instante contra su esperanza á los justos salvos y con tanta gloria, diciendo entre sí penetrados de un vivo sentimiento, y arrancando gemidos de su corazón angustiado: estos son los que en otros tiempos fueron el objeto de nuestras burlas, y los que nos poníamos por ejemplo de personas dignas de todo oprobio. Nosotros, insensatos, reputábamos su vida por necedad, y su muerte por deshonra; no obstante, mirádos elevados entre los hijos de Dios, y que tienen su suerte entre los santos.

NOTA.

«Hace el Espíritu santo en este capítulo una viva pintura de lo que pensarán en la otra vida los justos de los pecadores, y los pecadores de los justos. Yo cuanto nos importaría, dice san Bernardo, tener continuamente presentes estos recíprocos dictámenes, que jamás perdía de vista Salomón; porque no habría consideración más eficaz para consolar á los unos, y para convertir á los otros.

## REFLEXIONES.

*Hi sunt quos habuimus aliquando in derisum... Nos insensati.* Estos son los que en algun tiempo fueron objeto de nuestra burla y de nuestras zumbas. ¡O necios! ¡o insensatos de nosotros! Esta confesion tan horrorosa para la virtud es casi tan antigua como el mundo; desde su misma cuna fue perseguida la virtud; los buenos comenzaron á padecer desde que hubo malos. Pero aunque esta costumbre sea tan antigua, no por eso se hace menos extraña.

Que todos los ánimos se irriten y se declaren contra una devocion falsa, aparente y disimulada; que la hipocresia excite la indignacion de todo el mundo, es cosa muy justa, nada hay mas puesto en razon. Los hipócritas son objeto digno de todo el odio de Dios, y de la aversion de los buenos; pero que se aborrezca á la devocion verdadera; que la verdadera virtud padezca una especie de persecucion en medio del cristianismo; esto es lo que sola la experiencia pudiera hacer creible, y esto es lo que igualmente se opone á la razon que á la religion.

Desengañado un jóven de los frívolos entretenimientos, de los falsos pasatiempos del mundo, conociendo su vanidad, alumbrado con luz del cielo y movido de la gracia, se declara por el partido de la virtud. ¡Buen Dios, cuántas burlas, cuántas censuras, cuántas insulsas bufonadas tiene que sufrir! No siempre es lo que cuesta mas la victoria de las pasiones. La prueba mas terrible de una virtud tierna y recién nacida son las zumbas de los malos, y tal vez, lo que es mucho mas sensible, las indiscretas, las imprudentes expresiones de los que se reputan por buenos.

Al contrario, otro de su misma edad, deslumbrado de las brillantes exterioridades que encantan y embelesan, engañado de aquellas lisonjeras esperanzas con que el mundo sustenta á los que le siguen, entre por el camino ancho de la perdicion, y abandónese á las perniciosas máximas del mundo; ¡nadie le habla palabra, antes bien á poco que sobresalga en aquellas prendas superficiales y sin sustancia que el mundo aprecia y celebra, todos le aplauden, todos le ponderan. Sus mismos padres son los primeros que concurren á fomentar su pasion; aunque sean inmensos los gastos que hace para mantener el juego, el fausto, la profanidad, todo lo da por bien empleado la familia en consideracion del rumbo que ha tomado. Se hace distinguir en el saráo, en el baile; á competencia lo celebran todos, mientras la virtud humilde, ejemplar y recojida, es objeto de la risa. No se repara en que aquel jóven libertino gaste lo que quisiere para mantener su disolucion; á manos llenas se da cuanto se la autoja á

aquella hija loca para sus modas, para sus invenciones y para su profanidad. Pero abrazen estos mismos hijos el partido del retiro, de la modestia y de la devocion, falta poco para desheredarlos, ó à lo menos se les reduce à los precisos términos de su legitima; mientras que las mejoras y los aumentos se reservan para los indervotos, para los que siguen ciegamente el espíritu del mundo. ¿Y que se responderá à Dios cuando pida estrecha cuenta de esas injustas preferencias, de esas impías predilecciones? Entonces clamareis: ¡Ay qué impiedad! ¡ay qué injusticia! pero ya llegará tarde el arrepentimiento.

*Nos inventati.* ¿Pero de qué sirve conocer el mal, cuando ya es el daño sin remedio? Necios de nosotros, que nos causaba lástima la vida ejemplar de los buenos; que nos burlábamos de su modestia y de su circunspeccion; que los mirábamos con una especie de desden y de desprecio. Los desterrábamos de nuestros conventiculos, juntas y concurrencias, y sentiamos no sé qué maligna complacencia en hacer ridiculas sus mas prudentes acciones. ¿Cuántos insultos chistes se nos ofrecieron sobre sus escrúpulos, sobre su delicadeza de conciencia, sobre el tenor regular de su conducta? A nuestros ojos eran unos hombres de mal gusto, de corazón apocado, y de una extravagancia que se acercaba à parvulez. ¡Ah, que la parvulez y extravagancia fue la nuestra! *Ecco quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.* Aquellos que parecian tan despreciables à nuestros ojos, eran la mas noble porcion del reban de Jesucristo. Como ilustres herederos de la virtud de los santos, están hoy en posesion de la gloria. Su suerte será eternamente objeto de admiracion y de veneracion à todo el universo, y à nosotros de envidia, de rabia y de desesperacion.

*Talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt.* Así discurren, y así hablan de la verdadera sabiduria de los buenos en la hora de la muerte los que no quisieron imitarlos en vida. Esta justicia bacen à la virtud aun en el mismo inferno los que la persiguieron en el mundo: así se respeta en el otro à los que en este se desprecia.

#### El evangelio es del cap. 15 de san Juan.

*In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Ego sum vitis vera, et Pater meus agricola est. Omnem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum: et omnem qui fert fructum purgabit eum, ut fructum plus afferat. Jam vos mundi estis propter sermonem,*

En aquel tiempo dijo Jesus à sus discípulos: Yo soy vid verdadera, y mi padre es el cultivador. Todo sarmiento que no lleve fruto en mí, le quitará, y todo aquel que lleva fruto, lo mondará para que lleve mas. Vosotros estais ya limpios en virtud de la palabra

*quem locutus sum vobis. Manete in me, et ego in vobis. Sicut palmes non potest ferre fructum à semetipso, nisi manserit in vite: sic nec vos, nisi in me manseritis. Ego sum vitis, vos palmites; qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum: quia sine me nihil potestis facere. Si quis in me non manserit, mittetur foras sicut palmes, et arescet, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet. Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis petetis, et fiet vobis.*

que os he anunciado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Asi como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, de la misma manera tampoco vosotros si no permaneciereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer cosa alguna. Si alguno no permaneciere en mí, será arrojado fuera como el sarmiento, y se secará, y le cojerán, y echarán en el fuego, y arderá. Si permaneciereis en mí, y mis palabras se conservasen en vosotros, pedireis lo que quisiereis, y os será concedido.

### MEDITACION.

#### *De los que estan en pecado mortal.*

**PUNTO PRIMERO**—Considera que no puede el hombre vivir en estado mas feliz, mas desdichado en este mundo, que en el de pecado mortal. Mas que uno nado y se anegue en bienes y en riquezas; mas que brille con todo el esplendor imaginable; mas que la fortuna risueña en todo le galantée; mas que esté colmado de honras, de gustos y de deleites; mas que haya llegado al ápice de la grandeza; mas que se vea colocado en el mismo trono; si está en pecado mortal es sobradamente infeliz y miserable. Lo mismo que es un cadáver expuesto á los ojos del pueblo debajo de un magnifico pabellon, tendido en una riquísima cama, es á los ojos de Dios un hombre que está en pecado mortal, entre honras, riquezas y abundancia. No es capaz de preservarle de corrupcion toda la brillantez, todo el esplendor del mundo. Los gusanos no respetan ni á la nobleza de la sangre, ni á la delicadeza de los miembros. Pueden los bálsamos, las drogas, los perfumes conservar incorruptas las carnes de un cuerpo muerto; pero no pueden hacer que no sea un espantoso cadáver. Pues aún es mucho peor una alma que está en pecado mortal. Todos los tesoros del mundo, toda su ostentacion, pompa y aparato no pueden estorbar que sea abominable, que sea objeto del horror á los ojos de Dios. ¡Y se vive

tranquilamente en este estado! ¡y hay quien se alegre estando en él!  
¡y hay quien en él persevere!

Un hombre en pecado mortal es un hombre en desgracia de Dios, degradado de todo mérito, privado de todos los derechos que le daba la gracia, despojado de todos sus privilegios. Si muere en este infeliz estado, el infierno será su eterna mansión, su herencia la rabia, la desesperación el fuego eterno.

¿Qué pesadumbre sería la de un cortesano, si llegase á entender que ya el rey le miraba con disgusto! El hombre en pecado mortal es objeto de horror á los ojos de Dios. Si no revienta contra él su indignación y su colera, es efecto de su divina misericordia, que no debilita los derechos ni el rigor de su severa justicia. El hombre en pecado mortal es un delincuente condenado al último suplicio. A la verdad, se dilata la ejecución para darle tiempo á que solicite el perdón; pero qué se podrá esperar de un reo de lesa Magestad divina, que pudiendo conseguir el perdón, persevera voluntariamente en pecado mortal? ¿no es este mi retrato? ¿pues cuál será mi paradero?

**Punto segundo**—Considera que el estado de pecado mortal es el mas infeliz de todos los estados; porque mientras está en él el pecador, haga lo que hiciere, el pecado destruya el mérito de todo á los ojos de Dios. Aunque hiciera milagros, dice el apóstol san Pablo; aunque tuviera tanta fe que con ella mudara los montes de un sitio á otro; aunque repartiese toda mi hacienda entre los pobres; aunque entregara mi cuerpo á las llamas para ser reducido á cenizas; si me faltara la caridad, si no estuviera en gracia de Dios, en vano trabajaría, de nada me serviría para el cielo todo cuanto padeciese; porque el estado de pecado mortal es un estado de muerto. Pues el muerto ¿como puede hacer acciones de vida? y las que no son acciones de vida, ¿de qué sirven para la eternidad?

El pecado mortal reduce al hombre á ser nada en el orden de la gracia: *Charitatem autem non habuero, nihil sum*. Pues *ex nihilo nihil fit*: de la nada, nada se puede hacer, ¡Buen Dios, qué pérdida es la que hace en vida un pecador! Jamás le estimará Dios nada de lo que hace en pecado mortal.

En tanto son meritorias nuestras obras para la eternidad, en cuanto son consagradas y condignificadas por Jesucristo. Para esto es menester estar unidos á Cristo por medio de la caridad: mientras subsiste esta unión comunica mérito y virtud particular á nuestras obras; pero cortada esta comunicación por el pecado, quedamos como sarmientos secos, separados de la vid, inútiles, sin provecho, sino para arder en el fuego eterno. Los vástagos de la vid solo llevan fruto cuando están unidos á la cepa.

¡O qué bien conocieron los santos esta importante verdad! ¡o qué bien se aprovecharon de ella! ¡qué no hicieron, qué no padecieron por no separarse jamás de esta cepa misteriosa! Honras, placeres, tesoros, vanas y aparentes brillanteces con que el mundo engaña, encanta, deslumbra; desgracias, persecuciones, suplicios con que el demonio espanta, aterra, horroriza, nada fue bastante á hacerlos titubear en la fe, cuanto mas para derribarlos. Tiburcio, Valeriano y Máximo todo lo sacrificaron antes que perder la gracia; ¿pero cuantos hay que quieren perderlo todo antes que dejar de cometer un pecado?

¡Mi Dios, en qué estado tan lamentable he vivido yo! ¿Qué sería ahora de mí, si hubierais arrojado al fuego este sarmiento seco y separado? Volvedme á unir á la cepa por vuestra divina gracia, amado Salvador mio. En esto, en esto voy á trabajar desde este propio momento.

### JACULATORIAS.

*Ne projicias me á facie tua, et spiritum sanctum tuum ne auferas á me. Salm. 50.*

Ne me arrojéis, Señor, de vuestra presencia, ni permitais que pierda vuestra gracia.

*Quis nos separabit á charitate Christi? Rom. 8.*

¿Quién me apartará del amor de mi Señor Jesucristo?

### PROPOSITOS.

La desdicha de todas las desdichas es estar en pecado mortal. Toda otra desgracia es tolerable: ninguna hay que no pueda tener algun alivio, ó que á lo menos no se acabe en esta vida ó en la otra: sola ésta es sin consuelo. Si la misericordia del Señor no reprimiera la malignidad del enemigo de nuestra salvacion, ningun pecador sobreviviría al estado de la culpa. ¡Qué de funestos accidentes! ¡qué de golpes imprevistos! ¡qué de muertes repentinas se verian á cada instante! Ignórase ahora la verdadera causa de la mayor parte de los trabajos que suceden en esta vida: algun día sabremos que dentro de nosotros mismos estaba el verdadero origen de todos ellos. Se peca, se vive en pecado; ¡y despues nos admiramos de la quiebra en el comercio, de la desgracia en la pretension, de las disensiones entre las familias, de que se hubiese muerto aquel hijo único, que era toda la esperanza de la casa! Mas nos debiéramos admirar de que viviendo en pecado se hubiese salido bien de aquel lance, se hubie-

se ganado aquel pleito, hubiésemos escapado de aquella enfermedad si no supiéramos por otra parte que estas aparentes felicidades no pocas veces son efecto de la ira de un Dios mas irritado contra nosotros. Nunca castiga Dios mas severamente al pecador, que cuando le deja dormirse profundamente en medio de la prosperidad. Si tuviste la desdicha de caer en pecado, ten la fortuna de levantarte al instante. No esperes al domingo ó al primer dia de fiesta para confesarte. Despues de la contriccion, á que al punto te debes excitar, acude al médico espiritual, solicita cuanto antes el remedio. Y si al tiempo que lees esto te acusa la conciencia de alguna culpa grave, no debes pasar el dia sin aprovecharte de la gracia que te hace el Señor. Mira que te expones á peligro de perderlo todo si desprecias este aviso.

2 Es grosero error, que enseñó Wicief, y condenó solemnemente el concilio de Constancia, decir que pues nada de lo que se hace en pecado mortal es meritorio para el cielo, son inútiles en este estado infeliz las buenas obras, las cuales por razon del mismo pecado se harian malas y demeritorias. Error, herejia, embuste diabólico. No, no llega á tanto la malicia del pecado, no obstante que sean tan lastimosos sus estragos. Aunque seas reo delante de Dios de los mayores excesos, de las mas enormes culpas, todavia en este estado puedes y debes hacer obras buenas. Honrar á Dios socorrer á los pobres, obedecer á los superiores, y cumplir con otras obligaciones de religion y de justicia, no solo se puede, sino debe hacerse aun estando en pecado mortal: porque el pecado no dispensa de esas obligaciones. ¿Tienes la desgracia de estar en tan lastimoso estado? pues no solo no debes omitir aquellas devociones que acostumbras, sino que has de alentarte á añadir otras. Mas oracion, mas ayunos, mas penitencia, mas limosnas, para mover á Dios, por decirlo así, á que te conceda la gracia de la conversion. Fuera de las obras de obligacion, que no debes omitir estando en pecado mortal sin cometer otro nuevo pecado, ¿no es justo que procures con otras de supererogacion mover la misericordia de Dios, y aplacar su justicia? Con este espíritu la Magdalena se arrojó á los pies de Jesucristo, y los regó con sus lágrimas; el Públicano suplicó al Señor que tuviese misericordia de él; Cornelio Centurion consiguió que sus oraciones y limosnas subiesen hasta el mismo Dios, y se compadeciese de su ceguedad. Pero en todo caso procura que á estas obras precedan siempre muchos actos de contriccion, y no te descuides en recurrir al sacramento de la penitencia.



## DIA XV.

**San Benito el mozo, llamado comunmente san Benitico, confesor.**

**SAN** Benito, llamado san Benitico por sus pocos años, y por su pequeña estatura, fue un pastorcillo de las cercanías de Aviñon, á quien el Señor quiso prevenir casi desde la cuna con las mas dulces bendiciones de su gracia; contentándose con mostrarle al mundo, como uno de aquellos prodigios que deja ver en él de tiempo en tiempo, pa-

ra crédito de su poder, para ejemplo de nuestra tibieza, aliento de nuestra fe, y confusión de su orgullo.

Nació el año de 1165 en una aldea, que entonces se llamaba Almilat, y puede ser que sea la que ahora se llamó Alvilar, en el Vivarés, diócesis de Viviers, á tres jornadas de Aviñon. Perdió á su padre siendo muy niño; y cuando llegó á la edad de nueve ó diez años, su madre, que le habia criado en el temor santo de Dios, le dió á guardar un hatico de ovejas, á que estaba reducida toda su hacienda. Habiéndose criado nuestro pastorecillo en esta inocencia y simplicidad de costumbres y de fortuna, siendo de edad de doce años le dió el Señor á conocer con modo muy extraordinario, que le habia escogido para obrar grandes maravillas.

El dia 13 de Setiembre del año de 1177, dia señalado por un eclipse de sol, hallándose en el campo nuestro zagalillo guardando sus ovejas, oyó por tres veces una voz del cielo que le dijo: *Benitico, hijo mio, oye la voz de Jesucristo.* Admirado el niño de oír que le hablaban, y que no veía á nadie, respondió: *Señor, ¿quien sois vos que me hablais; porque yo os oigo, pero no os veo? No temas, hijo* prosiguió el Salvador, *óyeme, y haz lo que te diré. Yo soy Jesucristo, tu Dios, que con una sola palabra crié todas las cosas de nada, y puedo hacer todo lo que quiera. Pues, Señor, ¿qué queréis que haga?* le preguntó Benitico. *Quiero que dejes las ovejas, y que vayas á fabricar un puente sobre el Ródano. No, Señor, no puede ser,* replicó el inocente niño, *porque yo no sé qué cosa es Ródano, y no me atrevo á dejar solas las ovejas de mi madre. Obedece con rendimiento y sin réplica,* le dijo el Salvador, *que yo proveere á todo. Yo cuidaré de las ovejas, y te enviaré presto quien te guie al Ródano. Pero Señor,* replicó el niño, *un puente no se hace por poco dinero, y yo no tengo mas que tres maravedis; ¿qué caudal es este para una obra tan grande? Pon toda tu confianza en mí,* respondió el que le hablaba, *y no te dé pena otra cosa.* Penetrado el chico de admiracion, y de una vivísima confianza, dejó al punto las ovejas, y luego se puso en camino. A pocos pasos vió á su lado á un gallardo jóven en traje de caminante, con su palo en la mano, y con unas alforjas al hombro, que le dijo venia á llevarle al Ródano, hasta ponerle en el paraje donde queria Dios que fabricase el puente.

Aunque habia tres dias de camino, se asegura que llegaron en menos de tres horas. Viéndose Benitico á la orilla del Ródano, enfrente de Aviñon, considerando así lo ancho como lo rápido del rio, quedó espantado, y dijo al que le guiaba: *Aquí es imposible hacer puente. No temas, hijo,* le respondió el ángel: *haz lo que Dios te manda, que este Señor nunca manda cosas imposibles, y presto lo experimentarás. Para la barca, preséntate al obispo de Aviñon, y dile la co-*

*misión que llevas.* Diciendo esto desapareció el ángel, y el niño se sintió animado de nuevo aliento y de nueva confianza.

Pidió al barquero que le pasase por amor de Jesús y de María; pero el barquero era judío, y puso mala cara á la petición. Ofrecióle los tres maravedis que tenía, por los cuales le pasó, y le puso á la puerta de la ciudad. Entró en ella Benitico, y se fue derecho á la iglesia, donde á la sazón estaba el obispo predicando. Sin mas formalidad ni preámbulo le interrumpió el inocente niño, y dijo en voz alta, que le enviaba Dios para que levantase un puente sobre el Ródano. Todo el auditorio se echó á reír, y el obispo que se llamaba Poncio, pareciéndole que aquel muchacho seria algun pobrecito simple, mandó que le sacasen de la Iglesia, diciéndole al mismo tiempo, como por burla, que si queria levantar el puente fuese á estar con el preboste de la ciudad. Era el preboste hombre sério, y mal acondicionado, muy á propósito para si el chico estaba loco, hacerle cuerdo con los azotes. Oyó Benitico las palabras del obispo, y entendiéndolas como sonaban, se fue derecho á casa del preboste, y le dijo con grandísima inocencia: *Señor, Dios me envia á fabricar un puente sobre el Ródano, y es menester que usted me ayude.* El preboste, mirándole con ceño y con severidad, pero sin poder contener la risa, le respondió: *Si, niño, me parece muy bien;* y señalando con la mano una gran piedra que habia en el patio, tan gruesa y tan corpulenta que treinta hombres juntos apenas la podrian mover, añadió: *pero es menester que lleves á cuestras esa piedra, porque es la primera que hemos de poner en la obra.* Al instante se fue Benitico á donde estaba la enorme losa, y haciendo la señal de la cruz, la tomó, y se la puso sobre la cabeza con la misma facilidad con que pudiera una china.

Quedaron todos atónitos á vista de aquel prodigio. Informado el obispo acudió al punto con todo el pueblo á casa del preboste; y Benitico, cargado con aquel disforme peso, atravesó toda la ciudad, acompañado del obispo, nobleza y magistrado, y llegando á la orilla del Ródano sentó la piedra en el paraje donde comienza el puente, habiendo tantos testigos de esta maravilla, como vecinos tenia entonces Aviñon.

Ya se dejan discurrir los efectos que causaria el prodigio: todos gritaban, milagro; y el preboste, arrojándose á los pies del Santo, se los besó con humildad, y le entregó de contado trescientas piezas de plata para dar principio á aquella grande obra. El obispo, el clero, la nobleza y el pueblo, todos á porfia le tributaban iguales muestras de veneracion; y queriendo todos contribuir á obra tan milagrosa, en menos de dos horas se juntaron cinco mil monedas, que en aquel tiempo era una suma muy considerable.

A la verdad, no contribuyeron poco á la liberalidad de los vecinos

de Aviñon las maravillas que se siguieron á la primera. Muchos enfermos quedaron de repente sanos solo con besar la mano, ó tocar la ropa de nuestro Santo, contándose hasta diez y ocho milagros en aquel primer dia. Y la prueba mas concluyente de que Dios le habia destinado para aquella grande obra fue la continuacion de prodigios que sucedieron mientras duró su construccion: no siendo el menor de todos la prudencia, la sabiduria y la penetracion de que Dios habia dotado al santo Niño en una edad en que apenas despunta la razon, dirigiendo toda la fábrica con tanto acierto, que los mas hábiles maestros estaban asombrados.

Mientras tanto iba prosiguiendo la obra; y lo que los emperadores romanos, y los mas poderosos reyes de Francia, ó no tuvieron aliento para emprender, ó no pudieron conseguir, se vió casi perfeccionado en el espacio de siete años, mas que por la multitud de los oficiales, por la poderosa direccion del milagroso arquitecto.

Creciendo y dilatándose mas cada dia la fama de nuestro Santo, concurrieron á él muchas personas, así para tener parte en sus trabajos, como para aprovecharse de su doctrina y de sus ejemplos. Formóse, pues, una especie de comunidad ó congregacion religiosa bajo la conducta y gobierno de Benitico, que con el título de *hermanos del puente*, tenian á su cargo la superintendencia de la obra, veían sobre sus reparos, y hacian al público muy importantes servicios. Al mismo tiempo fundó nuestro Santo un hospital para los peregrinos, del que cuidaban tambien los hermanos del puente, en el cual se vió renovado el fervor y la caridad de los primitivos cristianos.

Dióse principio al milagroso puente el año de 1177, y en el espacio de siete años se acabaron todos los pilares, y se perfeccionaron casi todos los arcos, á pesar de la profundidad y la violencia de uno de los mas rápidos y mas caudalosos rios del mundo. Hizo cuanto pudo el enemigo de las obras de Dios, ó para estorbar, ó á lo menos para destruir ésta, que tan visiblemente publicaba su bondad y su poder. En cierto dia que nuestro santo se hallaba en oracion á cinco ó seis leguas de Aviñon, le reveló Dios el accidente que acababa de suceder por malignidad del principe de las tinieblas, y dijo á sus compañeros: *Hermanos, vamos luego á reparar un arco del puente, que el diablo acaba de arruinar*. Vieron despues los hermanos con sus mismos ojos que el Santo no los habia engañado, y que solo Dios pudo revelarles el accidente que habia sucedido.

Entraba Benitico en los diez y nueve años de su edad, cuando el Señor le reveló tambien el dia de su muerte. Dispúsose á ella con nuevo fervor y con mayores penitencias; y asallado de una enfermedad que parecia ligera, teniendo por cierto que se iba acercando su

postrera hora, recibió los sacramentos con extraordinaria devoción. Y como el amor que había profesado siempre á la Santísima Virgen, á quien llamaba su querida madre, había sido muy tierno durante la vida, se explicó mas ardiente y mas fervoroso en las cercanías de la muerte. Aquella confianza sin límites en los dulcísimos nombres de Jesús y de María, que no se le caían de la boca, daba á conocer á todos los circunstantes los tiernos y los encendidos afectos de su abrasado corazón.

Luego se extendió por la ciudad la noticia de su enfermedad, se sobresaltó toda ella, y su muerte llenó de luto á todo el condado de Venesin. Sucedió ésta el día 14 de Abril de 1184; y habiendo merecido en vida tan elevado concepto de su grande santidad, fácilmente se dejar discurrir cuánta sería la pública veneración que logró después de muerto. Atropellábanse todos con el ánsia de besar el santo cadáver, y por el deseo de lograr alguna reliquia suya, siendo objeto del culto y veneración universal de nobleza y clero todo lo que había servido para su uso. Hubo una piadosa competencia entre el obispo, el preboste de la ciudad, y los cabildos, sobre quién había de llevar el santo cuerpo; pero fue menester rendirse todos á la voluntad del Santo, que estando para morir declaró su deseo de ser enterrado en la capillita que él mismo había labrado sobre el tercer pilar del puente, donde tenía de ordinario largas horas de oración. Las exequias mas parecían triunfo que pompa funeral. Metieron el santo cuerpo en un sepulcro de piedra, cubierto con una gran losa, sobre la cual estaba abierta á cincel una cruz, y al lado de ella el nombre del Santo.

Prestó se hizo célebre y glorioso su sepulcro por el gran número de milagros que el Señor se dignó obrar en él. Hallándose en Aviñon el papa Inocencio IV. el año 1245 le canonizó solemnemente por una bula dirigida á todos los fieles, en la cual declara, que la construcción del puente de Aviñon fue una serie continua de milagros desde el principio hasta el fin; y que el Señor honró al santo Pastorcillo después de su muerte con un prodigioso número de maravillas.

Habiéndose arruinado una gran parte del puente el año de 1669 por el descuido de repararle con tiempo, se vió precisada la ciudad de Aviñon á retirar de allí el cuerpo del Santo. Abrióse el sepulcro á presencia del provisor y vicario general del arzobispado en sede vacante el día 18 de Marzo de 1670 delante de notarios públicos, y de multitud innumerable de pueblo. Quedaron todos devotamente admirados al ver el santo cuerpo entero, fresco y flexible, sin la menor señal de corrupción. Hasta las mismas entrañas se conservaban ilesas, y los ojos con un color tan natural, y con la misma vivacidad

que si estuvieran vivos. Las barras de hierro que atravesaban el sepulcro se encontraron todas roídas del orin; pero el vestido del Santo, y el lienzo en que le envolvieron, tan enteros y tan nuevos como el mismo dia en que le enterraron. El cuerpo no tenia mas que cuatro pies y medio de largo, y el semblante mostraba ser de un mocito muy jóven. Colocóse como en depósito esta preciosa reliquia con mucha solemnidad en la capilla del hospital de san Benitico; de donde el año de 1674 fue trasladada á la iglesia real de los Padres Celestinos, y puesta en un magnifico sepulcro, sobre el cual se representa en relieve la imágen del Santo en figura de un jóven pastorcillo, acompañada de otras medallas de medio relieve, en que estan representadas las principales acciones de su vida.

**La misa es de la dominica precedente, y la oracion  
la que sigue.**

*Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Benedicti, confessoris tui solemnitate deferimus: ut qui nostram justitiam fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuremur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...*

Atendel Señor, á las súplicas que os hacemos en la solemnidad de tu glorioso confesor el bienaventurado Benito para que seamos ayudados por su intercesion, ya que no tenemos confianza en nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epistola es del capítulo 1 de la primera que escribió  
san Pablo á los Corintios.**

*Fratres: Videte vocationem vestram; quia non multi sapientes secundum carnem, non multi potentes, non multi nobiles: sed quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes: et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea, quæ non sunt, ut ea quæ sunt destrueret: ut non gloriaretur omnis caro in conspectu ejus. Ex ipso autem vos estis in Christo Jesu, qui factus est nobis sapientia à Deo, et justitia, et sanctificatio, et redem-*

Hermanos: considerad vuestra vocacion, porque no la hicieron muchos sábios segun la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles: antes bien Dios eligió las cosas estultas del mundo para confundir á los sábios; y las cosas débiles del mundo eligió Dios para confundir las fuertes; y las cosas bastas del mundo y despreciables eligió Dios, y aquellas que no son, para destruir las que son: á fin de que ningun viviente se glorie en presencia suya. Vosotros empero sois de él en Cristo Jesus, el

*tio: ut quemadmodum scriptum est: Qui gloriatur, in Domino gloriatur.*

cual ha sido hecho por Dios sabiduría para nosotros, y justicia, y santificación y redención: por lo cual, segun lo que está escrito, el que se gloria, gloríese en el Señor.

## NOTA.

Era Corinto una de las principales ciudades de la Grecia, metrópoli, esto es, capital de la provincia de Acaya. Pasó á ella san Pablo hacia el fin del año 52 á predicar el evangelio á los gentiles, y se detuvo en dicha ciudad diez y ocho meses instruyendo á los fieles recién convertidos en la religión cristiana. Por el mes de Abril del año de 54 partió de Corinto á Jerusalem, y desde aquí á Efeso, donde estuvo tres años. Desde esta última ciudad escribió su primera carta á los Corintios el año de 57 de la encarnación de Cristo.»

## REFLEXIONES.

Es el orgullo un achaque tan comun y tan popular como todas las enfermedades corporales. A todos se pega, y á todos acometa; y aunque es verdad que en la corte y en el trono reina con mayor fausto, y con mas pomposo aparato, pero no pocas veces domina con no menor imperio en el desierto, y entre el saco y debajo de la ceniza. Dicese que el orgullo es una especie de hinchazon, porque el que le padece se imagina que ocupa mas lugar del que ocupa efectivamente. No hay enfermedad mas fácil de curarse, y ninguna hay de que menos enfermos se curen. Un poco de reflexion sobre la naturaleza del mal, y sobre las cosas que le irritan; un poco de entendimiento, una razon natural medianamente despejada, bastan para descubrir la inanidad, la ridiculez de nuestras vanas ideas. Es una pasion que parece lleva consigo misma el contraveneno.

Eres vano, fiero, altivo, soberbio; pues pregúntate alguna vez á ti mismo: ¿porqué motivo lo eres? La misma causa de nuestra vanidad nos llenará de vergüenza, si tenemos un adarme de entendimiento, y una pizca de religion. La mayor parte de los hombres, pero especialmente de las mugeres, no hallará otro principio, otro origen de la demastada merced que se hacen á si mismos, y del desprecio con que tratan á los demás, sino unas razones, que ó son fuera del asunto, ó si tienen alguna fuerza, únicamente es para corcernos y para avergonzarnos.

La nobleza, cierta distincion, cierta clase en que nos coloca una dignidad, un empleo, un magnifico tren, vestidos ricos, galas ostentosas, un cuarto preciosamente alhajado, muchas rentas, un entendimiento perspicaz, vivo, brillante, gran fama, meter ruido en el mundo, una hermosura que encanta, que embelesa, que arrastra,

que conquista: estas son las cosas que más de ordinario producen esta pasión y la fomentan. Pues convenzámonos de la bajeza de su origen, de la indecencia de su conservación; y nos avergonzaremos de haber sido tanto tiempo indignos esclavos suyos.

Engreírse por haber tenido un abuelo de gran mérito: mirar á los demás con desden y con desprecio porque se lee su apellido en pergaminos viejos y roídos, porque las armas de su casa se ven en edificios antiguos y arruinados; ¿puede haber opinión más mal fundada? Desengañémonos, que el mérito es personal, y las virtudes no son hereditarias. Mas glorioso es dejar á la posteridad una nobleza que no se recibió, que haberla adquirido de sus antepasados. No se niega que la nobleza adquirida logre sus prerogativas autorizadas por el mismo Dios, ni que sea digna de respeto; lo que se pretende es, que nunca puede ser título de ostentación y de orgullo.

La elevación en que nos colocó una dignidad, un empleo, que acaso se compró con el mérito del dinero, ¿es motivo justo para mirar con desden, con sobrecejo á los que están un poco más abajo? en todos los estados parece bellamente la modestia; pero en los de mayor distinción se hace mucho más respetable. Al contrario el orgullo, es mucho más odioso cuanto más elevado se le mira. ¿Qué cosa más fuera de razón que estimar menos á los otros, porque eres más rico, ó porque eres más galán? ¿qué gloria más indigna, ni más baja, qué vanidad más digna de compasión, que ser orgulloso, altivo y fiero, porque tienes una rica carroza, unos hermosos caballos, gordos, lucidos y bien enjaezados; un gran tren, una magnífica librea, y de bello gusto? Y el tener más diges ó más cachivaches sobre tí: el saber-te vestir mejor que las otras, ¿será motivo racional para que te encarames y te hinches? Con todo eso, esta es la vanidad más común de las mugeres. Desprecias á los demás, porque te presentas en la calle con mayor fausto y con más profanidad; pero el que ha menester tanto aparato para hacerse estimar, no se yo que sea muy estimable. Por otra parte, en dando á la habilidad del sastro las alabanzas que merece, y al valor del paño ó de la tela el precio que le corresponde, ¿qué quedará para el que la trae, si no tiene otro mérito que el del vestido? Pero dices que eres hombre de entendimiento: si eso es así, no tendrás vanidad, porque el orgullo es pasión de tontos, y rara vez se encuentra en los que no lo son. Acordémonos que dentro de nosotros mismos llevamos todos los materiales que son menester para humillarnos. Acordémonos, que Dios elige lo más flaco del mundo para confundir lo más fuerte; que escoge lo menos noble, lo más despreciable, y las cosas que no son, para destruir las que son, á fin de que ninguno pueda gloriarse de nada en su divina presencia. *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia; et ignobilia*

*mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea, quæ non sunt, ut ea, quæ sunt, destrueret: ut non gloriatur omnis caro in conspectu ejus.*

**El evangelio es del cap. 18 de san Mateo.**

*In illo tempore: Advocans Jesus parvulum, statuit eum in medio eorum, et dixit: Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum caelorum. Quicumque ergo humiliaverit se, sicut parvulus iste, hic est major in regno caelorum.*

En aquel tiempo: Habiendo llamado Jesus á sí un niño, lo puso en medio de sus discípulos, y dijo: En verdad os digo, que si no os trasformais y hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se humillare como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos.

### MEDITACION.

*De la desconfianza de sí mismo.*

**PUNTO PRIMERO.**—Considera que en materia de virtud, la desconfianza de sí mismo no es aquel desaliento que consiste en un excesivo miedo de no poder conseguirla, y que no pocas veces degenera en pusilanimidad: es una virtud que nos hace visible nuestra nada, que nos obliga á no contar con nuestras fuerzas, y nos induce á colocar toda nuestra confianza en la bondad omnipotente de nuestro Dios. Pocas virtudes hay que nos inspiren mas aliento, y pocas tambien que hagan descender sobre nosotros mayores auxilios del cielo. Aquel bajo y humilde concepto que se tiene de sí mismo, gana el corazón de Dios; y la confianza en su bondad, sin la cual la desconfianza no sería virtud, sino cobardia y pobreza de espíritu, le mueven á derramar sobre nosotros sus gracias con mano mas liberal y mas benéfica.

Nunca soy mas poderoso, decía de sí san Pablo, que cuando conozco mi flaqueza y mi miseria. Aquel Señor, que crió todas las cosas de la nada, parece quiere que se presuponga siempre el conocimiento de nuestra nada, como precisa condicion, ó como disposicion necesaria para todas las maravillas que pretende obrar por ministerio nuestro. Si escogió á Moisés para que librase á su pueblo de la esclavitud de Egipto, no le despachó á este fin hasta que aquel grande obrador de milagros reconoció su incapacidad y su nada: *Quisum ego ut eadam?* (Exod. 3.) ¡Ab, Señor! exclama Jeremias, cuando le destina Dios para anunciar su palabra á los reyes y á las naciones. ¡Ab, Señor! que no se hablar, porque soy como un niño: *A. á á, Domino Deus: ecce nescio loqui, quia puer ego sum.* (Jerem. 1.)

El mismo concepto formó de sí Ezequiel, y habló de la misma manera. ¿Qué santo se hallará en la Iglesia de Jesucristo, que hubiese pensado ni hablado de otro modo? Este vivo conocimiento de su flaqueza y de su nada, tan lejos estuvo de hacerlos inútiles y ociosos, que antes los movió á trabajar con mayor confianza, y con mucho mayor fruto. Mirándose, ó considerándose como meros instrumentos en las manos del Señor, á nada se negaban, todo lo emprendían, confiados en la sabiduría, en la destreza, y en el poder del soberano Artífice, que los ponía en movimiento. Considera la empresa á que se alentó san Benildeo: admira aquel esfuerzo y aquel ánimo; pero reconoce en él la asistencia del Todopoderoso, adorándola en el milagroso suceso de su empresa. ¡O, Dios mio, y cuantas maravillas obraríamos, si tuviéramos bien conocida nuestra insuficiencia! Confiamos demasiado en nuestra habilidad, en nuestras propias fuerzas; y haciéndonos demasiada merced á nosotros mismos, nos desdeñamos de ser instrumentos, y queremos ser artífices y causas principales. ¡Y despues de esto, nos admiramos de que Dios no eche la bendición á nuestras empresas! ¿de que hagamos tan pocos progresos en el camino de la perfeccion! ¿de que se desgracien ó se desvanezcan todos nuestros intentos!

Punto segundo—Considera que la desconfianza de sí mismo, acompañada de la confianza en Dios, es virtud muy necesaria para obrar en todo con fruto y con acierto. Complácese Dios en confundir nuestro orgullo, echando á rodar nuestros proyectos, y burlándose, por decirlo así, de nuestra prudencia humana. ¿Cuántas veces salen falsas las medidas que se toman, al parecer, con mas cordura y miramiento? ¿cuántas dan al traves la fuerza y la industria por mas acordes que caminen? ¿cuántas no corresponde á los cuidados y á las fatigas el suceso de las empresas concertadas y seguidas con la mayor prudencia? ¿Será porque los medios no se proporcionan con el fin? No es eso; es porque contamos demasiado con nuestro poder y con nuestra maña. ¿Acaso nos pasó siquiera por el pensamiento interesar á Dios en lo que emprendíamos? ¿Qué parte tuvo en ello? ¿Sirviéndonos de impulso, de fin ó de motivo su mayor gloria? ¿fue su divina voluntad regla de la nuestra? ¿hicimos alguna diligencia para conseguir ni para merecer su asistencia? ¡Ah, que no menos temerarios é insensatos que los descendientes de Noé, pretendimos levantar nuestro soberbio edificio hasta las nubes, sin consultar mas que á nuestras propias fuerzas, y á nuestra desvanecida ambicion, y el Señor se rió de nuestras locas empresas! Confunde Dios nuestra falsa prudencia con nuestra misma ambicion. Dices que nada te sale bien; pero dime, ¿sobre que cimientos fundas? sobre arena movediza, sobre tierra poco sólida; porque á ninguna otra cosa se puede compa-

rar mejor nuestra presuntuosa suficiencia. Queremos ser los únicos artifices de nuestra fortuna; y todo lo echamos á perder. Pone Dios toda la fuerza de Sanson en los cabellos; y para derrotar á los Filisteos no le da mas armas que la mandíbula ó la quijada de un vil y humilde animal. Solo con el sonido de las trompetas, y con llevar en las manos luces encendidas, echa por tierra los muros de la soberbia Jericó. ¡Mi Dios, y con que divina elocuencia convencen estas figuras lo poco que debo fiar de mis fuerzas, de mi habilidad, y de mi industria!

Ninguna cosa empeña tanto al Señor á echar su bendicion sobre todo lo que trabajamos, como la rectitud, la pureza de intencion, y la firme actual persuasion de nuestra insuficiencia. Reconozcámonos pobres, flacos, inhábiles: entremos muchas veces dentro de nuestra propia nada: conozcámonos ni mas ni menos como somos; y sin razon de dudar, recurriremos siempre á aquél de quien dimana todo buen suceso. Todo cuanto hay dentro y fuera de nosotros nos está predicando nuestra pobreza y nuestra general ineptitud; tinieblas en el entendimiento; ilusiones en el corazon, desproporcion en los medios: del tiempo no podemos disponer, ni alcanza nuestra luz á preveer los estorbos: todo nos convence nuestra insuficiencia, y con todo eso en todo obramos como si fuéramos independientes. El orgullo nos ciega, la concupiscencia nos precipita, y la pasion nos atolondra.

Echa el cielo la bendicion á todo lo que se emprende, cuando se emprende con desconfianza de sí mismo: cuando se está en la persuasion de que nuestros alcances son muy limitados, nuestras medidas muy cortas, nuestra prudencia muy niña, nuestra industria muy cefida, y todos nuestros esfuerzos siempre insuficientes y poco seguros. Coloquemos en Dios toda nuestra confianza, que este recurso lo suple todo, y resarce con ventajas la cobardia que podía inspirarnos la desconfianza en nosotros mismos.

¡O mi Dios, y que poco he conocido hasta aquí en que consiste la verdadera prudencia y la fuerza de un cristiano! Si, dulce Salvador mio, confieso que he contado con mis propias fuerzas mas de lo que debiera; pero con vuestra gracia yo me aprovecharé bien de este conocimiento de mi falta; y desconfiando de mí mismo, de hoy en adelante pondré en solo vos toda mi confianza.

#### JACULATORIAS.

*Maledictus homo, qui confidit in homine, et ponit carnem brachium suum. Jerem. 17.*

Maldito es el hombre que pone su confianza en otro hombre, y que fia á su carne la fuerza de su brazo.

*Benedictus vir, qui confidit in Domino, et erit Dominus fiducia ejus. Jerem. 17.*

Bendito es aquel que confia en Dios, siendo el Señor toda su confianza.

### PROPOSITOS.

El hombre no es mas que miseria: del fondo mismo de nuestro corazon nacen el error, la obscuridad y las tinieblas. Ni aun la razon siquiera está libre, porque las pasiones la ciegan y la arrastran. Sanson pierde juntamente con su fuerza la libertad y los ojos. Tan poco advertidos como él, decimos con demasiada confianza en nuestras propias fuerzas: *Egrediar, et me exequiam*: (Judit. 16). Sabré lograr mis intentos por mi habilidad y por mi industria: saldre con esta idea; llevaré al cabo tal proyecto, concluiré felizmente tal negociacion, y yo mismo me fabricaré mi fortuna. Con esta vana confianza se aplican los medios, se hacen los mayores esfuerzos, se ponen en movimiento todas las máquinas, todos los artificios; y al cabo, ¿qué es lo que se consigue? verse lastimosamente sepultado entre sus ruinas. Así se complace Dios, por decirlo así, en confundir nuestra ambicion. Aprovechate de estas reflexiones, y en adelante no atribuyas el mal suceso de tus negocios y pretensiones, ni á la multitud de concurrentes, ni á la malicia de los envidiosos, ni á la emulacion, interes, ó mala fe de los que desbaratan tus medidas: el verdadero origen de tu desgracia es esa prudencia puramente humana, esa frivola confianza, ese brazo de carne en que te fias. Gobiérnate en lo sucesivo por mejores principios, y edifica sobre mas sólidos cimientos. Nunca emprendas cosa, sino confiado en la asistencia del cielo. Haz poco caso ó ninguno de tu industria, de tu poder y de tu crédito, teniendo presente aquel oráculo: *Nisi Dominus edificaverit domum, in vanum laboraverunt qui edificant eam*. (Salm. 126). Si el Señor no toma de su cuenta este negocio, esta empresa; si él mismo no levanta mi casa, inútiles son todos los esfuerzos de cuantos se empeñan en levantarla. En vano velamos nosotros, si el Señor no vela. Debemos, decía nuestro padre san Ignacio, tener en Dios una confianza tan perfecta, como si él solo, sin concurso nuestro, hubiera de hacer todas nuestras obras, y debemos nosotros aplicarnos á ellas con tanto cuidado, como si nosotros solos las hubiéramos de hacer sin concurso suyo.

No basta desconfiar de nuestras fuerzas y de nuestra industria: es necesario proceder como hombres que todo lo esperan de Dios. Primero: Nunca emprendas cosa alguna sino por motivos verdaderamente cristianos. La gloria de Dios y nuestra salvacion deben ser el principal objeto de todas nuestras empresas. Si Dios no tiene parte en

el fin, tampoco la tendrá en los medios. Segundo: Antes de dar principio á ese pleito, de entrar en ese negocio, de empeñarte en esa pretension, vete á una iglesia, póstrate á los pies de Cristo crucificado, lleno de fe y de confianza en su bondad, ofrécele y encomiéndale lo que piensas emprender, pidiéndole te asista para salir bien de lo que intentas, si ha de ser para mayor gloria suya y provecho de tu alma. Vuélvete á la santísima Virgen, é implora tambien su proteccion. La antifona *Sub tuum presidium*, y la *Salve*, que repite la iglesia tantas veces, son admirables oraciones para dar feliz principio á todas nuestras obras. Tercero: Confiesa y comulga con el mismo fin, porque siempre se consiguen los auxilios necesarios, cuando se recurre á la fuente de las gracias. Cuarto: Pide á otros que encomienden á Dios el buen suceso, y haz decir algunas misas; por que ninguna cosa mueve mas á Dios que el sacrificio de esta victima incruenta. Quinto: Interesa en tu pretension ó en tu negocio á los santos ángeles, particularmente al santo ángel de tu guarda, cuya devocion es una de las mas importantes y de las mas eficaces para todo. Y no nos hemos de contentar con recurrir á esos medios espirituales solamente en el principio de nuestras empresas, sino que debemos repetirlos muchas veces en el curso de la negacion ó de la obra.



## DIA XVI.

**El beato Joaquin, confesor, del orden de los Servitas.**

**E**l beato Joaquin nació en Sena el año de 1258. Fue su padre de la noble familia de los Pelicanis; y su madre, venerada de todos por mujer de singular virtud, no fue de inferior calidad. Pero lo que mas ilustró á los dos nobles casados, fue la eminente santidad de su hijo, de que dió grandes indicios desde su mas tierna infancia.

Apenas se podia aún conocer por su corta edad el rumbo hácia don-

de se dirigian sus inclinaciones, cuando se reconoció que todas ellas eran hácia la piedad, sin descubrirse en él otra pasión dominante que el amor á la virtud. La vivacidad de su ingenio junta al candor de un natural dócil, sincero y apacible; sus facciones delicadas y de hermosa proporcion; cierto aire grato, noble y naturalmente despejado; unas costumbres inocentes; un juicio maduro y muy anticipado á la edad; el airoso desembarazo de todas sus acciones, que sin estudio ni artificio salian todas cultas, graciosas y cortesanias, le hacian dueño sin resistencia, solo con dejarse ver, de los corazones de todos; pero su compostura, su modestia, aquel frecuente ejercicio de oracion en que se le veia, y sobre todo la ternisima devocion que manifestó desde luego á la santisima Virgen, le constituyeron objeto digno de la pública admiracion. Parece que la caridad con los pobres, y la devocion á la Reina de los ángeles, habian nacido con él.

Luego que supo de memoria la salutacion angélica, todo su gusto era estaria continuamente repitiendo; cada vez lo hacia con mayor devocion y con mayor ternura. No tomaba gusto en los ordinarios entretenimientos de los demás niños, siendo su única diversion estarse en la iglesia, y hacer oracion á Dios delante de alguna imágen de la Virgen; habiéndose impuesto desde aquella inocente edad una ley, que observó religiosamente toda la vida, de rezar una *Ave Maria* siempre que viese alguna imágen de esta Señora.

Á la oracion juntó la mortificacion y el ayuno, porque creciendo con la edad su devocion á la Virgen, ayunaba á pan y agua en honra suya los miércoles y los sábados; postrado continuamente delante de sus altares, y no acertando con otra conversacion que con la de las excelencias y grandezas de la Emperatriz de los cielos.

No era menos sobresaliente en él la caridad con los pobres. Casi desde la cuna descubrió esta cierta compasion de todos los miserables: tanto, que aun siendo niño, se despojó muchas veces de sus vestidos para cubrirlos á ellos. Y gastando en limosnas todo el dinerillo que le daban para jugar, como éste no bastase á contentar su caridad, importunaba continuamente á sus padres y parientes, exortándolos á que fuesen liberales con los pobres de Jesucristo, á quienes llamaba hermanos suyos. Temiendo su padre que la caridad de Joaquin declinase en algun exceso reprehensible, juzgó ser de su obligacion moderársela algun tanto, y un día le habló de esta manera:

«Grande gusto me da la tierna compasion que observo en tí hácia los pobres; ninguna virtud es mas propia de un corazon que nació con obligaciones; pero la prudencia debe ser regla de todas. Si continúas como hasta aquí en dar limosna sin limites, presto nos pondrás á todos en necesidad de pedirla; quiérote caritativo, pero no te quiero pródigo.»

No permita Dios, respondió el piadoso Mancebo, que yo me desvíe jamás de vuestra voluntad, ni falle á vuestra obediencia. Solo quisiera me diéscis licencia para representaros, que el medio mas seguro y mas eficaz, no solo para conservar, sino para aumentar los bienes que el Señor nos ha dado, es ponerlos en manos de los pobres. Vos mismo, Señor, me habeis enseñado, que la limosna que se hace á estos, al mismo Cristo se le hace: siendo esto así, me parecia á mi que el dar mucha limosna es comercio: sin dejar de ser caridad, y con tal deudor nada tenemos que temer; porque en mi modo de concebir, las riquezas no tienen otro mérito que las hagan recomendables, sino proporcionarnos medios para ganar mucho cielo.»

No pudo reprimir las lágrimas el piadoso padre, y no dió otra respuesta al cristiano discurso de su Hijo, que la de estrecharle tiernamente entre sus brazos. No se hablaba entonces en Sena de otra cosa que de la extraordinaria virtud de nuestro Joaquin. Tenian particular gusto de tratar con el santo Niño las personas mas condecoradas, siendo rara ó ninguna la conversacion de que no sacasen algun fruto; y aunque apenas contaba quince años, todos deseaban á competencia verle, hablarle, y encomendarse en sus santas oraciones.

Á la verdad, eran tan abundantes las bendiciones celestiales que el Señor habia derramado sobre aquella alma inocente, que apenas era posible comunicarle sin experimentar en el corazon muchos inanimados movimientos hácia la virtud. Crecia cada día su devocion, y crecian al mismo paso las gracias que el Señor le comunicaba. Ayunaba desde entonces la cuaresma con el último rigor; y habiendo observado su padre que en este tiempo madrugaba extraordinariamente para ponerse en oracion, quiso aecchar una mañana lo que le pasaba en ella; pero quedó gustosamente sorprendido cuando advirtió todo el cuarto iluminado de una celestial purisima llama, y á su hijo en medio de la que parecia hoguera extático y elevado: dió voces, acudió la familia; pero ni los gritos del padre, ni el estruendo de los criados bastaron para que volviese en sí el inflamado Mancebo. El semblante arrojando fuego, los ojos fijos en el cielo, el gesto risueño, y vertiendo apacibilidad y dulzura, mostraban bien á todos las que interiormente inundaban aquella purisima alma. Ignoró Joaquin lo que habia pasado durante su arroamiento; pero extendida la voz por toda la ciudad, creció á lo sumo la veneracion con que ya le miraban todos: oíanle con admiracion, hablabanle con respeto; y como todo el empeño de su devoto corazon era ver honrada y venerada á la santisima Virgen, no es fácil explicar la felicidad con que inspiró en toda la ciudad la mas tierna devocion á esta Señora.

Ya se dejaba conocer que una virtud tan extraordinaria no habia nacido para el mundo. Crióle Dios para que fuese uno de los mas brillan-

los ornamentos del estado religioso, y le comunicó uno de aquellos misteriosos sueños, en que en otros tiempos acostumbraba hablar á los profetas y á los santos. Parecióle que veía á la santísima Virgen mas resplandeciente que el sol; y que hablándole con toda la ternura de madre, le decía: «No quiero, hijo mio, que permanezcas mas tiempo entre los uracanes tempestuosos del siglo; entra en aquella religion que coloca toda su gloria en servirme, y que por esto merece la honre yo con mi singular proteccion. Algun estorbo opondrá á estos intentos el amor carifioso de tus padres; pero yo te instruiré en el modo de vencerle: ea, vé, y aumenta el número de mis amados siervos.»

Fácilmente comprendió el devotísimo Mancebo lo que Dios queria de él; porque aunque estaba aún en la cuna la religion de los servitas, ó de los siervos de Maria, edificaban ya á toda la Europa las eminentes virtudes de sus fervorosos hijos, y se habian levantado, no solo con la veneracion, sino con los corazones piadosos de los fieles. Ni á la innata inclinacion de nuestro Joaquin podia proporcionarse religion mas de su genio, que la que por propio instituto estaba toda dedicada al mayor culto de Maria. Presentóse al punto á san Felipe Benicio, general de toda la órden, pidiéndole con instancia que le recibiese en ella. Luego que en su familia se llegó á entender ó á sospechar lo que pasaba, fuo general la conmocion y el sobresalto, y no perdonó á medio ni á diligencia alguna para desvanecer la pretension: empeños, razones aparentes, motivos plausibles, súplicas, ruegos, lágrimas, todo se puso en movimiento, pero todo inutilmente: porque el iluminado Benicio, que estaba mejor instruido en los altos designios de la divina Providencia, hizo mas caso de las instancias del pretendiente, que de las lágrimas de su ilustre parentela. Recibióle en la religion, y conoció desde luego que habia recibido en ella un santo mas.

No parece cabia en un novicio mayor fervor, ni mas hermoso conjunto de virtudes. Por la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen, tomó el nombre de Joaquin. Aún no tenia catorce años, y ya se le proponian á sí mismos por modelo los religiosos mas ancianos. Los officios mas penesos y de mayor abatimiento eran los que mas se conformaban con su humilde inclinacion; y á no poner discretos limites á su fervor la virtud de la santa obediencia, él solo cargaria con los de toda la comunidad.

La única cosa que le mortificaba en la religion, era la prudente atencion que se tenia á sus pocos años y fuerzas. Habiendo ordenado san Felipe á los demás novicios que fuesen trasportando á otra parte un monton de tierra que habia en la huerta, no quiso que Joaquin los ayudase. Aflijóse mucho su humildad, y suplicó al prior que á lo menos le diese licencia para ir sacando tierra mientras comian los hermanos. Como era por tan poco tiempo, condescendió el prior en sus instancias;

y Dios se valió de esta ocasion para manifestar por un prodigio la santidad de su Siervo, porque en menos de media hora trasportó él solo toda la tierra que veinte hombres en veinte dias no hubieran podido trasportar.

Aunque los superiores desearon mucho que se ordenase, nunca fue posible vencer en esto su humildad. Quanto mas celebrada era su virtud, con mayores ansias apelecia el vivir desconocido y retirado. Concurrían de todas partes por verle y por comunicarle, sin que ninguno lo lograra, que no se retirase á su casa con algun provecho de su santa conversacion. Frutos fueron de su zelo algunas portentosas conversiones, la reforma general de las costumbres en toda la ciudad de Sena, y sobre todo, la singular devocion que se encendió en ella á la santísima Virgen. La honra y la veneración al santo, que á esto como necesariamente se seguía, asustaron tanto á su humildad, que pidió con instancias al padre general le enviase á un lugar donde no fuese conocido; y condescendiendo con ellas, le hicieron partir secretamente para Arexó.

Pero apenas corrió la noticia por la ciudad de Sena, cuando toda se llenó de tristeza y desconsuelo. El clero, el magistrado, la nobleza, el pueblo todo se mostró tan afligido, y aun se declaró tan inquieto, que no fue posible sosegarle hasta que se envió orden al Siervo de Dios para que se volviese. Restituyóse con él la alegría á la ciudad, y sin hacer caso de su humilde resistencia, fue recibido en ella como en triunfo: tanto es el poder que logra la virtud sobre los corazones.

Restituido Joaquín á su patria, se dedicó enteramente á ganar para Dios las almas de sus ciudadanos. A la invencible fuerza de sus oraciones, de sus exhortaciones y de sus buenos ejemplos, mudó de semblante toda aquella populosa ciudad. Parece que con solo verle y hablarle bastaba para convertirse. Pero su caridad, especialmente con los pobres enfermos, tuvo un no sé qué de singular y extraordinaria. Aconsejaba en cierta ocasion á la paciencia á un pobre enfermo que padecía el mal caduco: oyóle éste con poco gusto, y le dijo, no sin algun desabrimiento: *Padre, á los que estan tuenos y robustos les cuesta poco aconsejar la paciencia á los enfermos.* Entonces Joaquín, prodigo de caridad, suplicó con vivas instancias al Señor librase á aquel pobre de su mal, y se le diese á él. Fue oído, sanó el enfermo, acometió al Santo el accidente de epilepsia que le duró hasta la muerte; pero desde luego comenzó Dios á premiar con grandes milagros un acto de caridad tan heroico.

Ayudando á misa el dia de la Asuncion de la Virgen, le acometió el accidente de epilepsia, y cayó sin sentido en tierra, quedándose suspendida en el aire la vela que habia tomado en la mano al tiempo de la elevacion, y manteniéndose así todo el que duró el accidente. Muchas veces le vieron absorto en Dios, y rodeado de un brillante resplandor,

casi tan resplandeciente como el del mismo sol. Estremeciábase los demonios al oír el nombre de Joaquín, y libró á muchos endemoniados pronunciando los dulcísímos nombres de Jesús y de María. Apenas había enfermo á quien no diese salud, y á todos inspiraba, por lo menos, deseos eficaces de padecer sus dolores y enfermedades con paciencia. Hacía grandes y frecuentes conversiones, siendo un modo pero elocuente sermón todo cuanto en él se veía; su semblante extenuado y penitente, su dulzura, su modestia, su paciencia, y su afabilidad.

Era su mortificación correspondiente á todas las demás virtudes. Su vida fue un perpétuo ayuno: servíase de los instrumentos mas rigurosos que podía inventar para macerar aquel cuerpo sujeto y reducido á la servidumbre desde su mas tierna infancia, y ejercitado por otra parte con los frecuentes insultos de su molesto accidente; y en medio de eso, siempre que ponía los ojos en algun crucifijo, se llenaba de confusión, reprendiéndose su excesiva delicadeza y su regalo. El vivo deseo de padecer por amor de Jesucristo le excitaba unas ardientes ansias del martirio, y le concedió el Señor un buen equivalente en lo restante de su vida. Porque como le suplicase con fervorosas instancias que se dignase satisfacerle aquellos encendidos deseos que tenía de padecer por su amor, fue oído liberalmente con un nuevo género de enfermedad, que redujo su cuerpo á un asqueroso hervidero de gusanos. Mostró bien en su exterior alegría el gozo que sentía su corazón por verse de aquella manera. Finalmente, la noche del Jueves santo tuvo una visión, en que se le dió á entender, que Dios quería retirarle presto de este mundo. Pidió al Señor que fuese el dia siguiente, y á la misma hora que el Salvador había espirado. Con la segura confianza de que había sido oída su oración, pidió que se juntase la comunidad para despedirse de ella, pedirle perdón del mal ejemplo que la había dado, y dar gracias á todos por la mucha paciencia y caridad que habían usado con él. Admiráronse todos, porque al parecer nunca había estado mejor el Siervo de Dios que en aquel dia. Conociólo el Santo, y les dijo: «Veo que me creéis con alguna dificultad, porque no hay señas que anuncien mi cercana muerte: con todo eso espero en la misericordia de mi Dios, que antes que acabeis los oficios que vais á comenzar, habré yo acabado mi carrera.» A esto respondieron todos con suspiros y con lágrimas. Quedáronse los cuatro padres mas graves de la comunidad haciendo compañía al moribundo, que absorto todo en Dios, mostraba bien en los fervorósísimos actos de amor en que se ejercitaba, que el fuego del mismo divino amor iba á consumir aquella inocente víctima. Acabábase de cantar la pasión, cuando aquella purísima alma, abrasada del amor divino, é inundada en consuelos celestiales, fue á entrar en los gozos del Señor el mismo dia del Viernes santo del año 1305, á los cuarenta de su edad.

Confirmó luego Dios con nuevos milagros el concepto que ya se tenía de la santidad de su fiel Siervo. Fue enterrado en Sena en la misma Iglesia de su convento con aquella pompa y con aquella veneración que correspondían á la fama de su eminente virtud; y el Señor hace cada día mas glorioso su sepulcro con las maravillas que obra en él por su poderosa intercesion. Habiendo examinado el cardenal Belarmino en la sagrada congregacion de ritos, de órden del papa Paulo V, los procesos que se hicieron en órden á su beatificacion, permitió su Santidad que se rezase de él en toda su órden, lo que confirmó despues el papa Urbano VIII.

**La misa es del Común de confesor no pontífice, y la oracion la que sigue.**

*Adesto Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Joachimi, confessoris tui solemnitate desideramus; ut qui nostram justitiam fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...*

Atended, Señor á las súplicas que os hacemos en la solemnidad de tu confesor el bienaventurado Joaquin, para que pues no podemos confiar en nuestra justicia, seamos ayudados por los merecimientos de aquél, que tuvo la dicha de agradaros. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epístola es del cap. 3 del apóstol san Pablo á los Filipenses, y es la misma que el día II, folio 40.**

NOTA.

«Hallándose en Roma el Apóstol el año de 62 de la Encarnacion de Cristo; escribió esta carta á los Filipenses, pueblos de Macedonia, reduciéndose su asunto á darles gracias por la caridad que habian usado con él, y por la liberalidad con que le habian socorrido.»

REFLEXIONES.

Ninguna cosa debe humillar tanto al hombre como los errores de su entendimiento y las ilusiones de su corazon. En uno y en otro se engaña groseramente. Suele errar mucho en sus juicios, y mas en sus deseos. Las pasiones nos tiranizan, y hecho esclavo de ellas el corazon, perdió su libertad el entendimiento: cede la razon á la inclinacion y á la preocupacion, y queda obscurecida la luz que la alumbraba. Del corazon corrompido se levantan las tinieblas que la estorban; de aqui nacen aquellas ilusiones, aquel mal modo de discar-

rir, aquel errar aun en los mismos principios. Estimase lo que debiera despreciarse; ámase lo que por toda la eternidad será materia del mas cruel dolor, y objeto digno de la mayor aversion y del mas vivo arrepentimiento. No solo deslumbra los ojos de una brillantez falsa y aparente, sino que toda la atencion suele dejarse arrastrar de ella. En vano nos dan gritos para que nos guardemos del lazo, para que conozcamos la mentira, para que advertamos el error. Ordinariamente estamos tan sordos como ciegos, siendo tanta la preocupacion, que ni aun creemos á los mismos que fueron triste juguete del engaño. Es esta una enfermedad popular y contagiosa: apenas alcanzan las mayores precauciones para que no se comunique y no se pegue con el comercio de aquellos con quienes tratamos. ¡Cuánto tiempo ha que se está gritando contra esa quimérica felicidad de que se alimentan los mundanos; contra ese vano fantasma de gloria que cansa las fuerzas, y consume la sustancia á cuantos corren tras de él; contra ese ídolo de las riquezas que hace infelices á sus adoradores; contra esos falaces gustos, que solo producen amarguras! Degenera la ilusion en una especie de encanto, y se coloca la felicidad en puestos elevados; en todo lo que hace ruido, en todo lo que brilla, y en todo lo que atolondra. ¡Cuándo hemos de discurrir como discurría el Apóstol! ¡cuándo nos haremos racionales comenzando á ser mas cristianos! ¡cuándo se desengañará aquel pobre hombre del mundo de aquella vana aprehension, de aquel errado juicio, de aquella engañosa preocupacion, que le hace mirar como fortuna la que en realidad es verdadera desgracia! ¡cuándo acabará de conocer aquella pobre muger que sus orgullosas galas, que sus impertinentes modas, que sus insulsos y cansados entretenimientos, que aquellas largas horas de tocador y de cortejos, cuando menos son lastimosa pérdida de un tiempo tan precioso y perenne, inagotable manantial de lágrimas y de dolor! A lo menos lo conocerá á la hora de la muerte; porque en vida hacen poca impresion estas verdades. ¡Pero qué cosa tan cruel no conocer el descamino hasta que ya no pueda enderezarse! ¡no advertir el despeñadero hasta que se va á ocultar la luz! ¡no prevenir el error hasta que se va á acabar el día! ¡no hacer juicio sano de las cosas hasta la hora postrera! Regularmente hablando, llega muy tarde el juicio, cuando no llega hasta la hora de la muerte. A lo menos todas las reflexiones que se hagan en aquel postrer momento sobre la ilusion de nuestros deseos, sobre la ridiculez de nuestras aprehensiones, sobre los errores de nuestra ambicion, sobre los engaños de nuestras ideas, no asegurarán mucho á un corazon, á un entendimiento, que comienza á ser cristiano en aquella extremidad. ¡Ah, y qué consuelo será poder decir entonces como san Pablo: *Tuve por pernicioso todo aquello que me podia apartar del amor de mi Señor Jesucristo,*

*por cuyo amor lo renunció todo; y todo lo miré como basura por ganar á Jesucristo.*

**El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el día 11, folio 42.**

### MEDITACION.

*De que no hay otros verdaderos bienes que los bienes eternos.*

**PUNTO PRIMERO.**—Considera que los bienes y males que se acaban, se pueden y se deben contar por nada. Un gusto, una satisfaccion, una alegría de pocas horas, son gustos bien ridiculos y bien despreciables. La flor que al medio dia se ostenta lozana en su mayor pompa, á la noche está marchita: imágen viva y natural de los gustos y bienes de esta vida. Bienes tan insustanciales, tan ligeros y tan caducos, no merecen el nombre de bienes; pues el mundo no tiene otros. Bienes volátiles, fugitivos, imaginarios: bienes que nacieron para ser fuente de inquietudes, de sobresaltos, de disensiones y de pesadumbres: bienes que nacieron para ser tiranos y suplicio de los hombres. ¿Puede haber hombre prudente que coloque su felicidad en correr tras de semejantes bienes? ¿será prudencia gastar la salud, y consumir la vida en solicitarlos? Yo quiero que logres el privilegio de ser más poderoso que los otros; ¿cuál será el fin, y cuánta la duracion de este mayor poder? Un puñado de dias inquietos y turbulentos serán toda su duracion y todo su término. Juzguemos de lo futuro por lo pasado. Los bienes de esta vida [nada tienen de sólidos hablando propiamente, son bienes soñados: todo su valor consiste en la opinion y en la idea; y con todo, este es el idolo de los mundanos. ¡Buen Dios, qué dignos son de compasion los que ofrecen votos á una fantasma!

No hay bien sólido y que satisfaga, si no es bien eterno: los que desaparecen y se acaban con la vida, se pueden y se deben comparar á un poco de humo. Los bienes que me enseña la fe, y que me descubren la religion, esos son los que únicamente merecen el nombre de bienes. Aunque en los bienes de esta vida se hallara tanta dulzura como prometen, ¿de qué servirian por toda la eternidad? Con la muerte se acaba todo su gusto: aquel último soplo apaga toda la imaginaria felicidad de esta vida: ¿qué resta de ella un instante despues de la muerte? ¿qué le restará á un poderoso principe de todas aquellas pomposas demostraciones de honor y de respeto; de todo aquel numeroso séquito de cortesanos, de toda aquella multitud de reales diversiones, de aquella magnificencia de palacios, de todos

aquellos numerosos y formidables ejércitos? ¿que les restará á los hombres ricos de su abundancia y de sus tesoros? ¿qué les restará á las mas bizarras damas de su orgullo, de su hermosura y de su ociosidad? ¿qué de sus adornos y de sus diversiones? ¡Y estos se llaman bienes! Aun los que ahora los aman y los solicitan con la mayor ansia, ¿los mirarán como bienes en aquella espantosa eternidad, en que se hace juicio tan cabal de todas las cosas?

**Punto segundo.**—Considera que los bienes eternos son los únicos que pueden contentar así al entendimiento como al corazón. Al entendimiento, porque todo cuanto le presentan es real [y conforme á la recta razon: de tan inestimable valor, que por toda la eternidad ha de ser el objeto de su aprecio. Al corazón, porque habiendo sido criado el hombre para solo Dios, solo aquello que puede llevarle á Dios, y acércarle á la posesion de Dios, puede sosegarle y satisfacerle. De aqui nace, que cualquiera otro género de bien deja en el alma un vacío que la inquieta: y solamente los bienes eternos causan en ella aquella exquisita dulzura, que es como ensayo ó prueba anticipada de los consuelos del cielo.

Estos bienes son las virtudes cristianas, las cuales son las únicas verdaderas riquezas del cristiano: ellas solas le hacen respetable y feliz: ningun otro bien es capaz de dar mérito: la virtud es su único origen: el mérito solo nace, y solo se propaga en este fértil terreno. Aunque falte todo lo demás, grande nombre, nacimiento ilustre, dignidades, empleos honoríficos, grandes rentas, ornamentos postizos, sin nada de esto se puede pasar fácilmente: es un dropel, que se echa muy poco de menos. Tenga un hombre virtud, y se hará verdaderamente respetable. Es la estimacion y el respeto un tributo, que hasta los mismos reyes se ven obligados á pagar á la virtud. Es la virtud, por decirlo así, aquel milagroso tesoro de los cielos, al cual nunca se acercan los ladrones, y hasta los mismos gusanos le respetan.

No solo es la virtud el único principio de la verdadera felicidad respecto de la otra vida, sino tambien respecto de esta. No tenemos mayores enemigos de nuestra felicidad y de nuestra quietud, que nuestras pasiones. ¿Qué tranquilidad y qué dulzura experimentaríamos sin ellas! pues su contraveneno es la virtud cristiana. Si no las ahoga, por lo menos las sujeta, y las pone en paraje de que no hagan daño. ¿Qué cosa mas estimable ni mas preciosa, que la que nos libra de todas las molestias y de muchas pesadumbres!

Solo el pensamiento de que algun dia se pueden perder todos los bienes que se poseen, disminuye mucho su justo valor. Un hombre poderoso, una persona que se halla en puesto elevado, un príncipe á quien todo se le rie y se le rinda, conocen bien el vacío de los bie-

nes volátiles y pasajeros; su misma caduca naturaleza embota la punta, apaga la viveza, y quita todo el saúnete al gusto que pueden tener. Solo pensar en la muerte basta para no tomar gusto á ningún bien terreno y temporal. ¿Qué cosa tan buena es no ser rico sino de los bienes eternos! No les quita el tiempo el mérito que tienen, y el pensamiento de la muerte añade nuevo gusto á su dulzura, siendo el colmo de ella la misma eternidad. Y á vista de esto, ¿será posible que suspiremos por otras riquezas!

¡Mi Dios, y qué dolor es el mio de haber puesto mi tesoro en otra parte, que donde debiera estar mi corazón! A vuestra gracia, Señor, debo el conocimiento de mi error, que detesto con toda el alma. De hoy en adelante todo mi tesoro estará en los bienes eternos; y donde estuviere mi tesoro, allí estará mi corazón.

### JACULATORIAS.

*Quám dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini. Salm. 83.*

¿Qué atractivos tiene vuestra celestial habitacion, ó Dios y Señor de las virtudes! no puede sufrir mi alma el ánsia con que suspira por ella.

*Ibí nostra fixa sint corda, ubi vera sunt gaudia. Ex orat. Eccl.*

Fijemos nuestros corazones en aquella parte, donde únicamente se hallan los verdaderos gustos.

### PROPOSITOS.

1 Asombro es, que teniendo fe, tomemos tanto gusto á los bienes perecederos de esta vida, y nos hagan tan poca fuerza los bienes eternos de la otra, sabiendo que son la herencia de los predestinados. Pero mas asombro seria, si criados y engolosinados con el gusto de estos bienes terrenos, suspirásemos por los otros, que solo se gustan en el cielo. Edúcanse los niños, y se les enseña en la escuela del mundo: dánseles lecciones enteramente mundanas antes que despiénten en ellos la razon: apenas se les habla desde la cuna sino de lo que debieran ignorar toda la vida: no oyen alabar otra cosa que la destreza y habilidad de los que hacen fortuna; el esplendor y la magnificencia de los grandes, la opulencia y la suntuosidad de los ricos. Eternamente se trata delante de los niños de lo que fomenta el orgullo, de lo que irrita la concupiscencia, de lo que excita y anima la emulacion. Cuando niño, ¿oíste hablar alguna vez de la vanidad ó insubsistencia de los bienes criados? y lo que has hablado hasta

aquí de lante de tus hijos, ¿podrá inspirarlos mucha aversion á estos bienes, y una justa idea de lo que son? Acostúmbranse los niños á aquellos alimentos con que se crian; y así corrige desde hoy en adelante un descuido tan pernicioso. Nunca hables delante de tus hijos de las cosas que tanto engañan al mundo, sin aplicar el debido correctivo: Observa una gran reserva en tratar á su presencia de aquellas materias que pueden fomentar la vanidad. Si los negocios ó la conversacion te obligaren á tratar de algun suceso feliz, de una nueva dignidad, de un nuevo empleo, de una brillante fortuna, nunca dejes de apuntar las sombras de estos vanos resplandores: á lo menos siempre encontrarás en el pensamiento de la muerte un contraveneno muy oportuno. ¿Cuánto terreno perderian las pasiones! ¿qué cristianas serian las familias, si los padres hicieran estimar el mérito y el valor de los bienes eternos!

2 Igualmente nos puede servir la prosperidad y las adversidades para que tomemos el gusto á los bienes de la otra vida, y nos disgustemos de los de esta. Si tus bienes se adelantan y van en aumento, dite muchas veces á ti mismo: Todo es trabajar para mis herederos; ¿y qué gozaré yo de todo esto despues de mi muerte? Si te sale mal todo cuanto emprendes en este mundo, consuélate con que tu herencia está reservada para el cielo. ¿Vives humillado, abatido y olvidado? acuérdate de cuando en cuando que eres peregrino y extranjero, y que no es mucho que no te conozcan en un país tan distante del tuyo. Piensa que en rigor no eres mas que un mere administrador de tus bienes, y que estás encargado de este empleo, de ese puesto, por via de comision. Algunos tienen la santa costumbre de escoger un dia cada mes para hacer delante de Dios el desapropio de sus bienes despues de la comunión á los pies de algun crucifijo, donde renuncian la propiedad de todo cuanto poseen, protestando delante del Señor no tener gusto ni apego á otros bienes que á los eternos.

#### Santo Toribio, obispo de Astorga.

**Astorga**, una de las ciudades mas ilustres de España, no tanto por los privilegios civiles de capital y convento juridico entre los romanos, como por la larga série de prelados que acreditan su antigua religion, ha sido gloriosa, ya por las letras y sabiduria con que ha adornado á toda la iglesia de España, y ya por la santidad y fama de sus obispos. Entre estos tiene un lugar muy distinguido el glorioso santo Toribio, de cuyas acciones son pocas las memorias que nos restan, tan

to por la comun miseria de invasiones de bárbaros que ha padecido repetidas veces esta desgraciada region, como tambien, porque ocuparon los españoles en la defensa de sus hogares y de sus vidas, cuidaron poco de conservar los pergaminos. La vida de este Santo, deducida de sus mismos escritos, de la epistola de san Leon el Grande, y un antiguo leccionario de la santa iglesia de Astorga, es como sigue.

Fue santo Toribio natural de la provincia de Galicia, feliz con el nacimiento de este grande varon, quanto habia sido desdichada años antes con el de Prisciliano, cuya pestifera doctrina combatió nuestro Santo. Ignórase el lugar de su nacimiento, y el nombre de sus padres y familia, pero segun un breviario antiguo de la iglesia de Astorga, citado por Vivar, consta que fueron gente poderosa, abundante en bienes de fortuna. Esta circunstancia persuade que darian á Toribio una educacion correspondiente á su nacimiento; pero se deduce con mayor claridad de las operaciones y escritos del Santo. Las primeras indican una instruccion completa en los principios de la religion, y unos ardientes deseos de dilatar sus conocimientos con las noticias auténticas del dogma y disciplina de otras iglesias, que adquirió por sus mismos ojos. La pureza de lenguaje que conservó en sus escritos, la solidez é instruccion de las materias sagradas, y los elogios que por este motivo mereció á un papa tan santo y tan sábio como san Leon el grande, convencen que desde los años proporcionados á los estudios mayores se ocupó el santo en las humanidades y elocuencia, perfeccionándose despues en todo género de sabiduria. Siendo jóven le faltaron sus padres, quedando el santo poseedor de un grueso patrimonio. En un ánimo tan poseido de la virtud como el suyo pudieran clavarse dificultosamente las espinas de las riquezas; pero considerando santo Toribio que éstas sirven de trabas á los espiritos generosos para emplearse en las contemplaciones del Sér supremo de la verdad y la naturaleza, determinó desprenderse de ellas y hacerse pobre en lo temporal, para conseguir mayores tesoros en el espíritu. Es creíble que le moviese á una determinacion perfectamente conforme á las palabras de Jesucristo, que dicen, *Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, y sígueme*, tanto el haber leído esta sentencia en el evangelio, como un ardentísimo deseo de obedecer á Jesucristo.

Como quiera que sea, siendo todavia jóven, pero de edad madura por la ciencia y las virtudes, vendió todo su patrimonio, y le repartió á los pobres, bien cierto de que en su seno estaba libre de los menoscabos de la fortuna, y de las asechanzas del ladron. Hecho esto, y deseando mayor instruccion que la que tenia tanto en las materias científicas, como en las costumbres de los pueblos y las iglesias, emprendió una peregrinacion larga y penosa. Padeció en ella muchas molestias, asperezas y sinsabores, como lo manifiesta él mismo en la

carta que escribió á los obispos Idacio y Ceponio, y se deja conocer de lo largo y pelgroso de un viaje desde Galicia á Jerusalem. Pero todos estos trabajos quedaron suficientemente recompensados con la nueva instruccion que adquirió de las costumbres de los pueblos por donde pasaba, y de la disciplina de sus iglesias, de que se informó escrupulosamente como hombre sábio que era, y como principal objeto de un proyecto tan arriesgado. Halló en ellas un mismo modo de sentir acerca de los dogmas, y la misma disciplina en orden á escluir de su comunión á los contumaces en el error, y de abrazar aquellos que conociendo su errado proceder, confesaban sus delitos, y pedían la reconciliacion: esto llenó su alma de mucho consuelo, conociendo que el carácter de la iglesia católica es sentir de un mismo modo y abrazar universalmente todos los dictámenes que llevan el sello de la verdad.

Habiendo llegado á Jerusalem, se presentó al obispo de aquella iglesia, quien en pocas conversaciones conoció la gran virtud y sabiduría del peregrino Toribio, é hizo de él toda la estimacion que su mérito exigía. Hizole custodiar en aquella iglesia de las cosas sagradas, fiando á su cuidado el rico depósito de las preciosas reliquias que poseia, pertenecientes á la pasion de nuestro Redentor Jesucristo. Cinco años permaneció el Santo en Jerusalem, enfervorizando cada día mas su espíritu con la presencia de aquellos lugares santos, que el Salvador del mundo santificó con sus plantas, y regó con su preciosa sangre, para obrar el gran misterio de la redencion del mundo. En este tiempo recibió aviso del cielo por medio de un ángel, de que muy en breve sería prostituida aquella ciudad santa por las gentes que ignoran á Dios, profanando los templos, persiguiendo á los sacerdotes, sin perdonar á los sagrados despojos de los santos, y demas reliquias. Esta revelacion movió á santo Toribio á abandonar aquellas tierras, y volverse á su patria; pero al mismo tiempo pensó con una prudencia celestial traerse consigo una gran parte de las santas preciosidades que guardaba, para enriquecer á España con tan inestimable tesoro, libertándole al mismo tiempo de los insultos de los bárbaros. Vuelto á nuestra Peninsula, se dirigió á su patria Galicia, en donde comenzó á ejercitarse en tan fervorosos actos de piedad, que no dudó el cielo aprobarlos con sus maravillas. Una de estas se dice haber sido, que estando enferma gravemente una hija del Rey de los Suevos, que á la sazón ocupaban aquellas tierras, el santo la sanó milagrosamente. Esto mismo se verificó con otros varios enfermos de diversas enfermedades, por lo cual comenzó su fama á tener tal reputacion entre los fieles, que con sus copiosas limosnas pudo fabricar un templo que dedicó al Salvador, y en donde depositó para la veneracion pública las reliquias que habia

traido de Jerusalem. Por este tiempo vacó el obispado de Astorga, no por muerte de Ditinio, como vulgarmente se asegura, sino de otro, cuyo nombre han oscurecido los siglos. Viendo los fieles el mérito sobresaliente de Toribio, su zelo por la salvacion de las almas, su sabiduría para conservar la grey de Jesucristo en la pureza de la fe, su valor para oponerse á las maquinaciones de la herejía; y últimamente, su caridad para con todos, pusieron en él los ojos para hacerle prelado de aquella Iglesia. El verdadero mérito siempre está acompañado de una profunda humildad, y de una santa desconfianza de las propias fuerzas; así como los indignos siempre buscan con artes y pretensiones las dignidades, juzgándose superiores á ellas con soberbia presuntuosa. El humilde Santo resistió cuanto pudo la carga episcopal, reputándola demasíadamente pesada; pero las instancias del pueblo y el espíritu de Dios, que le enseñaba interiormente que no debía abandonar el cuidado de su grey por sus propias conveniencias, le obligaron á tomar sobre sí el cargo de pastor. Luego que se vió obispo experimentó una de las borrascas que se habia temido, en que estuvo á peligro su reputacion y su inocencia; pero el cielo, por cuya inspiracion, y no por eleccion propia, habia recibido el obispado, tomó á su cargo su defensa, contestando con un portentoso milagro la santidad de Toribio, y la malignidad de su perseguidor.

Era éste un diácono de la iglesia de Astorga, llamado Rogato, el cual, por todos los medios infames que sugiere la ambicion, habia solicitado ser hecho obispo. Como el pueblo, desatendiendo sus máquinias y ambiciosas pretensiones, habia preferido la santidad de Toribio, se irritó la ira de su competidor en tanto grado, que determinó deshonrarle y perseguirle por todos los medios posibles. No se contentaba con abatir su mérito con palabras injuriosas, llenando todas las conversaciones de su desprecio, sino que el odio y el resentimiento le precipitaron de manera, que se determinó al mas horrendo delito á fin de conseguir la perdicion de Toribio, creyendo que de ella resultaria el logro de sus ambiciosos intentos. Acusó al Santo de un crimen tan feo y abominable, como es el adulterio, mayormente en una persona eclesiástica, condecorada con la dignidad episcopal. Sintió el Santo, como era justo, una acusacion tan horrorosa; y levantando á Dios el corazón con fervor y lágrimas, le pedia de continuo protegiese su inocencia. Esta inspiró en el alma del santo Obispo tal confianza en la divina misericordia, y tal seguridad de que el divino poder emplearia sus maravillas en la justificacion de un pastor atribulado, cuyas exhortaciones al pueblo haria débiles é infructuosas la infamia, que determinó hacer una prueba pública de su inocencia, en que ésta quedase tan victoriosa, como paten-

te la calumnia del inícuo diácono. Fuese á la iglesia catedral en un día de grande concurso; y habiendo manifestado al pueblo con lágrimas el estado en que se hallaba su honor, volviendo á Dios los ojos, imploró sus auxilios para el buen éxito de su defensa. Hecho ésto, mandó traer al altar una porcion de fuego, y tomando con sus sagradas manos muchas ascuas encendidas, las envolvió en el roquete que tenia puesto, y entonando el salmo de David, que comienza: *Levántese Dios, y disipense sus enemigos*, dió vuelta á la iglesia cantando aquel largo salmo, y llevando las ascuas en el roquete, sin que éste ni las manos del santo Obispo padeciesen lesion alguna. Todo el pueblo vió con sus ojos que el roquete no solamente habia quedado sin daño, sino que no tenia la menor señal ni mancha del fuego que habia contenido. Quedaron todos atónitos y confusos de semejante maravilla, publicando á voz en grito la inocencia de santo Toribio y la perfidia de su maligno delator. Este recibió allí mismo del cielo todo el castigo que merecia su execrable delito; pues á semejanza de Judas confesó públicamente su maldad, y sin que esto bastase para apaciguar la justa ira de la divina Justicia, reventó en presencia de todos, pagando con tan lastimosa muerte los excesos á que le habia conducido su ambicion. Dió Toribio humildes gracias al cielo por tan señalado beneficio, y libre ya de este cuidado, y agradecido á los grandes favores que acababa de recibir, comenzó con nuevo fervor á entregarse al cuidado de sus ovejas, y á la santificacion de su alma.

Desde que habia vuelto de Jerusalem habia advertido que la secta de Prisciliano iba brotando nuevos retoños en toda aquella provincia. Este famoso Heresiarca habia causado daños gravísimos en la iglesia de España, que habian obligado á tomar las más serias providencias. Su nacimiento noble, sus opulentas riquezas, su genio vivo y perspicaz, su persuasiva elocuencia y la severidad de sus costumbres, daban recomendacion á sus errores. Aunque estos habian sido ya cortados de raiz en algunos concilios, como habian llegado á apoderarse de muchas personas nobles, y lo que es peor, de muchos pastores de la Iglesia, conservaban todavia el vigor y jugo necesarios para reproducirse. Lo que causaba mayores perjuicios eran ciertas escrituras apócrifas, á las cuales los herejes daban tanta autoridad como á los evangelios. Esparcianlas con sumo cuidado é interés entre los fieles, porque en ellas divulgaban al mismo tiempo sus blasfemias y errores. De esta naturaleza eran las actas de santo Tomé, de san Andrés, de san Juan, y el libro intitulado *Memoria de los apóstoles*, sin otros varios, que por contener doctrinas vergonzosas, conservaban mas ocultos. Hizo esto una profunda herida en el corazon de santo Toribio, el cual, deseoso de arrancar toda la zizaña que el enemigo común iba sembrando en el campo de la Iglesia, se preparó á comba-

tir todos los errores, impugnándolos con su celestial sabiduría. Reuniólos todos por capítulos en un commonitorio y libelo, de que hace mencion en una carta escrita á Idacio; en los cuales, descubriendo el pestilente veneno que contenian, impugna distintamente todas sus blasfemias y errores, respondiendo á sus argumentos capciosos. Envió estas obras á dos obispos de los mas sábios y virtuosos que habia entonces en la provincia de Galicia, avisándolos al mismo tiempo de sus descubrimientos de nueva ponzoña, y de lo que habia practicado para precaver su venenosa infeccion. Este commonitorio y libelo son mencionados por Montano, obispo de Toledo, y por san Ildefonso, los cuales dan á nuestro Santo los titulos honrosos de *beatísimo y religiosísimo*; añadiendo el primero, que cualquiera que lea los mencionados escritos, no solamente conocerá la sordida hereja de Prisciliano, sino que verá corrido el velo de las tinieblas y astucia á la oculta peste que en sí encerraba. En el tiempo de este obispo eran comunes en España estos escritos de santo Toribio; pero en el dia carece nuestra Iglesia y toda la católica de tan precioso tesoro de doctrina, restándonos únicamente lo que san Leon vertió en su admirable epístola.

Este trabajo del Santo no debió producir todo el efecto que deseaba, y así, no contento con lo que habia practicado poniendo en arma á los obispos zelosos para que cuidasen de la pureza de la fe, y despertando la cautela de los fieles para que estuviesen alerta contra los errores, determinó aplicar remedio mas poderoso al daño que se experimentaba. Gobernaba la silla Apostólica desde el año 440 el santísimo papa Leon, llamado el grande. Contempló el Santo que la sublime autoridad y grande sabiduria de este sumo Pontífice podrian remediar con mayor eficacia los progresos de la pestilencial hereja. Con este pensamiento le envió un diácono de su iglesia llamado Peruviano, á quien entregó el commonitorio y libelo que habia trabajado contra los priscilianistas, y una carta para el santo Padre. Respondióle este á 24 de julio del año 447, dando muchos elogios al ardiente zelo con que abrazaba trabajos tan útiles á la verdad católica, y al esmero que como buen pastor ponía en librar las ovejas de Jesucristo del lobo carnicero que las perseguia. Elogia igualmente el método y diligencia con que habia reducido á diez y seis capitulos todos los errores del Heresiarca, y la solidez y copia de doctrina con que en el libelo los rebatia. El mismo sumo Pontífice los impugnó uno por uno, concluyendo su carta con la intimacion de un concilio nacional, para cuyo efecto escribió á los prelados de las demás provincias, encargando á santo Toribio que notificase á todos el decreto pontificio. *Perosi, lo que Dios no quiera, se ofreciesen impedimentos insuperables para el concilio general*, añade el Santo Pontífice, *tén-*

*gase uno en la provincia de Galicia, y cuiden de su congregación los obispos, uniéndose con ellos vuestra solicitud, para de este modo poner cuanto antes remedio á tantos males.* Este encargo del sumo Pontífice á santo Toribio, y las espresiones de su carta, son los testimonios mas auténticos de sus virtudes episcopales. Conocia éstas el Pastor universal, ya por los escritos que regularmente manifiestan las virtudes ó vicios del alma que los produce; ya de la relacion del diácono Pervino, quien le informaría por extenso de su caridad y zelo; y últimamente, por el trato personal que tuvo con el Santo volviendo de Jerusalem por Italia, como lo atestigua el rezo actual de que usa la iglesia de España.

Notificadas las letras pontificias, procuraron los padres de las cuatro provincias de España, la Cartaginense, la Bética, la Lusitania y la Tarracense, darlas el debido cumplimiento. Juntárense efectivamente en Toledo, y no asistieron los obispos de Galicia, porque dominada por los Suavos, no tuvieron proporción para obedecer el decreto pontificio sin grave detrimento en sus vidas, ó en los privilegios de sus iglesias. En este concilio se reprodujo la regla de fe establecida en el anterior del año de 400, la cual juzgaron suficiente remedio á los males presentes, como lo habia sido contra los errores de Prisciliano. Como los obispos de Galicia no habian podido asistir al concilio nacional, procuraron juntarse en concilio provincial, el cual se tuvo en Braga: pero con el dolor para santo Toribio y todos los buenos católicos de no corresponder el suceso á las santas intenciones del Prelado que le habia solicitado, ni del sumo Pastor que le habia mandado juntar. Estaba aquella provincia inundada de herejes priscilianistas, que conservaban oculto el veneno de sus errores; y esto no solamente sucedia entre las personas nobles y poderosas, sino aun entre los mismos prebostes. El año de 443, hallándose el obispo Idacio con santo Toribio en Astorga, persiguieron de comun acuerdo á estas gentes perniciosas, y habiendo descubierto muchas, formaron autos contra ellos; y los convencidos de sus errores procuraron salvarse con la fuga á Lusitania. El prelado de Mérida, llamado Antonino, en el año de 448 descubrió á uno de estos herejes, llamado Pascencio, natural de Roma, al qual formó proceso. Santo Toribio, noticioso de ello, envió al metropolitano de Mérida el proceso que él y el obispo Idacio habian formado contra aquellos herejes. Visto todo por Antonino, pronunció sentencia de destierro contra Pascencio, la que se verificó echándole de toda la Lusitania. Todas estas acciones prueban el zelo pastoral y viva solicitud de santo Toribio en purgar el campo de la iglesia de yerbas ponzoñosas; en alimentar las ovejas que se le habian confiado con la doctrina pura del evangelio; en poner estas á salvo contra las asechanzas y astucias del lobo

carnicero; en procurar por todos los medios el adelantamiento y esplendor de la iglesia católica; y en una palabra, en cumplir las obligaciones de un buen pastor; que como dice Jesucristo, da su vida por sus ovejas. De este modo, cargado de virtudes y merecimientos, le llamó Dios á mejor vida para darle la corona que merecian sus trabajos. No se sabe á punto fijo ni el año en que murió, ni el sitio de su glorioso tránsito; pero si tienen alguna autoridad las conjeturas, hallándose que su pontificado duró como unos veintale años, en cuyo tiempo pudo alcanzar la desolacion de Astorga, acaso santo Toribio fue uno de los dos obispos, que cautivaron y maltrataron los Godos. Ya se sabe que Teodorico, rey godo, vino á España contra el rey suavo Reciarío, protegido del emperador Avito; que se dió una sangrienta batalla á tres leguas de Astorga en Viernes 3 de Octubre de 456; que al año siguiente, al volverse el Godo vencedor á Francia, asoló la ciudad de Astorga, profanó los templos, conculcó las cosas sagradas, saqueó todas las riquezas, quitó la vida inhumanamente á muchos eclesiásticos y nobles; no perdonando su furor ni á las mugeres, ni á los viejos, ni á los niños, quemando ademas las casas, que privadas de sus habitantes eran inútiles; y últimamente, que entre, estos infelices fueron hechos cautivos dos obispos, cuyos nombres no nos los dice Idacio. Es creible que uno de ellos fuese el prelado de aquella ciudad santo Toribio, el cual, á imitacion de san Agustín, pediria á Dios le sacase de esta vida por no ver en poder de bárbaros su iglesia y su rebaño. No hay razon tampoco que nos obligue á establecer que su sagrado cadáver fuese depositado en otra iglesia que en la de Astorga, así como no la hay para creer que el santo muriese en otra parte, ni fuese oriundo de otra ciudad ó provincia, atendiendo á la disciplina constante de aquellos tiempos, en que los obispos eran elegidos por el pueblo entre el clero de la iglesia que habian de presidir, para que sus ovejas amasen á su pastor, y éste conociese una por una á sus ovejas. En el siglo octavo, por causa de la invasion de los moros, fueron trasladadas sus reliquias, juntamente con las que trajo de Jerusalem, al monasterio de san Martín de Liévana, que con el tiempo perdió la advocacion de san Martín, y se intituló de santo Toribio. En este sitio permanecen, haciendo Dios muchos milagros en honor de los despojos de su verdadero siervo, menospreciador de sí mismo, amador de la religion, defensor de la verdad católica, destruidor de la idolatria, confutador de los errores, singularmente de los detestables del heresiarca Prisciliano.

**La Misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.**

*Exaudi quæsumus, Domine, pre-*

14

Oid, Señor, las súplicas que

34

*ces nostras, quas in beati Thurbii, confessoris tui atque Pontificis, solemnitate deferimus; et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolue peccatis. Per Dominum nostrum...*

os dirigimos en la solemnidad de vuestro bienaventurado confesor y pontífice Toribio; y por los méritos é intercesion del que tan dignamente mereció servirnos, concedéenos el perdon de nuestros pecados. Por nuestro Señor....

**La epístola es del cap. 34. y 35. de la sabiduría, y la misiva que el día XI, folio 171.**

### REFLEXIONES.

*He aquí un sacerdote grande, que en su tiempo agradó á Dios, y fue encontrado justo.* No parece sino que se dijeron estas palabras privativamente en atencion al grande prodigio con que libró Dios á santo Toribio de una negra y torpe calumnia. Fue acusado de haber cometido un adulterio, estando ya exaltado á la dignidad episcopal. Sus obras eran agradables á Dios, y mucho mas sus encendidos deseos. Vió el Señor atribulado á su siervo, y segun aquella palabra con que prometió que el justo, *á manera del árbol que está plantado junto al paso de las aguas, no perderia jamás su verdor y lozanía, ni podrían dañarle las astucias de los impíos,* (Ps. 1.) hizo que el milagro de llevar las brasas en los sagrados vestidos sin quemarse, diese testimonio de la inocencia del Santo, así como el acusador inicuo fue herido de su omnipotente mano con una muerte repentina. El que pone en Dios su esperanza, no solamente puede contar con su defensa segura, sino que como Dios es el administrador de la justicia, y se intitula en las sagradas letras *Dios de venganzas,* es infalible que la tome contra el calumniador inicuo.

Entre todas las tribulaciones que pueden acontecer á un hombre bueno, con dificultad se puede dar otra mas sensible ni mas amarga que una calumnia, de cualquier género que sea, pero mucho mas si lleva consigo algo de fealdad y de torpeza. Crece la gravedad cuando el sugeto calumniado debe por su dignidad y carácter resplandecer con el ejemplo, y ser á los demás como un modelo de todas las virtudes. Un juez, un magistrado, sentirán grande amargura cuando tengan que sufrir una calumnia: pero es dificultoso que iguale al dolor que necesariamente deberá experimentar un obispo, quien en sus obras debe representar á Jesucristo, así como en la dignidad y autoridad le sucede y representa. Qué contraste harán en su conciencia la evidencia de ser inocente, y la injusticia de verse acusado! qué bochorno no encenderá en su rostro la memoria de un imaginado de-

lito, en la realidad falso, pero en la estimacion del pueblo á lo menos dudoso!

He aquí un sacerdote grande, en quien se hizo esta durísima prueba, y fue encontrado justo. He aquí un sacerdote, he aquí santo Toribio, en quien compitieron la calumnia por su parte, y por otra el cuidado que Dios tiene del honor de sus siervos. *De vuestra cabeza no perecerá ni un cabello*, les tiene dicho. Pon en mí tu confianza, y no temas á tus enemigos, les dice otra vez. Pero los hombres entienden mal estos preceptos de moderacion y paciencia cristiana; una calumnia suelen vengarla con otra: á una ofensa meditan por lo regular una venganza. ¿Y qué sacan de esto? perder el mérito, llenar su corazon de inquietudes y desvelos, y añadir tal vez nuevo deshonor al ya padecido, y dar nuevas armas á sus contrarios. Dios, Dios es á quien pertenece únicamente el oficio de vengador. Solo Dios puede conocer los interiores, y de consiguiente solo él es capaz de arreglar el castigo con proporción á la ofensa. El amor propio engaña fácilmente á todo hombre prevenido en favor suyo. Este mismo amor abulta los delitos, y esto solo bastaría para cometer excesos contra la justicia, cuando la caridad y amor fraternal no nos impusiese otras obligaciones.

**El evangelio es del capítulo 25 de san Mateo, y el mismo que el día I, folio 26.**

### MEDITACION.

*Del espíritu con que se han de sufrir los hombres malos en este mundo.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que los malos viven en este mundo bajo de las órdenes y disposiciones de la divina Providencia, la cual en todas ellas es justísima ó infalible. De consiguiente, la existencia de los malos, aunque mortifique á los buenos, necesariamente ha de tener un fin ordenado y provechoso. *El malo*, dice el gran padre san Agustín, ( *in Ps. 54.* ) *vive para uno de dos fines, ó para que se corrija, ó para que sirva de ejercitar la paciencia de los buenos.* He aquí el espíritu con que quiere Dios que se sufran los malos en este mundo: con espíritu de paciencia, sufriendo sus defectos, compadeciéndose de sus delitos, y haciendo oracion á Dios para que se apiade de ellos, y ablande su corazon con los celestiales rocíos de su gracia.

El amor propio es sumamente sutil y delicado en todas sus operaciones, y suele muchas veces apoderarse del corazon de los bue-

nos con la máscara de piedad. ¿No sería mejor que no existiera aquel escandaloso, que es causa á los demás de espiritual ruina? Un castigo ejemplar, con que vengase el cielo los ultrajes y persecuciones de la virtud, ¿no la daría á esta mas estimacion, y afirmaria su sólio contra todas las maquinaciones del abismo? Aquel hereje, aquel impio, que profana con obras y palabras lo mas augusto del santuario y de la religion, ¿no era justo que repentinamente quedase hecho objeto de escarmiento, en donde aprendiesen los demás á temer las divinas venganzas? A lo menos se lograría con su destruccion el que no contaminasen á otros muchos. En estas y otras semejantes expresiones prorrumpe el corazon cuando no está muy radicado en la virtud, ni ha considerado la distancia que hay de los juicios humanos á la alteza inescrutable de los consejos divinos; cuando no ha contemplado la doctrina de las santas escrituras, en donde se contiene la ciencia de vida y de salud para nuestras almas.

*Fo soy*, dice el Señor por su Profeta, (*Ezech. 34.*) *el que juzgo entre oveja y oveja, y entre estas y los cabritos.* A su infinita justicia ha reservado la accion de separarlos, colocando á los unos á la derecha, y á los otros á la izquierda como réprobos destinados á arder en los abismos por toda la eternidad. Ten paciencia con los malos, dice el gran padre san Agustín explicando la parábola de la zizafia, (*Serm. 47.*): *súfcelos, que para eso has nacido, y tal vez ha habido tiempo en que tú tambien has sido tolerado como malo. Si siempre fuiste bueno, ten misericordia de los demas; y si alguna vez no lo fuiste, no te olvides de tu antiguo estado. Dios exige de nosotros en esta vida paciencia y conmiseracion de nuestros hermanos; y para persuadirnos no propone á si mismo por ejemplo, diciendo: ¿Por ventura, si yo quisiera ejercitar ahora mi justicia, sería posible que juzgase inicuaente, ó que me engañase en la sentencia? Pues si yo, que siempre juzgo con rectitud, difiero mi juicio, que es inefable; ¿cómo tú, que ignoras de que manera serás juzgado, te atreves á adelantarte tu juicio para condenar á tu hermano? Nada puede templar tanto el ardor de la humana soberbia, como la consideracion de los propios defectos. El que no los halla en si mismo puede desconfiar de la basa que sostiene el edificio de la virtud, que es la humildad. Y el que se reconoce culpado, ¿como se atreve á juzgar á su prójimo!*

**PUNTO SEGUNDO.**—Considera que además del espíritu de paciencia, con que quiere Dios que suframos á los malos, debemos tener presente un precepto del evangelio que mire á nuestra propia santificacion, y al provecho de nuestro prójimo. Si no hubiera malos por quienes hubiésemos de dirigir al cielo nuestras oraciones, dice san Agustín, (*Serm. 13.*) *¿cuando se nos diría: Orad por vuestros enemigos? (Mat.*

5.) Por ventura, ¿querriamos que fuesen enemigos nuestros los buenos? ¿como podia ser eso? Al bueno no le puedes tener por enemigo, no siendo tu malo: porque siendo bueno, solamente el injusto podrá ser tu enemigo. Luego cuando se nos dice, orad por vuestros enemigos, es lo mismo que decir: los que sois buenos, orad por los que no lo son.

Uno de los mas altos ejercicios que tiene la caridad es el de la oracion por los malos. A un mismo tiempo santifica al que se emplea en este santo ejercicio, y logra tal vez del cielo una gracia tan abundante y poderosa, que rompe las cadenas que detienen en la iniquidad al miserable pecador. *Amad á vuestros enemigos*, decia el Señor (*Matth. 5.*), *haced bien á aquellos que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian*. Amar á los malos, y mas si son enemigos nuestros, es efecto de una caridad verdadera: pero al fin es un ejercicio puramente interior; hacerles bien, ya es ejercicio mas perfecto; pero vencer todos los resentimientos del alma, para que llena de tranquilidad y encendida de amor se ponga á hacer oracion por los mismos que son sus contrarios, es uno de los puntos mas altos adonde pueden dirigir sus miras los justos.

Pues para hacer una cosa perfecta, es menester que descontentos con la mediania, aspiremos á lo heroico. Cuando nos hallamos molestados de los malos, suframos con paciencia sus excesos; tal vez de nuestra paciencia esta pendiente su arrepentimiento. Pero aun hay mas; contemplemos que aquel ladrón, aquel calumniador, aquel falsario es hermano nuestro, es redimido con la sangre de Jesucristo; y no deja de serlo porque dirija contra nuestra persona ó nuestros intereses sus asechanzas. Contemplemos que la caridad en todo lugar, en todas circunstancias nos obliga y nos estrecha: que nuestras oraciones, ejercicio de esta caridad, son acaso el último asidero que tiene aquel desventurado pecador para lograr la divina misericordia. Dificultosamente se puede traer el entendimiento ocupado con estas ideas tan verdaderas y cristianas, sin que el corazon temple los movimientos primeros que excitan la enemistad, la persecucion la injusticia, ó cualquier otro mal, sea de la especie que quera. ¿Harás mas caso de los gritos de tu amor propio, que de los que te da tu misma conciencia? ¿mirarás todavía con ese tedio, con esa aversion, con ese horror, á aquella persona frágil, cuyas acciones no convienen con las tuyas? ¿no será justo que des lugar á la reflexion, para no quebrantar un precepto de tu legislador Jesucristo? De cuantos sacrificios haces á la ambicion, y á los vanos respetos del mundo; de cuantas veces quiebras y tuercas los dictámenes de tu razon por no contravenir al gusto de un hombre, ¿porqué no has de destinar algunas victimas de esta especie al amor puro de tu Dios, y al amor que debes á tu prójimo?

## JACULATORIAS.

*Propter verba labiorum tuorum ego custodivi vias duras.* Psalm. 16.  
 Por cumplir, Dios mio, vuestra santa ley, y por la esperanza de vuestras promesas, sufrí con paciencia los duros procedimientos de los hombres malos.

*Perfec gressus meos in semitis tuis.* Psalm. 16.  
 Dirigid mis pasos, Señor, por vuestros rectos caminos, y llevad á perfeccion las obras, que son inspiracion vuestra.

## PROPOSITOS.

Sufriré con paciencia á los malos cuantas vejaciones maquine contra mi su malicia; y muy lejos de indignarme contra ellos, ó de procurar su ruina, pediré á Dios que se apiade de su desventura; que los llene de luz para que conozcan el mal y le aborrezcan, y perciban la hermosura de la virtud, y la abracen. La oracion, pasto del alma cristiana, y medio por donde el hombre llega á su Criador, será tambien el dulce pasto que temple la amargura y hiel de las persecuciones, y el medio con que, á imitacion de mi Dios, pague á mis enemigos con beneficios los males que quisieren hacerme. ¿Que fruto podria sacar de la venganza? ¿deshartá ésta acaso la calumnia? Si mi honor ha padecido ya entre las gentes alguna lesion, ¿serán tan necios los hombres, que me crean inocente porque he tomado venganza de mi enemigo?

Jesucristo, el Hijo de Dios eterno, que se vistió de nuestra carne para darnos ejemplos, y dejarnos señaladas las huellas por donde guiemos nuestros pasos á la bienaventuranza; este Señor es modelo que debe proponerse todo cristiano cuando se vea calumniado ó perseguido. Mire con atencion sus procedimientos; examine sus obras y sus palabras; contémplesle en todos los momentos de su vida, y hallará un poderoso motivo de acallar las voces del amor propio, cuando se queje de sus disgustos. ¿Podrás tú acaso presentar tantas persecuciones como el Hijo de Dios? ¿se habrán dicho contra ti tantas calumnias, tantos falsos testimonios? ¿tendrás osadia para imaginarte alguna proporcion entre tu inocencia, mezclada siempre de defectos, y la de tu Salvador, tan infinita, tan santa y pura como la misma divinidad? ¿podrás gloriarte de haber hecho á tus enemigos ó á tus émulos tantos beneficios y gracias como aquel que convirtió en gracias y beneficios, aun para los mismos que le crucificaban, su misma sangre y su preciosa vida?

No hay temeridad en el mundo capaz de resistir á semejantes reflexiones. La fuerza con que estimula é intima la caridad sus obligaciones, vigoriza toda la consideracion que acabas de hacer. Los ejemplos de tantos justos que han trillado antes que tú este camino, y señaladamente el del Santo de este día, desvanecen cuantos obstáculos y excusas pudieran alegar la tibieza, la irresolucion, y el amor propio. Aquel que te precedió, imitó á su maestro, que lo es tambien tuyo: Jesucristo. La gracia que éste Señor le granjeó con sus méritos infinitos, le hizo capaz de obras tan sobrenaturales. La misma gracia tendrás tú siempre que por tu parte quieras verdaderamente sujetarte á sus influjos, y oír sus dulcissimas inspiraciones. Luego nada hay que pueda retraerte de la ejecucion, sino tu misma malicia. Luego serás responsable, no solo de la infraccion de los divinos preceptos, sino de estas reconvenciones ¡O, y qué cargo tan duro!





## DIA XVII.

**La beata María Ana de Jesús, virgen.**

LA imperial y heroica villa de Madrid ha sido en todos tiempos ilustre cuna de hombres que han florecido en santidad, armas y letras. Pero entre los sujetos que mas han acrecentado su gloria, apenas se encontrará uno que pueda compararse con la beata María Ana de Jesús, honor inmortal de su sexo, virgen purísima, y teatro admira-

ble de las operaciones mas portentosas de la gracia. Nació esta Sierva de Dios en la referida villa por Enero del año de 1565, y fue bautizada en la parroquia de Santiago á 21 del mismo mes y año. Sus padres Luis Navarro Ladrón de Goevara, y Juana Romero de Villalpando, aunque nobles por lo ilustre de su linage, lo eran todavía mas por la piedad cristiana que resplandecía en sus obras. La frecuencia de sacramentos, la distribución de copiosas limosnas, la visita de hospitales, y otros ejercicios igualmente caritativos, fueron los medios de que se valieron para alcanzar de Dios el fruto de bendición con que les enriqueció, y para manifestarle por él su agradecimiento. Desde los primeros años se dejan ver los anuncios de lo que ha de ser el hombre en el resto de su vida. Dios previene con sus bendiciones las almas dichosas que elige para sí, y aun en las acciones mas inocentes hace que osienten los efectos de su gracia. Así se vió en la niña Maria Ana, la cual jamás se vió mancharse con aquellas propiedades infantiles, que son señales de la corrupcion de nuestra naturaleza, y piden toda la atención de los padres. Recibía el alimento con tanta escasez y moderación, que proplamente parecía un ayuno. Su quietud, su apacibilidad y la perpétua alegría que resplandecía en su rostro, al paso que acrecentaban la singular hermosura de que la habia dotado la naturaleza, testificaban la paz y tranquilidad de su alma. A estas felices señales se juntaron otras no menos admirables que seguras, en las cuales se denotaban mas claramente las propensiones del alma.

Llevábanla á la iglesia, y entonces advertian que se transportaba en un gozo singular al tiempo de la elevación de la sagrada hostia. Sus inocentes ojos se fijaban con tanta intension en las imágenes de Jesus y de Maria, que desde luego se echaba de ver la gran devoción que habia de tener á la Madre de Dios, y cuán de cerca habia de seguir las huellas dolorosas de su Hijo Crucificado. Al paso que iba creciendo, se iban verificando con mayor claridad y extension los anuncios de su santidad. Apenas tenia cumplidos los cuatro años, cuando ya admiraban en esta santa Niña los ejercicios de la virtud mas sólida, en lugar de aquellos entretenimientos pueriles, que suelen divertir, y á veces corromper los primeros años. Miraba á los pobres con ojos compasivos; y acreditando con las obras la ternura de su corazón, distribuía entre ellos, no solamente la comida que sus padres la daban, sino cuanto podía haber á las manos. A los enfermos de su casa los alentaba con dulcissimas palabras á sufrir con paciencia los dolores; y cuando en compañía de su madre visitaba á los de afuera, su modestia y compostura producian el mismo efecto. Todo esto era causado del recogimiento y oración, que en aquella tierna edad observaba la santa Niña; porque retirándose á los sitios mas

apartados de su casa, la veian frecuentemente de rodillas delante de alguna imágen de Cristo crucificado, unas veces bañado el rostro en lágrimas, y otras cercado de resplandores, tan suspensa y anagenada, que parecia estar privada de sus sentidos. Como Dios era su maestro, segun afirma la santa en sus escritos, aprovechó tanto en la escuela del espíritu, que aun antes de llegar á los siete años experimentaba ya aquellas ilustraciones, visiones y regalos, que suelen ser el fruto de muchos años de contemplacion, de fervor y de penitencia. El soberano Padre de las luces se la manifestaba con tanta claridad, que nada la dejaba que desear en órden á la inteligencia de los mas sublimes misterios. El de la Trinidad sacrosanta, el de la Encarnacion del Verbo divino, y la real presencia de Cristo en el sacramento de la Eucaristia se la manifestaban con tanta claridad, que apenas tenia lugar en ella la fe.

Efectos tan maravillosos eran una consecuencia de la docilidad con que se prestaba su corazon á la enseñanza de los maestros que la dirigian. Estos eran el divino Redentor, su Madre santisima, y el Angel custodio, de cuya visible presencia gozaba muchas veces. Además de las altísimas verdades que la enseñaban, llenaban su corazon de inefables dulzuras, aficionándole al amor del Esposo de las vírgenes; y amaestrándola en la contemplacion de la bondad infinita. De tan soberanas instrucciones nacia un desprecio total de las cosas perecederas, y un amor y deseos fervorosos de las eternas y divinas. Así toda su conversacion era de Dios: todas sus obras encaminadas al provecho y santificacion de sus prójimos; y todos sus deseos acrecentar mas y mas aquella caridad flagrantísima que abrasaba su corazon. Este no podia contener en sí la grandeza y muchedumbre de afectos que producía la caridad; y así se derramaba, procurando introducirlos en las almas de sus hermanas y familiares de su casa con dulces y eficaces razonamientos. Estos eran sumamente devotos, singularmente cuando precedian á alguna fiesta de precepto, á algun día de jubileo, ó solemnidad de Maria santisima. Entonces sus palabras tenian mas unción y viveza, y lograban felizmente el efecto de disponer sus almas al cumplimiento del precepto, y á las obras piadosas, del modo mas proporcionado para lograr un copioso fruto. A esto se llegaba una discrecion y dulzura para reprender las faltas que advertia, que lograba corregir sin exasperar, y todos los efectos del zelo verdadero, sin mezcla de las peligrosas consecuencias que produce el zelo falso. Adelantada Maria Ana tan prodigiosamente en la virtud, deseaba participar de aquellas gracias, que la iglesia no concedia todavía á sus tiernos años. Tal era la participacion de la sagrada Eucaristia, á cuya vista se exhalaba su alma en encendidos deseos. Avivábanse estos con el ejemplo de su piadosa madre que

frecuentaba los sacramentos con ternura y devocion, llevando siempre consigo á su querida hija, para que en su tierna alma se fijasen mas profundamente el amor y reverencia á la religion y á sus misterios. Pero la santa Niña, no pudiendo sufrir ya mas dilaciones, y sintiendo en su espíritu una santa hambre del divino manjar, solicitó con lágrimas y ruegos que la hiciesen participante de la divina comunión. Sus padres oyeron con regocijo estas santas pretensiones; y comunicándolas con el párroco, tomó éste á su cargo el exámen del talento y disposiciones de la Niña para llegarse á la mesa de los ángeles. A pocas diligencias advirtió un espíritu tan agigantado, un conocimiento tan claro de la alteza de los divinos misterios, una virtud tan superior á lo que prometian sus tiernos años, y una sed tan ardiente de probar las dulzuras de la fuente de la vida, que no solamente condescendió con los santos deseos de Maria Ana, sino que quedó sorprendido al ver el alto grado de perfeccion á que habia subido en tan poco tiempo. Preparóse á la primera comunión con ejercicios sumamente fervorosos, y transformada en un ángel, llegó á gustar la comida de ellos con singular consuelo de su alma. Quedó anegada en celestial dulzura, tanto que de allí adelante ella misma estimulaba á su madre á la frecuencia de sacramentos, no pudiéndola hallar jamás harta del manjar divino. Las consolaciones interiores que el Padre de misericordias la concedia eran tales, que á un tiempo avivaban en ella el deseo de recibir la Eucaristia, y la colmaban de complacencias en la dulzura interior que sentia con esta participacion. Hasta los once años la beata Maria Ana siguió disfrutando estas felicidades, y gozando de una vida la mas tranquila y regalada que se podia imaginar.

Pero Jesucristo, que hecho Esposo de sangre, como dice la Escritura, quiere que sus elegidos le sigan por el camino de los trabajos, cargando con la cruz que tanto lastimó sus hombros, dispuso que Maria Ana entráse en esta penosa carrera, y comenzáse á hollar con sus tiernas plantas un sendero cubierto enteramente de abrojos y de espinas. El primer golpe con que afligió el tierno corazon de la jovencilla Maria Ana fue la muerte de su madre, á quien se llevó para sí á darla el premio de sus grandes virtudes. Esta pérdida fue para la santa Niña sumamente dolorosa, porque en su madre tenia una maestra de piedad, y una compañera en los devotos ejercicios, siendo ambas de unos mismos pensamientos, é iguales en fervor para practicarlos. Conociendo que nada se hace en este mundo que no esté sujeto á las sáblas leyes de la divina Providencia, y que el buen cristiano debe recibir de la mano de Dios los bienes y los males con igual semblante, se resignó humilde en su divina voluntad: llevó con paciencia la dolorosa separacion de su madre, y con ayunos, penitencias y sufra-

gios manifestó el amor que la tenía. A este golpe se siguieron otros todavía mas amargos para una jóven, cuyo espíritu abstraído de las cosas terrenas, solo aspiraba á conseguir las celestiales: Su padre se casó en breve, dando á María Ana una madrastra áspera de condición, que la maltrataba de palabra y de obra. Dióle el cielo dos hijas de ella, y el natural amor que debía tener á éstas, le hacia mirar con horror á la jóven María Ana: Su padre deseado quitar á su muger un motivo de desazon y de continuas reucillas, determinó casarla; y para este efecto la hacia usar de las galas con que suelen adornarse las doncellas. Sin embargo de que miraba con abominación todo adorno que no se dirigiese á conciliar el amor del divino Esposo, condescendió con la voluntad de su padre, adornándose con modestia cristiana, y colocando en Dios su esperanza bien firme de que la divina misericordia dispondría las cosas de modo que se encaminasen á su mayor servicio. Lo que la Santa pasaba en este tiempo, lo dice ella misma, y son dignas de copiarse sus palabras.

«Continua y ordinariamente dice, era Dios mi maestro, ilustrándome mi entendimiento, y dándole á conocer á mi alma, por unas maneras tan claras y manifestadoras de la gran bondad suya, aquel paternal amor con que nos ama, apartando siempre mi corazón de todo mal, é inclinándome á todo bien, entresacándome de las malezas y peligros que de ordinario la naturaleza suele distraer y llevar tras sí. Que aunque como las demás tuve mis cabezadas y sueficcios en orden al adorno y compostura que algunas doncellas acostumbraban para parecer bien; mas siempre me dió nuestro Señor por su infinita bondad y misericordia que me mirase en el espejo de la castidad, y que mi tocado y vestido fuese muy honesto, y siempre tan cubierta y recatada, y por consiguiente encerrada y recogida en casa, huyendo lo que me podia distraer en cosa de la vanidad. Porque mi continuo maestro y Señor Dios siempre me incitaba al bien, y como tengo dicho, me apartaba del mal; y en particular á las noches, cuando me recogia, me hallaba muchas veces amonestada del Señor, que la preguntaba á mi alma, y la tomaba cuenta, é interiormente la decía: que para quién se habia adornado y ataviado? dándola juntamente á entender el desengaño y vanidad de las cosas de la vida, y con qué profundidad y luz me lo daba su Magestad á conocer!» Entre tanto su padre y su madrastra multiplicaban las instancias y diligencias para que María Ana inclinase su cuello al matrimonio. Las prendas apreciables de honestidad, mansedumbre y hermosura de que estaba adornada, la proporcionaron fácilmente un esposo, en quien concurrían unas ventajosas cualidades, para que la Santa jóven contrajese con él un matrimonio honroso: y esto mismo daba calor á los deseos de su padre. La Santa conocia por una parte la obligación que im-

pone Dios á los hijos de mirar con respeto las paternales insinuaciones en órden á la eleccion de estado; pero por otra sentia en sí unas disposiciones muy contrarias. Miraba el matrimonio como un estado poco cómodo para la tranquilidad de espíritu, y ejercicios de devoción, que tenian en su alma la preferencia. Se hallaba como una roca en medio del mar, combatida por todas partes de las furiosas olas de la contradicción. No sabia con claridad cual fuese la voluntad de Dios en aquel punto: y como sola esta era la regla de sus acciones, multiplicó los ayunos, las penitencias, y la oración, como seguros medios de investigarla. Postrábase en su secreto oratorio delante de una imagen de Cristo crucificado, y allí con suspiros fervorosos, lágrimas y gemidos que la salian del corazon, pedía á Dios se dignase de manifestarla cuales eran los designios de su sabiduría, para seguirlos aunque fuese á costa de su misma vida. El misericordioso Dios, que tiene dada palabra de oír al justo que le invoca en el día de la tribulación, oyó los gemidos de su sierva María Ana, y quiso confortar su lastimado corazon, dándola á entender los designios de su voluntad.

Para este efecto se valió de uno de aquellos medios, con que la infinita sabiduría hace que las cosas que parecen indiferentes logren la consecucion del fin premeditado. Oyó la Santa por casualidad un sermón que predicó el venerable padre fray Antonio del Espíritu santo, del órden de san Francisco, residente á la sazón en el convento de san Bernardino, el cual dirigió por muchos años su espíritu. En aquel discurso ponderó el varon apostólico las excelencias y prerogativas de la virginidad, pintándola tan amable, que la sierva de Dios llegó á conocer que su divina Magestad la manifestaba de aquel modo su voluntad santísima. Consultó este hecho con aquel santo religioso, y convencida de que Dios la quería para que aumentase el coro de vírgenes, que siguen de continuo al cordero sin mancha, hizo, con acuerdo de su confesor voto de perpétua virginidad en la iglesia parroquial de san Miguel de Madrid. Determinada ya á no conocer esposo terreno, y habiendo elegido aquel cuya Madre es virgen, y cuyo Padre no conoció muger, procuró disimular su resolución, contestando con santa prudencia á las continuas baterias que la daban para que acelerase su casamiento. Pero su santo propósito no pudo ocultarse por mucho tiempo. Trajéronla unas dádivas y joyas preciosas con que la regalaba el que estaba elegido para esposo suyo. Un corazon menos cimentado en la virtud sólida se hubiera resentido de debilidad en presencia de unas prendas que tienen un atractivo casi insuperable para la mayor parte de las mugeres. La beata María Ana las miró con desprecio; y considerando que no era ya justo entretener por mas tiempo las esperanzas de aquel joven, ni permitir que viviese engañado

su padre, declaró á éste como tenia hecho voto de virginidad, y que serian inútiles todos sus esfuerzos para hacerla mudar un pensamiento, que estaba cierta de que el mismo Dios se le habia inspirado. Esta declaracion, que se difundió entre la madrastra y los parientes, fue como una porcion de materias combustibles echadas en un voraz incendio. Aumentóse la persecucion: crecieron los malos tratamientos de la madrastra; multiplicáronse los combates y porfiadas diligencias de los parientes, que por bien ó por mal querian apartarla del voto que habia hecho. Su padre, presumiendo que el abatimiento y desprecio doblarian la firmeza de su corazon, despidió de su casa á la criada, y mandó que sirviese aquel oficio su hija. Con este motivo la obligaba la madrastra á hacer y rebacer los oficios mas despreciables y penosos, no dándose por satisfecha y contenta de nada que la Santa hacia. Por cualquier cosa la trataba mal de palabras; la daba de palos, y ejercitaba en ella mayores inhumanidades. Privábala de la comida, la encerraba en un cuarto obscuro, sin desistir jamás de la pretension de que contrajese matrimonio.

Como Maria Ana se habia ejercitado desde niña en la escuela de Jesucristo, estaba acostumbrada á beber el amargo cáliz que este Señor da á sus escogidos. Sabia que por un camino de tribulaciones y acerbos tormentos habia subido el Hijo de Dios á redimir al género humano, y á conseguir la gloria que le destinó su Eterno Padre por la muerte de cruz; y sabia que el que se preciase de verdadero discipulo suyo, habia de seguir en todo sus pasos. Esta consideracion tranquilizaba su alma, y la llenaba de una fortaleza tan superior, que en medio de los baldones, de las bofetadas, y todo genero de persecucion y malos tratamientos, conservaba una paz en su corazon y una alegria en el rostro, que se echaba bien de ver que no era efecto de las fuerzas naturales, sino obra maravillosa de la gracia divina. Esto se vió en una resolucion que la Santa tomó sobre sí misma, que llegó á consternar, aunque no á abatir la furia de sus perseguidores. Era la Santa de gentil disposicion de cuerpo, y acrecentaba la hermosura de su rostro una hermosa madeja de dorados cabellos, que contribuian no poco á mantener el ardiente amor que la tenia su destinado esposo. Un dia, pues, determinó quitar este estorbo á sus santos pensamientos; y tomando unas tijeras, se cortó el hermoso cabello, y con él las esperanzas del que la pretendia para esposa. Cuando la santa se presentó á su padre y á su madrastra afeada de esta manera, se encendieron en cólera como tigres, y multiplicando las bofetadas, los golpes, dictérios y execraciones, cargaron sobre la santa jóven todo el tropel de injurias y malos tratamientos, que es capaz de producir un encono infernal disimulado con la capa de zelo, de piedad y de paternal obediencia. En todas estas tribulaciones se

mantuvo Maria Ana sumamente gozosa, considerándose en ellas verdaderamente discipula de Jesucristo. Este Señor la consolaba y fortalecia con frecuentes visiones espirituales, en que la inundaba con torrentes de celestiales dulzuras. Pasó algunos años la Sierva de Dios esta terrible prueba de su verdadero amor al Esposo immaculado, hasta que satisfecho de la firmeza de su amada Esposa, hizo calmar la tormenta. Conocieron todos que era empeño vano resistir á los designios de Dios: ilustrado su entendimiento con soberanas luces, vió el padre de Maria Ana en su hija, no ya una voluntad rebelde á sus preceptos, sino una doncella elegida de Dios para hacer ostentacion de las maravillas de su omnipotencia. Igual persuasion se apoderó del corazon de su madrastra; y así determinaron abandonar su loco empeño, dejar á Maria Ana tranquila en sus santos ejercicios, venerando de allí adelante como á una santa y virtuosa doncella, á la que hasta entonces habian perseguido como á una hija contumaz y rebelde.

Viéndose la sierva de Dios victoriosa de tan crudas batallas en una paz tan dulce y apetecible, como antes habia sido penosa y temible la guerra en que se habia hallado, soltó las riendas á su fervoroso espíritu, para que se emplease sin reserva en todos los ejercicios piadosos. Era poco proporcionada para esto la casa de sus padres: conocia además que estos no se hallarian mal con su ausencia; y tanto por lo uno como por lo otro determinó hacerse religiosa. Aunque las diligencias que hizo en todos los conventos de Madrid fueron exquisitas, no lograron el efecto deseado. Afigiase Maria Ana viendo frustrados sus deseos, y pudo tanto en ella el anhelo de vivir entre vírgenes, que abrigó en su corazon un arriesgado proyecto, que á no venir del cielo, toda humana prudencia le juzgaria temerario. Determinó salir de su casa sola y caminar á Ocaña, en donde habia oído decir habia conventos en que serian sus esperanzas cumplidas. Sola, determinada, sin confiar á nadie su secreto, sale de noche de la casa de sus padres á pie esta tierna doncella, sin mas provision para el camino que la firme esperanza que tenia en su Esposo, y la viva fe con que creia que Dios nunca desampara á los que en él confiaron. Pocas leguas anduvo, cuando se la presentaron á un solo punto de vista todos los peligros á que iba expuesta una jóven con diez y nueve años de edad, sin otra compañía que los atractivos de la naturaleza. Esta consideracion causó en ella tanto espanto, que se volvió á la casa de sus padres, en donde en una vision admirable la dió el Señor á entender por medio de su Madre Santísima, que vendria tiempo en que se cumpliesen sus deseos. Entre tanto vivia en su casa con el mismo recogimiento y abstraccion de espíritu, que pudiera tener en el convento mas retirado. Creció nuevamente el impulso con

que su corazón caminaba á Dios, doblando los ejercicios de humildad de caridad, de mortificación, y generalmente de todas las virtudes. Instruía en ellas con soberano magisterio á dos hermanitas suyas, enseñándolas que huyesen del mundo, de sus pompas y vanidades; á que despreciasen los atractivos del amor terreno, y á ejercitarse en la contemplacion de los divinos misterios. Con tal enseñanza salieron las niñas muy aventajadas en la virtud, y Maria Ana hallaba ocupacion proporcionada al fervor de su espíritu.

Dos años disfrutó la Sierva de Dios de tranquilidad y reposo, gozando en él las verdaderas delicias de la vida espiritual; pero Dios, que la habia visto pelear y vencer con tanto denuedo, permitió que entrase en otra nueva guerra, tanto mas temible, cuanto los enemigos eran menos visibles, y sus armas templadas con toda la fuerza de la naturaleza, y los atractivos de los deleites. Comenzó á padecer unas vehementísimas tentaciones contra la castidad, que el comun enemigo procuraba esforzar con las imágenes mas torpes y feas que representaba á su imaginacion por unos modos, que aunque sean para nosotros ocultos, no dejan de ser verdaderos. Los mas obscenos objetos que tiene toda la vasta y horrorosa extension de la lujuria se presentaban á su mente donde quiera que estaba; sin que pudiesen preservarla ni la leccion, ni la meditacion, ni el trabajo corporal, ni todos los ejercicios piadosos en que de ordinario se empleaba. Aconsejábale su espíritu, lloraba, gemía, acudia á Dios en la oracion, sin que por eso se templase el rigor de la porfiada tentacion. Persuadida á que semejante enemigo no se vence sino con ayunos y oraciones, comenzó á macerar su delicado cuerpo con tan extraños artificios, como pudiera una muger profana emplear para gozar de las mayores delicias. Vistióse á raiz de las carnes un áspero cilicio; en el pecho traía una corona de penetrantes espinas, la cual, dice ella misma, que la parecia un ramillete de flores; llenaba de piedrezuelas los zapatos para sentir una mortificación dolorosa; dormía sobre unos grandes manojos de cambrones y zarzas, en que se echaba desnuda, y se hallaba mas contenta, cuando las puntas sacaban de su cuerpo virginal copiosos arroyos de sangre. Esto mismo lograba con una corona de espinas que ponía sobre su cabeza para aumentar los dolores. Con tan extrañas mortificaciones logró una completa victoria del comun enemigo y de las pasiones sensuales, sin que tanto tropel de acontecimientos hubiesen servido para otra cosa, que para hacer mas completo su triunfo, y su purísima virginidad mas acrisolada y hermosa.

Parece que despues de once años que duró esta sangrienta batalla, la habia de conceder Dios el gusto de gozar en paz el fruto de sus victorias; pero no fue así, porque algunos mal aconsejados hombres

zelosos, no segun Dios y la verdadera sabiduria, movieron en su padre unos vanos temores de que la virtud de su hija pudiese ser alguna ilusion del demonio, en la cual tuviese que entender el tribunal de la Fe. A la sazón se hablaba mucho de los justos castigos que este tribunal habia ejecutado en Agustin Cazalla y otras personas tenidas por virtuosas; pero que en la realidad no eran sino unos visionarios embusteros, que reunian en sí todos los engaños de la hipocresia, de la supersticion, y de una temeridad blasfema. Con este motivo se exacerbo tanto el espíritu de su padre, vanamente temeroso, que comenzó á perseguirla con mas crueldad que al principio. Porque no solamente la maltrataba, sino que la impedia sus devotos ejercicios, tanto, que pidiéndole la Sierva de Dios la permitiese retirarse á hacer labor á un aposentillo, el padre se lo negó, obligándola á residir en el bullicio. Sufrió la Santa este trabajo con invencible fortaleza, ayudada de los saludables consejos de su maestro espiritual. Pero la alteza del espíritu de Maria Ana era superior á las luces de aquel venerable Padre, que aunque muy docto y muy versado en materias de espíritu, no se juzgó con el caudal necesario para dirigirla. Rezeló además de esto si en aquellas grandes operaciones podria haber alguna ilusion que él no entendia; y así un dia que llegó á confesarse, la despidió para siempre. La humilde Maria Ana besó la tierra, pidióle su bendicion y sus oraciones, y dirigida de superior impulso se fue al convento de la Merced, en donde encontró al venerable padre fray Juan Bautista del Santisimo Sacramento. Este piadoso varon que algunos años despues fue fundador de los mercenarios descalzos, tomó á su cargo la direccion de Maria Ana, y como los consejos del prudente confesor eran análogos á las inspiraciones del Espíritu santo, en breve hizo tales progresos en la virtud, que casi llegó al grado supremo de santidad.

Esta se aumentaba de dia en dia; porque sus padres, mas tranquilizados ya en sus temores, la daban amplia libertad para que se ejercitase en todas las obras de piedad y de fervor. Dios aumentaba prodigiosamente los quilates de su espíritu, y con celestiales favores la ponía en disposicion de labrar mas perfectamente el carácter de esposa suya. No contenta Maria Ana con los trabajos y dolores que hasta entonces habia padecido, deseaba vivamente gustar en alguna manera los dolores que habia padecido Jesucristo en su pasión sacrosanta; y el Salvador se lo concedió de un modo maravilloso. Estaba la Santa un dia contemplando en aquel paso acerbisimo de la pasión de Jesus, cuando éste Señor, coronado de espinas y vestido de púrpura, fue presentado al pueblo que en confusa griteria clamaba que le crucificasen. Con el fervor de la contemplacion se arrebató el espíritu, y la pareció que veía al Salvador en aquella forma

dolorosa en que le habia considerado. Aprovechándose de la ocasion tomó la corona del Señor con sus manos, y se la puso sobre su cabeza. De resultas de esta vision sintió en sus sienes por todo el resto de su vida unos dolores tan intensos, como si realmente la hubiesen taladrado la cabeza. A estas penas se llegaron varias enfermedades que padeció en todo aquel discurso de tiempo hasta la edad de treinta y tres años, en que el Señor quiso que tubiesen fin los trabajos, y comenzasen los regalos y dulzuras. Estaba la Santa en contemplacion, y la pareció ver al Redentor del mundo en un trono magestuoso y resplandeciente, y que con un semblante benigno la decía así: *Hija mia ¿te holgarias de estar en mi cruz?* y que élla respondió: *¿Cuándo, amorosísimo Señor, dulce esposo y único dueño de mi corazón, merecí yo favor tan grande? Pero aunque me reconozco indigna de tanta dicha, abrazo la cruz con todo gusto y alegría, si así es vuestra voluntad.* En el mismo instante sintió en sus pies y en sus manos unos dolores acerbísimos, á que se siguió en su alma una suavísima uncion del Espíritu santo, que la llenó de vigor y fuerzas sobrenaturales. A esto inefable favor se siguió otro, que fue el término de todas sus penas, y principio feliz de una dichosa vida. Este fue una tranquilidad de ánimo, y una paz tan suave, que de allí adelante ni sintió mas las sugestiones del demonio, ni la carne la mortificó mas con sus rebeldias, gozando de una paz tan apacible, como si estuviera ya en la vida bienaventurada.

Por este tiempo, como su padre era criado del rey Felipe II, y éste trasladó la corte á Valladolid, tuvo la Santa que seguirle, conservando en todo lugar el mismo fervor de espíritu y santo tenor de vida que hasta allí habia guardado. Volvió á Madrid por los años de 1606, y aunque al principio vivió algun tiempo junto á santa Catalina de los Donados, finalmente vino á establecer su habitacion cerca del convento de santa Bárbara, que era el sitio adonde se habian encaminado siempre sus deseos. Allí fabricó una pobre celdilla en un portal que la franquearon los religiosos, habiendo sido antes echada con impropiedad de una pequeña casa que habitaba allí cerca. Todo el aparato de su pobre habitacion se reducía á dos sillas viejas, y una estera que servia de asiento y de alfombra á las muchas y grandes señoras que venian á visitarla. Tenia además sobre una mesa una devota imágen de Jesucristo, y una cruz grande, en que oraba tendidos los brazos. Su cama se reducía á un corcho sobre que se recostaba, sirviéndola un madero de almohada. A estos ajuares se llegaban los cilicios, disciplinas, rallo, manojos de zarzas, y otras cosas semejantes, todas ellas teñidas de su inocente sangre. En este sitio se juzgó María Ana como en una soledad y retirado desierto, en donde podia vivir á solas con su Esposo. Solamente la hacia compañía una muger

llamada Catalina de Cristo, cuya rudeza y aspereza de condicion fueron instrumentos para labrar la paciencia de la Santa. El tenor de vida que emprendió en esta pobre celdilla, y conservó hasta la muerte, pone espanto no solamente á las personas relajadas, sino aun á aquellas que con verdad se pueden llamar devotas y fervorosas. La simple narracion de las ocupaciones que tenía destinadas á cada hora, es una prueba auténtica del alto grado de santidad á que había llegado la beata María Ana. Levantábase á las doce de la noche á la contemplacion de los divinos misterios, que duraba todo el tiempo que gastaban los religiosos en el oficio de matines.. Hasta las tres seguía un breve sueño, con que recreaba algun tanto sus miembros fatigados. A las tres se levantaba, y permanecía en contemplacion hasta el amanecer, despues de haber rezado varias oraciones vocales sumamente devotas. Desde esta hora hasta las doce del día permanecía en la iglesia, en donde confesaba, comulgaba y oraba, á excepcion de algunos breves ratos que dedicaba á la consolacion de sus prójimos. Encaminábase luego á su celda, en donde recibía un alimento tan escaso, que apenas bastaba para conservar la vida. El tiempo que restaba hasta las dos, le consumía orando postrada delante de una cruz que tenía en el huerto. A las dos volvía á la iglesia, asistía á las vísperas, y despues se entregaba al beneficio de sus prójimos hasta las cinco, en que volvía á la oracion mental, y perseveraba en ella una hora entera. Oía completas, y volviendo á su celda, comenzaba de nuevo los ejercicios de oracion y penitencia hasta las nueve, en que comenzaba la leccion espiritual. Esta duraba dos horas; y desde las once hasta las doce tomaba algun descanso para volver á comenzar de nuevo su diario ejercicio.

Un género de vida tan tirante, tan penosa y tan espiritual, la elevaron á un grado tan sublime de contemplacion, que en ella padecía aquellos dulcísimos deliquios y raptos, con que el divino Esposo regala á las almas que se le entregan totalmente y sin reserva. Todas las virtudes tomaron tal incremento, que llegaron á estar en la beata María Ana en un grado perfectamente heroico. Su fe viva igualaba á la de los mártires, de cuyo número deseó ser muchas veces. Su firme esperanza jamás se debilitó ni en las persecuciones, ni en los trabajos, ni en la mayor miséria. Pero sobre todo se adelantaba su ardentísima caridad, en la cual se cifran todas las virtudes. Amaba á Dios con tal ternura, que las veces que aconteció estar en peligro de muerte, miraba este duro trance con ojos amorosos, representándosele como un medio de unirse para siempre con su Dios. El amor la tenía atada á los templos, no sabiéndose apartar de donde tenía su tesoro; el amor la hacia mirar á sus prójimos como á hijos suyos, y cargar sobre sí respecto de ellos todas las obligaciones de una tierna madre. Por es-

te motivo sufría con gusto las continuas visitas con que la molestaban gentes de todos los estados y gerarquías; unos buscando consuelo en sus trabajos espirituales, y otros solicitando remedio temporal en sus infortunios. A uno y á otro acudía pródicamente la santa Virgen, y se puede decir con verdad que fueron tantas y tan cuantiosas las limosnas que se hicieron por su mano, como maravillosas y duraderas las conversiones que resultaron de sus santas amonestaciones, de su fervorosa oracion, y de sus encendidas palabras.

Un conjunto de prendas tan admirables le grangeó una grande fama, no solamente en la corte, sino en muchos lugares de España, adonde penetró el olor de sus virtudes. Principes, grandes, señores y señoras venian á visitarla á su pobre celdilla; se encomendaban á sus oraciones, y la hacian árbitra en los negocios mas árduos é interesados. Por especial breve de Paulo V. se le concedió fabricar junto á su celda un pequeño oratorio, en el cual la decian misa, y administraban la santa comunión: no habiéndose desdeniado de servirla de capellan, entre otros personajes eclesiásticos, el señor don Gabriel Trejo Pan y Agua, cardenal de la santa Iglesia de Roma, obispo de Málaga, y presidente de Castilla. En medio de la comun estimacion que hacian de su persona, y de la veneracion que la tributaban como á Santa, era tal su humildad y el desprecio que hacia de todas las honras mundanas, que todas estas las tenia en mas vil precio que el polvo de la tierra, y á si misma por mas despreciable que las mismas honras. Un solo suceso de su vida, entre infinitos que se pudieran referir, manifiesta el alto grado en que poseyó estas virtudes: Salió un día de paseo á la fuente Castellana la Reina Margarita. Deseosa de consolarse con la santa conversacion y compañía de la sierva de Dios, la envió á llamar para que la acompañase en el paseo. Recibió la Santa el recado; pero contemplando que de aquella honra la podria resultar alguna ocasion de vanidad, y superior por otra parte á todas las grandezas del mundo, mandó decir á la reina, que para encomendar á Dios á S. M. mejor estaba en su celda. Esta respuesta llena de heroísmo fue del agrado de aquella reina Católica, y aumentó prodigiosamente la fama de la virgen María Ana. Con todas estas virtudes no estaba todavia contento su corazon, mientras no se viese contada entre las hijas del grande patriarca san Pedro Nolasco, haciéndose Religiosa como antes habia apetecido. Estos deseos los vió cumplidos el día 20 de Mayo de 1614, tercer día de pascua del Espíritu santo, en que hizo solemne profesion en manos del maestro general de los Mercenarios.

Ya no la quedaba á esta Sierva de Dios cosa que apetecer en esta vida. Sus virtudes habian llegado al mas sublime grado de perfeccion. Jesucristo la regalaba frecuentemente con admirables raptos,

en que la daba á probar el inefable tesoro de sus divinas dulzuras, principalmente cuando contemplaba en el sacramento de la Eucaristia, en la pasion de Jesucristo, y en las gracias de su santisima Madre, de quien fue muy devota. Además estaba singularmente adornada con todos los dones de Espiritu santo, particularmente con el don de milagros y de profecia, en que fue portentosa y admirable. Dispuesta esta bendita esposa de Jesucristo con todos los adornos y alavios de la gracia, se hallaba pronta para entrar á las bodas eternas. En efecto, jueves 11 de Abril de 1624, la acometió un terrible dolor de costado, que á pocos dias la quitó la vida. En el discurso de esta enfermedad recibió algunas veces la sagrada comunión, con cuya medicina se templaban las ansias y congojas que la hacia padecer su mortal dolencia. Luego que se divulgó en la corte el peligro en que estaba, concurrieron á visitarla los grandes de España, señores y señoras de la primera nobleza, y á tener el consuelo de recibir su bendición y oir sus últimas palabras. Hasta la católica reina doña Isabel de Borbon envió á doña Juana Zapata, para que en su nombre la hiciese una visita, y la pidiese su bendición. Finalmente, habiendo recibido los santos sacramentos con gran devoción y ternura, y exhortando á todos los concurrentes al amor de Dios y del prójimo, arrimando al pecho un crucifijo que tenia en la mano, quedó transportada en sus brazos en un deliquio amoroso, que tal fue para ella la muerte. Sucedió ésta miércoles 17 de Abril del año referido, siendo la sierva de Dios de edad de cincuenta y nueve años. Su rostro quedó hermosísimo, los ojos entreabiertos, la boca risueña, rosadas las mejillas, y toda ella manifestando la gloria de que ya gozaba. Difundiése un suavísimo olor por todo el convento, y un triste llanto en el pueblo cristiano, que lloraba á su madre, á su maestra, á su protectora, y á todo su consuelo.

Al día siguiente presentaron su sagrado cadáver en un túmulo magnífico, que se construyó en medio de la capilla mayor de la Iglesia de santa Bárbara. El concurso de gentes de toda clase y condicion que concurrieron á venerarla fue tan grande, que no cabiendo en las calles y plazas, tuvieron que salirse al campo. Unos tocaban medallas, otros rosarios y coronas; y Dios premió la fe de todos con algunos prodigios, que acreditaron la santidad de su sierva. El mayor de todos fue, que habiendo concurrido al sábado siguiente infinitas personas á ver el cadáver de la santa Virgen, y hallando que ya le habian enterrado, súbitamente se apoderó del corazón de todos un dolor de sus pecados, que manifestaron ser verdadero confesando y comulgando en aquella iglesia. El papa Clemente XIII., habiéndose formado antes el proceso, segun costumbre, declaró haber tenido la beata Maria Ana las virtudes teologales y cardinales en grado heroico. Este decre-

to se dió día 9 de Agosto de 1761; y en el día 18 de Enero de 1783 nuestro santísimo padre Pío VI decretó que todos los fieles cristianosudiesen dar culto público y manifiesto á la venerable sierva de Dios María Ana de Jesus como á bienaventurada. (1)

**La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue.**

*Munera quæ tibi, Domine, in beate Mariæ Annæ festiuitate sacramus, et vincula nostræ præcetitatis dissoluant, et tuæ nobis misericordiæ dona concilient. Per Dominum nostrum Jesum Christum...*

Clementísimo Dios, señor de las virtudes, que colmaste á la bienaventurada virgen María Ana de los innumerables dones de tu gracia, concédenos por su intercesion, que ya que la veneramos con solemnidad de culto, la imitemos tambien con las acciones. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los Corintios.**

*Fratres: Qui gloriatur, in Domino gloriatur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est, sed quem Deus commendat. Utinám sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate me: Emulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.*

Hermanos: El que se gloria, gloriése en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino el que alaba á Dios. Ojalá sufrieseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme: porque yo os zelo por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado para presentaros cómo una casta virgen á un solo hombre, á Cristo.

## REFLEXIONES.

Si consideráran los cristianos la dulzura de la ley evangélica, y el amor paternal con que el divino Legislador ha mirado nuestra fragilidad al tiempo de establecer sus preceptos, era preciso que todos se encendiesen en un ardentísimo amor de un Señor, que ningun otro interés tiene en todas sus obras mas que nuestra salvacion. ¿Quién podria persuadirse que siendo la virginidad virtud tan recomendable que iguala á los mortales con los espíritus angélicos, no habia de haber un pre-

(1) En el año de 1815, de órden del rey don Fernando VII., estuvo expuesto su cadáver en la iglesia parroquial de Santiago, habiendo sido inmenso el pueblo que concurrió á verle.

cepto que la mandase á los cristianos; cuando la conversacion del genero humano estaba asegurada en tantos ciegos hijos como tiene la gentilidad? Con todo eso vemos que san Pablo nos asegura que esta sublime virtud no es mas que un consejo. Aquellos hombres felices que sintiesen en su cuerpo y en su alma las tranquilas disposiciones que necesita esta delicada virtud, haran mal en no aprovecharse de unos dones tan soberanos. Pero aquellos en quienes la comun corrupcion de la naturaleza hace sentir sus poderosos estímulos; aquellos que no pueden prometerse del estado de continencia sino un estado de una perpetua lucha, en que la viveza de sus pasiones hace muy dudosa la victoria, haran mal en emprender una altísima perfeccion, que para ellos es un verdadero precipicio. Esto prueba la suma benignidad de nuestro Legislador en haber dejado en nuestra mano la eleccion del estado en que habemos de servirle; y al mismo tiempo el sumo cuidado y exámen riguroso que requiere esta empresa.

Cuando un alma llega á estar perfectamente poseida del amor de Dios, y afianzada en una sólida virtud, puede caminar con descuido sobre esta materia. El mismo Dios parece que toma á su cuidado vencer todas las dificultades, y preparar los medios necesarios para la consecucion de los fines que se pretenden. Entonces se verifica aquella sentencia del real Profeta: *Pon en Dios todos tus cuidados, y el Señor cuidará de tu felicidad y de tus aumentos.* Cuando no hubiera otra prueba de estas verdades que los ejemplos que nos ofrece la vida de la beata María Ana de Jesus, eran suficientes para producir en nosotros el mayor convencimiento. Desde los tiernos años la previene el Señor con bendiciones de dulzura, desde la misma infancia la elige para su esposa; adorna su alma de todos los alavios de la gracia; compone su cuerpo de los humores mas pacíficos y templados; y finalmente la inspira el amor á la virginidad. En vano se oponen sus padres á un proyecto confirmado por la divina Omnipotencia; en vano la persiguen las fuerzas humanas y las del abismo, unidas de concierto para desbaratar lo que Dios habia formado. Una tierna doncella triunfa de todo, porque tiene en su apoyo á la misma divinidad. Los hombres siguen conducta mu y contraria; todo se lo arrogan á si mismos, todo lo quieren disponer á su arbitrio, no cuentan con Dios, y atribuyen á su santa ley los defectos de su flaqueza. Se introducen temerariamente en los estados, sin mas vocacion ni exámen que el de los mundanos intereses. Hállanse despues sujetos á una cadena de obligaciones que contradice su genio, ó la combinacion de humores que puso en su formacion la naturaleza. Gimien y se quejan de las leyes á que está sujeta la condicion de su estado; pero no reflexionan que esta es una consecuencia precisa de la temeridad con que le abrazaron. Hombres ciegos, acabad de conocer de una vez la infinita voluntad de vuestro Dios; y supuesto que no os obliga á vivir

una vida contraria á vuestras inclinaciones naturales, que él mismo dispuso sábiamente, dadle gracias por ello, y procurad aprovecharos de tan soberano beneficio.

**El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.**

*In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cælorum decem virginibus: quæ accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes verò acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes, et dormierunt. Mediâ autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virginet ille, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro; quia lampades nostræ extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne fortè non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissimè verò veniunt et reliquæ virginet, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle: entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no haste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el día ni la hora.

## MEDITACION.

*Sobre la modestia de los vestidos.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que la modestia en el vestir es una señal dichosa de la pureza de costumbres; así como por el contrario la inmodestia, lujo y vanidad son un indicio, no solamente de la ligereza de corazón, sino también de estar lastimosamente corrompido.

Esta verdad la testifica el Espíritu santo, cuando dice en el Eclesiástico (cap. 19): *El adorno del cuerpo, la risa y la manera de presentarse, dan indicio de la bondad ó malicia del hombre.* Así se vió que el rey Ochocías conoció al profeta Elias sin mas señas que las de su vestido. Hallábase este Rey enfermo, y envió á los sacerdotes de los ídolos, á que implorasen su auxilio, ofreciendo víctimas para que le librasen del peligro en que estaba. Estos ciegos hombres dieron por casualidad con el profeta Elias, quien les mandó decir al Rey que supiese de cierto que no se había de levantar mas de la cama, sino que de aquella enfermedad había de morir. Luego que Ochocías oyó una nueva tan terrible, preguntó ansioso á los mensajeros, qué figura tenía, y que vestido, quien les había mandado dar aquel recado. Respondieronle que era un hombre veloso, ceñido con una correa de cuero. Y oyendo esto el Rey exclamó: *¡Ay de mí, que ese es Elias!* Tan cierto es lo que dice Tertuliano, *que aunque calle la lengua, habla el vestido, y manifiesta á los ojos prudentes las virtudes ó vicios del corazón.* El hombre virtuoso, persuadido á que el vestido no es otra cosa que una medicina contra la herida que recibió nuestra naturaleza, le usa con templanza, guardando estrechamente las leyes de la necesidad. Para esto basta que el vestido defienda el cuerpo de las inclemencias de las estaciones, dejándole ágil y proporcionado para los trabajos en que debe emplearse. Según esta consideración debe usarse del vestido como se usa de la medicina; esto es, lo que basta solamente para remediarse contra los daños de la enfermedad.

Siendo esto así, ¡cuánta locura y necedad no manifiestan aquellas personas que hacen vanidad de traer ricos vestidos recamados con oro y plata, que bastarían para hacer la felicidad de muchos miserables! ¿Quién no se reiría si viese á un enfermo que hacia grande ostentación de las vendas, cataplasmas y emplastos que le habían aplicado para curar sus llagas? y quién no le tendría por de juicio rematado si le viese salpicar de oro y adornos costosos los mismos parches que le aplicaban á las heridas? Esto mismo ejecutan, si se mira con ojos, no ya cristianos, sino ilustrados con la sana filosofía, aquellos que solicitan que sus

vestidos tengan tales hechuras y adornos, que arrebatan los ojos de los que los miran. Aún hay mas de monstruosidad en esta materia. El hombre, según salió de las manos de Dios santo y perfecto, no necesitaba de vestido. Pecó, y la misma transgresion le hizo conocer que estaba desnudo. Comenzó á sentir las incomodidades de la desnudez y las inclemencias del tiempo, que no hubiera sentido si no hubiera pecado. Para precaverse de estas misérias usó al principio de unas hojas de higuera, á que añadió despues unas pieles cosidas con tanta rudeza como merecia su pecado. El vestido, pues, en el hombre es verdaderamente una señal de oprobio y de infelicidad; un verdadero san Benito que está manifestando su ignominia. El dice que el hombre fue rebelde á su Dios: que traspasó sus preceptos: que olvidó el reciente beneficio de la creacion: que abrigó en su pecho el loco pensamiento de aspirar á la divinidad; y que en pena de todos estos delitos fue echado del paraíso, condenado á muerte, y á necesitar de vestido. Siendo esto verdad, como lo es, ¿cuanta necedad es la de aquellos que se glorian, y pretenden buscar honra en lo que realmente es una verdadera afrenta!

**Punto segundo**—Considera que si la profanidad de los vestidos es execrable para un cristiano, porque de luego á luego manifiesta la ligereza de corazón, y sus hábitos corrompidos, lo es todavía mucho mas por los daños que causa en el mismo que usa los profanos adornos, y en aquellas personas á quienes con ellos escandaliza.

Las familias enteramente arruinadas por este exceso: los peligros á que quedan expuestos unos hijos privados de los bienes de fortuna, que les habian concedido Dios y la naturaleza: las multiplicadas ocasiones de pecar, á que exponen el lujo y el vestido profano, son demasiado notorias, y su gravedad se hace conocer aun del mas obstinado en cerrar los ojos á la luz. Pero ¡ó Dios inmortal! ¿cuántos daños, cuántos precipicios causan los profanos, principalmente las mugeres, en los incautos que miran con ojos curiosos su compostura! Solo el ejemplo doloroso de la prostitucion de los hijos de Israel á vista de los adornos de las mugeres moabitas, basta para hacer temer al corazón mas insensible. Un pueblo instruido santamente, adicto con tenacidad á los ritos de su ley y á su escrupulosa observancia: un pueblo que miraba entre todos los pecados como el mas horroroso á la idolatria; este mismo pueblo se olvida de sus leyes, abandona la santidad de sus costumbres, desprecia á su Dios, y ofrece incienso á los ídolos. Las doncellas moabitas, que se habian adornado con todo el esmero y artificio mugeril, se presentan á sus ojos, y caen en sus lazos los hombres que mas se preciaban de adorar al verdadero Dios. Este ejemplo manifiesta lo execrable de los adornos profanos, cuando ellos solos bastaron para mover á un pueblo san-

tísimo á que abandonase el verdadero Dios, y ofreciese incienso á las obras de los demonios.

Regularmente suelen alegar las mugeres profanas, que ponen todo su esmero en buscar adornos artificiosos con que hacer resaltar mas su hermosura, y llevar tras sí los ojos de los incautos, que no hacen aquello con mala intencion, ni por fin pecaminoso y depravado. ¡Pero cuán miserablemente se engañan! porque siendo cierto que sus obras no se pueden graduar de obras puramente animales, es preciso convenir que obran por algun fin. ¿Intentarán, pues, agradar á Dios y servirle con aquellos profanos adornos? Afirmar esto seria una horrenda blasfemia, cuando el mismo Dios tiene dicho por su Profeta, que manifestará su ira y su indignacion contra semejantes artificios: ¡intentarán agradar á los hombres que las miran! Si así lo afirman, es un horroroso delito; y Dios ha asegurado que castigará con una eterna confusion la vanidad con que han querido usurparle los derechos de su inmortal y eterna hermosura: ¡intentarán últimamente agradarse á sí mismas, adornando su cuerpo con los artificios del lujo y las invenciones de la vanidad! Pero esto seria una criminal complacencia, y un pecado muy semejante al de los ángeles rebeldes. De cualquier manera, y á cualquier aspecto que se consideren los profanos adornos, es preciso convenir que son una setina de delitos, y que ocultan intenciones depravadas y fines perversos.

### JACULATORIAS

*Verus ornatus christianorum, mores boni sunt.* Aug. Epist. 73.

Concoco, Señor, porque vos me lo enseñais, que los verdaderos adornos de un cristiano, no son otros que las buenas costumbres.

*Omnis caro fanum, et omnis gloria ejus quasi flos agri.* Isai. 40.

Porque toda la carne se corrompe y acaba como el benc, y su gloria y vanidad es como la flor del campo, que al menor soplo de viento se marchita y convierte en podredumbre.

### PROPOSITOS.

Todo cristiano debe tener presente, que por el bautismo renunció á las pompas de Satanás. Que por lo mismo se obligó á seguir en todo el ejemplo de Jesucristo, y de sus santos apóstoles. Este ejemplo en la materia presente enseña una modestia tan perfecta, como que el apóstol san Pablo escribia á su discipulo Timoteo, que estaba contento siempre que tuviese un alimento bastante á mantener la vida, y un vestido que fuese suficiente para cubrir la desnudez. De aqui se infiere, que tanto

los hombres como las mugeres estan obligados á observar rigurosamente las máximas cristianas de templanza, pudor y moderacion en esta materia. Pero como en todos tiempos han sido las mugeres mas débiles para dejarse llevar de la loca vanidad y adornar sus cuerpos, buscando á toda costa modos exquisitos con qué complacer el capricho de los engañados mortales; á éstas han encargado los profetas, los apóstoles y los padres con mayor cuidado la moderacion en los adornos, y asimismo contra ellas han fulminado las mas terribles amenazas. San Pablo, escribiendo á Timoteo (*Epist. 1. cap. 2*), da una regla del adorno que deben tener las mugeres cristianas. Allí dice el santo Apóstol cuál es su modo de pensar y su voluntad en esta materia; sus palabras son estas: *Quiero que las mugeres oren con un vestido decente, adornándose con vergüenza y modestia; no con los cabellos rizados, ni con oro, ó perlas, ó vestidos preciosos; sino con las buenas obras, como conviene á mugeres que hacen profesion de piedad.* Estas palabras deben ser la pauta y norma que tengan presente las mugeres cristianas cuando tratan de sus adornos. En ellas deben mirarse como en un verdadero espejo, que les descubrirá los defectos de sus conciencias; y últimamente, de ellas se deben servir como de una instruccion para saber qué adorno deben destinar á sus hijas, para no faltar á las terribles obligaciones que ha puesto á su cargo la divina Providencia. Dios y Señor mio, cuando considero el rigor de la doctrina evangélica, y miro á mis obras, me conozco con un sin número de delitos. Yo comparezco en vuestra presencia, oprimida mi alma de todos los escándalos que han causado mis locas profanidades. Yo hice desaparecer en mi la obra de vuestra mano, que era santa; y en su lugar coloqué los artificios de mi vanidad, haciéndome la piedra de escándalo para todos mis prójimos. Yo he empleado lo mas precioso de mi vida y de mis pensamientos en buscar lazos y artificios con que apartar de vos á las almas, y destinar á una pérdida eterna todo el infinito precio de vuestra preciosa vida y de vuestra dolorosa muerte. A vuestros pies confieso mis abominaciones, y al mismo tiempo las detesto. De hoy mas mi cuerpo no tendrá otros adornos que los de la honestidad y la modestia; y con vuestra divina gracia, mi alma percibirá los frutos de la templanza.

#### San Aniceto, papa y mártir.

**SAN ANICETO**, duodécimo papa despues de san Pedro, fue originario de Siria. Nació hácia el fin del primer siglo; y la grande reputacion que ya tenía en la Iglesia hácia la mitad del segundo, es testimonio de la santidad con que pasó los primeros años de su vida. Fue hombre de superior genio, de extraordinaria grandexa de alma, de tanto te-

son, y de tanta intrepidez, que miraba con desprecio los mayores peligros; de zelo tan ardiente por la verdad y por la fe, que fue constante y universalmente tenido por azote de los herejes. Era venerado por uno de los mas sábios y mas santos presbíteros de la Iglesia de Roma, cuando habiendo sido coronado del martirio san Pio papa el año de 157, fue nombrado Aniceto por sucesor suyo.

Tenia necesidad la Iglesia de un pontífice tan grande en tiempo en que la malignidad y la multitud de los herejes no perdonaba á medio alguno para corromper la santidad de sus costumbres, y la pureza de su fe. Casi todos estos enemigos declarados de Jesucristo se habian juntado en Roma, donde siempre ha reinado y florecido la fe en todo su vigor, con intento de hacer todo lo posible para envenenarla en la misma fuente.

En tiempo de San Higinio papa habia venido á ella aquel impio heresiarca Valantino, que habiendo hecho grandes progresos durante el pontificado de san Pio, adelantaba cada dia nuevas conquistas. Cierta miserable mujercilla, llamada Marcelina, de la infame secta de los carpoctracios, ó de los gnósticos, que tambien habia llegado á dicha ciudad, pervertia mucha gente. Desde el principio del pontificado del mismo san Pio, habia comenzado tambien el impio Marcion á sembrar sus errores en la cabeza del mundo cristiano; de suerte, que cuando Aniceto se sentó en la silla de san Pedro, se vió como rodeado de monstruos que respiraban veneno: pero á todos los exterminó durante su pontificado, persiguiéndolos hasta sus mismas madrigueras, y no perdenando diligencia alguna para preservar á los fieles de la ponzoña con antidoto oportuno.

Echó Dios la bendicion al zelo y á los trabajos del santo Pontífice. En poco tiempo se vió libre el rebaño de las enfermedades contagiosas por los desvelos del Pastor. Descubiertos y confundidos los valentinianos, los marcionistas, y todos los demás herejes por el zelo de nuestro Santo, fueron objeto de la execracion de todos. Instruyó y cultivó á su pueblo con tan feliz suceso, que Roma, centro de la unidad y de la fe, lo fue igualmente de la santidad, y teatro de la virtud cristiana: así lo testifica Hegesipo, que vino á Roma en tiempo de san Aniceto.

Habiendo este insigne hombre, no menos sábio que santo, tratado en su viaje muchos obispos de Occidente, y habiendo observado en Roma así la pureza de la fe, como la santidad de las costumbres de los fieles, admirado de uno y de otro, hizo un magnifico elogio del Pastor y del rebaño. Escribió en cinco libros la historia eclesiástica desde la pasion de Cristo hasta su tiempo, que se reducía á una sincera coleccion de las tradiciones apostólicas; pero ya no nos han quedado de una obra tan antigua y tan auténtica mas que algunos fragmentos

conservados por Eusebio, en los cuales se ve la sinceridad con que san Hegesipo dá testimonio de que hasta su tiempo no había silla episcopal, ni ciudad cristiana, y sobre todo Roma, donde no se observase lo que manda nuestra santa ley, lo que los apóstoles habían predicado, y lo que había enseñado el mismo Jesucristo.

Hacían de cuando en cuando los herejes algunos esfuerzos para romper la fe, pero la vigilancia de Aniceto atajaba los efectos de sus perniciosos intentos. Al principio de su pontificado le vino á visitar san Policarpo, discípulo de san Juan evangelista, y obispo de Esmirna, que lleno de estimacion y de singular veneracion á nuestro santo Pontífice, tuvo especial consuelo en pasar á conferir con él algunos puntos de disciplina eclesiástica, en qué aún no habían convenido las iglesias griega y latina, y todavía no estaban decididos. Presto se acordaron los dos santos. Y como era tanto lo que san Policarpo defería y respetaba al vicario de Cristo, y éra tan singular la estimacion que Aniceto hacía de Policarpo, estrecharon entre sí una íntima amistad. No contribuyó poco esta buena inteligencia para confundir á los herejes, y para conservar á los verdaderos fieles en la pureza de la fe que habían recibido de los apóstoles; ni fué menos conducente para que floreciese en aquella capital la santidad de costumbres, que edificaba tanto á todo el mundo cristiano. Bien se puede asegurar, que si la verdad y la virtud fueron tan combatidas en Roma por aquella multitud de herejes que habían concurrido á ella, no fueron menos valerosamente defendidas por la concurrencia de tantos santos, y de tantos hombres grandes como juntó también en ella la divina Providencia.

Fuera de san Aniceto, san Policarpo y san Hegesipo, de quienes acabamos de hablar, se vió al mismo tiempo en Roma san Justino, uno de los mas brillantes astros de su siglo. Allí compuso la mayor parte de sus obras, que fueron tan útiles para disipar las calumnias de los gentiles, y para alumbrar á tan prodigioso número de herejes. Teniéndose por dichoso este insigni Santo de poder contribuir en algo al zelo de tan gran Papa, estableció en Roma, segun el plan que le dió el mismo Aniceto, una escuela de virtud, en que daba lecciones de religion á cuantos querian ser instruidos. Correspondió el fruto á su zelo; porque apenas se vió en otro tiempo tanta constancia y tanto fervor entre los fieles á pesar de la persecucion de los paganos, y de los esfuerzos que hacían los herejes, así para alentar la fe, como para estragar las costumbres.

Gobernó la Iglesia san Aniceto, segun Eusebio y Nicéforo, por espacio de doce años, con admirable zelo, prudencia y vigilancia. Aun en tiempos tan turbulentos y tan nebulosos encontró lugar su zelosa solicitud pastoral para descender á las mayores menudencias de la vi-

da ejemplar que deben observar los clérigos, y á muchos puntos importantes de disciplina eclesiástica.

Prohibió que los clérigos tragesen el cabello largo, segun la ordenacion del apóstol, y mandó que todos andubiesen con corona, ó tonsura clerical. Afirma san Gregorio Turonense, que el autor de esta corona fue san Pedro, en memoria de la corona de espinas del Salvador, y así es probable que san Aniceto estableciese por decreto lo mismo que hasta allí no era mas que una mera y piadosa costumbre. Lo cierto es que antiguamente solo se dejaba una especie de cerquillo al rededor de la cabeza, estando todo lo demás raído á navaja, á la manera que aun el dia de hoy lo observan muchos religiosos.

Habia mucho tiempo que nuestro santo Papa suspiraba ardientemente por el martirio. Aquel ardiente zelo que manifestaba por conservar en su pureza el sagrado depósito de la fe, y por dilatar el reino de Jesucristo, parecia hacerle acreedor á este insigne favor del cielo; y así fue coronado del martirio en la persecucion de Marco Aurelio, hácia el año del Señor de 167, y su santo cuerpo fue enterrado por los cristianos en el cementerio de Calixto.

El año de 1590, Minuncio, arzobispo de Munich, y secretario de Guillelmo, duque de Baviera, llevó á aquella ciudad la cabeza de nuestro Santo, y la colocó en la iglesia de los padres de la Compañia, donde es reverenciada con singular devocion.

En el año de 1604, habiendo mandado el papa Clemente VIII, que todos los cuerpos santos que se hallasen en dicho cementerio de Calixto, fuesen sacados de él, y trasladados á lugar mas decente y honorífico, donde estuviesen mejor colocadas aquellas preciosas reliquias; Juan duque de Altaemps, pidió y consiguió del papa el cuerpo de san Aniceto, y mandando labrar una magnífica capilla, colocó en ella este inestimable tesoro en un suntuoso sepulcro de mármol, donde es reverenciado con la mayor devocion; y el mismo duque izo el elogio de nuestro santo Pontífice en estas pocas palabras: *Si la perfecta inteligencia de la sagrada Escritura; si la inocencia y la santidad de la vida; si la gloria del martirio bastan cada una de por sí, como todos lo confiesan, para hacer á un hombre inmortal; ¿qué se deberá pensar del mérito y de la gloria de san Aniceto, en quien todas estas cosas se juntaron?*

**La misa es en honra del Santo, y la oracion la siguiente.**

*Deus, qui nos beati Aniceti, martyris tui atque pontificis annua solemnitate laetificas; concede propitius, ut ejus natalitia colamus,*

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu bienaventurado mártir y pontífice Aniceto; concédenos que consiga-

*de ejusdem etiam protectione gaudeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...*

mos la proteccion de aquel, cuyo nacimiento al cielo celebramos. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epístola es del esp. 5 del libro de la Sabiduría, y la misma del día XIV, fol. 227.**

NOTA.

«Los que dudan que Salomon fuese autor del libro de la Sabiduría, no hacen reflexion á estas palabras, que dice de sí mismo el autor de dicho libro en el capítulo 9, hablando con Dios: [Vós me escogisteis para ser rey de vuestro pueblo, y para juez de vuestros hijos y de vuestras hijas, y me mandasteis edificar un templo en vuestro santo monte, y un altar en la ciudad de vuestra habitacion.] Es probable, que el libro de la Sabiduría fue la primera obra que compuso Salomon despues que el Señor se la concedió.»

REFLEXIONES.

*Luego erramos el camino de la verdad.* La consecuencia es legitima y verdadera; el discurso cabal y bien hilado. ¡Pero qué desesperacion es la de un dolor, un arrepentimiento inútil! Para un hombre de vergüenza no hay cosa mas sensible, ni mas ruborosa que haberse engañado. Nunca se reconoce el error sin alguna confusion; pero cuando ha nacido de pura necedad, de pura simpleza: cuando ha sido únicamente por culpa del que yerra: cuando el desacierto conduce á la última desdicha, y esa sin remedio; ¿cuánto distará de la desesperacion el arrepentimiento? No hay suplicio mas cruel que aquel, en que sirven de tiranos el entendimiento y el corazon.

Luego nosotros anduvimos errados y descaminados: *Ergo erravimus.* Nosotros, que tanto nos hacíamos respetar: nosotros, que estábamos reputados por hombres de grande entendimiento, y teníamos lástima de los que iban por el camino real y derecho: nosotros que éramos los dioses de la tierra, ante cuyo acatamiento todos se encorvaban: nosotros, á quien todo se nos reía y coronados de rosas y de flores éramos el alma de las fiestas: nosotras, mugeres del mundo, ídolos de la vanidad, almas de la diversion y del placer: nosotros que hacíamos chacota de las verdades mas terribles de la religion, y juguete de las amenazas del Altísimo: nosotros, que solo éramos cristianos por bien parecer; luego nosotros lo errámos, y lo errámos en el punto decisivo de nuestra suerte eterna. *Ergo erravimus.* Luego no era verdad que aquellos honores tan superficiales, aquellas riquezas tan caducas, aquellos deleites, por la mayor parte tan amargos, podian hacernos felices para siempre: luego no era verdad que aquella vida regalona, ociosa, delicada y licenciosa debía de ser envidiable: luego

no era verdad que mi estado, mi empleo, mi dignidad, mi caracter, mi nacimiento me daban licencia y algun derecho para no vivir cristianamente.

Imaginaba yo que aquellas mugeres tan circunspectas, tan virtuosas, y tan retiradas enteramente á sus obligaciones caseras y á ejercicios de virtud y devocion, eran dignas de lástima: parecíame su soledad una especie de prision, y su circunspeccion un suplicio intolerable. Pero engañéme: ellas fueron por donde debian ir; yo fui la loca y la descaminada.

*Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam.* Locos éramos nosotros y muy insensatos cuando leniamos por necedad y por insensatez aquella su discretísima vida, puesto que en rigor no hay otra discrecion ni otra verdadera sabiduria que la de los santos. ¿Es por ventura sabiduria y discrecion caminar á tientas, sin saber adónde se camina? ¿es sabiduria y discrecion caer atolondradamente en los lazos del enemigo? ¿es sabiduria y discrecion correr tras de un poco de humo, y cuando mas tras de un fuego fatuo? ¿es sabiduria y discrecion poner á peligro la salvacion eterna, aturdirse uno en sus mismos descaminos, y trabajar con todas sus fuerzas en su propia ruina? Pa es esta es nuestra conducta. Juzguemos ahora cuál será nuestra discrecion y nuestra sabiduria.

Pero nos arrastró el amor de los deleites, otra prueba de nuestra insigne locura: *Lassati sumus in via iniquitatis.* Fatigámonos á puro andar por el camino de la maldad. ¿Hay camino mas fragoso, mas áspero, ni mas penoso que el nuestro? Siendo presa infeliz de todas las pasiones, blanco de toda la malignidad del corazon humano; victimas de la ambicion, de la concupiscencia y de la envidia, ¿qué mortales inquietudes! ¿qué crueles angustias! ¿qué insufribles tormentos hemos de padecer necesariamente! Una eterna desconfianza, unos sobresaltos cada dia mas sombríos y mas negros, unas pesadumbres unos disgustos, unos despiques, que interiormente nos consumen y nos penetran, pero que es preciso disimularlos; unas risas forzadas, unas alegrías artificiosas, pero vanas; unos remordimientos tiranos, una memoria de la muerte nos asusta y nos extremece. Esta es aquella vida deliciosa de que hacemos tanta ostentacion. Por nuestra desgracia todas estas amarguras son bien fundadas, y todas estas reflexiones arregladas á la verdad. Conocemos el error, nos extremeceamos, y nos horrorizamos; pero llega el arrepentimiento cuando ya no hay lugar á la enmienda. Comprende bien toda la amargura y toda la penetrante punta de estas fatales consecuencias.

**El evangello es del esp. 16 de san Juan, y el mismo que el dia IV folio 87.**

## MEDITACION.

*De la falsa alegría del mundo.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que la imaginada alegría del mundo no solamente es despreciable, superficial, insulsa, sino que toda ella es una pura simulacion. No hay cosa mas falsa en su origen, no la hay mas inconstante en su duracion, no la hay mas amarga en su fin. Apenas se hallará manantial alguno de alegría mundana que no esté emponzoñado, pocos que no sean malignos: ninguno cuyas aguas sean capaces de satisfacer la sed.

El contentar una pasion, una partida de diversion ó de bulla, una grande y repentina fortuna, el logro de una cosa que se deseó con vehemencia: estas son las causas mas regulares de aquel gustoso movimiento que se experimenta en el alma, á quien se da el nombre de alegría. Por algunos momentos parece que se dilata y se ensancha el corazon, ¿pero esta alegría es muy pura? ¿está el alma muy satisfecha con ella? Juzguemos del efecto por la causa. Sin serenidad y sin calma no hay alegría verdadera. ¿Y hay mucha calma y mucha serenidad en el corazon de los mundanos? Para que un bien merezca este nombre, no basta que agrade: es menester que sea un bien sólido y real, porque sin esto el alma se alegra en falso. ¿Y se encuentran muchos bienes sólidos y reales entre los que causan en el mundo tanta alegría? ¿se halla siquiera uno solo que haga al hombre feliz, y que no le dé fatiga? Las riquezas son unas espinas penetrantes, fecundo manantial de inquietudes, disgustos y sobresaltos. Los gustos son inseparables de mil pesadumbres y remordimientos; y de los ilícitos ninguno hay siquiera, que no arrastre una cadena de sustos y de zozobras. Aturda y atolondre el encanto todo cuanto quisiere: alegría que no se funda en la inocencia, es forastera; si la virtud no la alimenta, es achucosa; si es vicioso su principio, es falsa. Examina ahora si hay mucha alegría en el mundo. Bastaría su misma inconstancia para tenerla por vana. Hay pocas risas que no sean afectadas; apenas se sabe reir en él, sino que sea por estudio. Aquellos que se llaman desahogos del corazon, como son tan violentos, no pueden ser duraderos. Hablando con toda propiedad, los asomos de la alegría mundana no son mas que apariciones; si se apodera del corazon, no está lejos la tristeza, ó por mejor decir, ésta jamás se aleja mucho, ni aun enteramente le desocupa: si muchas veces desaparece, no es mas que á los ojos del que mira: de aquí proviene que las pendencias, las riñas, y los mayores excesos del furor suelen nacer, digámoslo así, en el mismo regazo de esa falsa alegría

Alegria mundana, alegria artificial, alegria postiza, vano fantasma de alegria. No es menester mas que un poco de entendimiento para conocerlo asi. ¡Ah buen Dios! ¿cuándo dareis al mundo el entendimiento y la religion que baste para que destierre de si un error tan universal? ¿cuándo dejará de enganarnos, y cuándo dejaremos nosotros de apacentarnos con él?

Punto segundo.—Considera que la alegria mundana se puede comparar á aquellos árboles siempre verdes, y siempre floridos, que puramente sirven de adorno á los jardines, y cuyo fruto, por lo comun, es muy amargo. Esas alegrías de bulla y de tumulto, esas fiestas brillantes, esos saraoos, esas mesas de juego, de banquetes y de diversion, aún suelen costar mas al corazón que á la bolsa: á ésta la dejan vacía, pero á aquél ¿cómo le dejan!

¿Hay fiesta, hay diversion, hay alegria del mundo sin inquietud, sin envidias, sin zelos y sin zozobras? Por algun tiempo como que se suspenden ó entorpecen el sentimiento, la dissipacion y el tumulto; pero dura poco esta calma. Caen las flores en el suelo, y queda en el fruto la amargura: los remordimientos punzan, los sinsabores despedazan: la envidia, el odio, el miedo, el sobresalto, y otras cien pasiones hacen pagar bien caras aquellas gotas de dulzura, que el mundo nos vendió á tan alto precio. Algunos intervalos lograste de estos gustos, de estas alegrías tan ponderadas: ¿y qué te quedó de ellas? ¿qué queda en la cuaresma, de las diversiones y de las bullas del carnaval? remordimientos y arrepentimientos, pero aun estos pueden ser frutos saludables. Escozores, disgustos, amarguras, son las reliquias que quedan mas comunmente. A aquellas personas del mundo, que ya por su edad, ó por sus achaques, están desterradas de sus diversiones y de sus gustos, ¿qué les queda de los que en su tiempo tuvieron? Aquel pobre moribundo, ¿qué sacó de lo que se holgó? Acaso la enfermedad que le lleva á la sepultura, un color pálido, y lágrimas amargas. ¿Consolaránte mucho en aquel postrer momento unas alegrías borradas de la memoria para el gusto, y solo impresas en ella para el dolor? Pero ¿y qué les ha quedado de todas las fiestas mundanas á aquellos infelices condenados, que despues de su muerte están ardiendo ya en las llamas eternas? Si en aquellas alegrías se hallaba algun bien real y verdadero; si eran digno objeto de una noble ambicion; si merecian nuestras fósias; si nos eran licitas y permitidas, ¿por qué nos dejaron tan crueles, tan amargos dolores? ¿por qué tan justo arrepentimiento?

¡Oh mi Dios, y qué divertidos, qué discretos fueron los santos en mirar todas esas alegrías, ó como ilusiones ó como relámpagos, que por lo comun vienen acompañados de rayos y de tempestades! Bien

persuadido estoy yo de esta misma verdad: bien conozco todo el veneno de este error; y en medio de esto todavía suspiraré por este vano fantasma! Haced, Señor, que descubriendo bien la falsedad de esta aparente alegría, conozca todo el mérito, todo el valor de aquella saludable tristeza, que es la herencia de los escogidos, y siempre se sigue á ella la eterna felicidad. Amen.

### JACULATORIAS.

*Beatus vir, qui non respexit in vanitates, et insanias falsas.* Salm. 39.  
Bienaventurado aquel que no se deja llevar de vanidades y locuras.

*Risum reputavi errorem, et gaudio dixi: quid frustrá deciperis?*  
Eccles. 2.  
Siempre tuve á la risa por necedad, y á la alegría mundana por engañó.

### PROPOSITOS.

1 Lleno está el mundo de brillanteces aparentes, pero ninguna dá tanto en los ojos como aquella falsa alegría de que hace tanta ostentacion. Siempre se rie en él por artificio, siempre con hipocresia. ¡Cosa estraña! siendo la alegría el barniz de todas las diversiones del mundo, en ninguna parte hay tanta melancolia, tanta tristeza, tanta zozobra, como en el corazon de los que parecen mas alegres. Ellos mismos lo confiesan así, y no es menester otra prueba que su misma conducta. Aquel aire desembarazado y risueño, aquellas frecuentes llamaradas ó evaporaciones del corazon, aquella festividad de profesion, es una máscara que encubre mil congojosos cuidados, es un disfraz que procura ocultar á nuestros ojos un corazon atestado de tristeza. ¡Y todo esto será muy inocente? Toma hoy mismo la resolución. Primero: De no intervenir jamás en esas peligrosas partidas de diversion; de no asistir á esas fiestas mundanas, en las cuales corre tanto peligro la inocencia, ni aparecer por ningún pretexto en el baile, en la casa del juego, ni en los espectáculos. Segundo: De no permitir que tus hijos y dependientes concurran á semejantes lugares, de que debe voluntariamente desterrarse todo cristiano. Tercero: De no perder ocasion de descubrir á los otros, especialmente á tus hijos y familia, el veneno de esas alegrías. ¡Qué mayor crueldad que ver el fuego, la ponzoña y los lazos que el enemigo arma en todas partes, y no hablar una palabra! Grita eternamente contra estas fatales ilusiones.

2 Nunca puede haber razon para hartarse de veneno, con pre-

texto de que es grato al paladar, y que despues se tomarán preservativos. Mira como ponzoñosas todas esas alegrías mundanas; y anda con mucho cuidado aun en las fiestas, en las diversiones que parecen mas licitas y mas inocentes. Acuerdate que ni la atención, ni la urbanidad han de ser en perjuicio de la salvacion. ¿Tienes que hacer una visita, que concurrir á un saráo? prevenete antes con el contraveneno á los pies de tu crucifijo. ¿No te puedes excusar de asistir á una boda, de salir por unos dias á una casa de campo? lleva siempre contigo el pensamiento de la muerte, porque no hay remedio mas eficaz para desvanecer los mas peligrosos atractivos. Siempre que se rie, se representa una comedia; y si no, cuando veas alguna persona muy alegre y muy divertida, acuerdate cómo estará á la hora de la muerte.





## DIA XVIII.

**San Apolonio, senador de Roma, y mártir.**

LA mudanza que sucedió en el imperio el año de 180 con la muerte del emperador Marco Aurelio, influyó otra igualmente grande en el estado de la cristiandad. Habían padecido los cristianos en tiempo de este Príncipe una persecucion casi continua, aun despues del decreto que expidió en su favor el año 174, despues de la batalla que ganó á los alemanes, confesando haberla debido á las oraciones de los cristianos, man-

dando, pena de la vida, que ninguno los acusase por causa de religion. Con todo eso fueron cruelmente perseguidos en tiempo de su reinado, ó por la malignidad de los filósofos gentiles que se consumian de rabia viendo confundidos, no solo por la pureza de las costumbres, sino por las sabias y convincentes apolojias que publicaban los cristianos; ó por la ciega adhesion que el mismo Principe profesaba á las supersticiones del gentilismo; ó porque movido de una desacertada política, quiso dejar en su vigor todas las leyes que sus predecesores habian publicado contra los cristianos.

El emperador Cómodo, su hijo, que le sucedió en el imperio, no omitió ni las virtudes morales, que se quiere suponer adornaban á su padre, ni aquella aversion al cristianismo, que el genio filosófico y supersticioso del difunto Emperador naturalmente le inspiraba; y así dejó vivir en paz á los cristianos, contribuyendo esta calma despues de tantas tempestades, para que se propagase mas el reino de Jesucristo. En todas partes fructificaba la semilla del evangelio; en todas triunfaba la verdad de los errores y de la impiedad del paganismo; y particularmente en la ciudad de Roma, por la solicitud y zelo del santo papa Eleuterio, cada dia se veian muchas nobles, ricas y distinguidas familias dar el nombre á la sagrada milicia, y presentarse para recibir el santo bautismo, buscando en él puerto seguro, y camino derecho para la salvacion.

Entre las personas de calidad que entraron por aquel tiempo en el seno de la santa Iglesia, una de las mas considerables y de las mas distinguidas por su nacimiento, por sus talentos, y por el elevado empleo que ocupaba en la república, fue san Apolonio. Era senador romano, de casa ilustre, pero mas recomendable aun por su mérito personal. Generalmente era tenido por uno de los ministros mas sabios y mas elocuentes del senado, y el amor que profesaba á las letras humanas y á la filosofia le habian granjeado el universal concepto de uno de los mas vivos y mas cultivados ingenios de su tiempo. Las frecuentes conversaciones que tuvo con san Eleuterio, y probablemente tambien con san Luciano en aquel intervalo de tranquilidad, le hicieron abrir los ojos, añadiéndose el particular estudio con que se dedicó á instruirse en la sustancia de nuestra religion, y á la lectura de los libros sagrados. Lloró amargamente el tiempo que habia vivido sepultado en las tinieblas de la idolatria; tuvo horror de su ceguera, y rindiéndose finalmente á los fuertes impulsos de la gracia, abrió los ojos á las luces de la fe, sujetóse á la ley de Jesucristo, y recibió el santo bautismo.

No es fácil explicar el gozo de todos los fieles cuando vieron en el número de los discipulos de Cristo á un senador de Roma, y senador de tan gran mérito; pero mucho menos se pueden explicar las ventajas que se siguieron á toda la Iglesia de esta ilustre conversion. En poco

tiempo nuestro Senador, recien cristiano, fue prodigio de virtud, modelo de perfeccion, y uno de los primeros apologistas del cristianismo.

No pudiendo sufrir el demonio, dice Eusebio, la paz que gozaba la Iglesia, ni el gran número de personas ilustres que el ejemplo y el zelo de Apolonio sacaban cada día de la ceguedad y del error, empleó para vengarse toda su fuerza y todo su artificio: incitó á un miserable esclavo, llamado Severo, segun dice san Gerónimo, para que sin atender al decreto que se habia publicado contra los denunciadores de los cristianos, acusase al senador Apolonio de que se habia hecho uno de ellos, renunciando la religion de sus padres.

El prefecto del pretorio, llamado Perenio, ante todas cosas condenó á muerte al miserable acusador, que en aquel mismo dia espiró en el tormento de la aspa: despues exhortó fuertemente á san Apolonio á que dejase la religion cristiana; y no quisiese perder con la fortuna la vida; pero viéndole inmóvil en la fe, le ordenó que diese cuenta de su religion delante del senado, de cuyo cuerpo era uno de los principales miembros.

Como Apolonio, despues de su conversion, habia hecho su principal estudio en los libros de la religion, eran tan grandes sus progresos en esta ciencia divina, y se habia hecho en ella tan sábio, que no tuvo dificultad san Gerónimo en colocarle el segundo entre los padres de la Iglesia latina.

No se puede decir la alegría que tuvo nuestro Santo cuando se vió en la obligacion gustosa de dar una justa idea de lo que era nuestra religion, al tiempo de dar razon de su fe, en presencia de un cuerpo tan escogido y tan célebre. Compuso una hermosa y docta apologia, en que descubriendo á la mas clara y á la mas brillante luz la verdad y la santidad de la religion cristiana, destruia todas las calumnias que hasta allí se habian inventado para desacreditar á los cristianos, y hacia palpables la ridiculidad, las infamias, y las absurdas impiedades del paganismo.

Pronunció Apolonio esta defensa en senado pleno con tanta elocuencia y con tanta eficacia, que los ánimos mas enconados, y mas declaradamente enemigos del nombre cristiano, quedaron como cortados y mudos. Fue sin duda un gran día para la gloria de la religion; y ya iban todos á rendirse á la fuerza de la verdad, que aquel héroe cristiano acababa de hacer triunfar en medio del senado de Roma, cuando el prefecto del pretorio advirtiendo la impresion que habia hecho en los ánimos el discurso de nuestro Santo, y temiendo que los aplausos y las aclamaciones con que le celebraban tuviesen consecuencias contrarias á las leyes del imperio, le representó que segun ellas no podia ser absuelto ningún cristiano, una vez que fuese judicialmente acusado, si

persistia en la fe de Jesucristo; y que así le exhortaba á que mirase por su honra y por su vida, renunciando la fe; para cuya deliberacion solamente le concedia algunas horas de tiempo.

No ignoraba Apolonio la ley que el emperador Marco Aurelio habia dejado en su vigor, aun cuando promulgó la otra, que parecia contraria, de que fuesen condenados á muerte todos los denunciadores de los cristianos; y así respondió al prefecto, que se admiraba mucho tuviese aliento para exhortarle á que mudase de religion, cuando por el discurso que acababa de oír, podia conocer el concepto que formaba de la religion cristiana; que no le amenazase con el martirio, porque le hacia saber que ese era el objeto de sus ansias mucho tiempo habia, no pudiendo lograr ni mayor honra ni mayor dicha que derramar su sangre por la religion, cuya apologia acababa de pronunciar; y que así á él, como al senado, los exhortaba á que mirasen por su salvacion, y dejando las impiedades y las extravagancias de los gentiles, abrazasen la religion cristiana.

Admiró el prefecto Perenio su constancia y su tranquilidad; pero hizo poco caso de sus saludables consejos, y persistiendo Apolonio en la confesion de la fe, fue condenado por sentencia del Senado á que le cortasen la cabeza; siendo este ilustre defensor de la fe el primero que ilustró la dignidad de senador de Roma con la corona del martirio el dia 18 de Abril del año 189.

Desde entonces fue singular la veneracion que se tuvo en toda la Iglesia de Dios á san Apolonio. Sus preciosas reliquias se conservan en muchas partes del orbe cristiano. Los padres carmelitas de Eborá en Portugal conservan la cabeza; los jesuitas de Amberes veneran un gran hueso; y lo restante de sus reliquias se adora en la iglesia de san Francisco de Bolonia en Italia, donde fueron conducidas desde Roma el año de 1622 en el pontificado de Gregorio XV.

**La misa es del Comun de un mártir, y la oracion la que sigue:**

*Præsta, quæsumus, omnipotens Deus; ut qui beati Apollonii martyris tui natalitia colimus, intercessione ejus in tui nominis amore robaremur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...*

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que seamos fortalecidos en el amor de tu nombre por intercesion de tu bienaventurado mártir Apolonio, los que celebramos su feliz nacimiento á la vida eterna. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epistola es de la primera del apóstol san Pedro, capítulo 4.**

*Charissime: Communicantes*

Carísimos: Alegraos de parti-

*Christi passionibus gaudete, ut et in revelatione gloriæ ejus gaudeatis exultantes. Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis: quoniam quod est honoris, gloriæ, et virtutis Dei, et qui est ejus Spiritus, super vos requiescit. Nemo autem vestrum patietur ut homicida, aut fur, aut maledicus, aut alienorum appetitor. Si autem ut christianus, non erubescat, glorificet autem Deum in isto nomine, quoniam tempus est ut incipiat judicium à domo Dei. Si autem primum à nobis: quis finis eorum, qui non credunt Dei evangelio? Et si justus vix salvebitur, impius et peccator ubi parvum? Itaque et hi, qui patiuntur secundum voluntatem Dei, fideli Creatori commendent animas suas in beneficiis.*

cipar de los trabajos de Cristo, para que os alegréis también y os regocijéis cuando se manifieste su gloria. Si sois tratados ignominiosamente por el nombre de Cristo, sereis dichosos: porque el honor, la gloria, y la virtud de Dios y su espíritu reposa en vosotros. Pero ninguno de vosotros tenga que padecer como homicida, ó ladrón, ó maldiciente, ó acechador de los bienes ajenos. Pero si como cristiano, no se avergüence, sino glorifique á Dios por tal nombre. Porque es tiempo que comience el juicio por la casa de Dios. Y si primero por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen al evangelio de Dios? Y si el justo apenas se salvará, ¿en dónde pararán el impío y el pecador? Por tanto, aquellos que padecen por voluntad de Dios, encomienden sus almas al Criador fiel por medio de buenas obras.

## NOTA.

«Hallándose san Pedro en Roma escribió esta su primera carta á los fieles que vivían entre los gentiles, singularmente á los judíos convertidos, para confirmarlos en la fe. La mas verosímil es, que la escribió en lengua griega; pero el año preciso en que se escribió no se sabe.»

## REFLEXIONES.

*Alegraos de que comunicais y tenéis parte en los trabajos de Jesucristo.* No hay que admirarse de que todos los santos hubiesen sido tan amantes de los trabajos; porque habiéndolos ennoblecido Jesucristo padeciendo por nosotros, quise, digámoslo así, que todos nuestros trabajos fuesen suyos. Siendo, como somos, miembros de Jesucristo, se puede decir que Jesucristo padece en sus miembros. Comprendamos el valor y el mérito de los trabajos en el cristianismo; pues todo cristiano que los padece con paciencia, con espíritu y con un corazón verdaderamen-

te cristiano, tiene parte en los trabajos de Jesucristo. Muy tibia tiene la fe el que mira con horror las adversidades y las cruces. Ninguna cosa caracteriza mejor á los cristianos. Muy extranjero es en el pais del cristianismo aquel á quien le coge de susto lo mucho que en él se padece. Es la cruz las armas ó la divisa de este pais; y no se ha de creer que es una divisa, ó un simbolo vacío ó puramente especulativo. *Si fue menester que Cristo padeciese para entrar en la gloria, no es posible que nosotros tengamos parte en esta gloria, sin tenerla tambien en lo que padeció para entrar en ella. Para ser glorificados con él, dice san Pablo, es necesario padecer con él.* ¿Qué idea daremos de nuestra religion, si qué prueba de que deseamos salvarnos, si pretendemos vivir siempre entre regalos y delicias, sin tener que padecer, ó padeciondo contra toda nuestra voluntad?

*Si os ofrentaren por Jesucristo, seréis bienaventurados. Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis.* ¿Créese bien esta verdad el día de hoy? Aquellas personas tan delicadas en todo lo que toca á lo que ellas llaman su honra y su punto; tan sensibles á la mas ligera afrenta; tan difíciles en perdonar una injuria, ¿tienen por la mayor dicha el ser menospreciadas? En nuestra religion siempre debe conformarse la práctica con la doctrina. Segun este principio, ¿habrá en el cristianismo muchos cristianos verdaderos? Y aun aquellos mismos que hacen profesion de devotos, ¿no pueden temer que van errados si abrazan otro sistema? Comience el juicio por la casa de Dios: *Incipiat iudicium á domo Dei.* Ninguna cosa injuria tanto á Jesucristo, ninguna desacredita tanto la religion, ninguna afea ni mancha tanto á la piedad, como las sombras de los que están destinados y propuestos para ser antorchas del mundo. El caracter, la dignidad, la profesion deben acercar la copia todo lo posible al divino original. Ser discipulos de Jesucristo, ministros de Jesucristo, y vivir con una enorme oposicion á las máximas de Jesucristo, es irrision, es impiedad, es sacrilegio. Pero si Dios se muestra tan severo cuando juzga á los de su misma casa, ¿cuál será su severidad, cuál su rigor con los que se pueden llamar estraños y forasteros en ella, segun lo poco que conocen á Jesucristo, segun lo poco que gustan de sus máximas? Si el Señor no perdona á sus amados siervos, ¿qué juicio tan terrible tendrá reservado para los impíos? Al justo le purifica en esta vida con las adversidades; pero al pecador le reserva los suplicios eternos. No hay señal mas visible de la ira de Dios, que dejar á los malos no solo sin castigar en esta vida sus pecados, sino que vivan llenos de gloria y de opulencia. El castigo mas terrible del pecador en este mundo es la prosperidad. ¡Oh, cuántos y cuántos comprenden poco esta doctrina! Dichosos del siglo, ¿cuál será vuestro fin y vuestro paradero? Si el justo apenas se salva; si la inocencia alimentada con adversidades, purificada con el fuego de la tribulacion, defendida entre espinas y

cambrones, apenas puede arribar al puerto, está en continuo peligro de hacer naufragio, siendo así que siempre navega tierra á tierra; ¿qué será del pecador? ¿qué será de aquellos hombres de placeres, de aquellas personas mundanas, que se engolfan siempre en alta mar, que navegan entre escollos, combatidos de vientos impetuosos, sin ver casi jamás el cielo, sin velas, sin remos, sin gobernalle? ¿Eres pecador, y vives en una perpétua prosperidad, lleno de diversiones, de gustos y de alegría? ¡Y estás tranquilo! Comprende bien si puedes, los espantosos misterios de esta falsa seguridad.

**El evangelio es del cap. 12 de san Juan.**

*In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum offert. Qui amat animam suam, perdet eam; et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam eternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificavit eum Pater meus.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame; y en donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mi, será honrado por mi Padre.

**MEDITACION.**

*De las ilusiones de la penitencia en la mayor parte de los cristianos.*

**PUNTO PRIMERO.**—Considera que no hay cosa mas sujeta á ilusiones que la penitencia de los cristianos imperfectos y tibios. Sus pasiones poco mortificadas, su amor propio siempre dominante, su tibieza habitual, todo concurre á engañarlos en punto de penitencia. La razón fácilmente confiesa los pecados, y los detesta; pero las razones plausibles y capciosas de la edad, del estado, y de la salud, piden cuartel cuando se trata de la satisfacción. Por pecador y por reo que uno sea, el amor propio nunca renuncia sus derechos. La flaqueza de la voluntad, ó por mejor decir, de la contrición, siempre se comunica hasta el mismo cuerpo. Para ofender á Dios todos están robustos; pero en habiéndose de hacer penitencia, todos son achacosos; y como el tribunal en que se ha de sentenciar esta causa está ganado á favor de la relajacion, siem-

pre queda privilegiado el pecador, y sale tan mitigada la pena, que casi se viene á reducir á nada. A los pies del confesor todo se promete; pero entran despues cien pretextos, todos á cuál mas frívolos, para dispensarse. En vano se causa el Señor en amenazar, en vano en gritar, que el que no hiciese penitencia, perecerá; vienen los pretextos, y todo lo aseguran, todo lo tranquilizan. En vano declara la iglesia, que la penitencia debe ser proporcionada á los pecados; pues sobornada la razon por el corazon, nunca le faltan interpretaciones; en vano da gritos la conciencia, porque apenas se la oye. Estáse debiendo mucho á la justicia de Dios: apenas se la paga nada: y no obstante, se vive con seguridad!

Extremecen las penitencias canónicas que en otro tiempo tenia determinadas la Iglesia para ciertos pecados: por un solo pecado siete años de lágrimas, de humillacion y de penitencia. No es hoy mas abundante que era entonces el tesoro de los méritos y de la satisfaccion de nuestro Señor Jesucristo; no era entonces la Iglesia menos amorosa madre de lo que es ahora. ¿Pues acaso pide ahora menos satisfaccion la divina Justicia? Es menester que la satisfaccion supla á la indulgencia con que nos trata la Iglesia. La penitencia es igualmente castigo que remedio. ¿Nos hemos de contentar con una leve penitencia por un número excesivo de enormísimos pecados? ¿Se ha de buscar la suavidad en el remedio, cuando se trata de curarnos de una enfermedad mortal? Ciertamente, al considerar de cuántos pecados somos reos, y la poca penitencia que hacemos por ellos, tenemos gran motivo para temer que hemos de morir cargados con todas nuestras deudas. ¡Ah, y cuánta verdad es que vivimos engañados, y que hay pocos verdaderos penitentes!

PUNTO SEGUNDO.—Considera si la nobleza, si las dignidades, si la riqueza dispensan á los pecadores en el rigor de la penitencia, á vista de ser tan pocos los nobles, tan pocos los ricos que no se imaginen legítimamente dispensados en esto de ser penitentes. Y si no, ¿dónde están las mortificaciones de la carne, dónde los ayunos que acrediten su penitencia? ¿Cosa extraña! las dignidades, los empleos mas lustrosos, no siempre son los que están mas á cubierto contra el desórden y la licencia de las costumbres. Raras veces se hallan juntas las riquezas con la inocencia. La abundancia fomenta las pasiones, y consiguientemente facilita mas el pecado: con todo eso parece que la penitencia solo se hizo para los pobres. Apenas reina mas que en los claustros; y aun dentro de los claustros mismos, los mas imperfectos no siempre son los mas penitentes ni los mas mortificados. Nosotros somos pecadores: la penitencia no es de nuestro gusto. ¡Pues válgame Dios! ¿quién nos asegura?

¡Mi Dios, qué ilusion es imaginar que basta detestar el pecado, sin castigarse á sí mismo el pecador? ¿Qué contricion puede ser aquella que

no va acompañada de la satisfacción, cuando hay tiempo y fuerzas para hacerla? ¿Y será bastante satisfacción para un número espantoso de los mas enormes pecados unas breves oraciones y una cortísima limosna?

Es cierto que Jesucristo satisfizo por nuestras culpas; ¿pero de que nos servirá su satisfacción, si no nos la aplica? Será nuestra penitencia un fruto amargo y sin jugo, si no la unimos con su pasión. ¿Pero con qué se ha de hacer esta union, si rehusamos padecer?

*Tanto quanto se vió en gloria, y tanto quanto se entregó á las delicias, tantos tormentos la habeis de dur,* dice el Angel en el Apocalipsi. (*Apocal. cap. 18.*) Y á vista de esto ¿no ha de haber alguna medida, alguna proporcion, alguna conveniencia entre la ofensa y la satisfacción, entre el delito y el castigo? Fuiste libertino desde la juventud, te hallas cargado de culpas, te ves ya como desgastado y consumido á fuerza de iniquidad; ¿y cuál es el rigor saludable de la penitencia? El ayuno te espanta; las mortificaciones corporales te inquietan; todo te hace daño á la salud, todo te parece impracticable: es preciso recurrir á la indulgencia, á la mitigacion, á los arbitrios. ¡Ah, Señor, y será esta penitencia!

Ilusion en la delicadeza y en los pretextos de la salud; ilusion en las dispensaciones y en los motivos de ellas; ilusion en el tiempo que tenemos destinado para hacer penitencia. Es cierto que la cuaresma está singularmente destinada para llorar nuestros pecados; ¿pero se han de secar las lágrimas en acabándose la cuaresma? ¿por ventura solamente somos pecadores en ciertos tiempos del año? ¿hemos ya pagado á Dios todas nuestras deudas cuando llega la Pascua? ¿nuestras pasiones, nuestra inclinacion al mal, nuestros hábitos viciosos se embotan ó se apagan en la primavera?

Pregunto: ¿los santos tan inocentes, y tan hambrientos de mortificaciones, tan hidrópicos de penitencias, estuvieron ilusos, ó padecieron algun engaño en este punto? Pues floremos nosotros nuestra ilusion. Ves aquí que nos hallamos ya en la declinacion de la vida; ¿y cuál ha sido hasta aquí nuestra penitencia? Este será el último año para muchos de los que harán esta meditacion; y si fueres tú uno de estos muchos, ¿será grande tu consuelo en este particular?

¡Ah, Señor, pues os habeis dignado por un grande efecto de vuestra misericordia hacerme conocer mis ilusiones, asistidme con vuestra gracia, para que ya no me lisonjee mas en mi penitencia. Soy pecador, de-testo mis culpas; no permitais que muera impenitente.

#### JACULATORIAS.

*Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi.* Cant. 1.

No mas flores para mí, amado Salvador mio, que la amargura de la mirra.

*Quantum in deliciis fuit, tantum date ei tormentum et luctum.*

Apoc. 18.

Justo es, que á la medida de lo que me deleité, me mortifique y llore.

### PROPOSITOS.

1 Las ilusiones del corazon son mas dificiles de curar que las del entendimiento. De esta especie son las que se hallan en la penitencia de la mayor parte de los cristianos: con que no es de admirar que persevere tan obstinado el error en materia de penitencia. Conócese bien la desproporcion que hay entre la penitencia y el pecado; ¿pero qué produce este conocimiento? puesta la razon de acuerdo con el amor propio, recurre á los pretextos. Acaso no hay materia en que el entendimiento sea mas fecundo de especiosas escapatorias, que en eludir la indispensable obligacion y precepto de hacer penitencia por los pecados. Debilidad de salud, delicadeza de complexion, importancia de los empleos, circunstancias de la dignidad, diferencia de estaciones, edad poco madura, ó tambien muy avanzada, razones de condescendencia, todo sirve de frivolos pretextos. No incurras tú en tan lastimosos errores. Pocas ilusiones hay que sean mas perniciosas, y en medio de eso, pocas hay que sean mas comunes: hallan en ellas su conveniencia los sentidos, las pasiones, y el amor propio: esto es lo que perpetúa su error. Aplica desde luego el remedio á tan gran mal. ¿Qué penitencia has hecho hasta ahora por tus pecados, ó qué proporcion hay entre tus pecados y la penitencia que has hecho? No dejes para la otra vida las satisfacciones que debes por ellos; castígalos en esta, que así se hace siempre en menos tiempo y á menos costa. No te persuadas á que despues de pascua ya no es tiempo de hacer penitencia, porque esta es fruta de todos tiempos. No se pase día sin que hagas alguna mortificacion, ó des alguna limosna por tus pecados: y aplica por el mismo fin los trabajos, penalidades y fatigas de tu empleo, de tu estado, como tambien todas las demás adversidades de la vida. Por falta de reflexion se pierde mucho de lo que se padece, y se hacen grandes penitencias sin ser penitentes.

2 Consulta este punto con un director zeloso, prudente, y virtuoso; pero mira que los que lisonjean, perjudican. Tanto daño hace la demasiada indulgencia, como la excesiva severidad. Es necesaria discrecion en las penitencias; pero cada uno tiene necesidad de este remedio. Considera hoy seriamente las que podrás hacer, y las que algun dia te causará tanto dolor el no haber hecho. ¿Quién te quitará poder rezar todos los viernes los salmos penitenciales, ó ayunar

los sábados? Desde hoy en adelante cumple como penitencia la que te imponen en la confesion; esto es, con toda aquella exactitud, con todo aquel fervor, respeto y contricion, que pide esta parte del sacramento. Cuando la oracion, la limosna, el ayuno, son penitencias ó satisfacciones sacramentales, deben hacerse con mucha piedad y devocion. Las mortificaciones del cuerpo sirven para fomentar la inocencia, y para satisfacer á la divina justicia por los pecados. No des oidos á tu delicadeza, ni mucho menos á tu repugnancia; pero tampoco hagas nada sin consejo y aprobacion de tu confesor.





## DIA XIX.

**San Leon, nono de este nombre, papa.**

**S**AN LEON, tan conocido en el mundo con el nombre de Bruno antes de haber ascendido al sumo pontificado, fue de la ilustre casa de Abspurg, en la Alsacia, hijo de Hugo, pariente cercano del emperador Conrado, y de Eleveyda, de familia no menos noble, pero de

mas ilustre virtud. Nació en el condado de Abspurg, en el año de 1002. Luego que nació se percibieron esparcidas sobre el cuerpecito del niño varias cruces pequeñas de color rojo; pronóstico de santidad, que añadido á una extraordinaria vision que tuvo su madre antes que le pariese, la obligó á criarle ella misma á sus pechos, no queriendo fiar á otras su primera educacion.

El bello natural de Bruno, su docilidad, su inclinacion nativa á todo lo bueno, y su prudencia anticipada, ahorraron mucho trabajo, ó dejaron poco que hacer á su virtuosa madre, que habiéndole educado por sí misma hasta la edad de cinco años, le entregó á Bertoldo, obispo de Toul, para que le criase en virtud, y le enseñase las letras. Este santo Prelado, uno de los mas célebres de su siglo, escogió excelentes maestros que instruyesen al niño en las ciencias propias de un jóven de su calidad, que se iba destinando para la Iglesia, y el mismo se encargó de cultivarle en lo que tocaba á las costumbres.

Era Bruno no menos perspicaz en el ingenio, que galan en el cuerpo; templaba su natural vivacidad una dulzura y una modestia, que hechizaba á cuantos le veian. Su afoso despejo, su noble ingenuidad, y sus gratisimos modales le hacian recomendable á cuantos le veian. Hizo maravillosos progresos en las ciencias, y no menores en la virtud. Apenas se hablaba de otra cosa que del caballero de Abspurg, y en todas partes le proponian por ejemplar y por modelo. Habiéndole sanado milagrosamente san Benito de una mortal enfermedad, que le redujo á los últimos extremos, pensaba en retirarse del mundo, cuando fue provisto en un canonicato de Toul por el obispo de Heriman, sucesor de Bertoldo. Ningun canónigo le excedió jamás en la ejemplar regularidad de su vida. Pero el emperador Conrado quiso tenerle en la corte para servirse de sus consejos. No inficionó á su virtud el contagioso aire del gran mundo, ni apareció en la corte como abate cortesano, sino como un eclesiástico santo y sábio, haciéndose igualmente amar que respetar de todos los cortesanos por su modestia, por su prudencia, y por su circunspeccion, y extendiéndose su reputacion por toda la Europa.

Muerto el obispo Heriman el año de 1026, la iglesia de Toul le eligió por su pastor. Mostró poco gusto el Emperador de que quisiesen quitarle de su lado á un sujeto á quien amaba tanto, y cuya presencia era tan importante para su imperial servicio. Pero el haber de alejarse de la corte, y la cordedad del obispado, que eran los motivos de la oposicion del Emperador, fueron puntualmente los que incitaron al nuevo obispo á consentir en su eleccion. Fue consagrado por el arzobispo de Tréveris su metropolitano, y en sus órdenes recibió con la plenitud del sacerdocio, aquella plenitud del Espiritu santo.

que lo hizo uno de los mas grandes santos prelados de su siglo.

Inspiróle nuevo fervor la nueva dignidad, y se conoció presto en su obispado lo mucho que se gana en tener un santo por obispo. Los primeros frutos de su zelo fueron la reforma de los monasterios de Mo-yen Moutier, y de san Mansú, con la del clero y el pueblo. Aplicóse con particular cuidado á arreglar el culto divino en las iglesias, queriendo que se celebrase en todas con devocion y con magestad. Parecia que ya no habia pobres en el obispado de Toul desde que Bruno habia entrado á ser obispo, segun el desvelo con que atendia su caridad á socorrer á todos los necesitados, sin pasarse dia alguno, por ocupaciones que ocurriesen, en que él mismo no sirviese por sus manos á una banda de pobres á quienes mantenía, y despues los lavaba los pies. Erá su humildad asunto de admiracion á cuantos conocian sus elevados talentos, estaba justamente reputado por uno de los hombres mas sábios de su siglo, y no habia en sus ojos hombre mas pequeño. Ocultaba una grande mortificacion debajo de un exterior apacible, risueño, afable, y magestuoso. Colocaba su magnificencia en las limosnas; y sus continuos ayunos, la frugalidad de su mesa, y su abstinencia, eran efecto igualmente de su mortificacion que de su caridad. Correspondia á todas las demás virtudes su tierna devocion. Siempre que celebraba el santo sacrificio de la misa derramaba muchas lágrimas, y el tierno amor que profesaba á la santísima Virgen lo acreditó por uno de los mas fervorosos devotos de esta Señora.

No era posible que faltasen la persecucion y la envidia á una virtud tan ilustre como rara. En una y en otra halló nuestro santo Prelado bastante materia en que ejercitar su paciencia. Procuraron por todos los medios posibles hacer sospechosa su fidelidad al Emperador; pero fue mas feliz la calumnia en enconar contra Bruno el ánimo de un conde muy poderoso, vecino suyo, llamado Odon. Y si la paciencia y la masedumbre de nuestro Santo no bastaron para desarmar el enojo de aquel violento enemigo, fueron bastantes para ganarle el corazon de cuantos conocian las furiosas violencias, y las injustas pretensiones del irritado conde; pero una muerte repentina y fuésta vengó presto al pacientísimo Prelado.

Por este tiempo el bien de la iglesia y del Estado obligaron al obispo de Toul á encargarse de negociar una paz estable entre la Francia y el Imperio. Consiguíola, habiéndose firmado entre Roberto, rey de Francia, y el emperador Conrado un tratado de alianza inviolable por medio de nuestro Bruno; cuya virtud admiró mas á entrambas cortes, que su rara habilidad y extraordinarios talentos.

El año de 1046 se vió precisado el santo Prelado á asistir á la dieta de Wormes, adonde el emperador Enrique, hijo y sucesor de Conrado habia convocado á todos los obispos y grandes del Imperio, pa-

ra extinguir el cisma de Benedicto XI, que despues de la muerte del papa Dámaso II, turbaba todavía á la iglesia. Convino toda la dieta, juntamente con los legados de Roma, en que no habia sugeto mas digno de ocupar la silla apostólica, ni mas á propósito para unir en su favor todos los ánimos, que el obispo de Toul. Una proposicion tan aplaudida de todos, solo á nuestro Santo sobresaltó extranamente: no perdonó á diligencia ni á medio alguno para evitar aquella suprema dignidad: llamo en socorro de su humildad á las lágrimas, á los ruegos, á las razones. Nunca habló con tanta elocuencia, como cuando se esforzó á persuadir á toda la dieta que era conveniente y aun necesario pensar absolutamente en otro sugeto. Pero su resistencia solo sirvió para acreditar mas su eleccion. Fue, pues, canónicamente electo por sumo pontífice el obispo de Toul en la ciudad de Roma por todos los que tenían legitimo derecho para elegirle; y no pudiendo resistir mas á la voz de Dios, bien declarada en la pública aclamacion, quiso entrar en Roma con los pies descalzos. Subió al púlpito en presencia del clero y del pueblo: intentó persuadirlos que hiciesen nueva eleccion; pero fue solemnemente colocado en la cátedra de san Pedro con el nombre de Leon IX el dia 12 de Febrero, primer domingo de cuaresma del año de 1049.

Muy presto se vió restaurada la iglesia, por el zelo y por la santidad del nuevo Papa, en aquel su primer esplendor, y en aquella serenidad, que parecia haber obscurecido el funesto cisma. Fue su primer cuidado restablecer la disciplina eclesiástica, secular y regular, y reformatar las costumbres en todos los estados. Convocó un concilio en Roma, y poco despues otro en Pavia para exterminar la simonia, y depuso á algunos obispos convencidos de haber incurrido en ella. Declaró nulos los matrimonios incestuosos, que se habian hecho muy frecuentes entre la nobleza; y dispuso otros reglamentos necesarios para que volviese á florecer la piedad.

Teniendo sobre sí el cuidado de toda la iglesia, no perdonó á trabajos, á salud, ni aun á su misma vida, por atender á todas sus necesidades. Pasó los Alpes, y llegó á Sajonia en busca del Emperador. Volvió á Colonia, y de allí á Toul y á Rems, donde elevó de la tierra con grande solemnidad el cuerpo de san Remigio, llevándole sobre sus mismos sagrados hombros, y haciendo la dedicacion de su iglesia. Despues de haber celebrado en ella un concilio, pasó á Metz, donde dedicó la iglesia de san Arnoldo: de allí se dirigió á Moguncia, donde celebró otro concilio; y volviendo á entrar en Italia, se encaminó á Roma al principio del año siguiente, llevando consigo la alegría y el consuelo universal, que parecian haberse desterrado de aquella ciudad despues de su partida.

Mas no le permitió hacer larga mansion en ella la solicitud pasto-

ral. Antes de acabarse el invierno salió á visitar la Pulla y las Provincias vecinas: en todas partes corrigió abusos, reprimió desórdenes, é introdujo en todas la reformation de las costumbres. Vuelto á Roma celebró un concilio, en que condenó la detestable herejía de Berengario sobre el sacramento de la Eucaristia, y le excomulgó. No contento con esto, él mismo escribió un tratado contra aquel impio heresiarca, y convocó otro concilio en Verceli, que se celebró por el mes de Setiembre del año siguiente de 1050, en que se halló presente el santo Papa. Leyóse en pleno concilio el libro de Juan Escoto; oyéronse con horror los errores de que estaba lleno contra la Eucaristia, y el libro fue condenado, y quemado públicamente. Aunque Berengario habia prometido hallarse en el concilio, no pareció en él, y fue de nuevo condenado: quisieron defenderle dos clérigos, que se decian enviados ó apoderados suyos; pero fueron confundidos y arrasados. Infatigable siempre el santo Pastor por bien de su rebaño, hizo segundo viaje á Francia y Alemania, procurando remediar por sí mismo las necesidades mas urgentes de la Iglesia, y proveyendo á otras por medio de sus legados.

Causa admiracion que aquel santo Pontífice de una salud tan débil y tan quebrantada, con tantas fatigas y continuas enfermedades, pudiese atender solo á las necesidades de toda la cristiandad; hacer tantos viajes, y añadir á sus trabajos apostólicos asombrosas penitencias, que continuó hasta la muerte. Movido de su vigilancia pastoral, emprendió tercer viaje á Alemania el año de 1052 para conciliar á Andrés, rey de Ungria, con el emperador Enrique. Despues de haber canjeado con el Emperador la ciudad de Bamberg, y la abadía del Fuld, que habian sido cedidas á la santa Sede por la ciudad de Benevento y sus dependencias, vino á celebrar un concilio en Mantua y otro en Roma contra el cisma de los griegos.

Por este tiempo, no pudiendo sufrir el santo Pontífice los desórdenes que los normandos causaban en la Pulla, suplicó al Emperador que enviase tropas para echarlos de aquella provincia; pero fueron derrotadas en la primera campaña, y el mismo santo Pontífice fue sorprendido en el camino por los enemigos de la Iglesia y de la quietud pública, y hecho prisionero. Admirados los normandos de la magestad y de la suavidad de nuestro Santo, le trataron con el mayor respeto. De órden de su principe ó capitán Hunfrido fue conducido á Benevento con mucho honor. Allí estuvo cerca de un año, cuyo tiempo empleó en la meditacion, en la oracion, y en aumentar el ejercicio de las penitencias, que llegaron á ser excesivas. Ayunaba con mucho rigor los mas de los dias, vestia siempre un áspero cilicio, y no tenia mas cama que el duro suelo, en que extendia una sola alfombrilla, sirviéndole de almohada una piedra. Todos los dias

celebraba el santo sacrificio de la misa, y dejaba continuamente el altar regado de lágrimas: lo restante del tiempo le empleaba en negocios de la Iglesia, y en obras de caridad.

Crecia su fervor al paso que sentia se le iban debilitando las fuerzas. Saliendo una noche á hacer oracion á un oratorio algo distante de su cuarto, como lo hacia en Roma, yendo tres veces todas las semanas con los pies descalzos desde el palacio de san Juan de Letran hasta la iglesia de san Pedro, reparó en un rincon de la sala, donde vió un leproso medio desnudo, que causaba horror, y despedia de sí un hedor intolerable. Corrió á él el santo Pontifice, cubriole con su ropa, cargóle sobre sus espaldas, y echóle sobre su cama de respeto; en la que nunca dormia; pero apenas entró el Santo en el oratorio cuando el leproso desapareció.

Al peso de tanta solitud, de tantos trabajos, y de tantas penitencias, se rindió en fin una salud, que siempre habia sido muy achacosa. Una gran debilidad acompañada de igual inapetencia á todo género de comida, fueron anuncios de su cercana muerte. Hizose conducir desde Benevento á Roma. Los normandos, que todos habian sido ganados por él para Jesucristo, le miraban mucho tiempo habia, no como su prisionero, sino como su legitimo Pastor. Acompañáronlo hasta Capua; y acreditaron bien con sus copiosas lágrimas el vivo dolor que sentian en la pérdida de tan gran Pontifice, á quien amaban como á padre, y veneraban como á santo.

Luego llegó á Roma, mandó llamar á su cuarto á los cardenales, obispos, y á todo el clero, y los habló como verdadero pastor, y como santo pontifice. Mandóse despues llevar á la iglesia de san Pedro, donde habiendo recibido la santa Uncion, hizo al Señor esta oracion fervorosa: *Señor, lleno de misericordia, y redentor de todos los hombres, vos sois toda mi confianza, y mi salvacion. Si queréis que todavia trabaje en la salud de vuestro pueblo, no rehuso el trabajo; pero si queréis llanar á vos á vuestro Siervo, dignaos abreviar el tiempo de mi destierro.* Despues hizo que le echasen en una camilla: oyó misa, recibió el santo Viático, (1) y habiendo mandado que le dejasen solo con su Dios, espiró mientras estaba dando gracias el día 19 de Abril del año de 1054 á los cincuenta y dos de su edad, y el quinto de su pontificado.

Aquel mismo Señor, que habia manifestado la santidad de su Siervo mientras vivió con gran número de milagros, mostró cuán

(1) Antiguamente se administraba la Santa Uncion á los enfermos cuando estaban de algun peligro, y se recibia antes del Viático, resteriéndose por espacio de siete dias. En el siglo XII se estableció la costumbre de no recibirla sino en el articulo de la muerte, y de no repetirla en una misma enfermedad, por algunos errores y abusos de parte de los que la recibian, y de parte de los que la administraban.

preciosa habia sido en sus divinos ojos su dichosa muerte por las maravillas que obró en su sepultura: por lo que desde el mismo punto que espiró fue venerado como santo de todos los fieles; tanto, que el día de sus funerales pudo parecer el primero de su fiesta.

**La misa es de la dominica precedente; y la oracion del Santo la que sigue:**

*Da, quæsumus omnipotens Deus, ut beati Leonis, confessoris tui, atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum...*

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que con motivo de la venerable festividad de tu confesor y pontífice el bienaventurado Leon, se aumente en nosotros la devoción y el deseo de la salvacion eterna. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epistola es del cap. 1 de la desan Pablo á los Colosenses.**

*Fratres: Non cessamus pro vobis orantes, et postulantes, ut impleamini agnitione voluntatis Dei, in omni sapientia, et intellectu spiritali: ut ambuletis dignè Deo per omnia placentes: in omni opere bono fructificantes, et crescentes in scientia Dei: in omni virtute confortati secundùm potentiam claritatis ejus, in omni patientia, et longanimitate, cum gaudio gratias agentes Deo Patri, qui dignos nos fecit in partem sortis sanctorum in lumine: qui eripuit nos de potestate tenebrarum, et transtulit in regnum filii dilectionis suæ, in quo habemus redemptionem per sanguinem ejus, remissionem peccatorum.*

Hermanos: No cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seais llenos de conocimiento de su voluntad con toda sabiduría ó inteligencia espiritual: para que camineis de una manera digna de Dios agradándole en todo: dando fruto en toda obra buena, y creciendo en la ciencia de Dios: corroborados con toda especie de fortaleza por el glorioso poder suyo, en perfecta paciencia y longanimitad, con alegría, dando gracias á Dios Padre, el cual nos hizo dignos de participar en la luz la suerte de los santos: el cual nos sacó de la potestad de las tinieblas, y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en el cual tenemos la redencion y remision de los pecados por medio de su sangre.

NOTA.

«Ephras, natural de Colo, ciudad de la Frigia, provincia del Asia menor, hizo un viaje á Roma para abocarse con san Pablo, á quien informó de los progre-

soz que hacia la fe en aquella ciudad, y del peligro que corrian los fieles de ser pervertidos por los enemigos de Jesucristo: solicita que obligo al Apóstol a escribirles esta carta, aunque nunca los habia visto, y la escribió el año 62 del nacimiento del Señor.

### REFLEXIONES.

*No cesamos de pedir á Dios os conceda un pleno conocimiento de su voluntad, con toda la inteligencia de las cosas del espíritu, para que vuestra conducta sea digna de Dios. Non cessamus pro vobis orantes, et postulantes, ut impleamini agnitione voluntatis Dei, in omni sapientia, et intellectu spiritali; ut ambuletis digne Deo per omnia placentes.* ¿Necesitábamos mas que saber lo que Dios quiere, para poner en ejecucion con la asistencia de la divina gracia todo aquello que le agrada? Con todo eso, es mucha verdad que son pocos los que ignoran lo que Dios les pide: pero son muchos menos los que hacen lo que quiere. A todos nos predica el evangelio su divina voluntad: las obligaciones del estado de cada uno son la mas clara publicacion de su ley; por el órgano de nuestros confesores y superiores nos manifiesta sus órdenes: no ignoramos su doctrina; ¿pero se hace mucho caso de ella? Oyese muy á sangre fria lo que manda Dios, y solo se practica lo que dicta el amor propio. El día de hoy el móvil principal de nuestras operaciones son nuestras pasiones: todo se arregla al gusto de ellas. A Dios apenas se le oye, y mucho menos se le obedece. ¿Es digna de Dios nuestra conducta? ¿buscamos ansiosos todos los medios para agradarle? Esta solicitud ansiosa no la debemos considerar como primor de la perfeccion, sino como cristiano deber de la religion. ¿Quién dirá que se puede servir á Dios sin mucha fidelidad, con menos ardor, sin tanto zelo? En materia de su servicio cualquiera indiferencia es especie de irreligion. No nos afanamos mucho por agradar á Dios; y es que cada uno se fabrica un idolo de aquello que á él le agrada, y muchas veces de aquel á quien desea agradar. A vista del proceder de la mayor parte de los hombres, parece que para nada se cuenta con Dios.

En el cristianismo todo árbol estéril es reprobado: la fe sin obras es muerta: la caridad nunca está ociosa; la esperanza cristiana produce frutos en todos tiempos: talento sepultado es talento perdido. No se permiten siervos perezosos: las vírgenes descuidadas, que acuerdan tarde para hacer provision del aceite, son desatendidas. ¿Pues qué será, Señor, de tantos y tantas, que no fructifican género alguno de buenas obras? ¿será tiempo de hacerlo allá hácia la declinacion de la edad? Árboles infructuosos, que solo producen algo en el otoño. Una vida, que se pasó la mayor parte de ella en la ociosidad y en el regalo, que reserva dar algun fruto para lo último de la

estacion, nunca produce frutos que lleguen á madurar. ¡Oh cuánto tiempo perdido! ¡oh cuántos dias vacios! La inutilidad es la ocupacion mas universal de los hombres; porque todo lo que no conduce para el cielo, es verdaderamente inútil. Negocios sérios, negociaciones ruidosas, estudio que deseca, viages largos, trabajos que fatigan; todas son ocupaciones frivolas, entretenimientos pueriles, nada brillantes, ostentadas con magnificas palabras, si no sirven para facilitar la salvacion.

**El evangelio es del cap. 13 de san Lucas.**

*In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: nisi penitentiam habueritis, omnes similiter peribitis. Sicut illi decem et octo. supra quos cecidit turris in Siloe, et occidit eos: putatis quia et ipsi debitores fuerint preter omnes homines habitantes in Jerusalem? Non, dico vobis: sed si penitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Si no hiciéreis penitencia, perecereis todos del mismo modo que aquellos diez y ocho sobre los cuales cayó la torre en Siloe, y los mató. ¿Creeis vosotros que estos hayan sido tambien mas reos que todos los otros hombres habitantes en Jerusalem? Os digo que no: pero si no hiciéreis penitencia, perecereis todos de la misma manera.

**MEDITACION.**

*Que en todo tiempo se debe hacer penitencia.*

**PUNTO PRIMERO.**—Considera que como no hay tiempo en que no se pueda pecar, y en que el hombre adulto no sea pecador, ninguno hay en que no deba hacer penitencia. En la cuaresma es tiempo de penitencia; ¿qué quiere decir esto? Que la penitencia que entonces se hace con la abstinencia y con el ayuno es de precepto; ¿pero será por eso menos necesaria en otro tiempo? ¿tenemos menos enemigos con quienes combatir despues de pascua que antes de ella? ¿son menos vivas las pasiones? ¿son menos fuertes las malas costumbres? ¿son menos temibles los enemigos de nuestra salvacion, ó las tentaciones menos peligrosas? ¿Es posible que ya nada hemos quedado á deber á la divina Justicia? *Si no hiciéreis penitencia, todos perecereis.* ¿Puede haber mayor error que imaginar que este oráculo no es, ni habla con todos tiempos: que hay dias privilegiados, y que en ciertos tiempos del año se puede uno salvar sin hacer penitencia?

Aun cuando la penitencia de la cuaresma fuese bastante para sa-

atisfacer por los pecados pasados, lo que ninguno creo pensará sin temeraria presunción; ¿qué día de la vida se nos pasa sin cometer faltas, sin tener necesidad de misericordia, y sin peligro? La inocencia no tiene otro abrigo; el corazón se corrompe sin esta sal; toda virtud se marchita sin el rocío de las lágrimas. Ni la soledad, ni el más horroroso desierto es asilo suficiente sin el socorro de la mortificación.

Cuanto más nos acercamos á la sepultura, más nos debemos acostumbrar á la ceniza. Fuera de la infancia, todas las edades deben ser tiempo de penitencia para un cristiano. Busca sino en el evangelio, que debe ser la regla de las costumbres, una edad que esté destinada para los gustos y para los placeres.

¡Oh mi Dios, y qué poco gusta á los cristianos esta verdad! ¿Pero nuestro disgusto, nuestras ilusiones y nuestras preocupaciones debilitarán el vigor á las verdades del evangelio? Ciertamente, quien mira las cosas con alguna reflexión, no puede menos de indignarse al ver la licencia que precede, y que se sigue á la cuaresma. Parece que solo en cuaresma nos reconocemos por pecadores, y que en llegando la pascua nos queremos desquitar de las abstinencias y de los ayunos, suponiendo que la mortificación no es de todos los tiempos.

¡Cosa extraña! el mundo y las pasiones tienen sus leyes de mortificación y de ayuno, las cuales se observan inviolablemente: solo las leyes de Dios se quebrantan y se hacen intolerables. ¡Qué violencia, y aun se puede añadir, qué mortificación, qué penitencia no se padece en el mundo por conseguir una moda, por brillar en un concurso! Las galas adornan, pero oprimen: hay cotilla que equivale á una tortura; pero todo se sufre, todo se tolera por satisfacer á su amor propio, al interés, á la ambición; mas por agradar á Dios todo es impracticable. La penitencia del mundo dura toda la vida; y se quiere que la que se hace por Dios tenga sus intervalos. ¿Qué penitencia hemos hecho hasta aquí? ¿parecenos que ha sido proporcionada á nuestras culpas? ¿creemos que ya tenemos derecho á descansar? ¡Oh, y cuántas satisfacciones imperfectas! ¿cuánta penitencia quizá necesitamos hacer para satisfacer por otras penitencias! ¿cuántas partidas se han de dar por nulas en llegando á la cuenta de nuestras obras satisfactorias.

Punto segundo.—Considera que la penitencia no solo es castigo, sino preservativo y remedio. ¿Pues qué tiempo, qué edad no tendrá necesidad de él?

Es la vida del cristiano una perpétua guerra sin paces ni treguas: aunque nosotros queramos hacer la paz con los enemigos de la salvación, los enemigos de nuestra salvación jamás la harán con nosotros. No podemos esperar vencerlos sino por la penitencia: al mismo

tiempo que á ellos los debilita, á nosotros nos da mayores fuerzas. La misma perseverancia en la mortificación es una victoria. Es menester morir todos los días para vivir, como se explica san Pablo; es necesario castigar el cuerpo para no ser contado en el número de los réprobos.

La misma vida delicada es uno de los mayores peligros. Esto n mortificados los sentidos, esté el cuerpo reducido á servidumbre, que las pasiones meterán poco ruido y harán menos daño. Es la mortificación freno que contiene; es la penitencia el vallado que defiende la viña de las bestias y de los pasajeros; es la zarza entre cuyas espinas se conserva la flor de la inocencia. Sin este auxilio no puede subsistir la castidad. Desmontóse el campo durante el santo tiempo de la cuaresma; las gracias, la palabra de Dios, el uso de los sacramentos fueron la divina semilla que se sembró en este campo. ¿Qué desacierto! ¿qué error! ¿qué extravagancia sería echar por tierra, luego que llega la pascua, esta barrera que detiene al enemigo; arrancar esta estacada, que sirve de estorbo á los pasajeros para que no pisen la sembradura; abrir á todo género de animales una viña, cuyos sarmientos están tiernos todavía.

Desengañémonos, que no hay tiempo, no hay sazón en que la penitencia esté de más; ninguna hay en que no sea muy necesaria. Pasóse la cuaresma, pero no se pasó el tiempo de la penitencia. Toda la vida es tiempo de ella; si hay alguno en que no sea tan pública, ninguno hay en que deje de ser necesaria. El ayuno y la abstinencia se acaban con la pascua; pero la mortificación, la sobriedad y la templanza son de todos tiempos.

Así lo pensaron todos los santos, y nosotros mismos lo pensaremos también así en la hora de la muerte. ¡Oh buen Dios, y qué discretos, qué prudentes fueron aquellos santos que hoy son el objeto de nuestra veneración y de nuestro culto, en haberse familiarizado, por decirlo así, con los rigores de la penitencia! Toda la vida se consideraron pecadores, y toda la vida quisieron ser penitentes. ¿Hallaríanse por ventura algunos paréntesis de indulgencia en sus religiosas mortificaciones, en aquellos sus penosos ejercicios de penitencia? ¿desquitábanse por ventura de ellos, después que se pasaban los días consagrados á la dolorosa memoria de la pasión de Cristo? ¡Ah! que cada día parecia nuevo su fervor, nuevos sus deseos de mortificarse: cada día inventaban nuevas industrias para macerar su carne, para domar sus pasiones, para reprimir su concupiscencia. Pregunto: y fueron prudentes en proceder de esta manera? Y lo seremos nosotros, si procedéremos de otra? ¿hicieron acaso demasiado aquellos, que murieron con el dolor de no haber hecho mas? ¿y hemos hecho bastante los que quizá nada hemos hecho hasta ahora? ¿Cuándo, cuándo

haremos lo posible para librarnos de estos justos remordimientos!

Desde este punto, Señor, desde este punto, mediante vuestra divina gracia. No será este año como el pasado: no será interrumpida mi penitencia con tantos intervalos, y espero que no cesará hasta que me falte la vida.

### JACULATORIAS.

*Lacryma meæ panes, die ac nocte.* Salm. 41.

Las lágrimas serán mi pan cotidiano día y noche.

*Laboravi in gemitu meo, lavabo per singulas noctes lectum meum, lacrymis meis stratum meum rigabo.* Salm. 6.

¡Oh cuántos suspiros me han costado mis culpas! lavaré, regaré todas las noches mi cama con el copioso manantial de mis lágrimas.

### PROPOSITOS.

I La vida inmortificada y regalada de la mayor parte de los cristianos es una especie de impenitencia. Nuestros pecados son graves; el número es enorme; cada día se multiplican nuestras maldades: ¿y cuál es nuestra penitencia? Pecan los grandes, y sus días se consumen en delicias: pecan los mundanos, y su vida se pasa toda en delicadeza y en regalo: pecan los jóvenes, y el nombre solo de penitencia los extremece. La cuaresma siempre es tiempo de penitencia para los que tienen obligación de hacerla. ¡Pero qué lentivos! ¡qué infracciones del precepto! ¡cuántas frívolas dispensas! ¿Mas, á lo menos despues de pascua se suplirá con mortificaciones voluntarias la penitencia que no se hizo en la cuaresma? Si por cierto; á lo mas se dá una corta limosna, ó se rezan algunos rosarios. ¿Y bastará esto para suplir el ayuno de la cuaresma? Bien se conoce la indignidad de tan lastimoso engaño. Si te sientes culpado en esto, júzgate á ti mismo con mayor equidad, y procura que sea menor la desproporcion entre la culpa y el castigo. ¿Por qué no se ayunará despues de pascua, cuando se dejó de ayunar en la cuaresma? Los sacrificios que llamaban de expiacion, en todos tiempos se hacian. ¿Pues qué el desobedecer á la ley, es titulo bastante para dispensarnos en la obligación de obedecerla? Quien tiene verdadero dolor de la culpa, tendrá verdadero deseo de repararla por medio de la penitencia.

Pues si en todo tiempo eres pecador, en todo tiempo debes ser penitente; y para eso observa las advertencias siguientes. Primera: En todo aquello que pueda causar alegría, en todos los regocijos pá-

blicos y particulares, hasta en los precisos desahogos del ánimo y de la naturaleza, hasta en las comidas ordinarias y forzosas, acuérdate que eres reo en los ojos del señor, y que como tal estás condenado al último suplicio. Nunca te halles en alguna fiesta ó función sin decirte á ti mismo: Yo soy pecador; ¿y es esta mi penitencia? Segunda: es devoción utilísima y piadosísima, que aumenta mucho valor al ejercicio de la penitencia, hacer cada día uno ó dos actos de mortificación, en atención á la pena correspondiente á nuestras culpas, aumentando el número de dichos actos los días de mayor fiesta ó regocijo. Tercera: hay personas devotas, que los días que son convidadas de sus amigos á comer, ó á alguna otra diversion, se imponen la obligacion de rezar los salmos Penitenciales: otras acompañan siempre esas honestas diversiones con algun acto de mortificación. San Francisco de Borja decia, que no le sabria bien la comida, si no la sazonzaba con alguna penitencia: y añadia, que estaria inconsolable, si supiera que le habia de cojer la muerte en día en que no hubiese mortificado sus sentidos.





## DIA XX.

**Santa Inés de Monte-Policiano, del orden de santo Domingo.**

**N**ació santa Inés en Monte-Policiano, ciudad de la Toscana, el año de 1274. Sus padres, distinguidos por su nobleza y por su riqueza, pero mucho mas por su virtud, no perdonaron á medio alguno para la cristiana educacion de la Niña, persuadidos á que Dios la destinaba para grandes cosas, y que eran pronóstico de su elevada santi-

dad las milagrosas luces que se dejaron ver en el cuarto en el mismo instante en que nació.

Anticipóse la devoción á la razon; apenas sabia articular las palabras, y ya mostraba el gusto que tenia en rezar. Quando la estaban enseñando el *Padre nuestro*, y el *Ave Maria*, se la notó que se retiraba á un rincon, y que pasaba en él de rodillas muchas horas. Preguntada, qué hacia allí, respondia: *Estoy rezando, y aprendiendo la leccion.*

Desde la cuna dió ya á entender, como podía, su ardiente amor á Jesucristo, y la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen; porque en mostrándola alguna imágen del Hijo ó de la Madre, saltaba de alegría. Nunca fue niña en materia de devocion. Crecia en edad, crecia en virtud, y al mismo paso crecia tambien en ella el disgusto á todas las cosas del mundo. A los cinco ó seis años de su edad decia claramente que queria ser religiosa. Aunque sus padres tenian mucha gana de que se quedase en el siglo, no se pudieron resistir á las instancias, á las lágrimas, y á los suspiros, con que anhelaba continuamente por el convento. Luego que cumplió nueve años la llevaron al monasterio de las Saquinas, llamadas así, porque traian un escapulario de aquella estopa grosera de que se hacen los sacos. Pusieronla al cuidado de una virtuosa y prudente maestra, llamada Margarita, la cual admiró desde luego la abundancia de gracias con que el cielo habia prevenido á aquella alma inocente; y se vió precisada á moderar su fervor en vez de tener necesidad de excitarles, conociendo que el Espíritu santo habia tomado de su cargo la direccion de aquella alma privilegiada.

A pocos dias fue lués la admiracion de toda la comunidad. Su humildad ingénuu y sincera; la mortificacion de los sentidos, que admiraba á las mas perfectas; su puntualidad, su fervor, su tierna devocion, el grande amor que tenia á la oracion; una apacibilidad y una modestia religiosa que cantivaba; una obediencia, un rendimiento tan ciego, que parecia haber nacido lués sin amor propio, y sin propia voluntad; en fin, una alegría santa, que se difundia en todas sus acciones, y se dejaba notar en todos sus modales: todo este conjunto hacia formar tan elevado concepto de su virtud, que cierta abadesa extranjera, muger de singular mérito, la cual andaba visitando algunos monasterios de orden del señor obispo de Arezo, admirando las extraordinarias prendas de aquella virtuosa Niña, se dejó decir, que no honraria menos esta lués á la religion con sus virtudes, que la otra lués romana habia honrado á la Iglesia con su martirio.

Como era tan consumada su prudencia, en medio de ser tan pocos sus años, que apenas llegaban á catorce, no dudó la comunidad encargarla el cuidado de lo temporal; cuya administracion desempeñó

con tanto acierto, con tanta inteligencia, y tan á gusto de todas, que acreditó con nueva experiencia que la virtud dá entendimiento, y puede suplir la falta de la edad.

Pero la misma reputacion de su extraordinaria virtud privó presto de este tesoro al monasterio de Monte-Policiano. Informadas y movidas de las maravillas que se contaban de sor Inés las religiosas de un convento que se acababa de fundar en Proceno, pequeña ciudad del condado de Orvieto, alcanzaron del papa Nicolao IV que se la diese por prelada, aunque habia pocos dias que habia hecho la profesion, y tenia solos diez y ocho años; pero el efecto acreditó haber sido de Dios esta eleccion.

Persuadióse desde luego nuestra Inés á que solo estaba á la frente de las otras para darlas mayores ejemplos de humildad, de mortificacion y de observancia, en la inteligencia de que el cargo que la habian encomendado, no daba otra preeminencia sobre las demás, que imponerla la mas estrecha obligacion de servir á todas de guia y de modelo: no es fácil explicar hasta qué punto de perfeccion llegó su religioso fervor. Ayunaba todos los dias á pan y agua: dormia sobre la desnuda tierra, sirviéndola de cabezera una piedra. Era jóven y de complexion débil, con que el rigor de sus mortificaciones y los excesos de sus penitencias estragaron tanto su salud, que lo restante de su vida fue una continua y dolorosa enfermedad.

Una que padeció á los veinte y ocho años de su edad, tan grave que la redujo al último peligro, obligó á sus confesores y prelados á valerse de toda su autoridad para moderar sus penitencias. Pero la paciencia y la alegría que mostró en la enfermedad, no edificó menos á sus hermanas é hijas, que las demás virtudes de su santa madre.

A la verdad, recompensaba Dios abundantemente aquella santa severidad que por su amor ejercia Inés contra sí misma. Favorecida frecuentemente de visiones celestiales, y colmada de aquellas inefables dulzuras que da el Señor á gustar en la contemplacion á las almas privilegiadas, conversaba familiarmente con su divino Esposo, y cuando se acababa la oracion era para ella un doloroso sacrificio.

Conocieron los vecinos de Monte-Policiano la gran pérdida que habian hecho en dejar á los de Proceno la posesion de nuestra Inés; y viendo que ni las súplicas, ni la autoridad de los prelados habian sido bastantes para recobrar esta prenda, se valieron de un píadoso artificio, que los salió á medida de su deseo.

Acordáronse del qué habia mostrado nuestra santa, siendo aun todavía nifa de ver convertida en convento de penitencia una casa

de mugeres públicas, que habia á la entrada de la ciudad; y se obligaron á ejecutar este piadoso proyecto, con tal que viniese la misma Inés á gobernar dicha casa. Cedió el amor del retiro al zelo de la salvacion de las almas; y obtenida licencia para pasar á hacer la nueva fundacion, tuvo el consuelo de ver acabado en muy poco tiempo el convento. Formóse presto una comunidad numerosa, por la priesa que se daban todas á venir á ponerse debajo de su gobierno. Entabló en el monasterio la primitiva regla de san Agustin, segun el instituto y espíritu de santo Domingo; y conseguida del legado apostólico la confirmacion, se dedicó enteramente á formar el edificio espiritual, que estaba empeñada en fabricar al Señor, cultivando á sus nuevas hijas.

Desde luego notó la ejemplar observancia y el fervor de espíritu de toda aquella numerosa comunidad de virgenes, animadas con el ejemplo de su santa Fundadora. Bramaba el infierno de rabia; pero en vano, viendo triunfar la pureza, y todas las demás brillantes virtudes donde habia reinado la abominacion. Estableció Inés en aquel convento el espíritu de la primitiva regla con tanta felicidad, que desde entonces comenzó á ser venerado el nuevo monasterio de Monte Policiano como un milagro de la perfeccion religiosa.

Admirábanse todos como aquella santa Doncella no se rendia al peso de tantos trabajos y de tantas enfermedades; pero no era este solo el continuado prodigio que obraba Dios en su Sierva. Las frecuentes apariciones de los ángeles, de santo Domingo, de san Francisco, de la Reina de los cielos, y del mismo Jesucristo, la colmaban de tales consuelos y dulzuras interiores, que solo se pueden percibir bien cuando se gustan. Por la oracion de nuestra Santa brotó un manantial de agua viva de virtud muy prodigiosa para curar todo género de enfermedades, y hasta hoy se llama *el agua de santa Inés*, habiendo acometido á una de sus hijas una fluxion á los ojos, tan violenta que perdió enteramente la vista, y entendiendo la santa Prelada que lo padres de la enferma disponian sacarla del convento para solicitar su curacion, hizo oracion por ella, y al punto recobró la vista aquella religiosa. Resucitó tambien con su oracion á un niño que se habia ahogado en los baños; y por toda Italia resonaban las grandes maravillas que obraba Dios en Monte-Policiano y en otras partes por la intercesion de santa Inés.

Consumida en fin al rigor de sus grandes penitencias, prolijas enfermedades y trabajos, conoció que el Señor la queria sacar de este destierro. Fue tan excesiva la alegría que la causó esta noticia, y tan vehementes los gozosos impetus de sus amorosos deseos de verse cuanto antes con Dios, que apenas los podia contener. Los postreros días de su vida apenas fueron mas que una continua oracion; y aun-

que eran indecibles los dolores que padecía, al ver la alegría y la serenidad de su semblante, parecía que no estaba enferma. Finalmente, sintiendo ya que se acercaba la última hora, recibidos los sacramentos de la Iglesia con nuevo fervor, y rodeada de sus hijas, que se desbucaban en lágrimas, rindió dulcemente el espíritu en manos de su Criador hácia la media noche del día 20 de Abril del año de 1317, de edad de 43 años, habiendo pasado los 36 en el monasterio.

Al punto fue anunciada su muerte por muchos niños de pecho, que comenzaron á gritar en varias casas de la ciudad desde las cunas: *Ya murió sor Inés*. Los que fueron testigos de esta maravilla la publicaron luego que amaneció, y acudiendo al convento, supieron de boca de las religiosas que la Santa había muerto en el mismo instante en que los niños lo anunciaron. Hizo Dios glorioso su sepulcro por los muchos milagros que obró en él, siendo grande el concurso de los fieles á venerarle. El papa Clemente VII permitió á los moradores de Monte-Policiano el culto público de nuestra Santa con fiesta y oficio, por una bula expedida en 28 de Mayo de 1532. Clemente VIII, á instancia de Enrique IV, extendió este permiso á todas las casas de la órden de santo Domingo. No contribuyó poco á esta extension de culto Leonor de Borbon, tía del rey, y abadesa de Fontevran, en cuyo reconocimiento los vecinos de Monte-Policiano regalaban á este monasterio con reliquias de santa Inés. Su devocion ha penetrado hasta el centro de las Indias y de la América, donde se hallan Iglesias y monasterios dedicados á su nombre.

**La misa es de la dominica precedente, y la oracion de la Santa la siguiente:**

*Exaudi nos, Deus salutaris noster: ut sicut de beata Agnetis virginis tue festicitate gaudemus, ita pie devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum Jesum Christum...*

O Dios que sois nuestra salud; oye nuestras súplicas, para que así como celebramos con gozo la festividad de vuestra virgen santa Inés, así consigamos el fervor de una devocion piadosa. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epistola es del cap. 7 de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.**

*Fratres: Unusquisque in quo vocatus est, in hoc permaneat apud Deum. De virginibus autem*

Hermanos: Cada uno permanezca delante de Dios en aquello para que fue llamado. En órden

*præceptum Domini non habeo; consilium autem do, tamquam misericordiam consecutus à Domino, ut sim fidelis. Existimo ergo hoc bonum esse propter instantem necessitatem, quoniam bonum est homini sic esse. Alligatus es uxori? noli querere solutionem. Solutus es ab uxore? noli querere uxorem. Si autem acceperis uxorem, non peccasti. Et si nupserit virgo, non peccavit. Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi.*

à las vírgenes yo no tengo precepto del Señor; pero doy consejo, como que he conseguido del Señor misericordia para ser fiel. Creo, pues, que esto es un bien atendida la necesidad que urge, porque al hombre es bueno el estarse así. ¿Estás ligado á una muger? no pretendas soltura. Estás suelto de la muger? no busques esposa. Pero si tomares muger, no pecaste. Y si una virgen se casare, no pecó: con todo eso, estos padecerán la tribulación de la carne.

## NOTA.

«Aunque el principal motivo que obligó á san Pablo á escribir esta admirable epístola á los de Corinto, fue el escándalo del incestuoso, y la division de espiritus que se habia introducido en los fieles de aquella ciudad, no tuvieron poca parte en él las consultas que algunos hombres tímidos y desosos del acierto le habian hecho acerca del matrimonio y de la virginidad. Enseña, pues, en ella cómo uno puede santificarse en el matrimonio; pero al mismo tiempo prefiere á éste la virginidad, descubriendo todo su valor y meritos»

## REFLEXIONES.

*Unusquisque in quo vocatus est, in hoc permaneat.* Hay en el hombre cierto fondo ó cierto fermento natural de inquietud y desasosiego, que toda novedad le encanta; pero no le apaga, ni le satisface. Enemigos de nuestro reposo, apenas acertamos á ocuparnos sino en lo que nos turba: la ausencia del bien imaginario ó real agujereja el apetito, y la posesion le fastidia. Parece que solo tenemos ingenio para atormentarnos. Pocos hay que estén contentos con su estado, y acaso ninguno que no imagine que sería mas feliz en otro: enfermos inquietos y anojadizos, que juzgan consiste en mudar de aire ó de cuarto todo el remedio del mal que llevan consigo mismos. Tal es el error de aquellos, que descontentos con el empleo, ó con el estado en que los ha colocado la divina providencia, se figuran que en cualquiera otra asegurarían mas su salvacion; que en otro clima darian mas fruto, y que sus talentos pedian otro empleo. Somos ciegos, dice el Espíritu santo: y no advertimos que el verdadero origen de nues-

tras inquietudes está dentro de nosotros mismos. Mantengámonos en el estado en que Dios nos puso: *Nescitis quid petatis*. Contentémonos con el empleo, y con el lugar en que Dios nos tiene. En todas partes hay cruces y hay espinas. Cuando la serenidad dura mucho tiempo, causa sequedad. En ninguna parte estamos bien, sino donde Dios nos quiere. No solicitemos mudar estado, empleo, ó condicion, cuando no hay cosa contraria á la ley de Dios; pero procuremos cumplir todas las obligaciones de la justicia en nuestro estado; trabajemos en reformar nuestras costumbres, y en mudar de conducta. Son imaginaciones pueriles, pensamientos inútiles, error craso, ocuparse en pensar lo que se debía hacer, y no pensar en hacer lo que se debe.

*De virginibus autem præceptum Domini non habeo.* Es privilegio muy preciso conservar toda la vida la virginidad. Como en este estado nos acercamos á los ángeles, parece que nos constituye en una especie de clase superior á la de los hombres. Las vírgenes son las que siguen al cordero á cualquiera parte donde vaya. (*Apoc. 14.*). Privilegio fue de la virginidad recostarse en el pecho de Jesus: aquellas gracias especiales que reparte la predileccion, se reservan ordinariamente para las almas castas. Con todo eso, dice san Pablo, si estás atado con el vínculo del matrimonio, vive contento, y no desees desprenderte de él. *¿Alligatus es uxori? noli querere solutionem.* El que se casa, hace bien; pero el que no se casa, hace mejor; mas cásese, ó no se case, en cualquiera estado que esté, su vida debe ser inocente. La virginidad es don de Dios; por eso no es mas que de consejo; pero la pureza es de precepto. No entrará en el cielo cosa manchada. Es la pureza la virtud de los cristianos; á la verdad, es una flor muy delicada; pero debe ser comun, y no se puede conservar sino entre espinas. La vigilancia la defiende, la devocion la fomenta, la mortificacion la nutre, y en exponiéndola al vicio se marchita. Ningun estado pide mayor vocacion de Dios que el matrimonio; y ninguna vocacion pide mayores pruebas. ¡Cosa rara! Todos dicen, y dicen bien, que no se debe abrazar el estado religioso inconsideradamente; que es menester consultarlo con Dios, examinar la vocacion, preveer las dificultades, comprender las obligaciones, no ignorar las cargas y los trabajos: siendo así que es un estado tan santo, que en él se está á cubierto la inocencia; que no hay peligros; que todos los dias amanecen serenos, y que el cielo está en una gran calma. Pero trátese de una conveniencia que se ofrece en el mundo, donde todo es tentacion, todo peligros, todo sedicion de la carne, todo motín de las pasiones, todo estorbos, todo agitaciones, todo nieblas, todo uracanes y tempestades, ¿se examina por mucho tiempo la vocacion? ¿se consulta mucho con Dios? ¿se pesa y se pondera aquella

portentosa carga de obligaciones? ¿se tarda en deliberar sobre una eleccion de tanta importancia? ¿Y cuáles suelen ser los principales motivos de semejantes determinaciones? ¿hácese en ellas mucho lugar al motivo de agradar á Dios? ¿tiénense muy presentes la religion, la virtud y la salvacion? Y despues de esto, ¿nos admiráremos de que haya tan pocos matrimonios felices y dichosos! ¿Nos admiráremos de que sean tantos los que se condenan en el estado del matrimonio! Es cierto que puede uno ser santo en este estado; pero tambien lo es el que es menester vivir en él como vivieron los santos.

**El evangello es del cap. 17 de san Juan.**

*In illo tempore hæc locutus est Jesus; et sublevatis oculis in cælum, dixit: Pater, venit hora, clarifica Filium tuum, ut Filius tuus clarifcet te; sicut dedisti ei potestatem omnis carnis, ut omne, quod dedisti ei, det eis vitam æternam. Hæc est autem vita æterna, ut cognoscant te, solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum. Ego te clarificavi super terram. Opus consummavi, quod dedisti mihi ut facerem: et nunc clarifica me tu, Pater, apud te ipsum, claritate, quam habui prius quam mundus esset, apud te. Manifestavi nomen tuum hominibus, quos dedisti mihi de mundo: tui erant, et mihi eos dedisti; et sermonem tuum servaverunt.*

En aquel tiempo habló Jesus estas cosas; y alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, ha llegado el tiempo. glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo tambien te glorifique; asi como le has dado potestad sobre todos los hombres para que dé la vida eterna á todos aquellos que le has consiguado. La vida eterna, pues, es que te conozcan á ti solo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien tú enviaste. Yo te he glorificado en la tierra. Consumé la obra que me encargaste para que la hiciese: ahora pues, ó Padre, glorificame delante de tí mismo con aquella gloria que tuve para contigo antes de que existiese el mundo. Manifesté tu nombre á aquellos hombres que me encargaste en el mundo: tuyos eran, y me los encargaste á mí; y han guardado tu palabra.

**MEDITACION.**

*De la verdadera virtud propia de cada estado.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que cada uno se representa la virtud del estado ageno, y pocos se aplican á conseguir la que es propia del

suyo. Los pobres piensan en los medios que tienen los ricos para santificarse; y los ricos juzgan que no es fácil ser santo no siendo pobre. A los mozos les parece que la vejez es el tiempo único y oportuno para pensar en la salvacion; y los viejos dicen que pasada la mocedad, se pasó la sazón de aplicarse á la virtud. Los seglares no quieren creer, que es posible y muy posible ser santo sin salir del mundo; y los religiosos se forman una idea extraña de la santidad; colócanla en lo sublime, en lo maravilloso, y nada les parece santo, si no huele á prodigioso y extraordinario. De manera, que por esta cuenta, la santidad, que por decirlo así, es un fruto que se da en cualquiera tierra, segun la extravagante imaginacion del amor propio, no se halla sino en lugares inaccesibles.

¿Pero qué dirémos, mi Dios, de aquel expreso precepto vuestro, en que nos mandais que seamos perfectos, como lo es nuestro padre celestial? ¿á qué estado, á qué edad habeis vos dispensado de esta ley? Si hay algun cristiano que no pueda ser santo, ¿á qué fin imponer-nos un precepto que habla universalmente con todos?

Es cierto, pues, que Dios quiere seriamente que todos seamos santos; pero no lo es menos, que ninguno lo será sino cumpliendo exactamente con las obligaciones de su estado. Toda idea de santidad que no sea de este carácter, es falsa y engañosa. Las devociones poco proporcionadas, ó poco convenientes á nuestro estado, son puras ilusiones del orgullo y del amor propio. Búrlase el enemigo de la salvacion con esas falsas apariencias de la credulidad de una alma simple: toda devocion que nos desvia de nuestro estado, es des-camino.

No hay error mas grosero, ni mas universal. Todos quieren representar el papel que no se les ha encargado, todos quieren servir á Dios en lo que Dios no quiere que le sirvan. A un criado que sirviese no mas que segun su capricho, ningun amo le sufriria en su casa mucho tiempo. La observancia de los preceptos, la inocencia, la mortificacion, y todas las demás virtudes cristianas, es cierto que convienen á todo género de gentes; pero no todos los ejercicios de devocion convienen á todos. El retiro, el frecuente trato con Dios en la oracion, la ignorancia ó la abstraccion de los negocios seculares, y el olvido de sus parientes, son virtudes muy propias de un religioso; pero un oficial, un magistrado, un padre de familias serian reprehensibles, si fuesen negligentes en las obligaciones de su estado. En cumplir exactamente con estas obligaciones, y en la fidelidad en hacer lo que Dios manda, consiste en rigor la perfeccion del cristiano. ¿Qué error tan craso es no concebirla jamas sino en la soledad, en los desiertos y en la cima de las mas altas montañas! Cualquiera tiene en su mano la santidad; nace la virtud cristiana en todas las tierras, en todas las

heredades del Padre de familias; si alguna no produce este precioso fruto, es culpa de los obreros.

¡Que consuelo tan grande es saber que en todos los estados puede uno ser santo, y que la santidad propia de cada estado es muy fácil! ¡pero qué dolor, qué tristeza, qué amargura la de no querer ser santo, pudiéndolo ser tan fácilmente!

**PUNTO SEGUNDO.**—Considera la bondad infinita de Dios en haber puesto la santidad de cada uno en el cumplimiento de las mismas obligaciones de su estado. ¿Podía ponerla mas á tiro de nuestro alcance? ¿podía hacérsela mas fácil, y á nosotros mas inescusables?

¿Eres religioso? pues tu santidad consiste en la perfecta observancia de tu instituto y de tus reglas. ¿Te hallas elevado á los mayores empleos? pues tendrás gran mérito en el cumplimiento de tus obligaciones; y no hay virtud mas brillante que la que es inseparable de los buenos ejemplos. El nacimiento obscuro, la condicion humilde, las enfermedades, y las desgracias, son á la verdad los medios mas eficaces para conseguir una elevada santidad; pero la prosperidad, ni es estorbo, ni lo fue jamás. Sin duda es menester ser humilde, dulce, sufrido, caritativo para ser santo; pero todo esto lo puedes y lo debes ser en cualquier estado. Para entrar en el cielo necesariamente se ha de caminar por muchas cruces; pero consuélate con que la sábia providencia de Dios sembró de ellas todos los estados, y solo consiste en saber aprovecharse de su carga. Tambien son necesarias las buenas obras, ¡pero cuántas pueden hacer cada uno sin salir de su casa! Los cuidados de la familia son las principales obligaciones de la virtud.

Sean en buen hora loables, sean preciosas todas las devociones; pero ninguno está seguro de que ejecuta las que Dios quiere, sino el que hace las que son propias de su estado. Solas éstas estan seguramente en su debido lugar. No toca á los criados escoger los oficios; al amo pertenece el determinárselos. Sino son de la eleccion y del gusto de este, no aprecia los trabajos mas penosos, ni los servicios mas desinteresados; ¿de qué servirá trabajar mucho, si no es de su gusto lo que se trabaja?

¿Puede haber mayor ilusion que la de aquellas personas que desatienden á las obligaciones de su estado por dedicarse á otras imaginarias devociones, que en realidad solo son un refinado artificio del amor propio, disfrazado con máscara de piedad? Aunque se omitieran todas las obras de supererogacion; visitas de enfermos, obras de misericordia, penitencias, y mortificaciones corporales, cumpliria perfectamente con su obligacion el que sin ellas pudiese cumplir perfectamente con todas las obligaciones de su estado. Por el contrario,

aunque tú solo hicieras todos los ejercicios espirituales posibles; aunque te abrasara el zelo mas ardiente; aunque te ejercitaras dia y noche en obras de misericordia; si olvidabas ó desatendias á las de tu estado, no serias siervo prudente, bueno y fiel. Cualquiera otra idea de virtud es falsa, es ilusoria. No encontrarás santo alguno que hubiese seguido otra ruta: cualquiera otro sendero es descamino. ¿Puede haber mayor consuelo que hallar cada uno dentro de su misma condicion, dentro de su mismo estado, dentro de su misma edad, toda aquella abundancia de gracias, aquella multitud de auxilios, aquel cúmulo de medios y de ejemplos que ha menester para ser santo? ¿Pero puede haber mayor desgracia que no haberlos conocido, ó no haberse sabido aprovechar de ellos para serlo?

Reprehéndome, Señor, y reconozco lo mal que he hecho hasta aqui en figurarme una imaginaria imposibilidad de arribar á la santidad mas eminente, sin salir de la esfera de mi estado. En las obligaciones mas ordinarias y mas precisas de él, tengo cuantos medios he menester para santificarme con el auxilio de vuestra divina gracia. Concedédmela, Señor, concedédmela, para que me aproveche de ellos.

#### JACULATORIAS.

*Quæ placita sunt ei facio semper.* Joan. 8.

Nada hago sino lo que mi Padre celestial quiere que haga.

*¡Quam bonus Israel Deus, his qui recto sunt corde!* Salm. 72.

¡Cuán bueno es el Señor Dios de Israel para los que le sirven derechamente en lo que le deben servir!

#### PROPOSITOS.

1 Es artificio muy ordinario del enemigo de la salvacion hacer que se nos represente la santidad como un fruto de paisés muy remotos ó que solo se produce en las cumbres de los montes mas empinados. A favor de estas falsas aprehensiones, nunca nos la imaginamos á tiro; y nuestra imaginacion siempre nos la pinta allá entre unos lejos muy desviados y con colores poco comunes. ¿Vivese en el mundo? pues se considera la santidad como atrincherada dentro de los claustros, y cubierta con las mortificaciones y penitencias de la vida religiosa. ¿Se ha logrado la dicha de abrazar esta vida? pues piérdese el aliento en el camino de la perfeccion, porque no hay forma de concebir la santidad, sino revestida de aquellas acciones ruidosas, de aquellos prodigios de penitencia, de aquellos dones de contemplacion sublime y elevada, que se admiran en la vida de los mayores santos. Corrige desde este punto una idea tan falsa y tan perniciosa; y de-

poniendo tu error, descubre este tesoro dentro de tu mismo terreno. Persuádele que tu perfeccion está únicamente aneja al cumplimiento de las obligaciones de tu estado. De ninguna otra cosa alabó el Espíritu Santo á la mujer fuerte, sino de que hiló, de que trabajó, de que cuidó de su casa y familia, y fue siempre obediente á su marido. Este debe ser el verdadero elogio de una señora cristiana. No gusta Dios de esas largas horas que pasas en la iglesia, ni de esas visitas de los hospitales, si mientras tanto la ausencia de tu casa es causa de mil desórdenes en la familia. No hay virtud donde no hay órden, y todo le trastornas cuando no atiendes á las obligaciones de tu estado. Hay tiempo para todo; pero haz todas las cosas á su tiempo. Ten zelo de la salvacion de los otros; pero no descuides de la tuya. Haz obras de supererogacion; pero sea del tiempo que sobra de las obligatorias. Da limosna; pero paga á los oficiales y á tus acreedores. Esta leccion es importantísima: en no cumpliendo cada uno con las obligaciones de su estado, no hay devocion, no hay virtud.

2 Sea este el primer cargo que te has de hacer en el exámen de conciencia; y sea lo primero de que te acuses en las confesiones las faltas contra las obligaciones de tu estado; y cuenta por nada todas las devociones de mucho ruido, si faltas á estas primeras obligaciones, que por lo comun son de poco lustre, pero de gran mérito. Si eres religioso, estudia bien los deberes de tu estado, y sé exactísimo en la observancia de las mas menudas reglas. Es loable un zelo ardiente: no hay duda que el rigor de la penitencia tiene grandes utilidades en órden á la perfeccion; pero si por hacer muchas cosas á que no hay obligacion, se dejan de hacer las que Dios manda: si con un zelo tan ardiente, tan vivo, y tan laborioso, se quebranta habitualmente la observancia regular; si exhortando con tanta elocuencia á los demás á que sean fervorosos, puntuales, y mortificados, eres tú tibio, menos rendido, poco exacto, y nada humilde; ¿no te reprenderá nada tu conciencia? Pues trata desde luego de atajar estos remordimientos. Es tan importante este consejo, que no dudo le pondrás en práctica. Consulta con un prudente y zeloso director lo que debes reformar en este punto.



## DIA XXI.

**San Anselmo, arzobispo de Cantuarria ó Cantorbery.**

Fue san Anselmo uno de los mas ilustres y mas santos prelados de su siglo, y nació en Aosto, ciudad del Piamonte, el año de 1033. Era hijo del conde Gondulfo, y de Ermerberga, uno y otro de las mas nobles familias de la Lombardia y del Piamonte; y como reinaban en su casa el esplendor y la abundancia, fue criado Anselmo con delicadeza y cuidado. Ermerberga, su madre, señora mas distinguida aun por su pie-

dad, que por su nobleza, conociendo las inclinaciones y máximas de Gondulfo, mas ajustadas á los dictámenes del mundo que á los de la religion, se encargó ella sola de la educacion de su Hijo. A pocos dias pudo darse el parabien de su determinacion. No hubo niño mas dócil; y si la brillantez y la vivacidad de su ingenio casi desde la cuna fueron asunto de la admiracion de cuantos le trataban, su candor y su bello natural le conquistaron los corazones de todos. Correspondió á los progresos que cada dia iba haciendo en la virtud el que hizo en el estudio de las letras humanas. Desde luego se le descubrió una devocion tan tierna á la santísima Virgen, que nadie dudó sería con el tiempo uno de los siervos mas amados y mas favorecidos de esta Señora.

Como las lecciones y los ejemplos de su virtuosa madre solo inspiraban al niño Anselmo un santo amor á la virtud, y un deseo encendido de su salvacion, se disgustó presto de las grandezas y de los oropeles del mundo. Siendo de edad de quince años se determinó á abrazar el estado religioso; mas por no desazonar á su familia, no le quisieron recibir. Entristeciósse tanto con esta repulsa, que le costó una enfermedad; pero no le duró mucho el fervor.

Entibióse en él luego que recobró la salud, y no contribuyó poco para apagarle del todo la muerte de la Condesa su madre. El poco caso que el Conde hacia de él, su vida no muy cristiana, y su poca inclinacion á la virtud, dejaron al jóven Anselmo tanta libertad, que presto pasó á ser disolucion: aunque no duró en ella mucho tiempo, porque se sirvió Dios de la misma aversion que el padre concibió contra él, para traerle hácia sí. No hubo sumision ni rendimiento que Anselmo no practicara para desenojar á un padre irritado, de quien habia sido el idolo hasta entonces; pero de nada sirvió sino de enconar mas aquel corazon irreconciliablemente enfurecido. No quiso Gondulfo ver mas á su hijo; y Anselmo tomó la resolucion de ausentarse, pareciéndole que esto podria contribuir á templar el enojo de su padre: y retirándose á Francia, estuvo allí tres años, sin saber que rumbo seguir, ni á que determinarse.

Esta misma indecision despertó en él su antiguo amor á los libros; y llegando á su noticia la fama de Lanfranco, que tambien habia pasado á Francia desde Lombardia, resolvió pasar á la abadía de Bec en Normandia, dónde se hallaba prior aquel insigne hombre. En la escuela de tan hábil como santo maestro aprendió la filosofia y la teologia, en cuyas facultades hizo tan ventajosos progresos, que ellos mismos encendieron mas su ardiente pasion por el estudio. Considerando un dia la penosa vida que traia solo por hacerse sábio, se avergonzó de lo poco que trabajaba para hacerse santo; y esta reflexion volvió á encender en él los antiguos deseos de abrazar el estado religioso. Abrazóle finalmente, siendo de 27 años, en la misma abadía de Bec, recibiendo el hábi-

to de manos de Heriunio, que era su abad, y había sido su fundador. Fueron tan extraordinarios y tan prontos los progresos que hizo en la perfeccion religiosa, que habiendo sido electo abad de san Esteban de Caen el célebre Lanfranco, tres años despues de su noviciado, fue Anselmo sucesor suyo en el priorato de Bec.

No obstante la virtud de los monges mas antiguos de aquella abadía, no pudieron disimular el resentimientillo que esta preferencia les causaba; pero á poco tiempo supo Anselmo calmar los ánimos, y ganar los corazones con su dulzura, con su humildad, y con su invencible paciencia. Parecia que solo le habían hecho superior para ser mas oficioso, y para prevenir hasta las mas menudas necesidades de los monges. Su caridad no tenia limites; pero menos parece que tenia su mortificación.

Ayunaba todos los dias, y maceraba su cuerpo sin piedad. El estudio y la oracion le ocupaban casi todo el tiempo que le dejaban libre las obligaciones del oficio. No contento con orar, enseñaba á otros á tener oracion. Todo cuanto se vela en él era instruccion y enseñanza: el aire, la modestia, las conversaciones, hasta el mismo silencio, todo inspiraba amor á la virtud. Con estas mudas lecciones del jóven Prior refloreció presto la observancia y disciplina regular en el monasterio; y á vista de sus ejemplos se volvió á encender en él el primitivo fervor.

Pero lo que sobre todo hizo célebre en toda Europa la abadía de Bec, fue la aplicacion y la gracia que tenia Anselmo para criar la juventud. Su modo grato, dulce, cortesano, con una prudente indulgencia, acompañada de una oficiosa y suave severidad, yendo en todo adelante con el ejemplo, eran los eficacisimos medios de que se valia para allanar todas las dificultades. Escribiéndole un abad demasiadamente rígido, y quejándose de la poca docilidad de sus súbditos, el Santo le respondió en estos términos: «Cómo quieres que reine en tu casa la paz y la observancia, si no aciertas á alimentar á tus hijos mas que con hiel y amargura?» A otro monge jóven le decia en cierta ocasion: «¿Quiéres ser feliz en la vida religiosa? pues olvidate del mundo, y alégrate mucho de que el mundo se olvide de tí. El mayor tirano del monge, añadió en otra ocasion, es la propia voluntad; porque solo sirve para turbar su quietud, y para hacerle padecer cada dia nuevos tormentos. El claustro es el verdadero paraíso terrenal para aquel que puede decir: No vivo yo, sino Cristo en mí.»

No hubo en su tiempo hombre mas estimado, ni que mas mereciese serlo. Concurrían de todas partes sujetos de la primera calidad á ponerse debajo de su gobierno; y su virtud no solo eminente, sino apacible, cortesana, urbanísima, y aun culta, por decirlo así, convirtió la abadía de Bec en un seminario de santos.

Ya no permitía á Heluino su avanzada edad atender á los negocios

del monasterio; y así encargó todo el peso del gobierno á la prudencia de su santo prior. Pero ni esta multitud de ocupaciones le sirvieron de estorbo para no enriquecer al público con excelentes obras, cuales fueron los libros de *la verdad de la existencia de Dios, de su esencia y atributos, de la caída de los ángeles, y el libre albedrío*. Así sus *cartas como los tratados sobre la oracion* están llenos de una doctrina tan espiritual, y de una moción tan exquisita, que muestran bien no haber sido nuestro Santo menos eminente en los sublimes secretos de la teología mística, que en los puntos mas profundos de la teología escolástica.

Muerto el venerable abad Heluino, tuvieron poco que deliberar los monges en la elección del sucesor. En vano fue la suma tenacidad con que se resistió Anselmo: pues se vió precisado á rendirse á una elección, que fue aplaudida de todos. Pero la nueva dignidad solo sirvió para que brillase desde mas alto su virtud, creciendo su fervor al paso de los años. Tan humilde, tan mortificado y tan exacto en todo era cuando abad, como habia sido cuando novicio. No se observó la menor alteración en su dulzura, en su modestia y en su apacibilidad; de manera que solo se conocia que era superior, en que iba delante de todos á los ejercicios mas humildes y mas penosos de la observancia regular.

Obligado á pasar á Inglaterra por algunos negocios de la abadía, creció con su presencia el elevado concepto que ya se tenia en aquel reino de su mérito y de su virtud. Todos los grandes, y hasta el mismo rey Guillelmo I, llamado el conquistador, le veneraban como á santo, y le oían como á oráculo. No le veneró menos que su padre el rey Guillelmo II; pero se aprovechó poco de sus consejos. Había cinco años que estaba vacante la silla de Cantorbery por muerte del célebre Lanfranco; y dejando el Rey aquello que juzgaba ser bastante para mantenerse los monges y los clérigos, habia incorporado en su dominio todas las demás rentas de dicha iglesia. Hizose sordo aquel Monarca así á las amenazas del pontífice, como á las justas quejas y representaciones de los buenos, sin dar oídos mas que á su pasión, hasta que la pesada mano del Señor se agravó sobre él, enviándole una peligrosa enfermedad. Estremecióle el miedo del tremendo juicio de Dios, y le pareció que el mejor medio de reparar los males que habia hecho á la Iglesia, era nombrar á Anselmo por arzobispo de Cantorbery. No pudo ser mas aplaudida la elección del Rey; pero tampoco pudo ser mayor la resistencia de Anselmo. Llévaronle como arrastrando hasta el cuarto del Rey; proclamáronle arzobispo; pero ni las lágrimas de todo el clero, ni los ruegos de los prelados, ni las órdenes del Rey pudieron doblar su constancia y aun su tenacidad en la renuncia, hasta que finalmente le obligaron á aceptar por obediencia; pero las copiosas lágrimas que derramó mientras du-

ró la función de su consagración, que se celebró el día 5 de Diciembre del año de 1093, acreditaron bien lo mucho que le costaba aquel violento sacrificio.

Apenas recobró el Rey la salud, cuando se arrepintió de su elección. Hizo el nuevo Arzobispo representaciones llenas de respeto, mas ni aun así fueron de su agrado. La religiosa constancia del prelado en reconocer á Urbano II por legítimo pontífice: su valor en defender los bienes de los pobres y los derechos de la Iglesia, y su blando, pero generoso teson en corregir los abusos y en reformar las costumbres, enconaron contra él el corazón de aquel Príncipe. Pasó nuestro Santo á verse con el Rey, y no perdonó á medio alguno para conciliarse su benevolencia; pero desde luego conoció los muchos trabajos que le amenazaban. No por eso se acobardó, antes se animó mas su ardiente y generoso zelo. Restituido á su iglesia, se aplicó enteramente á la reforma de las costumbres, y al alivio de los pobres, produciendo todo su efecto así las crecidas limosnas que hizo, como los grandes ejemplos que dió, y acreditando con nueva experiencia que nada puede resistirse al zelo y á la virtud de un obispo santo.

Noticioso Anselmo de lo irritado que estaba contra él el ánimo del Rey, juzgó que su ausencia podría conducir para templarle. Pasó á la corte, y pidió licencia á aquel Monarca para ir á recibir el palio de mano del papa Urbano II. Lo mismo fue oír esto el Rey, que arrebatarese de cólera, y encendido en ella, declaró que durante el cisma no quería se reconociese en Inglaterra á otro papa, que al que él mismo reconociese. Conformóse cobardemente con el Rey la junta del clero convocada en Rochingham, en la cual presidia nuestro Anselmo. Pero éste tomó á su cargo descubiertamente y con el mayor empeño la defensa del papa Urbano. Representó que habia aceptado el arzobispado con la precisa condición de reconocerle; mas no fue oído, porque la adulación, la política, y el interés abrazaron el partido del antipapa, y declarados los prelados por el cisma, después de cargar de injurias á Anselmo, protestaron no reconocerle ya por primado.

No es fácil explicar lo mucho que padeció el santo Arzobispo. El cortesano que le insultaba mas, ese hacia mejor la corte al Rey, y alegaba por mérito el insulto. Quiláronle los criados que eran de su mayor confianza; desterraron á sus mejores amigos; estudiaron todos los modos y arbitrios de desazonarle; pero la ansia que tenia de ser humillado y de padecer, le preservó aun de la menor impaciencia. Embargáronle sus rentas, persiguéronle, despreciáronle, maltratáronle: pero tan invencible fue su heroico sufrimiento como su heroica fe. En fin, reconciliado el Rey con el papa Urbano, después de haberse separado del cisma, no dejó piedra por mover para interesar al Pontífice en su pasión, insistiendo con él en que depusiese á Anselmo; pero solo consiguió que

el Papa le estimase mas, enviándole el pálio, y declarándose protector y defensor suyo en todas ocasiones.

No podia durar mucho tiempo la paz entre la avaricia del Rey, que queria absolutamente sorberse todas las rentas de la iglesia de Cantorbéry, y la delicada conciencia del Santo que no podia permitirlo. Pero juzgó que debia prevenir la tempestad, y se retiró á Francia con ánimo de pasar á Roma. Vióse precisado á detenerse en Leon para descansar y reponerse de lo mucho que le habian debilitado las fatigas del viaje, juntas con sus excesivas penitencias. Desde allí escribió al Papa, representándole la repugnancia con que habia aceptado el arzobispado, y suplicándole se sirviese exonerarle de él, sin obligarle á pasar los Alpes; mas su Santidad, lejos de dar oídos á sus instancias, le ordenó que se llegase á Roma, donde le recibió con la mayor ternura, y con toda la distincion que se merecia uno de los mas sábios y mas santos prelados de la Iglesia. Mandó que le pudiesen cuartar en su mismo palacio de san Juan de Letran, y con la presencia de Anselmo creció el grande concepto que ya tenia de su santidad. Instruido el Papa de lo mucho que habia padecido por defender los derechos de la Iglesia, admiró su paciencia, y mucho mas la moderacion con que se quejaba del Rey; pero haciéndosele mas insufribles las honras con que le distinguian en Roma, que los malos tratamientos que habia recibido en Inglaterra, suplicó á su Santidad le diese licencia para retirarse á Telesio, ciudad del reino de Nápoles, en la abadía de san Salvador, cuyo abad habia sido discípulo suyo en la de Bec.

En el retiro de la soledad se le renovó el tédio con que miraba el obispado, y así hizo nuevas instancias al Papa para que le permitiese renunciarle; pero tan sin fruto como las antecedentes. Estando en aquel santo retiro, tuvo orden de pasar á Bari para asistir al concilio que se celebraba en aquella ciudad. Dejóse ver y oír con general estimacion, y habló con tanta energia, y con tanta elocuencia contra el error de los griegos, probando con tanta solidez el dogma de la Iglesia sobre el modo con que el Espíritu santo procede del Padre y del Hijo, que así el Papa como el concilio exclamó que el mismo Espíritu santo habia hablado por la boca de Anselmo. Como fue tan elevado el concepto que formaron todos de las prendas de aquel hombre verdaderamente grande, quisieron los padres instruirse á fondo de los motivos que habia para perseguir á un hombre como él; conocieron toda su iniquidad y toda su malicia; y ya estaba el Papa resuelto á fulminar excomunion contra el Rey de Inglaterra, cuando fueron tantos los ruegos y aun las lágrimas de nuestro Santo, que estorbó con ellas á que se pasase á este extremo.

Concluido el concilio, volvió á Roma en compaña del Papa, y asistió á otro concilio que se celebró en aquella ciudad, donde le oyeron

con la misma veneracion que en el de Bari. Pero las extraordinarias honras que le tributaban en Italia, le obligaron á buscar en Francia un asilo, que fuese como defensivo de su profunda humildad. Consiguio finalmente licencia para volver á pasar los Alpes; y Hugo, arzobispo de Leon, le recibió con especial alegria. Pero no pudo detenerse mucho en aquel reino, por la funesta muerte del rey Guiberto, que sucedió el año de 1100, porque su sucesor Enrique II le llamó á Inglaterra, donde no le dejó vivir mas en paz que su predecesor. Suspendió, por decirlo así, la nueva persecucion el papa Pascasio II, sucesor de Urbano, y Anselmo se aprovechó de esta especie de treguas para dedicarse á la reformation de las costumbres. Celebró en Londres un concilio nacional, en que restableció la disciplina eclesiástica, restituyendola á su primitivo vigor; instruyó al pueblo con sus palabras y escritos, pero mucho mas con sus ejemplos.

Habiéndose renovado entre el Arzobispo y el Rey la antigua diferencia sobre las investiduras, se vió precisado á emprender segundo viaje á Roma, donde el papa Pascasio excedió á su predecesor en las honras que hizo á nuestro Santo. Informado el Rey de la general aprobacion que habia merecido la conducta de Anselmo en aquella corte, le prohibió que volviese á Inglaterra; y obedeciendo el Arzobispo, escogió por lugar de su destierro á Leon de Francia, donde pasó diez y seis meses, dedicado enteramente á los mas fervorosos ejercicios de devocion y de virtud.

Pero Adela, hermana del Rey, que profesaba singular veneracion á nuestro Santo, no pudo permitir que estuviese mas tiempo en su destierro. Toda la Inglaterra clamaba por su primado, y la iglesia de Cantorbéry por su arzobispo y por su apostol. Hizole la condesa pasar á Normandia, donde le restituyó á la gracia del Rey, el cual, depuestas sus falsas preocupaciones, reconoció la virtud del Arzobispo, que acreditaba Dios cada dia con grandes milagros. Recibióle con respeto, abrazóle con ternura, y le volvió á colocar en la pacifica posesion de todos sus derechos.

No gozó Anselmo largo tiempo de esta tranquilidad, porque acometido de una prolija y molesta enfermedad, se detuvo en la abadía de Bec, y no pudo restituirse á su iglesia hasta el año de 1107. Fue recibido en ella con la pompa que inspira á todos los pueblos el respeto y la ternura que profesan á la santidad; y no estuvo ocioso en aquella calma, porque se aplicó el vigilante Pastor á apacentar á sus ovejas con el mas zeloso desvelo.

Causa verdaderamente admiracion, cómo este gran Santo, en medio de una salud tan débil y tan quebrantada con sus excesivas penitencias, con tantas y tan molestas persecuciones, con tantos trabajos y fatigas, pudo encontrar tiempo para enriquecer la Iglesia de Dios con tan pro-

digioso número de obras excelentes, en las cuales no se sabe qué debe admirarse mas, si su profunda erudicion y sabiduria, ó su tierna y fervorosa piedad. Son pocos los doctores de la Iglesia que han tratado los dogmas mas elevados, y las cuestiones mas espinosas y sutiles con tanta precision, y con tanta solidez como este hombre verdaderamente grande. A él le debe la teologia escolástica su método, y la mística ó ascética sus progresos.

Aunque en todos sus escritos se deja reconocer la ternura de su devocion, en ningunos brilla mas, ni se derrama con mayor abundancia, que en sus meditaciones sobre la pasion de Cristo, y siempre que trata de las excelencias de la Virgen. La devocion á la Madre de Dios nació con él, y creció al paso de sus años. Fue uno de los primeros doctores de la Iglesia que hablaron con mayor énfasis, y con mayor energia de su inmaculada Concepcion; y no podia reprimir las lágrimas en el altar, ni cuando oia hablar de los privilegios y del poder de la santísima Virgen.

Habia tres años que Anselmo gobernaba en paz su iglesia de Cantorbéry, acabando de consumir las pocas fuerzas que le restaban, en las penosas tareas de su pastoral ministerio, cuando reconoció que se acercaba su fin. Dobló visiblemente los ardientes esfuerzos de su fervor; y como su gran debilidad no le permitiese celebrar todos los dias el santo sacrificio de la misa, se hacia llevar á la iglesia para asistir á él. Finalmente, el miércoles santo del año de 1109, que cayó en 21 de Abril, estando tendido sobre la ceniza, y cubierto con un áspero cilicio, mientras le leian la pasion del Señor, rindió en sus manos dulcisimamente aquel bienaventurado espíritu, á los diez y seis años de arzobispo, y á los setenta y seis de su vida.

Los muchos milagros que hizo Anselmo en vida, y los que obró Dios en su sepulcro despues de muerto, le hicieron célebre y glorioso. Consiérvanse sus reliquias en diversas iglesias, como en Colonia, Praga, y Bolonia; en Italia y en Amberes están expuestas á la pública veneracion. La Iglesia le venera como á uno de sus ilustres doctores, y en sus escritos dejó eternos monumentos de su ingenio, de su piedad, y de su sabiduria.

**La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.**

*Deus, qui populo tuo æterna salutis beatum Anselmum ministrum tribuisti; præsta, quæsumus, ut quem doctorem vitæ habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in celis. Per Dominum*

O Dios, que hiciste al bienaventurado Anselmo ministro de la eterna salvacion de tu pueblo; suplicámoste nos concedas que merezcamos tener por intercesor en el cielo, al que tuvimos por maes-

*nostrum Jesum Christum...*

iro y por doctor en la tierra. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epistola es del cap. 4 de la segunda del Apóstol san Pablo á Timoteo, y la misma que el día IV, fol. 71.**

NOTA:

«Hallándose el apóstol san Pablo el año de 65 ó 66 del Señor en vísperas de acabar su carrera, y terminar sus trabajos por el martirio, escribió esta carta á su amado discípulo Timoteo, instándole á que sin perder tiempo se viniese á ver con él. Profetiza en ella las diversas herejías que habian de torbar á la Iglesia, y le exhorta á que predique el evangelio apesar de la oposicion que habia de hacer el demonio.»

REFLEXIONES.

*Veniet enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt.* Vendrá tiempo en que no podrán sufrir la doctrina sana. Pregunto: ¿y no ha llegado ya este desgraciado tiempo? ¿qué caso se hace hoy de la doctrina de Jesucristo? ¿qué respeto se profesa á sus mandamientos? ¿qué rendimiento á su voluntad? ¿qué sumision humilde á las decisiones de la Iglesia?

Erigese el dia de hoy por autoridad propia el espíritu del mundo en tribunal supremo, al cual pretende que deben hacer estar sujetas las mas sagradas máximas del evangelio, las mas respetables verdades de la religion, y hasta la doctrina del mismo Jesucristo. Todo se examina, todo se proscribe, todo se condena segun el capricho, segun las débiles ideas del entendimiento humano. Preténdese que un entendimiento de tan limitados alcances, que no puede penetrar las verdaderas causas de los defectos naturales mas comunes, que ignora lo mismo que palpa y ve, que no descubre la formacion maravillosa de una hormiga, ni las propiedades de la hojita de un árbol; preténdese, digo, que este limitadísimo entendimiento, medio supultado dentro de la carne, y esclavo siempre de sus pasiones en el mundo, ha de ser juez supremo en materia de dogma y de doctrina. Todo lo que no es conforme á la extravagancia de su juicio y de sus inclinaciones, se reprocha; todo lo que es contrario al error de los sentidos, se proscribe. Si la razon no puede juzgar en punto de doctrina, entra siempre á ser substituta y lugar-teniente la pasion. Por aqui podremos conocer la rectitud y la justicia de sus decisiones. La fe sigue ordinariamente la fortuna del mortal; por donde va éste, va regularmente aquella. Luego que la pasion se apodera del tribunal de la religion, y quiere presidir en él, rompe los diques el error, y todo lo inunda; entonces todo es descamino, todo ilusion, todo orgullo, todo obstinacion. Presto ciega del todo el que ni ve, ni quiere

ver sino con la luz medio apagada de su propio entendimiento. Esto es el destino de los que no pueden tolerar la sana doctrina; ni los sentidos, ni el amor propio se acomodan con ella: vencerse, violentarse, mortificarse, es una doctrina incómoda; pero al fin esta es la doctrina sana, porque es la del evangelio. Mas el amor propio busca otros maestros que le enseñen al gusto de sus deseos.

Cien veces se ha dicho, y siempre será verdad el decirlo, que el entendimiento es muy de ordinario el juguete de la voluntad. ¿De dónde nace sino ese espíritu de error y partidario? ¿de dónde esa obstinada elección en seguir senderos singulares que desvian del camino real? ¿de dónde el fogoso empeño en sustentar y en defender los descaminos? La moral del evangelio y la doctrina sana estrechan demasiado, y el amor propio quiere vivir á sus anchuras. ¿Poes qué se hace para evitar los remordimientos importunos, y para callar una conciencia que asusta y desasosiega? Pátese la diferencia: al amor propio, al corazón, y á las pasiones se las confirma en todos sus derechos, y al entendimiento se le deja todo lo que oprime, todo lo que espanta, y aun todo lo que desespera. De aquí proviene, que personas por otra parte de unas costumbres estragadísimas, de una conducta, ó de una vida que es una disolución, tienen unos principios de moral sumamente estrechos, unos dogmas excesivamente severos. No hay hereje, y por lo comun hay pocos libertinos, que no bagan estas partijas. Cuando la verdad turba nuestra delicadeza, cuando asusta á la conciencia, cuando declara la guerra á la pasión, á *veritate auditum advertent*, vuélvese la cabeza á otro lado, ó se tapan los oídos por no escuchar lo que dice. ¿Pero qué se adelanta con este grosero artificio? descaminarse sin remordimiento, y perderse con seguridad.

**El evangelio es del cap. 5 de san Mateo, y el mismo que el del dia IV, folio 74.**

### MEDITACION.

#### *De la conversion verdadera.*

Punto primero—Considera que no hay cosa mas ordinaria que con versiones aparentes, y acaso tampoco la hay mas rara que una conversion verdadera. Gran prueba son de esta verdad las frecuentes recaídas. Conoce uno que es pecador, confiesa su iniquidad, acúsase de sus culpas; ¿pero detesta íntimamente sus pecados? El espíritu está humillado; ¿pero está igualmente contrito el corazón?

Si consistiera la verdadera conversion en declarar sus maldades, en reconocer sus desaciertos y en sentir alguna displicencia, algun dolor

de sus faltas, muchos estarian convertidos, que en medio de todo este mueren impenitentes. Judas reconoció y confesó su pecado; Antioeo lloró los suyos, y ni uno ni otro se convirtieron. Los mas se confiesan en las principales fiestas; ¿pero cuántos se convierten en ellas?

Es necesaria la conversion del espiritu, es indispensable la conversion del corazon; sin esto no hay conversion verdadera. Es menester mudar totalmente de ideas, de principios y de motivos. Hallabas antes razones de equidad, de necesidad, de congruencia para esos contratos usurarios, para esa vida poco cristiana, para esas frivolas dispensaciones: ¿te has convertido de veras? pues ya es preciso pensar todo lo contrario. Parecianto dificiles y aun impracticables los mandamientos de la ley de Dios; no consultabas mas que á tu pasion, á tu inclinacion, á tu amor propio. ¿Estás verdaderamente convertido? pues deshicieronse esos encantos, y esos atractivos se desvanecieron. Ya no solo te parece posible, sino justa, dulce, fácil la ley santa de Dios; ya no sigues tu inclinacion, y el evangelio es la única regla de tu vida; ya no te parecen falsas y aparentes las brillanteces del mundo, sus placeres amargos, sus diversiones insulsas, sus halagos insipidos. Ya apenas aciertas á concebir cómo un hombre de razon puede ser libertino, cómo un corazon criado para el verdadero bien, puede hallar gusto en lo que es veneno y ponzoña. Siéntese una especie de indignacion contra su propia brutalidad. ¿Es posible que siendo yo cristiano pude ser vicioso! ¿es posible que creyendo unas verdades tan terribles como las que creo, pude vivir tan descaminado! ¿es posible que experimentando en mí mismo la vanidad, la nada, y aun la amargura de estos falsos deleites, hice de ellos mi idolo! Estos son los ordinarios efectos de una verdadera conversion, ¿tiene la mia estas señales?

**Punto segundo**—Considera que aunque la verdadera conversion consiste principalmente en el corazon y en el espiritu, no por eso deja de ser muy visible. El aire, los modales, la conducta, el traje, las conversaciones, todo grita que el corazon está verdaderamente convertido. Los objetos son los mismos; pero no hacen la misma impresion: puede ser que se encuentren los mismos estorbos, las mismas dificultades; pero se siente nuevo vigor, nuevo aliento. El mundo presenta sus rosas; pero se las trata como si fueran espinas. Y como ya no se discurre sino por los principios del cristianismo, tampoco se habla sino segun las máximas y las verdades de la religion.

Es de admirar que se padezcan tantas equivocaciones en materia de conversion, siendo así que no hay cosa mas visible que las señales que la caracterizan. No solo se tiene horror al pecado; se tiene por lo menos otro tanto á las ocasiones de pecar. No solo se huye de la

culpa, sino del lugar y de la persona que sirvió de tentacion. No solo se destierra el jugador del juego, pero aun de la casa donde se juega; porque, desenganémonos, el que solo se convierte á medias, no está verdaderamente convertido.

¿Quiéres ver un perfecto retrato de una verdadera conversion? Pues pon los ojos en la Magdalena; detesta sus culpas, y como el motivo de su dolor es el amor de su Dios, no guarda medidas; y así se le perdonan todos sus pecados, porque amó mucho. No se avergonzó de ser pecadora; pero se avergüenza mucho menos de parecer arrepentida. Arrojóse á los pies del Salvador en la misma sala del convite; no busca ocasion de que no la vean; antes quiere entienda todo el mundo que está ya convertida. Es grande su confusion, pero es mucho mayor su resolucion y su aliento. Y despues de este paso, ¿qué vida fue la suya! ¿qué perseverancia en ella!

Ya no se aparta mas del lado de Jesucristo; mira con horror al mundo, y desea que el mundo la mire con horror á ella. Su devocion no está pendiente de la prosperidad; en todos tiempos es su fervor inalterable. Sigue al Salvador no solo hasta el Calvario, sino hasta el sepulcro. Tanto excitan su amor las ignominias que Cristo padece, como los milagros que hace. ¿Qué deseo! ¿qué ardor! ¿qué ansia por hurtar, si pudiera, el cuerpo de su divino maestro despues de sepultado! Ni la enorme y pesada piedra del sepulcro, ni el sello del príncipe, ni la compañía de los soldados que le guardaban, son capaces de templar su fervor, de desalentar su animosidad. Así piensa, así obra, así se muestra siempre una misma, una alma verdaderamente convertida. Concluyamos de aqui, que hay pocas conversiones verdaderas, y juzguemos tambien esto mismo por la poca perseverancia.

Relajase san Anselmo: resbala en el desórden; no son extraordinarias sus caídas, pero conoce su perdicion con el auxilio de la divina gracia. ¿Qué arrepentimiento! ¿qué mudanza! ¿qué firmeza! Conviértiöse una vez de veras, y jamás se desmintió. ¡Mi Dios, qué debo yo pensar de mis frívolos arrepentimientos, de mis inconstantes propósitos, de mis ineficaces deseos!

No permitais, Señor, que suceda lo mismo con esta mi presente conversion; detesto mis pecados, siento un verdadero deseo de convertirme y de mudar de vida. ¿Pero de qué me serviran estos propósitos, si no son ineficaces? Haced que lo sean con vuestra gracia, y que sea este el primer dia de mi perfecta conversion.

#### JACULATORIAS.

*Confirma hoc, Deus, quod operatus es in nobis. Salm. 67.*

Confirma, Señor, y haz eficaces los deseos que tú mismo me has inspirado.

*Redde mihi letitiam salutaris tui: et spiritu principali confirma me.*  
Salm. 50.

Restituyeme, Señor, aquel espíritu de alegría que debe ser la prenda de mis paces con vos; pero dame al mismo tiempo el espíritu principal de la firmeza y de la perseverancia.

### PROPOSITOS.

1 Puesto que la conversion no es otra cosa que un volverse el alma á Dios, es de extrañar que haya tan pocas conversiones sinceras. ¿A quién se pretenderá engañar con esas resurrecciones aparentes? ¿qué fruto se sacará de esas hazañerías? Si la conversion es verdadera, ¿cómo no es constante? Y si el propósito es falso, ¿qué será la penitencia? Tantas confesiones sin enmienda no pueden tranquilizar nuestra conciencia; ¿pero estará mas tranquila cuando se prosigue pecando sin confesarse? No dilates un punto el poner remedio á este inagotable manantial de amargos arrepentimientos. Sea tu confesion en estas pascuas efecto de una conversion verdadera, y que vaya acompañada de todas las señales que la caracterizan. Detesta tus pecados, y mira con horror todas las ocasiones de pecar. Es ilusion imaginar posible una voluntad seria de no pecar, sin una resuelta determinacion de romper toda comunicacion con el cómplice. ¿Estás resuelto á entablar una vida cristiana? Pues comienza desde hoy á moderar esos excesos en las galas, esa refinada delicadera, esos aparatos de profanidad; comienza prohibiendo esa frecuente concurrencia al juego, esos cortejos en que se gasta el tiempo en algo mas que en cosas inútiles, esa vida regalona, esos dias ociosos y vacios. Sin reforma no hay conversion; por aquella se conoce esta. Ese aire, esos modales, esa fantasia, toda esa conducta no corresponde á la santidad de tu estado. No se pase el dia de hoy sin que des señales visibles de tu conversion verdadera. Comienza por la observancia de esas reglas que quebrantas sin remordimiento; deshaciéndote de ese espíritu propietario, de ese fondo de propia voluntad, que algun dia te harán gemir, si no los reformas desde luego. No cuentes mucho sobre esas licencias vagas y generales; sobre esas dispensaciones abusivas; sobre esos estilos poco religiosos, que en la hora de la muerte sobresaltan justamente á la conciencia. Comienza hoy á vivir como quisieras morir; esta es la resolucion mas importante.

2 La contrición es inferior; pero la conversion debe ser visible. Jesucristo resucitó, decia el Angel á las mugeres que le iban á bus-

car al sepulcro; ya no está aquí: *Surrexit, non est hic*. Este es el verdadero modelo de una alma verdaderamente convertida. Detesta ya los desórdenes de tu vida pasada, tu conducta poco regular, tus frecuentes recaídas, tu vida regalona, inútil, entretenida. Pues haz que despues de esta pascua se pueda decir con verdad: Fulano resucitó: *Surrexit*: y así no hay ya que buscarle en esas concurrencias del mundo, en esas ocasiones próximas, en esas costumbres de pecar, porque *non est hic*: ya no está aquí: en nada de esto se le encuentra, ni se halla en esas diversiones peligrosas, ni asiste á esas tertulias ocasionadas; su frecuente asistencia á la Iglesia, su respeto y su devocion en el templo, y aquella moderacion, aquella apacibilidad en el trato, aquella circunspeccion, son visibles pruebas de su perfecta resurreccion. ¿Y por qué no podrás tú lograr desde hoy el dulce consuelo de notar en tí mismo estas bellas pruebas? Acaso será esta la postrera pascua para tí. ¿Qué locura es dilatar para el año que viene, cuando ciertamente para muchos no habrá tal año, una conversion, que aun suponiéndola en este año, quizá habrá ya tardado demasiado? Postrado, pues, delante de tu crucifijo, dile á Dios resueltamente, ó que no te quieres convertir jamás, ó que con el socorro de su gracia quieres hacerlo desde este mismo momento.



## DIA XXII.

**San Sotero, y san Cayo, papas y mártires.**

**SAN** Sotero, tan recomendable por su caridad y por su zelo, fue natural de Fundi, en el Reino de Nápoles. Nació por los fines del primer siglo, ó por los principios del segundo, y tuvo la dicha de ser educado en el seno de la Iglesia en aquellos felices días de su primitivo fervor, y así mamó todo su espíritu. No contribuyó poco á que se hiciese tan célebre en el clero, así por su virtud como por su sabidu-

ria, su larga mansión en Roma en un tiempo en que la fe y la piedad de los romanos servían de modelo á todas las iglesias del mundo. Venerábanle como á santo, y oíanle como á oráculo; y así habiendo muerto san Aniceto por los años de 161, fué san Sotero elegido unánimemente por su sucesor en la silla de san Pedro.

No sirvió esta suprema dignidad mas que para dar nuevo lustre á su eminente virtud, y para que brillase mas aquella ardiente caridad, que fué siempre el carácter de nuestro Santo. Dióle grandes ocasiones para que la ejercitase durante el tiempo de su pontificado el Emperador Marco Aurelio por la cruel persecucion que excitó contra los cristianos. No fue solo Roma el Teatro donde triunfó la paciencia de los fieles; todo el mundo fue testigo, y á un mismo tiempo admirador de su magnanimidad y de su constancia. Unos enterrados vivos en profundos calabozos, oprimidos con el peso de los yerros, otros sepultados en las minas; éstos despedazados en los cadalsos; aquellos expuestos á las fieras en los anfiteatros. Este era el espectáculo que ofrecían á los ojos del mundo los cristianos, cuando san Sotero se encargó del gobierno de la Iglesia; con que tuvo ocasion de emplear toda su vigilancia y su desvelo en descubrir las necesidades espirituales y corporales de aquellos santos confesores, y todo su zelo en remediarlas.

Excediendo á la caridad de los santos pontífices sus predecesores, ó siendo mas feliz en los medios de explicarla, no omitió diligencia alguna para recoger cuantas limosnas pudo, enviándolas, como las envió, á las iglesias de diferentes ciudades, acompañadas de instrucciones muy saludables en las cartas que las escribía, en que exhortaba á los fieles á mantenerse firmes en la fe, á vivir unidos entre si con los obispos y pastores que los gobernaban, á sufrir con paciencia y aun con alegría las crueles persecuciones y tormentos que padecían por amor de Jesucristo, y que les merecían la corona del martirio.

Pero el que así atendía á que se comunicasen los efectos de su caridad hasta los últimos ángulos del mundo, ¿cómo podría olvidar á los que estaban padeciendo, digámoslo así, delante de sus mismos ojos y á su vista? Era, pues, digno de la mayor admiracion ver á aquel gran Papa, oprimido de años y trabajos, buscar en persona á los cristianos dentro de las cavernas y lugares subterráneos, alentarlos con sus palabras, animarlos con sus ejemplos, y mantenerlos con sus continuas limosnas.

Aunque la caridad de nuestro Santo á ningun pobre excluía, principalmente la practicaba, y aun la doblaba con aquellos que actualmente estaban padeciendo por Cristo, ya en las carceles, ya en las minas, donde muchas veces se hallaban destituidos de todo socorro, como se reconoce sobre todo por la carta que le escribió san Dionisio,

obispo de Corinto. Desde luego, dice, *te acostumbraste á derramar tu beneficencia sobre los hermanos, enviando á muchas iglesias con qué mantenerse; aquí socorres á los pobres en sus grandes necesidades; allí asistes á los que trabajan en las minas: en todas partes renuevas la generosa caridad de tus antecesores, socorriendo á los que padecen por Jesucristo. Nuestro bienaventurado obispo Sotero no se contenta con seguir, con imitar sus ejemplos, sino que hace cascos á su caridad; no solo cuida de buscar y recoger limosnas, enviándoselas á los santos, sino que recibe con amor paternal á todos los hermanos que acuden á él, los consuela con sus palabras, los alienta con sus ejemplos, y los asiste con sus socorros.*

No se contentaba Sotero con aliviar á los generosos confesores de Cristo con las grandes limosnas que los hacía: alentábalos, mantenía los, fortificábalos en la fe por medio de sus cartas, que inspiraban á todos los fieles nuevo fervor, y así se leían con veneracion en las iglesias. *Hoy vemos celebrado el santo día del domingo, continúa el santo obispo de Corinto, y hemos leído vuestra epistola, que proseguiremos leyendo para nuestra instruccion.*

Ni se dedicó con menor aplicacion á cortar, prevenir y atajar todo cuanto podia corromper la pureza de la fe que los herejes pretendian alterar, principalmente despues de la muerte de los Apostoles. Opúsose con vigor y fortaleza á los montanistas ó catafrigas, cuya herejía comenzó á asomar la cabeza en su pontificado; y lo hizo con tanta valentia y con tanta felicidad por medio de sus sabios escritos, que muchos años despues no se echaba mano de otras armas para combatir contra Tertuliano, cuando se declaró sectario suyo.

Atento Sotero á las necesidades de la Iglesia, expidió varios decretos, entre los cuales hay uno que prohíbe á las vírgenes consagradas á Dios tocar los vasos y ornamentos sagrados, como tambien suministrar el incienso en el Oficio divino. Gobernó san Sotero la iglesia por espacio de ocho ó de nueve años, y no podia faltar la corona del martirio á una vida tan pura, tan santa, y tan apostólica como la suya, en un tiempo en que todo el infierno parecia haberse desencadenado contra los cristianos. Despedazadas en todas partes las ovejas, era consiguiente que el Pastor no se escapase al furor de los tiranos; y aunque ignoramos el género de martirio con que nuestro Santo ilustró la fe, en todos los martirologios le hallamos contado en el número de los santos mártires. Sergio II. trasladó su cuerpo del cementerio de Calixto á la iglesia de Equicio, dedicada á los santos san Silvestre y san Martín. Venéranse en Toledo algunas reliquias suyas, y se celebra su fiesta en aquella iglesia con grande solemnidad. Tambien guardan algunas en la suya los jesuitas de Munich en Baviera, y las conservan con mucha veneracion.

El mismo día celebra la Iglesia la fiesta del santo pontífice Cayo, originario de Dalmacia, y pariente del emperador Diocleciano. Es probable que sus padres fueron cristianos, y que desde niño le criaron en los principios de nuestra religión. No se sabe con qué ocasión vino á Roma; y solo es cierto que por la pureza de sus costumbres, por el zelo de la religion, y por su vida ejemplar fue recibido en el clero con general gozo de todos; y que en él se hizo desde luego distinguir, no menos por su sabiduria que por su virtud. Y como universalmente estaba reputado en Roma por uno de los mas santos clérigos de la Iglesia, muerto el papa Euliquiano el año de 283, no se deliberó un punto sobre colocarle en la silla de san Pedro.

Hallándose cabeza de los obispos y padre comun de todos los fieles, dió bien á conocer que estaba eminentemente dotado de todas las prendas necesarias para desempeñar tan elevado empleo. El zelo, el valor, la prudencia, la heroica virtud, y la ardiente caridad que mostró en todas ocasiones, le acreditó desde luego por uno de los mas dignos pontífices, que hasta entonces habia logrado la Iglesia. No es fácil explicar la solitud, el caritativo desvelo, y las fatigas de este santísimo Papa, durante aquellos calamitosos tiempos de persecuciones y de trabajos. Como los cristianos se veian precisados á estar escondidos en los bosques, y sepultados en las cavernas, el santo Pontífice por algun tiempo tomó tambien el mismo partido de esconderse, para poder asistirlos. Visitábalos en las cuevas y en los montes; consolábalos, socorriálos, y los animaba á defender valerosamente la fe, aunque fuese á costa de la vida.

Habiendo calmado un poco la tempestad, volvió á Roma nuestro Cayo, acompañado de crecido número de confesores de Cristo. Pero renovada presto la persecucion contra los cristianos con mayor furia que nunca, en todas las plazas públicas, esquinas, y enrucijadas de las calles colocaron unos idolillos, con bando riguroso de que nada se pudiese comprar, ni vender, sin haberles antes incensado, y ni aun se podia sacar agua de las fuentes y los pozos públicos, sin ofrecer primero estos impios sacrificios.

En tan tristes circunstancias, nuestro vigilantísimo Pontífice ordenó á Cromacio, que habia sido prefecto de Roma, y era á la sazón uno de los mas fervorosos discipulos de Cristo, que se retirase á su tierra para asistir á los cristianos que se habian refugiado en ella, y aunque deseó que san Sebastian fuese tambien en su compañía, supo alegar tales razones este generoso defensor de la fe para persuadirle lo mucho que importaba que él asistiese cerca de su persona, que al fin se rindió á ellas, y dió orden al presbítero Policarpo para que siguiese á Cromacio.

Luego que partieron estos confesores, Cayo ordenó á los dos her-

manos Marco y Marcellano; y de presbitero á Tranquilino su padre. Vivian todos juntos en casa de un oficial del emperador, llamado Castulo, zelosísimo cristiano, el cual tenia cuarto dentro del mismo palacio, y estaba en lo mas alto del edificio. Allí se juntaban secretamente los fieles todos los dias, y el santo Pontifice los apacentaba con la palabra de Dios, distribuyéndoles el pan de los fuertes, y celebrando el divino sacrificio.

Tiburcio, que era un caballero mozo gran cristiano, y muy distinguido entre todos por su celo de la religion, conducia cada dia algun nuevo neófito, á los cuales bautizaba san Cayo despues de haberlos instruido.

Mientras nuestro Santo se ocupaba dia y noche en estas obras de caridad y religion, vinieron á decir á su hermano san Gabino, que Maximiano, hijo adoptivo del emperador Diocleciano, pedia á su hija Susana para casarse con ella. Noticioso de esto el santo Papa, envió á llamar á su sobrina, la cual informada del ánimo del Emperador, venia á echarse á los pies de su santo tio, para pedirle su bendicion: y disponerse para el martirio. La conferencia fue breve, pero tierna, *Ya sabeis, amado tio mio, (dijo la santa doncella) que habiendo hecho voto de castidad, no puedo dar la mano á otro esposo que á Jesucristo, y venga á declararos que jamás la daré á otro. Viendo estoy que no habrá género de tormentos de que no se valga el tirano para obligarme á mudar de resolucion; pero llena de confianza en la misericordia de mi Señor Jesucristo, espero que antes me arrancarían mil almas del cuerpo, que la fe del corazon, y que no hará ni aun titubear la determinacion de vuestra humilde sobrina.* Deshacianse en lágrimas de ternura todos los circunstantes; pero mas enternecidos que todos nuestro Santo, se contentó con darla su bendicion, y con exhortarla breve, pero patéticamente, á la perseverancia, y á no hacerse indigna de la gloria del martirio. Triunfó santa Susana de la crueldad y del furor de los tiranos; y todos cuantos estaban en Roma con nuestro Santo, tuvieron la misma dicha, y consiguieron la misma victoria.

San Cayo la alcanzó poco despues, conservándole Dios al parecer solo porque lograrse el consuelo de enviar delante de sí al cielo aquella ilustrisima tropa; Siendo cierto, que sus gloriosos trabajos, y felicisimas fatigas le habian hecho muy digno de la corona del martirio. Padecióle hácia el año 296, habiendo ocupado la silla de san Pedro doce años y algunos meses. Fué enterrado en el cementerio de Calixto, y de allí fue trasladado su santo cuerpo el año de 1631 á una iglesia muy antigua de su mismo nombre; y en Novelara de Italia se conserva parte de sus preciosas reliquias.

**La misa es en honra de los santos, y la oracion la que sigue.**

*Beatorum martyrum, pariterque pontificum, Soteris et Caii nos, quæsumus, Domine, festa tueantur: et eorum commendet oratio veneranda. Per dominum nostrum...*

Suplicámoste, Señor, que nos defienda la festiva memoria que celebramos de tus santos mártires y pontífices Sotero y Cayo, y que su venerable intercesion nos sirva de recomendacion para vos. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epistola es del Apocalipsi de san Juan, cap. 19.**

*In diebus illis: Post hæc ego Joannes audiui quasi vocem turbarum multarum in cælo dicentium: Alleluia: Salus, et gloria, et virtus Deo nostro est: quia vera, et justa judicia sunt ejus, qui judicavit de meretrice magna, quæ corrupit terram in prostitutione sua, et vindicavit sanguinem servorum suorum de manibus ejus: Et iterùm dixerunt: Alleluia. Et fumus ejus ascendit in sæcula sæculorum. Et ceciderunt seniores vigintiquatuor, et quatuor animalia, et adoraverunt Deum sedentem super thronum, dicentes: Amen: Alleluia. Et vox de throno exivit, dicens: Laudem dicite Deo nostro omnes servi ejus: et qui timetis eum pusilli, et magni. Et audiui quasi vocem turbæ magnæ, et sicut vocem aquarum multarum, et sicut vocem tonitrorum magnorum, dicentium: Alleluia: quoniam regnavit Dominus Deus noster omnipotens. Gaudeamus, et exultemus et demus gloriam ei: quia venerunt nuptiæ Agni, et uxor ejus*

En aquellos dias: despues de esto yo Juan oi como la voz de muchas turbas en el Cielo, que decian: Alleluia: Salud y gloria y virtud sea á nuestro Dios. Porque sus juicios son verdaderos y justos, y juzgó á la gran ramera que corrompió la tierra con su prostitucion, y vengó la sangre de sus siervos, que ella derramó con sus manos. Y dijeron segunda vez: Alleluia: Y el humo de ella subió por los siglos de los siglos. Y los veinte y cuatro ancianos, y los cuatro animales se postraron, y adoraron á Dios sentado sobre el trono, diciendo: amen: Alleluia. Y salio del trono una voz, que dijo: Dad alabanza á nuestro Dios vosotros todos sus siervos: y vosotros que le temeis, pequeños y grandes. Y oi una voz como de una gran multitud, y como la voz de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decian: Alleluia: porque reinó nuestro Señor Dios omnipotente. Alegrémonos y regocijémonos, y demosle gloria: por que han llegado las

*præparavit se. Et datum est illi, ut cooperiat se byssino splendenti, et candido. Byssinum enim justificationes sunt sanctorum. Et dixit mihi: Scribe: Beati, qui ad cœnam nuptiarum Agni vocati sunt.*

bodas del Cordero, y su Esposa está ya adornada. Y se le ha dado á él para vestirse de viso candido y resplandeciente. Porque el viso son las justificaciones de los Santos. Y me dijo: Escribe: Bienaventurados aquellos que han sido llamados á la cena de las bodas del Cordero.

### REFLEXIONES.

*Beati, qui ad cœnam nuptiarum Agni vocati sunt.* Bienaventurados los que son llamados á la cena de las bodas del Cordero. Cualquiera otra idea de felicidad es quimérica. La estancia de los bienaventurados, la alegría de la corte celestial, la bienaventuranza eterna, que esta cena y estas bodas representan, es lo único que puede hacer á un hombre verdaderamente feliz. Como solo Dios puede llenar nuestro corazón, solo él puede saciar nuestros deseos: cualquiera otro objeto inquieta la conciencia, cansa y disgusta necesariamente. Solo Dios puede contentar una alma, calmar sus inquietudes, sus desconfianzas, sus temores, y todas las turbaciones que nacen del fondo de nuestro corazón. Aquellos que se juzgan dichosos por los bienes de fortuna, por las felicidades del mundo, hablando en propiedad, son dichosos de teatro, y felices de representación, como personajes de comedia. Toda su imaginaria felicidad consiste en mostrar lo que no son; pero siempre descubren lo que verdaderamente son, mas que manden como reyes, ó hablen en tono de amos. Este es el retrato menos lisonjero y mas natural de los dichosos del siglo.

Por mas que me esfuerce, decia san Agustín, á llenar el inmenso vacío de mi corazón con cualquiera otra cosa, en ninguna encuentro equivalente á aquel gusto puro y exquisito que experimento en cumplir con la obligacion de servir á mi Dios. Al paso que es cosa dura y amarga negar la obediencia, ó sacudir el yugo de la sujecion á tan dulce como amable dueño, á ese mismo paso no la hay mas suave, ni de mayor consuelo que amarle y que servirle. Los buenos nunca están expuestos á aquella odiosa alternativa de alegría y de tristeza, á aquellos crueles remordimientos que turban todas las fiestas de los mundanos, y jamás los conceden un día de tréguas ni de reposo.

Atentos siempre á complacer únicamente á aquel Señor, cuyo enojo será algún día motivo de desesperacion á todos los que le hubieren ofendido, hallan en su misma fidelidad una alegría y una fe-

licidad perfecta. Si alguna vez se les representa dificultoso el desempeño de su obligación, presto les enseña la experiencia que no hay gusto igual al de cumplir con todas las que son propias de su estado. Y si este gusto no es de aquellos vivos y halagüeños que lisonjean la corrupción de el corazón humano, es á lo menos tan sóldo y tan puro, que nunca tiene revueltas enfadosas y molestas. No es de aquellos gustos momentáneos que se acaban con el día de la fiesta, ó del regocijo público, y que muchas veces penden del capricho y de la extravagancia de no pocos: es un gusto permanente y que satisface, y que puede lograrse todos los instantes de la vida sin fastidio, sin dolor, y sin remordimiento.

No es de aquellos gustos que consumen la hacienda, manchan la honra y alteran la salud, es un gusto útil en todos tiempos, siempre honroso, y que no contribuye poco á conservar la salud del cuerpo, por la tranquilidad, por la satisfacción que causa al que la disfruta. A las demás diversiones no se las toma el gusto sino por la pasión que las da todo el sañete: el gusto que se siente en cumplir cada uno con su obligación y en servir á Dios, no admite otro sañete que el que le da la razón.

En cualquiera otro gusto cada uno desaprovecha interiormente sus deseos, condena su propia flaqueza, aborrece á sus concurrentes, teme las revoluciones, desconfía de su mismo corazón, enójase contra su desigualdad; irritase contra sus inquietudes; los zelos pican, los pesares turban, la inutilidad de los pasos que se dan desespera, la posesion fastidia, y los remordimientos perpetuos causan un cruel arrepentimiento. Nada de esto se experimenta en el servicio de Dios, en este convite de las bodas del Cordero. El pensamiento de haber cumplido con su obligación consuela: la presencia del dueño á quien se sirve anima: el fin que se tiene presente llena de honra y de alegría.

Conócese que eternamente se complacerá el alma del partido que tomó; sábese bien que los mas disolutos, los mismos que con mayor insolencia se burlan de la virtud y de los virtuosos, los miran con envidia: el número de los concurrentes aumenta el consuelo, excitando con el buen ejemplo el zelo y el fervor. La vista, el conocimiento de nuestros propios defectos en vez de desalentarnos, nos anima á ser mejores por la enmienda de ellos: no se da cuartel á alguna de aquellas hajas é indignas pasiones que despedazan el corazón. Sirve de pábulo á la alegría su misma tranquilidad: no inquieta el miedo de las borrascas, ni de las tempestades, porque el Señor á quien se sirve manda á los mares y á los vientos. Con tal protección, ¿cómo pueden no ser serenos y tranquilos todos los días de los virtuosos? En servicio de tal dueño, ¿cómo puede no gozarse de una perpétua calma? ¿Y es posible que se busque en otra parte la felicidad? ¡y es po-

sible que no se sacrifique cuanto hay que sacrificar por lograr este banquete! ¡y es posible que se suspire por otro bien, que se anhele por otro gusto en la tierra!

**El evangelio es del cap. 15 de san Juan.**

*In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Ego sum vitis, vos palmites; qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum: quia sine me nihil potestis facere. Si quis in me non manserit, mittetur foras sicut palmes, et arescet, et colligent eum, et in ignem mitent, et ardet. Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint; quodcumque volueritis petetis, et fiet vobis. In hoc clarificatus est Pater meus, ut fructum plurimum afferatis, et efficiamini mei discipuli. Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos. Manete in dilectione mea. Si præcepta servaveritis, manebitis in dilectione mea, sicut ego Patris mei præcepta servavi, et maneo in ejus dilectione. Hæc locutus sum vobis: ut gaudium meum in vobis sit, et gaudium vestrum impleatur.*

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, y en quien yo permanezco, da mucho fruto: porque sin mí nada podeis hacer. Si alguno no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento: se secará, lo recogerán, lo echarán al fuego, y arderá. Si permaneciereis en mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, pedireis lo que quisierdes, y se os concederá. Es para gloria de mi Padre que vosotros deis mucho fruto, y seáis mis discípulos. Como mi Padre me ha amado, así os he amado yo á vosotros. Permaneced en mi amor. Si guardáreis mis preceptos permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los preceptos de mi Padre, y permanezco en su amor. Os he dicho estas cosas, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.

**MEDITACION.**

*De las recaídas.*

**PUNTO PRIMERO.**—Considera que todo pecado es el mayor mal del hombre; pero la reincidencia en el pecado es prueba muy sensible de la extrema malignidad de este mal. Muchos se escapan de los mayores males; pero pocos se levantan de las recaídas. En lo moral el que recae da motivo para sospechar que no estaba bien curado.

Las recaídas en las enfermedades, lo mas comun suelen causarse

por aquellos mismos humores que alteraron el cuerpo la primera vez, y no quedaron del todo corregidos ó purgados. ¿Y será menos de temer que estos nuevos pecados no sean todavía efectos de los antiguos? La falsa penitencia es de ordinario causa de la recaída. Es inconstante la voluntad, no lo niego; pero no es regular que se mude de repente en orden á aquellas cosas que llegó á querer con vehemencia: es menester, por decirlo así, que el tiempo la vaya disponiendo, que vaya borrando poco á poco las ideas, los motivos de la primera resolución. Cuántos argumentos, cuántas instancias, cuántas razones fuertes y eficaces vemos cada día, que son menester alegar para obligarnos á mudar partido, para desvanecer todas nuestras preocupaciones, para empeñarnos en dar un paso que hasta aquí juzgábamos perjudicial, por aquel errado dictámen que había impreso en nuestras almas una pasión tan nociva como vehemente! Pecadores y penitentes casi en una misma hora presumimos pasar de un extremo á otro, sin pasar por el medio. Amar lo que poco tiempo ha se aborrecia, tomar ya gusto en lo que se acaba de detestar como el mayor mal de todos los males, buscar con ánsia aquello mismo de que habías resuelto huir aunque te costase la vida, volver á tragar con apetito lo que acabas de vomitar con horror. Motivos, razones, religion, eternidad, cólera de Dios, infierno, nada hace ya fuerza, todo desaparece de repente, todo es inútil. ¡Y se persuadirá á que era verdaderamente penitente, el que tan de golpe y con tanto descao pasa á ser un público, ó á lo menos un intrépido pecador! ¡el que no conserva ni aun la menor reliquia de la antecedente penitencia! Esas imaginarias conversiones, seguidas de prontas recaídas, son, hablando con propiedad, ciertos intervalos de frio, que preceden á las accesiones mas violentas de la calentura. Son á lo mas una suspension de armas, que sirve para volver á la guerra con mayor furor: esa facilidad en mudarte no arguye que se mudaron los principios por donde te gobernabas. Gemiste á los pies del confesor; sentiste movido y aun penetrado de dolor de tus pecados, llegó este dolor hasta arrancarte suspiros del corazon y lágrimas de los ojos. Esto quiere decir que la gracia fue bien fuerte, que fue extraordinario el movimiento que el Espíritu santo imprimió en tu corazon. Pero si al punto te volviste á enredar en los antiguos lazos, y en las primeras ocasiones; si dentro de ocho dias, y acaso al día siguiente resucitó el pecado que parecia muerto, y aquel enemigo, vencido, desarmado, arrojado del corazon, destruido, aniquilado, se halla un momento despues tan fuerte, tan dueño de la plaza como si Dios nunca la hubiera tomado; ¿todo esto querrá decir que la penitencia fue muy sincera? Las prontas recaídas forman por lo menos una vehemente presuncion de que el dolor fue fingido, el propósito imperfecto, la reconciliacion falsa, la confe-

sion nula. Y esto que se dice de las culpas graves, á proporcion se debe entender tambien de las leves. ¡Oh mi Dios, cuántos falsos arrepenimientos, y cuántas penitencias aun todavia mas falsas descubrirán algun dia las frecuentes recaidas.

PUNTO SEGUNDO—Considera, que si la falsa penitencia es la causa mas ordinaria de las recaidas, no es menos cierto que la impenitencia es tambien el efecto mas natural de ellas. El que vuelve á caer tiene motivo para sospechar que no se levantó bien, y no le tiene menor para temer que no se volverá á levantar.

Cuando el diablo fue una vez arrojado del alma, si vuelve á entrar en ella, dice el Salvador, lleva consigo otros siete espíritus infernales mas perversos que él, para que puedan hacer mas larga y mas vigorosa resistencia á la gracia. Y el enemigo que volvió á ganar el puesto que habia perdido, ¿será menos vigilante despues, que lo habia sido antes de perderle? Habiéndole enseñado la experiencia por dónde puede habrir brecha la gracia, ¿se descuidará en guardar mejor y en fortificar mas los parajes mas flacos y mas expuestos? ¿cuántos esfuerzos hará para evitar la confusion de otra segunda sorpresa! A vista de esto, ¿qué te parece? ¿las frecuentes recaidas dejan grandes esperanzas de segunda conversion? Fuera de los estorbos que opondrá el enemigo de nuestra salvacion, ¿cuántos encontraremos en nosotros mismos!

Una recaida en cierta manera da mas fuerza á la inclinacion que tenemos al mal que cien actos repetidos antes de la penitencia. El pecado que se comete despues de una verdadera conversion es en cierto modo mas grave que todos los que se cometieron antes de ella. Porque para cometerle fue menester apagar todas las ilustraciones que nos alumbraron para salir del mal estado, todos los auxilios que se habian recibido, todos los buenos propósitos que con tanta generosidad se habian hecho. Pecóse, teniéndose muy presente todo lo que podia dificultar la resolucion de pecar: atropelláronse todos los estorbos que podian detener la ejecucion; verdades eternas, castigos terribles, misterios tiernos de la redencion, sangre preciosisima del Redentor, cuya superabundante virtud se habia recibido en el uso de los sacramentos durante el tiempo pasenal; todo se inutilizó: venció la pasion, y arrastró la inclinacion al pecado. ¿Qué estrago no hará un torrente tan impetuoso, que fue capaz de romper diques tan fuertes, y qué cosa podrá bastar á detenerle?

No se convirtieron los demonios, porque ofendieron á Dios con pleno conocimiento del pecado que cometian. Los pecados de recaida se cometen, por lo comun, con una eterna malicia, y así merecen todo el rigor de la divina justicia. Por eso á ningun peador convirtió el Salvador del mundo, á quien no lebiese esta prevencion: *Guardate*

*bien de volver á pecar, no te suceda alguna cosa peor.* ¡Y despues de esto se miran tan á sangre fria los pecados de recaída! ¡y no asustan al alma las reincidencias! ¡y despues de haber confesado y comulgado en tiempo de pascua, se vuelve otra vez á meterse en las mismas ocasiones de pecar!

Adorable salvador mio, si hubiéramos de juzgar de vos como juzgamos de los hombres, la salvacion de estos pecadores relapsos seria desesperada. Verdad es que tienen mas motivos para temer que para esperar, mas no por eso se agotaron vuestras misericordias: la misma sangre que los lavó tantas otras veces, puede también lavarlos esta, porque igualmente corre por vuestras divinas venas. Todo lo podeis, ¡oh gran Dios! Cuanto mayores y mas enormes fueren nuestros pecados, mayor y mas gloriosa será la misericordia con que nos los perdonaréis. Conozco toda la malicia de mis culpables recaídas; veo todas las funestas consecuencias de los pecados de reincidencia: no permitais, benigno Salvador mio, que tenga la desgracia de volver á caer en ellos.

#### JACULATORIAS.

*Non supergaudeant mihi, qui adversantur mihi inique.* Salm. 34.  
No permitais, Señor, que los enemigos de mí salvacion logren la satisfaccion de ejecutar los malignos intentos que tienen contra mí.

*Nec dicant, devoravimus eum.* Salm. 34.  
No permitais que digan: Ya está perdido, ya le hemos tragado.

#### PROPOSITOS.

1 La experiencia enseña, que á una verdadera conversion se sigue casi siempre un eterno divorcio con el pecado. Si sucede alguna vez que se vuelva á caer en el mismo infeliz estado de donde efectivamente se habia salido, nunca es de golpe; porque es menester algun tiempo para borrar la memoria de una contricion amarga. No se comienza por los pecados graves: vánse poco á poco dejando los ejercicios espirituales, cométense mil pequeñas infidelidades á las divinas inspiraciones, y se va disponiendo el alma á cometer otras mayores. Pero cuando la recaída es muy inmediata á la conversion, hay muchos motivos para desconfiar de ella. Si quieres tener señales menos equivoacas, poco inciertas de tu verdadera reconciliacion con Dios, observa cuanto es tu cuidado, cuanta tu aplicacion, cuanto tu fervor en hacer todo lo que le puede agradar, y en huir de todo lo que puede ofenderle. El enfermo que en su convalecencia no guarda una gran dieta, y no

quiere abstenerse de todo lo que le puede hacer daño, dá justo motivo para creer, que puede mas con él la fuerza del apetito, que el amor de la salud. ¿Pues quién no vé, que una persona que visita, que trata, que cultiva indiferentemente la correspondencia con todos aquellos que pueden corromper su alma y estragar su corazon; que concurre con gusto á todos los parajes donde se respira un aire contagioso, donde el suelo está resvaladizo, y cada paso es un peligro; quién no vé, digo, que esta tal persona no tiene mucho horror á las recaidas? Desviate de todo quanto pueda servirte de peligro: espectáculos profanos; concurrencias mundanas, amigos ocasionados, diversiones nocivas, conversaciones peligrosas, libros envenenados ó sospechosos, pinturas indecentes, todo se acabó ya para tí. Son pocas las recaidas que no tienen su origen de falta de vigilancia, y de una prudente precaucion. A quien se acaba de levantar de una grave enfermedad, un aire poco sano, un alimento mal preparado, el menor exceso, suelen ser golpes mortales. Acordémosnos que en materia de costumbres lo que se llama flaqueza, hablando en propios terminos, no es mas que una perversa voluntad.

2 ¿Quieres no volver á caer? Pues haz reflexion sobre la causa mas visible de tus precedentes recaidas. ¿Nó fue aquella visita, la leccion de aquellos libros, aquella conversacion, aquella correspondencia, el haber dejado aquella devocion, aquel ejercicio espiritual, el no haberte mortificado en aquella ocasion, el haberte descuidado en el cumplimiento de las obligaciones de tu estado? La relajacion y la tibieza necesariamente van disponiendo para las recaidas. Escribe hoy mismo la causa particular de aquellas reincidencias, de aquella funesta vuelta al vómito del pecado, de aquella tibieza, de aquella relajacion, de aquellas pasiones, que volvieron á resucitar. Todas las mañanas al acabar la oracion, ó al ofrecer las obras del dia, lee el papel de estos saludables apuntamientos, imponte una penitencia, ó una considerable limosna, para todas las veces en que le espusieres á algun peligro. Estos que parecen pequenos cuidados, son pruebas seguras de una voluntad muy sincera, y mueven al Señor á dispensarnos aquellos grandes auxilios, que son de tanto provecho en la ocasion; y en fin es de gran consecuencia este ejercicio.



## DIA XXIII.

**San Jorge, mártir.**

**SAN JORGE** uno de los mas célebres mártires de la Iglesia, á quien los griegos llaman por excelencia *el gran mártir*, nació en Capadocia, de familia ilustre y distinguida por su nobleza, pero mas señalada por el zelo con que profesaba y defendia la verdadera religion.

Su caudad y distincion le precisaron á seguir la profesion de las armas; y como era un jóven de los mas bien dispuestos, mas valientes, y

mas cultivados de todo el ejército, ganó en poco tiempo la gracia del emperador Diocleciano, quien le dió una compañía, y le hizo su maestro de campo. Acreditó el acierto de esta elección el valor, la prudencia, y toda la conducta de su porte en una edad tan poco avanzada. Y descubriendo cada día el Emperador mas y mas las prendas, los fondos, y el extraordinario mérito del nuevo oficial, pensaba elevarle á los primeros cargos, colmándole de favores; cuando comenzó á descubrirse la tempestad que desde algunos años antes se iba fraguando contra los cristianos, y desde los primeros anuncios se comenzó á temer que al cabo inundaria en sangre de mártires á toda la Iglesia de Dios.

Desde entonces, aunque Jorge tenia solos veinte años, se consideró como victima destinada al sacrificio, y se dispuso para él con el ejercicio de las mas heroicas virtudes. Como tenia el grado de oficial general, era del consejo del Emperador, y conoció que esto le obligaria á declararse de los primeros, dando pruebas de su fe, y no disimulando su religion. Hizo sacrificio de sus bienes antes de llegar el caso de hacer el de su vida. Y hallándose heredero de una rica sucesion por muerte de su madre, la repartió toda entre los pobres: vendió sus preciosos muebles, sus ricos vestidos, y distribuyó el precio entre los fieles, que al primer ruido de la persecucion se habian esparcido aquí y allí, dando libertad á sus esclavos.

Despojado ya de todo, entró, por decirlo así en la lid, y se fue á la sala del consejo. Habiendo propuesto el Emperador el impio y cruel intento de exterminar á todos los cristianos, le aplaudió toda la junta; pero toda ella quedó extrañamente sorprendida y admirada, cuando vió levantarse de su asiento á nuestro jóven Oficial, y con un noble despejo, pero modesto, atento, y respetuoso, contradecir lo que todos habian dicho, y en pocas, pero graves palabras, reprehender la resolucion que se habia tomado de perseguir á los cristianos, y de exterminarlos en todo el imperio.

Era naturalmente elocuente, y como hablaba con mucha gracia, con energia, y con fuego, se hizo escuchar con admiracion y con respeto. Hizo demostracion al consejo de la injusticia y de la impiedad de aquella resolucion; defendió con una discreta apologia á los cristianos, y acabó exhortando al Emperador á que revocase unos edictos, que solo se dirigian á oprimir violentamente á la inocencia. Habia ya acabado de hablar, y aun no habian vuelto de su admiracion los que le oian: la viveza de su discurso, el aire religioso con que le pronunció, y su rara modestia, tenian como entresichos á los oyentes, y por algun tiempo suspendieron las pasiones de todo el consejo. El Emperador, aun mas aturdido que los otros, mandó al consul Magnencio que respondiese á nuestro Santo. *Bien se conoce*, le dijo el consul, *por el desahogo con que has hablado en presencia del Emperador, que eres uno*

de los principales gefes de esta secta; tu confesion confirmará tu intolerancia; pero nuestro augusto Principe, defensor de los dioses del imperio, sabrá vengarlos de tu impiedad.

Si la impiedad ha de castigarse, respondió Jorge, no se yo que haya otra mas abominable que la de atribuir á las criaturas, aun á aquellas que son inanimadas, los soberanos títulos y derechos propios y peculiares de la divinidad. No puede haber mas que un solo Dios verdadero: este es aquel á quien yo sirvo y adoro. Si, cristiano soy, y de este nombre me glorio, no aspirando á mayor dicha en esta vida, que á darla derramando toda mi sangre por aquel Señor de quien la recibí. Enfurecido el Emperador al oír este discurso, y temiendo que hiciere impresion en los animos de los circunstantes, mandó que al punto le cargasen de cadenas, y le encerrasen en un calabozo.

Halló en él nuestro fervoroso Santo abundante materia para satisfacer el ardiente deseo que tenia de padecer por amor de Jesucristo. El primer efecto de la cólera del tirano fue mandarle atormentar con un género de suplicio nunca oído hasta aquel dia. Mandó atarle á una rueda sembrada toda de agudas puntas de acero, la cual á cada vuelta que daba, le levantaba hácia arriba pedazos de carne, y hendia en sangrientos canales aquel delicado cuerpo. Quedaron atónitos los mismos verdugos, viendo la alegría del generoso mártir todo el tiempo que duró este horrible tormento; pero aún quedaron mas asombrados, cuando suponiéndole ya muerto, le hallaron enteramente sano de todas sus heridas.

Convirtieronse muchos gentiles á vista de esta milagrosa curacion; pero ella misma irritó mas al tirano. Como era Jorge una de las primeras victimas que Diocleciano sacrificaba á su innata crueldad, no perdonó á especie alguna de suplicio, que no emplease para vencer su magnanimidad y su constancia. Apenas se puede creer lo que refieren de sus tormentos las actas mas antiguas del martirio de nuestro Santo. Todo lo que puede inventar la mas bárbara inhumanidad; todo lo que es capaz de discurrir la cólera de un tirano, y todo lo que puede sugerir la rabia y la malignidad del infierno, todo se puso en ejecucion para atormentar al invencible Mártir; pero todo sirvió para confundir á los paganos, y para manifestar mas la gloria y el poder de Dios que adoraba Jorge. El acero, el fuego, la cal viva, de todo se valieron para combatir su resolucion y su fe: pero la firmeza, y aun la alegría que manifestaba en medio de los tormentos; cierto resplandor maravilloso, de que se vio rodeado todo su cuerpo, tan brillante, que dispó las tinieblas del obscuro calabozo; muchos milagros que obró en beneficio de los mismos que le atormentaban, todo esto hizo triunfar la religion, y convirtió á la fe á muchos infieles. De este número fueron los dos pretores Protolo y Anatólio. En vano gritaban algunos que todo era

MARIANA  
ELIZAB

hechicería, sortilegio, arte mágica, encantamiento: la heroica paciencia, que todos observaban en él, en medio de los mas crueles tormentos, y las milagrosas maravillas que obraba, hicieron titubear á los mas obstinados, tanto, que el Emperador llegó á temer una conversion general en toda la ciudad, y aun se asegura que la emperatriz Alejandra se convirtió, y que mereció la corona del martirio. Pero sea de esto lo que fuere, es cierto que el Emperador, viendo que eran inútiles todos los tormentos, recurrió al artificio; mutando repentinamente de tono y de conducta, mandó que le quitasen las prisiones, y le condujesen á su presencia.

Luego que le vió en ella, le dijo con afectada blandura: *Jorge, no sin grande dolor mio, me he visto precisado á mandar se ejecutase contigo todo el rigor de los edictos publicados contra los enemigos de mi imperial religión. No puedes ignorar la grande estimacion que siempre he hecho de tu mérito; y el puesto que ocupas en mis ejércitos, es buena prueba de mi bondad. El único obstáculo que puede oponerte á tu fortuna, será tu obstinacion: eres jóven; logras toda la gracia del Emperador; el favor añadido al mérito te prometen los primeros cargos del imperio. En qué te detienes para volver á tu obligacion, y para aplacar con tus sacrificios la cólera de los dioses?*

Suplicó Jorge al Emperador que le mandase conducir al templo, para ver aquellos dioses á quienes su Magestad Imperial queria que ofreciese sacrificio. No dudó ya Diocleciano que su suavidad y sus promesas habian finalmente vencido y triunfado del Confesor de Jesucristo. Fue conducido al templo acompañado de innumerable pueblo: apenas descubrió la estatua de Apolo, cuando la preguntó nuestro Santo: *¿Dime, eres Dios? No soy Dios,* respondió la estatua, con voz terrible y espantosa, que estremeció á los circunstantes: *Pues venid acá, espíritus malignos, ángeles rebeldes, condenados por el verdadero Dios al fuego eterno; ¿cómo tenéis atrevimiento para estar en mi presencia, que soy siervo de Jesucristo?* Al decir estas palabras, acompañadas con la señal de la santa cruz, se oyeron en el templo gritos horribles, ahullidos espantosos, y se vieron caer derribadas por mano invisible todas las estatuas, haciéndose pedazos contra el suelo. A vista de un espectáculo tan maravilloso, al principio quedaron todos atónitos; pero después los sacerdotes de los ídolos con sus gritos y con sus lágrimas excitaron una sedicion tan general, que apenas se oían mas que las descompasadas voces con que clamaba todo el pueblo, que cuanto antes se librase á la tierra de aquel monstruo.

Informado el Emperador de lo que acababa de suceder, mandó que al instante le cortasen la cabeza; lo que se ejecutó el día 23 de Abril hácia el año de 290.

En todas las iglesias de Oriente y de Occidente ha sido siempre muy célebre la memoria de este ilustre Mártir, y su culto es de los mas antiguos en la Iglesia. Asegúrase que desde el fin del quinto siglo ya habia altares dedicados á su nombre, y erigidos por santa Clotilde, muger del rey Clodoveo. Contribuyó mucho al culto de san Jorge en Francia san German, obispo de Paris, uno de los mas célebres prelados del siglo sexto, cuando con ocasion de su peregrinacion al Oriente, el emperador de Constantinopla le regaló con muchas reliquias, y á su vuelta hizo edificar una capilla á honra de san Jorge en la iglesia de san Vicente, que hoy es la de san German de los prados. Las otras muchas capillas y altares que en toda la Europa se han erigido con el nombre de nuestro Santo, son buena prueba de la devocion que le profesan todas las demás naciones, y de la ánsia con que desean todas merecer su poderoso amparo y proteccion. Algunas órdenes militares toman el nombre de san Jorge, como la que fundó el emperador Federico IV, primer archiduque de Austria, en el año de 1470; y otra en la república de Génova, diferente de otra, que con el nombre de los caballeros de san Jorge de Alfama, se fundó por los años de 1200 en el reino de Aragon. Tambien los ejércitos cristianos suelen ponerse debajo de la proteccion de san Jorge. Comunmente se le pinta á caballo, armado de todas armas, con una lanza en la mano, en ademan de acometer á un dragon, para defender á una doncella, que teme ser despedazada á violencia de sus garras. Pero esto mas es simbolo que historia, para denotar que este ilustre Mártir defendió á su provincia, representada por la doncella, del fiero dragon de la idolatria. Y como entre los griegos casi todas las cosas degeneraron en mil extravagancias, la singular veneracion que profesaban á nuestro Santo, vino á parar con el tiempo en cien supersticiones ridiculas, que son el origen de las groseras fábulas, que nos venden los viajeros visionarios acerca de san Jorge.

**La misa es en honra del Santo, y la oracion la siguiente:**

*Deus, qui nos beati Georgii martyris tui meritis, et intercessione latificas: concede propitius, ut qui tua per eum beneficia poscimus, dono tue gratiæ consequamur. Per Dominum nostrum.*

O Dios, que nos alegras con los merecimientos y con la intercesion de tu bienaventurado mártir san Jorge, concédenos que consigamos por tu gracia los beneficios que pedimos por su intercesion. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epistola es del cap. 2 de la segunda del Apóstol san Pablo á Timoteo.**

*Chaisime: Memor esto Domi-*

*Carísimo: Acuérdate que el*

*num Jesum Christum resurrexisse á mortuis ex semine David, secundum evangelium meum, in quo laboro usque ad vincula, quasi male operans: sed verbum Dei non est alligatum. Ideo omnia sustineo propter electos, ut et ipsi salutem consequantur, quæ est in Christo Jesu, cum gloria cælesti. Tu autem assecutus est meam doctrinam, institutionem, propositum, fidem, longanimitatem, dilectionem, patientiam, persecutiones, passiones, qualia mihi facta sunt Antiochiæ, Iconii, et Lystris, quales persecutiones sustinui, et ex omnibus eripuit me Dominus. Et omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.*

Señor Jesucristo del linaje de David resucitó de la muerte según mi evangelio. Por el cual yo padezco hasta las prisiones como malhechor: pero la palabra de Dios no está aprisionada. Por esto sufro todas las cosas por amor de los elegidos, para que ellos consigan también la salud que está en Cristo Jesús con la gloria celestial. Pero tú has seguido de cerca mi doctrina, mi modo de vivir, las intenciones, la fe, la longanimitad, la caridad, la paciencia, las persecuciones, los trabajos, como los que me sucedieron en Antioquia, en Liconio, y en Listris: las cuales persecuciones yo sufrí, y de todas me libró el Señor. Y todos aquellos que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecución.

## NOTA.

«La opinion mas comun es que el apóstol escribió esta carta en tiempo de su segunda prision, el año del Señor de 66, y en ella parece desear con ansia que su querido discípulo venga cuanto antes á verle, asegurándole estaba ya cerca del fin de su carrera, y de ser sacrificado á Cristo por medio del martirio, como efectivamente sucedió en aquel mismo año.»

## REFLEXIONES.

*Omnes, qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.* Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, serán perseguidos. Son las persecuciones la herencia de los buenos: con todo eso es cierto que no son las mas crueles las que padecen] de parte de los impios; las mas terribles son las que vienen por mano de los que hacen profesion de virtuosos, y debieran ser los mas ardientes defensores de la virtud.

Determinase á observar con la mayor exactitud y puntualidad las mas menudas reglas de su instituto una persona religiosa, persuadida á la indispensable obligacion en que está constituida de aspirar á la perfec-

cion de su estado. Mucha resolucion ha menester; pero aun ha menester mayor paciencia para no ceder á la multitud, y á la autoridad de los que estan mal con tanta reforma. Los menos fervorosos, que en una comunidad por lo regular suelen hacer el mayor número, consideran aquella exacta puntualidad en un particular, como una especie de lácita censura, y su fervor se les figura una muda, pero sangrienta reprehension de su tibieza. No le basta al tal religioso retirarse al recogimiento de su celda y su silencio; no meterse en otra cosa que en cumplir con su obligacion, y con lo que está á su cargo; no ceder á otro alguno en humildad, en oficiosidad, en afabilidad y en cortesania. Sabida cosa es que la emulacion no se vence á fuerza de virtudes. Quieren persuadirse á sí mismos, y aun intentan persuadirselo á otros, que aquella es una especie de secreto orgullo, un espíritu de teson y de singularidad, un ingenio de reformador impertinente, que viene á introducir novedades, y á turbar la quieta y pacifica posesion en que estaba la relajacion de la comunidad. El ceño con que le miran, el desvío y aun el desprecio con que le tratan, las alusiones satíricas, y las quemazones con que le hacen, consecuencias tan ordinarias donde reina la emulacion, ponen en terribles pruebas á una virtud tierna y recién nacida. Hasta la estimacion que hacen de él los ajustados y los fervorosos, le da muchas ocasiones en qué merecer.

Distinguese en una comunidad un sujeto por su singular virtud, por ser mas humilde, mas obediente, mas mortificado que los otros. Bien puede hacer el ánimo á que ha de cargar con los oficios mas penosos de la casa. Todos aquellos en que hay algun especial trabajo, todos aquellos de que huyen los tibios y los imperfectos, todos vendrán á buscarle, y serán los que le toquen á él. El concepto que se tiene de su mortificacion, y de su rendida obediencia, hace que se pase á ciegas por encima de su virtud. A los tibios, á los imperfectos se les trata con mil pinzas, con mucho miramiento; pero permite Dios que ninguno se lenga con los virtuosos. Los buenos suelen estar oprimidos con el peso de las cargas, mientras los malos, los que solo hacen aquello que se les antoja, estan ociosos, y gastan el tiempo en censurar todo cuanto hacen los únicos que verdaderamente trabajan. La misma irregularidad se observa á proporcion en las familias y casas particulares, respecto de los hijos y criados mas ó menos virtuosos. Mucho tiene que padecer el amor propio en una distribucion muy desigual; pero en ella halla su cuenta la virtud; y aunque esta distincion sea incómoda y desagradable, al cabo la honra mucho. Es verdad, por otra parte, que si esta prueba es sumamente útil á una alma fervorosa, tambien desalienta y retrae de la virtud á otras muchas pusilánimes. Aquella condescendencia que se tiene con los imperfectos, á los cuales quizá se les disimula, y se les consiente demasiado; y aquella aparente dureza con que se les trata á los

fervorosos, con quienes en nada se repara, puede ser ocasion de que los unos se mantengan tranquilos en su vida poco regular, y aun relajada, y puede serlo tambien de que los otros, apurada la paciencia con el demasiado ejercicio, se disgusten de su exacta observancia, viendo que á los primeros su misma relajacion los sirve para vivir con mas autoridad, y con mayor descanso. No se puede negar que este disgusto será irracional, y que este pretexto será frívolo; pues nadie ignora que Dios muchas veces parece que perdona al pecador, y que affige al justo. Con este mismo espíritu proceden los superiores en la distribucion de los empleos, y en las condescendencias que suelen tener con los imperfectos. La prosperidad, que parece habia de ser el privilegio de los virtuosos aun en esta vida, es de ordinario la legitima de los indevotos. ¿Pero será menos infeliz la suerte de los buenos, porque sea mas trabajosa? ¿Y qué motivo tendrán los justos para quejarse, dice san Gregorio, de que Dios los reserve todo el premio para la otra vida, al mismo tiempo que á los malos los recompensa en esta: aquello bueno que hacen en ella?

**El evangelio es del cap. 15 de san Juan, y el mismo que el día XIV, folio 329.**

### MEDITACION.

#### *De la vida inútil de la mayor parte de los hombres.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que todo aquello que no sirve ni conduce para el cielo es inútil: negocios grandes, trabajos inmensos, gastos escetivos, palacios soberbios, herencias ricas, vida deliciosa, honras dignidades, distinciones; si no contribuis á mi salvacion, si no haceis un gran caudal de méritos para la eternidad, si de nada me servís para la otra vida, no sois para mí sino vanidad, frusterias, puerilidades, sueños lisonjeros, manantial funesto de mil remordimientos, de mil desesperados ayes á la hora de la muerte.

¡Buen Dios! ¿pues en que se ocupan nuestros dias? Si ningun pensamiento, ningun deseo, ninguna accion nuestra debiera dejar de referirse á Dios, ¿de cuantas inutilidades, de cuántas nada está llena nuestra vida! Conversaciones ociosas, visitas divertidas, entretenimientos frívolos, diversiones sin sustancia, horas de juego, paseos, espectáculos, placeres; esto es en lo que pasan su vida la mayor parte de los hombres del mundo, á lo menos mientras algun grande contratiempo, los achaques, ó los muchos años, no los condenan al retiro de su casa; y entonces ocupa el lugar de una ociosidad delicada una inaccion enfadosa. Los últimos dias de la vida son mas molestos; pero no son menos ociosos. Está el viejo ocioso por necesidad, despues de haberlo estado por su gusto.

Este es el retrato de la vida de muchos; ¿pero será este el retrato de la vida cristiana.

Y aun aquellos que al parecer están mas ocupados, ¿lo estarán por eso menos inútilmente? ¿Qué fruto, qué provecho se saca para la eternidad de esos continuos viajes, de esas vigiliias que desecan, de esa vida afanada, ansíera, llena de cuidados, de esos negocios, que solo sirven para acortar los días de la vida? Porque esto es el fruto que se coge de todo lo que no sirve para la vida eterna.

Velad, orad, sin intermision, dáos prisa, esforzáos á entrar por la puerta del cielo, dice el Salvador: *Contendite*. No trabajando incesantemente por el cielo, no haciéndose una continua violencia para llegar á tiempo, ya no hay lugar en él. Aunque fue pura, aunque fue irreprochable la vida de aquellas vírgenes, que por haberse dormido ú descuidado, no hicieron á tiempo la provision necesaria para recibir al esposo; este descuido y falta de providencia fue bastante para carecer eternamente de su presencia, y para que fuesen justamente reprobadas. Los motivos de aquella dichosa sentencia, que pondrá á los escogidos en posesion del reino de los cielos, todos se reducen al ejercicio de las obras de misericordia: el siervo perezoso solo fue condenado por no haber negociado con su talento. Cotejemos estas verdades con la vida inútil y regalona de la mayor parte de los seglares, y aun de no pocos eclesiásticos, que haciéndose sordos á sus mas estrechas obligaciones, pasan la vida en una delicadeza y escandalosa ociosidad.

¡O mi Dios, y qué impresion, qué efecto tan triste hará algun día en nuestros corazones el paralelo entre la vida laboriosa de los santos, y la ociosidad de la nuestra.

Punto segundo—Considera que si en el dia del juicio, como dice el Salvador, hemos de dar estrecha cuenta hasta de la menor palabra ociosa, ¿qué cuenta se dará de todas aquellas horas perdidas, de todos aquellos días inútiles?

La higuera de que se habla en el evangelio, no tenia otro defecto que el no haber dado fruto, aunque no era tiempo de él; con todo eso, el Señor la echó la maldicion, y al punto se secó. Fácil es entender el verdadero sentido de esta parábola. Nunca debe ser estéril la vida del cristiano; comienza á ser culpada, desde que comienza á ser infecunda. A vista de esto, la vida de aquella gente de conveniencias, de aquellos hombres de distincion, de aquellas damas del mundo, y aun de tantas personas eclesiásticas, que se gasta y se consume en vanas inutilidades, ¿será vida muy inocente, será muy abogada de aquel Señor, que quiere que aun los que han trabajado mas estén persuadidos á que nada han hecho.

¡Cuántos hombres, cuántas mugeres ociosas hay, que hacen punto de

nobleza de la ociosidad, y juzgarían acreditarse de gente plebeya si trabajasen! Hoy se establece por ley en el mundo, y aun se llega á hacer mérito de no saber hacer cosa: el mundo, la diversion, el juego, y las bagatelas, se sorben todo el tiempo.

Una gran parte de él se la lleva el tocador y el espejo, y el juego y diversiones ocupan otra gran porcion; y aquellas visitas inútiles, que muchas veces no tienen otro asunto que verse y que mirarse, y aun aquellos negocios cuyo único móvil es la ambicion y la codicia, ¿pasarán en el Tribunal del Supremo Juez por ocupaciones serias y legítimas? ¿serán recibidas en cuenta como obras de vida? ¿admitiránse por frutos sazonados, que se conservan por toda la eternidad? ¿y semejante vida será obra digna de nuestra santa ley?

¡Buen Dios, qué sentirán aquellas almas mundanas, aquellos corazones terrenos, aquellos cristianos flojos é imperfectos, cuando disipados los prestigios de las pasiones, á favor de la luz de la razon, que hasta entonces habia estado como esclava, y de una fe que habia estado casi del todo apagada, descubrirán y verán, que todos aquellos proyectos de que tanto se alimentaban eran vanos; aquellas acciones brillantes que hacian tanto ruido; aquella elevada fortuna que los costó tantos sudores; aquellas diversiones seguidas de tantos remordimientos; que todo esto no fue mas que ilusion, inutilidad, pérdida de tiempo, manantial fecundo de arrepentimientos, y semilla, por decirlo así, de una eternidad de suplicios! ¡Cuando verán que aquella vida, solo regular en la apariencia y en la superficie, fue no mas que una virtud de perspectiva; aquellas obras que parecian buenas y virtuosas, estaban viciadas con fines torcidos, que las hicieron inútiles! *seminastis multum, et intulistis parum.* (Agg. 1.) ¡Qué de trabajos perdidos! ¡qué de dias vacios! ¡qué de acciones malogradas! ¡qué de flores! ¡qué de hojarascas sin fruto!

Padécese mientras se vive una especie de atolondramiento. La inclinacion natural, el mal ejemplo, la perversa costumbre, todo conspira, todo contribuye á que pasemos la vida en una perniciosa inutilidad para el cielo en medio de los mas penosos trabajos.

¡Ah mi Dios! veismo aqui ya hácia el fin de mi carrera: ya estoy descubriendo la sepultura; ya va declinando el dia, y he pasado la vida en inutilidades frívolas, en vanos pasatiempos, en ocupaciones pueriles. No permitais, Señor que aumente el número de los dias vacios: cese desde hoy la esterilidad de las buenas obras. No, divino Salvador mio, ya no quiero vivir en una vida inútil y ociosa: concededme vuestra gracia, y ya no seré un arbol estéril, bueno solo para el fuego.

## JACULATORIAS.

*Ego autem, sicut oliva fructifera in domo Dei, speravi in misericordia Dei in aeternum.* Salm. 51.

Seré de aquí adelante como oliva fecunda plantada en la casa de mi Dios, que crecerá y fructificará á los ojos de su divina misericordia.

*Ecce mensurabiles posuisti dies meos: et substantia mea tanquam nihilum ante te.* Salm. 38.

Disteme, Señor, medidos y meditados los dias de la vida, y esos pocos dias no han tenido jugo ni sustancia en vuestros divinos ojos.

## PROPOSITOS.

1 La ociosidad adormece, pero no hace insensibles á los que amodorra. Hay ciertos intervalos de religion y de razon, que dejan conocer con espanto el caos horroroso de pecados, en que cria y sepulta la vida inútil á las personas mundanas. Por mas que se disimule, se siente el escozor de los remordimientos, se gusta la amargura de las funestas consecuencias que trae consigo la ociosidad. ¿De qué otro principio puede provenir aquel tédio de la virtud, aquella debilidad en la fe, aquellas comunicaciones ilícitas, aquellos enredos y artificios? Y despues se preguntará, ¿qué mal hay en pasar una vida ociosa? Antes se debiera preguntar, ¿puede haber mayor mal en la vida de un cristiano? ¿Y será este mal menos de temer en las personas consagradas á Dios? La ociosidad y delicadeza pueden tal vez introducirse hasta en el retiro mas austero: ¿y qué estragos no causara en un estado santo, pero no menos solitario, y por lo mismo mas espuesto? A una gruesa renta en el estado eclesiástico acompañan, por lo comun, grandes obligaciones; ¿pero no es verdad que no pocas veces esta misma gruesa renta es causa de que haya grandes ociosos? Los beneficios ricos, por lo general, están llenos de grandes cargas; ¿y el fruto de la piedad de los fieles, el patrimonio de los pobres, estara por ventura destinado para perpetuar una ociosidad mas brillante, y para fomentar una delicadeza mas escandalosa? En cualquier estado en que te halles, en cualquier lugar que ocupes en el mundo, huye la ociosidad como madre de todos los vicios. Lo mas ordinario en las personas entregadas á la ociosidad es precipitarse en el desorden. Ella es perniciosa á los grandes, peligrosa á la gente comun, y nociva para todos. Ninguna cosa perjudica tanto como una vida inútil: ¿está exenta la tuya de este perjuicio? ¿Se pueden llamar llenos todos tus dias? Pero advierte que pueden ocuparse en mil inutilidades. Y no podrán entrar en este número esas conver-

saciones poco serias, esas diversiones continuas, esos pasatiempos, esas visitas inútiles, tantas horas perdidas en el día, y tantos días malogrados en el discurso de tu vida? Haz el cálculo en este mismo día, examina si son útiles todas tus ocupaciones, y ten entendido, que las que no conducen para la salvacion, se deben contar por nada.

2 Desde hoy te has de imponer una ley de no estar jamás ocioso. Tiene el cuerpo necesidad de algun descanso, y el espíritu de algun desahogo; pero aun este mismo desahogo y este mismo descanso deben ser útiles, y has de cuidar tu de santificarlos con la oracion, ó á lo menos con frecuentes jaculatorias. Mientras tuviéremos á Cristo realmente presente en el Sacramento del altar; mientras hubiere pobres enfermos en los hospitales, y vergonzantes en las casas particulares; ¿se podrá decir sin vergüenza que no hay nada que hacer, y que no sabemos en que emplear el tiempo? Una señora cristiana siempre debe tener en las manos alguna labor; porque de esta continuacion en el trabajo, celebra y alaba el Espirita santo á la muger fuerte. Las señoras de la mayor distincion hacen vanidad de estar siempre con la labor en las manos, y una muger ordinaria, orgullosa con los bienes de fortuna, ó con el empleo de su marido, tendrá vergüenza de que la vean trabajar! Tambien las personas devotas pueden dar en el extremo de fanáticas y de holgazanas: una contemplacion demasidamente abstraída, y una oracion de quietud demasidamente quieta, sin otros peligros que traen consigo, son no pocas veces una mera ociosidad. Nada se ha de temer tanto como la inaccion y la inutilidad aun en las mismas acciones: Dios debe ser el objeto principal, el motivo, y el fin de todas ellas.





## DIA XXIV.

**Santa Beuva, y Santa Dada, vírgenes.**

**S**ANTA BEUVA, tan ilustre por su nobleza, y mucho mas por su virtud, nació al mundo por los años de 600. Fue de sangre real, deudada muy cercana del rey Dagoberto, y una de las princesas mas cabales de su siglo. Correspondió su educacion á su nacimiento: pero

el bello natural de la princesa dejó poco que hacer á la educacion. Anticipóse el uso de la razon á la edad, y no hubo niña que menos lo pareciese.

Habiendo nacido con una viva inclinacion á la virtud, no hallaba gusto en otros entretenimientos que en los ejercicios de devocion. No acertaba en su niñez en otras diversiones, que con la oracion y con la lectura de las vidas de los Santos. Brillaba tanto por su discrecion como por su hermosura; pero aun brillaba mucho mas por su extremada modestia. Su virtud eran las delicias y la admiracion de la corte; y respetada aun mas por esta, que por las otras prendas sobresalientes que tanto la adornaban, presto conocieron todos que no la destinaba Dios para el mundo.

Prevenida Beuva desde la cuna con las mas dulces bendiciones de la gracia, en nada encontraba satisfaccion sino en los consuelos espirituales; suspiraba por el retiro: érala pesada su misma libertad, y toda su ambicion, todos sus deseos eran de consagrarse á Dios eternamente.

Hallábase en tan santas disposiciones, cuando la vino á visitar su hermano el bienaventurado Baudry, el cual edificado y admirado de ver á su jóven hermana tan ansiosa del claustro y del retiro, resolvió contribuir eficazmente al logro de sus piadosos intentos. Mandó edificarla un monasterio en uno de los arrabales de la ciudad de Rems, en el cual se encerró la santa Doncella con gran número de vírgenes que quisieron acompañarla.

Encendióse luego en él un admirable fervor, avivado por los ilustres ejemplos de nuestra Santa. El recogimiento interior, el continuo ejercicio de oracion, de mortificacion y de silencio, resucitaron en el nuevo monasterio aquellos milagros de observancia, de devocion y de penitencia, que se observan en el nacimiento de todas las religiones; pero ninguna se señalaba mas en el ejercicio de estas virtudes, que nuestra Beuva. Olvidada enteramente de lo que era por su ejemplo, por fundadora, y por su nacimiento, solo tenia presente lo que estaba obligada á ser por su vocacion. Siendo jóven, delicada, y criada en el regalo de la corte, no hallaba ejercicio tan humilde, ni tan penoso, que la contentase; y solo se valia de su autoridad y privilegios, para escoger para sí el mas abatido.

Luego que se acabó la fabrica del monasterio, que fue hácia el fin del año de 639, y se dedicó con la advocacion de san Pedro, todas las religiosas, sin atender á la repugnancia, ni á las lágrimas de su bienhechora, la eligieron unánimemente por su primera abadesa. Sabiendo Beuva que era mucho mejor obedecer que mandar, se resistió con todas sus fuerzas á sus instancias, hasta que cedió finalmente á la autoridad de su hermano san Baudry, que quiso absolu-

tamente que se encargase del gobierno de aquella recién nacida comunidad.

No hizo novedad en su modo de vivir por el nuevo cargo: pero pareció desde entonces mas humilde, mas mortificada y mas desprendida que antes de las cosas de la tierra, sin valerse de su autoridad mas que para aumentar sus ayunos, su oracion y sus vigiñas.

Persuadida á que la leccion mas eficaz de todas es el ejemplo, y á que una prelada debe ser tan superiora en virtudes, como lo es en dignidad, se dedicó á que en sus acciones viesen sus hijas practicadas las virtudes á que las exhortaba. No parece posible gobernar con mayor suavidad, ni con mayor prudencia de lo que ella lo hacia: moderaba las penitencias, no en sí, sino en las otras; y su afabilidad y dulzura la ganaba el corazon de todas sus hijas. No hubo abadesa mas respetada, porque tampoco la hubo que menos se empeñase en serlo. Nunca permitió que las religiosas jóvenes tratasen con hombres, ni aun con aquellos que hacian profesion de devotos. En fin, se extendió tanto la fama del nuevo monasterio, que concurriendo á él excesivo número de excelentes doncellas, fue preciso edificar otro en la ciudad.

Por la tierna devocion que profesaba Beuva á la santísima Virgen, la consagró el nuevo monasterio, cuya iglesia dedicó san Nivardo, arzobispo de Rems, con la advocacion de esta Señora. Vióse precisada á encargarse tambien del gobierno de esta segunda comunidad, cuya observancia aún hacia excesos á la primera.

Tenia consigo nuestra Santa á una sobrina, á quien educaba con cuidado muy particular. Y como en la escuela de los santos se hacen grandes progresos, Doda, que así se llamaba la sobrina, los hacia extraordinarios en la de su santa tia. No hubo discipula que mas acreditase á su maestra, ni cuya buena educacion hubiese costado menos. Parecia haber nacido Doda para la virtud, con que en poco tiempo fue una perfecta copia de su tia. Desde su infancia estaba prometida á un gran señor de la corte de Austrasia; pero apenas tomó el gusto á la dulzura del claustro, cuando se resolvió á renunciar al mundo, y á no tener otro esposo que Jesucristo. Noticioso aquel Señor de esta resolucion, tomó la de sacarla por fuerza del monasterio; pero habiendo caido del caballo en el camino de Metz á Rems, se hirió tan gravemente, que murió dentro de pocos dias.

Residia san Baudry ordinariamente en su monasterio de Montfaucon, de que era fundador y padre, y llegando á su noticia este suceso, vino á Rems á felicitar á su hermana y sobrina por el partido que habia abrazado. Como todos tres estaban animados de un mismo espíritu, todas sus conversaciones servían para aumentar el fervor reciprocamente; y con ellas creció tanto en san Baudry la devo-

cion y el amor de Dios, que cayó enfermo, y lleno de virtudes y merecimientos murió pocos días despues. Dispuso santa Beuva que le enterrasen en una iglesia del arrabal, dedicada á la santísima virgen, y le sobrevivió poco tiempo. Consumida al rigor de sus grandes penitencias, abrasada en el fuego del divino amor, en que siempre estaba encendida, y colmada de merecimientos, fue á recibir en el cielo el premio debido á su inocencia, y á sus ejemplares virtudes. Murió el día 24 de Abril de 674. Sus exequias fueron acompañadas de las lágrimas de sus hijas, y de la veneracion de todos. Quiso que la enterrasen en la iglesia de nuestra Señora, y el Señor hizo glorioso su sepulcro por la multitud de milagros que obró en él.

Sucedió Doda en el empleo á su santa tia, cuyas virtudes y santidad habia heredado. Fue tan feliz su gobierno como el antecedente. Florecia aún en aquel monasterio la regla que san Benito acababa de publicar, y la nueva abadesa cimentó tan sólidamente con su prudencia, con su virtud, con su suavidad, y sobre todo con su ejemplo, la observancia que su antecesora habia plantado en él, que apenas habia monasterio mas ilustre, ni mas recomendable por su santidad. Pocos años despues terminó Doda una vida tan santa con una dichosa muerte, y fue enterrada junto á su santa tia, en la misma iglesia de nuestra Señora del Arrabal. Pero con el tiempo fueron trasladados á otra parte los tres santos cuerpos: el de san Baudry al monasterio de Montfaucon, y los de santa Beuva y santa Doda al monasterio de san Pedro, dentro de la misma ciudad de Rems.

**La misa es propia del comun de las santas virgenes  
y la oracion la siguiente.**

*Da nobis quesumus, Domine Deus noster, sanctarum virginum tuarum Beuvæ et Dodæ palmas incessabili devotione venerari: ut quas digna mente non possumus celebrare, humilibus saltem frequentemus obsequiis. Per Dominum nostrum.*

Concedenos, Dios y Señor nuestro, gracia para venerar con perpétua devoción los triunfos de vuestras santas virgenes, Beuva y Doda, á fin de que ya que no podemos rendirlas dignos honores, las consagremos humildes y frecuentes obsequios. Por nuestro Señor...

**La epístola es del capitulo 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los Corintios, y la misma que el día XVII folio 286.**

## NOTA.

«Hieron ocasion a esta segunda carta, que escribió el apóstol san Pablo á los Corintios, aquellos falsos apóstoles, que por acreditarse á sí mismos, alabándose necia y descaradamente, no cesaban de desacreditar al santo apóstol. Esto le obligó á declarar en esta carta cuanta era su autoridad, cuanto había padecido por Cristo, y la pureza de su doctrina.»

## REFLEXIONES.

*Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat.* No es espíritu aprobado el de aquel que él mismo se recomienda y se alaba á sí propio, sino el de aquel á quien recomienda y alaba Dios. No obstante ser el mundo tan injusto en sus juicios, no puede menos de justificar la verdad de este oráculo; pues no sabe tratar sino con el mayor menosprecio á los que se engrandecen y se alaban á sí mismos. Entre todos los vicios ninguno está mas desacreditado que el orgullo; y aunque el mundo está lleno de hombres que solo estudian en burlarse unos de otros, y en engañarse recíprocamente, no puede sufrir aquellas almas bajas, que arrastrando siempre por la tierra, solo saben echar polvo á los ojos, y brillar con un esplendor aparente y artificial. Ciertamente, si los hombres mas diestros en engañar estuvieran bien instruidos del concepto poco favorable que forman de ellos aun aquellos mismos que en la apariencia los adoran, esto solo bastaría para abatir su necia vanidad y presuncion; pero es difícil corregir un error, que igualmente preocupaba el corazón que el entendimiento. *Infelices de vosotros, dice el Profeta, que sois sabios á vuestros propios ojos, ó que no siéndolo en los de Dios, queréis parecerlo á los ojos de los hombres.* Pero el orgullo se alimenta poco de la realidad; contentase con una brillantez falsa y aparente; triunfa de la credulidad de los buenos; burlase de la simplicidad de los sencillos: mas al cabo, ¿qué saca de hacer tanto ruido? La virtud lleva consigo misma su esplendor, y el mérito su estimacion. Que se sepa, ó que se ignore, no es menos rico el que encierra con mayor cuidado en su cofre su tesoro. Los cuerdos siempre desconfían de un hombre, que solo se ostenta poderoso por sus excesivos gastos; y están esperando á que el engaño, la ruindad y la pobreza sigan muy inmediatamente á estas artificiosas ostentaciones.

Los que tienen mas mérito son los que se alaban menos. No siempre conviene á cierto género de gentes darse á conocer mucho, por que la moderacion realza un mérito mediano. Las sombras resaltan los colores apagados, y si se les representa con demasiada claridad, desaparecen. Alábase uno, revienta por darse á conocer para hacer-

se estimar, y se desacredita. En este hipo de manifestarse y darse á conocer, se exponen á los ojos de todos cien groseros defectos, que en el retiro se ocultarian aun á la perspicacia de los malignos; y la ansia ó el prurito de ser conocido, siempre se satisface á costa del que adolece de él.

Un hombre capaz y de buen entendimiento no se deja deslumbrar de falsas apariencias: su penetracion le conduce mas allá. Pero un entendimiento limitado jamás sale de su propio terreno: como es tan corta su esfera, no se extienden mas sus luces, y no descubriendo en los demás cosa que á su parecer no sea muy comun, solo se admira á sí propio. ¡Buen Dios, qué irracional es esta pasion! y qué prueba tan clara es de una gran pobreza de talentos el concepto demasiado favorable de su propia excelencia! Al mérito tardo le dá á conocer su sola brillantez: el ruido solo sirve para descubrir el secreto orgullo que enfada y se reprueba: la verdadera virtud brilla y calla.

Pero el mérito que no es conocido, ¿de qué sirve? Mas yo replico: ¿y qué añade al mérito este conocimiento? ¿Es uno mas rico porque se sepa que lo es? Entre todos aquellos á quienes llega la noticia de nuestro mérito, ¿cuántos nos darán su voto? ¿cuántos nos le rebajarán allá en su corazon? ¿qué pocas habrá que en su concepto no le disminuyan, por persuadirse que tienen ellos mucho mas que nosotros?

Pero aun dado caso que todos los hombres fuesen menos injustos ó menos envidiosos, y que todos estuviesen muy pagados de nuestro mérito; ¿por ventura toda su estimacion nos haria mas estimables? Lo cierto es que ella puede ser nociva á mi virtud; pero no puede aumentar su valor. Tanta verdad es, que al cabo siempre es menester recurrir á este oráculo: *No es digno de estimacion aquel que se recomienda y se engrandece á sí mismo, sino aquel á quien Dios recomienda.*

De este Señor hemos recibido todo lo bueno que se halla en nosotros; entendimiento, talentos, industria, bellas prendas, sabiduria, todos son dones de su pura liberalidad, y en tanto nos hacen estimables, en quanto los reconocemos por tales. ¿Tememos acaso que no nos encontrará, si no nos damos á conocer? ¿ignora por ventura lo que somos? Aunque estemos sepultados en el retiro y en la obscuridad; aunque seamos invisibles y desconocidos á todas las criaturas, ¿qué importará con tal que él nos apruebe? La dicha y la honra de agradarle equivale para nosotros á todo lo demás.

**El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el día XVII, folio 288.**

## MEDITACION.

*De la indiferencia con que se mira la salvacion.*

Punto cuarto.—Considera que ninguna cosa nos importa más, ninguna nos interesa más, que nuestra salvacion; y con todo eso ninguna hay en que la mayor parte de los cristianos se ocupe menos. En el mundo todo es ocupacion, negocios, empleos, industrias, diversiones, y hasta la misma ociosidad. Los dias mas largos parecen breves, la vida más dilatada parece corta para todo lo que se llama negocio; todo merece nuestras atenciones; de sola la salvacion generalmente se descuida.

La salvacion es en rigor el negocio propiamente nuestro; todos los demás son extraños, son forasteros para nosotros, son, digámoslo así, negocios del estado, del reino; del tribunal, del comercio, de tu comunidad, de tu familia, de tus hijos, de tus amigos, pero nada de esto es negocio tuyo. Y si al salir de este mundo todo lo hiciste bien, menos el negocio de tu salvacion, haz cuenta que desumpenaste grandemente los negocios ajenos, pero que no hiciste tu negocio; y al contrario, si saliste bien en el de tu salvacion, aunque fueses infeliz en todos los demás, hiciste tu negocio personal: cada uno nació primero para sí, despues para los demás.

Es digno de admiracion que amándose tanto los hambres á sí mismos, hagan tan poca reflexion sobre una verdad en que tienen tanto interés: *Cuarenta años ha, decia un cortesano á la hora de la muerte, que estoy trabajando en los negocios del rey, y si un solo cuarto de hora he trabajado en el mio. Aunque debo al rey mucho amor, no tiene poder para alargarme un cuarto de hora la vida. Si yo hubiera servido á mi Dios con tanta fidelidad y con menos trabajo, ¿qué premio, qué alegría, qué dichosa eternidad me esperaria ahora!*

La salvacion no solamente es nuestro negocio personal, sino que es nuestro único negocio, porque hablando en propiedad no tenemos otro negocio que este. Un pobre hombre, desnudo, abandonado; sepultado en la obscuridad y en el olvido, si se salva, hizo su negocio por toda la eternidad; ya á nadie ha menester para nada. Un hombre rico, dichoso, honrado, si se condena, es infeliz para siempre.

¿Estamos nosotros bien persuadidos á estas verdades? ¿consideramos nuestra salvacion como nuestro único negocio? ¿qué lugar ocupa en nuestro corazon y en nuestro cuidado? ¿Respondámonos á nosotros mismos. Hombres de negocios, gentes del mundo, esclavos de los pasados tiempos, responded á lo que vuestra conciencia os pregunta, y á lo que ella misma os responde. ¿Hay alguna cosa que nos

toque mas inmediatamente que la salvacion? ¿es la salvacion el móvil de todos nuestros pensamientos, de todos nuestros designios, de todos nuestros pases, intenciones y operaciones? ¿va, por decirlo así, la salvacion al frente de todo cuanto hacemos? ¿está en el lugar que la corresponde?

Los santos, los ajustados, todo lo refieren á esto; el negocio de la salvacion es el que enteramente los ocupa; cualquiera otro negocio le pospone á él. ¿Son prudentes en esto? ¿se engañan por ventura? ¿hacen mal en la intencion resuelta que tienen de salvarse, y de preferir la salvacion eterna á todo lo demás? Pero si son prudentes, si son sábias estas personas cristianas, estos santos; nosotros que pensamos tan poco, y trabajamos tan poco en el negocio de nuestra salvacion, ¿qué seremos!

Puro—segundo. Considera que la mayor parte de los que son muy hábiles, muy capaces, muy diestros en los negocios del mundo, en el negocio de la salvacion, son unos tópos.

Es muy difícil salvarse en el mundo, dicen ellos; pues librémonos de este cuidado. Hay en el mundo mil estorbos que vencer; pues dejemos á los religiosos el empeño de superarlos. Es muy contagioso el aire que se respira en el mundo; todo él está lleno de peligros; pues expongámonos á él sin preservativos, y caminemos sin guia. El negocio de la salvacion es muy dificultoso, está lleno de espinas; pues no hay que matarnos mucho por trabajar en él desde luego: dejemos esto allá para cuando no podamos hacer cosa de provecho. Causa compasion este modo de discurrir, y la misma razon natural se amotina contra él. ¿Pero nunca hemos discurrido así nosotros? Y los que tanto se quejan de las grandes dificultades que hay en el mundo para salvarse, y trabajan tan poco en vencerlas, ¿discurren mejor por ventura ó por desgracia?

En buena fe: aun cuando las dificultades que hay en el mundo para salvarse fueran de tanto bulto como se figuran, ó como se ponderan, ¿debíamos siquiera deliberar un punto sobre la necesidad de vencerlas? Pero no es cierto que estas dificultades sean tan grandes como se abultan. A un enfermo y á un niño cualquiera carga se les hace muy pesada; pero en creciendo este, y en sanando aquel, llevan la misma carga sin dificultad. La mala disposicion de nuestro corazon hace que nos parezca tan penoso el camino del cielo. Digan los mundanos lo que quisieren, el yugo del Señor es suave, y su carga ligera. ¿Qué dificultad, qué estorbo, qué aspereza hay, que su gracia no la facilite, no la endulce, no la allane?

Pero concedámos á los cristianos tibios y cobardes que el negocio

de la salvacion tiene sus dificultades, que es penoso. ¿Y por eso le hemos de mirar con indiferencia, nos hemos de acobardar, hemos de emperezar en trabajar en él? Sin embargo, esto es lo que se hace el día de hoy en el mundo; y quiera Dios, quiera Dios que no haya tambien algo de esto aún en la misma vida religiosa. Luego se distinguen los fervorosos de los tibios. Siempre será verdad que las personas verdaderamente piadosas, las que se ocupan únicamente en el negocio de la salvacion, componen un rebaño pequeño: *Pusillus grex*. Parece que ya ha pasado á ser prescripcion la costumbre de mirar la salvacion con ojos indiferentes; apenas se piensa en ella, y falta poco para que se tenga lástima de los que ocupan en esto su pensamiento. Aquellas personas mundanas tan divertidas y tan alegres; aquellos hombres de negocios y de pasatiempos; aquellos libertinos; aquellos indevotos; aquellas gentes tan poco cristianas que jamás piensan en el infierno, en la eternidad, en la salvacion, sino cuando la muerte los amenaza y los asusta; que solo se llegan á los sacramentos, cuando la muerte se va llegando á ellos; ¿todos estos cristianos fantasmones de la religion, miran la salvacion como su único y mayor negocio? Aun aquellas personas consagradas á Dios por voto, y obligadas por estado y por profesion á caminar incesantemente á la perfeccion cristiana, ¿viven siempre ocupadas en el cumplimiento de sus obligaciones? ¿se afanan mucho por aspirar á lo que deben? ¿no tendrán cosa de que acusarse sobre su indiferencia en orden á la perfeccion evangelica?

Buen Dios, aun cuando el negocio de la salvacion fuera tan fácil como es dificultoso segun el sentir de las mismas gentes del mundo; aun cuando fuera de ninguna consecuencia este negocio, ¿se pudiera hacer menos caso del que se hace de él? ¿qué negocio hay, qué bagatela, que no nos merezca mas atencion y mas cuidado que este negocio decisivo de nuestra eternidad? Si se tratara de la fortuna de un extranjero, de la suerte, de la vida de un hombre desconocido, ¿se pudiera mirar con mas indiferencia este negocio, que con la que tantos y tantos miran el de su eterna salvacion? ¿Y á vista de esto habrá quien se admire de que sean tan pocos los que se salvan?

¡Ah Señor, cuánta á sido hasta aqui mi brutalidad! ¡pero cuál será mi suerte eterna, si vos solo atendeis á mi infidelidad y á mi indiferencia! A vuestra misericordia me acojo, vuestra infinita bondad es todo mi refugio; lleno de confianza en vuestra divina gracia, voy desde luego á trabajar incesantemente en el negocio de mi eterna salvacion.

#### JACULATORIAS.

*Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi. Matth. 18.*

Dadme tiempo Señor, dadme tiempo, que yo procuraré pagaros todo lo que os debo.

*Porró unum est necessarium.* Luc. cap. 10.

No, Señor, no hay mas que un negocio necesario, este es el de mi salvacion.

### PROPOSITOS.

1 Al ver la frialdad y aun el disgusto con que la mayor parte de los cristianos mira todo aquello que conduce á salvarse, ¿quién no dirá que la salvacion es una cosa muy indiferente, que importa poco condenarse, y que Dios nos queda muy obligado cuando nos dá la gana de no perdérsos? ¡Con qué destreza y con qué tiento es menester tratar á los libertinos, y á muchas damas del mundo, cuando dan algunas señales de querer convertirse! Son necesarias la dulzura, la compasion, y aun la elocuencia, acompañada de todos los lenitivos que pueden inspirar el zelo y caridad cristiana. Todo esto prueba el poco concepto que se hace de la salvacion, y la indiferencia con que se la mira. ¿Será buena disculpa el decir que esto de salvarse es cosa ardua? Pues qué, ¿la salvacion es para nosotros cosa indiferente? Tiene la salvacion sus dificultades, es cierto; ¿pero qué otro negocio hay que no tenga las suyas? ¿no hay algo que vencer para adelantarse por la carrera de las armas, para ser hombre de caudal en el comercio, para hacer fortuna por cualquiera otro rumbo que se siga? ¿Quién hay que no conozca las dificultades que le salen al encuentro en su empleo, en su deber, en su estado? ¿cuántos desvelos, cuántos sudores, cuántos malos ratos ha de pasar para vencerlas! ¿qué estado, qué condicion hay en la vida, que esté á cubierto de las inquietudes, de las mortificaciones, de los enfados, de los contratiempos? ¿quién, sino que quiera ser tenido por un pobre insensato, se resuelve á estarse ocioso, con pretexto de que cuesta trabajo el aplicarse á sus negocios? ¿en qué clase del mundo colocáremos á los que nada quieren hacer por no cansarse? ¿Es posible que solo en el negocio de la salvacion nos ha de ser licito no parecer racionales, que solo en él podamos mostrar falta de entendimiento y de conducta, sin peligro de desacreditarnos por eso! Mira, pues, con horror desde este momento tan detestable indiferencia, y convénzete á que es la mas insigne locura, la mas funesta, y la mas irremisible desdicha, no aplicarse con seriedad al negocio de su salvacion. Acaba siempre las plegarias ó oraciones de la mañana con estas bellas palabras, que debieran estar grabadas en todas las paredes: *Porró unum est necessarium.* Hoy no tengo mas que un negocio preciso y necesario, que

es el de mi salvacion. Procura tenerlas escritas con letras grandes en alguna parte publica de tu cuarto, donde te den, por decirlo asi, en los ojos muchas veces al dia, y quando te salga alguna pretension, algun negocio temporal, imagina que te dice Dios allá dentro del corazon: *Porró unum est necessarium.*: una sola cosa te es necesaria, que es salvarte.

2 Imponte una ley de no emprender jamás negocio alguno, que no le refieras á tu salvacion. Dite á ti mismo lo que se decia á si propio san Francisco de Borja: ¿Este negocio, este estudio, esta diversion conducirán para salvarme? Déjalo todo antes que dejar las obligaciones de cristiano: ningun negocio ha de estorbarte tus ejercicios espirituales diarios, tu oracion, tu misa, tu leccion espiritual, tu visita de altares, tu frecuencia de sacramentos. El hombre de un solo negocio todo está ocupado en él.





## DIA XXV.

**San Marcos, evangelista.**

FUE san Marcos judío de origen, y se conoce por su estilo que estaba mas versado en la lengua hebrea que en la griega. Era originario de Cirene en la provincia de Pentápolis; asegura Beda que era de familia sacerdotal. Bien pudo alcanzar á Cristo; pero se tiene por cierto que no fue del número de sus discipulos. Fue si uno de los primeros que convirtió el apóstol san Pedro despues de la venida del Espíritu Santo y por eso le llama *hijo* en su primera epístola, por haberle engendrado en Jesucristo.

Por su fervor, por su zelo, por su devocion, y por el grande amor que profesaba á su Maestro, le escogió este por compañero suyo en los viajes, haciéndole su intérprete y confidente. Acompañóle á Roma, donde Marcos tuvo gran parte en lo que san Pedro hizo y padeció para plantar la fe de Cristo en aquella capital del mundo. Sembraba san Pedro, regaba san Marcos, y Dios hacia crecer en abundancia el número de los fieles, tanto que apenas se hablaba otra de cosa que de la fe de los romanos.

Precisado san Pedro á ausentarse de Roma por atender á las otras funciones de su apostolado, dejó en ella á su amado discípulo Marcos, que cultivó aquella viña con felicidad. En este tiempo fue cuando los fieles de Roma, inflamados cada dia mas y mas en el amor de la verdad, y penetrados de los grandes misterios del evangelio, que san Pedro les habia predicado, rogaron á san Marcos que los dejase por escrito la historia evangelica, para tener el consuelo de conservarla en la memoria, y de repasar muchas veces la doctrina que habian oido al Apóstol. Vencido nuestro Santo de sus piadosas instancias, escribió lo que habia oido al Principe de los apóstoles, ya en sus instrucciones públicas á los fieles, ya en las conversaciones familiares y privadas. No se detiene san Marcos en referir las cosas segun la cronologia exacta de los tiempos, sino en observar una grande exactitud y precision en los hechos que refiere, cuidando sobre todo de no omitir cosa alguna de cuantas habia oido de la boca de su Maestro, y de seguir fielmente la iluminacion del Espiritu santo, por cuya inspiracion y orden escribia.

Supo san Pedro por divina revelacion, estando ausente, que san Marcos habia escrito el evangelio; y vuelto á Roma, le aprobó, y mandó que se leyese en la Iglesia. Es este evangelio, por la mayor parte, como un compendio del de san Mateo, aunque en algunas cosas en pocas palabras añade circunstancias muy considerables. Apunta san Crisostomo que fue san Marcos mas breve que los otros tres evangelistas por imitar á san Pedro que gustaba hablar poco. Y dice Eusebio, que como solo escribió lo que oyó al mismo san Pedro, omitió todo lo que Cristo dijo en tanta gloria y honra de este Apóstol, despues que le confesó por Hijo de Dios vivo; y que callando tambien el milagro de cuando caminó san Pedro por el agua, arrojándose al mar en busca de su Maestro, se detiene por el contrario en referir muy despacio y con gran menudencia todo lo que podia ceder en humillacion del Apóstol, como el lance de sus tres negaciones, que le costaron tantas lágrimas, del qual hablaba el humildísimo Apóstol con mucha frecuencia.

Escribió san Marcos en griego su evangelio, por ser esta la lengua mas comun en aquel tiempo, no sólo en el Oriente, sino dentro de

la misma Roma, donde todos hablaban mas en griego que en latin, hasta las mas infimas mugercillas, como se queja, y lo satiriza un poeta. Tambien se valió san Pedro de nuestro Santo para escribir la epistola á los fieles de diferentes provincias de Asia, y aun san Jerónimo cree que todo el estilo es de san Marcos, y que san Pedro solo le dictó la sustancia. Aseguráse que san Pedro envió á san Marcos á Aquileya, y que se deluvo dos años y medio en aquella ciudad, donde convirtió á la fe gran número de personas, y fundó aquella iglesia que en los primeros siglos fue muy célebre en el Occidente.

Habiendo sido expelidos de Roma todos los judios por decreto del emperador Claudio, por los años de 49 del Señor, fue san Marcos de orden de san Pedro á Egipto, para predicar el reino de Dios en aquel vasto pais, y en todas las provincias que dependian de él. Llevó consigo el evangelio que habia escrito, para que las naciones á quienes enseñase de viva voz, tuviesen despues la misma comodidad que los romanos; porque la lengua griega era, por decirlo así, la lengua de comercio en todo el Oriente, y se usaba aun mas en Alejandria que en Roma.

Leno san Marcos de aquel mismo espíritu que animaba á los apóstoles, solo suspiraba por introducir en todas partes la luz de la religion. Desembarcó en Cirene, de la provincia de Pentápolis, donde obró muchos milagros, y logró gran número de conversiones.

Abriendo los ojos aquellos pñeblos idólatras á las verdades que los predicaba el nuevo Apóstol, hicieron pedazos los ídolos, y echaron por tierra las estátuas que habian consagrado á los demonios. Desde allí pasó á las otras partes de Libia, esto es, á aquellas provincias que se llamaban Marmarica y Amoniaca, en las cuales trabajó doce años, y en todas con el mismo buen suceso. Penetró hasta el alto y bajo Egipto, en una y en otra Tebayda, y echó el Señor tantas bendiciones á sus apostólicos trabajos, que aquellos pueblos donde habia reinado el paganismo por espacio de tantos siglos, con tanta obstinacion que eran los mas adheridos á las supersticiones mas groseras de la idolatria, fueron en lo sucesivo aquella tierra afortunada, dichosa habitacion de tantos santos anacoretas; y en fin, la tierra mas agradecida de todo el universo, donde mas y mejor fructificó el grano del evangelio.

Despues que san Marcos desmontó aquel vasto campo cubierto de malezas, resolvió pasar á predicar la fe en la misma Alejandria, que á la sazón era despues de Roma la ciudad mas principal del imperio. Habiendo, pues, dejado á sus discipulos para que cultivasen la nueva cristiandad, partió á la corte y cabeza del Oriente, para cuyo apóstol lo tenia destinado el cielo.

Refiérese en las actas mas antiguas, que al mismo entrar en la ciudad, habiéndosele descosido una sandalia, se la dió á componer á un zapatero, el cual por descuido se picó con la lesna, y en aquel primer movimiento de dolor, exclamó sin libertad, *Jay mi Dios!* porque, como observa Tertuliano, hasta ahora no ha podido conseguir la mas ciega y mas extragada idolatria, que el alma en sus primeros movimientos naturales no parezca como naturalmente cristiana, reconociendo á un solo Dios verdadero. Tomó ocasion san Marcos de la exclamacion y grito de aquel pobre zapatero para darle á conocer al único y verdadero Dios, á quien él invoca sin advertirlo; y aplicándole un poco de todo á la herida, haciendo sobre ella la señal de la cruz, se cerró al instante. Aniano, que así se llamaba el zapatero, admirado del milagro, y prendado del aire grave, modesto, y mortificado de san Marcos, le instó para que entrase en su casa, descansase y refrescase en ella con todos los de su comitiva; y al mismo tiempo quiso instruírse de la verdad por medio de las preguntas que hizo á su huésped. Despues de suficientemente instruido, fue bautizado con toda su familia, y con otras muchas personas que se convirtieron por la doctrina y milagros de san Marcos, haciendo Aniano en poco tiempo tantos progresos, así en el conocimiento, como en el ejercicio de las virtudes cristianas, que dos años despues le hizo san Marcos obispo de Alejandria; y este fue el principio de la religion cristiana en aquella gran ciudad.

Multiplicóse tan prodigiosamente en poco tiempo el número de los fieles, que san Marcos se vió precisado á instituir en Alejandria varias iglesias ó parroquias donde se les instruía en los misterios de la fe, se partía y se les distribuía el sagrado pan de la comunión.

Creció el fervor con el número de los nuevos cristianos. Movidos muchos de ellos de un ardiente deseo de aspirar á la mas elevada perfeccion, se determinaron añadir la práctica de los consejos evangélicos á la observancia de los preceptos; y en poco tiempo se llenó, no solo aquella gran ciudad, sino todo su territorio, de héroes cristianos, que renunciando todas las conveniencias y regalos de la vida, se ocupaban únicamente en Dios, pasando los dias en el ejercicio de muy rigurosas penitencias, en la leccion de la sagrada Escritura, y en la meditacion de las verdades eternas. Como la mayor parte de estos fervorosos cristianos era de la nacion hebrea, y conservaban todavia muchas ceremonias judáicas, Filon creyó que eran judios, y son aquellos contemplativos de Egipto, llamados *Terapeutas*, nombre que significa los que *están particular y únicamente dedicados á servir á Dios*; y esta fue como la semilla de aquel prodigioso número de solitarios, que algunos siglos despues poblaron el Egipto y la Tebayda.

Tantas y tan ruidosas conversiones no podian menos de excitar alguna violenta persecucion. Amotinóse toda la ciudad contra san Márcos, á quien llamaban el *Galileo*, que solo habia venido, como decian ellos, para echar por tierra los ídolos y arruinar el culto de los dioses. Viendo el santo alborotado al pueblo, y previendo las consecuencias de la persecucion, dió las providencias convenientes para el bien de su iglesia, y consagró por obispo de ella á san Aniano, que está tenido por el primer obispo de Alejandria; porque aunque san Márcos lo fue antes que él, mas se le considera como apóstol, que como pastor de un determinado rebaño.

Despues de haber proveido de esta manera á las necesidades espirituales de la iglesia de Alejandria, volvió san Márcos á visitar á sus amados hijos en Cristo, que habia dejado en Pentápolis; y gastó dos años en correr aquellas provincias, y en consolar á los fieles, cuyo número, piedad y devocion, crecian cada día. Restituido á Alejandria, comenzó á disponerse para el sacrificio de su vida que habia de hacer á Jesucristo, el cual no se dilató mucho, porque un día que el pueblo de aquella ciudad celebraba la fiesta de su ídolo Sérapis, comenzó á gritar furioso: *Búsquese con toda diligencia, y sea sacrificado á nuestra justa cólera el enemigo de nuestros dioses*. Poco tiempo gastaron en buscarle, porque le encontraron en el altar ofreciendo á Dios el divino sacrificio. Arrojáronse sobre él, echáronle una soga al cuello, y arrastrándole por las calles gritaban: *Lleemos este buey á Bucoles, para llevarle despues al matadero*. Era Bucoles un sitio cerca del mar, lleno de peñascos, entre los cuales habia algunas praderias donde pastaban los bueyes de la ciudad. Mientras le arrastraban de esta manera desde la mañana hasta la noche, quedando la tierra regada con su sangre, y viéndose en ella algunos pedazos de carne que se desprendian del santo cuerpo con la fuerza de los golpes, el santo no hacia mas que dar mil gracias á Dios y cantar sus alabanzas. Habiendo cerrado la noche, le metieron en un espantoso calabozo, donde Cristo se le apareció, le consoló, y le aseguró que presto seria con él en su gloria.

Apenas amaneció el día siguiente, cuando le sacaron de la cárcel, y le volvieron á arrastrar por las calles con la misma algazara ó inhumanidad que el día precedente, hasta que en fin rindió su alma á Dios, y consumó su martirio á los 25 de Abril del año 68, en cuyo día toda la iglesia latina y griega celebra su fiesta.

Intentaron los gentiles quemar el santo cuerpo; pero habiéndose levantado de repente una furiosa tempestad que los hizo retirar mas que de paso, los cristianos se aprovecharon de la ocasion, y le enterraron en un hueco ó concavidad abierta en uno de los peñascos de Bucoles, donde solian juntarse para hacer oracion. En el año de

316 se edificó en aquel sitio una magnífica iglesia, en la cual en el sexto siglo se conservaba todavía el manto ó *pallium* de san Marcos, que el obispo Alejandrino se ponía antes de tomar posesion de su silla episcopal.

Aunque en el octavo siglo estaba ya la ciudad de Alejandria en poder de los sarracenos, ó de los árabes mahometanos, todavía se conservaban en ella estas preciosas reliquias con singular veneracion, encerradas en un sepulcro ó urna de mármol que se veía delante del altar de una iglesia en lo último de la ciudad hácia la parte del mar, lo que muestra que las habian trasladado del lugar donde las habian enterrado al principio.

En el año de 870 era ya opinion pública y universalmente recibida que el cuerpo de san Marcos no estaba en Alejandria, porque los venecianos le habian hurtado secretamente, bien persuadidos á que era un grande acto de religion libertarle del furor de los mahometanos y de los árabes.

Está debajo de la proteccion de san Marcos esta serenísima república, y el dia 25 de Abril se celebra en Venecia la fiesta del santo Evangelista con solemnidad verdaderamente augusta. Tambien se celebra en ella con singular magnificencia la fiesta ó la memoria de su traslacion el dia 31 de Enero, y el 25 de Junio se celebra otra tercera fiesta con el título de *la aparicion de san Marcos*, esto es, de la invencion ó descubrimiento de su santo cuerpo, que fue hallado en el siglo undécimo, habiéndose ignorado por mucho tiempo el sitio donde estaba escondido aquel precioso tesoro.

En el mismo dia celebra la Iglesia la institucion de las letanias mayores, hecha por san Gregorio el Grande el año de 590, para aplacar la cólera de Dios que se experimentaba en Roma con efectos muy sensibles, por la cruel peste que desolaba la ciudad. Queriendo aplacar la ira de Dios aquel insigne pontífice, ordenó que por tres dias consecutivos se hiciesen procesiones generales, y oraciones públicas. Llamáronse entonces *Letanias septenarias*, porque disponiendo el santo que todos los fieles se distribuyesen en siete coros, mandó que á un mismo tiempo saliesen todos de siete iglesias diferentes, como para formar otras tantas procesiones. No le engañó al fervorosísimo Pontífice su grande confianza en la intercesion de la santísima Virgen y de los santos; porque llevando en la mano la imágen de nuestra Señora, que se cree comunmente haber sido pintada por san Lucas, al llegar cerca de la mole de Adriano, se dejó ver sobre ella un ángel en ademan de quien meía en la vaina una espada desenvainada que tenia en la mano, y desde aquel punto cesó el azote de Dios; y el castillo que se levantó despues en aquel mismo sitio, se llamó, y se llama hoy en memoria

de esta aparicion, *el castillo del santo Angel*. Y porque se cree que estas procesiones fueron instituidas el día 25 de Abril, consagrado á la memoria de san Márcos, por eso hace la Iglesia en este día su conmemoracion aniversaria.

**La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue:**

*Deus, qui beatum Marcum evangelistam tuam evangelicis prædicationis gratia sublimasti: tribue, quæsumus, ejus nos semper eruditione proficere, et oratione defendi. Per Dominum nostrum...*

O Dios, que elevaste á tu santo evangelista Marcos por la gracia de la predicacion del santo evangelio; concédenos que nos aprovechemos siempre de su santa doctrina, y seamos protegidos de su poderosa intercesion. Por nuestro Señor...

**La epístola es del cap. I de Ezequiel.**

*Similitudo vultus quatuor animalium: facies hominis, et facies leonis à dextris ipsorum quatuor. facies autem bovis à sinistris ipsorum quatuor, et facies aquila desuper ipsorum quatuor. Facies eorum, et pennas eorum extenta desuper: duæ pennæ singulorum jungebantur, et duæ tegebant corpora eorum: et unumquodque eorum coram facie sua ambulabat: ubi erat impetus spiritus, illuc gradiebantur, nec revertiebantur cum ambularent. Et similitudo animalium, aspectus eorum quasi carbonum ignis ardentium, et quasi aspectus lampadarum. Hæc erat visio discurrens in medio animalium, splendor ignis, et de igne fulgur egrediens. Et animalia ibant et revertiebantur, in similitudinem fulguris coruscantis.*

La figura del semblante de los cuatro animales: tenian cara de hombre, y cara de leon tenian todos cuatro por su parte derecha: y cara de buay tenian todos cuatro por la parte izquierda sobre los mismos cuatro semblantes de águila: sus caras y sus alas se extendian hácia arriba: dos alas de cada uno de ellos se juntaban, y dos cubrian sus cuerpos. Y cada uno de ellos se movia segun la direccion de su semblante: adonde les llevaba el impetu del espíritu, allí iban, y cuando andaban no se volvian atras. Y la figura de los animales se presentaba á la vista como carbones ardientes de fuego, y como lámparas encendidas. Veíase discurrir por entre medias de los animales un resplandor de fuego, y salir de éste rayos. Y los animales iban y venian á manera de rayos resplandecientes.

## NOTA.

«Era el profeta Ezequiel de familia sacerdotal, y se hallaba dentro de Jerusalén, cuando la sitió Nabucodonosor. Habiéndose entregado Jeconías, rey de Judá, fué Ezequiel llevado cautivo á Babilonia; allí profetizó, y allí tuvo aquellas misteriosas visiones, que encierran tan altos sentidos. La de los cuatro animales, que tiraban el misterioso carro de la gloria de Dios, la aplica la Iglesia á los cuatro evangelistas.»

## REFLEXIONES.

En el lenguaje de los profetas todo es enigma, todo misterio. Habla Dios muy de otra manera que los hombres; y la mas sábia y mas juiciosa inteligencia y penetracion de los hombres, es sujetarse con respeto y con humildad á la magestuosa obscuridad de la palabra de Dios. ¿Qué concepto haríamos de nuestro Dios, si solamente pensase y hablase como piensan y hablan los hombres, ó si los hombres pudiesen penetrar y comprender todo lo que Dios piensa y habla? ¡O, y qué prueba tan sensible de la necesidad de la fe es esta infinita desproporcion! En Dios todo es sobrenatural, todo superior á la razon; descamínase, y se pierde el entendimiento humano, cuando solo quiere lo que alcanza por sí mismo. Lleno está el mundo de experiencias concluyentes, que acreditan esta verdad. Todas cuantas herejías han brotado en todos tiempos son pruebas y ejemplos que la convencen. La luz del entendimiento humano en materia de religion, es como aquel fuego fátuo, ó como aquellas exhalaciones luminosas y fugaces que se encienden de noche, y solo sirven para conducir al precipicio á los que se fían de ellas. Ni hay, ni puede haber otras antorchas seguras que las luces de la fe; camínase con seguridad yendo delante tales guías. ¿Podiera Dios instruir al hombre en unas verdades tan sobrenaturales, tan superiores á lo que puede concebir, tan desproporcionadas á las ideas que tiene, sino por medio de las luces de la fe? ¿Podiera Dios instituir una religion que estoviese exenta de esta humilde sujecion y ciego rendimiento á sus revelaciones, y á su divina palabra? ¿puede haber mayor estravagancia, que pretender que un entendimiento tan corto, tan limitado como el nuestro, que ignora la maravillosa estructura de una hojita, de una flor; que no sabe contar los cabellos de la cabeza, quiera erigirse en censor y en juez de las verdades de la religion; que apele de éstas á su tribunal; que condene y repruebe todo lo que no entiende; y que intente que Dios no sepa decir sino lo que él sabe comprender? Pero si fuere oscura la divina palabra, ¿quién nos declarará su verdadero sentido? Ya proveyó esto el mismo Cristo, comunicando su espíritu á la iglesia, para que ella sola fuese su legitimo intérprete; fuera de ella, todos los

quemás son profetas falsos. Una es la verdad, uno es el oraculo, y esta único oraculo es la iglesia. ¡Mi Dios, qué seguro, y al mismo tiempo qué breve y qué fácil es este camino de la salvacion! Para hacernos hábiles en esta sublime ciencia, todo nuestro estudio se debe reducir á cantivar el entendimiento en obsequio de la obediencia de Jesucristo. El ser de Dios, las verdades elevadas de la religion son incomprendibles al entendimiento humano; esto mismo convence á mi razon de que son verdaderas, y para esta reflexion me sirve mi razon. La vision que tuvo el profeta Ezequiel representaba la gloria de Dios, como él mismo lo declara en estos términos: *Tal fué la imágen de la gloria del Señor.* ¡Pues de qué nos admiramos ya, si habiéndosele representado esta imágen toda envuelta en oscuridad, habla por jeroglificos y por misterios! ¡qué elevados sentidos no encerró Dios en estas imágenes! ¡qué idea mas magnífica de la grandeza de Dios! ¡qué representacion mas magestuosa de su santidad, ¡qué retrato mas misterioso de los sagrados reyes de armas del evangelio. Escribieron y predicaron unicamente por el impulso é inspiracion del espíritu divino, que gobernaba su pluma y su lengua; fueron á todas las partes donde Dios los envió, andando y desandando, según el Señor les inspiraba, sin que nadie fuese capaz de detenerlos: tuvieron alas y manos, contemplaron á Dios, y le anunciaron á los hombres. La santidad que nos enseña el Evangelio, es ciencia práctica; la fe sin obras es muerta. No hay en la escritura misterio que no sea un documento.

#### El evangelio es del capítulo 10 de san Lucas.

*In illo tempore: designavit Dominus et alios septuaginta duos, et misit illos binos ante faciem suam in omnem civitatem et locum, quod erat ipse venturus, et dicebat illis: Messis quidem multa, operarii autem pauci. Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam. It: ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos. Nolite portare sacculum, neque peram, neque calceamenta, et neminem per viam salutaveritis. In quamcumque domum intraveritis, primum dicite: Pax huic domui: et si ibi fuerit*

En aquel tiempo eligió el Señor otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de sí á todas las ciudades y lugares adonde él habia de ir; y les decia: La mies es grande, y pocos los operarios. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe operarios á su hacienda. Id: he aquí que os envío como corderos entre lobos. No lleveis bolsa, ni zurrón, ni sandalias, y no saludéis á nadie en el camino. En cualquiera casa que entráreis, decid primero: Paz sea á esta casa: y si allí hubiese hijo de paz, descansará sobre él la paz

*filii pacis, requiescet super illum pax vestra: sin autem ad vos revertetur. In eadem autem domo manete edentes et bibentes quae apud illos sunt; dignus est enim operarius mercede sua. Nolite transire de domo in domum. Et in quacumque civitatem intraveritis, et susceperint vos, manducate quae apponuntur vobis: et curate infirmos, qui in illa sunt, et dicite illis: Appropinquavit in vos regnum Dei.*

vuestra; pero si no, se tornará á vosotros. Permaneced, pues, en la misma casa comiendo y bebiendo de lo que tienen; porque el operario es digno de su premio. No paseis de una casa á otra. Y en cualquiera ciudad que entráreis y os recibieren, comed lo que os pongan delante: y curad los enfermos que hay en ella, y decidles: Se acercó á vosotros el reino de Dios.

### MEDITACION.

*De la palabra de Dios, y de la disposicion con que se debe leer y oír.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que no hay cosa mas eficaz, no la hay mas fuerte que la palabra de Dios. ¡Qué no ha obrado en el órden de la naturaleza, y qué maravillas no ha hecho en el órden de la gracia! Esta divina palabra fue la que con su divino poder sacó de la nada todo cuanto tiene sér; la que estableció los cielos, y dió á la tierra su consistencia y su fecundidad. Por la virtud de esta divina palabra el sol se para en medio de su carrera, y las aguas se consolidan, y se detienen inmóviles. Habla Cristo, y el mar se humilla, las tempestades calman, y hasta la misma muerte oye y obedece su voz. ¡Pero qué no ha hecho en el órden de la gracia esta palabra omnipotente! ¡qué milagros mas estupendos, qué maravillas mas asombrosas!

¿No es la palabra de Dios la que convirtió y santificó al mundo? ¿la que triunfó de la idolatría? ¿la que domó el vicio y la impiedad? ¿la que destrozó los cedros del Líbano, y abatió el orgullo de las potestades de la tierra? ¿no es ella la que anunciada por doce pobres pescadores, sin cultura, sin elocuencia, sin arte, se dejó escuchar de todo el universo, persuadió á los filósofos, confundió á los disolutos, convenció á los ateístas? La sabiduría humana, la razon orgullosa, las pasiones desenfrenadas, la inclinacion á los deleites, el amor de la vida, todo cejó, todo se rindió, todo cedió á la omnipotente virtud de la divina palabra. Vióse ya mas de una vez que al acabar de oír un sermón, al acabar una lección espiritual, al salir de una meditacion, se dejó el trono, se abandonó la córte, se buscó un desierto, y se trocó la púrpura real por un áspero cilicio. Nada ha perdido de su virtud la palabra de Dios, porque ni se envejece, ni se debilita.

¿Pues de dónde nace que siendo tan fecunda como de suyo lo es, parezca el día de hoy tan desvirtuada y tan estéril en el cristianismo? Nunca se predicaron mas sermones, y nunca se vieron menos conversiones. Puede decirse con verdad, que el ministerio santo de la predicacion, que en el curso regular de la providencia debiera producir frutos tan abundantes y copiosos, hoy con grande confusion nuestra, se ha hecho uno de los empleos, al parecer, mas inútiles. No atribuyamos esta espantosa esterilidad á la divina semilla, sino á la tierra en que se recibe. Oyese la palabra de Dios sin disposicion, con que no es maravilla que se oiga sin gusto: léese con orgullo, por curiosidad, con espíritu de contradiccion, con el corazón preocupado, sin sumision, sin docilidad, sin respeto. ¡Y despues nos admiramos de que se convierta en veneno este excelente alimento! ¿qué este admirable maná se derrita y se corrompa! En un estómago enfermo los mejores alimentos se corrompen, y causan enfermedades mortales. El mayor castigo con que amenaza Dios á su pueblo, es no ya el hambre, sino quitar la virtud al pan. No hay hoy cosa mas comun entre los fieles que la palabra de Dios: ¡cuántas veces la he oido, y la he leído! ¿pero cuántos milagros, cuántos frutos ha producido en mí? ¡Buen Dios, cuánto debe espantarme esta esterilidad!

**PUNTO SEGUNDO.**—Considera que tan pernicioso es no tomar alimento como tomarle estando en mala disposicion. Igualmente se muere de hambre que de enfermedad. ¿Oyese la palabra de Dios como palabra de Dios? Preguntémoslo á la ánsia que se tiene de oirla, al respeto y á la docilidad con que se oye. ¡Cuántos van á oirla solo por hacer crisis de los talentos y de la habilidad del que predica! Se hace vanidad de la misma resistencia, solo por acreditarse de mejor y mas delicado gusto. Cuando hace alguna fuerza el sermón, se piensa que todo está ya hecho, y sin embargo se puede decir que nunca nos resta mas por hacer. Algunos van á oír la palabra de Dios solo por oír al predicador; esto es, no tienen otro motivo para asistir al sermón, sino el estar convidados: van por bien parecer, por atencion, por costumbre, ó por pasar una hora de tiempo: vase tambien por empeño, por parcialidad, y tal vez por pura adulacion, lisonja, ó complacencia. Los motivos de aquellas damas, que solo van al sermón por dejarse ver, por brillar, y por lucirlo: los de aquellos disolutos de tan poca religion: los de aquellos ociosos que solo se mueven por humor ó por capricho, los motivos de todas estas personas tan poco cristianas, ¿son siempre muy espirituales, son muy puros? ¡Y no seria maravilla que la palabra de Dios fructificase en corazones tan mal dispuestos; que estos pedascos diesen agua; que prendiese el grano sembrado entre estas piedras, y en medio del camino!

Son pocos los que se aplican á sí lo que oyen al predicador. Se hace un retrato que se nos parezca, se dice que aquello no es predicar sino morder: no es doctrina sino sátira. ¿Y á vista de esto nos causará admiracion, que con tantos ministros del Señor, que anuncian su palabra con tanta energia, que resonando á cada paso en todos los púlpitos las verdades mas terribles de la religion, sean tan pocos los que se convierten? Se sale por la mañana del sermón con ánimo de ir por la tarde á la comedia; y se oye ésta con mas atención que aquél. Háblanos Dios: ¿con qué respeto, con qué docilidad, con qué sumision, con qué humildad se le debe oír! ¿Será buena disposicion para oír ó para leer la palabra de Dios, un gusto de novedad, un espíritu de curiosidad, y de critica?

¡Ah Señor, y cuánto he perdido yo! ¡y qué motivos de dolor me he fabricado á mi mismo! Solo con consultar el fruto que he sacado de vuestra divina palabra, me basta para comprender cuánto he perdido, y cuánto tengo que llorar. Si basta sepultar el talento para condenar á un dador negligente y perezoso, ¿qué deberá pensar yo de lo que os debo? Dadme tiempo, Señor, dadme tiempo, que con vuestra divina gracia yo sabré aprovecharme tambien de vuestra divina palabra; yo negociaré tanto con este celestial tesoro, que todo os lo pagaré.

#### JACULATORIAS.

*Beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud. Luc. 11.*  
Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la practican.

*Lucerna pedibus meis verbum tuum, et lumen semitis meis.*  
Salm. 118.  
Tu palabra es luz que me dirige, y linterna que me alumbra.

#### PROPOSITOS.

1 La palabra de Dios es omnipotente. Habló Dios, y todo le obedió. Hasta la nada, por decirle así, oyó su voz, y no pudo resistirse á sus preceptos. ¿Qué virtud no tiene esta divina palabra aun en la boca misma de los hombres? Hace que las ondas se endurezcan y se consoliden debajo de los pies; hace que los mas duros peñascos broten agua en abundancia; hace que se abran los sepulcros, y que vomiten vivos á los que tragan cadáveres. Toda la naturaleza enmudece, todo calla cuando habla Dios, y su voz jamás se debilita. ¿Pues de donde nace, que esta divina palabra, cuya virtud nunca se envejece, sea hoy tan poco eficaz; y que la voz de Dios que se hace oír

hasta en los abismos, que trastorna los mas empinados, los mas robustos cedros del Libano, pueda, al parecer, penetrar el corazon del hombre, ni abatir su orgullo? Dios predica, Dios habla, Dios amenaza; ¿pero quien se convierte? ¿de donde proviene esta impia resistencia de nuestros corazones? Proviene de que se oye la palabra de Dios sin docilidad; de que se asiste á los sermones con mala disposicion. Cae este misterioso grano, ó en medio del camino, y le pisan los pasajeros; ó en tierra pedregosa, y se seca por falta de jugo; ó entre zarzales y espinas, y éstas le sufocan; es muy poco el que cae en buena tierra. Examina cuál de estas parábolas te comprende. Tu corazon es esta tierra; ¿pero es acaso la tierra del camino real por donde todos pasan? ¿es la tierra pedregosa? ¿es la que está llena de las espinas que brotan las pasiones? ¿con qué disposicion vas á oír el sermón? Prueba clara del poco caso que haces de él, es el poco fruto que sacas. Comienza acusándole con dolor en la primera confesion, de este poco aprecio, de esta indiferencia, y de lo que has abusado tanto tiempo ha de la palabra de Dios, observando en adelante los consejos siguientes. Primero: Antes de ir al sermón; dite á tí mismo que vas á oír la palabra de Dios. Segundo: Al empezarse el sermón, pide al Señor te dé gracia para aprovecharte de él con esta breve oracion: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus*: Hablad, Señor, que vuestro siervo oye: ó por medio de esta otra: *Servus tuus sum ego: da mihi intellectum ut sciam testimonia tua; tempus faciendi, Domine*: Vuestro siervo soy, Señor: dadme entendimiento para conocer lo que queréis que haga, y para practicarlo; porque ya es tiempo de acreditar mi rendimiento mas con obras que con palabras. Tercero: Oye con respeto la palabra de Dios, estando persuadido á que á tí solo se dirige, y contigo solo habla. Cuarto: Cuida que las aves no se coman todo el grano; y despues del sermón pide al Señor su gracia para que no se pierda lo que oíste.

2 Es la sagrada Escritura la palabra de Dios pura y neta. ¿Qué indignidad es leerla sin atencion, sin devocion, y sin respeto! ¿qué impiedad abusar de ella para burlas, para chanzonetas, para aplicaciones profanas! Desde el principio de la Iglesia se valió el demonio de todos los herejes para corromper el sagrado texto. Ellos gritaban y publicaban en todas partes que aquella era la palabra de Dios. De aquí nació aquella tropa de espíritus ligeros ó corrompidos, que en todos tiempos corrieron á engrosar el partido de los herejes: de aquí aquel espíritu de rebelion contra la Iglesia, que siendo la única depositaria de la fe, y la única á quien el Señor ha prometido su verdadero espíritu, es tambien la única que puede descubrir, desenmarañar, y proscribir el error. Ninguna herejía ha habido en que no haya reñado el fanatismo: habla la pasion, el orgullo y la disolucion,

y ella grita que es Dios el que habla. No hay cosa mas perniciosa que los libros heréticos: ten un santo horror á todos los que condena la Iglesia. Por lo comun están escritos con mucho arte, con bello estilo, con gracia, con sal: el papel, la letra, hasta la misma curiosidad de la encuadernacion embelesa; pero es muy peligroso el veneno de que están llenos: cuanto mejor preparado, es mas sutil, mas digno de temerse; rara vez se espele, si una vez se introduce. Sola la Iglesia conserva la palabra pura de Dios: nunca leas otros libros que los que ella autoriza, ó no condena; y procura informarte de un sabio y santo director, qué libros podrás leer sin peligro. El estómago débil no puede con alimentos fuertes. Apenas ha habido secta ó herejia que no haya traducido en lengua vulgar la sagrada Escritura, poniéndola en manos de ignorantes y de mujeres. Presto se toma una plaza, cuando se envenenan todas las fuentes. No sin razon ha prohibido tantas veces la Iglesia en sus concilios que se traduzca la sagrada Escritura en lengua vulgar. No la leas en esta lengua sin licencia, y léela siempre con devocion y con mucho respeto. Muchos santos la leian de rodillas y con la cabeza descubierta: ¡Oh, y cuánto es de temer que este prurito que tienen de leer la sagrada Escritura tantos ignorantes y tantos cortisimos entendimientos, no nazca del enemigo de la salvacion y del espíritu de orgullo!



## DIA XXVI.

**San Cleto y san Marcelino, papas y Mártires,**

**S**AN Cleto fue romano; y habiéndole convertido á la fe el apóstol san Pedro, se hizo discípulo suyo, y en la escuela de tal maestro aprovechó tanto en poco tiempo, que fue ejemplo y modelo de todo el clero de Roma, así por su zelo, como por su fervor y admirable devoción

Con su afabilidad conquistaba los corazones de todos, hasta de los mismos paganos; y el grande amor que profesaba á Jesucristo, daba á entender que habia heredado de su Maestro aquella singular ternura, con que éste habia mirado siempre al Salvador. Hacia san Pedro tanto aprecio de san Cleto, que se cree, y con razon, haberlo escogido juntamente con san Lino, no solo para trabajar á su vista en Roma y sus contornos, como los demás operarios evangélicos que empleaba en la viña del Señor, sino tambien para que en su ausencia gobernasen aquella primera iglesia del mundo.

Habiendo terminado san Pedro el año 67 del Señor su gloriosa carrera por medio del martirio, le sucedió inmediatamente san Lino, y á san Lino sucedió san Cleto. Bien era menester un pontífice tan grande en aquellos dificultosos tiempos de una Iglesia recién nacida, y de una persecucion tan universal, en que los fieles estaban necesitados de quien los socorriese y los alentase. Todo lo hallaron en la inmensa caridad de nuestro Santo. No hubo provincia tan remota en toda la extension del imperio romano; no hubo rincón tan escondido, que no sintiese los efectos de su caridad y de su zelo en las necesidades de los cristianos. A unos socorria con limosnas, á otros alentaba con sus cartas, y á todos dirigia y consolaba con sus paternales instrucciones. Aunque el rebaño era muy numeroso, á todo proveía el vigilante Pastor. Ordenó en Roma á veinte y cinco presbíteros, y no omitió medio alguno de cuantos podian contribuir al bien, aumento y propagacion de la Iglesia.

Habia doce años que la gobernaba con toda aquella vigilancia, prudencia y acierto que se podia esperar de uno de los mas amados discipulos del Príncipe de los apóstoles, cuando Domiciano, el tirano mas cruel, y el mas enemigo de los cristianos, que hasta ahora se ha conocido, excitó contra ellos una de las mas horribles persecuciones que padecieron jamás. No se pueden decir las crueldades que ejerció contra los siervos de Cristo, cuyo nombre estaba resuelto á exterminar. A un mismo tiempo rompió la tempestad en todas partes: en un solo dia se contaron muchos millares de mártires; y en todos los rincones del mundo corrian arroyos de sangre de aquellos héroes cristianos.

Pero hacia poco caso el tirano de la exterminacion del rebaño, mientras quedase con vida el Pastor; y así convirtió contra él toda su rabia. Mandó que fuese buscado el Pontífice romano, el cual no cesaba de correr dia y noche por la ciudad y por la campaña, arrastrado, digámoslo así, por grutas y por cavernas, para asistir y consolar á los fieles. Fue preso san Cleto, y metido en una cárcel cargado de cadenas. La alegría que mostró, con admiracion de todos, acreditaba el deseo que tenia de derramar su sangre por Cristo; pero la impaciencia con que estaba el tirano por verle acabar la vida, le aborrió muchos tormentos. Fue, pues, martirizado en Roma el dia 26 de Abril del año de 96. Consérvase su

cuerpo en la iglesia de san Pedro en el Vaticano, y se muestran algunas de sus santas reliquias en la de san Pablo de Plaza Colona.

Hónrale como á su patrono y titular la ciudad de Ruvo en la antigua Calabria, creyéndose en ella, por antigua tradicion, que habiendo venido á ella san Cleto, viviendo todavia san Pedro, ó poco despues de su muerte, siguiendo sus carreras apostólicas, convirtió á la fe á la mayor parte de sus vecinos, y fue su primer obispo, ó á lo menos su apóstol, antes de ascender al sumo pontificado.

Celebra en este mismo dia la Iglesia la fiesta de san Marcelino, cuya vida y santa muerte ha sido siempre á los fieles de no menos enseñanza, que motivo de confianza en la misericordia del Señor.

Fue san Marcelino de Roma, hijo de uno que se llamaba Proyecto. Sus grandes prendas y virtud se dejan conocer por lo mucho que se distinguía en el clero, y por la general estimacion que se merecia en toda la ciudad. Habia hecho importantes servicios á la Iglesia en el pontificado de san Cayo. Era sábio en la ciencia de los santos; infatigable en el trabajo; y estaba bien instruido en las necesidades de la Iglesia; por lo cual, despues de la muerte de san Cayo, fue escogido para gobernarla en aquellos horrascosos tiempos del imperio de Diocleciano y Maximiano, enemigos inexorables del nombre cristiano, que habian jurado perder á la iglesia del Señor. Ascendió san Marcelino á la silla apostólica el año de 296. Asegura Teodoro, que supo adquirirse grande gloria en tiempos tan calamitosos. Era de gran consuelo su prudencia y su virtud en medio de un pueblo, á quien el nombre solo de cristiano irritaba y enfurecia; y su zelo se dejó sentir de los fieles. Hácia el año 303 se declaró la guerra contra la Iglesia, y publicó Diocleciano nuevos decretos, mandando que se emplease todo género de tormentos para esterminar de una vez á los cristianos. Fué tan horrible la persecucion, que en menos de un mes se contaron quince mil mártires. No perdonó al pontifice de Roma; porque echando mano de Marcelino, y arrastrándole á la cárcel, le hicieron padecer todo cuanto puede inventar un pueblo furioso para cansar la mas sufrida paciencia.

Usaron de todas las amenazas que pudo discurrir la mas bárbara inhumanidad, para intimidar á un pobre viejo: leváronle arrastrando al templo de Júpiter, y amenazándole que le harian sufrir de una vez todos los suplicios, si no sacrificaba á los dioses, le obligaron á ofrecer incienso á los idolos. Olvidado entonces Marcelino de quien era, vencido del temor de los tormentos, y abatido de su propia flaqueza, cayó en la miseria de ofrecer incienso á los dioses falsos, afligiendo y contrastando á la Iglesia con tan fúnebre caída.

A la verdad, no duró mucho, porque inmediatamente se siguió el arrepentimiento. Apenas se vió en libertad, cuando penetrado del mas vivo dolor, se entregó todo á las lágrimas y á los suspiros. Horroriza-

do con la gravedad de su culpa, y no queriendo perder un instante de tiempo para reparar el escándalo, escribió luego á todos los obispos que podían juntarse prontamente, y los convocó para Sinuesa, ciudad de Italia en la Campaña, ó tierra de Labor.

Habiendo concurrido á ella muchos obispos, se dejó ver el papa Marcelino en medio del concilio en traje de penitente, y desbarciéndose en lágrimas, pidió á los Padres le alcanzasen del Señor el perdón de su enorme culpa, y le impusiesen por ella la penitencia que gustasen. Aturdidos los padres al ver en estado y traje tan humilde á la cabeza visible de la Iglesia, le respondieron todos á una voz: *«La primera silla del mundo no reconoce tribunal superior, ni puede ser juzgada de algun otro. Pues imitásteis á Pedro pecador, imitad á Pedro penitente; sed su copia, así como sois su sucesor. Por su contrición y por sus lágrimas obtuvo él la remisión de sus pecados: por las vuestras debeis vos esperar de la bondad infinita de Dios la remisión de los vuestros. Ninguno de nosotros tendrá osadía para juzgaros: sed vos mismo vuestro juez; á vos os toca reparar el escándalo que habeis dado.»*

No dilató mucho tiempo en repararle. En aquel mismo dia se presentó el propio ante el juez, y le dijo con valor, que si por haber presumido demasíadamente de sus propias fuerzas, habia tenido la desdicha de ceder al miedo de los tormentos, esperaba ahora en la gracia de Jesucristo, único y solo Dios verdadero, que repararía su flaqueza, padeciendo por la fe que confesaba los mas horribles suplicios. Presentáronle luego al emperador Diocleciano, y viéndose Marcelino en su presencia le dijo: *«Confieso, Señor, que tuve la desgracia de dejarme intimidar de vuestras amenazas, y de ofrecer incienso á los idolos; pero aquí estoy para reparar mi culpa. En vuestras manos me tenéis: cuanto mas me hiciereis padecer, mas contentareis la ánsia que tengo de hacer penitencia. Bien podeis atemorizar á los cristianos, y bien pueden apostatar algunos tan flacos y tan miserables como yo; pero ni nuestra miseria ni vuestros tormentos podrán derribar la Iglesia. Cristo, mi divino Salvador, único y solo Dios verdadero, la cimentó sobre un fundamento inmutable y eterno.»*

Irritóse tanto el tirano al oír aquella tan generosa confesion de nuestro santo, que mandó le cortasen al punto la cabeza, lo que se ejecutó al instante. Y de esta manera reparó este ilustre mártir, y santo papa, con el derramamiento de su sangre, su triste caída, y el escándalo que habia dado.

No ignoro que algunos autores modernos han querido poner en duda este hecho; pero habiendo pesado bien sus razones, me pareció mas acertado deferir á los autores que florecieron mas ha de mil y doscientos años, y á la de unas actas tan antiguas, que á la crítica poco segura de los que escribieron de ayer acá.

Mas de un mes estuvo en la plaza, donde se ejecutó la sentencia, el cuerpo de nuestro Santo, con los de san Claudio, Quirino y Antonio, por haber mandado el Emperador que ninguno los diese sepultura; pero al fin el presbítero Marcelo los hurtó de noche, y los enterró en el cementerio de Priscila. Aseguran muchos que el año de 849, el papa Leon IV regaló el cuerpo de san Marcelino á Nomenoy, duque de Bretaña, que habia tomado el título de rey; y que fue llevado con gran pompa á la abadia de san Salvador de Rodon, en la diócesis de Vanes, cuyo abad era san Couboyon, que hacia oficio de embajador de Nomenoy, cerca del papa.

**La misa es en honra de los dos santos, y la oracion la que sigue.**

*Beatorum Martirum, pariterque pontificum Cleli et Marcellini, nos, domine, soveat pretiosa confessio, et pia jugiter intercessio tueatur. Per Dominum nostrum...*

Suplicámoste, que en las fiestas de tus pontifices y mártires Cleto y Marcelino, merezcamos su poderosa proteccion, y que por su intercesion sean gratas á vos nuestras oraciones. Por nuestro Señor...

**La epistola es del cap. 1 de la primera del Apóstol san Pedro.**

*Benedictus Deus, et Pater Domini nostri Jesu Christi, qui secundum misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam, per resurrectionem Jesu Christi ex mortuis, in hereditatem incorruptibilem, et incontaminatam, et immarcescibilem, conservatam in caelis in vobis, qui in virtute Dei custodimini per fidem in salutem, paratam revelari in tempore novissimo. In quo exultabitis, modicum nunc si oportet contritari in variis tentationibus: ut probatio vestra fidei multo pretiosior auro (quod per ignem probatur) inveniatur in laudem, et gloriam, et ho-*

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual por su gran misericordia nos reengendró á una viva esperanza, por medio de la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos, á una heredad incorruptible, é incontaminada, é inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, quienes por virtud de Dios sois guardados por la fe para la salud, que está preparada para manifestarse en el tiempo postrimero. En el cual os regocijaréis, si por ahora conviene que seais algo afligidos con varias tentaciones; para que la prueba de vuestra fe sea hallada más preciosa que el oro (el cual se prueba con el

*norem, in revelatione Jesu Christi Domini nostri.*

fuego) para alabanza y gloria, y honor en la manifestacion de Jesucristo Señor nuestro.

## NOTA.

«Habiendo vuelto á Roma de su viage al Oriente el apóstol san Pedro el año 47 ó 48 de Cristo, escribió esta epístola, que dirigió principalmente á los judíos convertidos, que estaban esparcidos en el Ponto, Bitinia, Galacia, Asia y Capadocia. Tiénese por cierto que el apóstol se valió de san Marcos, su intérprete, ó secretario, para escribirla en Griego. Llama á Roma Babilonia, por muchas razones que ya hemos dicho en otra parte.»

## REFLEXIONES.

El Señor, segun su gran misericordia, nos ha reengendrado en la viva esperanza de aquella herencia, que no está sujeta á corromperse, ajarse, ni marchitarse, la cual está reservada para vosotros en el cielo: *Qui secundam misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam:: in hereditatem incorruptibilem, incontaminatam et immarcescibilem, conservatam in calix in vobis.* ¿Qué herencia es esta? ¿y quiénes son los que la logran? Una felicidad sin límites, sin medida; un bien inmenso, eterno; una alegría pura, colmada, exquisita; una tranquilidad inalterable; una hartura, una saciedad de todos los deseos: un lugar que es por excelencia todas las dignidades, término feliz de todos los honores: en una palabra, es la posesion del mismo Dios. ¿Y quiénes son los dichosos herederos de esta herencia? Nosotros, todos los cristianos. ¡Y es posible que pueda algun otro objeto excitar nuestro apetito, lisonjear nuestra ambicion, ni divertir nuestros deseos! ¡Es posible que otro bien alguno pueda mover, embelesar, satisfacer tanto al alma, que la haga olvidarse de su herencia, hasta hacerse digna de ser desheredada! ¡puede haber locura mas de bulto! ¿Y en qué otro sentido puede entenderse aquella sentencia del Sábio, que *es infinito el número de los necios?*

Espérase en el mundo alguna herencia: ¿á qué cosas no se sujeta el que tiene esta esperanza? ¿qué leyes tan duras no le impone? Continuo y molestísimo cortejo; condescendencia eterna y universal; sumisiones que humillan, sufrimiento, bajezas, lisonjas, vigiliias, disgustos, todo se traga, nada le aterra. Y esto por una esperanza poco segura, muchas veces mal fundada, y por unos bienes siempre vacíos, siempre caducos, siempre falsos! Y una esperanza infalible en el motivo que la anima, que tiene por objeto un bien lleno, sólido, eterno, incapaz de corromperse, podrirse, ni marchitarse: un bien que él solo vale por todos los demás bienes, y que sin él todos los demás son un sueño, una sombra, una apariencia, una nada; ¡esta esperanza

á nada nos alienta! /nada hacemos por ella! ¡Mi Dios, qué pobreza de entendimiento! /qué corrupcion de corazon! /qué fascinacion ó qué ceguedad mas lamentable que la nuestra, si suspiramos por otro bien; si nos dejamos deslumbrar por la vana esperanza de otra herencia! /Ah, Señor, qué verdad hay mas palpable! pero qué pocos la conocen! Léense estas reflexiones sin hacerlas. Conviene todos sin dificultad en que no hay otros bienes sólidos sino los eternos: en que todo lo transitorio debe ser para nosotros muy indiferente; y en medio de eso los bienes presentes son los que únicamente nos hacen fuerza ¡Oh, y cuánta verdad es, que ninguno puede ser verdaderamente cristiano, sin ser verdaderamente hombre de razon; y que cuando se debilita la fe, tambien se debilita el entendimiento! El que se considera como peregrino ó como forastero en este mundo, poco caso hace de sus bienes ni de sus males. Las aflicciones de esta vida avivan el ánsia de los bienes de la otra; pesa poco la cruz á una alma que está animada con una viva esperanza; antes bien salta de gozo al verse afligida con diferentes pruebas por un poco de tiempo, sabiendo bien que los trabajos y adversidades de este mundo son como fianzas y prendas de la herencia que nos está prometida. En este sentido una persona pobre, enferma, perseguida, despreciada, abandonada, es una rica heredera. No repara en lo que tiene, sino en lo que tendrá. El heredero presuntivo de un reino goza todos los honores, aunque no goce las rentas ni la autoridad. Ahora soy un pobre pastor, decia en otro tiempo David, pero despues seré rey. Tengamos una fe animada, una esperanza viva, una virtud constante, y nos hará saltar de gozo el pensamiento de la eternidad.

**El evangelio es del cap. 15 de san Juan, y el mismo que el día XXII, folio 360.**

### MEDITACION.

#### *De la eternidad infeliz.*

**PUNTO PRIMERO.**—Considera que despues de esta vida tan corta, tan frágil, que á cada hora y á cada instante se nos escapa; despues de este puñado de días tan tristes y tan inquietos, hay otra vida que ha de durar para siempre: dichosa para los que se salvan; pero supremamente infeliz y desgraciada para las almas que se condenan. ¡Ah! ¿Y de qué número seré yo? ¿cuál será mi destino? Si no soy eternamente feliz, seré infeliz eternamente. No hay medio entre estos dos extremos. El sarmiento que no está unido á la vid; solo sirve para el fuego; ¡y aun si la semejanza fuera en todo perfecta! ¡si el conde-

nado, que es arrojado en las llamas, se consumiera en ellas! Pero el caso es, que aquel fuego conserva á los mismos que abrasa.

Es la eternidad un infeliz estado, en que, por decirlo así, todas las diferencias de tiempo concurren, y se reúnen en un mismo punto, para hacer mas infeliz al alma que se condena. ¡Qué novedad! ¡qué desesperacion para una alma, acostumbrada acá abajo á esta continua sucesion de tiempos y de estaciones, de días, de meses y de años; divertida con la variedad, y entretenida con la mudanza: que en un momento se halla en aquel abismo infinito de la eternidad, donde nada se muda! Desde el primer instante que entra en él, tendrá todo cuanto ha de tener para siempre: hállase inmutablemente en el mismo estado, en el mismo sitio, en la misma disposicion, en los mismos dictámenes que ha de tener por toda la eternidad. En aquel mismo momento padece ya toda la eternidad infeliz: eternidad de amargura, eternidad de arrepentimiento, eternidad de desesperacion, eternidad de tormentos. Toda la eternidad, digámoslo así, se junta, y la padece en cada instante.

¡O Dios, y qué destino! ¡sufrir cada momento todos los tormentos imaginables, todos los tormentos que puede sufrir una alma! ¡y sufrirlos todos juntos! y sufrirlos para siempre! ¡y siempre sin esperanza de verlos acabar jamás, sin el menor alivio, sin el mas leve rasgo de paciencia! O justicia de mi Dios, y qué terrible que eres! Pero ¡ó locura! ¡ó malicia del hombre y á qué extremo no llegas! ¡Cuando sabes, cuando crees que hay una eternidad infeliz, y pecas! ¡y vives en pecado! ¡y te espones á peligro de morir en pecado!

**Punto segundo**—Considera que en la imaginacion de esta eternidad se pierde el entendimiento: pero el alma del condenado jamás perderá ni un solo instante de esta eternidad. Si despues de tantos millones de siglos, como instantes han pasado desde que el sol gira sobre nuestras cabezas, se hubieran de acabar las penas de los condenados, no por eso dejaria de ser inexcusable el pecador en haberse granjeado voluntariamente una prodigiosa duracion de suplicios, por unos sucios deleites que se pasaron en pocos momentos; pero al fin su locura seria menos intolerable. ¡Qué, por un solo pensamiento consentido, un millon de siglos de penas! ¡por un pecado de algunos instantes, un infierno de cien millones de años! O Dios, y qué rigor! Pero paciencia, que esos tormentos no son eternos. Aunque su duracion sea espantosa, al cabo ha de tener fin. Podria entonces decir un condenado: Todo lo que he padecido eso menos me resta que padecer: ya tengo dos años, diez años menos de tormentos. ¡Pero una eternidad! ¡una eternidad! Sin poder jamas decir: ¡Un cuarto de hora menos tengo que sufrir! Sin que al cabo de mil millones de siglos en-

tré tormentos pueda decir. ¡Ya se pasó una hora de mis penas!

Sepultado, hundido, anegado en medio de un grande remolino de fuego, que es al mismo tiempo todos los suplicios; inmóvil como una roca en medio de las llamas; penetrado de fuego como un carbon hecho ascua, el infeliz condenado se abrasa, rabia, se desespera, siempre está padeciendo, y siempre pensando que ha de padecer sin fin y sin alivio. ¡Hay infierno; y los cristianos pecan! ¡hay infierno eterno; y el pecado tiene atractivo para los cristianos!

Aunque se haya pasado un incomprensible número de siglos desde que el miserable condenado está padeciendo; nunca podrá decir: *he padecido*. Sus tormentos siempre son presentes; porque en la eternidad no hay tiempo pasado. ¡Siempre arder, y estar cierto de que ha de arder para siempre! Este es su destino. ¡O Dios, y es posible que tan atolondradamente se corra á este horroroso precipicio, á esta espantosa eternidad!

Imagina que un hombre esté condenado á padecer todas las penas del infierno hasta que haya anegado en sus lágrimas á todo el universo, en la suposición de que solo ha de llorar una sola lágrima de mil á mil años. Cafa solo hubiera derramado hasta ahora cinco ó seis. ¡Buen Dios, que prodigioso número de siglos se pasarían antes que llegase á llenar de sus lágrimas este cuarto! ¡pues qué si hubieran de llenar toda esta casa! ¡pues qué si se hubiese de esperar á que de sus lágrimas se formasen grandes y caudalosos ríos! ¡pues qué, si hubiese de padecer hasta derramar todas las precisas para llenar todo el inmenso espacio que ocupa el mar! ¡pues qué si fuese necesario que inundasen toda la tierra, y que ocupasen todos los interminables vacíos que hay desde la tierra al cielo! hace estremecer este solo pensamiento: justamente asombrada, sobresaltada la razón, se confunde, se pierde en esta espantosa estension de siglos. Con todo eso, aun siendo tan asombrosa, tan incomprensible esta duracion, no es la eternidad, no es ni la mas minima parte de la eternidad; porque despues de esa duracion de tiempo casi infinita, la eternidad se queda toda entera. Ha de llegar tiempo en que un condenado pueda decir, que si hubiera derramado una sola lágrima de mil á mil años, desde que está en el infierno, y que si Dios la hubiese milagrosamente conservado, ya estaría anegado en su llanto todo el universo. Pero entonces le restará que padecer toda entera la misma eternidad; ni un solo momento se habrá disminuido de su eternidad infeliz.

¡Ah Señor! ¿y seré yo, por ventura ó por desgracia, desdichado objeto de cólera tan terrible? ¡Ay de mí! que demasiadamente lo soy; ya he merecido por mis culpas todas vuestras venganzas; pero mi dulce Salvador y vuestro hijo Jesucristo derramó sobrada sangre para apagar todo el fuego del infierno, y para merecerme vuestra mi-

sericordia. Concededme, Señor, esta misericordia que vos mismo me habeis merecido, para que la cante en el cielo por toda la eternidad.

### JACULATORIAS

*¿Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante? ¿quis habitabit ex vobis cum ardoribus sempiternis? Isai. 33.*

¿Quién de vosotros podrá habitar en medio de aquel fuego abrasador? ¿quién podrá habitar en aquellas llamas eternas?

*Domine, ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripas me. Salm. 6.*

¡O Señor, no me castiguis en medio de vuestro furor: no me juzguis cuando esteis airado contra mí!

### PROPOSITOS.

1 Todo lo que pasa con el tiempo, todo lo que tiene fin es poca cosa, y hablando en rigor, es nada. ¿Qué es lo que tenemos ahora de los gustos, ó de los disgustos que experimentamos en la niñez? Dentro de cien años, ¿qué impresion nos hará, ni molesta ni gustosa, lo que ahora pasa por nosotros? Mientras vivimos se suceden unos á otros los bienes y los males; pero demos que duren estos por toda la vida, ¿qué nos restará de ellos un instante despues de la muerte? y respecto de la eternidad, ¿qué es toda nuestra vida? Hablando en propiedad, ningun mal es horrible; ninguno nos debe hacer deses- perar sino el que nunca pasa, el que jamás se ha de acabar. Y siendo este mal extremo, siendo el supremo mal, ¿qué cosa mas terrible que su eterna duración? Pues esta es la herencia de todos los que mueren en pecado mortal: esta es la suerte de todos los que se condenan. Dolores sin medida, tormentos sin número, duración sin fin. ¡O Dios, qué desgracia mas horrible ni mas digna de temerse! ¿Y es esta la desgracia que se teme mas? ¡O, qué prudentes fueron los santos en no perder nunca de vista esta espantosa eternidad! Imita su ejemplo y sus piadosas industrias. Si una cosa te deleita, y otra te mortifica, considera que una y otra se pasa, y que despues de este puñado de días se sigue una eternidad. Al acabar tus oraciones de la mañana y de la noche, piensa siempre que hay una eternidad infeliz, y que una gran parte de los que hoy viven, y acaso la mayor, ha de tener por su destino esta infeliz eternidad. Cuando veas morir algun amigo, á algun vecino tuyo, haz luego reflexion sobre cual será su desdicha, si le ha cabido en suerte una eter-

nidad infeliz. Nunca tomes diversion, nunca emprendas negocio de consecuencia, sin echar una ojeada hácia esta espantosa eternidad. No temas sazonar tus diversiones con este pensamiento: á la verdad no te darán tanto gusto; pero tambien te ahorrará muchos arrepen- timientos. Uno de los medios para no caer en el infierno ni en la infeliz eternidad, es pensar en ella con frecuencia. ¡O mi Dios, qué dichosos, que buenos cristianos seriamos, si estuviéramos pensando siempre en ella!

2. Nunca te olvides de que la eternidad infeliz es fruto de unos deleites que duraron pocos momentos. Si el tentador te importuna, si la pasion se irrita, si el deleite es dulce, si la tentacion es violenta, llama luego al pensamiento la memoria, y la imágen de la espantosa eternidad. ¿Apodérase de tu corazón la codicia ó el amor de las riquezas? pues compara esa opulencia, esos bienes que gozas ó esperas gozar, con la eterna falta de todo, que es la herencia de los condenados. ¿Inquiétase la carne con el amor de los deleites? pues pregúntate á ti mismo con el Profeta, si esos deleites tan cortos, y tan superficiales, podrán apagar el ardor de las llamas sempiternas. Cuando se te excita la cólera; cuando tus enemigos te ofendan; cuando las desgracias y los trabajos te persigan, considera qué cosa es arder, sufrir, rabiar, ser infeliz, y estar en desgracia de Dios por toda la eternidad. El pensamiento y la memoria de la eternidad embota, por decirlo así, el sánete de los gustos; pero tambien suaviza la amargura de los trabajos, y hace tolerables y meritorias las adversidades. No te contentes con aprovecharte tú solo de esta piadosa industria; procura enseñarla tambien á tus hijos y á tus criados; háblalos con frecuencia de la eternidad; de cuando en cuando hazlos una pintura de ella viva y penetrante. Estas reflexiones son siempre muy provechosas. ¿De qué me sirve ocupar el trono, vivir rodeado de esplendor y de abundancia por algunos pocos años, si soy despues infeliz por toda una eternidad?



## DIA XXVII.

### Santo Toribio Mogrobejo Obispo.

En todo el orbe cristiano fue maravillosa la fecundidad con que en el siglo decimosexto se produjeron varones consumados en todo género de virtudes, y de letras. Pero en donde mas brilló fue en el católico reino de España, la cual en solo aquel siglo tuvo hombres capaces de hacer la gloria de nuestras naciones. Entre los que mas sobresalieron en santidad, en sabiduría, y en el cumplimiento de las grandes cargas episcopales, fue uno santo Toribio Alfonso Mogrobé-

jo, natural de Mayorga, en el obispado de Leon. Sus padres, ilustres por su gloriosa ascendencia, y mucho mas distinguidos por la piedad de sus costumbres, fueron don Luis Alonso Mogrobojo, regidor perpetuo de Mayorga, y doña Ana Robles y Moran, natural de Villaquijada. Ignórase el día de su nacimiento, el cual sucedió en el año de 1538, el mismo en que, no lejos de Milan, nació san Carlos Borromeo, semejante á nuestro Santo en la inculpable conducta de su vida, en el zelo fervoroso por la restauracion de la disciplina eclesiástica, en el cuidado de sus ovejas, y en todas las obligaciones de un gran sacerdote. Crióronle sus padres con una educacion propia de la alteza de su linaje. El niño Toribio, que habia recibido del cielo una indole dócil á todos los preceptos de la moral cristiana, daba desde aquella tierna edad los mas claros indicios de los tesoros que en él se depositaban para beneficio de la iglesia. Los juegos y entretenimientos de su edad eran aquellos solamente que manifestaban apego á las cosas sagradas; no aquellos que son indicio de que hemos recibido de nuestros padres una naturaleza corrompida con el pecado del primer hombre. Hacer altares, colocar en ellos las santas imágenes de Jesus y de Maria, ponerse de rodillas delante de ellas, encender antorchas, ordenar procesiones, y otros ejercicios semejantes, eran las ocupaciones ordinarias del santo niño. Así pasó su infancia hasta la edad robusta, en que los jóvenes van comenzando á estar aptos para emprender las ciencias. Cuidaron sus padres de que le instruyesen en los rudimentos de la latinidad; y habiéndolo conseguido, á la edad de trece años le enviaron á Valladolid, para que en aquellas florecientes escuelas se ilustrase su alma con los conocimientos de la sabiduria. Desde el punto que entró Toribio en las aulas, comenzó á ser ejemplo de virtud y aplicacion para los demás estudiantes, cuya atencion arrebataron dulcemente la blandura de sus modales, y la rectitud de sus operaciones.

Apenas sabia, despues de algunos años de residencia en Valladolid, otras calles ni otros caminos, que el que llevaba desde su casa á la iglesia, ó desde su casa á la universidad. Sus condiscipulos admiraban en el santo Joven un conjunto de prendas celestiales, que les obligaba á amarte sin interés, y á respetarte sin servidumbre. Advertian en él una virtud rigurosa y austera consigo mismo, pero dulce, amigable y condescendiente para los demás; una virtud con que cumplia exactamente todas sus obligaciones, y movia á hacer otro tanto á sus condiscipulos; á veces con amonestaciones dulcissimas, y siempre con el poderoso medio del buen ejemplo. En breve creció su fama, y no solamente era tenido por erudito en las bellas ciencias, sábio en las artes liberales, y por docto en el derecho civil y eclesiástico, sino que además era venerado por un jóven ma-

duro, prudente, y de conducta irreprehensible. Luego que recibió el grado de bachiller, juzgaron sus padres que Valladolid era pequeño teatro para que pudiese lucir su ingenio; y así procuraron enviarle á Salamanca, que era á la sazón el emporio de las ciencias. Florecian en ella muchos sabios, y entre ellos un tío de Toribio, llamado don Juan Mogrobejo, que era colegial en el colegio mayor del Salvador, llamado por otro nombre de Oviedo.

En este tiempo, habiendo proyectado don Juan III, Rey de Portugal, hacer célebre la universidad de Coimbra, llevando allá á cualquier precio los maestros mas grandes de Europa, pasó Toribio á esta universidad en compañía de su tío, que fue uno de los sabios elegidos, y que mas la ilustraron en sus principios. En esta ciudad se aumentó prodigiosamente el mérito de Toribio, tanto en la santidad como en la literatura. Veia su tío en él un joven ardiente dedicado á los ejercicios de piedad, sin olvidar por eso el estudio de las letras. Sucediause mutuamente los ayunos, la oracion y la disciplina, y la asistencia á la universidad, las lecciones llenas de sabiduría, y los argumentos sólidos é ingeniosos. Toda Coimbra se gloriaba enriquecida con dos varones como Juan y Toribio Mogrobejos, que brillaban entre los demás doctores, como el sol entre las demás estrellas. Diez años residieron en aquella ciudad, hasta que habiendo vacado la cátedra de derecho civil, y la canongia doctoral de la santa iglesia de Salamanca, solicitó esta ciudad recuperar lo que habia perdido; y así se proveyó uno y otro en don Juan de Mogrobejo, que con este motivo dejó á Coimbra, y volvió á Salamanca en compañía de su sobrino.

Un año habria pasado cuando Toribio padeció el golpe irremediable de la pérdida de su tío, á quien llamó Dios á mejor vida. Perdió en esta ocasion, no solamente un maestro, con cuyas lecciones crecia su sabiduria, sino un compañero en sus costumbres, y un amigo en el trato familiar. Pero su alma, acostumbrada á meditar las verdades sobrenaturales, y á venerar sumisamente las admirables disposiciones de la divina Providencia, conoció que su tío habia sido llamado á gozar del premio que sus obras merecian, y enjugó las lágrimas de sus ojos con una santa resignacion en la voluntad de Dios. Viéndose Toribio sin la amable compañía de su tío, determinó hacerse colegial en el mismo colegio; y habiendo vendido la rica biblioteca que le habia dejado, para socorrer y establecer á dos hermanas, recibió la boca teniendo treinta y tres años de edad. En este estado manifestó que el colegio era para él un riguroso monasterio. Se informó de los estatutos para no fallar á la observancia de ninguno; y se prefijó tal método de vida, que mas parecia un rigido anacoreta, que un profesor de Salamanca, y un colegial mayor. Dormia poco, su comida y bebida eran parcas y ordinarias; interiormente vestia un cilicio,

ya que en lo exterior no le era lícito abandonar el vestido comun de colegial; ayunaba con frecuencia, meditaba con continuacion, frecuentaba los sacramentos; y en todas sus operaciones se manifestaba irreprochable. Pero en lo que mas sobresalia su fervor, era en la maceracion del cuerpo, al cual afligia con tan copiosas disciplinas de sangre, que llegaron á temer que perdiese enteramente la salud. Pensaron, pues, los colegiales que se le debia ir á la mano, y así buscaron medio de corregir aquel exceso de piedad. Tenia en el colegio un grande amigo suyo, que conformaba enteramente con su genio y sus costumbres, llamado don Francisco de Contreras. A éste dieron la comision de hablar á Toribio, advirtiéndole que debía moderar el rigor de sus penitencias. Ya habia pensado lo mismo Contreras; pero no se habia atrevido á decirle cosa alguna, ya porque conocia la severidad de Toribio, y cuán poco acogimiento hallarian en él las propuestas de condescendencia, y ya por que no encontraba razon tan poderosa para persuadirselo, que le diese esperanza de lograr su intento.

Pero apenas se vió encargado de esta comision por todo el colegio, cuando Dios le ilustró el entendimiento, y le sugirió un camino tan fácil, que le condujo seguramente al fin deseado. Propuso á Toribio, entre otras razones, que en aquel rigor que habia entablado, estaba tan léjos de agradar á Dios, que antes bien por el contrario era de temer no le desagradase; que la virtud consistia en un medio, y que todo exceso era reprehensible; que los demás colegiales hablaban mucho de sus penitencias, calificándolas de ostentosas, y practicadas tal vez con un espíritu mas próximo á la singularidad y á la vanagloria, que á la humildad y abatimiento cristiano; finalmente, que él era de parecer que aquellas penitencias excesivas podrian destruir su salud, é inutilizar su persona, sin edificar á sus prójimos, sino antes bien escandalizándolos. El discurso de Contreras hizo tanto efecto en el santo jóven, que inmediatamente templó sus penitencias, pero sin mitigar el rigor de los demás ejercicios. Esta conducta de vida le granjeó un concepto tan alto, que así en el colegio como fuera de él era respetable su virtud. Pero no contento con los fervorosos y penosos ejercicios que hacia en el colegio, deseó otro todavia mas penoso y mas arriesgado. Este era la peregrinacion á Santiago, para ganar las inmensas indulgencias que han concedido los sumos pontífices á los que van á visitar al santo Apostol, y asimismo para experimentar las forzosas penalidades de un camino largo y mal provisto. Solo le faltaba un buen compañero para verificar sus deseos: pero le halló en Contreras, quien se acomodó fácilmente á todos los proyectos de su piedad fervorosa. Habiendo tomado, pues, el hábito de peregrino, salió con su compañero á pie, descalzo, y pidiendo limosna de

puerta en puerta, lo que habia para ejercitar las virtudes de la pobreza y de la humildad; puesto que por lo demás llevaban dinero suficiente para no ser gravosos á sus hermanos. En esta expedicion le sucedió, que entrando en una casa, se encontraron con una negra, la cual juzgándolos pobres de solemnidad por el vestido, echó mano á la faltriquera y les dió un ochavo de limosna. Toribio le recibió con gusto, para no privar á la negra del que habia tenido en ejercitar la limosna; pero considerando que ella tenia mas necesidad de aquel dinero, se lo volvió, conservando por toda su vida tan agradecida memoria á aquella muger, que el mismo Santo confesaba que en todas sus oraciones hasta el fin de su vida era el primer objeto que se le venia á la intencion.

Concluida su peregrinacion felizmente, volvió al colegio mas mortificado su cuerpo, pero mas enriquecida su alma con el tesoro de la divina gracia. Volvió nuevamente á sus antiguos ejercicios, sin cuidarse ni de los honores, ni de las dignidades, ni de su propia fama, que tan ancho camino le abria para ellas. Pero cuando los ojos de un rey sábio velan sobre sus súbditos para ver el mérito sólido de la virtud, es muy dificultoso que puedan ocultarla ni los santos artificios de la humildad, ni los esmeros con que sabe esconderle el desprecio de sí mismo y del mundo. Bien descuidado estaba Toribio una noche en su colegio, cuando llamando á deshora le trajeron los despachos en que el rey le nombraba inquisidor de Granada. Los colegiales recibieron con suma complacencia y aplauso esta noticia, considerando que en la virtud de Toribio era este empleo un medio proporcionado para dar al colegio el honor de un varon consumado en todo genero de virtud. En el alma del Santo hizo diferente sensacion el nuevo empleo, como que le consideraba no como un honor, sino como una pesada carga, que al tiempo que multiplicaba sus obligaciones, añadía peligros á su conciencia. Pero conociendo que era voluntad de Dios, aceptó aquel honor, y tomó posesion en el año 1575. Constituido Toribio en el delicado empleo de inquisidor, se propuso un camino templado de justicia y de misericordia por donde dirigir sus pasos. Aborrecia los delitos; pero no á los delincuentes, á quienes siempre amaba como á prójimos. Conocia la debilidad de las luces del humano entendimiento: sabia con cuanta facilidad suele extraviarse la razon humana, cuando no se propone mas guia que la vana filosofia. Estas consideraciones le hacian mirar con la compasion de un padre amoroso á los infelices que habian caido en algun desliz, siempre que le detestasen con un verdadero arrepentimiento. Por el contrario, á los rebeldes, á los endurecidos, á los contumaces en sus errores, les aplicaba toda la severidad de la justicia, sin perder por esto de vista el fruto de su correccion, y el escarmien-

to de los que lo veían. Fue tal la rectitud é integridad con que Toribio se portó en el empleo de inquisidor, que habiendo sido necesario, por causas gravísimas, examinar de órden superior la conducta de aquel tribunal, de cuyo examen resultaron desterrados y privados algunos inquisidores. Toribio, no solamente fue hallado inocente é irrepreensible, sino que mereció alabanzas por su conducta.

Cuatro años obtuvo la plaza de inquisidor, en cuyo tiempo habiendo vacado el arzobispado de Lima, por muerte de don Diego Gomez Madrid, fue electo para ocupar esta silla. Turbó á Toribio la repentina nueva, tanto mas dolorosa para él, cuanto menos esperada. Pero Felipe II, que tenia en el primer lugar de un libro secreto, en que estaban escritos todos los hombres sábios y virtuosos de España, á Toribio, sin que éste lo pretendiese, tuvo presente su merito para premiarle. Todos los artificios de la ambicion son inútiles, cuando un monarca de talento y de prudencia se empeña en cumplir con sus delicadas obligaciones. Entonces quedan desarmados la intriga y el manejo; y los resplandores que despáden de sí el mérito y la virtud no pueden ocultarse, por mas que procuren esconderlos la humildad y la modestia. Vióse esto en nuestro santo, pues cuando pensaba que nadie en la corte se acordaba de él, se halló nombrado para un arzobispado tan respetable como el de Lima. A un corazon ambicioso le hubiera producido esta dignidad mucha satisfaccion y alegría; pero en el de Toribio causó tal melancolia y turbacion, que solo pudo tranquilizarse despues de haber escrito al consejo de las Indias y al rey su renuncia, concebida en los términos mas activos y eficaces, á su parecer, para que el rey se la admitiese. Representábele que era todavia muy joven: que carecia de las prendas necesarias á un buen obispo; que no estaba ordenado mas que de prima tonsura; en una palabra, que era absolutamente inepto para la alta dignidad que le habia conferido. El rey, que tenia la virtuosa sagacidad inseparable de la prudencia, conoció inmediatamente cuán acertada habia sido su eleccion. Las excusas de Toribio fueron otros tantos incentivos que le confirmaron en el juicio que habia hecho de la aptitud del Santo para obispo. Escribióle, pues, mandándole que aceptase la dignidad; y que á lo mas, se convenia en que lo meditase por espacio de tres meses antes de admitir su dejacion. En este tiempo los parientes de Toribio, sus concólegas y sus amigos, le combatieron fuertemente proponiéndole muchas razones, que no lograban otro efecto, que confirmar en su corazon la renuncia del obispado. Viéndole impenetrable ciertos amigos suyos, que conocian su carácter y su virtud, pensaron oportunamente un medio, el cual seria al Santo irresistible. Propusieronle que el obispado de Lima, en el estado en que se hallaba, no era un cargo de honor y de interés, sino de pe-

nalidades y de inmenso trabajo; que había infinitas ovejas, que jamás habían oído la voz de su pastor; y en una palabra, que el no aceptar aquel cargo, era lo mismo que preferir su propia conveniencia al trabajo de conquistar almas para Dios. Estas razones pudieron tanto con Toribio, que aceptó el obispado, porque no sabía negarse á cosa alguna, de donde resultase su propia mortificación, el honor de Dios, y provecho de sus prójimos. Pero antes exploró la voluntad de Dios con muchos ejercicios espirituales, y fervorosa contemplación, que es el medio de hallar favorable al Padre de las luces. Mientras venían las bulas de Roma pasó á Madrid á recibir las instrucciones del Rey; y de allí á Mayorga á ver á su Madre, que aun vivía, á sus hermanos y parientes, y decirles á Dios para siempre. Hecho esto, y consagrado obispo en Sevilla, trató de pasar cuanto antes á su iglesia; y así salió del puerto el año de 1580. La navegación fue feliz, pues llegó al puerto llamado Nombre de Dios, sin haber padecido novedad importante, que pusiese su vida en peligro. No sucedió así en el camino que hay hasta Panamá; pues debiendo pasarse lugares muy fragosos, profundos pantanos, y caudalosos rios, en uno de estos muy rápido y caudaloso, todos consintieron en que había perdido la vida. Abundan por lo comun aquellos rios de ferocísimos caimanes, animales sumamente carniceros, que luego que perciben que va andando por el rio cualquier animal, se tiran á él con ferocidad, le despedazan y le devoran. Caminase regularmente en mulos ó machos de la tierra, los cuales, acostumbrados á la aspereza y fragosidad de los caminos, recompensan con la seguridad la molestia de la pesadez con que caminan. Vadeaba el Santo un rio, y al llegar á la mitad se advirtieron venir hácia él dos grandes caimanes, de cuya ferocidad, estremecido el mulo, hizo tales confesiones, viendo tan cercana su muerte, que echó de sí al Arzobispo, el cual cayó en el agua embarazado en sus propias vestiduras. Los caimanes, luego que vieron la presa segura, se aceleraron á devorar al santo Arzobispo. Nadie dudó de su muerte, ni de que su vida no podia prolongarse mas que lo que tardase en llegar cualquiera de los caimanes, y atravesarle con sus espantosos colmillos. El Santo advirtió el grande peligro en que se hallaba, por una parte de ahogarse viéndose en medio de un rio sin saber el arte de nadar, ni poderle practicar aunque le supiera; y por otra parte viendo venir con las bocas abiertas á despedazarle dos bestias tan enormes. Levantó su corazón á Dios, imploró su misericordia, y al punto advirtió dos contrarios efectos. Los caimanes quedaron inmóviles como si fueran dos rocas; y el cuerpo del Santo tan ligero, que como si fuera de corcho fue nadando sin industria y sin trabajo hasta llegar á la orilla. Dió gracias á Dios por el beneficio recibido; hi-

cieron lo mismo todos los que le acompañaban, firmemente persuadidos á que el suceso habia sido verdaderamente milagroso.

Siguió su viaje, hasta que el dia 24 de Mayo del año de 1581 llegó felizmente á Lima, en donde le hicieron un recibimiento ostentoso. Salióle al encuentro toda la nobleza de la ciudad, y todo el estado eclesiástico, manifestando en sus semblantes un sencillo gozo, que rebosaban sus corazones. Las calles por donde habia de pasar, estaban adornadas con todo el lujo de la riqueza, y todo el primor del buen gusto. Los balcones y las ventanas, las plazas y las calles, todo estaba lleno de gente, que al son de acordadas músicas prorumpían en vivas festivos. Toribio recibió estos aplausos y honores con un corazón lleno de gratitud, y con una alma convencida de las acibaradas consecuencias que se siguen á estas pasajeras honras. Uno y otro se manifestó en su magestuoso semblante, que pareció aquel dia mas bien de un ángel que de un hombre mortal y perecedero. Todos sus súbditos quedaron contentos con la vista de su nuevo Prelado: todos concibieron de él unas ventajosas esperanzas, y todos confirmaron con su vista el alto concepto que de sus virtudes les habia anticipado la fama. Tranquilizadas las cosas, comenzó Toribio á echar los fundamentos de las grandes obras que pensaba edificar. Mandó que le hiciesen un plan exacto de toda su diócesis, en donde se viese claramente su estado actual, el número de los súbditos, la cantidad y cualidad de los réditos, las rentas de las iglesias, sus utensilios y alhajas; de manera que á una simple vista conociése las necesidades que padecian sus ovejas, y los medios de que se podia valer para remediarlas. Y conociendo que son inútiles todos los esfuerzos de cualquier prelado para reformar y arreglar á sus súbditos, cuando da entrada en su casa á la relajacion y al mal ejemplo, cuidó ante todas cosas de arreglar su familia, no permitiendo en ella sino sugetos de probadas costumbres. Así parecia su casa un convento de religiosos fervorosos y contemplativos, mas bien que un palacio de un poderoso príncipe abastecido de grandes rentas y fortuna. Habiendo puesto en orden las cosas de su casa de manera que nadie le pudiese reprehender, trató de comenzar una general reforma por todas las clases, y en todas las materias. Registró por sí mismo los sagrarios y los ornamentos de las iglesias, dando á las que eran pobres las alhajas necesarias para que celebrasen con decencia los divinos oficios. Averiguó con qué pompa y solemnidad se hacian estos en todas las iglesias de su obispado; pero principalmente le llevaron su atencion las casas de misericordia, los hospitales, y la instruccion de los indios que habitaban en los parajes mas remotos.

Para conseguir todos estos efectos tan importantes á la recta administracion del oficio pastoral, no omitió medio alguno de cuantos

juzgó oportunos. Procuraban que obtuviesen los oficios de curas párrocos, confesores y predicadores, sujetos idóneos, no solamente por la integridad de sus costumbres, sino tambien por la suficiencia de su sabiduría y de sus luces. A estos los exhortaba, los pedía, y aun los forzaba á que no desistiesen de repartir continuamente el pan de la doctrina, cómo quien estaba bien enterado de que en los vastos países de la América habia muchas almas perdidas, y muchos campos estériles por falta de obreros evangélicos. Para proporcionar á sus ovejas este espiritual alimento, erigió de nuevo muchas iglesias, en las cuales hacia celebrar diariamente los divinos oficios con todo el aparato de ceremonias, que tanto excita la piedad de los fieles. Proveíalas además de lámparas, campanas, ornamentos, y de un predicador que explicase con frecuencia la doctrina cristiana. En cualquier pueblo que el Santo se hallaba, por pequeño que fuese, no se desdénaba de predicar por sí mismo, ó de autorizar con su presencia la explicacion de la doctrina que hacia cualquiera sacerdote. En las obligaciones de su cargo episcopal se empleaba de manera, que no lo privaba de asistir á los oficios públicos de la catedral en compañía de los canónigos. Veíasele con tanta frecuencia en las horas canónicas, en las oraciones públicas, en el púlpito, en el confesonario, y en la administracion de sacramentos, privativa de su dignidad, que parecia no tener que hacer otra cosa. Estos ejercicios no le impedían la oracion, los ejercicios de penitencia y el rezo continuo, en que era tan exacto, que mientras rezaba ni al mismo Virrey admitía á visita. Estableció un tenor de vida tan riguroso y constante, que parecia superior á las fuerzas humanas, y mas propio para acabar con la vida, que para emplearla en obsequio de Dios, y en el provecho de su iglesia. Levantábase el primero de su casa, y antes de romper la aurora; ó inmediatamente se ponía en oracion hasta que era hora de decir misa. Decíala con gran devocion y ternura, y despues se entregaba á oír las causas de sus súbditos, á componer entre ellos las discordias, á socorrer á los necesitados, á consolar á los afligidos, y á señalar alimentos á las viudas y huérfanos; y si algun tiempo le sobraba, lo consumía en la oracion, ó en el coro. Comía parcamente, y se recogía á un aposentillo, en donde pedía á Dios luces para administrar dignamente el oficio de pastor. Toda la tarde la consumía en oír las representaciones de sus ovejas, y dar las providencias oportunas para su consuelo y beneficio. En esto tenia todo su desahogo, todo su recreo y toda su diversion. A las oraciones se retiraba á su casa, y consumía dos horas en el oratorio en profunda meditacion. Seguíase á esto el decir con los eclesiásticos sus familiares, el oficio divino; y dicho, pasaba á cenar pan y agua, que fue la cena toda su vida. Retiráva-

se despues de la cena á un aposento secreto, en donde rezaba el oficio de Difuntos, el de nuestra Señora, y su santo rosario. A eso de media noche se recogia á descansar; pero su sueño era tan breve y ligero, que continuamente le interrumpia pronunciando versos de salmos, ó otras oraciones jaculatorias. Su casa estaba abierta para todos, y á todas horas encontraban los necesitados misericordia, y los ofendidos justicia. Sus ojos se fijaban inmediatamente en el mas pobre y andrajoso que le buscaba; y su justicia recta jamás se dejó doblar, ni de la opulencia, ni de la riqueza, ni del poder. Si la justicia le obligaba á ejercitar la severidad, era tal la humanidad y dulzura con que aplicaba la sentencia, que los mismos castigados se veian en la precision de reconocer en él, mas bien que á un juez, á un padre amoroso. Puso gran cuidado en que reinase el desinterés en sus tribunales; para este efecto dotó con generosidad á los escribanos, notarios y demás ministros, castigando severamente al que se dejaba corromper de los humanos intereses.

Puesto este órden y arreglo en su casa, en sus familiares, en sus tribunales, en sí mismo, y en sus súbditos, trató de ordenar y reformar la disciplina de aquella iglesia, que con los tiempos turbulentos se habia notablemente relajado. Para este efecto convocó á un concilio provincial citando á todos los obispos sufragáneos; y entre tanto emprendió la visita de su obispado con ánimo de volverse á Lima, luego que hubiesen llegado allí los vocales, como lo hizo. Desde la fundacion de aquella silla no habia habido mas que dos concilios con el nombre de congregaciones, uno en el año de 1552, y el otro en el de 1567; pero habiéndole faltado al primero la forma legitima de concilio, y al segundo la confirmacion del sumo pontifice, habian quedado sin efecto los decretos y determinaciones de uno y otro. En el año de 1582, siendo Virrey de aquellas provincias don Martín Enriquez, se juntaron los obispos sufragáneos de Lima; y habiendo celebrado cinco sesiones, se concluyó felizmente. En él se hicieron muchos decretos y constituciones santisimas, que fueron aprobadas por la Silla apóstolica, y mandadas ejecutar por el real consejo de las Indias. Fue tanta la utilidad de sus cánones, la prudencia y sabiduria con que fueron establecidos, que se juzgó oportuno extender su observancia á otros tres arzobispados, y diez y siete obispados, como si fuesen de un concilio nacional, y en todos ellos se observan hasta el dia de hoy con tan conocido provecho, que manifiesta bien el sublime espíritu con que fueron dirigidas todas las acciones. En este concilio tuvo Toribio algunas amarguras que sufrir; porque habiendo juzgado oportuno comenzar la reforma por los mismos obispos y demás eclesiásticos, se resintió ágricamente la avaricia de algunos de ellos, protegida con el favor de muchos poderosos. Pe-

ro habiendo conocido el papa y el rey el santo zelo de Toribio, y la justicia de sus determinaciones, mandaron unánimemente que todos las obedeciesen, de lo cual le resultó al santo Arzobispo mucho mayor amor y respeto, que el grande con que hasta entonces habia sido mirado. Otros dos concilios hizo celebrar en su tiempo, pero sus actas se redujeron únicamente á la observancia de los decretos del primero.

Luego que el santo Prelado estuvo cierto de que su concilio habia sido aprobado por la Silla apostólica, y mandado ejecutar por el Rey, se aplicó á hacer que se observasen con todo rigor sus determinaciones. Una de las mas principales era el establecimiento de seminarios conciliares, en donde se criase con santas instrucciones la juventud, para entresacar de ella ministros aptos, que sirviesen á la Iglesia con la integridad de sus costumbres, y con las luces de su sabiduría. En el año de 1581, habiendo juntado antes los caudales necesarios, comenzó la fábrica del primero en la ciudad metropolitana de Lima. Una obra tan santa y provechosa padeció inmediatamente las contradicciones y adversidades que suelen padecer las de su clase. Con pretexto del real patronato quiso el Virey hacer privativamente suya la eleccion de seminaristas, quitando al arzobispo la accion, juntando á esto otras pretensiones, que apoyadas en el poder y la fuerza, dieron mucho en que ejercitarse la paciencia del santo Arzobispo. Pero este digno prelado, así como tenia una alma grande para emprender obras heroicas, así tambien tenia una fortaleza invencible para no decaer de ánimo en las persecuciones, y para defender á todo riesgo los derechos de la Iglesia. Llegó á noticia del Rey la desavenencia entre su Virey y el Arzobispo: reconoció por sí mismo las razones de uno y otro, y persuadido á que los derechos del sacerdocio no era justo que se confundiesen con los del imperio, falló á favor de las justas pretensiones de santo Toribio. A esta contradiccion se siguieron otras muchas sobre diversos puntos que interesaban á la inmunidad eclesiástica. Pero como Toribio habia fijado su alma sobre el firme fundamento de una virtud sólida, y no eran sus propios intereses el móvil de sus acciones, sino la honra y gloria de Dios, este Señor le llenó de una admirable paciencia para sufrir todas las adversidades, y de una fortaleza superior á todas las contradicciones. Pacificadas estas, se dedicó con todo ardor á cumplir las funciones de su ministerio. Edificó monasterios á las esposas de Jesucristo: destinó lugares de piedad para las doncellas, cuyo honor peligraba: dispuso hospitales y hospicios para la manutencion de los huérfanos, y curacion de los enfermos. Las rentas de su obispado, que eran cuantiosísimas, no tenian otro destino que el seno de los pobres, en donde sabia que no se las habia de robar el ladrón; sino

que antes bien las había de hallar multiplicadas. Un trabajo incesante, y un cuidado continuo sobre su propia santificación y la de sus prójimos, eran dos egos sobre que rodaba toda la vida de este santísimo Prelado.

Desde el punto que tomó sobre sus hombros tan penosa carga, se propuso conocer á todas sus ovejas una por una; si fuese posible. A esto fin emprendió tres veces la visita de su obispado, haciendo las dos completas, y dejando la tercera comenzada por haberle faltado la vida. Caminaba inmensos espacios cubiertos por todas partes de selvas espesas, de pantanos peligrosos, y horrorosos precipicios. Nada arredraba la encendida caridad de este santo prelado, ni los montes intrincados, ni las montañas inaccesibles, ni la fiereza y barbarie de las gentes. Superior á todo buscaba sus ovejas en las quebradas y grutas, en donde vivian á manera de fieras: allí las enseñaba, allí las agasajaba, y daba por bien empleados los repetidos peligros de la vida que había padecido, por tener el consuelo de haber visto sus ovejas, y haberlas encaminado por sí mismo á la grey de su verdadero pastor, que es Jesucristo. Ya había consumido este admirable varon cerca de setenta años en una vida irreprehensible, y era justo que el eterno Remunerador le llamase á darle el premio debido á sus merecimientos. Pero así como al buen capitán debe cogérle la muerte con la espada en la mano, así tambien al buen obispo debe faltarle la vida mientras la está empleando en beneficio de sus ovejas. Había salido de Lima Sto. Toribio haciendo la tercera visita de su obispado; Llegó cerca de Safia estando ya próxima la semana santa, cuyas augustas ceremonias queria celebrar allí por sí mismo. Persuadiéronle que pasase á Trujillo, por quanto el primero era un lugar poco sano, por causa de los calores escesivos. El Santo despreció este peligro, que le pareció remoto; y dirigiéndose á Safia, antes de entrar en el pueblo se sintió con calentura. Agravándose la enfermedad, le mandaron los médicos comer carne; pero como era semana santa, lo rehusó quanto pudo, hasta que se le mandaron en conciencia. Viendo los médicos que era su muerte inevitable, ordenaron que se le diese esta noticia para que hiciese sus disposiciones, lo cual ejecutó un capellan suyo. Léjos de entristecerse con la nueva, exclamó con aquellas palabras del salmo: *Regocijado me hé con las cosas que me han sido dichas: iremos á la casa del Señor;* y al que le dió la noticia mandó que le diesen las albricias, que muy de antemano tenia prometidas al que le anunciase la muerte. Dispúsose á esta, mandando hacer una justa reparticion de todo quanto tenia, sin escluir el utensilio mas despreciable, entre los pobres de todas clases, á quienes llamaba sus acreedores. Confesóse con grande compuncion y lágrimas, y diciendo que era indigno de que el Señor le

visitase en su casa. hizo que le llevasen á la iglesia en una camilla, y allí recibió el Viático con tal devocion, que todos quedaron enternecidos. Vuelto á su casa recibió la Estremauncion, exhalando ardientes suspiros entre frecuentes actos de contricion. Repetia muchas veces aquellas palabras de S. Pablo: *Deseo ser desatado, y estar con Cristo*, consolando incesantemente á sus familiares, que lloraban su muerte con amargura. Dia de jueves santo á la misma hora que solia lavar los pies á los pobres, pidió al prior de S. Agustin que le cantase el salmo: *In te, Domine, speravi*; y al llegar aquellas palabras: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*, exhaló su alma bienaventurada con aquella dulce tranquilidad con que mueren los justos. Sucedió su dichoso transito en el año de 1606, á los sesenta y ocho de su edad, y veinte y cinco de obispado. Su cuerpo quedó tratable y hermoso, y fue enterrado en la iglesia catedral con una pompa, concurso y aclamaciones admirables. El Señor manifestó bien pronto la santidad de su siervo por medio de infinitas maravillas; y habiéndose hecho las diligencias necesarias para la justificacion de sus virtudes en grado heroico, y de los milagros con que testificó Dios su santidad, fue beatificado por el papa Inocencio XI, y Benedicto XIII le canonizó después en el año del Señor de 1726.

**La misa es en honor de este santo, y la oracion la siguiente:**

*Ecclesiam tuam, Domine, beati Thurbii confessoris tui atque pontificis continua protectione custodi; ut sicut illum pastoralis sollicitudo gloriosum reddidit, ita nos ejus intercesio in tuo semper faciat amore ferventes. Per Dominum nostrum...*

Defended, Señor, vuestra Iglesia con la proteccion continua del bienaventurado Toribio vuestro confesor y pontifice; para que así como la solitud pastoral le hizo glorioso, de la misma manera su intercesion nos haga fervorosos en vuestro amor. Por nuestro Señor..

**La epistola es del esp. 50 del Eclesiástico.**

*Ecce sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroborabit templum. Templi etiam altitudo ab ipso fundata est, duplex edificatio, et excelsi parietes templi. In diebus ipsius emanaverunt putei aquarum, et quasi mare adimpleti sunt supra modum. Qui*

He aquí un gran sacerdote, que mientras vivió sostuvo la casa; y en sus dias restauró el templo. Tambien fué fundada por él la altura del templo, el edificio con dos viviendas, y las paredes altas que rodean al templo. En su tiempo los pozos tubieron agua copiosa, y se llenaron fuera de medida

*curavit gentem suam, et libera-  
vit eam à perditione. Qui præ-  
valuit amplificare civitatem, qui  
adeptus est gloriam in conversa-  
tione gentis: et ingressum domus,  
et atrii amplificavit. Quasi stella  
matutina in medio nebulae, et  
quasi luna plena in diebus suis  
lucet. Et quasi sol resurgens,  
sic ille effulsit in templo Dei.  
Quasi arcus resurgens inter ne-  
bulas gloriae, et quasi flos rosa-  
rum in diebus vernis, et quasi  
lilia, quæ sunt in transitu aquæ,  
et quasi thus redolens in diebus  
æstatis. Quasi ignis effulgens, et  
thus ardens in igne. Quasi vas  
auri solidum, ornatum omni la-  
pide pretioso. Quasi oliva pullu-  
lans, et cypressus in altitudinem  
se extollens: circa illum corona  
fratrum: quasi plantatio cedri in  
monte Libano. Sic circa illum  
steterunt quasi rami palmæ, et  
omnes filii Aaraon in gloria sua.*

como si fueran un mar. El tuvo cuidado de su gente, y la libró de la perdicion. El mismo llegó á amplificar la ciudad, y alcanzó gloria viviendo en medio de su pueblo, y extendió la entrada del templo. Como la estrella de la mañana entre la niebla, y como la luna luce en los dias de su llenura, y como resplandece el sol, de la misma manera resplandeció él en el templo de Dios. Como el arco Iris que resplandece entre las claras nieblas, y como la flor de las rosas en tiempo de primavera, y como las azucenas que están cerca de las corrientes, y como la planta del incienso que huele bien en los dias del estio; como llama resplandeciente, y como incienso que arde en el fuego; como un vaso de oro macizo adornado de todo género de piedras preciosas; como el ciprés que se levanta á lo alto. Al rededor de él hay una corona de hermanos; y así como un alto cedro plantado en el monte Libano, de la misma manera estuvieron al rededor de él los hijos de Aaron en su gloria, como si fueran ramos de palma.

#### REFLEXIONES.

Entre las pasiones que combaten el corazón humano con mayor fuerza, y poder mas irresistible, apenas hay una cuyos esfuerzos le llevan tras sí con mayor violencia, que la pasión de gloria. A este idolo aéreo han ofrecido incienso los hombres sábios y los ignorantes; los hombres obscuros y los monarcas mas poderosos. Hasta los facinerosos, que oscurecen su vida con execrables delitos, han ofrecido victimas á la gloria de su nombre. Tantos conquistadores exponiendo su vida y su reposo por un pedazo de tierra, que no habian de gozar: tantos sábios acortando los dias de su vida en profundas me-

ditaciones, escribiendo libros, que acaso olvidan para siempre las generaciones futuras; tantos deslumbrados, que han tenido la temeridad de precipitarse en una sima profunda, ó dejarse morir por que su nombre fuese aclamado como el de un héroe, manifiestan claramente hasta qué punto llegan á embriagarse los hombres con la pasión de gloria. Puede tanto con ellos el lisonjero pensamiento de que despues de muertos se acordarán los hombres de sus acciones, y repetirán sus heroicidades con entusiasmo, que esta sola consideracion les excita á hacerse singulares entre los demás hombres, sin reparar mucho en que la distincion provenga del vicio ó de la virtud.

Pero si reflexionasen la enorme distincion que hay de lo uno á lo otro, y qué diferente gloria reciben, aun en este mundo, los que sirven verdaderamente á Dios, respecto de aquellos que se entregan á los deseos de su corazon, conocerian que, aun en lo temporal, premia Dios mucho mas ventajosamente que el mundo. El elogio que contiene la epistola de este dia, dedicado por el Espiritu santo á Simon, hijo de Onias, y aplicado por la iglesia á santo Toribio Mogrobejo, prueba claramente la generosidad con que premia Dios las obras de la virtud. El es tan magnífico, tan sublime, tan lleno de imágenes, de magestad y de belleza, y tan expresivo de un mérito heroico y extraordinario, que todos los oradores de Atenas y de Roma no llegaron jamás á imaginar una cosa semejante. Aun prescindiendo de los sólidos fundamentos en que estriba este elogio, hace muchas ventajas por la estructura, y por la idea que da del héroe, á cuantos panegiricos ha tributado la lisonja al poder y á la tirania. Jamás cupo en el entendimiento de Plinio un elogio tan magnifico del emperador Trajano; y todos los emperadores hubieran sacrificado gustosos las alabanzas que les tributó la elocuencia, si hubieran llegado á conocer la grandeza de estas, que da el Espiritu santo, y hubiesen tenido el talento y virtud suficiente para merecerlas. La gloria que de esto les resultaria, seria una gloria verdadera, y que dura para siempre: sus alabanzas no se marchitarian como sus laureles; y sus virtudes no serian tan insensibles ó insensatas como las piedras que las representan. Si se considera, además de esto, el fundamento que tienen unos y otros elogios, es preciso convenir en que hay tanta diferencia de unos á otros, como hay distincion entre lo verdadero y lo falso. La virtud es hermana de la verdad; mutuamente se ayudan, mutuamente se recomiendan, mutuamente se apoyan. La virtud que tiene el carácter de verdadera, es una misma en todos los tiempos, en todas las naciones, en todas las circunstancias. La verdad la presenta á todos los ojos como amable y digna de aprecio. Su mérito es una luz resplandeciente, cuyos brillos no pueden ocultarse. El corazon mas bárbaro siente la dulce fuerza de sus atractivos; y aun los hombres

injustos aprueban en secreto de su corazón los elogios que se le tributan. De consiguiente, la gloria que consigue un justo por estar continuamente velando sobre sus obligaciones, es una gloria verdadera, durable, y que debiera llevar la atención de los hombres, siempre que á estos les inquietase algún deseo de gloria. ¿Pero se hace así? ¿Son estas ideas las que mueven el corazón humano en la ejecución de tan vano proyecto? Dios mío, vos sabéis que no solamente se hacen sacrificios á la vanagloria y á la ambición, sino que mucha parte de nuestras víctimas las sacrificamos á la necesidad; porque no se puede llamar con otro nombre aquella pasión que deja al hombre sin discurso, y equivoca sus operaciones con las de los brutos irracionales.

**El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el día I, folio. 26.**

### MEDITACION.

#### *Sobre la vigilancia cristiana.*

**PUNTO PARTIAL.**—Considera que todo cristiano debe velar continuamente sobre el cumplimiento de sus obligaciones, y que el descuidar en esto juzgándose seguros, y que se camina por un terreno llano y sin precipicios, es una señal funesta, que acuerda al temeroso de Dios que está su peligro muy cercano.

A la verdad, dar oídos á la satisfacción con que el corazón está descuidado, pareciéndole que no necesita velar sobre el cumplimiento de sus obligaciones, sino que basta una atención ordinaria, que tiene menos de atención que de costumbre, es una soberbia insoportable que nos hace caer en gravísimos precipicios. Semejante indiferencia provoca la ira de Dios, el cual, viendo la soberbia con que nos atrevemos á poner en nosotros mismos la confianza que debíamos colocar en él, determina negarnos sus divinos auxilios, con los cuales hacíamos el bien, y sin los cuales no podemos hacer sino el mal. Nos deja con sólo nuestras fuerzas, para que viendo que no son bastantes para precavernos contra nuestros enemigos, conozcamos nuestra debilidad y flaqueza con una experiencia funestísima. Este modo de proceder de nuestro Dios es justísimo; porque habiendo despreciado tantos paternales avisos, en que nos manda que velemos sobre nuestras obligaciones, castiga debidamente nuestra temeraria presunción, desamparándonos, y dejándonos únicamente en manos de nuestra flaqueza. La caída escandalosa del rey David, que en una sola acción cometió tantos y tan horrendos delitos, en ninguna otra cosa consistió, que en la seguridad excesiva con que se echó á dormir, sin

temer el peligro que le amenazaba. El mismo Profeta santo lo decía así en el salmo 29, cuando contrito y pesaroso clamaba á Dios diciendo: *En medio de mi abundancia dije para mí: Jamás seré apartado ni removido de la gracia y virtud que ahora tengo. Vos, Señor, apartásteis de mí vuestros ojos é inmediatamente sucedió en mi alma una turbacion atombrosa.*

Pero ningún ejemplo convence mejor los peligros funestísimos de la falta de vigilancia, ó de una confianza necia, que el ejemplo de la negacion de san Pedro. Cuando el Salvador del mundo avisaba á todos sus apóstoles que estuviesen alerta, por que podia suceder que en la noche de su pasion padeciesen escándalo sobre su persona, llegó á tanto la temeridad de Pedro, que no dudó afirmar, *que aun cuando todos los apóstoles se escandalizasen, él nunca se escandalizaría.* El misericordioso Señor, que le tenia destinado para pastor univarsal de su Iglesia, y sabía cuán necesaria le había de ser la vigilancia, quiso que aprendiese con un saludable escarmiento, que le diese que llorar para toda su vida, los graves peligros y ruinas espirituales que trae consigo una vana confianza. Dejóle por un momento entregado á sus propias fuerzas; y produjo lo que puede producir por sí mismo un hombre flaco y miserable. Negó á su Maestro, negó á la verdad misma por esencia; negó á su Dios; negó tantos milagros y prodigios como habían visto sus ojos; negó la santísima vida y costumbres que había visto en su Maestro, y de que estaba cierto hasta la evidencia; y todo esto lo negó con juramento. Pero en esto mismo has de considerar que afirmó: que el hombre nunca está en mas peligro que cuando confía de sus mismas fuerzas; que nunca está mas débil que cuando no le robustece el poderosísimo vigor de la gracia; que nunca está mas cercano á caer en el precipicio que cuando camina descuidado, imaginando que vá seguro; y últimamente, san Pedro nos afirmó con su ejemplo que debemos tener presente el aviso de Jesucristo: *Velad y orad para que no seais tentados.* á fin de que no experimentemos funestas caidas, que llenen por toda la vida de lágrimas nuestros ojos.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que vives en un pais enemigo; y de consiguiente, que es necesaria la vigilancia para precaver tu ruina, y caer en manos de tus contrarios, que forzosamente han de saciar en ti su furor y su odio.

Es notoria la sentencia del santo Job, que afirma: *Que la vida terrena del hombre es una continua milicia.* La experiencia diaria nos enseña, que desterrado el primer hombre de aquel lugar de paz y de felicidad en que había sido criado, nos vemos reducidos á vivir desterrados y peregrinos, pisando siempre un terreno mal seguro, cu-

bierto por todas partes de peligros y asechanzas. San Pedro nos amonesta, *que estemos siempre alerta y velando, porque nuestro comun enemigo anda al rededor de nosotros, como leon rabioso que desea despedazarnos*. Es constante que cuando todo faltara, el consejo de un varon tan experimentado en esta materia como el apóstol san Pedro bastaria para hacer conocer al cristiano la necesidad que tiene de estar continuamente en vela, para no perder lastimosamente la integridad y la justicia. Nunca logra con mayor seguridad sus fines la astucia de un prudente capitan, que cuando su contrario duerme en los brazos de una necia confianza. Por esta causa el rey Baltasar cayó en una prision vergonzosa, sin que bastase á libertarle de ella un poderoso ejército, que no era justo que velase al tiempo mismo que su capitan y su rey estaba descuidado de su ruina. Entregado con los grandes y capitanes de su ejército á las delicias de un opiparo convite, se durmió en brazos de la embriaguez: su astuto enemigo velaba entre tanto: le acometió, le venció, y con una esclavitud vergonzosa le hizo pagar la falta de vigilancia.

Otro tanto le sucede al cristiano que descuida de la custodia de su alma sabiendo que vive cercado de enemigos. Estos usan mas á su salvo de sus astucias, y ejecutan sus daños sin riesgo de ser sorprendidos. Sus fuerzas se duplican con la propia vigilancia, y con el descuido que advierten en aquel cuya ruina solicitan. ¿Y que siendo esto verdad se ha de ver en el pueblo cristiano tanto descuido de su salud, y tanta indiferencia en los daños que le amenazan! Nada se ve con mas frecuencia que hombres entregados á una necia seguridad. En medio de que no pueden ignorar las estrechas obligaciones que les rodean, y que cada una de ellas requiere toda la atencion del cristiano para su exacto cumplimiento, se vive sin pensar siquiera que hay una virtud que se llama vigilancia. De aqui resultan las frecuentes recaídas, que necesitan tambien de una expiacion frecuente. De aqui nacen las transgresiones que se advierten en todos los estados. El magistrado, el juez, se dejan sorprender con el interés, ó faltan muchas veces á la justicia por no tener la vigilancia debida, ó para guardarse de los enemigos que intentan corromperles, ó porque no viven de sobreaviso sobre los principios necesarios para ejercer bien su ministerio. Los padres de familia ven con dolor los desórdenes de sus hijos y criados, sin advertir que todos ellos nacen del funesto sueño en que ellos yacen dormidos. A este tenor, si cada individuo mete la mano en su pecho, y reflexiona sobre las continuas faltas que laerian la integridad de su conciencia, conocerá que todos estos males resultan de la falta de vigilancia sobre sus obligaciones, y del descuido criminal que tienen de precaverse contra sus vigilantes enemigos.

## JACULATORIAS.

*Factum est mihi verbum tuum in gaudium, et in letitiam cordis mei.*  
Jer. 45.

Vuestra palabra, Señor, ha sido para mi motivo de gozo, y ha regocijado todo mi corazón.

*Nos verò orationi, et ministerio verbi instantes erimus.* Actor. 6.

Convencido de vuestras soberanas verdades os prometo, que de aquí adelante velaré de continuo, para que no me sorprendan mis enemigos, empleándome en la contemplación de vuestras verdades, y en hacer que se guarde vuestra divina palabra.

## PROPOSITOS.

Son innumerables los avisos y preceptos que hay en la sagrada Escritura acerca de la virtud de la vigilancia, de manera que apenas hay un punto capital de la religion, sobre que se haya manifestado mas copiosamente la doctrina de Jesucristo. *Vigilad*, decia en el capítulo 24 de san Mateo. *Porque no sabéis á que hora ha de venir vuestro Señor.* *Bienaventurados aquellos siervos*, decia en el capítulo 12 de san Lucas. *á los cuales, cuando venga su Señor, los encuentre velando.* San Pablo escribiendo á su discipulo Timoteo, (*Epist. 2, cap. 4*) le decia: *Tú vela, trabaja en todo, y cumple con tu ministerio.* De manera, que la vigilancia es una virtud tan universal y necesaria al cristiano, como prueba claramente la continuacion con que se ve recomendada en las sagradas escrituras. En vista de esto, ¿cuales deberan ser tus propósitos en este dia! Has visto en la vida de santo Toribio Mogrobejo un hombre sumamente zeloso de su salvacion, y que por lo mismo desde niño hasta el último instante de su vida, tenia una escrupulosa observancia de todas sus obligaciones. Sin embargo de tanta sólida virtud, de tan multiplicados ejercicios piadosos, y de estar rodeado de buenos ejemplos, se vela en él un temor continuo de desagradar á su Dios, que le tenia en continua vela sobre la mas minima de sus muchas y delicadas obligaciones. Has considerado los peligros y caídas funestas que han dado los varones mas encumbrados en virtud, cuando se han entregado, ó á una necia confianza, ó á un criminal descuido. Has visto que son innumerables los enemigos que te cercan para dañarte, y extraordinaria su vigilancia. Desde hoy, pues, debes atender menudamente á todas tus obligaciones: hacer mucho caso aun de las cosas mas minimas: considerar cada una de ellas como el principal objeto de tus esmeros y

cuidados; y empeñarte eficazmente en vencer con tu vigilancia la vigilancia de tus enemigos. Cualquiera falta en esta materia te precipita en un abismo, y en un solo instante que te descuides, recibirás un daño irreparable. En todas las materias, á todas las horas, en todas las ocasiones te es necesaria la vigilancia. El enemigo común del género humano contrahace, y procura imitar por su parte con su malicia para introducirte al mal, todos los santos artificios de que se vale la gracia para inclinarte al bien. Y así como ésta esconde sus anzuelos en todos los acontecimientos de la vida, en todas las acciones y circunstancias para cautivarte en el servicio de Dios; de la misma manera el dragon infernal siembra asechanzas en todo cuanto ves, en todos los negocios que tratas, velando continuamente para lograr tu ruina. *No durmamos, pues, como los que están apartados de Dios*, dice san Pablo á los Tesalonicenses (*Epist. 1, cap. 5*), *sino velemos, y estemos alerta.*

#### Santa Cita, virgen.

No hay estado en el mundo, no hay condicion tan obscura ni tan abatida, en qué con la asistencia de la divina gracia, no se pueda arribar á una eminente santidad. Prueba ilustre de esta verdad es santa Cita.

Fue de nacimiento humilde, hija de un pobre paisano. Llamábase su padre Lombardo, y su madre Bonísima; eran ambos pobres, pero temerosos de Dios; y como no esperaban dejar ningunos bienes á su hija, se dedicaron á dejarla á lo menos el de la virtud, que es el mayor de todas.

Nació Cita al principio del siglo XIII en una aldea llamada Monsagradi, poco distante de la ciudad de Luca. Los desvelos de la virtuosa madre en criarla en el temor santo de Dios fructificaron fácilmente en aquel tierno corazón, que parecía como nacido para la virtud, por estar lleno de inclinaciones naturalmente piadosas. Hechizaba á todos la dulzura de su genio y su modestia; hablaba poco, trabajaba mucho, y solo interrumpía la labor para entregarse á la oracion. Luego que tuvo advertencia para conocer y amar á Dios, le amó de tal manera, que nunca le perdió de vista, y en ningún otro objeto hallaba gusto su corazón. Siendo niña, la bastaba oír que alguna cosa era ofensa de Dios, para mirarla con horror por toda la vida; ni su madre necesitaba valerse de otros términos para enseñarla y para corregirla: *Dios manda esto, Dios prohíbe aquello*; en estas dos palabras se comprendía todo para ella.

Siendo de doce años la pusieron á servir en casa de un ciudadano

de Luca, llamado Fatineh, que vivia confíguo á la iglesia de san Frigidiano. Conservase esta casa hasta el día de hoy con singular veneracion, adornados todos sus cuartos de ricas y primorosas pinturas, que representan las principales acciones y virtudes de nuestra Santa.

Hallándose Gita en el humilde estado de criada, desde luego se persuadió á que la verdadera virtud consistia en cumplir perfectamente con las obligaciones de su estado; y á esto se aplicó con el mayor empeño. Levantábase siempre al despuntar el día; y mientras los demás dormian, ella oraba; cuidando de tener ya oida misa todos los dias antes que fuese hora de dar principio á los officios de la casa.

Como era muy advertida y de mucha capacidad, prevenia de ordinario con anticipacion todo aquello que la tocaba hacer. Segun su aplicacion, parecia que no pensaba en otra cosa que en las que eran de su officio: con todo eso la era sumamente familiar la presencia de Dios, y tenia para ello indecibles atractivos.

Siendo humilde, mortificada, laboriosa y obediente, ¿quién no diria que habia de ser muy estimada de todos cuantos la conociesen y tratasen? Con todo eso permitió Dios que por algunos años fuese bien ejercitada. A su circunspeccion la llamaban simpleza ó brutalidad; y la gran diligencia que ponía en prevenir todo lo que era de su cargo, la atribuian á vanidad, y á deseo de sobresalir entre las demás. Nunca acertaba con cosa que fuese del gusto de su ama, cuya antipatia se aumentaba con los malignos chismecillos que la iban á contar los demás criados. Si estos faltaban ó se descuidaban en algo, la culpa siempre cargaba sobre nuestra Santa. Censuraban su silencio y su devocion; hacian chacota de su delicadeza de conciencia, y de su puntualidad; su moderacion los enfadaba, y hasta su vida austera y penitente les era pesada. Hallándose Gita tan despreciada, tan aborrecida, tan recargada, y tan injustamente maltrada, nunca se desmintió á sí misma, siempre igual, siempre serena, siempre apacible y siempre oficiosa; jamás salió de su boca ni la mas minima queja. Una virtud tan probada y tan constante se descubrió en fin á pesar de la emulacion, de la antipatia y de la malignidad. Conocieron los amos y conocieron los criados el tesoro que tenian en su casa, y todos hicieron justicia á su virtud y á su mérito.

La prueba mas insufrible de todas para ella, fue esta repentina mudanza de ánimos y de corazones en su favor. Como era tanta su ánsia de padecer y de ser humillada, se persuadió á que esta novedad era castigo de Dios; y llegó á afligirse tanto con este pensamiento, que habiéndoselo conocido su ama, afectaba de cuando en cuando reñirla para consolarla.

Como era tanta la confianza y la estimacion que hacian de ella, pusieron los amos á su cuidado todo el gasto y gobierno económico de la casa. No se puede decir cuánta fue su exactitud, vigilancia y aplicacion; así el dinero que la daban para el gasto, como las provisiones que hacia, lo consideraba todo como un depósito que la había confiado Dios para que le diese menuda cuenta de él; y era tanta su economía, que casi tocó la raya de nimiedad, y llegó á ser escrupulo.

Era enemiga mortal de la ociosidad, por lo cual siempre estaba ocupada, tanto, que en casi sesenta años que estuvo en aquella casa, jamás la vieron sin alguna labor en las manos. Acostumbraba decir, que las principales prendas de una criada cristiana eran el temor de Dios, la fidelidad, la humildad, y el amor al trabajo. Ninguna criada, decia, puede ser virtuosa, sino es trabajadora; una virtud holgazana, especialmente en las que son de nuestra esfera, es una falsa virtud.

La tierna devocion que profesó desde su infancia á la santísima Virgen, no solamente la inspiró un extraordinario amor á la pureza, sino que la mereció el don de esta virtud. En este particular no es fácil explicar hasta que punto llegaba su delicadeza; jamás miró á hombre alguno á la cara. Nunca se alivió de ropa, ni aun en medio de los mas abrasados calores del estío; nunca se la levantó, ni aun cuando tenia que hacer los oficios mas penosos ó menos limpios de la casa, temiendo aparecer con menos decencia, modestia y compostura. Habiendo en cierta ocasion tenido atrevimiento un criado para decirle no sé que palabras descompuestas, se horrorizó tanto, que hubo de caer desmayada; y ya iba á salirse de la casa, si en la misma hora no hubiera sido despedido de ella aquel atrevido.

Conservó esta delicada virtud á favor de una rigurosa mortificacion y penitencia. Era grande su abstinencia; ayunaba todo el año y casi todos los días á pan y agua. Andaba con los pies desnudos, aun en el mayor rigor del invierno, y dormía sobre la dura tierra, ó algunas veces sobre unos sarmientos. No se sabia como podia vivir con tan poco alimento, con una vida tan penitente; pero creció la admiracion cuando después de muerte encontraron su virginal cuerpo rodeado de un cordel, que se entraba dos dedos en la carne. Semejante instrumento de penitencia, en quien estaba siempre en un continuo trabajo, era muy áspero tormento.

Habianla permitido sus amos que en el discurso del año hiciese algunas devotas peregrinaciones, bastantemente distantes y dificultosas; siempre las hacia á pie y en ayunas. Como los menesteres de la casa no la hubiesen dado lugar una vez para salir por la mañana á visitar el santuario del santo Angel, que se venera en un monte á dos leguas de Luca, quiso ir por la tarde; y mostró Dios cuán grata

le era esta devocion con el prodigio de hallarse Cita milagrosamente transportada á dicho santuario;

Dotada de un don sublime de oracion, todo el dia estaba trabajando, y todo el dia estaba orando, porque ni el trabajo interrumpia la oracion, ni la oracion era estorbo al trabajo. Abrasada del fuego del divino amor, se la oia esclamar incesantemente dia y noche: *Si, divino Esposo mio, yo os amo*. Habia fabricado una especie de celdilla en el rincon mas retirado de la casa, á la cual solia ir de cuando en cuando á pasar toda la noche en contemplacion; y depusieron los demás criados que muchas veces habian visto esta celdilla rodeada de un brillante resplandor y claridad.

Como un día se hubiese dejado llevar de su fervor mas de lo acostumbrado, se acordó, aunque ya algo tarde, que tenia que amasar: dejó su devocion, y corrió prontamente á reparar su falta; pero ya Dios la habia remediado, porque encontró amasado el pan, y en disposicion de poderle meter en el horno; manifestando el Señor con semejantes y frecuentes prodigios la santidad de su sierva.

Correspondia su humildad á todas las demás virtudes. Estaba tan penetrada del bajo concepto que formaba de si misma, que se admiraba cómo no la despreciaban todas las criaturas, y cómo podia sufrirla la tierra sobre sí. Respetaba á los demás criados, como si todos fueran sus amos: apenas abrian la boca cuando eran obedecidos sin réplica y sin dificultad. Ciertas señoritas de poca edad, amigas de su ama, sabiendo su pronta obediencia, tenian gusto, solo por divertirse y por probarla, de enviarla con recados supuestos á un parage distante media legua de la ciudad, cuando estaba lloviendo á cántaros; obedecia con puntualidad, hacia su recado, y volvia calada de agua sin quejarse.

Su apacibilidad sosegaba los ánimos mas irritados. Cuando su amo estaba colérico, solo con que Cita se dejase ver y le dijese una palabrita, desarmaba su cólera. Algunas veces se echaba á sus pies para interceder por los otros.

Pero la mas sobresaliente de todas sus virtudes fue la caridad. No puede explicarse á qué grado llegó en ella esta generosa virtud; era sin limite su compasion con los pobres, con los afligidos y con todos los atribulados. Comunmente se cree que uno de los motivos que tuvo para ayunar casi siempre á pan y agua, fue por tener mas para dar limosna, pues nunca daba nada sin licencia. Viendo su amo que los bienes parecia que se multiplicaban en sus manos, la dió ámplia licencia para que diese la limosna que le pareciese; usó de ella con liberalidad, pero con discrecion, y Dios la autorizó muchas veces con milagros.

En tiempo de hambre, habiendo gastado todo el dinero que la die-

ron sus devotos, y habiendo apurado tambien toda la panera de su amo, se la llenó presto Dios, porque volviendo á ella para recoger algunas pocas de legumbres, y algunos puñados de grano que habian quedado, la encontró mas llena que estaba antes que se abriese para la limosna. En cierta ocasion llegó á ella un pobre forastero, y la pidió un traguito de vino por amor de Dios; adligiöse porque no le tenia, pero llena [de confianza acudió á un pozo que estaba cerca, sacó una jarra de agua, que milagrosamente se halló convertida en un excelente vino. Hasta el día de hoy se conserva este pozo, y se llama el pozo de santa Cita.

Nunca tuvo mas muebles que el vestido que traia puesto, porque todo se lo daba á los pobres; y cuando la reprendian por esto, respondia *¿Pues qué? pídemle Cristo limosna en la persona de sus pobres, ¿y habia yo de tener corazon para negarsela?*

Una noche de Navidad, en que era excesivo el frio la presentó su amo una capa aforrada mandándola que usase de ella, pero que en todo caso la volviese. Al entrar en la iglesia vió á un pobre medio desnudo, y todo transido de frio; no hubo menester mas ruegos para echarle al punto la capa aforrada sobre las espaldas; pero acabada la misa, al entrar en casa, el pobre la resituyó la capa y desapareció.

Del mismo principio nacia su inclinacion natural á excusar las faltas de todos. Algunas veces los que hablaban con ella fingian defectos supuestos en sujetos tambien fingidos, solo por el gusto de ver los esfuerzos, las razones, las sutilezas que discurría para excusarlos. Jamás se la oyó hablar mal de nadie; cuanto hacian las demás era bueno, era loable; solo ella, en su entender estaba llena de miserias y de faltas.

Pero lo que tenia mas impreso en el corazon era la salvacion de las almas; por eso una de sus principales devociones era pedir incessantemente á Dios por los que trabajan en ministerios conducentes á la salud espiritual del prójimo, para que echase su bendicion á su zelo y á sus trabajos. Tambien se compadecia mucho de aquellos que por sus delitos eran condenados á muerte; pasaba semanas enteras pidiendo al Señor los asistiese con su gracia, para que se aprovecharsen del suplicio padeciéndole con espíritu de penitencia, y doblaba su oracion y mortificación, para que su Magestad les concediese una buena muerte.

Hallándose dotada de tantas virtudes, y sobre todo abrasada de tan perfecta caridad, no es maravilla que fuese favorecida con los mayores dones sobrenaturales, y singularmente con el don de milagros. En la misa y en la comunión la vieron muchas veces toda bañada en aquellas dulces lágrimas, que los consuelos interiores, anticipados destellos de la gloria, hacen derramar á los santos, acompañadas no pocas veces de admirables éxtasis. Solo con ver alguna

imágen de la santísima virgen, á quien llamaba su madre, bastaba para experimentar en sí los mismos efectos; y ocupada toda su alma en Dios los últimos dias de su vida, era esta una oracion continua.

A tan alto grado de perfeccion habia llegado, cuando quiso el Padre de las misericordias recompensar con la gloria eterna á su fiel sierva. Cayó mala; y aunque parecia ligera la enfermedad, quiso recibir los sacramentos. Hizolo con tanta devocion, que la infundió en todos los circunstantes. Ninguno se persuadía á que hubiese de morir con tan ligero mal; pero ella estaba mejor instruida que todos de su postrera hora. Con efecto, al quinto dia de su enfermedad espiró entre fervorosos actos de amor de Dios, en los cuales se habia ejercitado toda la vida; y fue su muerte el dia 27 de abril del año 1272, á los setenta de su edad.

El mismo dia de su muerte manifestó Dios la santidad de aquella bienaventurada doncella; dejóse ver sobre la casa donde acababa de espirar un resplandor maravilloso, y los niños de toda la ciudad comenzaron á gritar: *Ya murió santa Cita*. Fue prodigioso el concurso del pueblo á venerar el santo cadáver, y las exequias parecian un magnífico triunfo. Venérase su cuerpo en la iglesia de san Frigidiano, y se conserva hasta el dia de hoy sin corrupcion. Cuéntanse mas de ciento y cincuenta milagros juridicamente aprobados, con mucho mayor número de ellos que obra cada dia el Señor por la intercesion de esta Santa.

El año de 1580 se abrió la sepultura, y se halló entero el santo cuerpo. Colocáronle en una rica caja para satisfacer á la devocion del pueblo; está todo él cubierto con una ropa de brocado de oro; y la cara y manos, que se ven por un cristal, pudieran persuadir que aún está vivo. Leon X. dió licencia para que en la iglesia de san Frigidiano se rezase con oficio doble de nuestra santa, á la cual profesa singular veneracion toda la ciudad de Luca.

**La misa es del comun de las vírgenes, y la oracion la siguiente:**

*Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beata Cita virginis tuae festivitate gaudemus ita tuae devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum...*

Oid, Señor Salvador nuestro la súplica que os hacemos, de que así como nos alegramos santamente en la festividad de tu bienaventurada virgen santa Cita, así experimentemos en ella una verdadera y piadosa devocion. Por nuestro Señor...

**La epistola es del cap. 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los Corintios, y la misma que el dia 17 fol. 296.**

## NOTA.

«Teniendo noticia san Pablo de lo que pasaba en Corinto, donde algunos falsos apóstoles procuraban desacreditarlo para quitar á los Heles la estimacion y confianza que hacian de él, escribió esta segunda carta, dirigida, no solo á los de Corinto, sino á todos los Heles de la provincia de Acaya. Contiene excelentes instrucciones, singularmente sobre la castidad. Escribióse en Macedonia, y la envió el apóstol por Tito y por san Lucas el año 87 de Cristo.»

## REFLEXIONES.

¡Qué trastornamiento tan lastimoso de entendimiento y de buen juicio! Todos se glorian el día de hoy de todo aquello que no es gloriarse en el Señor; y todo lo que es gloriarse en el Señor; se reputa entre los mundanos por baja de ánimo, por despecho, por melancolía. Todo el mundo alaba á un hombre que está lleno de ambicion; el orgullo es el que se lleva en todo la primacia; la soberbia es la pasión de moda, la mas simple vanidad se deja atender; y si es atrevida, descarada y fiera, se hace respetar. En medio de eso convienen en que no hay cosa mas baja, mas odiosa ni mas despreciable que el orgullo.

Con efecto, siempre es hijo de un ánimo apocado, y prueba de un pobre y corto entendimiento. Los tontos y los mantecatos siempre están pensando en cómo podrán hacerse estimar. Mirase con risa, ó á lo menos con lástima, á un méndigo infeliz, que habiendo perdido el juicio se imagina príncipe. Entre quien adolece de este achaque, y un orgulloso, no hay otra diferencia que la de mas ó menos.

Un hombre de buen entendimiento no se deja deslumbrar de sus prendas, adelántase su penetracion á conocer lo mucho que le falta; pero en un entendimiento limitado apenas sale de sí mismo, y como sus escasas luces no se extienden mas allá de su esfera, todo lo que hacen los otros le parece cosa muy común, y solo halla que admirar en lo que él hace.

Ciertamente no hay hombre mas despreciable, ni con efecto mas despreciado, que un orgulloso; y sin embargo no hay hombres mas hidrópicos de honras, mas ansiosos de distinciones, que estos animales de gloria. Revientan por ser estimados; y en esto mismo acreditan que no merecen serlo. No hay pasión mas opuesta al fin á que aspira, ni á los bienes imaginarios con que se alimenta, que el orgullo. Iba por brillar, por distinguirse, por sobresalir entre todos los demás; pero ¡ó qué vanos esfuerzos! ¡ó qué proyectos tan frívolos! Busca en todo la distincion el orgulloso, y todo conspira á humillarle y á confundirle. Fatigándose por introducir en el pueblo un alto concepto de sí mismo, se hace la fabula del lugar, y singularmente la risa de toda la gente cuer-

da. ¡Pero si á lo menos escarmentára á costa de su propia experiencia! Nada menos. El orgullo es ciego; bien puede estar á los pies de todos; mas ni por esas se dará por vencido. Las mayores humillaciones le irritan, pero no le curan. ¡Cosa estraña! No pocas veces se quiere combatir contra el orgullo con el orgullo mismo. Ni los que mas gritan y mejor escriben contra esta pasion son siempre los que menos adolecen de ella: comunicase su veneno hasta á lo que podía servirle de remedio; aun en la misma humillacion se sabe introducir el orgullo. Esta misma generalidad es la que nos le ha hecho tan casero; pero las enfermedades epidémicas y populares no son menos peligrosas porque sean mas comunes. La verdadera gloria, dice el Sabio, siempre huye de los que la siguen, siempre sigue á los que van huyendo de ella. Asi se complace Dios en llenar de ignominia á los corazones soberbios. El mismo orgullo es castigo y suplicio de los orgullosos. ¡Cuanto disgustos se ahorrarian si cada uno se hiciera mas justicia á sí mismo! ¡Feliz, Señor, aquel que coloca toda su gloria en agradaros! ¡Quiénes son mas dignos de estimacion y de respeto que aquellos que os sirven?

**El evangello es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia XVII, folio 288.**

### MEDITACION.

#### *Del pecado de omision.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que aquellas virgenes necias, desgraciadas, repudiadas del Esposo, al fin eran virgenes, eran de costumbres irreprehensibles, eran respetables por su conducta; mas para agradar á Dios es preciso llenar todos los deberes de la justicia. No basta no hacer mal; es necesario hacer todo el bien que quiere Dios hagamos; omitir el menor de estos deberes, ya es falta. Aquellas virgenes estaban aguardando al esposo; habian hecho algunos gastos para hacerle un honrado recibimiento: mostrábanse bastante ansiosas y solícitas de su venida, pero se descuidaron en hacer las provisiones á tiempo: tenian lámparas, mas faltaba el aceite. ¡Buen Dios, cuántas almas estan ardiendo en el infierno por pecados de omision! ¡cuántos padres, cuántas madres estan condenadas por haberse descuidado en la educacion de sus hijos, por no haberles reprendido y castigado, dejándose llevar de una blanda y culpable condescendencia! ¡cuántas personas constituidas en dignidad arden y arderán eternamente por no haber velado sobre sus subditos y dependientes! A la verdad, ellos no cometieron los pecados, pero no los impidieron; ellos fueron integros, rectos, desinteresados; pero no lo fueron sus subalternos: supiéronlo, y no lo reme—

diaron; pudieron saber, y quisieron ignorarlo. Aquella matrona es modesta, es virtuosa, es ejemplar; pero si da demasiada libertad á su hija; si la disimula aquel modo de vestir demasíadamente profano, aquel excesivo desembarazo, aquel desahogo que ya pasa de alegría; si la permite asistir á la comedia, al sarao nocturno, al juego, al baile, ¿no se hará rea de todos los pecados que comete la hija, y del pecado que hay en el peligro, en que ella misma la mete? Buen Dios, cuántos aparecerán en vuestra divina presencia cargados de deudas ajenas!

Los príncipes y los soberanos tienen grandes y estrechas cuentas que dar. ¡Cuántos bienes debieron hacer! ¡cuántas virtudes practicar! ¡con cuántas obligaciones debieron cumplir! ¡cuántos vicios enmendar! ¡cuántos desórdenes corregir! Si es gran pecado faltar á lo primero, ¿será menor descuidarse en lo segundo?

Los prelados deben grandes ejemplos á su pueblo y á toda la Iglesia. Cuanto mas los eleva su carácter, mas elevados deben ser, y mas deben brillar por sus virtudes. La solicitud pastoral debe ser su única y total ocupacion. ¡Qué cuenta tienen que dar de su rebaño! ¡qué vigilancia en guardar de los lobos á sus ovejas! ¡qué aplicacion, que desvelo en desviarlas de pastos nocivos! El menor descuido, la menor omision en estos puntos es de terribles consecuencias; y omisiones que son de tan grandes consecuencias, ¿serán pecados veniales?

¡Mi Dios, cuántos que se imaginaban inocentes se hallarán condenados por estos pecados de omision! Es cierto que no cometieron aquello que les estaba prohibido cometer; pero tampoco practicaron aquello que les estaba mandado practicar. Aquel siervo, de quien habla el evangelio, no perdió su talento; pero enterrólo y escondiólo: en esto estuvo su delito. ¡O que documento tan importante para muchos!

**Punto segundo.**—Considera que no siempre se despierta á un eruido por delitos grandes y atroces; antes por lo comun solo se le despierta, y con mucha razon, por perezoso, por haragan, por descuidado, por omiso en el cumplimiento de sus obligaciones. Toda la filosofia moral del cristianismo se funda en estos dos principios: huir el mal y hacer el bien. A la verdad no te condenará Dios por haber usurpado los bienes ajenos, ni por haber cometido enormes crímenes; ¿pero diste mucha limosna? ¿socorríste á los pobres en sus necesidades? ¿qué devociones tuviste? ¿en qué buenas obras te ejercitaste? Mientras haya pobres enfermos en los hospitales, vergonzantes en las casas, y presos en las cárceles, siempre tendrás obras de misericordia en que poderte ejercitar.

*Redde rationem villicationis tue.* Dame cuenta de lo que puse á tu cargo. Habiéndote llamado al estado religioso, ó á la sublime dignidad del sacerdocio, ¿que grandes, qué terribles obligaciones contrajiste!

¡cuantos consejos evangélicos comenzaron desde entonces á ser preceptos para tí! ¿bastañate por ventura haber guardado los mandamientos? Eres sal de la tierra y luz del mundo: ¿bastañate que la sal no córrompa el alimento, cuando ella misma debiera preservarle de la corrupcion? ¿bastañate que no esté apagada la luz, si está escondida debajo del celamin? ¿y quién tendrá la culpa de los tropiezos de aquel, y de los descaminos del otro? ¡O pecados de omision, y cuántas almas condenaréis!

¿Ocupas un grande empleo; ¿y qué? ¿te parece que solo te pusieron en él, para que descollases sobre los demas? ¿A quien hicieron superior en dignidad, ¿no es para que sea superior en las virtudes? ¿no es para que haga observar las leyes y las reglas? ¿serán excusables en este punto la inaccion y la pereza? ¿á un superior no se le pide con razon que vaya adelante con el ejemplo? Llámense las dignidades *cargos*, porque en realidad son cargas que imponen grandes obligaciones.

¿Pero cuáles son mas formidables que las de un magistrado? Arbitro de la fortuna y de la vida de los hombres, ¿se contentará con estar no mas que medianamente instruido en las leyes? ¿podrá encontrar tiempo para dedicarse á sus indispensables estudios, sin faltar á sus diversiones? ¿bastañate una leve tintura de doctrina? Si por su ignorancia, ó por no haber estudiado bien el derecho; si por su falta de penetracion y poca capacidad, éste pierde el pleito, y aquel la vida; ¿quién será responsable de estos daños? ¿servirle de excusa el dinero, con que acaso compró un oficio que pide tantos talentos, y tanta sabiduria?

¡O Señor, y qué manantial tan copioso de reflexiones! pero no menos abundante de sobresaltos, de temores, y de remordimientos. El que es mas distinguido por su nacimiento, por su carácter, y por sus empleos, ese es el que tiene mas que temer en pecados de omision. ¡Cuántos hay de una suma delicadeza de conciencia en todo lo que trae consigo sobrescrito de pecado, que no hacen caso de los pecados de omision, ni aun se examinan acerca de ellos! ¿y no seré yo quizá del número de estos mismos? ¿no tendré de qué acusarme en este particular?

¡Ah, Señor! conozco que tengo demasiado! y si no colocara toda mi confianza en vuestra misericordia, desconfiaria de mi salvacion. Pero confio tanto en la asistencia de vuestra gracia, que me atrevo á prometeros una inviolable fidelidad en el cumplimiento de todas mis obligaciones; resuelto estoy á no omitir cosa alguna que sea de vuestro agrado, y lleno de confianza de que me perdonaréis todo lo que hasta aquí he omitido.

### JACULATORIAS.

*Ab oculis meis munda me, et ab alienis parce seruo tuo.* Salm. 18.

Limpiadme, Señor, de mis pecados ocultos, y perdonadme los ajenos que se han cometido por mi culpa.

*Ignorantias meas ne memineris, Domine.* Salm. 24.

No os acordeis, Señor, de mis culpables ignorancias.

### PROPOSITOS.

1 Aquellas deudas que se llaman mudas, y se van acumulando, arruinan las casas. El que debe mucho, y nada paga, es digno de que le tengan lástima. Acaso hace mas daño á la salud la demasiada quietud y la inaccion, que el ejercicio mas violento. Es cierto que el veneno ha quitado la vida á muchos; pero muchos mas la han perdido por no haber querido tomar ciertos remedios. No pocas veces se siente tanto una falta de atencion, como una injuria. Consiste la virtud en no omitir nada de lo que se debe hacer, y en no hacer nada de lo que se debe omitir. Gran desconuelo es aparecer en el tribunal de Dios cargado de innumerables deudas, todas á cual mas esenciales (cuya satisfaccion se omitió, se despreció con pleno conocimiento), sin fondos para pagarlas. Considera á un pobre deudor delante de un juez, y rodeado de acreedores, que todos prueban con buenos documentos lo mucho que los está debiendo. El mismo oficio hace la conciencia en la hora de la muerte; pero con qué severidad se trata de prevenir su acusacion! A muchos les parece que esto de ser buenos consiste en no cometer pecados, ¿pero cumplen estos exactamente con todas sus obligaciones? Tiéneslas tú de todas especies: tu estado, tus empleos, tu condicion; tu cargo. Convento en que no haces excesos, en que no cometes injusticias, en que es prudente y moderada tu conducta; ¿pero no es omisa? examina si te descuidas en algo: ¿haces la limosna que puedes á proporcion de tu renta? ¿te aplicas con el desvelo que debes á la buena educacion de tus hijos? ¿Velas, como tienes obligacion, sobre el porte de tus súbditos y de tus criados? ¿es posible que no eres omiso en cosa alguna de las que corresponden á tu empleo? ya sabes que pide estudio, aplicacion, y capacidad. ¿No te fias acaso de otros mas de lo que fuera justo? Tienes á la verdad personas á quienes has encargado la educacion de tus hijos, y el cuidado de tu familia; ¿pero puso Dios sobre tus hombros esta carga para que enteramente la echáras sobre los de otro? ¡Oh mi Dios, cuántos y cuántos se condenarán por pecados de omision! Nunca dejes de tomarte estrecha cuenta de tus pecados en tu exámen de conciencia.

2 Las personas consagradas á Dios tienen infinitas obligaciones que cumplir, en las cuales se dispensan con demasiada frecuencia, y nunca sin detrimento. Hay reglas, hay constituciones: ¿cuántas omisiones,

cuántas negligencias se cometen! Pero las reglas, dicen, no obligan debajo de pecado: es verdad; ¿mas será por eso indiferente para un religioso la observancia, ó el quebrantamiento de sus reglas? No se obligó Dios indiferentemente á dispensarle sus mayores gracias. Fuera de que hay pocas reglas que no tengan alguna conexi6n con la exacta observancia de los votos. Uno de los lazos que arma el demonio á los religiosos imperfectos, es hacerlos descuidar con el concepto en que están, de que no es pecado la inobservancia de las reglas: rara vez deja de estar acompañada de menosprecio esta negligencia habitual. Examínate bien sobre este punto: teme las omisiones, porque si no, ellas te barán llorar mucho algun dia.





## DIA XXVIII.

**San Vidal mártir.**

**S**AN Vidal, tan célebre en todo el orbe cristiano y singularmente en Milan, fue de ilustre y antigua familia. Algunos le hacen padre de los santos mártires Gervasio y Protasio: lo cierto es que él y toda su familia eran cristianos. Mas por no habérsele ofrecido ocasion oportuna de declararse, y de hacer pública profesion de su fe, se contentaba con asistir, consolar, y socorrer á los fieles, sirviendo á

estos de ejemplar y de modelo su ajustada vida; y aun á los mismos gentiles causaba admiracion su honradez y su bondad.

Habia servido de oficial en los ejércitos del emperador, y se habia distinguido en las funciones. Así por el grado que tenia en el ejército, como por el mucho papel que hacia en la ciudad, habia contraido estrecha amistad con el cónsul Paulino, enemigo mortal de los cristianos, pero en medio de su guerra, muchas veces los habia perdonado por respetos de Vili, cuya intercesion juzgaba ser mero y simple efecto de aquella su bondad natural, que sin distincion de personas se extendia á todos los que le rodeaban. A favor de esta reputacion, y del gran crédito que tenia, socorría á los cristianos muy importantes servicios: visitábalos por el dia en las cárceles y en los calabozos, socorriéndolos sus necesidades, y de noche salia á visitar y á consolar á los que estaban escondidos en las cavernas y entre los peñascos.

Teniendo Paulino que hacer un viaje á Ravena, quiso que su amigo Vidal le acompañase. Era en tiempo del mayor furor de la persecucion; y pareciéndole que su presencia podia ser de tanto servicio y consuelo á los cristianos de Ravena, como lo habia sido á los de Milan, consintió en la jornada. Al entrar en la ciudad tuvo noticia de que un cristiano, médico de profesion, llamado Ursicino, á quien conducian al suplicio, atemorizado con la vista de los tormentos, de las uñas de hierro y del ecúleo, titubeaba en la fe. Parecióle que habia llegado la ocasion en que era preciso declararse, y que tenia estrecha obligacion de ir á alentar á aquel pobre cristiano, á quien el miedo de la muerte estaba ya para precipitar en la mas infeliz apostasia. Encendido de zelo, deja al cónsul arrebatadamente, corre al lugar del suplicio, y halla medio vencido á Ursicino; rodeábale una caterva de paganos, que ya casi lo tenían persuadido á sacrificar á los idolos. Rompe, atropella, hácese lugar Vidal por medio de la muchedumbre; y comienza á gritar luego que pudo ser oido: «¿Qué es esto, Ursicino? generoso confesor de Cristo, ¿que es esto? ¿Al fin del combate te acobardas? tienes la corona entre las manos, y por un vano temor quieres dejarla caer de ellas? Has llegado despues de tantos trabajos al fin de tu carrera, ¿y en el mismo instante que vas á triunfar te retiras? ¿temes media hora de tormentos, y te vas á precipitar en las llamas eternas, que son todos los suplicios? ¿es posible que quien ha sabido dar la vida corporal á tantos, quiera él mismo irse por su pie á la muerte eterna? Vuelve á animar tu fe, hermano mio carisimo, alienta ese pobre espíritu, y lleno de confianza en la misericordia de aquel Señor, por cuyo amor das la vida, consume generosamente tu sacrificio.» Fueron tan eficaces estas palabras, que sin vacilar un punto Ursicino, confesó á

Cristo con mas valor que nunca, y fue coronado del martirio. Quiso Vidal rendirle por sí mismo los honores de la sepultura; y hecho esto, comenzó á disponerse para la corona que le esperaba.

No podía ignorar el cónsul lo que habia pasado, habiendo sido un lance tan ruidoso. Fuéle á buscar á su casa, y hablándole como amigo, le dijo: *¿Mas perdido el juicio, ó te has vuelto insensato? porque á menos de estar loco, ó de ser tú mismo cristiano, no es posible hicieses el disparate que hiciste. ¿Qué dirá el pueblo, y qué pensará el emperador? El emperador,* respondió el santo, *pensará que soy cristiano; el pueblo ya dice bien claro que lo soy, y confieso que hago gran gloria de serlo. Tú, Paulino, no trates esto de locura, antes bien reconoce, como estoy seguro que tu buen juicio y gran capacidad no puede dejar de conocerlo, que la mayor locura, y la mayor insensatez es adorar por dioses á unos malvados que no merecian ser hombres. Ni hay mas que un Dios, ni puede haber mas, y este único Dios, es aquel á quien adoran los cristianos, por cuyo amor tienen á mucha dicha el morir.*

Mientras hablaba el santo estaba Paulino cortado, y como mudo; por una parte amaba á Vidal, prendado sumamente de su bondad, de su honradez, y de su buen entendimiento, por otra parte le hacia gran fuerza su ejemplo, y lo que acababa de oírle; pero venciendo la pasión á la razón, mandó que le prendiesen por cristiano, y que como tal fuese desposeido de todos sus títulos y honores.

No se puede explicar el gozo de que se vió inundado el corazón de nuestro Santo: fué tan grande, que no cabiendo dentro del pecho, rebosó por el semblante. Dábase á sí mismo mil parabienes, cuando se vió cargado de cadenas, y mezclado en la prision con otros muchos cristianos. Su presencia redobló el valor de aquellos generosos mártires, y con sus exhortaciones hacia todos los dias alguna nueva conquista. Perdiendo el juez Paulino la esperanza de pervertirle, mandó que le atormentasen en el ecúleo con tanta crueldad, que se tuvo por milagro que saliese vivo de aquel tormento; descoyuntáronle todos los huesos, desgarráronle los costados con uñas aceradas, tan inhumanamente, que horrorizados hasta los mismos verdugos, no tuvieron valor para llevar mas adelante su barbaridad. Apenas tenia aliento Vidal, y le sobraba espíritu para predicar á Jesucristo en medio de los tormentos. Enfurecido el tirano á vista de la invencible constancia de nuestro Santo, y rabiosamente irritado de verse vencido, mandó que le condujesen al mismo lugar donde se habia hecho la ejecución de Ursicino, que se erigiese en él un altar, y que si no quisiese sacrificar á los dioses del imperio, fuese enterrado vivo en el mismo sitio del altar. Llevaron al santo como en triunfo al lugar del suplicio, y siendo cada instante mayor

su firmeza en confesar á Jesucristo, le arrojaron en una profunda fosa, donde cubierto de piedras y de tierra, fue á recibir en el cielo el premio debido á su fidelidad el día 27 de Abril del año de 171, segun Baronio. Luego que espiró nuestro santo, entró el demonio en el cuerpo de un sacerdote de Apolo, que era el que mas habia encendido al juez contra él, y le atormentó de manera, que ni de dia ni de noche cesaba de gritar: *Atormentissime, Vidal; abratasme, Vidal;* hasta que el séptimo dia, no pudiendo sufrir el fuego que le consumia las entrañas, se arrojó en un rio, y se ahogó.

Hay en Ravena una de las iglesias mas magnificas del mundo cristiano, dedicada á nuestro santo, y fundada en el mismo sitio en que estradicion fué su glorioso martirio. Consérvanse sus reliquias en un magnífico sepulcro, y una parte de ellas se venera en la Isla, en Bolonia, y en Praga.

El mismo dia es la conmemoracion de santa Valeria, muger de san Vidal, que volviendo de Ravena á Milan, despues del glorioso martirio de su marido, fué cruelmente asesinada en el camino por unos paisanos, que la quisieron obligar á comer de las viandas que estaban consagradas á los ídolos; pero como respondiése que era cristiana, y que tenia horror á todo cuanto estuviere dedicado á los dioses falsos, la apalearon con tanta crueldad, que llevada á Milan medio muerta, rindió su bienaventurado espíritu dos dias despues, y es reverenciada como mártir.

**La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.**

*Præsta quæsumus omnipotens Deus: ut qui beati Vitalis mártiris tui natalitia colimus; intercessione ejus in tui nominis amore roboremur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...*

Suplicámoste, Señor todo poderoso, que los que celebramos el nacimiento al cielo de tu bienaventurado Mártir Vidal, seamos por su intercesion fortificados en el amor de tu santo nombre. Por nuestro Señor Jesucristo...

**La epístola es del cap. 5 del libro de la Sabiduría, y la misma del día XIV, folio. 227.**

NOTA.

El libro de la Sabiduría está tan lleno de ella, que lo llama San Agustin el libro de la Sabiduría Christiana. Es de un estilo elevado y patético: inspira un profundo respeto á Dios, y un gran menosprecio de lo que en el mundo parece mas estimable. Hace un vivo y muy parecido retrato del infeliz estado en que se hallarán los malos, cuando comparezcan ante el tribunal de Dios.

## REFLEXIONES.

Estarán en pie los justos con gran constancia: *Stabunt justi in magna constancia*. En este mundo los malos, por lo comun, llevaron el mejor partido, sobresalieron, triunfaron, brillaron mientras los justos vivían abatidos, humillados en una despreciable obscuridad. Parece puesto en razón, que habiéndose mudado la condición de unos y de otros, se mude también de tono, y que muden de lugar. Es el mundo la región de las pasiones: estas reinan en él con fiereza y con imperio: todo cede al poder de los mundanos. La virtud, como extranjera, no puede hacer fortuna; no se entiende su idioma; no se toma gusto á sus máximas, porque son enteramente contrarias á las del mundo: parece que se la hace merced en acordarse de ellas, aun solo para ser asunto de zumba y de diversion. Se hace gran burla de su modestia, de su circunspeccion, de su recogimiento, de aquella regularidad de costumbres, de aquella severidad, de aquella aspereza de vida. Toda la defensa de los buenos se reduce á un religioso silencio, á una muda paciencia. Ningun mundano se atreve á volver por ellos. A la verdad, su mismo porte es su mejor apología; pero ésta no se oye con el tumulto del mundo y con el ruido de las pasiones. La mayor parte de los escogidos de Dios vive entre el polvo, y muere en la obscuridad, mientras un gran número de libertinos insulta á la virtud hasta el fin de la vida; bien que en la postrera hora los mas la hacen justicia.

*Stabunt justí*; pero al fin á cada uno le ha de venir su vez. Hay un tribunal en que los justos han de ser oídos, en que se les ha de hacer justicia, porque encuentran con un juez íntegro é imparcial. Abogará por ellos no solo su propia conciencia, sino también la de los mundanos. Allí se presentarán con la mayor confianza: aquellos hombres tan oscuros, tan humillados y tan tímidos, se dejarán ver con desembarazo y con despejo, porque su religion los autoriza, y el mismo Dios será su esfuerzo y su apoyo. ¿Y qué se ha hecho de aquellos hombres tan vanos, de aquellos espíritus tan orgullosos, de aquellas damas tan fieras? Apoderóse de ellos el miedo, cubriéronse de vergüenza, su descamino los llenó de confusion: *Videntes turbabuntur timore horribili, et mirabuntur*. Quedarán atónitos, pasmados y aturdidos al ver, al acordarse de la felicidad de los santos. Pues qué, ¿es posible que aquellas personas tan retiradas, aquellas mugeres virtuosas tan desatendidas, aquellos pobres tan olvidados, aquellas personas religiosas, que mirábamos como enterradas, aquellas almas devotas, de quienes hacíamos tan alto desprecio, que nos complacíamos en hacerlas ridículas, y en reirnos á su costa; aque-

los hombres de virtud, á quienes el mundo trataba tan mal, y que eran la fábula, la diversion de sus conversaciones: *ecce quomodo computati sunt inter filios Dei*; esos son aquellos que allí están agregados al número de los hijos de Dios? ¿esos son aquellos que vemos allí constituidos ya objeto de la pública estimacion y veneracion? ¿esos son aquellos, cuya herencia es el cielo, cuya porcion es Dios, cuya suerte es la de los santos, *et inter sanctos sors illorum est*? Si *hi sunt*; ellos son; y esta es la suerte de aquel hombre consumido de trabajos, de aquel pobre oficial tan maltratado, de aquel hombre de bien, de aquel hombre virtuoso oprimido. *¿Nos insensati!* ¿Cuál fué nuestra locura! ¿Cuánta fué nuestra insensatez! De esta manera, tarde ó temprano se hace justicia á la virtud. Así discurrirán algun dia ese jóven atolondrado, ese hombre sin religion, esa mujer embriagada del espíritu del mundo, que temen hoy hacer estas reflexiones, á oírías desde los púlpitos, porque no inquieten, no perturben su condenable seguridad: *Nos insensati*. ¿Cruel confesion á quien espera el fin de la vida para hacerla conocer la imprudencia: cuando puede corregirse, es prudencia verdadera: pero conocer el descamino, cuando ya no puede enmendarse, es desesperacion.

**El evangello es del cap. 15 de san Juan, y el mismo que el día XIV, folio 329.**

### MEDITACION.

*De la infinita duracion de las penas del infierno.*

**PUNTO PRIMERO.**—Considera que por terrible que sea la imágen con que nos representamos el infierno; por espantosa que sea la idea que formamos de aquella desgraciada infeliz eternidad: todo cuanto podemos concebir es poco, es casi nada, respecto de lo que ella es en sí verdaderamente. Un conjunto, una union, una complicación de todos los males en supremo y superlativo grado. Dolores sin intermision, tormentos sin limite, arrepentimientos sin medida, duracion sin fin, eternidad, infinidad de suplicios. Todo esto se halla en el infierno; pero el infierno todavia añade alguna cosa mas terrible, mas espantosa que todo esto.

Son sin duda espantosas estas verdades; pero por terribles, por espantosas que sean, al fin son verdades. El rigor, la universalidad, la duracion de aquellos tormentos es una cosa incomprendible; pero mas incomprendible es que el pecador pueda componer creer todo esto, y pecar.

¿Ah, que no hay valor, dicen algunos, para pensar en esta espan-

tosa eternidad! Convengo en esto; este pensamiento espanta á los mas resueltos, asusta á los mas inocentes; ¿pero será la eternidad menos cierta y menos terrible, porque no se piense en ella? ¿serán menos eternos los tormentos que merezco?

Añade á esta eternidad de suplicios otra eternidad de arrepentimientos. Ser uno infeliz por necesidad, es suerte tristísima; pero serlo por eleccion, por su gusto, por su antojo, es locura que no tiene otro ejemplo sino el de los condenados. Siente entonces el alma todo el rigor de sus penas; toma muy despacio el gusto á toda su amargura; la misma razon sirve para aguzar la punta del sinsabor, y queda toda ella entregada como en presa á los mas desesperados arrepentimientos. ¡O Dios, y que suplicio!

Padece un condenado, y su mismo entendimiento le sirve de tirano. Fijo inmutablemente en aquel objeto que fue causa de su condenacion, conoce clarísimamente la ninguna sustancia de aquellos bienes volátiles que le engañaron; la falsa brillantéz de aquella fortuna imaginaria que le deslumbró; la ponzoña oculta de aquellos envenenados ó insípidos deleites que le atosigaron. Conoce, pero de un modo vivísimo, agudísimo, toda la ridiculéz de su conducta, todos los errores de su capricho, toda la vanidad, toda la malignidad de sus deseos. En vano hace todos los esfuerzos que puede para apartar los ojos y la imaginacion de estos tristes objetos, cuya vista aumenta la amargura, el dolor, y la desesperacion á sus tormentos, el objeto es fijo, y el ánimo está clavado en él inseparablemente.

De aquí nacen aquellos remordimientos desesperados y eternos. Pude no condenarme, y me condené, porque no quise aplicar los medios para evitarlo. Pude ser dichoso por toda una eternidad, y no lo soy, porque no me dió gana de practicar los medios conducentes para serlo. Pude salvarme, tuve mil veces pensamiento, y aun llegé á formar la resoluzion de dedicarme á esto, y no me dediqué. ¿Fulano y fulana tenían acaso mas interés que yo en no condenarse? ¿tuvieron mas medios que yo para evitar el infierno? ¿tuvieron menos estorbos que yo para ser buenos? ¿el precio del cielo se puso mas alto para mí que para ellos? Ellos consiguieron su salvacion, yo no conseguí la mia, y me condené!

¡Ah, y si hubiera hecho yo estas reflexiones cuando estaba en parage de hacerlas, y de aprovecharme de ellas! Mas, hay de mí, que ya las hice, y aun tuve muy presente el eterno arrepentimiento que me habia de costar el haberlas hecho tan mal, y tan sin provecho. Ya llegó este arrepentimiento, ya le padezco, y le padeceré por toda la eternidad. Considera bien toda la amargura, toda la desesperacion de esta rabia. ¡O mi Dios, y que terrible es tu venganza! ¡pero al mismo tiempo qué justa! ¡O y qué profunda es mi malicia!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no son el menor tormento del infierno las reflexiones que está precisado á hacer un infeliz condenado por toda la eternidad.

Yo, se dirá él á sí mismo, insensato por disolución, impío por capricho, por condescendencia, y por humor, tenía lástima y aun me reía de los que eran cuerdos y prudentes, porque pensaban en la eternidad. ¡Cuántas veces me zumbé de su reforma, de sus costumbres arregladas, de su delicadeza de conciencia! ¡cuántas me burlé de que no quisiesen ser lo que yo era! ¡pero qué daría yo ahora por haber sido lo que fueron! Preciábase yo de espíritu fuerte, y poco dócil de creederas; ahora recibo la paga de mi incredulidad. Su herencia es el cielo; el infierno es la mía; ellos son santos, yo condenado; ¡y pude ser santo como ellos! ¡y eternamente me acordaré que pude serlo! ¡y eternamente estaré pensando que si no lo fui, fue porque no quise! ¡Puede ser santo! ¡ah, y si ahora lo fuera! ¡Puede ser santo, y ya no puedo serlo! ¡y eternamente me estará devorando el arrepentimiento de no haberlo sido!

Estar eternamente pensando en la sangre y en la muerte del Redentor, en la eficacia de los sacramentos, en la multitud de auxilios, en la facilidad de tantos medios; y estarlo pensando no mas que para tener continuamente presente el buen uso que debiera haber hecho de ellos, lo mucho que pudieron aprovecharme, y lo infinito que perdí por haber abusado libre y voluntariamente de estos bienes.

¡Mi Dios, qué tormento tan cruel es un arrepentimiento eterno! Es, hablando en propiedad, el tormento del espíritu y del corazón todo junto. ¡Pero qué dolorosa impresion hace en el alma la triste memoria de la breve y casi imperceptible duracion de aquellos vanos y fugaces deleites que la sepultaron en aquel abismo de desdichas! ¡Ay de mí, y qué fue una vida de ochenta años comparada con esta espantosa eternidad! Menos, infinitamente menos que un punto indivisible, comparado con toda la vasta extension del universo.

De aquí nacerá aquella eternidad de arrepentimientos, acompañados de un odio furioso contra su propia libertad, de que usó tan mal; de una encendida cólera contra la bajeza de aquellas pasiones de que fué victima infeliz; de un vivo y agudo dolor por los tormentos que está padeciendo, y fue tan digna de padecer.

Si pudiera un condenado olvidar por algunos momentos el arrepentimiento que le despedaza, ese suplicio menos tendría; pero todo lo tiene presente en la memoria, y el corazón padece continuamente en estas reflexiones el mas horrible suplicio. Considera bien cuánto le penetrarán estos amargos recuerdos.

Por no disgustar á media docena de hombres ociosos, de hombres desacreditados, sin mérito y sin honra, ¡yo me condené!

Por dar gusto á cuatro libertinos, teniendo cien razones para despre-

ciarlos, desobedeci, desagradé á mi Dios, á quien tenia indispensable obligacion de agradar, ¡y yo me condené!

Por no desobligar á unos amigos disolutos, que debiera avergonzarme aun de mirarlos á la cara, pues nunca podia esperar de ellos cosa buena, incurri en la desgracia de Dios, ¡y yo me condené!

Por conseguir un vano título de honra, que se sepultó conmigo, perdí el cielo, todo lo perdí, ¡y yo me condené! En fin, por algunas horas de diversion, de insulsísimos deleites, que sollicité por inclinacion, por condescendencia, por respetos humanos, por complacer á otros, sacrificé mi eterna felicidad, perdí mi alma, ¡y yo me condené! Aquella persona tan modesta, tan recogida, tan mortificada se salvó, ¡y yo me condené! Aquel pariente, aquel amigo, aquel religioso, aquella religiosa están al presente en el cielo, la gloria es su herencia, pude tener el mismo destino; ¡y yo me condené! Así discurre, así habla, y así se arrepiente inútilmente un condenado en el infierno. ¿Cuántos de los que están haciendo esta meditacion hablarán algun dia de la misma manera? No permitais, Señor, que me suceda á mi esta desgracia; y pues me dais tiempo para prevenir anticipadamente estos arrepentimientos, dadme gracia para evitarlos.

### JACULATORIAS.

*Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam:*  
Salm. 59.

Tened, Dios mio, misericordia de mí por vuestra infinita misericordia.

*Adjuva me, Domine Deus meus: salvum me fac secundum misericordiam tuam.* Salm. 108.

Ayúdame, Señor Dios mio, y por tu gran misericordia sálvame.

### PROPOSITOS.

1 Creer que hay una eternidad infeliz, y no temerla, es impiedad; temerla, y no pensar continuamente en ella, es locura; pensar en ella, y no convertirse, es señal visible de reprobacion. ¡Cosa extraña! solo el pensamiento de esta eternidad estremece; y solo porque no nos haga fuerza apartamos de ella el pensamiento. Por lo que toca á tí, procura tenerle siempre muy presente; cuida de que se pasen pocos dias sin traer á la memoria y á la consideracion la desdicha de aquellos, que sepultados en una horrible eternidad, no tienen esperanza de lograr jamás el mas mínimo alivio en sus tormentos. ¿Cuántos de aquellos mismos á quienes tú has sucedido en los empleos, en los mayorazgos, en

los estados, en las casas, están ya perdidos en esta espantosa eternidad! Hazte familiares estas reflexiones, porque todas ellas son muy saludables.

2. No eches en olvido esta santa costumbre. Siempre que padezcas algun accidente, algun dolor, como de gota, de piedra, de muelas, &c. haz esta consideracion: ¿Qué tormento sería para mí sufrir este dolor por un año, por seis años, por veinte y cinco años, sin el menor alivio, sin la menor tregua? Una cólica viva, una ceática aguda de día y de noche, sin reposo, sin descanso, y por treinta años! ¡O Dios, y qué tormento sería estar en una cama blanda y regalada sin el mas leve dolor, pero sin mudarse ni moverse por espacio de cuarenta años! Tormento insufrible. ¡Pues qué será padecer todos estos dolores juntos, todos de una vez, todos complicados unos con otros, y todos por una eternidad! Pocos ejercicios hay mas útiles, pocos que se puedan practicar con mas facilidad, y pocos tambien de que se pueda sacar mayor provecho.





## DIA XXIX.

**San Pedro mártir.**

**SAN** Pedro, uno de los primeros mártires que dió á la Iglesia de Dios el sagrado órden de predicadores, nació en Verona de Lombardia por los años del Señor, de 1205, de padres inficionados de la herejía de los cátaros ó maniqueos; pero como la divina Providencia le destinaba para azote de ellos, le preservó de la infección en medio del contagio.

Parece que habia nacido con una como aversion natural á las máximas de esta abominable secta, y á todos los que pretendian imbuirle en ella. Prevenido de no sé que oculta gracia, aun antes del uso de la razon, igualmente despreciaba los halagos, caricias, y sollicitaciones, que las amenazas, golpes, y malos tratamientos de los que deseaban con la mayor ánsia instruirle desde niño en los elementos de su herejía.

Persuadido el padre á que el horror que mostraba el niño á la doctrina de su secta, era inquietud orgullosa de la niñez, que con la edad podria corregirse, resolvió enviarle á la escuela de un maestro católico, por no haberle en Verona maniqueo. Aprendió el niño Pedro con maravillosa prontitud la doctrina cristiana, singularmente el símbolo de los apóstoles, como se enseña en la Iglesia. Al salir un dia de la escuela le encontró un tío suyo, de los mas furiosamente encaprichados en los errores de su secta, y preguntándole que lección habia dado aquel dia, el niño comenzó á recitarle el Credo. Indignado el hereje, quiso corregirle, y comenzó á amenazarle, á interrumpirle, á intentar hacerle callar; pero el niño sin turbarse, ni hacer caso de él, fue continuando su lección, y no le fue posible al tío hacerle que callase, hasta que le encargó el resumen de todo lo que creía. Admirado y aun enfurecido el hereje, se fue derecho á casa de su hermano, contóle lleno de cólera lo que le acababa de pasar con su hijo, añadió que si esto no se remediaba con tiempo, algun dia daria mucho que hacer á su secta, y concluyó con aconsejarle que en todo caso no le permitiese estudiar.

O porque el padre de nuestro Pedro fuese uno de aquellos que hacen vanidad de ser muy indiferentes en materia de religion, ó porque hiciese juicio que siempre le seria fácil reducir á su hijo á lo que le pareciese, no hizo mas que reír y celebrar el lance; y estuvo tan lejos de no permitir que estudiase, que antes bien observando en el chico un excelente ingenio, le envió á la universidad de Bolonia, y no perdonó á medio ni á diligencia alguna para que saliese hombre sábio.

Con efecto, lo fue en poco tiempo nuestro Pedro: pero aunque hizo maravillosos progresos en las letras, fueron mayores los que hizo en la ciencia de los santos. Era lastimosa la corrupcion de costumbres que reinaba en la juventud de aquella universidad; y es verosímil que esto mismo moviese al padre de nuestro Pedro á enviarle á Bolonia, pareciéndole que una vez que la licencia de las costumbres le estragase el corazon, seria fácil borrar de él las impresiones de la doctrina católica. Pero aquel mismo Señor que en Verona habia preservado á su entendimiento de los errores, preservó en Bolonia á su corazon de los pecados, y le asistió para que conservase una maravillosa inocencia de vida en medio de tanta disolucion.

Al paso que la virtud crecia con la edad, crecia con la virtud el miedo á los peligros. Cada dia los iba descubriendo nuevos y mayores: su

viveza, la brillantez de su ingenio, su edad, su calidad, sus nobles y gratisimas modales, todos eran lazos contra su inocencia; conociólo, y resolvió ponerse á cubierto de ellos.

Acababa de nacer la santa y célebre religion de predicadores, y reputándola todos por puerto seguro de salvacion, y asilo muy propio para librarse de las borrascas del siglo, apenas conoció Pedro su instituto cuando resolvió abrazarle, y pasando á buscar á su santo Fundador, se echó á sus pies y le pidió con instancia le recibiese por hijo y por discípulo.

Aunque tenia á la sazón solos quince años, descubrió en él santo Domingo tanta inocencia, prendas tan raras, y una vocacion tan conocida y tan visible, que luego le admitió en la órden, previendo que algun dia habia de ser lustre y ornamento suyo. Muy desde luego confirmó el porte de Pedro al Santo fundador en el concepto que habia formado de él, porque ningun novicio comenzó el noviciado con mayor fervor. Eran sin duda muy grandes los ejemplos que tenia á la vista en una comunidad donde todos servian de modelo; pero él no solo se propuso imitarlos, sino que hizo esfuerzos extraordinarios para ver si podia excederlos en el camino de la perfeccion.

Dejándose llevar con demasia del impulso de su fervor, declinó en excessos. Era su vida un perpétuo ayuno, y apenas daba lugar á que el cansancio interrumpiese por pocos instantes sus vigiliass. Rindióse presto á tan inmoderada austeridad un temperamento tan delicado como el suyo. Cayó enfermo el novicio tan peligrosamente, que se llegaron á perder las esperanzas de su vida. Conocieron todos que su excesiva abstinencia era causa de la enfermedad, cuando advirtieron que se le habian cerrado todos los conductos de la comida, de manera, que costaba mucha dificultad hacerle pasar el alimento. En medio de eso quiso Dios que cobrase la salud, y habiendo hecho la profesion religiosa, hubiera aumentado el rigor de su penitencia, á no haber la obediencia moderado y puesto límites á su fervor.

Los progresos que hacia en el estudio de las ciencias eran correspondientes á lo que adelantaba cada dia en el de la virtud. Igualmente santo que sábio, se proporcionó presto para esparcir entre los prójimos los ardores de su zelo. Descubrió un talento eminente para el púlpito, una elocuencia varonil y persuasiva, con una mocion que ablandaba los mas duros corazones. Elevado al sacerdocio, esta dignidad perfeccionó su virtud y sus talentos. Ya hacia mucho ruido en toda la Italia la fama de nuestro Santo, cuando el Señor quiso preservarle de los tiros de la vanidad por medio de una de las mortificaciones mas dolorosas, y de mayor humillacion.

Hallábase en Corno del Milanés extraordinariamente favorecido de gracias celestiales; y estos extraordinarios favores que recibia en la con-

templacion eran tan grandes, que algunas veces comunicaba y hablaba familiarmente con Dios y con sus santos. Oyéronle en una ocasion hablar dentro de su celda algunos religiosos, ó poco advertidos, ó demasadamente zelosos, ó no muy aficionados á fray Pedro; y figurándoseles que habian percibido la voz de una muger con quien hablaba, le acusaron al prior, vistiendo la acusacion de circunstancias tan plausibles, que el prelado llegó á creer que por lo menos habia habido alguna imprudencia, y por ella fue severamente reprehendido en público capitulo. Teniase gran concepto de su virtud, y así solo se creyó que habia tenido la indiscrecion de dejar entrar en su celda á alguna muger para oírle de penitencia. El mismo contribuyó mas que nadie á su condenacion, porque preguntado por el prior sobre el caso en presencia de la comunidad, solo respondió que era grande pecador, y que pedia penitencia. Impusieronsele, y despues le desterraron al convento de Jesú en la Marca de Ancona, quitándole la licencia de predicar.

Esta dolorosa y humillante mortificacion no solo acrisoló su virtud, sino que le dió tiempo para gustar en su retiro los consuelos celestiales. Empleaba en el estudio y en la oracion todo lo que no gastaba en obras de caridad con los frailes, y en los ejercicios mas humildes y mas penosos de la casa: pero Dios volvió por su inocencia, cuando el Santo estaba mas gustoso con su humillacion. Llegóse á descubrir la falsedad ó la lemeridad de la acusacion, y se le restituyeron todos los honores, volviendo á emplearle en los mismos lustrosos ministerios que antes, lo que fue para el humildísimo Pedro mortificacion mas dura, y mas insupportable que la primera.

Dedicado al ministerio de la predicacion, se hizo en poco tiempo como el apóstol de Italia: sintieron y experimentaron los efectos de su apostólico zelo la Marca de Ancona, la Romania, la Toscana, el Boloñés y el Milanés. Siempre que se dejaba ver en el pulpito movia á los mas duros, convertia á los mayores pecadores, y todo el auditorio salia por lo menos deshaciéndose en lágrimas, y compungido. Los pueblos le salian á recibir en tropas á los caminos: y apenas habia pecador, ni aun hereje, que pudiese resistir á la fuerza de sus razones, á la eficacia de sus discursos, y á la poderosa virtud de sus ejemplos.

Siendo tan poderoso en obras como en palabras, luego que predicó en Florencia, se acobardaron los herejes, y habiendo triunfado hasta entonces, ya no se atrevian á parecer en público. Persuadió á los católicos á que se coligasen en una especie de cruzada para arrojar de todo el pais á los herejes; y en menos de seis años logró ver católica á toda la Toscana. No persiguió con menos zelo, ni con menos dicha, á los pecadores y á los herejes del Milanés. No cabiendo en las iglesias su numeroso auditorio, se veia precisado á predicar en las calles, en las plazas, y en los campos. Siempre que iba de una parte á otra, anuncia-

ban su llegada los pueblos, las villas, y las ciudades enteras que se anticipaban por oírle, y al entrar en las ciudades le recibían con repique general de todas las campanas. En Milan se vieron obligados á hacer una silla de manos, portátil y cerrada, para conducirlo de un lugar á otro despues que acabase de predicar, sin peligro de que fuese sofocado por la muchedumbre.

Nunca predicó sin lograr maravillosas conversiones, y rara vez se dejaba ver en público sin obrar grandes milagros. Conociendo bien los herejes que este nuevo Apóstol no pararía hasta exterminarlos, recurrieron al artificio, y juntándolos el que era como jefe ó cabeza de ellos, los habló de esta manera: «Ya veis que el crédito que este fraile ha sabido granjearse de este pueblo, igualmente ciego que insensato, por medio de sus falsos milagros, va á ser la ruina total de nuestra secta: no hay que perder tiempo; el mal insta, el remedio debe ser pronto, y veis aquí el expediente que me ha ocurrido. Yo me hallo sano y bueno como me veis, fingiréme enfermo, mezclaréme entre los demás, y cuando pase ese embustero, comenzaré á clamar como ellos que me sane; él entonces me pondrá sin duda la mano sobre la cabeza, hará la señal de la cruz, y dirá que ya estoy sano. Yo descubriré el embeleco, y haré visible al pueblo el embuste de su predicador.»

Aplandieron todos el artificio, y luego se puso por obra; pero con gran confusion del partido. Presentóse el hereje delante del Santo, y este le dijo: *Si estás malo, ruego á Jesucristo que te ponga bueno; pero si estás bueno, y pretendes engañarnos, pido al mismo Señor que te ponga malo, para que escarmientos, y el pueblo le glorifique.* Al instante cayó desmayado aquel infeliz, y se apoderó de él una calentura tan ardiente y tan maligna, que se creyó no podría llegar vivo á la noche. Viéndose en este estado, él mismo comenzó á publicar á voces su artificio; pide al Santo que se compadezca de él, abjura públicamente la herejía, y recobró la salud del alma, y la del cuerpo.

No es fácil referir todas las maravillas que obró el Señor por su siervo para confundir á los herejes. Muchas veces se vieron quedar mudos los doctores de la secta en presencia de nuestro Santo; víéronse desvanecer los enredos y marañas del demonio con la fuerza de sus oraciones; y por mas que el infierno bramaba contra fray Pedro de Verona, que así le llamaban los herejes, él confundía á estos, y triunfaba de aquel.

Animada su fe con el encendido amor que tenía á Jesucristo, y con la tierna devoción que profesaba á la santísima Virgen, era cada dia mas viva y poderosa. Cuando celebraba el santo sacrificio de la misa se derretía en lágrimas, y cuando rezaba el rosario, siempre recibía del cielo algun nuevo y especial favor.

Por los años de 1232, viendo el Papa Gregorio IX los tristes progresos que iba haciendo la herejía, y bien informado de la virtud, sabidun-

ria y zelo de nuestro Santo, le hizo inquisidor general de toda Italia. Este santo Tribunal, valiente firmísimo de la fe, centinela de la religion, terror de los herejes, contra el cual en todos tiempos se han desalado estos tan furiosamente: este santo Tribunal, á quien España, Portugal, é Italia deben el haber estado perpétuamente desterrado de sus confines el error y la mas pronta extincion de la herejia; este santo tribunal, vuelvo á decir, nunca se dejó ver con mayor esplendor, ni jamás se hizo tan temible á los enemigos de la religion, como cuando logró tener á su frente á nuestro Pedro. Estremecióse, bramó de rabia la herejia, especialmente cuando Inocencio IV le confirmó en tan importante empleo. Creciendo el zelo con la autoridad, persiguió la herejia hasta en su mismo alrincheramiento, y emprendió arrojarla de toda Italia.

Pero aunque su zelo era ardiente y vigoroso, nunca fue amargo, ni violento; su carácter era en parte la dulzura y la mansedumbre de Jesucristo: buscaba la conversion del hereje, no su muerte. Mas ni por eso se ablandaron los herejes, ni depusieron el miedo y el horror que le tenian, sabiendo bien que sin convertirse no habia que esperar cuartel ni buena composicion: con que obstinados en no hacerlo, se conjuraron para matarle.

No ignoró el Santo Inquisidor la conspiracion, pues predicando un dia dijo públicamente: *Ya se que los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia han puesto precio á mi cabeza; pero esta es la mayor dicha que me pueden solicitar, hacer que derrame mi sangre por la fe. Mucho tiempo ha que todos los dias pido á Dios esta gracia en el santo sacrificio de la misa. Pero nada ganarán con quitarme la vida, porque espero hacerlos mayor guerra despues de muerto.*

Habiendo sabido los jefes de los sectarios que estaban en Milan, como el Santo se restituia á esta ciudad de su convento de Como, donde era prior, y adonde habia ido á pasar las pascuas, apostaron dos asesinos en el camino para que le quitasen la vida. Convenidos en el precio, fueron estos á esperarle entre Barasina y Guisanó. Uno de ellos, llamado Carin, alcanzó al Santo, que iba rezando, y descargándole sobre la cabeza dos furiosos golpes de hacha, le dejó por muerto; Derribado el santo Mártir en tierra, y nadando en su misma sangre, recogió todos sus espiritus, y comenzó á rezar el simbolo de la fe, mientras el asesino estaba dando de puñaladas á su compañero, que se llamaba fray Domingo; pero advirtiendo que el santo Inquisidor se habia levantado lo mejor que pudo, y se habia puesto de rodillas para acabar el Credo, dejó al compañero, volvió á él como una furia, metióle por el pecho el estoque hasta la guarnicion, y con tan gloriosa muerte le labró la preciosa corona del martirio el dia 29 de Abril de 1252, á los cuarenta y seis de su edad.

Fue conducido el santo cuerpo á Milan, donde se le enterró con gran pompa y solemnidad en la iglesia de san Eustorgio, titular del convento de predicadores. Y desde luego se hizo tan gloriosa su memoria por los milagros que obró el Señor por su intercesion, que el papa Inocencio IV le puso en el catálogo de los santos, aun antes de cumplirse el año de su muerte, dentro del cual expidió el decreto de su canonizacion. Elevóse el sagrado cuerpo; y habiendo estado algunos dias expuesto á la pública veneracion, fue colocado en un sepulcro de mármol. El año de 1340 se hizo segunda traslacion durante el capitulo general de los dominicos, que se celebró en Milan, y se colocaron las reliquias en otro sepulcro de mármol mucho mas magnífico que el primero, dentro de una capilla baja: y en fin, el año de 1651 hicieron los padres dominicos nueva traslacion de la sagrada cabeza, precisamente engastada en una rica urna de oro y de cristal, la que colocaron en una de las capillas mas suntuosas y magnificas de la iglesia.

**La misa es en honra del Santo y la oracion la que sigue.**

*Præsta quesumus omnipotens Deus, ut Beati Petri Martyris tui fidem congrua devotione sectemur; qui pro ejusdem fidei dilatatione martyrii palmam meruit obtinere. Per Dominum nostrum Jesum Christum...*

Suplicámoste, Señor, nos concedas gracia para imitar con la debida devocion la Fé de tu Bienaventurado Mártir Pedro, que por dilatar la misma Fé mereció conseguir la palma del martirio. Por nuestro Señor Jesu—Christo...

**La epistola es del capítulo 2 y 3 de la segunda del apóstol san Pablo á su discípulo Timoteo, y la misma que el dia XXIII, fol. 369.**

NOTA.

hallándose san Pablo en Roma en su segunda prision el año 66 de Cristo, escribió esta segunda epistola á su querido discípulo, instale mucho á que consinto antes venga á verle, trayendole su manto, sus libros, y principalmente los pergaminos, que á lo que se cree era la sagrada Escritura, escrita y arrollada en pergamino segun el uso de los judios. Exhórtale á que se abstenga de cuestiones inútiles, que solo sirven para escandalizar, y para excitar disputas y discusiones.\*

REFLEXIONES.

Que una virtud falsa, fingida, y aparente, irrite la cólera de todos, y excite contra ella la indignacion universal, no hay cosa mas justa;

porque los hipócritas son objeto del odio de Dios, y ejercicio de la aversion de todos los buenos. Pero que tambien se levante el mundo contra la verdadera piedad, y que la virtud cristiana padezca una especie de persecucion en medio del cristianismo, son hechos que solo puede hacerlos creibles la experiencia, porque parecen igualmente opuestos á la religion y á la razon. *Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.*

Por mas que la verdadera virtud sea sumamente amable por su apacibilidad, por su propio mérito, por su prudencia; por mas bello, por mas alegre, por mas fino, por mas brillante que sea su retrato, siempre se la mira con ceño. Siempre parecen sus facciones groseras, su semblante macilento, sus colores sombríos, su aire fiero, desdofioso, molesto, porque no es la razon la que pinta á los libertinos la virtud, sino su corazon estragado y corrompido. De aqui nace aquel desenfrenamiento tan general contra la virtud cristiana: mientras es universalmente aplaudida la licencia de las costumbres, está expuesta la pobre devocion á todos los tiros de la mas maligna critica. Cada uno juzga que tiene derecho para censurar, para desacreditar, para morder á las personas devotas; apenas hallan abrigo estas pobres contra la murmuracion, y de aqui proviene aquella antipatia tan universal, que es la verdadera causa de la persecucion que padecen: *Persecutionem patientur.*

Los impíos persiguen á la virtud por odio, los indevotos por venganza, los indiferentes por emulacion, los grandes por orgullo, los plebeyos por despiques, por capricho, ó por humor. ¿Pero de cuando acá es delito el no ser uno tan malo, ó peor que otro? Hasta aqui habíamos oído, aun á los mismos gentiles, que el nombre solo de cristiano hacia concebir el ejercicio y la práctica de todas las virtudes, siendo él solo la mejor apologia. ¿Quién habia de creer que en algun tiempo pudiera haber cristianos, que desaprobasen la pureza de las costumbres, y una vida arreglada á las máximas del evangelio?

Asombro es que entre hombres que todos profesan una misma religion, se encuentren censores tan impíos y tan irracionales; pero cesa la admiracion cuando se examina la verdadera causa que pone de tan mal humor á estos desapiados críticos. Una dama que se reforma, es una muda, pero insufrible censura de otras ciento, que conocen muy bien tienen mas necesidad de reformarse que ella; pero les falta la resolucion y el juicio que es menester para hacerlo. Los buenos ejemplos de una señorita regular son otras tantas reprehensiones de la que tiene poca cabeza, y esto la obliga á soltar su maldita lengua en toda ocasion contra las devotas.

Un jóven de costumbres cristianas es una viva y penetrante leccion á todos sus compañeros disolutos, que á vista de su ejemplo co-

nocen la indispensable necesidad que tienen de imitarle. Siéntese no sé qué secreta desazon y enfado de que los que antes no eran mejores que nosotros hayan abierto los ojos, y comiencen á tener juicio; hácese cuanto se puede para aburrirlos, ó á lo menos para entibiarlos, por medio de zumbas insulsas, y tal vez de molestas importunaciones. Pero como el interior de la conciencia rara vez se engaña, ni nos engaña: crece el despique con el remordimiento, y esto es lo que avinagra á los libertinos contra los buenos; esta es la verdadera causa de la doméstica persecucion contra la virtud, y esto es lo que siempre se debe esperar mientras haya en el mundo mujeres locas, y hombres disolutos. La demasiada luz ofende á los ojos flacos, porque irrita el mal humor. Muérdese, censúrase, salirízase á los buenos, porque los malos quisieran persuadirse á que no hay verdadera virtud en el mundo, para vivir tranquilos en su vida licenciosa, y autorizar de este modo el desórden de sus costumbres.

**El evangelio es del capítulo 15 de san Juan, y el mismo que el día XIV, folio 229.**

### MEDITACION.

#### *De la fe.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que la fe viva nos une con Jesucristo. El justo vive de la fe, y el alma sin ella es como el sarmiento separado de la vid, que solo sirve para el fuego. ¿Pero piensas si cuando venga á juzgar el Hijo del hombre encontrará mucha fe sobre la tierra? ¿Hallaría mucha si viniera á juzgar el día de hoy? Es cierto que hay muchos cristianos; ¿pero entre ellos hay tambien muchos verdaderos fieles? ¿son propiamente fieles todos los cristianos? Aquella fe que venció al mundo, disipando los errores, desterrando el vicio, corrigiendo las costumbres; aquella fe tan poderosa en obras, tan fecunda en virtudes, tan eficaz en milagros; aquella fe que dió á la Iglesia mas de diez y siete millones de mártires; que pobló los desiertos con un casi infinito número de solitarios; ¿esta fe, digo, vive verdaderamente en mí? ¿mis maximas, mis costumbres, mi conducta dan á conocer esta fe? El que solo tuviese una noticia especulativa del verdadero cristiano, ¿se persuadiria á que yo lo era solo con verme y observarme?

¡Mi Dios, que contrariedad tan monstruosa se nota en lo que creo, y en lo que hago! Creemos que solamente fuimos criados para Dios; esto es, que no fue el sol criado para alumbrar, ni el fuego para arder, mas que nosotros lo fuimos para amar á Dios y para servirle.

Estan contados todos nuestros dias, y ni el mismo Dios puede dispensarnos por una sola hora de ellos en la estrecha obligacion que tenemos de servirle y de amarle. Todo aquello á que se nos antojó dar el título de grande, negocios importantes, proyectos magníficos, empresas animosas, todo es bagatela, todo es nada, cuando Dios no es el motivo de ello. Esta es la verdad fundamental de nuestra religion; esta es la basa sobre que estriba todo el edificio del cristiano; conviene á saber; el persuadirnos y creer firmemente que ningun otro objeto nos puede hacer felices, sino la posesion de solo Dios; que esta es la que únicamente puede satisfacernos aquella vehemente ansia que tenemos de serlo; que hablando en rigor y en propiedad, no hay otro bien sólido y verdadero, sino solo Dios, y que el unico medio de poseerle es vivir segun las máximas del evangelio; finalmente, que si Dios no fuere nuestra suprema felicidad, de necesidad ha de ser nuestra suprema desdicha.

Creemos que el pecado es el supremo mal del hombre, ó por mejor decir, que es el único verdadero mal; convenimos tambien en que sola la virtud nos puede hacer dichosos aun en el mundo, y en que nuestro gran negocio, nuestro único negocio es salvarnos. Tampoco se puede decir que ignoramos la dificultad que ha de costar el salvarse, ni las terribles consecuencias que se siguen de perderse. Creemos que despues de esta vida se sigue una eternidad feliz, ó una eternidad infeliz, y que la muerte, aunque sea la mas imprevista, es el momento decisivo de nuestra suerte eterna. Creemos que hay infierno, y creemos que la espantosa infinidad, la eternidad de tormentos que se padecen en él, es justo castigo de un solo pecado mortal. Este es un compendio, de las verdades mas esenciales que creemos, esto es lo que hacemos profesion de creer, y lo que es menester creer indispensablemente; esto es, mi Dios, lo que yo creo. ¿Pero cómo se compone con esto mi desordenada vida?

Punto—segundo. Considera que aunque es cosa bien extraña que se hallen en medio del cristianismo algunos cristianos que hacen todo lo que pueden para no creer aquello mismo que temen; aun es mucho mas extraño que se encuentren no pocos que hacen ostentacion de no temer aquello mismo que creen. ¿Puede haber mas impenetrable misterio de iniquidad? Rendirse el entendimiento á la ley, y resolverse el corazon contra sus preceptos; religion santa y costumbres estragadas en los que la profesan; creer todo aquello que impone una indispensable necesidad de vivir una vida inocente, ejemplar, irreprochable, y vivir de manera que se desmienta todo lo que se cree. A la verdad es deplorable la suerte de los infieles; ¿pero el desórden de la mayor parte de los cristianos los promete mejor suer-

te? Gran desgracia es no vivir dentro del gremio de la Iglesia; no tener derecho á la eterna bienaventuranza; ¿pero será desgracia menor ser hijo de la Iglesia, y hacerse indigno de la eterna bienaventuranza á que se tiene derecho? Ciertamente, ¿cuál será menos malo, ó no creer lo que hay obligacion á creer, ó no hacer casi nada de lo que se cree? ¿por cual de estas dos partes me comprenden estas concluyentes reflexiones? ¿cuál es mi fe? ¿y cuáles mis costumbres? En fin, yo creo, por que me causaria horror el ser infiel; ¿pero vivo como cristiano?

Creo que el infierno, que una eterna desdicha es pena justa del pecado mortal; ¿y todavia peccó! Creo que Jesucristo, mi Señor, mi Redentor y mi juez está realmente presente en el sacramento del altar; ¿y estoy sin respeto, sin devocion, sin un reverente temblor en su presencia! ¿Atreveriamé á ponerme delante de los grandes del mundo con la misma humildad, con la misma libertad con que me presento en la iglesia? Sé muy bien lo que és, y lo que vale una misa; ¿y con qué devocion, con qué ansia asisto á ella? ¡O Dios, y qué terrible efecto hace en el corazon de un moribundo esta oposicion de fe y de costumbres! Qué pensaré yo mismo de esto en aquella fatal hora, que dentro de poco tiempo ha de decidir mi suerte eterna?

Creese que hay infierno, ¿y se pecca! Aquella muger profana, cuya conciencia es un caos, y que idólatra en el mundo, creó las verdades del evangelio, ¿y cree que hay infierno?

Aquellos hombres perdidos y disolutos, cuya vida es una cadena de maldades, que se burlan con la mayor insolencia de todo cuanto suena á devocion, que hacen chacota hasta del infierno mismo, ¿creen que hay infierno?

Aquella gente ociosa y haragana, aquellos idólatras de la diversion, del regalo y del deleite, que pasan la vida en un afectado olvido de Dios, en una delicadeza gentilica, que solo tienen un baño, una superficie de religion; aquellos hombres que todo lo sacrifican á un vil interés, y á otras cien torpes pasiones; ¿todos estos creen que hay infierno?

Estremécese uno solo con la consideracion del infierno; ¿y con todo eso á vista de este mismo infierno pecca! ¿Pero acaso no se creará esta terrible verdad? ¡Mas ah, que si se cree! Y si no, ¿por qué se clama tanto por el confesor á vista de una muerte que amenaza? Pero valga la verdad; ¿se podrá ajustar una vida gentilica con las máximas de la religion en aquel mismo momento en que se espira? Entre la conversion y la muerte es menester que se pase algun tiempo.

Amome mucho, y no quiero condenarme. ¿Pero vivo de manera que no pueda temerlo? Si se considera lo que creo, y como vivo, ¿podre racionalmente esperar que me salvaré? ¿cuantos que meditan esto

desesperarian de la salvacion de otro que viviese como ellos viven?

¡Ah mi Dios! ¿qué sería de mí! cuál suerte sería la mia si en este mismo punto hubiera de ir á daros cuenta de mi vida! ¿me serviria de disculpa decir que no lo pensaba? Pensándolo estoy ahora; pero mis obras desmienten mi fe: mis costumbres contradicen mi religion. ¿Y me contentaré con solo considerar que sería digno de la mayor compasion, si muriese en circunstancias en que yo mismo habia de ser el primero que me condeciese, y que me hiciese justicia? Ah Señor, pues no queréis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, asistidme con vuestra gracia, que con ella de hoy en adelante mis costumbres, mis máximas, mi vida corresponderán á mi fe.

### JACULATORIAS.

*Credo, Domine: adjuva incredulitatem meam. Marc. 9.*  
Yo, Señor, todo lo creo; pero fortificar mi poca fe.

*Domine, adauge nobis fidem. Luc. 17.*  
Señor, aumentadme la fe.

### PROPOSITOS.

1 Aunque la fe, por decirlo así, es virtud del entendimiento, la falta de fe es vicio de la voluntad. Consiste la fe en un perfecto rendimiento de estas dos potencias. Por eso la infidelidad es igualmente fruto de un corazon extragado, que de un entendimiento orgulloso. ¿Cuándo se ha visto humilde á un herejarca, ó á algun hereje? Ninguno hay que no prefiera obstinadamente, su propio juicio, al juicio de toda la iglesia y aun á las soberanas luces del mismo Espiritu Santo. ¿Se ha visto nunca que un hereje se rinda de buena fe á las constituciones de los papas, ni aun á las decisiones de los concilios? Cree el hereje que solo en él reside el Espiritu de Dios: *Ego sum videns. (1 Reg 9)*. Yo solo soy el que tengo buena vista. ¿Puede haber mas lamentable ceguedad? Y con todo, este es el verdadero carácter de todos aquellos que carecen de una fe humilde y sencilla, de todos los que adolecen de falta de fe. Imponte, pues, una ley de rendir tu juicio, tu razon, tu estudio, todo tu saber á cuanto decidieren tus prelados, y especialmente la santa silla apostólica. En hablando la Iglesia, todos deben oír, todos obedecer, todos callar. En este punto el rendimiento de todo verdadero cristiano ha de llegar á una suma delicadeza. Sentir grande dificultad en sujetarse ciegamente, y estar muy pagado de su entendimiento y de su juicio, ó es señal, ó es incentivo del espíritu de error. Los de corta capacidad y corto espíritu son mas dificles de sujetarse;

de aquí nace que los semisabios, los ignorantes, y las mugeres son las que con mayor dificultad deponen sus caprichos. Comprende bien la malignidad de este defecto, y prevee todas sus fatales consecuencias. Haz una santa vanidad de no querer creer sino lo que la iglesia cree; de no ver sino lo que ella te pone delante; de no hablar sino el lenguaje que ella habla, ignorando y haciendo gala de ignorar cualquiera otra jerga ó gerigonza.

2 Ejercitate entre día en muchos actos de fe, y procura desde luego tomar esta santa costumbre, repitiéndolos, no solo en la iglesia en el santo sacrificio de la misa, y durante los demás ejercicios espirituales de obligacion ó de devocion, sino en lo restante del día, y en medio de otras ocupaciones. El origen de los desórdenes es el desmayo y la debilidad de la fe; y estos frecuentes actos la alientan, la excitan y la avivan. Di con aquel padre de quien habla el evangelio: *Credo Domine: adjuva incredulitatem meam*. Yo, Señor, todo lo creo: pero fortificad mi poca fe: otras veces di con Marta: *Utique, Domine, ego credidi quia tu es Christus Filius Dei vivi, qui in hunc mundum venisti*. Si Señor, yo creo firmemente que vos sois Cristo hijo de Dios vivo, que bajasteis al mundo á redimirme; ó en fin con los apóstoles: *Adauge nobis fidem*. Señor, aumentadnos la fe.



## DIA XXX.

**santa Catalina de Sena virgen,**

**S**ANTA Catalina, á quien hicieron tan célebre en el mundo los extraordinarios favores que recibió del cielo casi desde la cuna. fue hija de un tintorero de Sena en Toscana, llamado Jacobo Benincasio. Nació Catalina gemela, y acompañada de otra hermanita saya, el año de 1347, resolviéndose su madre á criarla por cierto movimiento de especial amor á esta niña, aunque no lo habia hecho con ninguno de los demás hijos.

La alegría natural y el humor inocentemente festivo que mostró desde luego la niña Catalina, movió á todos á que la diesen el epíteto de *Eufrosina*; y la innata propension que en medio de su alegría descubrió á todo lo que era virtud, la mereció ya á los cinco años el general renombre de la *Santica*, anticipándose la virtud á la razon, y la razon á la edad.

Luego que aprendió el Ave María, notaron que siempre que subia las escaleras de su casa se paraba á cada escalon para rezarla. Parece que había nacido con ella la devocion á la Madre de Dios; y el Hijo la inspiró un deseo tan ardiente de consagrarse toda á él, y de no tener otro esposo, que al entrar en los ocho años hizo voto de perpetua castidad.

Desde entonces fueron mas abundantes los favores; y visibles los progresos que adelantaba cada día en la virtud: y una vision que se cree tuvo por aquel tiempo, en que se la apareció Jesucristo, la abrasó tanto en su divino amor, que fue victima de sus incendios. Desde aquel punto todo su gusto era la soledad y la oracion; haciéndosela muy familiares la abstinencia, el ayuno y otras ingeniosas mortificaciones que ocupaba cuidadosamente á la noticia de sus padres, y no pensando mas que en agradar y complacer á su celestial Esposo.

Costóla bien caro una leve condescendencia. Viendo su madre que en ninguna de sus hijas podría afianzar tanto las esperanzas de un ventajoso acomodo como en las sobresalientes preodas de Catalina, la mandó que se vistiese con menos desaseo, ó no con tanto descuido, y que cultivase las dotes naturales de que el Señor la había adornado. Instábala sobre lo mismo otra hermana suya casada, y no la dejaban sossegar. Por librarse de esta especie de persecucion doméstica consintió Catalina en dejarse rizar el cabello; pero conociendo en la oracion lo mucho que había desagradado á Dios esta complacencia, concibió tan vivo dolor y arrepentimiento, que toda la vida la lloró como el mayor pecado que había cometido, y tenia cuidado de acusarse todos los años de él con muchas lágrimas.

No gustaba á sus padres la inclinacion al retiro que mostraba Catalina. Y habiéndola pretendido por esposa un caballero, á quien había prendado su virtud y su hermosura, toda la familia celebraba mucho esta grande conveniencia; y apurando toda ella á nuestra Santa para que prestase su consentimiento, tomó la resolucion de cortarse el cabello, y echarse un velo sobre la cabeza. Así lo hizo, saliendo un día de repente en esta disposicion, para que sirviese al mundo de desengaño de que no pensaba tomar otro esposo que á Jesucristo. No se puede ponderar lo que sintieron sus padres una determinacion tan impensada; y así en desquite, como para que perdiese todas las ideas de devocion, la echaron á cuestras el cuidado de

toda la casa, mandándola hacer los oficios mas bajos y mas penosos de ella.

Aunque esta sensible y dolorosa humillacion la resarcia en parte el tiempo que la quitaban para vacar á Dios, la mortificó mucho verse privada de su dulce soledad. Quejándose al Señor un dia de esto, oyó una voz interior que la dijo fabricase dentro de su corazon una celdilla, en la cual podia retirarse, y vivir muy sola en medio del bullicio hacendoso de la casa. Desde aquel punto no perdió de vista á Dios, sin que interrumpiese su oracion la multitud de las ocupaciones, y mostrando bien la risueña alegría del semblante, la tranquilidad de que gozaba su corazon. Finalmente, su constancia desarmó la cólera de sus gentes, porque observando el padre su perseverancia, y su igualdad en la virtud, conoció que era Dios el autor de sus resoluciones; y prendada la madre no menos de su paciencia que de la apacibilidad que habia mostrado en aquella doméstica persecucion, determinó no oponerse á la voluntad del Señor, y ambos la dejaron libertad para que siguiese lo que la inspirase la divina gracia.

Valióse Catalina de esta licencia para ensayarse en el rigor de la vida que pensaba hacer entrando en la tercera orden de penitencia del Padre santo Domingo. Abstúvose absolutamente de vino y de toda carne, no comiendo mas que yervas crudas sin pan: dos costales, ó dos quilmas sin paja, y sin otras mantas, eran su cama, su mesa, y todas sus sillas. En vez de cilicio se rodeo al cuerpo una cadena de hierro armada de puntas, que nunca desprendió de él hasta pocas horas antes de su muerte, y entonces por obediencia. Desde edad de diez y ocho años se interdijo para siempre el uso del lino, y desde entonces fue su vida un continuo ayuno, y un prodigio de penitencia. Apenas tomaba una hora de sueño por la noche; todo lo restante de ella lo pasaba en oracion. Confesó á su director que ninguna cosa le habia costado tanto como vencer el sueño. Cada dia tomaba tres sangrientas disciplinas con inocente crueldad; no pudiéndose apenas comprender cómo una tierna doncellita de diez y ocho años de edad, de salud débil, y de complexion delicada, tenia fuerzas para tan espantosas penitencias. Todo el cuidado de su director era moderarlas, poniendo limites á las encendidas ansias que tenia Catalina de mortificarse.

Por este tiempo cayó mala; y como su madre que la quería mucho, aunque la habia mortificado tanto, se sobresaltase extrañamente, la declaró Catalina que su salud dependia absolutamente de entrar en la tercera orden de santo Domingo; lo que obligó á la madre á que ella misma solicitase con las Beatas que admitiesen á su hija, no obstante haberse opuesto siempre á esta resolucion.

Recibió el hábito, y con él aquella extraordinaria abundancia de

duces sobrenaturales, que hicieron á Catalina una de las mas célebres santas de estos últimos siglos. Libre ya de todos los estorbos que en cierta manera aprisionaban su fervor y sus devociones, se prescribió á sí misma un riguroso silencio por espacio de tres años, en cuyo tiempo no habló mas que con su confesor, ni salió de su celdilla sino para la iglesia. Impúsose una como ley de pasar en oracion todo el tiempo de la noche que los religiosos no estuviesen en el coro, y aun el corto descanso que tomaba, ó sobre unos sarmientos, ó sobre la desnuda tierra, tampoco interrumpía su oracion; siendo tan extraordinario su fervor, y tanto el rigor de sus penitencias, que todos estaban persuadidos á que solo vivía de milagro.

Invisible la santa Virgen á todo el resto de las criaturas, gustaba sosegada y plácidamente de aquellas espirituales dulzuras, que son como anticipados destellos de las delicias del cielo, cuando irritado y envidioso el infierno de su inocencia, excitó contra ella una tempestad horrible. Sintióse asaltada su imaginacion de los pensamientos mas feos y mas torpes, y combatido su purísimo corazon de las tentaciones mas vergonzosas y mas impuras. Fue tanto mayor su sobresalto y su susto, cuanto era mas perfecta y mas delicada su pureza. En vano dobló la oracion, aumentó las penitencias, y se esforzó á apagar con sus lágrimas las llamas de aquel incendio; porque el Señor quería acrisolar su virtud con aquella dolorosa prueba, haciéndola conocer mejor así la fuerza como la necesidad de su divina asistencia, y humillándola tan sensiblemente, disponerla por este medio para recibir los favores divinos mas extraordinarios.

Terminóse el combate, y fué señal de la victoria una amorosa aparicion de la Santísima Virgen, y de su dulcísimo Hijo, á cuya vista se disiparon los vapores, y remaneció en el alma la serenidad. Desde aquel dia todo fué una perpétua serie de éxtasis, de arrobamientos, y de frecuentes revelaciones. Pasaba días enteros arrobada en íntima comunicacion con su Dios; conversaba con los santos del cielo familiar y ordinariamente; pero sobre todo era admirable su singular familiaridad con la santísima Virgen, á quien llamaba su querida madre, y con Jesucristo su divino esposo.

El reverendísimo padre fray Raimundo de Capua, general de la órden de santo Domingo, y confesor de nuestra santa, que escribió su vida, asegura, que doblando sus oraciones y penitencias en los últimos dias del carnaval, se sintió movida en el fervor de su oracion á pedir al Señor una fe tan viva, que nunca se debilitase, y una fidelidad á toda prueba, que la asegurase la dicha de ser eternamente esposa agradable á sus divinos ojos. Añade el mismo historiador que al punto se la apareció Jesucristo acompañado de la santísima Virgen, de san Juan, de santo Domingo, y de otros santos, y la de-

claró que habia sido oída su oracion, que la otorgaba su súplica, y que desde allí adelante se dignaba de recibirla por esposa suya, dándola por señal un anillo que debía traer en el dedo todo el resto de su vida.

Hasta este tiempo vivía Catalina como enterrada en su soledad y en su celda, sin dejarse apenas ver mas que en la iglesia y al pie de los altares; pero despues de este insigne favor la dió à entender su celestial Esposo que pedía la caridad se dejase ver en el mundo un poco mas. Dió principio à los ejercicios exteriores de esta virtud, encargándose de la asistencia de dos pobres mujeres enfermas; una de ellas, llamada Toca, estaba cubierta de tan asquerosa lepra, que ninguno se atrevia à arrimarse à ella, y ya se trataba de exponerla en el campo, echándola fuera de la ciudad. Viéndola Catalina abandonada de todos, tomó de su cuenta cuidarla por sí misma, y dos veces al día la visitaba, asistiéndola y socorriéndola en sus necesidades. En lugar de agradecer Toca tan extraordinaria caridad, se irritaba con ella, y siempre recibía à Catalina con enfado: tratábala con desabrimiento, y cargábala de injurias, como si la santa Virgen fuese esclava de la ingratisima enferma. Pero éste bárbaro desconocimiento encendia mas la caridad de Catalina, y la sirvió hasta que espiró, con zelo ardiente, y con lesos asembroso.

La otra muger se llamaba Andrea, y tenía un pecho encancerado, y tan hediondamente podrido, que no habia quien pudiese tolerar el mal olor. Los primeros días se mostró, no solo agradecida, sino confusa à vista de caridad tan portentosa; pero acostumbándose à ella insensiblemente, llegó à olvidarse tanto del beneficio, y à cobrar tanto horror à Catalina, que manchó su honra con las mas feas calumnias, publicando que andaba divertida, y que empleaba en la torpeza el tiempo que fingía retirarse à la oracion. Juntóse à esta mala muger otra tan mala como ella, llamada Palmerina, y àmbas supieron vestir de tan aparentes colores la impostura, que no solo se la persuadieron à los disolutos, pero aun se la hicieron creer à muchos buenos. Sin embargo de ser tan sensible y tan afrentosa esta calumnia, no despegó Catalina sus labios para justificarse; no habló ni una sola palabra, y solo cuidó de doblar sus visitas y sus limosnas à la enferma: tanto, que como un día sintiese no sé que repugnancia, horror, ó asco en el estómago al tiempo de curarla, la generosa Virgen aplicó intrépidamente su purísima boca à la hedionda llaga encancerada, echándose à pechos la padre, y venciéndose a sí misma, venció tambien à la calumnia à fuerza de beneficios. Reconocieron en fin su culpa aquellas pobres mujeres, y publicaron la inocencia de nue-stra Santa, cuya humildad tuvo mas que padecer en esta justificacion, que en aquel feo borron de su fama.

La caridad que usaba con los pobres hubiera agotado los fondos que encontraba para socorrerlos, así en su familia, como en otras personas devotas, á no haber suplido Dios algunas veces con milagros. El mismo Cristo, disfrazado en figura de pobre, quiso al parecer experimentar hasta donde llegaba su caridad y su paciencia. Después de haberle dado Catalina todo lo que había podido recoger, como el pobre aun no se mostrase satisfecho, ella le rogó que tomase tambien aquello que era de su uso. Apareciósele el Salvador la noche siguiente, y la dió á entender de un modo tan tierno como lleno de consuelo, que él era aquel pobre á quien había socorrido con tanta generosidad el día precedente.

Al paso que era inmensa su caridad, era tambien excesivo su zelo por la salvacion de las almas: siendo pocos los miserables á quienes no convirtiese al mismo tiempo que los socorria. En una palabra, la vida de esta insigne Santa fue una tela de maravillas, un asombro compuesto de milagros. Perdió enteramente el gusto y aun el uso de todo género de comida; sustentábase de la Eucaristia, siendo este pan de ángeles casi su único alimento. Una vez pasó desde principio de la cuaresma hasta la Ascension sin probar otro bocado, sirviéndola de sustento la comunión que recibia cada día. Dijo un día á su confesor que su divino Esposo y ella habían trocado de corazones, y que aquel la había impreso sus sagradas llagas, cuyo vivísimo dolor sentia sin intermision en los lugares correspondientes, aunque había alcanzado de él el singular beneficio de que este favor se ocultase á los ojos de los hombres.

Añadióla el cielo á estas gracias un entendimiento tan elevado, y una tan consumada prudencia, que era venerada como oráculo de su siglo. Las obras que logramos con nombre de santa Catalina, y singularmente muchas cartas que escribió á los papas, á los cardenales, y á varios principes, son pruebas admirables de su ingenio, de su cultura, y de su discernimiento.

Habiéndola obligado el bien público de la santa Iglesia á salir de su retiro, dió al mundo esa prueba mas de que la verdadera santidad está reñida con la inaccion y con la poltroneria; y que los santos saben dejar las dulzuras de la soledad siempre que entienden quiere Dios servirse de ellos para los negocios exteriores.

Como los Florentinos se hubiesen sublevado contra la Iglesia romana, y el papa Gregorio XI, los hubiese excomulgado por esta rebelion, creyeron que ninguna persona seria mas oportuna para negociar la reconciliacion con la santa Sede, que nuestra Catalina; y la nombraron por su diputada al papa, que residia en Aviñon. Ningun trabajo la costó el aplacar el ánimo del Pontífice, quien defirió tanto á ella, que quiso fuese sola el árbitro de la paz que concedia á los Florenti-

nos. Pero Catalina no tenía menos en el corazón otro negocio de mucha mayor importancia, que era la restitucion de los papas á Roma, de donde había sesenta años que se habían ausentado. Reprendiendo un día el papa Gregorio á cierto obispo porque faltaba á la residencia en su obispado, le respondió: *Santísimo Padre, en eso no hago mas que imitar el ejemplo de los Papas, que ha sesenta años que no residen en el suyo;* y aunque la respuesta fué irreverente y alrevida, hizo tanta fuerza al Papa, que en el mismo punto hizo voto en su corazón de restituir á Roma la silla apostólica; y consultando este punto con nuestra Santa, sin declararla el voto que había hecho, le respondió Catalina: *Santísimo Padre, ¿para qué consulta V. Santidad una cosa que ya tiene ofrecida á Dios?* De lo que admirado el Papa, porque solo Dios podia saber el voto que había hecho, deliberó ya ponerle en ejecucion; y así, partiendo de Aviñon el día 13 de Setiembre de 1373, entró en Roma á 17 de Enero del año siguiente. Luego llamó á la Santa á aquella corte, y aprovechándose mucho de sus consejos, no fiaba menos de la eficacia de sus oraciones.

A la muerte del Papa, que sucedió dos años despues, se siguió un funesto cisma. Urbano VI. sucesor de Gregorio, no honró menos á santa Catalina que su predecesor; y convencida la Santa de que éste era el legitimo pastor de la iglesia, trabajó con todas sus fuerzas en que todos le reconociesen por tal; experimentándose principalmente en esta importante ocasion cuánto poder tenía en los corazones, no solo la opinion de su eminente virtud, sino su admirable ingenio, su elocuencia, su espíritu varonil, su comprehension, y su extraordinaria capacidad.

Había resuelto el Papa enviarla por diputada y como legada suya á la reina de Nápoles y de Sicilia, y Catalina llena de fe, de caridad, de zelo, y de valor, estaba determinada ya á emprenderlo todo por la mayor gloria de Dios, cuando se sintió acometida de una grave enfermedad. Cuatro meses estuvo padeciendo dolores tan vivos y tan extraordinarios, que nadie dudaba era aquella enfermedad tan sobrenatural, como se consideraba su vida milagrosa; y mostró una paciencia tan heroica en todos ellos, que por ningun otro lado se acreditó su espíritu de tan grande como por este; siendo cierto que las aflicciones y trabajos en que Dios la ejercitó casi sin intermision por todo el tiempo de su vida, la hicieron mucho mas admirable, que las brillantes y ruidosas acciones que tanto se admiran en ella. Fue su preciosa muerte parecida en todo á su santa vida: suspiros, éxtasis, arrobos, incendios del amor divino fueron toda su agonía. Desgastada al rigor de sus incomprehensibles penitencias, consumida de trabajos, colmada de gracias y merecimientos, espiró en Roma el día 29 de Abril del año de 1380, á los 33 de su edad, dejando, no solo á sus

hermanas, de quienes fue superiora, sino á todos los fieles, admirables ejemplos de todas las virtudes; pero singularmente de lo que puede la omnipotente fuerza de la divina gracia.

Estuvo algunos dias expuesto el sagrado cuerpo á la veneracion pública, y despues fue enterrado solemnemente en la iglesia de la Minerva, donde presto confirmó el Señor con nuevos milagros la opinion de su santidad, que habia merecido en vida. El año 1161 fue canonizada por el papa Pio II con toda la solemnidad y pompa que correspondia á la singular veneracion y confianza, que siempre han colocado todos los pueblos y naciones en esta insigne Santa.

Adórase en Sena su cráneo, y en el convento de los Dominicos de san Sixto de Roma una mano entera, como tambien un pie entero en Venecia en el convento de las monjas dominicas.

Es cierto que muchos tiempos antes de santa Catalina de Sena florecia ya en todo el orbe cristiano la tercera orden de penitencia del patriarca santo Domingo, por la ejemplar vida de innumerables personas piadosas, que sin dejar el mundo, ni encerrarse en la clausura del claustro, acreditaba visiblemente que se podia vivir en el siglo, y vivir practicando los ápices de la perfeccion cristiana, por la observancia de la regla que dejó instituida el santo Patriarca. Pero no se puede dudar que la eminente reputacion de nuestra Santa añadió un grande y brillante esplendor á esta congregacion, la que continúa en edificar al mundo con las grandes virtudes que practican los que tienen la dicha de alistarse en ella. Suelen en algunas partes llamarse monjas de santa Catalina á todas las religiosas dominicas, cuyo sagrado orden es uno de los mas célebres que se veneran en la universal Iglesia, y es mucho mas distinguido por el resplandor de las virtudes en que se ejercitan las que le profesan, por la nobleza y prendas naturales que las adornan, notándose en todo él una observancia constante, una virtud humilde, ejemplar y nada afectada, un grande espíritu de union, y una como innata aversion á todo lo que suena á novedad pernicioso.

**La misa es en honra de la Santa, y la oracion la siguiente.**

*Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui beatæ Catharinæ virginis tuæ natalitia colimus, et annuæ solemnitate lætemur, et tantæ virtutis proficiamus exem-*

plares. Concédenos, ó Dios todopoderoso, que pues celebramos el nacimiento al cie'lo de tu bienaventurada virgen Catalina, nos alegremos santamente con su anual

*plo. Per Dominum nostrum...*

solemnidad, y nos aprov echemos del ejemplo de su eminente virtud. Por nuestro Señor...

**La epístola es del cap 10 y 11 de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios, y la misma que el día XVII folio, 286.**

NOTA.

Empió san Pablo cinco ó seis meses en la visita de las iglesias de Macedonia, donde tuvo mucho que padecer; pero le consoló Dios con la venida de Tito y con las alegres noticias que este le dió del florido estado en que dejaba á la iglesia de Corinto, cuyos cristianos se habian ya separado del incostioso. Volvió á despachar á Tito á dicha iglesia, y por él le escribió esta segunda epístola, en la cual perdona al que habia excomulgado en la primera, dando en ella saludables consejos á los Corintios, singularmente acerca de la virginidad.

REFLEXIONES.

¿Hay por ventura título mas tierno, mas glorioso, ni mas respetable entre todos aquellos con que la bondad de Dios honra á las almas, que el título de esposa de Jesucristo? Pues este es el título y el privilegio de las vírgenes; ellas siguen al cordero immaculado á cualquiera parte adonde vaya; ellas llevan escrito en la frente su nombre y el nombre de su padre, para que se entienda que son suyas, y le pertenecen á él por un título muy especial; ellas cantan en el cielo delante del mismo trono un cántico nuevo que nadie puede cantar sino las almas privilegiadas, que nunca mancharon su pureza. Pero no solamente en el cielo logra la virginidad aureolas y privilegios; aun en la tierra, aquellas gracias de particular distincion, aquellos singularísimos favores, aquellos dones extraordinarios que pueden dispensarse en esta vida, están particularmente destinados para las vírgenes. Y aunque es cierto que Dios es liberal con las almas fieles en todos estados, las vírgenes parece que adquieren no sé que particular derecho á su mas íntima comunicacion, y confianza á aquellas grandes gracias en que se suele explicar mas su bizarría.

*Dabitur enim illi fidei donum electum (Sup. 3.)*. Dichosas, dice el Sábio, aquellas almas puras y sin mancha, que no permitieron se manchase, ni aun se ajase jamás la flor de su pureza, porque ellas gozarán de una fe viva, activa y laboriosa. Ningun pecado debilita tanto la fe como el de la impureza.

Herencia ordinaria es de las vírgenes un don de oracion y de contemplacion muy extraordinario. La carne embrutece el espíritu, y la vista de Dios solo se promete á los corazones puros. Estráñase y aun se admira la oscuridad y la sequedad que se experimenta en la ora-

cion, sin advertir que la serenidad y el rocío pide calma. En las tierras húmedas y pantanosas siempre reinan neblas; ni el cielo se descubre nunca sereno sino cuando sopla el aire puro.

Experimentase una fe lánguida y amortiguada, créese con desmayo, y tal vez insensiblemente se duda de algunos artículos. ¿Qué mucho! ¿son acaso muy puras las costumbres? ¿está limpio el corazón? ¿ese cuerpo es templo de Dios vivo? Pues desengañémonos, que la fe se alienta de la pureza. Como la virginidad nos arrima tanto al estado de los ángeles, también nos pone á cubierto de las tempestades que son tan frecuentes en el mundo. Manda Dios á Moisés que pase á cuchillo á los Madianitas; pero le ordena que perdone á las doncellas. Es misterio escondido á muchos las excelencias y los privilegios que goza la virginidad. El es don de Dios; pero con este solo don, ¡cuántas dificultades se allanan! ¡cuántas pasiones se vencen! ¡cuántos monstruos se doman!

*El que no tiene mujer, dice san Pablo, atiende á las cosas que son del Señor, y cuida de agradar á Dios; pero el que la tiene, atiende á las cosas que son del mundo, y á los medios de agradar á su mujer, con lo que se hace preciso que su corazón esté repartido. De la misma manera, una mujer que no está casada, una doncella, una virgen solo atiende á las cosas que son del Señor, para ser santa de cuerpo y de espíritu; pero al contrario, la que está casada piensa en las cosas que tocan al mundo, y en los medios de agradar á su marido.* Si se penetrara bien el alma y el sentido de un razonamiento tan justo como verdadero ¿qué efecto no produciría? ¿y qué gracias no estarían dando á Dios continuamente aquellas almas privilegiadas, á quienes ha favorecido con tan excelente don, aquellas personas religiosas, á quienes parece que el mismo Señor ha separado de los demás para sí solo? ¿qué alto concepto formarían de la elevación de su estado! ¿con qué cuidado, con qué vigilancia conservarían esta preciosísima flor! ¿ni qué condición tendrían por mas dichosa, por mas respetable aun al mismo mundo que la suya?

**El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el día XVII, folio 288.**

#### MEDITACION.

*De la suprema desdicha del hombre.*

**PUNTO PRINERO.**—Considera que la suprema desdicha del hombre es ser reprobado, ser arrojado de la presencia de Dios con aquel *nescio eos, no os conozco.* Su mayor felicidad es la posesion de Dios;

¿quién se atreverá á negar esta verdad? Luego su mayor desgracia es perderle para siempre.

El hombre fue únicamente criado para Dios: este es nuestro fin, esta nuestra satisfaccion, este nuestro centro, sobre lo cual no hay mas que consultar á nuestro corazon. Despues de mas de seis mil años que todos los hombres trabajan en hacerse felices, ninguno ha encontrado hasta ahora satisfaccion llena y perfecta, que fijase todos sus deseos; aún queda en el corazon humano un inmenso vacío que no pueden llenar todos los objetos criados, y es que el hombre no se hizo para ellos. Es preciso que eleve á Dios todas sus ansias, y desde el mismo punto que toma este partido experimenta en su corazon una paz, un consuelo, una dulzura, que no pudo encontrar en otra parte. Solo Dios es su fin, y el centro de su reposo; esto aun desde esta vida: ¿qué será en el cielo por toda la eternidad! Allí cuando Dios se comunica amorosamente al alma: allí cuando Dios se entrega todo á ella sin reserva; allí cuando el alma entra, se engolfa, se anega, y por decirlo así, se pierde en la felicidad del Señor. Concibe, si es posible, el infinito valor, la inmensidad de esta dicha. Pero concibe tambien por esto mismo qué desdicha es perder á Dios, ser aborrecido, ser reprobado de Dios, ser objeto funesto de su ódio y de su cólera: *nescio vos*.

Aunque hubieras sido el mas grande, el mas poderoso monarca del universo, aunque hubieras sido el hombre mas rico, el mas dichoso que han conocido los siglos, si en el punto que espiras oyes de la boca de Dios *nescio vos*, no te conozco, no sé quien eres, ni lo sabré, ni te conoceré jamás, siempre te mirarán mis ojos con horror, siempre serás abominable á mi corazon, siempre serás objeto de mi mas viva indignacion, *nescio vos*; ¿qué comenzarás á ser desde entonces, y qué serás por toda la eternidad?

Caer en la desgracia de un padre, de un protector poderoso de quien pendia toda nuestra fortuna; perder un amigo que era todo nuestro consuelo, es sin duda situacion triste y melancólica. Perder un pleito que arrastra tras de si la ruina de toda la casa, incurrir en la desgracia del principe, y consiguientemente en la pérdida de la honra, de los bienes, de los empleos y de la patria, parece que se debiera preferir la muerte á esta cadena de infortunios; pero en buena fe, ¿qué es todo esto comparado con la condenacion eterna? ¿qué decretos de principes, qué sentencias de magistrados, qué públicos pregones pueden cotejarse con aquel *nescio vos*, de un Dios justísimamente irritado? ¿qué rayo que mas espante, que mas aniquile, que mas desespere que aquellas tristes palabras.

Haced, Señor, que yo comprenda todo el rigor, todo el sentido de ellas; y haced tambien que trague en esta vida toda su amargura,

para no oír las jamás de vuestra boca por toda la eternidad: *Confuge timore tuo carnes meas, & judiciis enim tuis timui.* (Salm. 118.) Penetrad todo mi cuerpo de vuestro santo temor, para que este santo estremecimiento me libre de vuestros terribles juicios.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no hay en este mundo desgracia que no tenga recurso, infortunio que carezca de esperanza, ni trabajo que no pueda tener algún alivio; pero busca algo de esto en el sentido de aquellas terribles palabras, *nescio vos*, no te conozco.

Si un tratado, si una importante negociación se desbarata, si el comercio no sale como se piensa, si se perdió el tiempo y el dinero en una empresa considerable, si se frustraron las esperanzas de una rica herencia, si se perdió un pleito en que se atravesaban los mayores intereses, si por una clara, fea y torpe injusticia se halla uno despojado de todos sus bienes, cuando no haya otro recurso en esta vida, hay por lo menos el de que todo se ha de acabar presto con ella, y el pensamiento de la muerte consuela; pero cuando se incurrió en la desgracia eterna de Dios; cuando se nos acabaron ya los amigos y los intercesores con su Magestad; cuando se cerró para nosotros el manantial de las misericordias; cuando se acabó ya el tiempo de toda gracia; cuando ya no hay tiempo; cuando la espantosa eternidad sucedió á este puñado de días que se perdieron; cuando se oye que Dios nos dice en el furor de su cólera, *no te conozco, no se quien eres*; cuando ya desde aquel punto no se hace caso ni de los trabajos que padecemos, ni de los servicios que hicimos, cuando ya no hay que esperar compasion, no hay que esperar misericordia, ¿qué recurso tendremos? Lloraremos, gemiremos, nos lamentaremos, clamaremos, pero en vano; porque *Amen dico vobis, nescio vos.* Hubiérais hecho la provision á tiempo; hubiérais velado sin dormir ni estar ociosos, hubiérais trabajado en vuestra salvacion mientras era de día: os cogió la noche, os cogió la muerte, y ya nada se puede hacer.

Esa vida de veinte y cinco, de cuarenta, de sesenta años, solo se te habia concedido para disponerte á recibir al divino Esposo; la incertidumbre de la hora en que habia de llegar pedia una continua vigilancia. No te bastaba ser virgen; era menester aplicarte á cumplir con tu obligacion: tampoco bastaba tener las lámparas encendidas; era necesario tener provision de aceite. Te dormiste, vino el Esposo; advertiste que se apagaban las lámparas, y que te faltaba el aceite: quisiste acudir por él, pero ya era tarde. Un desmayo, un accidente, hacen clamar por un confesor, pedir los sacramentos, acudir á la penitencia; pero en medio de estas priesas, de esta turbacion, de estos sobresaltos y congojas, llega el Juez. Clámase por tiempo para

prevenirse; ¿pero ignorábase por ventura, que ya se debía vivir prevenido para cuando el Señor llamase? Ciérranse con la vida las puertas de la misericordia: llámase á ellas, pero el Señor responde desde adentro: *nescio vos, no os conozco, ya no es tiempo.* Dióse ya principio á la desdichada eternidad: y el mortal arrepentimiento, la desesperacion, la rabia, los tormentos que comenzaron, ya no tendrán fin.

¡Ah Señor! ¿qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿y qué equivalente podrá encontrar por esta alma querida? Asombro es ver á personas de buen juicio, de mucha capacidad, ocuparse en los negocios del mundo los días, los meses, los años enteros; separarse para esto de lo que mas aman; privarse de todo gusto; cargar con la mortificacion de estar siempre metidos en las dependencias mas enfadosas; y salir del mundo, sin haber pensado jamás seriamente á que vinieron á él, ni adónde han de ir á parar cuando lo dejen. ¡Mi Dios, qué prudentes, qué discretos fueron los santos en pensar en esto toda la vida! No permitais, Señor, que estas reflexiones que acabo de hacer, sirvan solo para mi mayor condenacion, y para mi eterna desdicha.

### JACULATORIAS.

*Ne projicias me á facie tua.* Salm. 50.

Señor, no me arrojéis de vuestra divina presencia.

*¿Quó ibo á spiritu tuo, et quo á facie tua fugiam?* Salm. 138.

¿Adónde iré, Señor, si vos no me quereis reconocer por vuestro hijo? ¿adónde me esconderé, si no me quereis sufrir en vuestra divina presencia?

### PROPOSITOS.

1 La suprema desdicha del hombre en esta vida es vivir en pecado, y en la otra es morir en él. La pérdida de los bienes y de la salud, los contratiempos mas molestos, las adversidades, las persecuciones, las desgracias, ¿qué vienen á ser todos estos aparentes infortunios en el sentido mas natural? En suma, no suelen ser mas que vivir uno con alguna menos conveniencia; bajar algunos grados mas respecto de aquellos que estaban al mismo nivel con nosotros; tener un protector, algunos amigos menos, ocupar el último lugar en la aprehension de los hombres; y á lo mas verse uno despojado de lo que fomentaba la ambicion, y nutria la concupiscencia, irritando las pa-

siones; pero verse despojado algunos dias antes de todo aquello de que pocos dias despues nos habia de despojar necesariamente la muerte. Mas estar en pecado, es ser objeto de horror á todo el cielo, vivir en desgracia de Dios, merecer todos los tormentos eternos; y morir en pecado, es ser objeto de horror y de infamia, es ser un insigne facineroso, víctima triste de las llamas abrasadoras por toda una eternidad. Ni tengas horror á otra cosa que al pecado, ni temas sin cesar á otra que á la de morir en pecado. Todas las demás que se llaman aflicciones, desgracias, adversidades, miserias, todas tienen recurso; pero no hay consuelo, no hay alivio, no hay remedio contra la muerte en pecado. Procura que este horror y este temor no solo se te hagan familiares, sino como naturales: inspírate á tus hijos y á tus criados, repitiendoles continuamente aquellas palabras del Salvador: *Quasi á facie colubri fuge peccatum*: huid del pecado, como de una venenosa serpiente: porque si os acercáis á ella, os asirá, y os morderá: *Dentes leonis dentes ejus*: son sus dientes como dientes de leon, que despedazan las almas: *Quasi romphaea bis acuta omnis iniquitas*: todo pecado es como una espada cortadora de dos filos: *Plaga illius non est sanitas*: La herida que abre no tiene cura. Ten cuidado de que se pasen pocos dias sin repetir esta leccion á los que están á tu cargo, y tambien sin repetirtela á tí mismo.

2 De hoy en adelante guárdate mucho de abandonarte á excesos de tristeza y desolacion cuando te suceda algun trabajo. Quitóte Dios lo que voluntariamente te habia dado, ó no te concedió lo que no te debia, y quizá seria pernicioso para tí. ¿Pues por qué son esos desconuelos y esas quejas? ¿que agravio te han hecho en negarte lo que no era tuyo? ¿que derecho tienen los hombres á las honras, á los empleos, á los bienes temporales que pretenden? No te allijas, pues, sino por el pecado; y cuando te suceda algun contratiempo, consuélate con que no es pecado. Por molesto, por trabajoso que sea lo que te sucediere, preguntate á tí mismo con el Profeta: *Quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me?* Alma mia, ¿por qué estás triste? ¿por que te alliges, y me turbas? La pérdida de este pleito no es pérdida de la gracia; este infortunio no es pecado: por esta desgracia no he perdido la amistad de Dios. ¿Pues *quare tristis es?* ¿Por qué he de afligirme ni desconsolarme por un accidente, que al cabo no es algun mal? No pocas veces puede mas la tristeza que las máximas de la religion; pero á pocas reflexiones cristianas que se hagan, se disipa la tristeza. No hay otro mal verdadero que el pecado; el colmo de todos los males, el mayor y mas terrible es morir en pecado. Sea esta verdad la materia mas comun de nuestra meditacion.

## INDICE

## DE LO CONTENIDO EN EL MES DE ABRIL.

	PAG.
Dia I.—Dominica tercera. Despues de la Pascua de Resurreccion. El Patrocinio de San José. . . . .	3
El Evangelio y Meditacion, Sobre la vanidad del favor humano. . . . .	15
Dicho dia I.—San Hugo, obispo de Grenoble . . . . .	19
El Evangelio y Meditacion, De la liberalidad con que premia Dios á los que le sirven. . . . .	27
Dia II.—San Francisco de Paula, confesor. . . . .	31
El Evangelio y Meditacion, De la humildad cristiana. . . . .	43
Dia III.—Santa Maria Egipcíaca, la penitente. . . . .	47
El Evangelio y Meditacion, De la dulzura de la penitencia. . . . .	56
Dia IV.—San Isidoro, arzobispo de Sevilla, y doctor. . . . .	60
El Evangelio y Meditacion, Sobre la educacion de los niños. . . . .	74
Dicho dia IV.—San Platon, Abad. . . . .	79
El Evangelio y Meditacion, De la imitacion de los Santos. . . . .	87
Dia V.—San Vicente Ferrer, confesor . . . . .	92
El Evangelio y Meditacion, De la pronta obediencia á la voz de Dios. . . . .	102
Dia VI.—San Guillelmo, canónigo regular de santa Genovefa del Monte en Paris, despues abad de Eschil en Dinamarca. . . . .	106
El Evangelio y Meditacion, Del camino de la perdicion. . . . .	112
Dia VII.—El Beato Herman, llamado José, del orden Premonstratense. . . . .	117
El Evangelio y Meditacion, Del camino de la salvacion. . . . .	124
Dia VIII.—La conmemoracion de los fieles difuntos. . . . .	128
El Evangelio y Meditacion, De la necesidad de prepararse para la muerte. . . . .	136
Dia IX.—Santa Vautrudis, vulgarmente llamada santa Vaudru, Viuda. . . . .	140
El Evangelio y Meditacion, Del buen uso de los trabajos y de las cruces. . . . .	147
Dia X.—San Macario, arzobispo de Antioquia. . . . .	151
El Evangelio y Meditacion, De lo que endulza y suaviza todas las cruces. . . . .	159
Dia XI.—San Leon, papa, llamado el Magno. . . . .	163
El Evangelio y Meditacion, Del rendimiento á la Iglesia. . . . .	173

Día XII.—San Sabas, mártir. . . . .	178
El Evangelio y Meditacion, De los defectos que se hallan en el amor que se piensa tener á Dios. . . . .	186
Día XIII.—San Hermenegildo, mártir. . . . .	190
El Evangelio y Meditacion, Del ejemplo de Cristo y de los santos. . . . .	198
Día XIV.—San Pedro Gonzalez Telmo, confesor. . . . .	203
El Evangelio y Meditacion, De la correspondencia que guarda el mundo con sus partidarios. . . . .	218
Dicho día XIV.—San Tiburcio, Valeriano y Máximo, mártires. . . . .	222
El Evangelio y Meditacion, De los que están en pecado mortal. . . . .	230
Día XV.—San Benito el mozo, llamado comunmente san Benitico, confesor. . . . .	234
El Evangelio y Meditacion, De la desconfianza de sí mismo. . . . .	242
Día XVI.—El beato Joaquin, confesor, del orden de los Servitas. . . . .	247
El Evangelio y Meditacion, De que no hay otros verdaderos bienes que los bienes eternos. . . . .	253
Dicho día XVI.—Santo Toribio, obispo de Astorga. . . . .	258
El Evangelio y Meditacion, Del espíritu con que se han de sufrir los hombres malos en este mundo. . . . .	267
Día XVII.—La Beata María Ana de Jesus, virgen. . . . .	272
El Evangelio y Meditacion, Sobre la modestia de los vestidos. . . . .	289
Dicho día XVII.—San Aniceto, papa y mártir. . . . .	292
El Evangelio y Meditacion, De la falsa alegría del mundo. . . . .	298
Día XVIII.—San Apolonio, senador de Roma y mártir. . . . .	302
El Evangelio y Meditacion, De las ilusiones de la penitencia en la mayor parte de los cristianos. . . . .	308
Día XIX.—San Leon, nono de este nombre, papa. . . . .	313
El Evangelio y Meditacion, Que en todo tiempo se debe hacer penitencia. . . . .	321
Día XX.—Santa Inés de Monte-Policiano, del orden de santo Domingo. . . . .	326
El Evangelio y Meditacion, De la verdadera virtud propia de cada estado. . . . .	338
Día XXI.—San Anselmo, arzobispo de Cantuaría ó Cantorbery. . . . .	338
El Evangelio y Meditacion, De la conversion verdadera. . . . .	347
Día XXII.—San Sotero, y san Cayo, papas y mártires. . . . .	352
El Evangelio y Meditacion, De las recaídas. . . . .	360
Día XXIII.—San Jorge, mártir. . . . .	365
El Evangelio y Meditacion, De la vida inútil de la mayor parte de los hombres. . . . .	372
Día XXIV.—Santa Beuva, y Santa Doda, virgenes. . . . .	377

El Evangelio y Meditacion, De la indiferencia con que se mira la salvacion. . . . .	383
Dia XXV.—San Marcos, evangelista. . . . .	388
El Evangelio y Meditacion, De la palabra de Dios, y de la disposicion con que se debe leer y oír. . . . .	397
Dia XXVI.—San Cleto y San Marcelino, papas y mártires. . . . .	402
El Evangelio y meditacion, De la eternidad infeliz. . . . .	408
Dia XXVII.—Santo Toribio Negrobejo, obispo. . . . .	413
El Evangelio y Meditacion, Sobre la vigilancia cristiana. . . . .	428
Dicho dia XXVII.—Santa Cita, virgen. . . . .	432
El Evangelio y meditacion, Del pecado de omision. . . . .	439
Dia XXVIII.—San Vidal, mártir. . . . .	444
El Evangelio y Meditacion, De la infinita duracion de las penas del infierno. . . . .	449
Dia XXIX.—San Pedro, mártir. . . . .	454
El Evangelio y Meditacion, De la fe. . . . .	462
Dia XXX.—Santa Catalina de Sena, virgen. . . . .	467
El Evangelio y Meditacion, De la suprema desdicha del hombre. . . . .	476

FIN DEL ÍNDICE DEL MES DE ABRIL.

100  
101  
102  
103  
104  
105  
106  
107  
108  
109  
110  
111  
112  
113  
114  
115  
116  
117  
118  
119  
120  
121  
122  
123  
124  
125  
126  
127  
128  
129  
130  
131  
132  
133  
134  
135  
136  
137  
138  
139  
140  
141  
142  
143  
144  
145  
146  
147  
148  
149  
150  
151  
152  
153  
154  
155  
156  
157  
158  
159  
160  
161  
162  
163  
164  
165  
166  
167  
168  
169  
170  
171  
172  
173  
174  
175  
176  
177  
178  
179  
180  
181  
182  
183  
184  
185  
186  
187  
188  
189  
190  
191  
192  
193  
194  
195  
196  
197  
198  
199  
200







